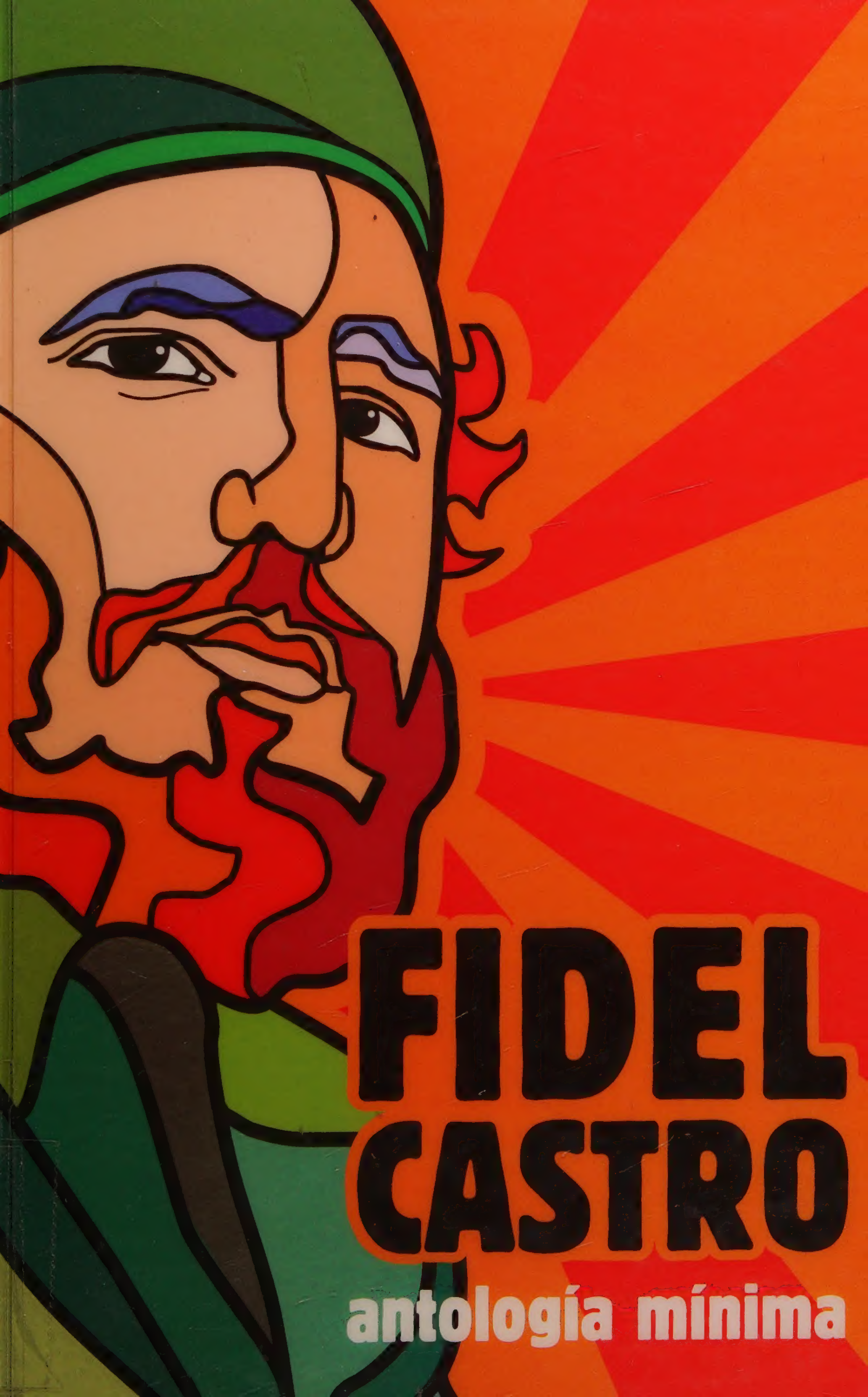

FIDEL
CASTRO
antología mínima

Maestro en ello es Fidel, cuyo particular modo de integración con el pueblo solo puede apreciarse viéndole actuar. En las grandes concentraciones públicas se observa algo así como el diálogo de dos diapasones cuyas vibraciones provocan otras nuevas en el interlocutor. Fidel y la masa comienzan a vibrar en un diálogo de intensidad creciente hasta alcanzar el clímax en un final abrupto, coronado por nuestro grito de lucha y de victoria.

—Che Guevara, 1965
El socialismo y el hombre en Cuba

FIDEL CASTRO

antología mínima

FIDEL CASTRO

antología mínima

EDITADO POR
DAVID DEUTSCHMANN Y
DEBORAH SHNOOKAL



una editorial latinoamericana

Diseño de la cubierta: David Alfonso

ISBN: 978-1-921438-01-1
Library of Congress Control Number: 2008924238

Primera edición 2008
Impreso en México por Quebecor World S.A., Querétaro

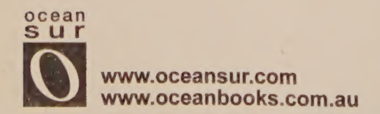
PUBLICADO POR OCEAN SUR

OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

México: Juan de la Barrera N. 9, Col. Condesa, Del. Cuauhtémoc, CP 06140, México D.F.
E-mail: mexico@oceansur.com • Tel: (52) 5553 5512
EE.UU.: E-mail: info@oceansur.com
Cuba: E-mail: lahabana@oceansur.com
El Salvador: E-mail: elsalvador@oceansur.com
Venezuela: E-mail: venezuela@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

Argentina: Cartago Ediciones S.A. • Tel: 011-4304-8961 • E-mail: info@cartago-ediciones.com.ar
Australia: Ocean Press • Tel: (03) 9326 4280 • E-mail: info@oceanbooks.com.au
Chile: Editorial "La Vida es Hoy" • Tel: 2221612 • E-mail: lavidaeshoy.chile@gmail.com
Colombia: Ediciones Izquierda Viva • Tel/Fax: 2855586 • E-mail: ediciones@izquierdaviva.com
Cuba: Ocean Sur • E-mail: lahabana@oceansur.com
Ecuador: Libri Mundi S.A. • Tel: 593-2 224 2696 • E-mail: ext_comercio@librimundi.com
EE.UU. y Canadá: CBSD • Tel: 1-800-283-3572 • www.cbsd.com
El Salvador y Centroamérica: Editorial Morazán • E-mail: editorialmorazan@hotmail.com
Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services • E-mail: orders@turnaround-uk.com
México: Ocean Sur • Tel: 5553 5512 • E-mail: mexico@oceansur.com
Perú: Ocean Sur Perú • Tel: 330 7122 • E-mail: oceansurperu@gmail.com
Puerto Rico: Libros El Navegante • Tel: 7873427468 • E-mail: libnavegante@yahoo.com
Venezuela: Ocean Sur • E-mail: venezuela@oceansur.com



ÍNDICE

FIDEL CASTRO
NOTA BIOGRÁFICA

Fidel Castro Ruz nació en Birán, en la antigua provincia de Oriente, el 13 de agosto de 1926. Proveniente de una familia terrateniente acomodada, recibió su educación primaria en una escuela rural. Más tarde, asistió a escuelas privadas de jesuitas en Santiago de Cuba y La Habana, y se graduó en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana.

Mientras estudiaba en la universidad, ingresó a un grupo estudiantil opuesto a la corrupción política. En 1947, ingresó al Partido del Pueblo Cubano (que también se conocía como Partido Ortodoxo) y llegó a ser un líder de su ala izquierda. Ese mismo año, se ofreció como voluntario para tomar parte en una expedición armada contra la dictadura de Trujillo en la República Dominicana (los expedicionarios no pudieron salir de Cuba para llevar a cabo sus planes). Como líder estudiantil, Fidel Castro estuvo en Colombia para contribuir a organizar un congreso estudiantil antimperialista latinoamericano y participó en la sublevación popular de abril de 1948 que tuvo lugar en Bogotá.

Después del golpe de Estado de Fulgencio Batista del 10 de marzo de 1952, Fidel Castro comenzó a crear una organización revolucionaria para iniciar la insurrección armada contra la dictadura de Batista que estaba respaldada por los Estados Unidos. El 26 de julio de 1953, organizó y dirigió un infructuoso ataque al Cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, acción por la cual él y más de dos docenas de otros revolucionarios fueron capturados, juzgados, declarados culpables y encarcelados.

Durante el ataque al Cuartel Moncada, e inmediatamente después de este, el ejército de Batista asesinó a más de sesenta revolucionarios. En prisión, Fidel Castro preparó su alegato de defensa para el juicio, conocido como

La historia me absolverá, que se distribuyó en decenas de miles de ejemplares y se convirtió en el programa de lo que llegaría a ser el Movimiento 26 de Julio.

Condenado a 15 años, Fidel y sus compañeros fueron liberados 22 meses después, en mayo de 1955, como resultado de una creciente campaña popular a favor de su amnistía.

El 7 de julio de 1955, Fidel Castro partió hacia México, donde comenzó a organizar una expedición guerrillera que se dirigiría a Cuba para emprender la insurrección armada. El 2 de diciembre de 1956, junto con otros 81 combatientes, entre los que se hallaban su hermano Raúl, Che Guevara, Camilo Cienfuegos, Juan Almeida y Jesús Montané, Fidel llegó a la costa cubana a bordo del yate *Granma.* Durante los dos años siguientes, Fidel Castro dirigió las operaciones del Ejército Rebelde, además de continuar como líder principal del Movimiento 26 de Julio. Después de sufrir un revés inicial, los guerrilleros pudieron reorganizar sus fuerzas y ya a fines de 1958 habían logrado extender la lucha desde las montañas de la Sierra Maestra hasta el centro de la Isla.

El 1ro. de enero de 1959, Batista huyó de Cuba. Como respuesta a un llamado hecho por Fidel, cientos de miles de cubanos emprendieron una huelga general insurreccional para garantizar la victoria de la Revolución. Fidel Castro llegó triunfalmente a La Habana el 8 de enero como comandante en jefe del victorioso Ejército Rebelde de Cuba. El 13 de febrero de 1959, fue nombrado primer ministro, cargo que ocupó hasta diciembre de 1976, cuando pasó a ser presidente del Consejo de Estado y del Consejo de Ministros.

Ha sido Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba desde su fundación en 1965.

El 31 de julio de 2006, poco antes de cumplir 80 años, Fidel Castro entregó temporalmente sus cargos en el gobierno cubano y en el Partido Comunista a su hermano Raúl, ministro de Defensa y primer vicepresidente del Consejo de Estado.

El 18 de febrero de 2008, en un mensaje al pueblo de Cuba, el líder histórico de la Revolución cubana dio a conocer su decisión de no ser candidato a reelección como presidente del Consejo de Estado, cargo que asume Raúl Castro el 24 de febrero del propio año.

PREFACIO

Al dirigirse a la Cumbre del Milenio que tuvo lugar en las Naciones Unidas, en septiembre de 2000, Fidel Castro, a modo de broma, puso un pañuelo sobre la pequeña señal lumínica de advertencia que se encendía para informar al orador cuando había consumido su tiempo de cinco minutos. Este incidente hace resaltar el dilema que enfrentan los editores de este libro: ¿Cómo se puede hacer una selección de las palabras de uno de los más grandes oradores de la historia, y abarcar los discursos pronunciados por él durante cinco décadas? Muchos de los discursos de Fidel Castro llenarían todo un libro. ¿Y cómo se puede hacer una selección que represente verdaderamente todas las ideas que ha expresado y todos los temas que ha abordado durante medio siglo en la escena política mundial? Hay más de cinco mil discursos durante un período de 48 años, además de incontables entrevistas y declaraciones políticas de una clase o de otra. La selección que se publica aquí es muy diferente a la inicial que se hizo cuando se concibió por primera vez este proyecto editorial. Es indudable que el contenido de este volumen hubiera sido distinto si se hubiera hecho la selección cinco años antes, o de aquí a cinco años, ya que, de modo inevitable, las circunstancias del momento, conforman el resultado. Los editores de este volumen reconocen que la presente selección está enmarcada en parte por dos consideraciones: en primer lugar, los dramáticos cambios que han tenido lugar en el panorama político de América Latina en la primera década del siglo XXI, y en segundo lugar, las continuadas consecuencias de la «crisis del socialismo» y el debate sobre el futuro del proyecto socialista. Estos sucesos que tuvieron lugar sobre todo durante la última década, y la decisión de Fidel de entregar temporalmente el poder a su hermano Raúl en julio de 2006 han influido en la selección que hemos hecho de los discursos. Estos procesos, que tuvieron lugar sobre todo durante la última década, sumados a la entrega temporal del poder por par-

te de Fidel a su hermano Raúl en julio de 2006 y a la decisión del líder de la Revolución cubana de no aceptar ser reelegido a la presidencia del Consejo de Estado, anunciada en febrero de 2008, han influido en la selección que hemos hecho de los discursos.

No obstante, estamos confiados en que ésta es representativa del pensamiento político de Fidel y refleja el proceso de la propia Revolución Cubana. En este volumen hay veinte capítulos y un epílogo que abarcan unos veintiocho discursos e intervenciones. Algunos de estos aparecen en su totalidad; de otros se han seleccionado fragmentos. Hemos incluido varios discursos dirigidos a auditorios fuera de Cuba. Una amplia cronología también servirá de guía a los lectores a través de la historia de los períodos que se reflejan en los discursos. Inevitablemente, algunos de los discursos clásicos de Fidel tuvieron que ser excluídos, aunque no muchos de ellos. También se ha pasado por alto, en parte, cierta cantidad de temas importantes a los que el comandante ha vuelto a través de los años, como la participación de Cuba en África, la crisis sobre la deuda del Tercer Mundo y el desastre medioambiental que amenaza a la humanidad.

La editorial Ocean Sur —una nueva editorial latinoamericana con varias oficinas en el continente—, hermana de Ocean Press, se ha aventurado en un ambicioso proyecto de publicar una serie de selecciones temáticas de los discursos, entrevistas y escritos de Fidel Castro a fin de hacer que estas obras en español estén al alcance de todos. Esto abarcará diversas antologías de Fidel Castro sobre cultura y educación, América Latina, Chile durante la presidencia de Allende, Venezuela y Chávez, retratos de figuras políticas y mundiales, socialismo, economía política, África y solidaridad, entre otros temas.

* * *

Como testigo del espectáculo de la oratoria masiva de Fidel Castro, su cercano colaborador, Che Guevara, observó que Fidel tiene un «particular modo de integración con el pueblo [lo cual] solo puede apreciarse viéndole actuar. En las grandes concentraciones públicas se observa algo así como el diálogo de dos diapasones cuyas vibraciones provocan otras nuevas en el interlocutor. Fidel y la masa comienzan a vibrar en un diálogo de intensidad creciente hasta alcanzar el clímax en un final abrupto, coronado por nuestro grito de lucha y de victoria».

Esperamos que las páginas impresas de este libro transmitan al lector cierta sensación de esta relación dinámica entre Fidel Castro y la Revolución Cubana.

Su viejo amigo, Gabriel García Márquez, describió a Fidel como: «Un hombre de costumbres austeras e ilusiones insaciables, con una educación formal a la antigua, de palabras cautelosas y modales tenues e incapaz de concebir ninguna idea que no sea descomunal».

Fidel Castro nunca ha dejado de participar en lo que ha denominado la Batalla de Ideas al afirmar:

> Yo creo que hay algo más poderoso que las armas: las ideas, la razón, la moral de una causa. [...] ¿Qué es lo que condena a su fin ese poderío de orden militar, con esas cientos de bases en todo el mundo? Las ideas justas, en el momento justo, en las circunstancias históricas precisas.

Desde su retiro de las responsabilidades diarias en el gobierno cubano, Fidel ha reflejado esta declaración anterior al expresar su total confianza en que sus ideas lo sobrevivirían.

Al escribir a la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) en junio de 2007, expresó: «¿Acaso nacen las ideas con un hombre? ¿Acaso mueren con este? Surgieron a lo largo de la vida de la especie humana. Durarán lo que dure nuestra especie».

Dejamos que el lector sea testigo, a través de este volumen, de la extraordinaria voz de una de las principales figuras políticas del siglo XX, quien habla no solo para América Latina y el Tercer Mundo, sino también para una humanidad que clama por una alternativa.

Los Editores
Junio de 2008

CRONOLOGÍA

1926

13 de agosto. Fidel Castro Ruz nace en la finca Manacas, en Birán, Mayarí, entonces provincia de Oriente.

1933

12 de agosto. La dictadura de Gerardo Machado es derrocada por un movimiento popular, que alcanza su clímax en una huelga general y asume el poder un gobierno provisional.

4 de septiembre. Fulgencio Batista dirige la «revolución de los sargentos» y el gobierno provisional es reemplazado por el gobierno del presidente Ramón Grau San Martín.

1934

14 de enero. Batista derroca al presidente Grau, con la estrecha colaboración de la Embajada de Estados Unidos en Cuba.

1945

Junio. Fidel se gradúa del Colegio de Belén, en La Habana. La evaluación final al concluir su bachillerato afirma: «Fidel tiene madera y no faltará el artista».

1947

Julio-septiembre. Fidel se entrena para una expedición a la República Dominicana, con el propósito de luchar contra el dictador Rafael Leónidas Trujillo. El plan es interceptado y abortado.

1948

31 de marzo. Fidel llega a Bogotá, Colombia, durante una gira por Latinoamérica para preparar una conferencia de solidaridad estudiantil.

9 de abril. Mientras se encontraba en Colombia participa en el levantamiento popular conocido como el «Bogotazo», provocado por el asesinato del líder político Jorge Eliécer Gaitán.

1950

Junio. Fidel termina sus estudios en la Universidad de La Habana y se gradúa como doctor en Leyes.

1951

16 de agosto. Eduardo Chibás, fundador del Partido Ortodoxo, se suicida al final de su habitual transmisión radial.

1952

10 de marzo. El general Fulgencio Batista toma el poder mediante un golpe militar.

1953

26 de julio. Fidel dirige el ataque de 165 jóvenes militantes al Cuartel Moncada en Santiago de Cuba con la esperanza de avivar un levantamiento contra la dictadura de Batista. El ataque fracasa, muchos son asesinados, y Fidel y unos pocos compañeros pueden escapar.

1ro. de agosto. Fidel es sorprendido y capturado por una patrulla del ejército.

16 de octubre. En su juicio por el ataque al Moncada, Fidel esboza el programa político revolucionario que es conocido como *La historia me absolverá.* Es condenado a 15 años de prisión.

1955

15 de mayo. Fidel y sus compañeros involucrados en el ataque al Moncada son liberados de prisión, después de una campaña general de amnistía. Las

dos mujeres prisioneras políticas, Haydee Santamaría y Melba Hernández, habían sido liberadas el 20 de febrero del año anterior.

12 de junio. El Movimiento 26 de Julio es formalmente establecido, como una organización clandestina, encabezada por Fidel.

7 de julio. Con las vías legales de lucha política cerradas y amenazas contra su vida, Fidel viaja a México para organizar una expedición armada.

Julio. En México, conoce a Ernesto Che Guevara, quien había hecho amistad con algunos cubanos en Guatemala, antes del derrocamiento del presidente Árbenz; en un golpe patrocinado por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) el año anterior.

1956

25 de noviembre. Fidel, Che Guevara y otros 80 expedicionarios parten del puerto mexicano de Tuxpan a bordo del yate *Granma,* con la intención de iniciar la lucha armada contra Batista en la Sierra Maestra, cordillera montañosa del oriente de Cuba.

30 de noviembre. El ala urbana del Movimiento 26 de Julio, liderada por Frank País, inicia un levantamiento en Santiago de Cuba contra Batista, en apoyo al desembarco de la expedición del *Granma* que debía desembarcar ese día, pero se retrasa.

2 de diciembre. Los expedicionarios del *Granma* desembarcan en la playa Las Coloradas y comienza la guerra revolucionaria.

5 de diciembre. Los guerrilleros son dispersados después de ser sorprendidos por las tropas de Batista en Alegría de Pío. De los expedicionarios del *Granma,* solo unos pocos sobreviven.

18 de diciembre. Fidel, Raúl Castro y otros seis combatientes se reúnen en Cinco Palmas. Unos días después se les unen Juan Almeida, Che Guevara, Ramiro Valdés y otros cuatro expedicionarios del *Granma.*

1957

17 de enero. Los guerrilleros y algunos campesinos reclutados toman el cuartel militar de La Plata.

22 de enero. Una importante victoria sobre las fuerzas de Batista bajo el comando del teniente Ángel Sánchez Mosquera tiene lugar en Arroyo del Infierno.

17 de febrero. El periodista del *New York Times*, Herbert Matthews entrevista a Fidel en la Sierra Maestra. Ese mismo día, ocurre el primer encuentro entre la clandestinidad de la ciudad y la guerrilla del Movimiento 26 de Julio, desde el inicio de la guerra revolucionaria.

13 de marzo. Un comando del Directorio Revolucionario ataca el Palacio Presidencial y ocupa una importante estación de radio. José Antonio Echeverría, presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) y líder del Directorio Revolucionario (DR), es asesinado a tiros.

28 de mayo. Tiene lugar la batalla de El Uvero, en la cual Che Guevara resalta entre los otros combatientes. Unas semanas después, es el primero en ser nombrado comandante por Fidel, para dirigir su propia columna guerrillera.

30 de julio. Es asesinado Frank País, líder del movimiento clandestino en Santiago de Cuba.

20 de agosto. Fidel dirige la Columna 1 «José Martí», en la batalla de Palma Mocha.

17 de septiembre. Tiene lugar la primera batalla de Pino del Agua.

Noviembre-diciembre. El Ejército Rebelde comienza la ofensiva de invierno contra las fuerzas de Batista, en la Sierra Maestra.

1958

16 y 17 de febrero. El Ejército Rebelde obtiene una significativa victoria en la segunda batalla de Pino del Agua.

1ro. de marzo. Raúl Castro y Juan Almeida dirigen columnas que abren el primer y segundo frente en la provincia de Oriente.

9 de abril. Fracasa la huelga general convocada por el Movimiento 26 de Julio.

25 de mayo. El ejército de Batista lanza una ofensiva militar contra el Ejército Rebelde, pero es vencida después de dos meses y medio de intensos combates.

31 de agosto. Los comandantes Che Guevara y Camilo Cienfuegos dirigen columnas hacia el centro de la isla de Cuba, para abrir nuevos frentes de batalla en la provincia de Las Villas.

15 de noviembre. Fidel deja la Sierra Maestra para dirigir la ofensiva final del Ejército Rebelde en Santiago de Cuba.

28 de diciembre. La columna guerrillera del Che comienza la batalla de Santa Clara, y toma el control de la ciudad en pocos días.

1959

1ro. de enero. Fidel entra a Santiago de Cuba y llama una huelga general para el día siguiente. El régimen dictatorial colapsa, Batista y algunos de sus cómplices huyen a República Dominicana y dejan al mando al general Cantillo.

2 de enero. En horas tempranas, Fidel reúne al pueblo de Santiago de Cuba en el Parque Céspedes. Che Guevara y Camilo llegan a La Habana.

8 de enero. Se instala un Gobierno Revolucionario provisional presidido por el juez Manuel Urrutia, cuyo primer ministro era José Miró Cardona. Fidel Castro asume el cargo de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas.

23 al 27 de enero. Fidel visita Venezuela y convoca a 300 000 personas en la Plaza del Silencio en Caracas.

7 de febrero. Se reinstaura la Constitución de 1940.

9 de febrero. Che Guevara, argentino de nacimiento, es declarado ciudadano cubano.

16 de febrero. Fidel reemplaza a Miró Cardona como primer ministro del Gobierno Revolucionario.

22 de marzo. En una marcha masiva en La Habana, Fidel explica que el Gobierno Revolucionario no permitirá la discriminación racial y adoptará medidas para proteger a los trabajadores en los empleos menos remunerados.

Abril. Los casinos se cierran y el jefe mafioso Santos Traficante Jr. es arrestado.

21 de abril. Todas las playas privadas son abiertas al pueblo.

15 al 27 de abril. Fidel viaja a los Estados Unidos en cumplimiento de una invitación de la Asociación de Editores de la Prensa (*Association of Newspaper Editors*), donde tiene una reunión de tres horas con el vicepresidente Richard Nixon, quien luego concluye que Fidel «es tan increíblemente ingenuo con respecto al comunismo o está bajo su disciplina».

8 de mayo. Fidel realiza un discurso donde resume su perspectiva, diciendo que «la Revolución Cubana no es ni capitalista ni comunista y que es una revolución propia, que tiene una ideología propia, enteramente propia, que tiene raíces cubanas, que es enteramente cubana y enteramente americana, ¿por qué entonces ese empeño en acusar a nuestra Revolución de lo que no es?».

17 de mayo. Se proclama la Ley de Reforma Agraria, que establece un límite máximo de tenencia de tierra.

26 de junio. Cuba rompe relaciones diplomáticas con República Dominicana. Este hecho no detiene el apoyo del dictador Rafael Leónidas Trujillo a diferentes *complots* contra el Gobierno Revolucionario cubano.

16 de julio. Fidel Castro renuncia al cargo de Primer Ministro y esa decisión, a su vez, obliga a renunciar al presidente Manuel Urrutia, quien es sustituido por Osvaldo Dorticós.

26 de julio. En el acto por el VI Aniversario del Asalto al Cuartel Moncada, celebrado en Santiago de Cuba, el presidente Osvaldo Dorticós le solicita a Fidel que reasuma el cargo de Primer Ministro. En La Habana, el pueblo abre las puertas de sus hogares y recibe a miles de familias de campesinos en un esfuerzo de romper la división campo-ciudad.

7 de octubre. Che Guevara es designado director del Departamento de Industria del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA).

21 de octubre. Dos aviones de los Estados Unidos lanzan bombas en La Habana, que causan dos muertos y decenas de heridos. El ex jefe de la Fuerza Aérea revolucionaria, Pedro Luis Díaz Lanz, admite más tarde su relación con este suceso.

26 de octubre. Fidel dice que: «la Revolución está más fuerte y más unida que nunca», durante el anuncio de la formación de las Milicias Nacionales Revolucionarias, para incorporar a los obreros y campesinos a su defensa.

28 de octubre. Muere el comandante Camilo Cienfuegos en un accidente de aviación, cuando volaba de Camagüey a La Habana, después de haber acabado con un *complot* contrarrevolucionario liderado por Hubert Matos.

Octubre. Al final de este mes, el presidente Eisenhower aprueba un programa de acción encubierta de la CIA contra Cuba.

25 de noviembre. Che Guevara es nombrado director del Banco Nacional de Cuba.

11 de diciembre. El coronel J.C. King, jefe de la División del Hemisferio Occidental de la CIA, envía al jefe de la CIA, Allen Dulles, un memorando sobre las posibilidades de eliminar a Fidel Castro.

Diciembre. La CIA recluta a exiliados cubanos y los entrena para atacar Cuba.

1960

Febrero. El ministro de Exteriores soviético Anastás Mikoyán visita Cuba y se firman los primeros tratados comerciales.

4 de marzo. Una explosión a bordo de *La Coubre*, un navío francés que traía armas belgas a Cuba, causa 101 muertos y más de 200 heridos.

5 de marzo. En el funeral de las víctimas del ataque terrorista del día anterior, Fidel usa por primera vez la consigna *Patria o Muerte*. Alberto Korda toma una fotografía del Che Guevara en la tribuna, que se convierte en la imagen icónica del guerrillero revolucionario.

17 de marzo. El presidente Eisenhower aprueba el «Programa de acción encubierta contra el régimen de Castro», un plan de acción militar y propaganda de la CIA para derrocar el Gobiërno Revolucionario de Cuba.

8 de mayo. Se reestablecen las relaciones diplomáticas entre Cuba y la Unión Soviética, rotas con anterioridad por Batista.

17 de mayo. Primeras transmisiones de Radio Swan, estación dirigida por la CIA, cerca de la costa de Honduras, creada con el propósito de emitir propaganda contrarrevolucionaria hacia Cuba.

28 de junio-1° de julio. El Gobierno Revolucionario nacionaliza las compañías extranjeras que se rehúsan a refinar petróleo soviético, incluidas Shell, Texaco y Esso.

6 de julio. El presidente estadounidense Eisenhower decretó la reducción abrupta de la cuota del azúcar cubana a exportar a ese país, lo que representaba una disminución significativa de la principal fuente de ingresos cubana. La Unión Soviética comenzaría a comprar el azúcar cubano.

23 de julio. Se firma el primer tratado comercial con China.

6 de agosto. Cuba nacionaliza otros negocios estadounidenses, que incluyen refinerías de petróleo, centrales azucareros y las compañías de electricidad y teléfono.

7 de agosto. Los obispos católicos cubanos circulan una carta pastoral alertando sobre el «comunismo», lo que desata un serio conflicto entre la Iglesia y el Gobierno Revolucionario.

28 de agosto. Los Estados Unidos imponen un bloqueo comercial a Cuba.

2 de septiembre. En respuesta a la hostil «Declaración de San José», de la Organización de Estados Americanos (OEA), la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba, en una marcha gigantesca en la hoy Plaza de la Revolución, adopta la «Declaración de La Habana», un llamado al fin de la explotación del hombre y la explotación del Tercer Mundo por el capital financiero imperialista.

17 de septiembre. Cuba nacionaliza todos los bancos estadounidenses.

26 de septiembre. Fidel Castro habla durante cuatro horas y media en la Asamblea General de las Naciones Unidas, en Nueva York. En su hotel en Harlem, Fidel se reúne con el presidente egipcio Nasser, con el primer ministro indio Nehru, con el primer ministro soviético Nikita Jruschov y el líder afroamericano Malcolm X.

28 de septiembre. Se crean los Comités de Defensa de la Revolución (CDR).

13 de octubre. Cuba nacionaliza grandes empresas comerciales e industriales.

14 de octubre. Se proclama la Ley de Reforma Urbana, que pone fin al comercio de terrenos.

19 de octubre. El presidente Eisenhower prohíbe todas las exportaciones estadounidenses a Cuba, excepto las de medicamentos y alimentos.

21 de octubre. Che Guevara comienza una extensa visita a la Unión Soviética, la República Democrática Alemana, Checoslovaquia, China y Corea del Norte.

Noviembre. Se emiten falsas informaciones desde la estación dirigida por la CIA en las Islas Swan, sobre un plan inminente del Gobierno Revolucionario de quitar el derecho de los padres sobre sus hijos. Comienza la «Operación Peter Pan».

9 de noviembre. John F. Kennedy derrota a Richard Nixon en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos.

2 de diciembre. Cuba establece relaciones diplomáticas con la República Democrática de Viet Nam (Hanoi).

16 de diciembre. El presidente Eisenhower reduce a cero la cuota azucarera cubana para enero-abril 1961.

1961

3 de enero. Washington rompe relaciones diplomáticas con La Habana.

11 de enero. Comienza la Campaña de Alfabetización. Cerca de 100 000 estudiantes son movilizados para la tarea en las brigadas Conrado Benítez.

23 de febrero. El Gobierno Revolucionario crea el Ministerio de Industrias, dirigido por el Che Guevara.

12 de marzo. Como parte de una campaña terrorista de bombardeos, es atacada una refinería de petróleo en Santiago de Cuba.

13 de marzo. El presidente Kennedy propone la Alianza para el Progreso, para detener-disminuir la influencia de la Revolución Cubana en América Latina.

15 de abril. Son bombardeados, simultáneamente, tres aeropuertos cubanos por aviones con insignias cubanas falsas.

16 de abril. En la ceremonia para enterrar a las víctimas del ataque terrorista del día anterior, Fidel proclama el carácter socialista de la Revolución. Este mismo día, los primeros brigadistas alfabetizadores llegaron al campamento de entrenamiento en Varadero.

17 de abril. Comienza en Playa Girón, en la costa sur de Cuba, la invasión de 1 500 mercenarios (Brigada 2506), entrenados y armados por la CIA.

19 de abril. La invasión es derrotada, con más de 1 200 mercenarios capturados.

1ro. de mayo. Fidel, en una enorme marcha por el 1ro. de mayo, resume las lecciones de la invasión a Playa Girón y analiza el nivel alcanzado por el floreciente proceso revolucionario.

30 de junio. Fidel habla en la sesión final luego de tres días de reunión de los escritores y artistas cubanos, diciendo: «dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada». El discurso pasa a ser conocido como *Palabras a los intelectuales*.

Julio. Se fundan las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), como una fusión del Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario 13 de marzo y el Partido Socialista Popular.

8 de agosto. Che Guevara denuncia la «Alianza para el Progreso» del presidente Kennedy, en la reunión de la Organización de Estados Americanos (OEA), en Punta del Este, Uruguay.

2 de septiembre. Cuba es el único país latinoamericano que participa en la reunión fundacional del Movimiento de Países No Alineados, en Bandung, Indonesia.

2 de diciembre. En una transmisión televisiva Fidel dice: «soy marxista-leninista. Y seré marxista-leninista hasta el último día de mi vida».

22 de diciembre. Una gigantesca celebración tiene lugar en la Plaza de la Revolución para anunciar la conclusión de la Campaña de Alfabetización; en ella Cuba es declarada «territorio libre de analfabetismo».

1962

22 al 31 de enero. La reunión de la OEA en Punta del Este, Uruguay, decide expulsar a Cuba de la organización.

3 de febrero. El presidente Kennedy impone el bloqueo comercial contra Cuba, efectivo a partir del día 7 de ese mes.

4 de febrero. Más de un millón de cubanos, reunidos en la Plaza de la Revolución, aprueban la Segunda Declaración de La Habana, un manifiesto para la liberación de las Américas que proclama que «El deber de todo revolucionario es hacer la Revolución».

12 de marzo. Se establece en Cuba el sistema de racionamiento de productos de primera necesidad.

16 de marzo. Es aprobado por el presidente Kennedy un nuevo programa de acción encubierta de la CIA contra Cuba llamado «Operación Mangosta».

26 de marzo. Fidel Castro denuncia el sectarismo dentro de las ORI, y esta organización es sustituida por un nuevo partido, el Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC).

27 de agosto al 7 de septiembre. Che Guevara realiza su segunda visita a la Unión Soviética.

22 de octubre. Después de que aviones espías estadounidenses descubren instalaciones de misiles soviéticos en Cuba, comienza la crisis internacional que pone al mundo al borde de una guerra nuclear.

2 de noviembre. El presidente Kennedy anuncia que los misiles soviéticos en Cuba están siendo desactivados.

24 de diciembre. Los mercenarios capturados durante la invasión a Playa Girón son enviados de vuelta a los Estados Unidos, a cambio de medicinas y compota para bebés, por el valor de $54 millones de dólares.

1963

27 de abril. Fidel llega a Moscú en su primera visita oficial a la Unión Soviética.

4 de octubre. El huracán Flora devasta Cuba, especialmente a las provincias orientales.

22 de noviembre. El presidente Kennedy es asesinado en Dallas, Texas. Casi inmediatamente, comienza una campaña mediática que relaciona al asesino, Lee Harvey Oswald, con Cuba.

20 de diciembre. Cuba inicia una campaña de solidaridad con Viet Nam.

1964

Enero. Un conflicto entre Washington y Londres echa por tierra el plan de una compañía británica de vender 405 autobuses a Cuba.

25 de marzo. Che Guevara habla en Ginebra en la conferencia de la UNCTAD, donde es creado el Grupo de los 77 (un grupo de representantes de países del Tercer Mundo).

11 de diciembre. Che Guevara se dirige a la Asamblea General de Naciones Unidas en Nueva York, donde condena la guerra de los Estados Unidos contra Viet Nam, y apoyando los movimientos de liberación desde Puerto Rico hasta el Congo.

17 de diciembre. Che Guevara comienza un extenso viaje a Egipto y otros países africanos.

1965

22 al 27 de febrero. Se celebra la Conferencia Afro-Asiática, que tiene lugar en Argelia, en la cual Che Guevara pronuncia un controversial discurso en que urge a los países socialistas a hacer más para apoyar las luchas de independencia de los países del Tercer Mundo.

13 de marzo. Fidel expresa en un encuentro en la Universidad de La Habana, como argumento sobre la ruptura chino-soviética: «la división frente al enemigo no fue nunca estrategia correcta, no fue nunca estrategia revolucionaria, no fue nunca estrategia inteligente».

25 de marzo. Che Guevara retorna a Cuba, y poco después desaparece de la vista pública.

Abril. Che Guevara deja Cuba, con la misión de apoyar los movimientos de liberación en África.

3 de octubre. Se funda el Partido Comunista de Cuba y se da a conocer la composición de su Comité Central y su Buró Político. En esa reunión Fidel lee la carta de despedida del Che.

10 de octubre. Por causa de la suspensión por parte de los Estados Unidos de los vuelos desde Cuba, se habilita el puerto de Camarioca para el arribo de botes provenientes de los Estados Unidos, para el traslado de cubanos que desean emigrar.

21 de noviembre. Che Guevara abandona el Congo, y escribe su versión de la misión, donde la describe como un «fracaso».

1966

Enero. Se efectúa en La Habana la Conferencia Tricontinental, en la cual se crea la Organización de Solidaridad con los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL).

28 de septiembre. Fidel expresa en la ceremonia por el sexto aniversario de la fundación de los CDR: «No haremos una conciencia socialista y una conciencia comunista con un signo de pesos en la mente y en el corazón de los hombres y mujeres del pueblo».

2 de noviembre. El Congreso de los Estados Unidos adopta la Ley de Ajuste Cubano, que alienta las salidas ilegales desde Cuba.

4 de noviembre. Che Guevara llega a Bolivia para iniciar la lucha revolucionaria, que espera será extendida a toda América Latina.

31 de diciembre. Che Guevara se reúne con Mario Monje, líder del Partido Comunista Boliviano. Hay un serio desacuerdo sobre las perspectivas del movimiento guerrillero.

1967

13 de marzo. Hablando en la Universidad de La Habana, Fidel critica los partidos comunistas latinoamericanos, diciendo: «¡Y quienes no sean combatientes revolucionarios no se podrán llamar comunistas!».

16 de abril. El *Mensaje a la Tricontinental* del Che es publicado, llamando a la creación de «dos, tres, muchos Vietnam».

19 de abril. En el sexto aniversario de la invasión a Playa Girón, año designado como «Año del Vietnam Heroico», Fidel argumenta: «nuestros pueblos, desdichadamente, no tienen otro camino para su liberación que el camino de la lucha».

10 de agosto. Fidel se dirige a la conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) reafirmando la lucha armada como el «camino fundamental» para los revolucionarios latinoamericanos. Che Guevara es elegido miembro honorario de la organización.

8 de octubre. Che Guevara es herido en combate y capturado. Esta fecha es conocida en Cuba como «El día del Guerrillero Heroico».

9 de octubre. Che Guevara es asesinado a sangre fría por soldados del ejército boliviano, siguiendo instrucciones de Washington.

15 de octubre. En una aparición televisiva, Fidel confirma la noticia de la muerte del Che en Bolivia.

18 de octubre. Fidel da un discurso en memoria del Che Guevara, ante casi un millón de personas reunidas en la Plaza de la Revolución de La Habana.

1968

Enero. Tiene lugar el juicio a los 35 miembros de la «micro-fracción pro soviética» dirigida por Aníbal Escalante.

13 de marzo. El Gobierno Revolucionario confisca todos los negocios privados, excepto las pequeñas fincas familiares. En la Universidad de La Habana Fidel explica, «¡Señores, no se hizo una Revolución aquí para establecer el derecho al comercio!».

Julio. El *Diario del Che* es publicado y distribuido de forma gratuita al pueblo cubano. Es, simultáneamente, publicado alrededor del mundo.

21 de agosto. La Unión Soviética invade Checoslovaquia. Fidel responde con moderada aprobación.

10 de octubre. Cuba conmemora el aniversario 100 del inicio de la lucha por la independencia, en el monumento La Demajagua, Manzanillo, antigua provincia de Oriente.

1969

14 de julio. Fidel Castro anuncia la campaña para producir diez millones de toneladas de azúcar en un año.

1970

20 de mayo. En un discurso transmitido por televisión, Fidel reconoce el fracaso de la campaña por los diez millones de toneladas de azúcar.

1971

10 de noviembre al 4 de diciembre. Durante el gobierno de la Unidad Popular, dirigido por Salvador Allende, Fidel visita Chile y viaja por casi todo el país.

2 de diciembre. Fidel le entrega al presidente Salvador Allende un fusil, ante una enorme multitud de personas congregadas durante su discurso de despedida en el Estadio Nacional de Santiago de Chile.

1972

11 de julio. Cuba se une al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) y entra así en el bloque de comercio socialista.

1973

9 de septiembre. El grupo terrorista formado por emigrados cubanos Omega-7 asume la responsabilidad del atentado ocurrido a la Misión Cubana ante la ONU en Nueva York. Fueron realizados en los dos meses siguientes sucesivos ataques con bombas.

11 de septiembre. El presidente Allende muere durante un golpe militar dirigido por Augusto Pinochet. El golpe es abiertamente respaldado por la CIA y el secretario de Estado de los Estados Unidos, Henry Kissinger.

1974

Enero. El premier soviético Leonid Brezhnev visita Cuba.

26 de marzo. Visita Cuba el primer ministro vietnamita Phan Van Dong. Fidel pronuncia un discurso en el que enfatiza la importancia de la solidaridad internacional.

Noviembre. Funcionarios cubanos y estadounidenses comienzan los diálogos para buscar una solución al problema migratorio.

1975

27 de enero. Es establecida una comisión del Senado estadounidense, encabezada por el senador Frank Church, que puso en evidencia las actividades

de las agencias de inteligencia de los Estados Unidos, contra los gobiernos extranjeros y sus líderes políticos, incluyendo a Fidel Castro.

14 de febrero. Se aprueba el Código de Familia, que afirma los derechos de las mujeres tanto en el trabajo como en el hogar.

5 de noviembre. Comienza la «Operación Carlota», que consiste en el envío tropas para apoyar la guerra de independencia de Angola, contra la invasión de Sudáfrica.

17 al 22 de diciembre. Se realiza el I Congreso del Partido Comunista de Cuba. En la ceremonia de clausura, Fidel dice: «Somos, más que hombres de méritos, privilegiados herederos de lo que otros hicieron».

1976

24 de febrero. Cuba adopta una nueva Constitución socialista, después de haber sido puesta en referéndum, con un 98% de votos a favor.

6 de octubre. Un avión de Cubana de Aviación explota en el aire cerca de la costa de Barbados. Murieron 73 pasajeros, incluidos todos los miembros del equipo nacional cubano de esgrima. Los emigrados de origen cubano, Orlando Bosch y Luis Posada Carriles son arrestados en Venezuela, por su responsabilidad en el crimen. Cuba anula el acuerdo sobre secuestro de aviones con los Estados Unidos firmado en 1973.

2 de diciembre. Se realiza la primera Asamblea del Poder Popular. Fidel es elegido como presidente del Consejo de Estado.

1977

1ro. de septiembre. Bajo la presidencia de Jimmy Carter, Cuba y los Estados Unidos acuerdan abrir, en ambos países, oficinas diplomáticas (Sección de Intereses).

Octubre. Visitan a Cuba el líder del Congreso Nacional Africano (CNA) Oliver Tambo y el presidente de Mozambique Samora Machel. Fidel es recibido en Jamaica, por el primer ministro Michael Manley.

1978

9 de febrero. El Comité Selecto del Senado de los Estados Unidos para los Asuntos de la Inteligencia propone una legislación que prohibe los asesinatos políticos por agentes estadounidenses.

1ro. de agosto. Cinco emigrados cubanos son acusados por el asesinato en Washington, el 21 de septiembre, del diplomático chileno Orlando Letelier y su colaboradora Ronnie Moffitt.

1979

1ro. de enero. Como resultado del diálogo sobre asuntos migratorios, se autoriza a los ciudadanos cubano-norteamericanos a viajar a la isla. Más de 100 000 viajan a Cuba en ese año.

13 de marzo. Triunfa la revolución dirigida por Maurice Bishop y el Movimiento Nueva Joya, en la isla caribeña de Granada.

19 de julio. Los sandinistas derrocan la dictadura de Somoza en Nicaragua. En las celebraciones por el 26 de Julio, Fidel dice: «No hay dos revoluciones iguales. No puede haberlas».

3 al 9 de septiembre. Fidel Castro es electo presidente del Movimiento de Países No Alineados en su VI cumbre realizada en La Habana.

12 de octubre. Fidel Castro se dirige a la Asamblea General de la ONU en Nueva York en su condición de presidente del Movimiento de Países no Alineados; explica allí que «representan la gran mayoría de la humanidad».

23 de diciembre. El primer contingente de la Brigada Antonio Maceo (un grupo de jóvenes cubanoamericanos) llega a La Habana, para una visita de tres semanas.

1980

Abril. Una nueva crisis migratoria se desencadena cuando un grupo de personas que desean emigrar proyectan un autobús contra las puertas de la Embajada de Perú. Cuba responde abriendo el puerto del Mariel a los botes que vengan y se lleven a las personas a los Estados Unidos. En una gigantesca marcha, llamada la «Marcha del Pueblo Combatiente», Fidel sostiene

que «la obra de una revolución y la construcción del socialismo es tarea de hombres y mujeres absolutamente libres y absolutamente voluntarios».

1ro. de mayo. El líder sandinista Daniel Ortega y el primer ministro granadino Maurice Bishop, asisten a las celebraciones del 1ro. de mayo en La Habana. Fidel describe a Cuba, Nicaragua y Granada como tres gigantes que se levantan.

19 de julio. Fidel asiste a las celebraciones por el primer aniversario de la Revolución Nicaragüense, y asegura el apoyo de Cuba al gobierno sandinista contra la «guerra sucia» de Washington.

11 de septiembre. El diplomático cubano Félix García es asesinado en Nueva York por la organización terrorista Omega-7.

1981

20 de enero. Se forman las Milicias de Tropas Territoriales.

22 de octubre. Se celebra la Cumbre Norte-Sur en Cancún, México. El gobierno de México recibe presiones de los Estados Unidos para excluir a Fidel, aunque en ese momento él preside el Grupo de los 77.

1982

2 de abril al 13 de junio. Guerra entre Gran Bretaña y Argentina por las Islas Malvinas.

18 de octubre. El presidente francés François Mitterand interviene para solicitar la libertad de Armando Valladares, recluido en una prisión cubana, ex policía batistiano, con 22 años al servicio del terrorismo.

1983

25 de octubre. Los Estados Unidos invaden Granada después del asesinato del primer ministro Maurice Bishop. Los trabajadores civiles cubanos que colaboraban en ese país enfrentan la invasión, y algunos mueren en combate o asesinados. Unos 600 cubanos que trabajaban en esa isla son arrestados y entregados a Cuba.

1984

Diciembre. Se firma un acuerdo migratorio entre Cuba y los Estados Unidos.

1985

11 de marzo. Mijaíl Gorbachov se convierte en primer ministro de la Unión Soviética y anuncia una política de *glasnost* (transparencia) y *perestroika* (reestructuración) en la vida económica y política de los soviéticos.

19 de mayo. La estación radial financiada por los Estados Unidos «Radio Martí» comienza sus transmisiones hostiles hacia la Revolución desde la Florida.

18 de julio. En un diálogo con delegados a la Conferencia Sindical de los Trabajadores de América Latina y el Caribe sobre la deuda externa, Fidel dice que la opción es discernir «si hay que pagar tributo al imperio o hay que pagar tributo a la patria».

3 al 7 de agosto. Fidel habla en una conferencia en La Habana sobre la crisis de la deuda en América Latina, que en ese momento alcanza los $360 mil millones de dólares.

1986

4 al 7 de febrero. En la ceremonia de clausura del III Congreso del Partido Comunista de Cuba, Fidel dice: «nuestra patria es más fuerte, nuestra economía más sólida y nuestra experiencia más rica».

26 de febrero. Fidel va a Moscú a conocer al primer ministro Gorbachov.

19 de abril. En el aniversario 25 de Playa Girón, Fidel anuncia el inicio del Proceso de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas, que pone fin a un período de copia de los medios y métodos soviéticos de dirección y planificación económica, que, entre otros males, fomentaron la corrupción, el individualismo y burocratismo al interior del Partido Comunista de Cuba.

20 de diciembre. Cuba libera de prisión al contrarrevolucionario Eloy Gutiérrez Menoyo.

1987

8 de octubre. En el aniversario 20 de la caída del Che en Bolivia, Fidel plantea la necesidad de retomar las ideas del Che sobre economía política y la transición al socialismo.

1988

23 de marzo. Las tropas cubanas juegan un papel importante en la victoria contra el ejército sudafricano en Cuito Cuanavale, Angola; con ello preparan el camino hacia la independencia de Namibia y la caída del régimen del *apartheid*, en Pretoria.

26 de julio. Fidel rechaza la *perestroika* como un anatema de los principios del socialismo, argumenta que: «Socialismo y capitalismo son dos cosas diametralmente distintas, por definición y por esencia».

1989

2 al 5 de abril. El primer ministro Gorbachov visita Cuba. Esta es la primera visita de un líder soviético desde Brezhnev en 1974.

14 de junio. Comienza el juicio del general Arnaldo Ochoa, del coronel Antonio de la Guardia y otros altos funcionarios de las Fuerzas Armadas y el Ministerio del Interior, implicados en el tráfico de drogas. Ochoa, De la Guardia y otros dos oficiales son condenados a muerte y fusilados el 13 de julio.

26 de julio. Fidel llama la atención sobre el posible colapso de la Unión Soviética, pero declara que aunque esta desaparezca, la Revolución Cubana seguirá adelante.

18 de octubre. Cuba es elegida por un período de dos años como miembro no permanente del Consejo de Seguridad de la ONU.

9 de noviembre. La caída del muro de Berlín marca el comienzo del colapso del bloque socialista europeo.

7 de diciembre. Cuba honra a los mártires internacionalistas muertos en combate en Angola. Ante el inminente colapso del bloque socialista europeo, Fidel expresa que la opción de Cuba es «¡Socialismo o muerte!».

20 de diciembre. Los Estados Unidos intervienen en Panamá y el general Manuel Noriega es capturado, sometido a juicio y encarcelado en los Estados Unidos. Más de un millón de cubanos protestan frente a la Sección de Intereses de los Estados Unidos en La Habana.

1990

Febrero. El gobernador de la Florida, el republicano Bob Martínez, nomina al jefe de la Fundación Nacional Cubano Americana (FNCA), Jorge Mas Canosa, al frente de la Comisión para Cuba Libre.

25 de febrero. El gobierno sandinista es derrotado en elecciones en Nicaragua.

Marzo. Llega el primer grupo de niños para tratamiento médico, víctimas del desastre nuclear en la planta de Chernobil en 1986.

Agosto. El gobierno cubano adopta medidas drásticas para enfrentar la inevitable crisis económica conocida como «Período Especial en Tiempo de Paz».

1991

Febrero. El CAME, que representaba el 85-88% del comercio de Cuba con el extranjero, se disuelve oficialmente.

18 de julio. Se celebra en Guadalajara, México, la primera cumbre Iberoamericana.

26 de julio. El líder del Congreso Nacional Africano (ANC), Nelson Mandela asiste a las celebraciones por el aniversario del Asalto al Cuartel Moncada y agradece a Cuba su apoyo en la lucha contra el *apartheid*.

11 de septiembre. El primer ministro Gorbachov anuncia la salida de los 7 000 efectivos militares soviéticos que estaban ubicados en Cuba.

10 de octubre. Fidel plantea durante la sesión del IV Congreso del Partido Comunista de Cuba: «Lo único que no tendría jamás perspectiva es si se pierde la patria, la Revolución y el socialismo».

14 de octubre. Concluye el IV Congreso del Partido Comunista de Cuba. Entre otros acuerdos, el Congreso aprueba la incorporación de jóvenes a los

más altos órganos de dirección partidista, y la posibilidad de ingreso al partido de personas con creencias religiosas.

25 de noviembre. Después del golpe militar contra el presidente Aristide en Haití, los Estados Unidos anuncian que la Base Naval de Guantánamo será usada para albergar a miles de refugiados haitianos.

Diciembre. Se derrumba el gobierno soviético.

1992

1ro. de enero. Es declarado el primer año del Período Especial y son hechas muchas predicciones internacionales sobre el inminente colapso de la Revolución Cubana.

1ro. de abril. «TV Martí», surgida en 1990, transmite de la Florida a Cuba, haciéndose aún más fuerte la batalla de las transmisiones televisivas.

12 de junio. Fidel participa en la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro, Brasil, donde puntualiza que «mañana será demasiado tarde» para atender los problemas del medio ambiente. Hagamos que «desaparezca el hambre y no el hombre».

Julio. Prematuramente, varios analistas publican artículos y libros prediciendo la «hora final» de Fidel y de la Revolución Cubana.

23 de julio. En la II Cumbre Iberoamericana, efectuada en Madrid, en el aniversario 500 de la colonización de las Américas, Fidel enfatiza la necesidad de solidaridad entre los pueblos del continente.

5 de septiembre. En un discurso en Cienfuegos, Fidel reconoce que Cuba enfrenta una severa crisis económica, al haber perdido el 70% de su capacidad de compra.

6 de septiembre. La X Cumbre del Movimiento de Países No Alineados demanda el fin del bloqueo de los Estados Unidos a Cuba y el cierre de la base naval de Guantánamo.

23 de octubre. El Congreso de los Estados Unidos aprueba la *Cuban Democracy Act* (propuesta por Robert Torricelli) que extiende el bloque económico contra Cuba a terceros países.

24 de noviembre. La Asamblea de las Naciones Unidas aprueba, por primera vez, una resolución cubana en contra del bloqueo económico de los Estados Unidos, con 59 votos a favor y tres en contra, 71 abstenciones y 42 ausencias. Cuba estima que el bloqueo ha costado $30 billones de dólares, a lo largo de tres décadas.

1993

24 de febrero. Se efectúan las primeras elecciones directas a la Asamblea Nacional del Poder Popular en Cuba, con la participación del 99,62% de los votantes activos.

27 de julio. Fidel anuncia la legalización del dólar estadounidense y otros grandes cambios económicos, que incluyen la aprobación de mercados agropecuarios. Fidel sostiene: «Nuestra Revolución no puede ni venderse ni entregarse».

1994

10 de mayo. Fidel asiste a la toma de posesión de Nelson Mandela como presidente de Sudáfrica.

Julio-agosto. Se produce la llamada «crisis de los balseros», caracterizada por los cubanos que en balsas, intentan llegar a las costas de la Florida. Conduce a la firma de nuevos acuerdos migratorios Cuba-Estados Unidos en el mes de septiembre.

1995

22 de octubre. En un discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, Fidel condena el hecho de que veinte millones de personas mueren cada año de enfermedades curables y la carrera armamentista continúa aún cuando la guerra fría ha terminado.

1996

24 de febrero. Aviones militares cubanos derriban dos avionetas operadas por el grupo de pilotos de la organización contrarrevolucionaria radicada en Miami, «Hermanos al rescate», que en reiteradas ocasiones habían violado el espacio aéreo cubano.

12 de marzo. El presidente norteamericano Bill Clinton firma la «Ley para la libertad, la solidaridad y la democracia cubanas», más conocida como Ley Helms-Burton.

1997

Abril-septiembre. Una serie de bombas explotan en hoteles de La Habana y Varadero, con una víctima fatal: un turista italiano.

10 de septiembre. El ciudadano salvadoreño Raúl Cruz León es arrestado por la responsabilidad en seis de estas bombas. Cruz León admite vínculos con el terrorista Luis Posada Carriles.

10 de octubre. Concluye el V Congreso del Partido Comunista de Cuba bajo el lema: «El Partido de la unidad, la democracia y los derechos humanos que defendemos».

17 de octubre. Los restos del Che Guevara y otros combatientes muertos en Bolivia, 30 años atrás, son traídos a Cuba y depositados en el monumento al Che en la ciudad de Santa Clara.

13 de diciembre. La Asamblea Nacional del Poder Popular vota para hacer algunos cambios significativos a la Constitución cubana.

1998

21 al 25 enero. El papa Juan Pablo II visita Cuba y enfatiza a su llegada: «Que Cuba se abra, con todas sus magníficas posibilidades, al mundo y que el mundo se abra a Cuba».

6 de mayo. El premio Nobel Gabriel García Márquez, lleva un mensaje de Fidel al presidente estadounidense Bill Clinton, que contiene información sobre las actividades contrarrevolucionarias de grupos terroristas establecidos en los Estados Unidos.

12 de julio. En reportajes realizados por *The New York Times*, Luis Posada Carriles admite estar involucrado con los ataques terroristas a hoteles cubanos en 1997, asegurando que dichos ataques fueron financiados por la Fundación Nacional Cubano Americana (FNCA).

2 de septiembre. En la cumbre del Movimiento de Países No Alineados, Fidel dice: «No hay ni habrá canto de cisne, ni fin de la historia».

4 de septiembre. Fidel se dirige al Parlamento Sudafricano y recibe una calurosa bienvenida en Soweto al día siguiente.

12 de septiembre. Cinco cubanos son arrestados, en Miami, bajo cargos de espionaje, por haberse infiltrado en organizaciones terroristas en los Estados Unidos, para advertir a Cuba de posibles ataques al país.

6 de diciembre. En Venezuela, Hugo Chávez es electo presidente con una clara mayoría de votos. Chávez realiza su primera visita como jefe de Estado a Cuba el mes siguiente.

1999

Febrero. Fidel asiste a la toma de posesión del presidente Hugo Chávez en Venezuela y realiza un discurso en la universidad conocido como: «La Batalla de Ideas».

31 de mayo. Cuba hace una demanda legal a los Estados Unidos, donde reclama $181,1 billones de dólares por daños ocasionados en agresiones y ataques terroristas a lo largo de 40 años.

19 de septiembre. Fidel envía un mensaje al Grupo de los 77, en el que afirma que la globalización es una «realidad irreversible».

25 de noviembre. El niño Elián González, de 5 años de edad, fue rescatado cerca de las costas de la Florida, tras el naufragio de su madre y otros cubanos que intentaban emigrar a los Estados Unidos. Elián fue entregado por las autoridades estadounidenses a sus familiares en Miami, quienes, en contubernio con las organizaciones contrarrevolucionarias radicadas en esa ciudad, obstaculizaron durente meses el regreso del niño a Cuba, en compañía de su padre.

30 de noviembre al 3 de diciembre. La cumbre de la Organización Mundial de Comercio en Seattle, se convierte en escenario de masivas protestas contra la globalización neoliberal.

2000

14 de abril. En la ceremonia de clausura de la Cumbre del Sur, en La Habana, Fidel hace un llamado a la abolición del Fondo Monetario Internacional (FMI).

28 de junio. Tras un proceso judicial, el niño Elián González regresa a Cuba en compañía de su padre.

6 de septiembre. Fidel participa en la Cumbre del Milenio en las Naciones Unidas en Nueva York. En ella plantea: «En nuestro mundo reina el caos dentro y fuera de las fronteras. Leyes ciegas son presentadas como normas divinas que traerán la paz, el orden, el bienestar y la seguridad que tanto necesita nuestro planeta».

8 de septiembre. Fidel le habla a una multitud que repleta la iglesia Riverside en Harlem, Nueva York.

26 al 30 de octubre. Durante una visita como jefe de Estado a Caracas, el presidente Fidel se dirige a la Asamblea Nacional venezolana y firma importantes acuerdos de cooperación económica entre Cuba y Venezuela.

Noviembre. La inteligencia cubana descubre un complot para asesinar a Fidel en la X Cumbre Iberoamericana en Panamá. Luis Posada Carriles junto a otros tres cómplices son arrestados por las autoridades panameñas.

2001

25 al 30 de enero. Se celebra en Porto Alegre el I Encuentro del Foro Social Mundial, Brasil, convocado bajo el lema: «Otro mundo es posible».

17 de abril. Fidel envía un mensaje de apoyo a las protestas en Québec contra el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA).

8 de junio. Los cinco cubanos arrestados por espionaje en 1998 son sentenciados en la corte federal de los Estados Unidos, en Miami, a cuatro cadenas perpetuas y 75 años colectivamente.

23 de junio. Durante un discurso de tres horas, Fidel sufre un desmayo, y comienzan los rumores en todo el mundo sobre su estado de salud.

1ro. de septiembre. Fidel se dirige a la Conferencia Mundial contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y la Intolerancia, en Durban, Sudáfrica, sosteniendo que: «El racismo, la discriminación racial y la xenofobia constituyen un fenómeno social, cultural y político, no un instinto natural de los seres humanos».

11 de septiembre. Terroristas usan aviones secuestrados para atacar el Pentágono en Washington y el World Trade Center en Nueva York. Fidel ofrece sus condolencias y asistencia a las autoridades de los Estados Unidos a nombre del gobierno de Cuba.

2002

7 de enero. Cuba es informada que la Base Naval de Guantánamo será usada para retener «combatientes enemigos» capturados en la «guerra del terror» en Afganistán.

11 de abril. El presidente Hugo Chávez es víctima de un intento de golpe de Estado en Venezuela. Dos días más tarde, la espontánea movilización popular derrotó esa maniobra y el presidente fue restituido en su cargo.

6 de mayo. El presidente estadounidense George W. Bush, hace acusaciones infundadas de que Cuba está realizando investigaciones para el desarrollo de armas biológicas.

12 al 17 de mayo. El ex presidente de los Estados Unidos Jimmy Carter visita Cuba y se dirige a una gran audiencia en la Universidad de La Habana.

21 de mayo. Cuba es incluida por el presidente Bush, en la lista de países que «apoyan el terrorismo».

2003

13 de mayo. Washington expulsa a catorce diplomáticos cubanos.

26 de mayo. Fidel asiste a la ceremonia de toma de posesión del presidente Néstor Kirchner en Argentina y le habla a una entusiasta multitud en la Universidad de Buenos Aires.

26 de junio. Después de la firma de más de ocho millones de cubanos, la Asamblea Nacional del Poder Popular vota para enmendar la Constitución y hacer el socialismo «irrevocable».

10 de octubre. El presidente estadounidense George W. Bush anuncia una «Comisión de Ayuda para una Cuba Libre», para preparar la «transición a la democracia», a la misma vez que se tensan las restricciones de viajes de los Estados Unidos a la Isla.

Octubre. En respuesta a los serios daños ocasionados por los huracanes, el gobierno de los Estados Unidos autoriza la venta de alimentos a Cuba, sujetas a determinadas condiciones y restricciones

2004

1ro. de enero. Cuba celebra el 45 aniversario de la Revolución.

29 de enero. Fidel acusa al presidente Bush de planear su asesinato.

29 de abril. Un informe del Departamento de Estado de los Estados Unidos acusa a Cuba de mantener vínculos con el «terrorismo internacional».

8 de mayo. La administración Bush hace público el plan para una «transición a la democracia en Cuba». Fidel responde el 14 de mayo con su carta titulada «Primera espístola a George Bush».

18 de mayo. Se sostiene una reunión con líderes emigrados moderados en La Habana.

10 de junio. Cinco líderes de grupúsculos contrarrevolucionarios son liberados de prisión, seguidos por la liberación de otros más.

21 de junio. Ante más de un millón de cubanos reunidos frente a la Sección de Intereses de los Estados Unidos en La Habana, Fidel lee su «Segunda Epístola» al presidente Bush.

Julio. La administración de los Estados Unidos agrava aun más las restricciones de viaje a Cuba.

26 de agosto. Cuba rompe relaciones diplomáticas con Panamá, después que su presidenta Mireya Moscoso, al final de su mandato, otorgara la amnistía a Luis Posada Carriles y sus tres cómplices en el complot de asesinar a Fidel Castro.

20 de octubre. Fidel se fractura la rodilla izquierda y se fisura el brazo derecho, al tropezar y caer al suelo después de un discurso en la ciudad de Santa Clara.

8 de noviembre. Se suspende la circulación legal del dólar en Cuba y se reemplaza por una moneda denominada peso convertible.

22 y 23 de noviembre. El premier chino Hu Jintao visita Cuba y se firman varios acuerdos comerciales.

14 de diciembre. En el espíritu del ALBA (Alternativa Bolivariana para las Américas) —contrapropuesta al ALCA (Acuerdo de Libre Comercio para las Américas) de Washington— los presidentes Fidel Castro y Hugo Chávez acuerdan comenzar la cooperación económica.

2005

17 de marzo. El peso cubano convertible es reevaluado frente al dólar, como resultado del excelente crecimiento de la economía cubana.

17 de mayo. Más de un millón de cubanos acusan a los Estados Unidos de alojar a Luis Posada Carriles, uno de los principales autores del ataque terrorista al avión cubano en 1976.

28 de julio. La secretaria de Estado de los Estados Unidos Condoleezza Rice, nombra a Caleb McCarry como coordinador de la «transición» en Cuba.

9 de agosto. Una corte de apelaciones, con sede en Atlanta, organiza un nuevo juicio para los cinco cubanos acusados de espionaje en 1998, e invalida el juicio original realizado en Miami.

14 y 15 de octubre. La Cumbre Iberoamericana efectuada en Salamanca, España, condena el bloqueo contra Cuba y demanda a las autoridades de los Estados Unidos que enjuicien al terrorista Luis Posada Carriles.

15 de octubre. Como parte de una campaña contra la corrupción, un contingente de trabajadores sociales se encargan de las gasolineras en todo el país.

8 de noviembre. La Asamblea General de las Naciones Unidas condena el bloqueo de los Estados Unidos contra Cuba en la ocasión número catorce.

17 de noviembre. En un discurso en la Universidad de La Habana, Fidel dice que la Revolución solo puede ser destruida desde dentro, después que criticó al «*nouveau riche*» (nuevo rico) por corrupción y comercio ilegal en una charla semanas antes.

23 de noviembre. Cuba alcanza la meta de dos millones de turistas en 2005.

18 de diciembre. Evo Morales, líder del Movimiento al Socialismo (MAS) es electo presidente en Bolivia. Visita La Habana para la firma de acuerdos de cooperación el 30 de diciembre.

31 de diciembre. El año cierra con el anuncio de que Cuba ha alcanzado un crecimiento económico del 11,8%.

2006

31 de julio. Ante una cirugía mayor del intestino, Fidel delega el poder a Raúl Castro, primer vicepresidente de Cuba.

1ro. de agosto. Fidel da a conocer la Proclama al Pueblo de Cuba, en la cual especifica los nombres de los miembros de la dirección del partido y el gobierno en los cuales delega, con carácter provisional, sus principales funciones.

28 de noviembre al 2 de diciembre. La Fundación Guayasamín realiza un coloquio en La Habana para celebrar el cumpleaños 80 de Fidel, evento pospuesto desde el 13 de agosto por la enfermedad del líder cubano.

2007

28 de marzo. Fidel escribe las primeras «Reflexiones del Comandante en Jefe» en el *Granma.* Dichas reflexiones continúaran apareciendo en las publicaciones nacionales y extranjeras.

31 de julio. Fidel redacta su mensaje «La llama eterna: La vida sin ideas de nada vale. No hay felicidad mayor que la de luchar por ellas».

2008

18 de febrero. Fidel envía un mensaje al pueblo cubano en el cual anuncia que no aceptará ser electo Presidente del Consejo de Estado.

24 de febrero. Raúl Castro es electo presidente de los Consejos de Estado y de Ministros.

INTRODUCCIÓN
QUINCE CUALIDADES DE FIDEL

FELIPE PÉREZ ROQUE

Intervención de Felipe Pérez Roque, ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, en noviembre de 2006, durante la sesión plenaria del Coloquio Internacional Memoria y Futuro: Cuba y Fidel, en La Habana, organizado por la Fundación Guayasamín, para la celebración del cumpleaños 80 de Fidel.

Queridos amigos, desde los demás diversos confines de la Tierra, han venido no solo a celebrar el cumpleaños 80 de Fidel, sino también a dar un nuevo testimonio de solidaridad y de cariño con la Revolución Cubana, con el pueblo noble y generoso que ha desafiado tempestades, bloqueos y agresiones sin perder el optimismo, sin que le hayan podido matar la esperanza y la alegría, y los recibe a ustedes, en este momento peculiar de nuestra historia en el que los cubanos, tranquilos, firmes, esperanzados, acompañamos la convalecencia de Fidel, hecho inédito en estas casi cinco décadas de bregar, porque Fidel ha tenido, además, la suerte de una salud de hierro, que probablemente es el resultado de un cuerpo obligado por la idea a ni siquiera tener derecho a enfermarse, y ha podido capear enormes tensiones, con apenas algún que otro eventual catarro o padecimiento menor. Por lo tanto, estos meses han sido para nosotros una experiencia nueva, y nuestro pueblo los ha enfrentado con una madurez y una confianza en sí mismo, que se inscribe ya también como un resultado de las enseñanzas y el ejemplo de Fidel, y como una página de aprendizaje para las actuales y futuras generaciones de cubanos [...]

Cuando pensaba qué decir esta tarde tenía dudas, porque la mayoría de los que están aquí han visitado probablemente Cuba otras veces, son cercanos al tema de las luchas de la Revolución Cubana, de la acción solidaria que desde su triunfo ha ejercitado y que desde antes de su triunfo había proclamado. Muchos han dicho aquí las palabras que yo no podría ni improvisar, ni decir, aunque lo intentara. Muchos nos han hecho un nudo en la garganta a los que estamos aquí y a los millones de cubanos que por la televisión han podido seguir los debates que han tenido lugar en estos paneles.

Por lo tanto, más que intentar un discurso hecho y rehecho, y tratar de revisarlo intentando la perfección, o arreglarle los mínimos detalles, decidí que mejor era abrir en torrente los sentimientos y decir lo que cualquier cubano, en cualquier esquina de Cuba, podría decirles a ustedes sobre lo que para nosotros es Fidel, la Revolución y nuestra independencia, que, a fin de cuentas, todo eso es lo mismo y está profundamente mezclado hoy y para siempre. [...]

Por eso identifiqué catorce ó quince ideas que considero que, siendo cualidades personales de Fidel, han terminado siendo cualidades de la Revolución Cubana e incluso del pueblo cubano, porque un aporte indiscutible del bregar y el magisterio de Fidel en estos casi 50 años es que algunas de sus cualidades, de sus concepciones y de sus ideas han terminado siendo parte de una nueva nación, que es la Cuba que tomó la herencia, por supuesto, que tiene de los siglos anteriores, pero que está marcada por los últimos 50 años, en que una profunda, genuina y autóctona revolución social se llevó a cabo y se defendió victoriosa en esta pequeña isla.

La primera cualidad que considero que Fidel aportó a la Revolución y que es hoy centro y brújula de la acción de nuestro pueblo es su concepto de la unidad, el aporte de Fidel a la unidad; la unidad como condición básica para la defensa y la sobrevivencia de una revolución e incluso para el triunfo de una idea. No puede triunfar una idea, por justa que fuere, si no se unen los que creen en ella para sumar y defender juntos la idea.

La Revolución Cubana se salvó, se ha salvado y se ha mantenido victoriosa porque supo construir y defender la unidad, y solo podrá permanecer y salvarse en el futuro si conserva la unidad.

Otras revoluciones se perdieron precisamente porque faltó la unidad; porque en el momento culminante en que surgen, como es natural en

procesos de tal intensidad y de tanta hondura, divergencias, puntos de vista distintos, pueden hacer que se fracture la unidad, o que no fragüe en el momento y la hora en que era necesario y pueden dar al traste con una revolución.

La unidad en Cuba es especialmente el aporte del carácter y las ideas de Fidel. No es una unidad lograda a base de la imposición de los criterios de un hombre o de un grupo, sobre otros hombres y otros grupos.

En esta sala hay sentados algunos de los protagonistas que podrían, con más autoridad que yo, dar fe de cómo surgió en Cuba la unidad de las fuerzas revolucionarias, la construcción de un solo Partido como garantía de la continuidad de la Revolución, y cómo este no es el resultado de la persecución de los que tenían la opinión distinta, o de la imposición, o del negociado de las cuotas de poder o participación, sino el resultado de un proceso que está íntimamente ligado a la personalidad y al aporte de Fidel.

Eso que surgió al calor de la Revolución es hoy cualidad de los revolucionarios cubanos y el pueblo cubano, y dondequiera que haya uno de nosotros estará propugnando siempre la unidad. Surgen, como es lógico, entre nosotros, a veces, disensiones —broncas les llaman en Cuba—, pero siempre todos bajo la idea definitiva y clave de que la unidad es precondición para el triunfo y la victoria. Ese es un aporte de Fidel. Eso no fue así en Cuba antes de Fidel.

Anteriores guerras y jornadas de lucha por los derechos del pueblo cubano a la independencia, a la soberanía se frustraron por la falta de unidad. La primera gran guerra de los cubanos por su independencia del poder colonial español, que duró 10 años de cruenta lucha, entre 1868 y 1878, se frustró por la falta de unidad, y había en ella líderes y hombres con no menos compromisos y no menos cualidades que Fidel; sin embargo, aquella guerra heroica no terminó en el triunfo, en particular, por la falta de unidad, y muchas otras veces eso ocurrió en la historia de la Revolución Cubana hasta el momento en que Fidel convirtió en tarea esencial —desde su modestia, desde su capacidad de escuchar a los otros, desde su capacidad de convencer, persuadir y no imponer o dictar— la construcción de la unidad.

Cómo sería para que un hombre como el Che Guevara decidiera aquella noche en la casa de María Antonia, en México, sumar su vida a aquella epopeya después de conocer a Fidel, solo en la primera conversación, un hombre de la agudeza del Che, del nivel, de la capacidad, la honestidad y la

pureza del Che, cómo pudo aquella noche, en la primera conversación, decidir seguir a aquellos hombres que proponían la idea que parecía imposible: venir en un pequeño barco a Cuba a desarrollar una lucha guerrillera y derrotar a un ejército apoyado por Estados Unidos que tenía nada más y nada menos que 80 000 hombres, mil por cada uno de aquellos expedicionarios que se lanzaron al *Granma*…

No sé si a ustedes les ha pasado, si alguna vez han intentado pararse frente al yate *Granma* y contar a ver cómo es posible que 82 hombres, más las armas y el parque quepan en aquel pequeño barco diseñado para 12 ó 15 pasajeros. Dicen que cuando el barco sale de las tranquilas aguas del río, en la noche oscura, a las dos de la mañana, el Che preguntó: «¿Pero, bueno, cuándo llegamos al barco en que iremos hacia Cuba?».

Creía que el *Granma* era el barquito en el que llegarían al barco más grande. Eran secretos los preparativos, lógicamente, era muy compartimentado todo, y el Che, y seguro que otros lo pensaron aunque no preguntaron, creía que habría un barco más grande para viajar a Cuba.

Hoy es un día en que se cumplen 50 años de aquel navegar. Un día como hoy faltaban todavía dos días para llegar a Cuba.

La unidad es la primera idea que anoté entre mis garabatos; la segunda, la ética.

La ética. Aquí se dijo —creo que fue Gilberto López y Rivas—, que Fidel y la Revolución Cubana habían convertido la ética en razón de Estado. La ética tiene raíces en el pensamiento de Martí, pero es la práctica de Fidel a lo largo de 50 años lo que convierte la ética en una cualidad imprescindible de la Revolución Cubana. Con la práctica de Fidel y la concepción de la ética como componente esencial de la actuación política y revolucionaria, no se asume la idea de que el fin justifica los medios. Para Fidel, el fin no justifica los medios. No se puede lograr el objetivo o la victoria a cualquier precio. Es por eso que no se ha torturado nunca en Cuba a un prisionero, aun cuando su conocimiento valioso, la información que podía dar, hubiera podido evitar otros crímenes, hubiera podido evitar un nuevo ataque terrorista.

Los viejos combatientes cuentan esa prédica de Fidel a los luchadores cubanos, a los combatientes de la Seguridad, muchas veces los fundadores eran campesinos que recién se alfabetizaban. Nadie recuerda nunca la idea de que se permitiera, se estimulara, se tolerara la idea de la tortura o del asesinato como método de lucha, y por eso la Revolución Cubana hizo el centro

de su actuación la derrota del ejército enemigo y de sus tropas invasoras, y no acudió a otras tácticas de lucha, ni «al ojo por ojo y diente por diente».

La ética hizo a los revolucionarios cubanos, pese a la propaganda adversa y tendenciosa, hacerse querer, y respetaron siempre la idea de que no se les podía confiscar a los campesinos lo que tuvieran, y el pequeño ejército guerrillero, hambriento y descalzo, pagaba a los campesinos la gallina o el poco de arroz y frijoles que pedían para su sustento.

La idea de que se pierde la autoridad moral si falta la ética en la actuación, es un aporte indiscutible de Fidel a la Revolución, y en momentos de enfrentamientos muy duros, porque hay que recordar que más de 3 500 cubanos cayeron víctimas de actos terroristas y que en Cuba hay más de dos mil cubanos con limitaciones físicas debido a bombas, a actos terroristas, a bombardeos contra poblaciones civiles de la aviación o de buques en las costas; la ética presidió siempre la actuación de la Revolución.

Eso es Fidel, y por eso la Revolución se defendió, pero dentro de unos límites en los que no cupo nunca la idea de imitar los métodos del enemigo o de que, como ya dije, el fin justifique los medios. Ese es un aporte de Fidel, los cubanos lo saben bien.

Se le pueden llevar a Fidel propuestas de cómo actuar, pero se sabe de antemano que si se le propone salirse un milímetro de lo que constituye la ética, los principios, las ideas en las que la Revolución cree, se obtendrá, cuando menos, una negativa, y casi siempre un huracán de ideas.

La tercera, el desprendimiento. El desprendimiento de Fidel por las cosas materiales, por los homenajes, por las vanidades de los que todos —dicen— llevamos algo dentro, en Fidel alcanza categoría de cualidad esencial. No es solo su conducta personal, casi espartana; no es solo su total ausencia de vanidad. Dicen que pudo ser un excelente abogado, brillante estudiante; dicen sus primeros compañeros de bufete —acabados de graduar de la Facultad de Derecho, fundaron con él un bufete otros dos compañeros de estudio— que rápidamente propusieron a Fidel dejar el bufete y dedicarse a otra cosa, porque los contrataba un rico dueño de un terreno para hacer un pleito para desalojar a unos pobres que estaban en las tierras, y Fidel terminaba defendiendo a los pobres y el bufete perdía el contrato.

Pero ese desprendimiento de Fidel terminó siendo cualidad esencial de la Revolución Cubana. Aquí se han dado hoy testimonios: la idea de la solidaridad entregada como deber y no como arma de influencia política.

Por eso uno y otro testimoniante dijeron aquí: «Cuba ayudó sin pedir nada a cambio».

Muchas veces en el mundo se ayudó, pero a cambio se pidieron favores o la toma de determinadas decisiones. Nadie puede decir nunca, no hay un solo ejemplo, que la Revolución Cubana pidió algo a cambio. Ejerció generosa y puramente la solidaridad; entregó no lo que le sobraba, sino compartió lo que tenía sin pedir nunca nada a cambio, y yo creo que eso explica la presencia de ustedes y de muchos como ustedes que quizás no han podido estar aquí.

Nos podemos equivocar como todo ser humano, nuestra obra no es perfecta; podemos errar y de hecho lo hacemos, pero no nos hemos equivocado nunca, pienso, en el ejercicio de la solidaridad como deber, y nunca como instrumento del interés. Esa es una cualidad que alcanza hoy al pueblo cubano, al que se le reconoce por los visitantes. Fue, quizas, cualidad en sectores de nuestra población, algunas de esas cualidades estaban en la idiosincrasia del cubano; pero en la Revolución la idea de compartir se hizo masiva. Por eso, en Cuba se hizo un festival de estudiantes y de jóvenes, en un momento de crisis muy dura del período especial, alojando a los visitantes en las casas. Por eso todo el mundo reconoce como cualidad del pueblo y de la Revolución la idea del compartir.

Tenemos otros defectos, pero no el de la falta de desprendimiento, y por eso hemos defendido como pueblo la idea de que vale más la dignidad y la independencia que las cosas materiales; por eso no hemos pactado ni hemos negociado nuestro derecho a ser libres rindiéndonos para que nos levanten el bloqueo, y por eso hemos sabido decir que no, y yo creo que eso es esencialmente el resultado de un magisterio y un aporte de Fidel.

En cuarto lugar, la coherencia. No es solo que si usted lee lo que Fidel dijo en el año 1961 sobre un tema encontrará, con admiración y sorpresa, que son ideas que volvió a repetir muchas veces —no todas, porque hay cosas que cambian, lógicamente—, sino que cuando hablo de la coherencia, hablo, por ejemplo, de que nunca un diplomático cubano ha tenido que defender en una tribuna una causa en la que no cree, un principio con el que no esté de acuerdo. Nunca un diplomático cubano ha tenido que pasar la dura y amarga experiencia que nosotros vemos a diario en otros diplomáticos, de tener que decirle a alguien: «Perdóname, yo no estoy de acuerdo con eso que me mandaron a decir; mi gobierno me mandó a decir eso, pero yo per-

sonalmente no estoy de acuerdo», nunca hemos sido puestos en esa situación. Y digo un diplomático, puedo decir cualquier representante de nuestra Revolución, de nuestro pueblo.

La idea de que la Revolución ha tenido una coherencia en los principios y de que nunca nos ha puesto en la disyuntiva de si defender un principio en el que creemos o responder a una razón de Estado. La coherencia ha sido también razón de Estado en Cuba y los principios por encima de los intereses han sido también razón de Estado en la Revolución Cubana. Eso es obra de Fidel.

El ejemplo personal es la quinta de mis anotaciones.

Fidel entronizó en Cuba la idea de que no se le puede pedir a la gente lo que uno no está dispuesto a hacer antes. Quizás uno no lo hace, pero los que lo siguen tienen que saber que uno está o estuvo dispuesto a hacerlo. Por eso Fidel, desde que recibió al primer ciclón en Cuba, después del triunfo, en el lugar probable por donde el ciclón llegaría —y lo hizo así durante 45 años y el pueblo lo vio allí, en el medio del huracán, dirigiendo, arriesgándose con los que estaban ahí—, desde ese momento lo convirtió en práctica para los cubanos.

No hay un dirigente cubano que no esté cortado con esa tijera, que no entienda la idea de que el ejemplo personal es esencial y es deber, y que los jefes han de ir delante; que los jefes solo tienen derecho a más sacrificio, y que el único privilegio que puede dar un cargo o una militancia en Cuba, porque militar en nuestro Partido es resultado de un proceso que incluye también el que los compañeros, la masa de los que no son militantes, consideren que ese aspirante tiene ejemplaridad y autoridad suficientes, por eso no es masivo nuestro Partido; la idea de que militar en el Partido de la vanguardia o tener una responsabilidad da solo derecho a más sacrificios y más restricciones, es un legado de Fidel. Por eso no hubo en Cuba combate, huracán, trabajo que requiriera sacrificio y esfuerzo, en el que Fidel no estuviera.

Bueno, las misiones internacionalistas; por razones obvias Fidel no podía salir. No tuvo el privilegio que tenía el Che, era un compromiso con él desde aquella conversación de México de que un día no se le reclamarían esas razones. La misión internacionalista de Fidel fue convertir a Cuba, como se dijo aquí, no en una isla perdida en el mar, sino en tierra firme para todos los que lucharon por la justicia y la dignidad en cualquier parte del mundo.

El ejemplo personal, la autoridad que emana de ir delante, de dar el ejemplo, de guiar con la actuación propia es un aporte de Fidel; la idea de que uno no se puede quedar atrás y lanzar a los otros porque después no habría cómo mirarles a los ojos.

Recuerdo cuando Fidel dijo:

> Yo veo a los hombres de mi escolta que se preparan para si un día hay un nuevo atentado contra mí; se preparan para evacuarme a mí, sacarme del lugar, y ellos quedarse allí combatiendo. Yo los dejo, no les digo nada, pero ellos no saben que el día que eso pase, a mí hay que matarme allí junto con ellos, porque después, ¿con qué cara yo podría venir a mirarlos si los dejo combatiendo por mí en el lugar?

Esa cualidad llevada a todos los actos de la vida ha sido una de las razones esenciales de la autoridad de Fidel en Cuba y explicación del cariño del pueblo por él. El pueblo sabe, el pueblo sabe más de cuatro cosas y no puede ser engañado; y al cubano, que conoce el sacrificio, pero conoce también —y es un elemento de su nacionalidad— el disfrute del placer, que es alegre, es expansivo, le gusta la fiesta, le gusta la alegría y la disfruta, y está dispuesto a renunciar a ella, y lo ha hecho más de una vez, pero al cubano no le gusta que lo engañen, o que lo manden delante y se queden detrás.

Para guiar a este pueblo hay que encabezarlo, y encabezarlo quiere decir ir en la punta de la vanguardia. Ese es un legado de Fidel, es el resultado del magisterio de Fidel, porque no es que cuatro o cinco lo hagan como él, eso ha alcanzado la masividad, se ha convertido en fenómeno de masas, y vale tanto para una fábrica como para una empresa agrícola o un ministerio del gobierno. Los jefes tienen que ir delante, los jefes dan el ejemplo, guían el camino con su conducta personal.

El Che, ministro, del Gobierno del que Fidel era primer ministro, es paradigma.

En sexto lugar, la verdad. La verdad es el arma; la verdad, condición para ser respetado.

Recuerdo cuando se le propuso no decir una parte de la verdad. Él no estuvo de acuerdo, se le insistió: «Pero, bueno, no decir toda la verdad no es decir mentira». Fidel dijo: «Bueno, cuando no se dice toda la verdad, eso es una media verdad, y estamos hablando de decir la verdad», y por eso nunca el enemigo ha podido hacer con nosotros lo que tantas veces nosotros

hemos hecho, que es decir: «Mire, miente; aquí está la prueba de que usted miente». Nunca la Revolución ha tenido la debilidad de tener que reconocer una mentira. Esa es práctica y enseñanza de Fidel.

En séptimo lugar —escribí aquí en mis desordenados garabatos— la sensibilidad. Fidel trasladó esa cualidad personal a las políticas y a la actuación de la Revolución.

Recuerdo que cuando siendo su joven e inexperto ayudante o secretario, en el año 1992 ó 1993, yo, abrumado por el hecho de que era la media noche, y había no menos de treinta visitantes que querían reunirse con Fidel, y yo veía que eso no era posible, y después de una reunión larga y agotadora, Fidel no había comido en todo el día, de una en otras reuniones; estábamos en pleno Período Especial, eran muy duros los años: los apagones, la falta de electricidad, de alimentos, de medicamentos, el país puesto ante el reto de enfrentar una situación inédita y repentina que cortó el 85% de nuestro comercio exterior, lo que nos hizo tener que buscar nuevos mercados, todo eso bajo la presión de un bloqueo que se hizo más duro en aquellos años, Fidel no paraba, era el día entero... Así cumplió sus 70 años en el año 1996, aquí con Guayasamín, que le hizo aquel retrato de las manos, y Fidel le protestó durante el retrato: «¡Pero, Oswaldo, esas manos que me estás pintando están muy flacas y muy pálidas!» Y Guayasamín le decía: «¿Pero es que no entiendes, Fidel? Estas no son manos, ¿no te das cuenta?, son palomas, son puras, nunca han robado ni se han manchado de sangre».

En esos años duros era uno de esos días, y yo le dije: «Mire, tiene estos visitantes, le propongo ver a este mañana, a este otro..., y ahora le propongo que vaya a descansar. Solo quedaría sin resolverse este señor, Trudeau, que se va mañana, a primera hora» —el ex primer ministro canadiense, había venido a Cuba, lo unió siempre una amistad con Fidel—, y dice Fidel: «Pero, ¡cómo! ¿Está aquí Trudeau y tú no me lo has dicho? Y se va mañana, ¡tengo que verlo!» Digo: «Pero, bueno, es que son muchos; además, usted no ha comido hoy en todo el día». Dice Fidel: «No, hay que verlo». Digo: «Pero, bueno, mire, además, él no es ya primer ministro», dije yo. Aprendí ese día para siempre la lección; pero ese día dije: «Si en definitiva él es un ex primer ministro. Si él fuera el primer ministro... pero él fue, ya no es...». Y Fidel dio media vuelta y a dos milímetros de mi cara me dijo: «Nunca más me propongas eso; no me interesan los cargos, sino los hombres. Es más, me interesan más los hombres cuando no están en los cargos».

Esa sensibilidad no es la cualidad de un hombre o de unos pocos hombres o mujeres, me refiero a cómo eso caló profundamente junto con la obra social de la Revolución.

Esa sensibilidad fue la que hizo a Fidel entrar al cuarto donde Ana Fidelia Quirot, la corredora destacada, la campeona cubana de atletismo, se debatía entre la vida y la muerte y llevó a Fidel a ocuparse con pasión de salvarle la vida a Ana Fidelia. Esa sensibilidad personal, esa capacidad de sentir por los otros, de sentir como propio el dolor o la angustia de otros es una cualidad que Fidel convirtió en patrimonio de millones en Cuba.

En octavo lugar —no sé si demoro y abuso de ustedes, no están organizadas estas ideas y me da pena—, la modestia y la ausencia total de vanidades. Por eso Fidel usa en lo esencial el mismo uniforme, muchas veces raído. Por eso no hay una condecoración en el pecho de Fidel, por eso nunca ha tenido una condecoración, y solo su autoridad personal hizo que compañeros con muchos méritos en Cuba aceptaran recibirla; por ejemplo, Raúl y Almeida aceptaron solo la estrella de Héroes de la República de Cuba que llevan hoy en sus pechos, porque Fidel impuso su argumento y su persuasión, porque no la querían recibir, decían: «Si Fidel no la ha recibido», y Fidel los convenció.

Bueno, se sabe que el que se deje tirar el brazo de Fidel por el hombro y oiga sus argumentos, con mucha probabilidad será convencido.

Fidel ha hecho de esa modestia, de esa ausencia total de vanidad una aspiración para nosotros.

A Tomás Borge, que está sentado aquí y que dijo en la mañana palabras que nos emocionaron a todos, Fidel le recordó la frase de Martí: «Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz». Esa ha sido su brújula, esa ha sido la frase siempre lista para ser citada de memoria por Fidel, no como consigna vacía, sino como práctica permanente en su vida. Por eso su grado es el que tenía en la Sierra, grado de comandante; por eso el pueblo le dice Fidel, y es cuando él se siente más cómodo, cuando le dicen Fidel, no cuando le citan los cargos.

Por eso Fidel se ha enfrascado en una discusión profunda sobre un tema de medio ambiente con el chofer de un automóvil, o con el camarero de un hotel adonde ha ido, tomándolo totalmente en serio.

Por eso Fidel nunca ha dicho: «No, esta persona no está a mi nivel para discutir conmigo»; Fidel está ausente de todo eso. Por eso Fidel nunca ha

creído en ningún protocolo y por eso el protocolo que se usa en Cuba más o menos es el que acomoda a esta sensibilidad. Hoy está más organizado, pero, bueno, Fidel nunca ha aceptado la idea de que no se puede ir a ver a un visitante, por razones protocolares, por eso se apareció la noche antes en que el visitante iba a ser recibido oficialmente y por eso esa cualidad de tener una ausencia total de vanidades. La modestia como conducta diaria, que millones de cubanos aspiramos a imitar y tomamos como modelo hoy, es un aporte de Fidel también a las cualidades de nuestra Revolución, diría que de nuestra nación.

En noveno lugar escribí: «El deber de un político revolucionario es aprender», por lo tanto, en Fidel la curiosidad infinita, las cien y mil preguntas de un tema hasta saber los detalles; el afán de leer que llevó a que siempre haya un libro a mano en su auto con una pequeña lamparita.

El afán de leer, de estudiar; no es solo afición por los libros o por un tema, sino deber de revolucionario y de político.

En Fidel aprender, saber, leer, estudiar, es deber y no solo afición o *hobby*, y por eso dondequiera que él esté hay libros, pero en la oficina usted puede abrir los libros que dicen: «Teoría del pasto y el forraje para el ganado», porque era el pueblo en el gobierno intentando mejorar la ganadería, producir, multiplicar los panes y los peces. Usted toma cualquiera de esos libros y tiene las anotaciones de Fidel: «Ojo, revisar; debo ver esto con Fulano; preguntar en la universidad el resultado del estudio». Así ve: Teoría del pastoreo, André Voisin; Mejoramiento de suelos; Indicadores principales de la industria mecánica. Cualquier tema de la biología, la química está ahí, no como afición para tiempo libre, sino como escalón de aprendizaje para un revolucionario que considera aprender y saber, un deber y no una afición.

En décimo lugar escribí: «El rigor personal», la aspiración a la perfección no como asunto de vanidad personal, sino de deber con sus responsabilidades. Por eso en lo que esté involucrado Fidel, él tratará de que eso sea lo mejor. Muchas veces lo que él hizo no se sabe; muchas veces me han felicitado por un discurso, la mitad del cual o las dos terceras partes las escribió Fidel; claro, no lo puedo decir ahí donde lo digo, porque sería un problema, pero...

Muchos de nosotros hemos sido testigos de esa aspiración de Fidel, muchas veces anónima, no ligada a la vanidad ni mucho menos, y que no es ni será reconocida, porque no se sabe.

Su aspiración a que las cosas queden bien; ese rigor, ejemplar para nosotros, de hacerlo bien, porque es el compromiso con el pueblo, porque es la manera de ayudar a la causa que estamos defendiendo, porque es lo que nos toca hacer como revolucionarios o como cuadros en la Revolución.

En onceno lugar: «La derrota no es tal hasta que no es aceptada», mientras que no se acepte se está en plena lucha para revertir la derrota y es solo episodio temporal que podrá ser convertido en victoria. Esa es una cualidad —en Cuba dicen: «A Fidel no le gusta perder ni a las postalitas»—, la idea de que no se acepta la derrota, y yo creo que eso es cualidad hoy, más allá de Fidel, de los revolucionarios cubanos, de nuestro pueblo. Por ahí se dice: «Ustedes los cubanos son como son», y por eso los atletas y por eso nuestro pueblo, y la idea de que se puede hacer más, de que no se acepta la derrota.

García Márquez escribe en su prólogo al libro de Gianni Miná, al que veo allí en el público, que la idea de Fidel de no aceptar la derrota es lo mismo si es para ensartar una aguja que para librar una batalla en Angola a 10 000 kilómetros, y lo intentará una y otra vez hasta que logre hacerlo. Ese no es el ejemplo que él cita, pero es algo así como eso. Eso ya es una cualidad de la Revolución.

Si no hubiéramos creído en que la victoria es posible mientras se luche por ella y se crea en ella, quizás no estaríamos aquí, no habríamos resistido casi 50 años de bloqueo, agresiones, actos terroristas; la agresión de la potencia imperial más poderosa que ha existido en la historia.

A la pregunta de cómo pudo resistir el pequeño país cuando se quedó solo —porque durante 30 años hubo el apoyo de la Unión Soviética, pero después, en los últimos 15 años, solos nosotros aquí; muchas veces los amigos creían que no era posible que pudiéramos enfrentar la adversidad que vino ante nosotros—, habrá que responder: Porque Fidel convirtió en patrimonio de millones en Cuba, la idea de que la derrota no es tal hasta que no se acepta, de que siempre existe la posibilidad de revertir una derrota temporal. Por eso el *Granma* no terminó en derrota final, fue solo derrota temporal, como antes lo había sido el Moncada. Y siempre fue el volver a empezar, el empezar de cero otra vez, y por eso estamos aquí.

Número doce, escribí: «La aspiración a la justicia para todos». Hay quienes aspiran a la justicia solo para sí mismos, luchan quizás por ser ricos o por alcanzar una determinada meta personal; hay quienes piensan en la justicia para su familia o para su entorno más cercano, digo la justicia entendida

como el logro de las metas. Hay quienes la han aspirado incluso para su pueblo, para su nación; pero para Fidel la idea de luchar por la justicia no tiene fronteras y por eso ha luchado por ella no solo para los cubanos, que ya era bastante: el sentido de dedicar su vida a la lucha por la justicia de un pueblo, sino la ha convertido en causa universal.

Por eso cuando en Cuba había 6 000 médicos y 3 000 se fueron, estimulados, pagados por el gobierno de los Estados Unidos que trató de que no quedara ninguno, quedaron 3 000 médicos en Cuba en el año 1959 —eran seis millones los cubanos—, ayer se recordaron aquí las palabras de Fidel: «Formaremos muchos médicos». Hoy tenemos veinticinco médicos por cada uno de aquellos que se fueron, y Fidel dijo: «Formaremos, porque los necesitaremos en Cuba y en el resto del mundo». Si esa idea de aspiración universal a la justicia no hubiera estado presente, Cuba no tendría hoy casi 30 000 colaboradores de la salud, de los cuales 21 000 son médicos, trabajando en 69 países.

Por eso, esa aspiración a la justicia para todos, más allá de nuestra tierra, de nuestra nación, de nuestra condición de Estado, hace que los científicos cubanos trabajen arduamente, y Fidel ha estimulado todos esos proyectos personalmente, por una vacuna contra la malaria, que es una enfermedad que no existe en Cuba.

Las transnacionales no gastan dinero en investigación para eso, porque dan más dinero los productos cosméticos o las pastillas para bajar de peso, que las vacunas contra la malaria, porque esas son medicinas de pueblos pobres y, por lo tanto, no están destinadas a tener un gran mercado. Los científicos cubanos han trabajado por vacunas para curar enfermedades que no existen en Cuba, y trabajan hoy bajo la idea de que la aspiración a la justicia es a la justicia para todos, y creo que eso es una enseñanza y un aporte también de Fidel.

Número trece, escribí aquí, «la fuerza de las ideas». La convicción personal, que es martiana también, de que una idea justa, desde el fondo de una cueva, puede más que un ejército. Por eso nuestra batalla, se llama Batalla de Ideas, el terreno clave donde librar la lucha.

En el número catorce escribí otra cualidad de Fidel que se ha trasladado, digamos, como patrimonio de nuestro pueblo, «la idea de que nunca ha dejado de sentirse un ser humano». A Fidel, ni el reconocimiento, ni el apoyo, ni el mito en que terminó siendo convertido, en particular, por el

acoso enemigo; ni su autoridad inmensa, emanada de su ejemplo; ni su experiencia, ni su conocimiento superior a los que le rodean, nunca lo hizo, ni lo ha hecho, dejar de sentirse un ser humano capaz de ponerse en el lugar del otro, de imaginar lo que el otro está pensando o sintiendo, de compartir y comprender el dolor, la duda, el temor de los otros.

Recuerdo bien también el día en que yo, abrumado por un error que cometí —yo había cometido un error, no me había dado cuenta— al tramitar una indicación de Fidel, me había equivocado, y Fidel me vio tan abrumado, y de pronto empezó: «¿Quieres que te diga una cosa, ahora que lo veo bien? Al final creo que ha sido muy positivo esto que ha pasado, y esto que tú has hecho me parece que va a terminar ayudándonos». Mi depresión aumentaba, porque veía que él trataba de convencerme de una cosa distinta a lo que era evidente para mí. Ahí no estaba actuando el comandante en jefe de la Revolución Cubana, ahí no estaba actuando el presidente del Consejo de Estado de nuestro país, ahí no estaba actuando siquiera el luchador curtido, que sabe que un error en un pequeño detalle puede dar al traste con un gran proyecto; ahí estaba actuando el ser humano que comprendía que yo quería que me tragara la tierra, pero la tierra no me acaba de tragar como yo quería, y yo me moría de la vergüenza y ya no podía arreglar aquello que había pasado, y Fidel se empeñó —muchas veces lo he visto también con otros compañeros— en demostrarme a mí que mi error, a fin de cuentas, iba a ser muy positivo para el resultado final del trabajo. Ese es el Fidel ser humano, que aun cuando él se propone la perfección para sí y se flagela si no la obtiene, sin embargo es capaz de no exigírsela a un grado de injusticia a los otros, y es capaz de comprender que el otro puede equivocarse y Fidel tiene una frase de aliento para él. Y eso es su magisterio, porque en Cuba el que no haga eso, que los cubanos en millones han visto hacer a Fidel, es un «pesado», un atorrante, los cubanos no lo aceptan, porque eso es cualidad ya hoy, derecho, digamos, que reclama el pueblo en la conducta de los demás.

Por último, escribí el número quince, «la ausencia total de odio hacia cualquier persona». El Che había dicho que una revolución es una profunda obra de amor. Fidel solo tiene odio para la injusticia, odio profundo hacia la injusticia, hacia la explotación, hacia la discriminación racial, pero no hacia las personas, aun si han sido o son sus enemigos. No ha actuado nunca la Revolución Cubana llevada por sentimientos de odio, como no sea odio a la injusticia, pero no hacia los que han provocado, digamos, o son

responsables de la injusticia. La Revolución Cubana, por eso, no se basa en odios, ni siquiera para los traidores. Hay que ver a Fidel respondiéndole a Ramonet —que lo veo también ahí en el público—, cuando Ramonet le pregunta por traidores. No destila odio, no hay una palabra de odio en más de 700 páginas de respuestas de Fidel a Ramonet. Y así es en el libro de Gianni Miná y así es en el de Tomás Borge. Le pregunta por traidores, le pregunta por hombres que atentaron contra su vida, y Fidel apenas dice una frase. No es en eso donde se concentra, no hace la gran descripción de ese que mereció el castigo.

Por eso, viven muchos de los terroristas que hicieron sufrir y todavía hoy son responsables del sufrimiento de miles de familias cubanas.

Porque la Revolución ha sido muy fuerte; y podía ir, guiada por el odio, a perseguir a hombres que cometieron asesinatos muy graves y actos de terrorismo contra nuestro país, y la Revolución no lo ha hecho, no lo hizo. Esa es una herencia del pensamiento de Fidel, la idea de que no hay que intentar ajusticiar a los instrumentos, pues al final pueden surgir otros, sino que hay que derrotar al imperialismo, que es el que los creó y los apoyó. Y, por eso, asesinos, torturadores que escaparon de Cuba en la alborada del 1ro. de enero, la Revolución no los persiguió, e incluso no los ajustició cuando regresaron como invasores a nuestra patria. Algunos están vivos y lo pueden testimoniar. Hay ausencia total de odio en Fidel.

Se le pregunta a Fidel por los presidentes de los Estados Unidos, se le pregunta por Kennedy, por su hermano Robert. Kennedy fue el presidente de la época de la «Operación Mangosta», de los planes —no fue el único, porque eso duró décadas, no ha terminado hasta hoy—; usted no ve odio en Fidel.

Recuerdo el día en que la hermana de John y de Robert, Eunice; pidió a Fidel que diera un testimonio, porque se cumplían 30 años de la Crisis de Octubre. Fidel tenía mucho trabajo, no quería, y ella le dijo: «Se lo vengo a pedir en nombre de nuestra familia, presidente, que, sabiendo la manera en que nuestros hermanos lo adversaron a usted, y no estando de acuerdo con algunas cosas de las que ellos hicieron, respetamos en usted su ausencia total de odio, y el hecho de que usted nunca ha tenido hacia nuestros hermanos, que le dieron motivos para ello, sentimientos de odio». Fidel terminó accediendo y dio una entrevista que es uno de los testimonios más completos sobre la Crisis de Octubre y sus antecedentes.

Fidel ha sembrado esas cualidades en nosotros, eso no es patrimonio solo de la conducta de Fidel. Los revolucionarios cubanos no actúan llevados por el odio. Fueron más de 350 000 cubanos a luchar en el sur de África —aquí se habló de eso—, a enfrentar a las tropas poderosas del *apartheid*, que tenían incluso varias armas nucleares, y lo hicieron, como quería el Che, guiados por un profundo sentimiento de amor. Dos mil cubanos cayeron allí. Nuestros combatientes enfrentaron allí un ejército poderoso. Quince años duró aquella guerra que se sello con la integridad territorial de Angola preservada y la independencia de Namibia. No existiría hoy Angola y hubiera demorado mucho más la derrota del *apartheid*, si las tropas cubanas no hubieran enfrentado allí al ejército racista, en el sur de África, a miles de kilómetros de nuestra patria, que tiene más mérito todavía cuando eso se hizo en un momento en que ya se derrumbaba la Unión Soviética, se desintegraba el campo socialista, solos.

Piero Gleijeses habló aquí y escribió un libro revelador sobre esos temas, y cuando esa guerra terminó y regresaron nuestros combatientes, y se cumplió lo que había dicho Amílcar Cabral: que los cubanos regresarían de África llevándose solo los huesos de sus muertos, porque no somos allí dueños de minas, ni de pozos petroleros, ni de tierras, ni de bosques, porque no fuimos allí buscando diamantes, petróleo, fuimos luchando por una idea de justicia, cualidad y herencia de Fidel a nuestro pueblo, se puede decir que no hubo ni un solo momento de odio, ni nuestras tropas actuaron, sino con un gran altruismo. Así había sido en la Sierra Maestra, donde se curaba primero a los heridos del ejército enemigo. Así fue en Girón, así fue siempre, y así fue en Angola.

Esa ausencia total de odio, como no sea odio a la injusticia, al imperialismo, a la exclusión, como fenómenos, es una cualidad también de Fidel. Por eso, esa ausencia total de rencor. Usted le pregunta y él no dice una frase de odio al que traicionó, al que agredió. Yo creo que ese es otro legado de Fidel.

No he querido —ya lo dije— que esto se vea como un ensayo, ni una pieza académica o rigurosa. Si tiene una virtud, es su honestidad total.

Yo no diría estas palabras aquí si no fuera por creer, como cualquier otro cubano lo haría, profundamente en ellas, porque Fidel también nos ha enseñado el rechazo total a todo lo que sea vanidades, adulonerías.

No hay nada que moleste más a Fidel que un adulón. Y si tienen otra cualidad estas palabras, es un profundo cariño que es, diría, el sentimiento mayor que nuestro pueblo siente por Fidel, en el que ve al padre, hermano mayor, familia propia, más allá de sus responsabilidades y de sus méritos.

Los enemigos de la Revolución Cubana, que es decir los enemigos de la justicia, de la verdad, de la dignidad, los enemigos cuentan los minutos esperando y deseando la muerte de Fidel, sin comprender que Fidel ya no es solo Fidel, que Fidel es su pueblo y que Fidel es, a fin de cuentas, todo hombre y mujer que en el mundo esté dispuesto a luchar y luche porque un mundo mejor sea posible.

Los enemigos sueñan y se equivocan con la idea de que la ausencia de Fidel puede significar la ausencia de sus ideas, y que las convicciones y los principios que Fidel ha sembrado a nivel masivo en su pueblo y en el mundo pueden desaparecer; Fidel, que aspira a que de él solo queden las ideas y que, convaleciendo, recuperándose y regresando al combate propinará a esos enemigos asentados en el odio y la mediocridad una nueva derrota.

Gracias a todos por venir.

Gracias por habernos permitido celebrar de esta manera el cumpleaños de Fidel. A los cubanos solos, Fidel no nos lo hubiera permitido.

Gracias a la Fundación Guayasamín, a Pablito, al resto de sus familiares, a Cachito Vera.

Gracias a la Fundación que, como lo había hecho antes, logró imponerle a Fidel la celebración de su cumpleaños y convencerlo de que su cumpleaños no era solo su cumpleaños, sino una oportunidad para dar otra vez, en el terreno de las ideas, una batalla a favor de la justicia y la solidaridad. [...]

Les damos las gracias a ustedes y les prometemos que nosotros seguiremos luchando por las ideas y los sueños a los que Fidel ha dedicado su vida.

Que lo haremos con él otra vez al frente de nuestro pueblo; pero que cuando él y los hombres de su generación no estén, nosotros tenemos la convicción de que nuestro pueblo habrá hecho para siempre ya suyas esas ideas y esos principios.

Ese es nuestro regalo mayor a Fidel: defender y combatir cada día de nuestra existencia por esas ideas.

Muchas gracias.

1. LA HISTORIA ME ABSOLVERÁ

SANTIAGO DE CUBA, 16 DE OCTUBRE DE 1953

El 26 de julio de 1953, Fidel Castro comandó un grupo de jóvenes rebeldes (incluidas dos mujeres) para atacar el Cuartel Moncada, fortaleza militar de Santiago de Cuba, en la antigua provincia de Oriente, con el propósito de oponer resistencia al general Batista, el cual había llegado al poder mediante un golpe de Estado el 10 de marzo de 1952. El ataque falló, y 70 jóvenes rebeldes, fueron ferozmente torturados o asesinados a sangre fría. Fidel Castro y otros 28 combatientes fueron capturados, encarcelados y juzgados. A continuación reproducimos el discurso de autodefensa de Fidel, sacado de prisión y publicado como plataforma política del movimiento revolucionario cubano, conocido como *La historia me absolverá*. Fidel fue condenado a 15 años de prisión, pero puesto en libertad tras una campaña de amnistía política.

Señores magistrados:

Nunca un abogado ha tenido que ejercer su oficio en tan difíciles condiciones; nunca contra un acusado se había cometido tal cúmulo de abrumadoras irregularidades. Uno y otro, son en este caso la misma persona. Como abogado, no ha podido ni tan siquiera ver el sumario y, como acusado, hace hoy setenta y seis días que está encerrado en una celda solitaria, total y absolutamente incomunicado, por encima de todas las prescripciones humanas y legales.

Quien está hablando aborrece con toda su alma la vanidad pueril y no están ni su ánimo ni su temperamento para poses de tribuno ni sensa-

cionalismos de ninguna índole. Si he tenido que asumir mi propia defensa ante este tribunal se debe a dos motivos. Uno: porque prácticamente se me privó de ella por completo; otro: porque solo quien haya sido herido tan hondo, y haya visto tan desamparada la patria y envilecida la justicia, puede hablar en una ocasión como esta con palabras que sean sangre del corazón y entrañas de la verdad.

No faltaron compañeros generosos que quisieran defenderme, y el Colegio de Abogados de La Habana designó para que me representara en esta causa a un competente y valeroso letrado: el doctor Jorge Pagliery, decano del Colegio de esta ciudad. No lo dejaron, sin embargo, desempeñar su misión: las puertas de la prisión estaban cerradas para él cuantas veces intentaba verme; solo al cabo de mes y medio, debido a que intervino la Audiencia, se le concedieron diez minutos para entrevistarse conmigo en presencia de un sargento del Servicio de Inteligencia Militar. Se supone que un abogado deba conversar privadamente con su defendido, y este derecho se respeta en cualquier lugar del mundo, salvo que se trate de un prisionero de guerra cubano en manos de un implacable despotismo que no reconozca reglas legales ni humanas. Ni el doctor Pagliery ni yo estuvimos dispuestos a tolerar esta sucia fiscalización de nuestras armas para el juicio oral. ¿Querían acaso saber de antemano con qué medios iban a ser reducidas a polvo las fabulosas mentiras que habían elaborado en torno a los hechos del Cuartel Moncada y sacarse a relucir las terribles verdades que deseaban ocultar a toda costa? Fue entonces cuando se decidió que, haciendo uso de mi condición de abogado, asumiese yo mismo mi propia defensa.

Esta decisión, oída y trasmitida por el sargento del SIM, provocó inusitados temores; parece que algún duendecillo burlón se complacía diciéndoles que por culpa mía los planes iban a salir muy mal; y vosotros sabéis de sobra, señores magistrados, cuántas presiones se han ejercido para que se me despojase también de este derecho consagrado en Cuba por una larga tradición. El tribunal no pudo acceder a tales pretensiones porque era ya dejar a un acusado en el colmo de la indefensión. Ese acusado, que está ejerciendo ahora ese derecho, por ninguna razón del mundo callará lo que debe decir. Y estimo que hay que explicar, primero que nada, a qué se debió la feroz incomunicación a que fui sometido; cuál es el propósito al reducirme al silencio; por qué se fraguaron planes, que el tribunal conoce, para asesinarme; qué hechos gravísimos se le quieren ocultar al pueblo; cuál es el secreto de

todas las cosas extrañas que han ocurrido en este proceso. Es lo que me propongo hacer con entera claridad.

Vosotros habéis calificado este juicio públicamente como el más trascendental de la historia republicana, y si así lo habéis creído sinceramente, no debisteis permitir que os lo mancharan con un fardo de burlas a vuestra autoridad. La primera sesión del juicio fue el 21 de septiembre. Entre un centenar de ametralladoras y bayonetas que invadían escandalosamente la sala de justicia, más de cien personas se sentaron en el banquillo de los acusados. Una gran mayoría era ajena á los hechos y guardaba prisión preventiva hacía muchos días, después de sufrir toda clase de vejámenes y maltratos en los calabozos de los cuerpos represivos; pero el resto de los acusados, que era el menor número, estaban gallardamente firmes, dispuestos a confirmar con orgullo su participación en la batalla por la libertad, dar un ejemplo de abnegación sin precedentes y librar de las garras de la cárcel a aquel grupo de personas que con toda mala fe habían sido incluidas en el proceso. Los que habían combatido una vez volvían a enfrentarse. Otra vez la causa justa del lado nuestro; iba a librarse contra la infamia el combate terrible de la verdad. ¡Y ciertamente que no esperaba el régimen la catástrofe moral que se avecinaba!

¿Cómo mantener todas sus falsas acusaciones? ¿Cómo impedir que se supiera lo que en realidad había ocurrido, cuando tal número de jóvenes estaban dispuestos a correr todos los riesgos: cárcel, tortura y muerte, si era preciso, por denunciarlo ante el tribunal?

En aquella primera sesión se me llamó a declarar y fui sometido a interrogatorio durante dos horas, contestando las preguntas del señor fiscal y los veinte abogados de la defensa. Pude probar con cifras exactas y datos irrebatibles las cantidades de dinero invertido, la forma en que se habían obtenido y las armas que logramos reunir. No tenía nada que ocultar, porque en realidad todo había sido logrado con sacrificios sin precedentes en nuestras contiendas republicanas. Hablé de los propósitos que nos inspiraban en la lucha y del comportamiento humano y generoso que en todo momento mantuvimos con nuestros adversarios. Si pude cumplir mi cometido demostrando la no participación, ni directa ni indirecta, de todos los acusados falsamente comprometidos en la causa, se lo debo a la total adhesión y respaldo de mis heroicos compañeros, pues dije que ellos no se avergonzarían ni se arrepentirían de su condición de revolucionarios y de patriotas por el

hecho de tener que sufrir las consecuencias. No se me permitió nunca hablar con ellos en la prisión y, sin embargo, pensábamos hacer exactamente lo mismo. Es que, cuando los hombres llevan en la mente un mismo ideal, nada puede incomunicarlos, ni las paredes de una cárcel, ni la tierra de los cementerios, porque un mismo recuerdo, una misma alma, una misma idea, una misma conciencia y dignidad los alienta a todos.

Desde aquel momento comenzó a desmoronarse como castillo de naipes el edificio de mentiras infames que había levantado el gobierno en torno a los hechos, resultando de ello que el señor fiscal comprendió cuán absurdo era mantener en prisión a todas las personas a quienes se acusaba de autores intelectuales, solicitando de inmediato para ellas la libertad provisional.

Terminadas mis declaraciones en aquella primera sesión, yo había solicitado permiso del tribunal para abandonar el banco de los acusados y ocupar un puesto entre los abogados defensores, lo que, en efecto, me fue concedido. Comenzaba para mí entonces la misión que consideraba más importante en este juicio: destruir totalmente las cobardes cuanto alevosas y miserables, cuanto impúdicas calumnias que se lanzaron contra nuestros combatientes, y poner en evidencia irrebatible los crímenes espantosos y repugnantes que se habían cometido con los prisioneros, mostrando ante la faz de la nación y del mundo la infinita desgracia de este pueblo, que está sufriendo la opresión más cruel e inhumana de toda su historia.

La segunda sesión fue el martes 22 de septiembre. Acababan de prestar declaración apenas diez personas y ya había logrado poner en claro los asesinatos cometidos en la zona de Manzanillo, estableciendo específicamente y haciéndola constar en acta, la responsabilidad directa del capitán jefe de aquel puesto militar. Faltaban por declarar todavía trescientas personas. ¿Qué sería cuando, con una cantidad abrumadora de datos y pruebas reunidos, procediera a interrogar, delante del tribunal, a los propios militares responsables de aquellos hechos? ¿Podía permitir el gobierno que yo realizara tal cosa en presencia del público numeroso que asistía a las sesiones, los reporteros de prensa, letrados de toda la Isla y los líderes de los partidos de oposición a quienes estúpidamente habían sentado en el banco de los acusados para que ahora pudieran escuchar bien de cerca todo cuanto allí se ventilara? ¡Primero dinamitaban la Audiencia, con todos sus magistrados, que permitirlo!

Idearon sustraerme del juicio y procedieron a ello *manu militari*. El viernes 25 de septiembre por la noche, víspera de la tercera sesión, se presentaron en mi celda dos médicos del penal; estaban visiblemente apenados: «Venimos a hacerte un reconocimiento» —me dijeron. «¿Y quién se preocupa tanto por mi salud?» —les pregunté. Realmente, desde que los vi había comprendido el propósito. Ellos no pudieron ser más caballeros y me explicaron la verdad: esa misma tarde había estado en la prisión el coronel Chaviano y les dijo que yo «le estaba haciendo en el juicio un daño terrible al gobierno», que tenían que firmar un certificado donde se hiciera constar que estaba enfermo y no podía, por tanto, seguir asistiendo a las sesiones. Me expresaron además los médicos que ellos, por su parte, estaban dispuestos a renunciar a sus cargos y exponerse a las persecuciones, que ponían el asunto en mis manos para que yo decidiera. Para mí era duro pedirles a aquellos hombres que se inmolaran sin consideraciones, pero tampoco podía consentir, por ningún concepto, que se llevaran a cabo tales propósitos. Para dejarlo a sus propias conciencias, me limité a contestarles: «Ustedes sabrán cuál es su deber; yo sé bien cuál es el mío».

Ellos, después que se retiraron, firmaron el certificado; sé que lo hicieron porque creían de buena fe que era el único modo de salvarme la vida, que veían en sumo peligro. No me comprometí a guardar silencio sobre este diálogo; solo estoy comprometido con la verdad, y si decirla en este caso pudiera lesionar el interés material de esos buenos profesionales, dejo limpio de toda duda su honor, que vale mucho más. Aquella misma noche, redacté una carta para este tribunal, denunciando el plan que se tramaba, solicitando la visita de dos médicos forenses para que certificaran mi perfecto estado de salud y expresándoles que si, para salvar mi vida, tenía que permitir semejante artimaña, prefería perderla mil veces. Para dar a entender que estaba resuelto a luchar solo contra tanta bajeza, añadí a mi escrito aquel pensamiento del Maestro: «Un principio justo desde el fondo de una cueva puede más que un ejército». Esa fue la carta que, como sabe el tribunal, presentó la doctora Melba Hernández, en la sesión tercera del juicio oral el 26 de septiembre. Pude hacerla llegar a ella, a pesar de la implacable vigilancia que sobre mí pesaba. Con motivo de dicha carta, por supuesto, se tomaron inmediatas represalias: incomunicaron a la doctora Hernández, y a mí, como ya lo estaba, me confinaron al más apartado lugar de la cárcel. A partir de entonces, todos los acusados eran registrados minuciosamente, de pies a cabeza, antes de salir para el juicio.

Vinieron los médicos forenses el día 27 y certificaron que, en efecto, estaba perfectamente bien de salud. Sin embargo, pese a las reiteradas órdenes del tribunal, no se me volvió a traer a ninguna sesión del juicio. Agréguese a esto que todos los días eran distribuidos, por personas desconocidas, cientos de panfletos apócrifos donde se hablaba de rescatarme de la prisión, coartada estúpida para eliminarme físicamente con pretexto de evasión. Fracasados estos propósitos por la denuncia oportuna de amigos alertas y descubierta la falsedad del certificado médico, no les quedó otro recurso, para impedir mi asistencia al juicio, que el desacato abierto y descarado…

Caso insólito el que se estaba produciendo, señores magistrados: un régimen que tenía miedo de presentar a un acusado ante los tribunales; un régimen de terror y de sangre, que se espantaba ante la convicción moral de un hombre indefenso, desarmado, incomunicado y calumniado. Así, después de haberme privado de todo, me privaban por último del juicio donde era el principal acusado. Téngase en cuenta que esto se hacía estando en plena vigencia la suspensión de garantías y funcionando con todo rigor la Ley de Orden Público y la censura de radio y prensa. ¡Qué crímenes tan horrendos habrá cometido este régimen que tanto temía la voz de un acusado!

Debo hacer hincapié en la actitud insolente e irrespetuosa que con respecto a vosotros han mantenido en todo momento los jefes militares. Cuantas veces este tribunal ordenó que cesara la inhumana incomunicación que pesaba sobre mí, cuantas veces ordenó que se respetasen mis derechos más elementales, cuantas veces demandó que se me presentara a juicio, jamás fue obedecido; una por una, se desacataron todas sus órdenes.

Peor todavía: en la misma presencia del tribunal, en la primera y segunda sesión, se me puso al lado una guardia pretoriana para que me impidiera en absoluto hablar con nadie, ni aun en los momentos de receso, dando a entender que, no ya en la prisión, sino hasta en la misma Audiencia y en vuestra presencia, no hacían el menor caso de vuestras disposiciones. Pensaba plantear este problema en la sesión siguiente como cuestión de elemental honor para el tribunal, pero… ya no volví más. Y si a cambio de tanta irrespetuosidad nos traen aquí para que vosotros nos enviéis a la cárcel, en nombre de una legalidad que únicamente ellos y exclusivamente ellos están violando desde el 10 de marzo, harto triste es el papel que os quieren imponer. No se ha cumplido ciertamente en este caso ni una sola vez la máxima latina: *cedant arma togae*. Ruego tengáis muy en cuenta esta circunstancia.

Más, todas las medidas resultaron completamente inútiles, porque mis bravos compañeros, con civismo sin precedentes, cumplieron cabalmente su deber.

«Sí, vinimos a combatir por la libertad de Cuba y no nos arrepentimos de haberlo hecho», decían uno por uno cuando eran llamados a declarar; e inmediatamente, con impresionante hombría, dirigiéndose al tribunal, denunciaban los crímenes horribles que se habían cometido en los cuerpos de nuestros hermanos. Aunque ausente, pude seguir el proceso desde mi celda en todos sus detalles, gracias a la población penal de la prisión de Boniato que, pese a todas las amenazas de severos castigos, se valieron de ingeniosos medios para poner en mis manos recortes de periódicos e informaciones de toda clase. Vengaron así los abusos e inmoralidades del director Taboada y del teniente supervisor Rosabal, que los hacen trabajar de sol a sol, construyendo palacetes privados, y encima los matan de hambre malversando los fondos de subsistencia.

A medida que se desarrolló el juicio, los papeles se invirtieron: los que iban a acusar salieron acusados, y los acusados se convirtieron en acusadores. No se juzgó allí a los revolucionarios, se juzgó para siempre a un señor que se llama Batista... *¡Monstrum horrendum!*... No importa que los valientes y dignos jóvenes hayan sido condenados, si mañana el pueblo condenará al dictador y a sus crueles esbirros. A Isla de Pinos se les envió, en cuyas circulares mora todavía el espectro de Castells y no se ha apagado aún el grito de tantos y tantos asesinados; allí han ido a purgar, en amargo cautiverio, su amor a la libertad, secuestrados de la sociedad, arrancados de sus hogares y desterrados de la patria. ¿No creéis, como dije, que en tales circunstancias es ingrato y difícil a este abogado cumplir su misión?

Como resultado de tantas maquinaciones turbias e ilegales, por voluntad de los que mandan y debilidad de los que juzgan, heme aquí en este cuartico del Hospital Civil, adonde se me ha traído para ser juzgado en sigilo, de modo que no se me oiga, que mi voz se apague y nadie se entere de las cosas que voy a decir. ¿Para qué se quiere ese imponente Palacio de Justicia, donde los señores magistrados se encontrarán, sin duda, mucho más cómodos? No es conveniente, os lo advierto, que se imparta justicia desde el cuarto de un hospital rodeado de centinelas con bayoneta calada, porque pudiera pensar la ciudadanía que nuestra justicia está enferma... y está presa.

Os recuerdo que vuestras leyes de procedimiento establecen que el juicio será «oral y público»; sin embargo, se ha impedido por completo al pueblo la entrada en esta sesión. Solo han dejado pasar dos letrados y seis periodistas, en cuyos periódicos la censura no permitirá publicar una palabra. Veo que tengo por único público, en la sala y en los pasillos, cerca de cien soldados y oficiales. ¡Gracias por la seria y amable atención que me están prestando! ¡Ojalá tuviera delante de mí todo el Ejército! Yo sé que algún día arderá en deseos de lavar la mancha terrible de vergüenza y de sangre que han lanzado sobre el uniforme militar las ambiciones de un grupito desalmado. Entonces ¡ay de los que cabalgan hoy cómodamente sobre sus nobles guerreras… si es que el pueblo no los ha desmontado mucho antes!

Por último, debo decir que no se dejó pasar a mi celda en la prisión ningún tratado de derecho penal. Solo puedo disponer de este minúsculo código que me acaba de prestar un letrado, el valiente defensor de mis compañeros: doctor Baudilio Castellanos. De igual modo se prohibió que llegaran a mis manos los libros de Martí; parece que la censura de la prisión los consideró demasiado subversivos. ¿O será porque yo dije que Martí era el autor intelectual del 26 de Julio? Se impidió, además, que trajese a este juicio ninguna obra de consulta sobre cualquier otra materia. ¡No importa en absoluto! Traigo en el corazón las doctrinas del Maestro y en el pensamiento las nobles ideas de todos los hombres que han defendido la libertad de los pueblos.

Solo una cosa voy a pedirle al tribunal; espero que me la conceda en compensación de tanto exceso y desafuero como ha tenido que sufrir este acusado sin amparo alguno de las leyes: que se respete mi derecho a expresarme con entera libertad. Sin ello no podrán llenarse ni las meras apariencias de justicia y el último eslabón sería, más que ningún otro, de ignominia y cobardía.

Confieso que algo me ha decepcionado. Pensé que el señor fiscal vendría con una acusación terrible, dispuesto a justificar hasta la saciedad la pretensión y los motivos por los cuales en nombre del derecho y de la justicia —y ¿de qué derecho y de qué justicia?— se me debe condenar a 26 años de prisión. Pero no. Se ha limitado exclusivamente a leer el artículo 148 del Código de Defensa Social, por el cual, más circunstancias agravantes, solicita para mí la respetable cantidad de 26 años de prisión. Dos minutos me parece muy poco tiempo para pedir y justificar que un hombre se pase a la

sombra más de un cuarto de siglo. ¿Está por ventura el señor fiscal disgustado con el tribunal? Porque, según observo, su laconismo en este caso se da de narices con aquella solemnidad con que los señores magistrados declararon, un tanto orgullosos, que este era un proceso de suma importancia, y yo he visto a los señores fiscales hablar diez veces más en un simple caso de drogas heroicas para solicitar que un ciudadano sea condenado a seis meses de prisión. El señor fiscal no ha pronunciado una sola palabra para respaldar su petición. Soy justo…, comprendo que es difícil, para un fiscal que juró ser fiel a la Constitución de la República, venir aquí en nombre de un gobierno inconstitucional, factual, estatutario, de ninguna legalidad y menos moralidad, a pedir que un joven cubano, abogado como él, quizás… tan decente como él, sea enviado por 26 años a la cárcel. Pero el señor fiscal es un hombre de talento y yo he visto personas con menos talento que él escribir largos mamotretos en defensa de esta situación. ¿Cómo, pues, creer que carezca de razones para defenderlo, aunque sea durante 15 minutos, por mucha repugnancia que esto le inspire a cualquier persona decente? Es indudable que en el fondo de esto hay una gran conjura.

Señores magistrados: ¿Por qué tanto interés en que me calle? ¿Por qué, inclusive, se suspende todo género de razonamientos para no presentar ningún blanco contra el cual pueda yo dirigir el ataque de mis argumentos? ¿Es que se carece por completo de base jurídica, moral y política para hacer un planteamiento serio de la cuestión? ¿Es que se teme tanto a la verdad? ¿Es que se quiere que yo hable también dos minutos y no toque aquí los puntos que tienen a ciertas gentes sin dormir desde el 26 de Julio? Al circunscribirse la petición fiscal a la simple lectura de cinco líneas de un artículo del Código de Defensa Social, pudiera pensarse que yo me circunscriba a lo mismo y dé vueltas y más vueltas alrededor de ellas, como un esclavo en torno a una piedra de molino. Pero no aceptaré de ningún modo esa mordaza, porque en este juicio se está debatiendo algo más que la simple libertad de un individuo: se discute sobre cuestiones fundamentales de principios, se juzga sobre el derecho de los hombres a ser libres, se debate sobre las bases mismas de nuestra existencia como nación civilizada y democrática. Cuando concluya, no quiero tener que reprocharme a mí mismo haber dejado principio por defender, verdad sin decir, ni crimen sin denunciar.

El famoso articulejo del señor fiscal no merece ni un minuto de réplica. Me limitaré, por el momento, a librar contra él una breve escaramuza ju-

rídica, porque quiero tener limpio de minucias el campo para cuando llegue la hora de tocar a degüello contra toda la mentira, falsedad, hipocresía, convencionalismos y cobardía moral sin límites en que se basa esa burda comedia que, desde el 10 de marzo y aun antes del 10 de marzo, se llama en Cuba Justicia.

Es un principio elemental de derecho penal que el hecho imputado tiene que ajustarse exactamente al tipo de delito prescrito por la ley. Si no hay ley exactamente aplicable al punto controvertido, no hay delito.

El artículo en cuestión dice textualmente:

> Se impondrá una sanción de privación de libertad de tres a diez años al autor de un hecho dirigido a promover un alzamiento de gentes armadas contra los Poderes Constitucionales del Estado. La sanción será de privación de libertad de cinco a veinte años si se llevase a efecto la insurrección.

¿En qué país está viviendo el señor fiscal? ¿Quién le ha dicho que nosotros hemos promovido alzamiento contra los Poderes Constitucionales del Estado? Dos cosas resaltan a la vista. En primer lugar, la dictadura que oprime a la nación no es un poder constitucional, sino inconstitucional; se engendró contra la Constitución, por encima de la Constitución, violando la Constitución legítima de la República. Constitución legítima es aquella que emana directamente del pueblo soberano. Este punto lo demostraré plenamente más adelante, frente a todas las gazmoñerías que han inventado los cobardes y traidores para justificar lo injustificable. En segundo lugar, el artículo habla de Poderes, es decir, plural, no singular, porque está considerando el caso de una República regida por un Poder Legislativo, un Poder Ejecutivo y un Poder Judicial que se equilibran y contrapesan unos a otros. Nosotros hemos promovido rebelión contra un poder único, ilegítimo, que ha usurpado y reunido en uno solo los Poderes Legislativo y Ejecutivo de la nación, destruyendo todo el sistema que precisamente trataba de proteger el artículo del Código que estamos analizando. En cuanto a la independencia del Poder Judicial después del 10 de marzo, ni hablo siquiera, porque no estoy para bromas... Por mucho que se estire, se encoja o se remiende, ni una sola coma del artículo 148 es aplicable a los hechos del 26 de julio. Dejémoslo tranquilo, esperando la oportunidad en que pueda aplicarse a los que sí promovieron alzamiento contra los Poderes Constitucionales del Estado. Más

tarde volveré sobre el Código para refrescarle la memoria al señor fiscal sobre ciertas circunstancias que lamentablemente se le han olvidado.

Os advierto que acabo de empezar. Si en vuestras almas queda un latido de amor a la patria, de amor a la humanidad, de amor a la justicia, escuchadme con atención. Sé que me obligarán al silencio durante muchos años; sé que tratarán de ocultar la verdad por todos los medios posibles; sé que contra mí se alzará la conjura del olvido. Pero mi voz no se ahogará por eso: cobra fuerzas en mi pecho mientras más solo me siento y quiero darle en mi corazón todo el calor que le niegan las almas cobardes.

Escuché al dictador el lunes 27 de julio, desde un bohío de las montañas, cuando todavía quedábamos dieciocho hombres sobre las armas. No sabrán de amarguras e indignaciones en la vida los que no hayan pasado por momentos semejantes. Al par que rodaban por tierra las esperanzas tanto tiempo acariciadas de libertar a nuestro pueblo, veíamos al déspota erguirse sobre él, más ruin y soberbio que nunca. El chorro de mentiras y calumnias que vertió en su lenguaje torpe, odioso y repugnante, solo puede compararse con el chorro enorme de sangre joven y limpia que desde la noche antes estaba derramando, con su conocimiento, consentimiento, complicidad y aplauso, la más desalmada turba de asesinos que pueda concebirse jamás. Haber creído durante un solo minuto lo que dijo es suficiente falta para que un hombre de conciencia viva arrepentido y avergonzado toda la vida. No tenía ni siquiera, en aquellos momentos, la esperanza de marcarle sobre la frente miserable la verdad que lo estigmatice por el resto de sus días y el resto de los tiempos, porque sobre nosotros se cerraba ya el cerco de más de mil hombres, con armas de mayor alcance y potencia, cuya consigna terminante era regresar con nuestros cadáveres. Hoy, que ya la verdad empieza a conocerse y que termino con estas palabras que estoy pronunciando la misión que me impuse, cumplida a cabalidad, puedo morir tranquilo y feliz, por lo cual no escatimaré fustazos de ninguna clase sobre los enfurecidos asesinos.

Es necesario que me detenga a considerar un poco los hechos. Se dijo por el mismo gobierno que el ataque fue realizado con tanta precisión y perfección que evidenciaba la presencia de expertos militares en la elaboración del plan. ¡Nada más absurdo! El plan fue trazado por un grupo de jóvenes ninguno de los cuales tenía experiencia militar; y voy a revelar sus nombres, menos dos de ellos que no están ni muertos ni presos: Abel Santamaría, José

Luis Tasende, Renato Guitart Rosell, Pedro Miret, Jesús Montané y el que les habla. La mitad han muerto, y en justo tributo a su memoria puedo decir que no eran expertos militares, pero tenían patriotismo suficiente para darles, en igualdad de condiciones, una soberana paliza a todos los generales del 10 de marzo juntos, que no son ni militares ni patriotas. Más difícil fue organizar, entrenar y movilizar hombres y armas bajo un régimen represivo que gasta millones de pesos en espionaje, soborno y delación, tareas que aquellos jóvenes y otros muchos realizaron con seriedad, discreción y constancia verdaderamente increíbles; y más meritorio todavía será siempre darle a un ideal todo lo que se tiene y, además, la vida.

La movilización final de hombres que vinieron a esta provincia desde los más remotos pueblos de toda la Isla, se llevó a cabo con admirable precisión y absoluto secreto. Es cierto igualmente que el ataque se realizó con magnífica coordinación. Comenzó simultáneamente a las 5:15 a.m., tanto en Bayamo como en Santiago de Cuba, y, uno a uno, con exactitud de minutos y segundos prevista de antemano, fueron cayendo los edificios que rodean el campamento. Sin embargo, en aras de la estricta verdad, aun cuando disminuya nuestro mérito, voy a revelar por primera vez también otro hecho que fue fatal: la mitad del grueso de nuestras fuerzas y la mejor armada, por un error lamentable se extravió a la entrada de la ciudad y nos faltó en el momento decisivo. Abel Santamaría, con veintiún hombres, había ocupado el Hospital Civil; iban también con él para atender a los heridos un médico y dos compañeras nuestras. Raúl Castro, con diez hombres, ocupó el Palacio de Justicia; y a mí me correspondió atacar el campamento con el resto, 95 hombres. Llegué con un primer grupo de 45, precedido por una vanguardia de ocho que forzó la posta tres. Fue aquí precisamente donde se inició el combate, al encontrarse mi automóvil con una patrulla de recorrido exterior armada de ametralladoras. El grupo de reserva, que tenía casi todas las armas largas, pues las cortas iban a la vanguardia, tomó por una calle equivocada y se desvió por completo dentro de una ciudad que no conocían. Debo aclarar que no albergo la menor duda sobre el valor de esos hombres, que al verse extraviados sufrieron gran angustia y desesperación. Debido al tipo de acción que se estaba desarrollando y al idéntico color de los uniformes en ambas partes combatientes, no era fácil restablecer el contacto. Muchos de ellos, detenidos más tarde, recibieron la muerte con verdadero heroísmo.

Todo el mundo tenía instrucciones muy precisas de ser, ante todo, humanos en la lucha. Nunca un grupo de hombres armados fue más generoso con el adversario. Se hicieron desde los primeros momentos numerosos prisioneros, cerca de veinte en firme; y hubo un instante, al principio, en que tres hombres nuestros, de los que habían tomado la posta: Ramiro Valdés, José Suárez y Jesús Montané, lograron penetrar en una barraca y detuvieron durante un tiempo a cerca de cincuenta soldados. Estos prisioneros declararon ante el tribunal, y todos sin excepción han reconocido que se les trató con absoluto respeto, sin tener que sufrir ni siquiera una palabra vejaminosa. Sobre este aspecto sí tengo que agradecerle algo, de corazón, al señor fiscal: que en el juicio donde se juzgó a mis compañeros, al hacer su informe, tuvo la justicia de reconocer como un hecho indudable el altísimo espíritu de caballerosidad que mantuvimos en la lucha.

La disciplina por parte del Ejército fue bastante mala. Vencieron en último término por el número, que le daba una superioridad de quince a uno, y por la protección que les brindaban las defensas de la fortaleza. Nuestros hombres tiraban mucho mejor y ellos mismos lo reconocieron. El valor humano fue igualmente alto de parte y parte.

Considerando las causas del fracaso táctico, aparte del lamentable error mencionado, estimo que fue una falta nuestra dividir la unidad de comandos que habíamos entrenado cuidadosamente. De nuestros mejores hombres y más audaces jefes, había 27 en Bayamo, 21 en el Hospital Civil y diez en el Palacio de Justicia; de haber hecho otra distribución, el resultado pudo haber sido distinto. El choque con la patrulla (totalmente casual, pues 20 segundos antes o 20 segundos después no habría estado en ese punto) dio tiempo a que se movilizara el campamento, que de otro modo habría caído en nuestras manos sin disparar un tiro, pues ya la posta estaba en nuestro poder. Por otra parte, salvo los fusiles calibre 22 que estaban bien provistos, el parque de nuestro lado era escasísimo. De haber tenido nosotros granadas de mano, no hubieran podido resistir 15 minutos.

Cuando me convencí de que todos los esfuerzos eran ya inútiles para tomar la fortaleza, comencé a retirar nuestros hombres en grupos de ocho y de diez. La retirada fue protegida por seis francotiradores que, al mando de Pedro Miret y de Fidel Labrador, le bloquearon heroicamente el paso al Ejército. Nuestras pérdidas en la lucha habían sido insignificantes; el 95% de nuestros muertos fueron producto de la crueldad y la inhumanidad

cuando aquella hubo cesado. El grupo del Hospital Civil no tuvo más que una baja; el resto fue copado al situarse las tropas frente a la única salida del edificio, y solo depusieron las armas cuando no les quedaba una bala. Con ellos estaba Abel Santamaría, el más generoso, querido e intrépido de nuestros jóvenes, cuya gloriosa resistencia lo inmortaliza ante la historia de Cuba. Ya veremos la suerte que corrieron y cómo quiso escarmentar Batista la rebeldía y heroísmo de nuestra juventud.

Nuestros planes eran proseguir la lucha en las montañas caso de fracasar el ataque al regimiento. Pude reunir otra vez, en Siboney, la tercera parte de nuestras fuerzas; pero ya muchos estaban desalentados. Unos veinte decidieron presentarse; ya veremos también lo que ocurrió con ellos. El resto, dieciocho hombres, con las armas y el parque que quedaban, me siguieron a las montañas. El terreno era totalmente desconocido para nosotros. Durante una semana ocupamos la parte alta de la cordillera de la Gran Piedra y el Ejército ocupó la base. Ni nosotros podíamos bajar ni ellos se decidieron a subir. No fueron, pues, las armas; fueron el hambre y la sed quienes vencieron la última resistencia. Tuve que ir distribuyendo los hombres en pequeños grupos; algunos consiguieron filtrarse entre las líneas del Ejército, otros fueron presentados por monseñor Pérez Serantes. Cuando solo quedaban conmigo dos compañeros: José Suárez y Oscar Alcalde, totalmente extenuados los tres, al amanecer del sábado 1ro. de agosto, una fuerza al mando del teniente Sarría nos sorprendió durmiendo. Ya la matanza de prisioneros había cesado por la tremenda reacción que provocó en la ciudadanía, y este oficial, hombre de honor, impidió que algunos matones nos asesinasen en pleno campo con las manos atadas.

No necesito desmentir aquí las estúpidas sandeces que, para mancillar mi nombre, inventaron los Ugalde Carrillo y su comparsa, creyendo encubrir su cobardía, su incapacidad y sus crímenes. Los hechos están sobradamente claros.

Mi propósito no es entretener al tribunal con narraciones épicas. Todo cuanto he dicho es necesario para la comprensión más exacta de lo que diré después.

Quiero hacer constar dos cosas importantes para que se juzgue serenamente nuestra actitud. Primero: pudimos haber facilitado la toma del regimiento deteniendo simplemente a todos los altos oficiales en sus residencias,

posibilidad que fue rechazada, por la consideración muy humana de evitar escenas de tragedia y de lucha en las casas de las familias. Segundo: se acordó no tomar ninguna estación de radio hasta tanto no se tuviese asegurado el campamento. Esta actitud nuestra, pocas veces vista por su gallardía y grandeza, le ahorró a la ciudadanía un río de sangre. Yo pude haber ocupado, con solo diez hombres, una estación de radio y haber lanzado al pueblo a la lucha. De su ánimo no era posible dudar: tenía el último discurso de Eduardo Chibás en la CMQ, grabado con sus propias palabras, poemas patrióticos e himnos de guerra capaces de estremecer al más indiferente, con mayor razón cuando se está escuchando el fragor del combate, y no quise hacer uso de ello, a pesar de lo desesperado de nuestra situación.

Se ha repetido con mucho énfasis por el gobierno que el pueblo no secundó el movimiento. Nunca había oído una afirmación tan ingenua y, al propio tiempo, tan llena de mala fe. Pretenden evidenciar con ello la sumisión y cobardía del pueblo; poco falta para que digan que respalda a la dictadura, y no saben cuánto ofenden con ello a los bravos orientales. Santiago de Cuba creyó que era una lucha entre soldados, y no tuvo conocimiento de lo que ocurría hasta muchas horas después. ¿Quién duda del valor, el civismo y el coraje sin límites del rebelde y patriótico pueblo de Santiago de Cuba? Si el Moncada hubiera caído en nuestras manos, ¡hasta las mujeres de Santiago de Cuba habrían empuñado las armas! ¡Muchos fusiles se los cargaron a los combatientes las enfermeras del Hospital Civil! Ellas también pelearon. Eso no lo olvidaremos jamás.

No fue nunca nuestra intención luchar con los soldados del regimiento, sino apoderarnos por sorpresa del control y de las armas, llamar al pueblo, reunir después a los militares e invitarlos a abandonar la odiosa bandera de la tiranía y abrazar la de la libertad, defender los grandes intereses de la nación y no los mezquinos intereses de un grupito; virar las armas y disparar contra los enemigos del pueblo, y no contra el pueblo, donde están sus hijos y sus padres; luchar junto a él, como hermanos que son, y no frente a él, como enemigos que quieren que sean; ir unidos en pos del único ideal hermoso y digno de ofrendarle la vida, que es la grandeza y felicidad de la patria. A los que dudan que muchos soldados se hubieran sumado a nosotros, yo les pregunto: ¿Qué cubano no ama la gloria? ¿Qué alma no se enciende en un amanecer de libertad?

El cuerpo de la Marina no combatió contra nosotros, y se hubiera sumado sin duda después. Se sabe que ese sector de las Fuerzas Armadas es el menos adicto a la tiranía y que existe entre sus miembros un índice muy elevado de conciencia cívica. Pero en cuanto al resto del Ejército nacional, ¿hubiera combatido contra el pueblo sublevado? Yo afirmo que no. El soldado es un hombre de carne y hueso, que piensa, que observa y que siente. Es susceptible a la influencia de las opiniones, creencias, simpatías y antipatías del pueblo. Si se le pregunta su opinión dirá que no puede decirla; pero eso no significa que carezca de opinión. Le afectan exactamente los mismos problemas que a los demás ciudadanos conciernen: subsistencia, alquiler, la educación de los hijos, el porvenir de estos, etcétera. Cada familiar es un punto de contacto inevitable entre él y el pueblo y la situación presente y futura de la sociedad en que vive. Es necio pensar que porque un soldado reciba un sueldo del Estado, bastante módico, haya resuelto las preocupaciones vitales que le imponen sus necesidades, deberes y sentimientos como miembro de una familia y de una colectividad social.

Ha sido necesaria esta breve explicación porque es el fundamento de un hecho en que muy pocos han pensado hasta el presente: el soldado siente un profundo respeto por el sentimiento de la mayoría del pueblo. Durante el régimen de Machado, en la misma medida en que crecía la antipatía popular, decrecía visiblemente la fidelidad del Ejército, a extremos que un grupo de mujeres estuvo a punto de sublevar el campamento de Columbia. Pero más claramente prueba esto un hecho reciente: mientras el régimen de Grau San Martín mantenía en el pueblo su máxima popularidad, proliferaron en el Ejército, alentadas por ex militares sin escrúpulos y civiles ambiciosos, infinidad de conspiraciones, y ninguna de ellas encontró eco en la masa de los militares.

El 10 de marzo tiene lugar en el momento en que había descendido hasta el mínimo el prestigio del gobierno civil, circunstancia que aprovecharon Batista y su camarilla. ¿Por qué no lo hicieron después del 1ro. de junio? Sencillamente porque si esperan que la mayoría de la nación expresase sus sentimientos en las urnas, ninguna conspiración hubiera encontrado eco en la tropa.

Puede hacerse, por tanto, una segunda afirmación: el Ejército jamás se ha sublevado contra un régimen de mayoría popular. Estas verdades son históricas, y si Batista se empeña en permanecer a toda costa en el poder contra la

voluntad absolutamente mayoritaria de Cuba, su fin será más trágico que el de Gerardo Machado.

Puedo expresar mi concepto en lo que a las Fuerzas Armadas se refiere, porque hablé de ellas y las defendía cuando todos callaban, y no lo hice para conspirar ni por interés de ningún género, porque estábamos en plena normalidad constitucional, sino por meros sentimientos de humanidad y deber cívico. Era en aquel tiempo el periódico *Alerta* uno de los más leídos por la posición que mantenía entonces en la política nacional, y desde sus páginas realicé una memorable campaña contra el sistema de trabajos forzados a que estaban sometidos los soldados en las fincas privadas de los altos personajes civiles y militares, aportando datos, fotografías, películas y pruebas de todas clases con las que me presenté también ante los tribunales denunciando el hecho el día 3 de marzo de 1952. Muchas veces dije en esos escritos que era de elemental justicia aumentarles el sueldo a los hombres que prestaban sus servicios en las Fuerzas Armadas. Quiero saber de uno más que haya levantado su voz en aquella ocasión para protestar contra tal injusticia. No fue por cierto Batista y compañía, que vivía muy bien protegido en su finca de recreo con toda clase de garantías, mientras yo corría mil riesgos sin guardaespaldas ni armas.

Conforme lo defendí entonces, ahora, cuando todos callan otra vez, le digo que se dejó engañar miserablemente, y a la mancha, el engaño y la vergüenza del 10 de marzo, ha añadido la mancha y la vergüenza, mil veces más grande, de los crímenes espantosos e injustificables de Santiago de Cuba. Desde ese momento el uniforme del Ejército está horriblemente salpicado de sangre, y si en aquella ocasión dije ante el pueblo y denuncié ante los tribunales que había militares trabajando como esclavos en las fincas privadas, hoy amargamente digo que hay militares manchados hasta el pelo con la sangre de muchos jóvenes cubanos torturados y asesinados. Y digo también que si es para servir a la República, defender a la nación, respetar al pueblo y proteger al ciudadano, es justo que un soldado gane por lo menos cien pesos; pero si es para matar y asesinar, para oprimir al pueblo, traicionar la nación y defender los intereses de un grupito, no merece que la República se gaste ni un centavo en ejército, y el campamento de Columbia debe convertirse en una escuela e instalar allí, en vez de soldados, 10 000 niños huérfanos.

Como quiero ser justo antes de todo, no puedo considerar a todos los militares solidarios de esos crímenes, esas manchas y esas vergüenzas que son obras de unos cuantos traidores y malvados, pero todo militar de honor y dignidad que ame su carrera y quiera su institución, está en el deber de exigir y luchar para que esas manchas sean lavadas, esos engaños sean vengados y esas culpas sean castigadas si no quieren que ser militar sea para siempre una infamia en vez de un orgullo.

Claro que el 10 de marzo no tuvo más remedio que sacar a los soldados de las fincas privadas, pero fue para ponerlos a trabajar de porteros, choferes, criados y guardaespaldas de toda la fauna de politiqueros que integran el partido de la dictadura. Cualquier jerarca de cuarta o quinta categoría se cree con derecho a que un militar le maneje el automóvil y le cuide las espaldas, cual si estuviesen temiendo constantemente un merecido puntapié.

Si existía en realidad un propósito reivindicador, ¿por qué no se les confiscaron todas las fincas y los millones a los que como Genovevo Pérez Dámera hicieron su fortuna esquilmando a los soldados, haciéndolos trabajar como esclavos y desfalcando los fondos de las Fuerzas Armadas? Pero no: Genovevo y los demás tendrán soldados cuidándolos en sus fincas porque en el fondo todos los generales del 10 de marzo están aspirando a hacer lo mismo y no pueden sentar semejante precedente.

El 10 de marzo fue un engaño miserable, sí... Batista, después de fracasar por la vía electoral él y su cohorte de politiqueros malos y desprestigiados, aprovechándose de su descontento, tomaron de instrumento al Ejército para trepar al poder sobre las espaldas de los soldados. Y yo sé que hay muchos hombres disgustados por el desengaño: se les aumentó el sueldo y después con descuentos y rebajas de toda clase se les volvió a reducir; infinidad de viejos elementos desligados de los institutos armados volvieron a filas cerrándoles el paso a hombres jóvenes, capacitados y valiosos; militares de mérito han sido postergados mientras prevalece el más escandaloso favoritismo con los parientes y allegados de los altos jefes. Muchos militares decentes se están preguntando a estas horas qué necesidad tenían las Fuerzas Armadas de cargar con la tremenda responsabilidad histórica de haber destrozado nuestra Constitución para llevar al poder a un grupo de hombres sin moral, desprestigiados, corrompidos, aniquilados para siempre políticamente y que no podían volver a ocupar un cargo público si no era a punta de bayoneta; bayoneta que no empuñan ellos...

Por otro lado, los militares están padeciendo una tiranía peor que los civiles. Se les vigila constantemente y ninguno de ellos tiene la menor seguridad en sus puestos: cualquier sospecha injustificada, cualquier chisme, cualquier intriga, cualquier confidencia es suficiente para que los trasladen, los expulsen o los encarcelen deshonrosamente. ¿No les prohibió Tabernilla en una circular conversar con cualquier ciudadano de la oposición, es decir, el 99% del pueblo?... ¡Qué desconfianza!... ¡Ni a las vírgenes vestales de Roma se les impuso semejante regla! Las tan cacareadas casitas para los soldados no pasan de trescientas en toda la Isla y, sin embargo, con lo gastado en tanques, cañones y armas había para fabricarle una casa a cada alistado; luego, lo que le importa a Batista no es proteger al Ejército, sino que el Ejército lo proteja a él; se aumenta su poder de opresión y de muerte, pero esto no es mejorar el bienestar de los hombres. Guardias triples, acuartelamiento constante, zozobra perenne, enemistad de la ciudadanía, incertidumbre del porvenir, eso es lo que se le ha dado al soldado, o lo que es lo mismo:

> Muere por el régimen, soldado, dale tu sudor y tu sangre, te dedicaremos un discurso y un ascenso póstumo (cuando ya no te importe), y después... seguiremos viviendo bien y haciéndonos ricos; mata, atropella, oprime al pueblo, que cuando el pueblo se canse y esto se acabe, tú pagarás nuestros crímenes y nosotros nos iremos a vivir como príncipes en el extranjero; y si volvemos algún día, no toques tú ni tus hijos en la puerta de nuestros palacetes, porque seremos millonarios y los millonarios no conocen a los pobres. Mata, soldado, oprime al pueblo, muere por el régimen, dale tu sudor y tu sangre...

Pero si ciega a esta tristísima realidad, una parte minoritaria de las Fuerzas Armadas se hubiese decidido a combatir contra el pueblo, contra ese pueblo que iba a librarlos a ellos inclusive de la tiranía, la victoria hubiera sido del pueblo. El señor fiscal estaba muy interesado en conocer nuestras posibilidades de éxito. Esas posibilidades se basaban en razones de orden técnico y militar y de orden social. Se ha querido establecer el mito de las armas modernas como supuesto de toda imposibilidad de lucha abierta y frontal del pueblo contra la tiranía. Los desfiles militares y las exhibiciones aparatosas de equipos bélicos, tienen por objeto fomentar este mito y crear en la ciudadanía un complejo de absoluta impotencia. Ningún arma, ninguna fuerza es capaz de vencer a un pueblo que se decide a luchar por sus

derechos. Los ejemplos históricos pasados y presentes son incontables. Está bien reciente el caso de Bolivia, donde los mineros, con cartuchos de dinamita, derrotaron y aplastaron a los regimientos del ejército regular. Pero los cubanos, por suerte, no tenemos que buscar ejemplos en otro país, porque ninguno tan elocuente y hermoso como el de nuestra propia patria. Durante la guerra del 95 había en Cuba cerca de medio millón de soldados españoles sobre las armas, cantidad infinitamente superior a la que podía oponer la dictadura frente a una población cinco veces mayor. Las armas del ejército español eran sin comparación más modernas y poderosas que las de los mambises; estaba equipado muchas veces con artillería de campaña, y su infantería usaba el fusil de retrocarga similar al que usa todavía la infantería moderna. Los cubanos no disponían por lo general de otra arma que los machetes, porque sus cartucheras estaban casi siempre vacías. Hay un pasaje inolvidable de nuestra guerra de independencia narrado por el general Miró Argenter, jefe del Estado Mayor de Antonio Maceo, que pude traer copiado en esta notica para no abusar de la memoria.

> La gente bisoña que mandaba Pedro Delgado, en su mayor parte provista solamente de machete, fue diezmada al echarse encima de los sólidos españoles, de tal manera, que no es exagerado afirmar que de 50 hombres, cayeron la mitad. Atacaron a los españoles con los puños ¡sin pistola, sin machete y sin cuchillo! Escudriñando las malezas de Río Hondo, se encontraron quince muertos más del partido cubano, sin que de momento pudiera señalarse a qué cuerpo pertenecían. No presentaban ningún vestigio de haber empuñado el arma: el vestuario estaba completo, y pendiente de la cintura no tenían más que el vaso de lata; a dos pasos de allí, el caballo exánime, con el equipo intacto. Se reconstruyó el pasaje culminante de la tragedia: esos hombres, siguiendo a su esforzado jefe, el teniente coronel Pedro Delgado, habían obtenido la palma del heroísmo; se arrojaron sobre las bayonetas con las manos solas: el ruido del metal, que sonaba en torno a ellos, era el golpe del vaso de beber al dar contra el muñón de la montura. Maceo se sintió conmovido, él, tan acostumbrado a ver la muerte en todas las posiciones y aspectos, y murmuró este panegírico: «Yo nunca había visto eso; gente novicia que ataca inerme a los españoles ¡con el vaso de beber agua por todo utensilio! ¡Y yo le daba el nombre de impedimenta!»...

¡Así luchan los pueblos cuando quieren conquistar su libertad: les tiran piedras a los aviones y viran los tanques boca arriba!

Una vez en poder nuestro la ciudad de Santiago de Cuba, hubiéramos puesto a los orientales inmediatamente en pie de guerra. A Bayamo se atacó precisamente para situar nuestras avanzadas junto al río Cauto. No se olvide nunca que esta provincia, que hoy tiene millón y medio de habitantes, es sin duda la más guerrera y patriótica de Cuba; fue ella la que mantuvo encendida la lucha por la independencia durante 30 años y le dio el mayor tributo de sangre, sacrificio y heroísmo. En Oriente se respira todavía el aire de la epopeya gloriosa y, al amanecer, cuando los gallos cantan como clarines que tocan diana llamando a los soldados y el sol se eleva radiante sobre las empinadas montañas, cada día parece que va a ser otra vez el de Yara o el de Baire.

Dije que las segundas razones en que se basaba nuestra posibilidad de éxito eran de orden social. ¿Por qué teníamos la seguridad de contar con el pueblo? Cuando hablamos de pueblo no entendemos por tal a los sectores acomodados y conservadores de la nación, a los que viene bien cualquier régimen de opresión, cualquier dictadura, cualquier despotismo, postrándose ante el amo de turno hasta romperse la frente contra el suelo. Entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha, la gran masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor y más digna y más justa; la que está movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación, la que ansía grandes y sabias transformaciones en todos los órdenes y está dispuesta a dar para lograrlo, cuando crea en algo o en alguien, sobre todo cuando crea suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre. La primera condición de la sinceridad y de la buena fe en un propósito, es hacer precisamente lo que nadie hace, es decir, hablar con entera claridad y sin miedo. Los demagogos y los políticos de profesión quieren obrar el milagro de estar bien en todo y con todos, engañando necesariamente a todos en todo. Los revolucionarios han de proclamar sus ideas valientemente, definir sus principios y expresar sus intenciones para que nadie se engañe, ni amigos ni enemigos.

Nosotros llamamos pueblo si de lucha se trata, a los 700 000 cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente sin tener que

emigrar de su patria en busca de sustento; a los 500 000 obreros del campo que habitan en los bohíos miserables, que trabajan cuatro meses al año y pasan hambre el resto compartiendo con sus hijos la miseria, que no tienen una pulgada de tierra para sembrar y cuya existencia debiera mover más a compasión si no hubiera tantos corazones de piedra; a los 400 000 obreros industriales y braceros cuyos retiros, todos, están desfalcados, cuyas conquistas les están arrebatando, cuyas viviendas son las infernales habitaciones de las cuarterías, cuyos salarios pasan de las manos del patrón a las del garrotero, cuyo futuro es la rebaja y el despido, cuya vida es el trabajo perenne y cuyo descanso es la tumba; a los cien mil agricultores pequeños, que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya, contemplándola siempre tristemente como Moisés a la tierra prometida, para morirse sin llegar a poseerla, que tienen que pagar por sus parcelas como siervos feudales una parte de sus productos, que no pueden amarla, ni mejorarla, ni embellecerla, plantar un cedro o un naranjo porque ignoran el día que vendrá un alguacil con la guardia rural a decirles que tienen que irse; a los 30 000 maestros y profesores tan abnegados, sacrificados y necesarios al destino mejor de las futuras generaciones y que tan mal se les trata y se les paga; a los 20 000 pequeños comerciantes abrumados de deudas, arruinados por la crisis y rematados por una plaga de funcionarios filibusteros y venales; a los 10 000 profesionales jóvenes: médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, etcétera, que salen de las aulas con sus títulos deseosos de lucha y llenos de esperanza para encontrarse en un callejón sin salida, cerradas todas las puertas, sordas al clamor y a la súplica. ¡Ese es el pueblo, el que sufre todas las desdichas y es por tanto capaz de pelear con todo el coraje! A ese pueblo, cuyos caminos de angustias están empedrados de engaños y falsas promesas, no le íbamos a decir: «Te vamos a dar», sino: «¡Aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sean tuyas la libertad y la felicidad!».

En el sumario de esta causa han de constar las cinco leyes revolucionarias que serían proclamadas inmediatamente después de tomar el Cuartel Moncada y divulgadas por radio a la nación. Es posible que el coronel Chaviano haya destruido con toda intención esos documentos, pero si él los destruyó, yo los conservo en la memoria.

La primera ley revolucionaria devolvía al pueblo la soberanía y proclamaba la Constitución de 1940 como la verdadera ley suprema del Estado,

en tanto el pueblo decidiese modificarla o cambiarla, y a los efectos de su implantación y castigo ejemplar a todos los que la habían traicionado, no existiendo órganos de elección popular para llevarlo a cabo, el movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella, excepto la de modificar la propia Constitución: facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar.

Esta actitud no podía ser más diáfana y despojada de chocherías y charlatanismos estériles: un gobierno aclamado por la masa de combatientes, recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia. A partir de ese instante, el Poder Judicial, que se ha colocado desde el 10 de marzo frente a la Constitución y fuera de la Constitución, recesaría como tal Poder y se procedería a su inmediata y total depuración, antes de asumir nuevamente las facultades que le concede la Ley Suprema de la República. Sin estas medidas previas, la vuelta a la legalidad, poniendo su custodia en manos que claudicaron deshonrosamente, sería una estafa, un engaño y una traición más.

La segunda ley revolucionaria concedía la propiedad inembargable e intransferible de la tierra a todos los colonos, subcolonos, arrendatarios, aparceros y precaristas que ocupasen parcelas de cinco o menos caballerías de tierra, indemnizando el Estado a sus anteriores propietarios a base de la renta que devengarían por dichas parcelas en un promedio de 10 años.

La tercera ley revolucionaria otorgaba a los obreros y empleados el derecho de participar del 30% de las utilidades en todas las grandes empresas industriales, mercantiles y mineras, incluyendo centrales azucareros. Se exceptuaban las empresas meramente agrícolas en consideración a otras leyes de orden agrario que debían implantarse.

La cuarta ley revolucionaria concedía a todos los colonos el derecho a participar del 55% del rendimiento de la caña y cuota mínima de 40 000 arrobas a todos los pequeños colonos que llevasen tres años o más de establecidos.

La quinta ley revolucionaria ordenaba la confiscación de todos los bienes a todos los malversadores de todos los gobiernos y a sus causahabientes y herederos en cuanto a bienes percibidos por testamento o abintestato de procedencia mal habida, mediante tribunales especiales con facultades ple-

nas de acceso a todas las fuentes de investigación, de intervenir a tales efectos las compañías anónimas inscriptas en el país o que operen en él donde puedan ocultarse bienes malversados y de solicitar de los gobiernos extranjeros extradición de personas y embargo de bienes. La mitad de los bienes recobrados pasarían a engrosar las cajas de los retiros obreros y la otra mitad a los hospitales, asilos y casas de beneficencia.

Se declaraba, además, que la política cubana en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del continente y que los perseguidos políticos de las sangrientas tiranías que oprimen a naciones hermanas, encontrarían en la patria de Martí, no como hoy, persecución, hambre y traición, sino asilo generoso, hermandad y pan. Cuba debía ser baluarte de libertad y no eslabón vergonzoso de despotismo.

Estas leyes serían proclamadas en el acto y a ellas seguirían, una vez terminada la contienda y previo estudio minucioso de su contenido y alcance, otra serie de leyes y medidas también fundamentales como la reforma agraria, la reforma integral de la enseñanza y la nacionalización del *trust* eléctrico y el *trust* telefónico, devolución al pueblo del exceso ilegal que han estado cobrando en sus tarifas y pago al fisco de todas las cantidades que han burlado a la hacienda pública.

Todas estas pragmáticas y otras estarían inspiradas en el cumplimiento estricto de dos artículos esenciales de nuestra Constitución, uno de los cuales manda que se proscriba el latifundio y, a los efectos de su desaparición, la ley señale el máximo de extensión de tierra que cada persona o entidad pueda poseer para cada tipo de explotación agrícola, adoptando medidas que tiendan a revertir la tierra al cubano; y el otro ordena categóricamente al Estado emplear todos los medios que estén a su alcance para proporcionar ocupación a todo el que carezca de ella y asegurar a cada trabajador manual o intelectual una existencia decorosa. Ninguna de ellas podrá ser tachada por tanto de inconstitucional. El primer gobierno de elección popular que surgiere inmediatamente después, tendría que respetarlas, no solo porque tuviese un compromiso moral con la nación, sino porque los pueblos cuando alcanzan las conquistas que han estado anhelando durante varias generaciones, no hay fuerza en el mundo capaz de arrebatárselas.

El problema de la tierra, el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, el problema del desempleo, el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo; he ahí concretados los seis puntos a cuya

solución se hubieran encaminado resueltamente nuestros esfuerzos, junto con la conquista de las libertades públicas y la democracia política.

Quizás luzca fría y teórica esta exposición, si no se conoce la espantosa tragedia que está viviendo el país en estos seis órdenes, sumada a la más humillante opresión política.

El 85% de los pequeños agricultores cubanos está pagando renta y vive bajo la perenne amenaza del desalojo de sus parcelas. Más de la mitad de las mejores tierras de producción cultivadas está en manos extranjeras. En Oriente, que es la provincia más ancha, las tierras de la United Fruit Company y la West Indies unen la costa norte con la costa sur. Hay doscientas mil familias campesinas que no tienen una vara de tierra donde sembrar unas viandas para sus hambrientos hijos y, en cambio, permanecen sin cultivar, en manos de poderosos intereses, cerca de 30 000 caballerías de tierras productivas. Si Cuba es un país eminentemente agrícola, si su población es en gran parte campesina, si la ciudad depende del campo, si el campo hizo la independencia, si la grandeza y prosperidad de nuestra nación depende de un campesinado saludable y vigoroso que ame y sepa cultivar la tierra, de un Estado que lo proteja y lo oriente, ¿cómo es posible que continúe este estado de cosas?

Salvo unas cuantas industrias alimenticias, madereras y textiles, Cuba sigue siendo una factoría productora de materia prima. Se exporta azúcar para importar caramelos, se exportan cueros para importar zapatos, se exporta hierro para importar arados... Todo el mundo está de acuerdo en que la necesidad de industrializar el país es urgente, que hacen falta industrias metalúrgicas, industrias de papel, industrias químicas, que hay que mejorar las crías, los cultivos, la técnica y elaboración de nuestras industrias alimenticias para que puedan resistir la competencia ruinosa que hacen las industrias europeas de queso, leche condensada, licores y aceites y las de conservas norteamericanas, que necesitamos barcos mercantes, que el turismo podría ser una enorme fuente de riquezas; pero los poseedores del capital exigen que los obreros pasen bajo las horcas caudinas, el Estado se cruza de brazos y la industrialización espera por las calendas griegas.

Tan grave o peor es la tragedia de la vivienda. Hay en Cuba doscientos mil bohíos y chozas; cuatrocientas mil familias del campo y de la ciudad viven hacinadas en barracones, cuarterías y solares sin las más elementales condiciones de higiene y salud; 2 200 000 personas de nuestra población

urbana pagan alquileres que absorben entre un quinto y un tercio de sus ingresos; y 2 800 000 de nuestra población rural y suburbana carecen de luz eléctrica. Aquí ocurre lo mismo: si el Estado se propone rebajar los alquileres, los propietarios amenazan con paralizar todas las construcciones; si el Estado se abstiene, construyen mientras pueden percibir un tipo elevado de renta, después no colocan una piedra más aunque el resto de la población viva a la intemperie. Otro tanto hace el monopolio eléctrico: extiende las líneas hasta el punto donde pueda percibir una utilidad satisfactoria, a partir de allí no le importa que las personas vivan en las tinieblas por el resto de sus días. El Estado se cruza de brazos y el pueblo sigue sin casas y sin luz.

Nuestro sistema de enseñanza se complementa perfectamente con todo lo anterior: ¿En un campo donde el guajiro no es dueño de la tierra para qué se quieren escuelas agrícolas? ¿En una ciudad donde no hay industrias para qué se quieren escuelas técnicas o industriales? Todo está dentro de la misma lógica absurda: no hay ni una cosa ni otra. En cualquier pequeño país de Europa existen más de doscientas escuelas técnicas y de artes industriales; en Cuba, no pasan de seis y los muchachos salen con sus títulos sin tener dónde emplearse. A las escuelitas públicas del campo asisten descalzos, semidesnudos y desnutridos, menos de la mitad de los niños en edad escolar y muchas veces es el maestro quien tiene que adquirir con su propio sueldo el material necesario. ¿Es así como puede hacerse una patria grande?

De tanta miseria solo es posible librarse con la muerte; y a eso sí los ayuda el Estado: a morir. El 90% de los niños del campo está devorado por parásitos que se les filtran desde la tierra por las uñas de los pies descalzos. La sociedad se conmueve ante la noticia del secuestro o el asesinato de una criatura, pero permanece criminalmente indiferente ante el asesinato en masa que se comete con tantos miles y miles de niños que mueren todos los años por falta de recursos, agonizando entre los estertores del dolor, y cuyos ojos inocentes, ya en ellos el brillo de la muerte, parecen mirar hacia lo infinito como pidiendo perdón para el egoísmo humano y que no caiga sobre los hombres la maldición de Dios. Y cuando un padre de familia trabaja cuatro meses al año, ¿con qué puede comprar ropas y medicinas a sus hijos? Crecerán raquíticos, a los 30 años no tendrán una pieza sana en la boca, habrán oído diez millones de discursos, y morirán al fin de miseria y decepción. El acceso a los hospitales del Estado, siempre repletos, solo es

posible mediante la recomendación de un magnate político que le exigirá al desdichado su voto y el de toda su familia para que Cuba siga siempre igual o peor.

Con tales antecedentes, ¿cómo no explicarse que desde el mes de mayo al de diciembre un millón de personas se encuentren sin trabajo y que Cuba, con una población de cinco millones y medio de habitantes, tenga actualmente más desocupados que Francia e Italia con una población de más de 40 millones cada una?

Cuando vosotros juzgáis a un acusado por robo, señores magistrados, no le preguntáis cuánto tiempo lleva sin trabajo, cuántos hijos tiene, qué días de la semana comió y qué días no comió, no os preocupáis en absoluto por las condiciones sociales del medio donde vive: lo enviáis a la cárcel sin más contemplaciones. Allí no van los ricos que queman almacenes y tiendas para cobrar las pólizas de seguro, aunque se quemen también algunos seres humanos, porque tienen dinero de sobra para pagar abogados y sobornar magistrados. Enviáis a la cárcel al infeliz que roba por hambre, pero ninguno de los cientos de ladrones que han robado millones al Estado durmió nunca una noche tras las rejas: cenáis con ellos a fin de año en algún lugar aristocrático y tienen vuestro respeto. En Cuba, cuando un funcionario se hace millonario de la noche a la mañana y entra en la cofradía de los ricos, puede ser recibido con las mismas palabras de aquel opulento personaje de Balzac, Taillefer, cuando brindó por el joven que acababa de heredar una inmensa fortuna:

> ¡Señores, bebamos al poder del oro! El señor Valentín, seis veces millonario, actualmente acaba de ascender al trono. Es rey, lo puede todo, está por encima de todo, como sucede a todos los ricos. En lo sucesivo la igualdad ante la ley, consignada al frente de la Constitución, será un mito para él, no estará sometido a las leyes, sino que las leyes se le someterán. Para los millonarios no existen tribunales ni sanciones.

El porvenir de la nación y la solución de sus problemas no pueden seguir dependiendo del interés egoísta de una docena de financieros, de los fríos cálculos sobre ganancias que tracen en sus despachos de aire acondicionado diez o doce magnates. El país no puede seguir de rodillas implorando los milagros de unos cuantos becerros de oro que, como aquel del Antiguo Testamento que derribó la ira del profeta, no hacen milagros de ninguna

clase. Los problemas de la Republica solo tienen solución si nos dedicamos a luchar por ella con la misma energía, honradez y patriotismo que invirtieron nuestros libertadores en crearla. Y no es con estadistas al estilo de Carlos Saladrigas, cuyo estadismo consiste en dejarlo todo tal cual está y pasarse la vida farfullando sandeces sobre la «libertad absoluta de empresa», «garantías al capital de inversión» y la «ley de la oferta y la demanda», como habrán de resolverse tales problemas. En un palacete de la Quinta Avenida, estos ministros pueden charlar alegremente hasta que no quede ya ni el polvo de los huesos de los que hoy reclaman soluciones urgentes. Y en el mundo actual ningún problema social se resuelve por generación espontánea.

Un Gobierno Revolucionario con el respaldo del pueblo y el respeto de la nación después de limpiar las instituciones de funcionarios venales y corrompidos, procedería inmediatamente a industrializar el país, movilizando todo el capital inactivo que pasa actualmente de 1 500 millones a través del Banco Nacional y el Banco de Fomento Agrícola e Industrial y sometiendo la magna tarea al estudio, dirección, planificación y realización por técnicos y hombres de absoluta competencia, ajenos por completo a los manejos de la política.

Un Gobierno Revolucionario, después de asentar sobre sus parcelas con carácter de dueños a los cien mil agricultores pequeños que hoy pagan rentas, procedería a concluir definitivamente el problema de la tierra, primero: estableciendo como ordena la Constitución un máximo de extensión para cada tipo de empresa agrícola y adquiriendo el exceso por vía de expropiación, reivindicando las tierras usurpadas al Estado, desecando marismas y terrenos pantanosos, plantando enormes viveros y reservando zonas para la repoblación forestal; segundo: repartiendo el resto disponible entre las familias campesinas con preferencia a las más numerosas, fomentando cooperativas de agricultores para la utilización común de equipos de mucho costo, frigoríficos y una misma dirección profesional técnica en el cultivo y la crianza y facilitando, por último, recursos, equipos, protección y conocimientos útiles al campesinado.

Un Gobierno Revolucionario resolvería el problema de la vivienda rebajando resueltamente el 50% de los alquileres, eximiendo de toda contribución a las casas habitadas por sus propios dueños, triplicando los impuestos sobre las casas alquiladas, demoliendo las infernales cuarterías para levantar en su lugar edificios modernos de muchas plantas y financiando la construcción

de viviendas en toda la Isla en escala nunca vista, bajo el criterio de que si lo ideal en el campo es que cada familia posea su propia parcela, lo ideal en la ciudad es que cada familia viva en su propia casa o apartamento. Hay piedra suficiente y brazos de sobra para hacerle a cada familia cubana una vivienda decorosa. Pero si seguimos esperando por los milagros del becerro de oro, pasarán mil años y el problema estará igual. Por otra parte, las posibilidades de llevar corriente eléctrica hasta el último rincón de la Isla son hoy mayores que nunca, por cuanto es ya una realidad la aplicación de la energía nuclear a esa rama de la industria, lo cual abaratará enormemente su costo de producción.

Con estas tres iniciativas y reformas el problema del desempleo desaparecería automáticamente y la profilaxis y la lucha contra las enfermedades sería tarea mucho más fácil.

Finalmente, un Gobierno Revolucionario procedería a la reforma integral de nuestra enseñanza, poniéndola a tono con las iniciativas anteriores, para preparar debidamente a las generaciones que están llamadas a vivir en una patria más feliz. No se olviden las palabras del Apóstol:

> Se está cometiendo en [...] América Latina un error gravísimo: en pueblos que viven casi por completo de los productos del campo, se educa exclusivamente para la vida urbana y no se les prepara para la vida campesina.
>
> El pueblo más feliz es el que tenga mejor educados a sus hijos, en la instrucción del pensamiento y en la dirección de los sentimientos.
>
> Un pueblo instruido será siempre fuerte y libre.

Pero el alma de la enseñanza es el maestro, y a los educadores en Cuba se les paga miserablemente; no hay, sin embargo, ser más enamorado de su vocación que el maestro cubano. ¿Quién no aprendió sus primeras letras en una escuelita pública? Basta ya de estar pagando con limosnas a los hombres y mujeres que tienen en sus manos la misión más sagrada del mundo de hoy y del mañana, que es enseñar. Ningún maestro debe ganar menos de 200 pesos, como ningún profesor de segunda enseñanza debe ganar menos de 350, si queremos que se dediquen enteramente a su elevada misión, sin tener que vivir asediados por toda clase de mezquinas privaciones. Debe concedérseles además a los maestros que desempeñan su función en el campo, el uso gratuito de los medios de transporte; y a todos, cada cinco años por lo

menos, un receso en sus tareas de seis meses con sueldo, para que puedan asistir a cursos especiales en el país o en el extranjero, poniéndose al día en los últimos conocimientos pedagógicos y mejorando constantemente sus programas y sistemas. ¿De dónde sacar el dinero necesario? Cuando no se lo roben, cuando no haya funcionarios venales que se dejen sobornar por las grandes empresas con detrimento del fisco, cuando los inmensos recursos de la nación estén movilizados y se dejen de comprar tanques, bombarderos y cañones en este país sin fronteras, solo para guerrear contra el pueblo, y se le quiera educar en vez de matar, entonces habrá dinero de sobra.

Cuba podría albergar espléndidamente una población tres veces mayor; no hay razón, pues, para que exista miseria entre sus actuales habitantes. Los mercados debieran estar abarrotados de productos; las despensas de las casas debieran estar llenas; todos los brazos podrían estar produciendo laboriosamente. No, eso no es inconcebible. Lo inconcebible es que haya hombres que se acuesten con hambre mientras quede una pulgada de tierra sin sembrar; lo inconcebible es que haya niños que mueran sin asistencia médica, lo inconcebible es que el 30% de nuestros campesinos no sepa firmar, y el 99% no sepa historia de Cuba; lo inconcebible es que la mayoría de las familias de nuestros campos estén viviendo en peores condiciones que los indios que encontró Colón al descubrir la tierra más hermosa que ojos humanos vieron.

A los que me llaman por esto soñador, les digo como Martí:

> El verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber; y ese es [...] el único hombre práctico cuyo sueño de hoy será la ley de mañana, porque el que haya puesto los ojos en las entrañas universales y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabe que el porvenir, sin una sola excepción, está del lado del deber.

Únicamente inspirados en tan elevados propósitos, es posible concebir el heroísmo de los que cayeron en Santiago de Cuba. Los escasos medios materiales con que hubimos de contar, impidieron el éxito seguro. A los soldados les dijeron que Prío nos había dado un millón de pesos; querían desvirtuar el hecho más grave para ellos: que nuestro movimiento no tenía relación alguna con el pasado, que era una nueva generación cubana con sus propias ideas, la que se erguía contra la tiranía, de jóvenes que no tenían

apenas siete años cuando Batista comenzó a cometer sus primeros crímenes en el año 34. La mentira del millón no podía ser más absurda: si con menos de 20 000 pesos armamos 165 hombres y atacamos un regimiento y un escuadrón, con un millón de pesos hubiéramos podido armar 8 000 hombres, atacar 50 regimientos, 50 escuadrones, y Ugalde Carrillo no se habría enterado hasta el domingo 26 de julio a las 5:15 de la mañana. Sépase que por cada uno que vino a combatir, se quedaron 20 perfectamente entrenados que no vinieron porque no había armas. Esos hombres desfilaron por las calles de La Habana con la manifestación estudiantil en el Centenario de Martí y llenaban seis cuadras en masa compacta. Doscientos más que hubieran podido venir o 20 granadas de mano en nuestro poder, y tal vez le habríamos ahorrado a este honorable tribunal tantas molestias.

Los políticos se gastan en sus campañas millones de pesos sobornando conciencias, y un puñado de cubanos que quisieron salvar el honor de la patria tuvo que venir a afrontar la muerte con las manos vacías por falta de recursos. Eso explica que al país lo hayan gobernado hasta ahora, no hombres generosos y abnegados, sino el bajo mundo de la politiquería, el hampa de nuestra vida pública.

Con mayor orgullo que nunca digo que consecuentes con nuestros principios, ningún político de ayer nos vio tocar a sus puertas pidiendo un centavo, que nuestros medios se reunieron con ejemplos de sacrificios que no tienen paralelo, como el de aquel joven, Elpidio Sosa, que vendió su empleo y se me presentó un día con 300 pesos «para la causa»; Fernando Chenard, que vendió los aparatos de su estudio fotográfico, con el que se ganaba la vida; Pedro Marrero, que empeñó su sueldo de muchos meses y fue preciso prohibirle que vendiera también los muebles de su casa; Oscar Alcalde, que vendió su laboratorio de productos farmacéuticos; Jesús Montané, que entregó el dinero que había ahorrado durante más de cinco años; y así por el estilo muchos más, despojándose cada cual de lo poco que tenía.

Hace falta tener una fe muy grande en su patria para proceder así, y estos recuerdos de idealismo me llevan directamente al más amargo capítulo de esta defensa: el precio que les hizo pagar la tiranía por querer librar a Cuba de la opresión y la injusticia.

¡Cadáveres amados los que un día
Ensueños fuisteis de la patria mía,

Arrojad, arrojad sobre mi frente
Polvo de vuestros huesos carcomidos!
¡Tocad mi corazón con vuestras manos!
¡Gemid a mis oídos!
¡Cada uno ha de ser de mis gemidos
Lágrimas de uno más de los tiranos!
¡Andad a mi redor; vagad en tanto
Que mi ser vuestro espíritu recibe,
Y dadme de las tumbas el espanto,
Que es poco ya para llorar el llanto
Cuando en infame esclavitud se vive!

Multiplicad por diez el crimen del 27 de noviembre de 1871* y tendréis los crímenes monstruosos y repugnantes del 26, 27, 28 y 29 de julio de 1953 en Oriente. Los hechos están recientes todavía, pero cuando los años pasen y el cielo de la patria se despeje, cuando los ánimos exaltados se aquieten y el miedo no turbe los espíritus, se empezará a ver en toda su espantosa realidad la magnitud de la masacre, y las generaciones venideras volverán aterrorizadas los ojos hacia este acto de barbarie sin precedentes en nuestra historia. Pero no quiero que la ira me ciegue, porque necesito toda la claridad de mi mente y la serenidad del corazón destrozado para exponer los hechos tal como ocurrieron, con toda sencillez, antes que exagerar el dramatismo, porque siento vergüenza, como cubano, que unos hombres sin entrañas, con sus crímenes incalificables, hayan deshonrado nuestra patria ante el mundo.

No fue nunca el tirano Batista un hombre de escrúpulos que vacilara antes de decir al pueblo la más fantástica mentira. Cuando quiso justificar el traidor cuartelazo del 10 de marzo, inventó un supuesto golpe militar que habría de ocurrir en el mes de abril y que «él quiso evitar para que no fuera sumida en sangre la República», historieta ridícula que no creyó nadie; y cuando quiso sumir en sangre la República y ahogar en el terror, la tortura y el crimen la justa rebeldía de una juventud que no quiso ser esclava suya, inventó entonces mentiras más fantásticas todavía. ¡Qué poco respeto

* En 1871, ocho estudiantes de medicina fueron acusados de profanar la tumba de Gonzalo Castañon, español editor de un periódico. Fueron ejectutados el 27 de noviembre, a pesar de la repulsa pública.

se le tiene a un pueblo, cuando se le trata de engañar tan miserablemente! El mismo día que fui detenido, yo asumí públicamente la responsabilidad del movimiento armado del 26 de julio, y si una sola de las cosas que dijo el dictador contra nuestros combatientes en su discurso del 27 de julio hubiese sido cierta, bastaría para haberme quitado la fuerza moral en el proceso. Sin embargo, ¿por qué no se me llevó al juicio? ¿Por qué se falsificaron certificados médicos? ¿Por qué se violaron todas las leyes del procedimiento y se desacataron escandalosamente todas las órdenes del tribunal? ¿Por qué se hicieron cosas nunca vistas en ningún proceso público a fin de evitar a toda costa mi comparecencia? Yo en cambio hice lo indecible por estar presente, reclamando del tribunal que se me llevase al juicio en cumplimiento estricto de las leyes, denunciando las maniobras que se estaban realizando para impedirlo; quería discutir con ellos frente a frente y cara a cara. Ellos no quisieron: ¿Quién temía la verdad y quién no la temía?

Las cosas que afirmó el dictador desde el polígono del campamento de Columbia, serían dignas de risa si no estuviesen tan empapadas de sangre. Dijo que los atacantes eran un grupo de mercenarios entre los cuales había numerosos extranjeros; dijo que la parte principal del plan era un atentado contra él —él, siempre él—, como si los hombres que atacaron el baluarte del Moncada no hubieran podido matarlo a él y a veinte como él, de haber estado conformes con semejantes métodos; dijo que el ataque había sido fraguado por el ex presidente Prío y con dinero suyo, y se ha comprobado ya hasta la saciedad la ausencia absoluta de toda relación entre este movimiento y el régimen pasado; dijo que estábamos armados de ametralladoras y granadas de mano, y aquí los técnicos del Ejército han declarado que solo teníamos una ametralladora y ninguna granada de mano; dijo que habíamos degollado a la posta, y ahí han aparecido en el sumario los certificados de defunción y los certificados médicos correspondientes a todos los soldados muertos o heridos, de donde resulta que ninguno presentaba lesiones de arma blanca. Pero sobre todo, lo más importante, dijo que habíamos acuchillado a los enfermos del Hospital Militar, y los médicos de ese mismo hospital, ¡nada menos que los médicos del Ejército!, han declarado en el juicio que ese edificio nunca estuvo ocupado por nosotros, que ningún enfermo fue muerto o herido y que solo hubo allí una baja, correspondiente a un empleado sanitario que se asomó imprudentemente por una ventana.

Cuando un jefe de Estado o quien pretende serlo hace declaraciones al país, no habla por hablar: alberga siempre algún propósito, persigue siempre un efecto, lo anima siempre una intención. Si ya nosotros habíamos sido militarmente vencidos, si ya no significábamos un peligro real para la dictadura, ¿por qué se nos calumniaba de ese modo? Si no está claro que era un discurso sangriento, si no es evidente que se pretendía justificar los crímenes que se estaban cometiendo desde la noche anterior y que se irían a cometer después, que hablen por mí los números: el 27 de julio, en su discurso desde el polígono militar, Batista dijo que los atacantes habíamos tenido 32 muertos; al finalizar la semana los muertos ascendían a más de 80. ¿En qué batallas, en qué lugares, en qué combates murieron esos jóvenes? Antes de hablar Batista se habían asesinado más de 25 prisioneros; después que habló Batista se asesinaron 50.

¡Qué sentido del honor tan grande el de esos militares modestos, técnicos y profesionales del Ejército, que al comparecer ante el tribunal no desfiguraron los hechos y emitieron sus informes ajustándose a la estricta verdad! ¡Esos sí son militares que honran el uniforme, esos sí son hombres! Ni el militar verdadero ni el verdadero hombre es capaz de manchar su vida con la mentira o el crimen. Yo sé que están terriblemente indignados con los bárbaros asesinatos que se cometieron, yo sé que sienten con repugnancia y vergüenza el olor a sangre homicida que impregna hasta la última piedra del Cuartel Moncada.

Emplazo al dictador a que repita ahora, si puede, sus ruines calumnias por encima del testimonio de esos honorables militares, lo emplazo a que justifique ante el pueblo de Cuba su discurso del 27 de julio, ¡que no se calle, que hable!, que diga quiénes son los asesinos, los despiadados, los inhumanos, que diga si la Cruz de Honor que fue a ponerles en el pecho a los héroes de la masacre era para premiar los crímenes repugnantes que se cometieron; que asuma desde ahora la responsabilidad ante la historia y no pretenda decir después que fueron los soldados sin órdenes suyas, que explique a la nación los 70 asesinatos; ¡fue mucha la sangre! La nación necesita una explicación, la nación lo demanda, la nación lo exige.

Se sabía que en 1933, al finalizar el combate del Hotel Nacional, algunos oficiales fueron asesinados después de rendirse, lo cual motivó una enérgica protesta de la revista *Bohemia*; se sabía también que después de capitulado el fuerte de Atarés las ametralladoras de los sitiadores barrieron una fila de

prisioneros y que un soldado, preguntando quién era Blas Hernández, lo asesinó disparándole un tiro en pleno rostro, soldado que en premio de su cobarde acción fue ascendido a oficial. Era conocido que el asesinato de prisioneros está fatalmente unido en la historia de Cuba al nombre de Batista. ¡Torpe ingenuidad nuestra que no lo comprendimos claramente! Sin embargo, en aquellas ocasiones los hechos ocurrieron en cuestión de minutos, no más que lo de una ráfaga de ametralladoras cuando los ánimos estaban todavía exaltados, aunque nunca tendrá justificación semejante proceder.

No fue así en Santiago de Cuba. Aquí todas las formas de crueldad, ensañamiento y barbarie fueron sobrepasadas. No se mató durante un minuto, una hora o un día entero, sino que en una semana completa, los golpes, las torturas, los lanzamientos de azotea y los disparos no cesaron un instante como instrumentos de exterminio manejados por artesanos perfectos del crimen. El Cuartel Moncada se convirtió en un taller de tortura y de muerte, y unos hombres indignos convirtieron el uniforme militar en delantales de carniceros. Los muros se salpicaron de sangre; en las paredes las balas quedaron incrustadas con fragmentos de piel, sesos y cabellos humanos, chamusqueados por los disparos a boca de jarro, y el césped se cubrió de oscura y pegajosa sangre. Las manos criminales que rigen los destinos de Cuba habían escrito para los prisioneros a la entrada de aquel antro de muerte, la inscripción del infierno: «Dejad toda esperanza».

No cubrieron ni siquiera las apariencias, no se preocuparon lo más mínimo por disimular lo que estaban haciendo: creían haber engañado al pueblo con sus mentiras y ellos mismos terminaron engañándose. Se sintieron amos y señores del universo, dueños absolutos de la vida y la muerte humana. Así, el susto de la madrugada lo disiparon en un festín de cadáveres, en una verdadera borrachera de sangre.

Las crónicas de nuestra historia, que arrancan cuatro siglos y medio atrás, nos cuentan muchos hechos de crueldad, desde las matanzas de indios indefensos, las atrocidades de los piratas que asolaban las costas, las barbaridades de los guerrilleros en la lucha de la independencia, los fusilamientos de prisioneros cubanos por el ejército de Weyler, los horrores del machadato, hasta los crímenes de marzo del 35; pero con ninguno se escribió una página sangrienta tan triste y sombría, por el número de víctimas y por la crueldad de sus victimarios, como en Santiago de Cuba. Solo un hombre en todos esos siglos ha manchado de sangre dos épocas distintas de nuestra

existencia histórica y ha clavado sus garras en la carne de dos generaciones de cubanos. Y para derramar este río de sangre sin precedentes esperó que estuviésemos en el Centenario del Apóstol y acabada de cumplir 50 años la República que tantas vidas costó para la libertad, el respeto y la felicidad de todos los cubanos. Más grande todavía es el crimen y más condenable, porque pesa sobre un hombre que había gobernado ya como amo durante 11 largos años este pueblo que por tradición y sentimiento ama la libertad y repudia el crimen con toda su alma, un hombre que no ha sido, además, ni leal, ni sincero, ni honrado, ni caballero un solo minuto de su vida pública.

No fue suficiente la traición de enero de 1934, los crímenes de marzo de 1935, y los 40 millones de fortuna que coronaron la primera etapa; era necesaria la traición de marzo de 1952, los crímenes de julio de 1953 y los millones que solo el tiempo dirá. Dante dividió su infierno en nueve círculos: puso en el séptimo a los criminales, puso en el octavo a los ladrones y puso en el noveno a los traidores. ¡Duro dilema el que tendrían los demonios para buscar un sitio adecuado al alma de este hombre... si este hombre tuviera alma! Quien alentó los hechos atroces de Santiago de Cuba, no tiene entrañas siquiera.

Conozco muchos detalles de la forma en que se realizaron esos crímenes por boca de algunos militares que, llenos de vergüenza, me refirieron las escenas de que habían sido testigos.

Terminado el combate se lanzaron como fieras enfurecidas sobre la ciudad de Santiago de Cuba y contra la población indefensa saciaron las primeras iras. En plena calle y muy lejos del lugar donde fue la lucha le atravesaron el pecho de un balazo a un niño inocente que jugaba junto a la puerta de su casa, y cuando el padre se acercó para recogerlo, le atravesaron la frente con otro balazo. Al «Niño» Cala, que iba para su casa con un cartucho de pan en las manos, lo balacearon sin mediar palabra. Sería interminable referir los crímenes y atropellos que se cometieron contra la población civil. Y si de esta forma actuaron con los que no habían participado en la acción, ya puede suponerse la horrible suerte que corrieron los prisioneros participantes o que ellos creían que habían participado: porque así como en esta causa involucraron a muchas personas ajenas por completo a los hechos, así también mataron a muchos de los prisioneros detenidos que no tenían nada que ver con el ataque; estos no están incluidos en las cifras de víctimas que han

dado, las cuales se refieren exclusivamente a los hombres nuestros. Algún día se sabrá el número total de inmolados.

El primer prisionero asesinado fue nuestro médico, el doctor Mario Muñoz, que no llevaba armas ni uniforme y vestía su bata de galeno, un hombre generoso y competente que hubiera atendido con la misma devoción tanto al adversario como al amigo herido. En el camino del Hospital Civil al cuartel le dieron un tiro por la espalda y allí lo dejaron tendido boca abajo en un charco de sangre. Pero la matanza en masa de prisioneros no comenzó hasta pasadas las 3:00 de la tarde. Hasta esa hora esperaron órdenes. Llegó entonces de La Habana el general Martín Díaz Tamayo, quien trajo instrucciones concretas salidas de una reunión donde se encontraban Batista, el jefe del Ejército, el jefe del SIM, el propio Díaz Tamayo y otros. Dijo que «era una vergüenza y un deshonor para el Ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes y que había que matar diez prisioneros por cada soldado muerto». ¡Esta fue la orden!

En todo grupo humano hay hombres de bajos instintos, criminales natos, bestias portadoras de todos los atavismos ancestrales revestidas de forma humana, monstruos refrenados por la disciplina y el hábito social, pero que si se les da a beber sangre en un río no cesarán hasta que lo hayan secado. Lo que estos hombres necesitaban precisamente era esa orden. En sus manos pereció lo mejor de Cuba: lo más valiente, lo más honrado, lo más idealista. El tirano los llamó mercenarios, y allí estaban ellos muriendo como héroes en manos de hombres que cobran un sueldo de la República y que con las armas que ella les entregó para que la defendieran sirven los intereses de una pandilla y asesinan a los mejores ciudadanos.

En medio de las torturas les ofrecían la vida si traicionando su posición ideológica se prestaban a declarar falsamente que Prío les había dado el dinero, y como ellos rechazaban indignados la proposición, continuaban torturándolos horriblemente. Les trituraron los testículos y les arrancaron los ojos, pero ninguno claudicó, ni se oyó un lamento ni una súplica: aun cuando los habían privado de sus órganos viriles, seguían siendo mil veces más hombres que todos sus verdugos juntos. Las fotografías no mienten y esos cadáveres aparecen destrozados. Ensayaron otros medios; no podían con el valor de los hombres y probaron el valor de las mujeres. Con un ojo humano ensangrentado en las manos se presentaron un sargento y varios hombres en el calabozo donde se encontraban las compañeras Melba

Hernández y Haydee Santamaría, y dirigiéndose a la última, mostrándole el ojo, le dijeron: «Este es de tu hermano, si tú no dices lo que él no quiso decir, le arrancaremos el otro». Ella, que quería a su valiente hermano por encima de todas las cosas, les contestó llena de dignidad: «Si ustedes le arrancaron un ojo y él no lo dijo, mucho menos lo diré yo». Más tarde volvieron y las quemaron en los brazos con colillas encendidas, hasta que por último, llenos de despecho, le dijeron nuevamente a la joven Haydee Santamaría: «Ya no tienes novio porque te lo hemos matado también». Y ella les contestó imperturbable otra vez: «Él no está muerto, porque morir por la patria es vivir». Nunca fue puesto en un lugar tan alto de heroísmo y dignidad el nombre de la mujer cubana.

No respetaron ni siquiera a los heridos en el combate que estaban recluidos en distintos hospitales de la ciudad, adonde los fueron a buscar como buitres que siguen la presa. En el Centro Gallego penetraron hasta el salón de operaciones en el instante mismo que recibían transfusión de sangre dos heridos graves; los arrancaron de las mesas y como no podían estar en pie, los llevaron arrastrando hasta la planta baja donde llegaron cadáveres.

No pudieron hacer lo mismo en la Colonia Española, donde estaban recluidos los compañeros Gustavo Arcos y José Ponce, porque se los impidió valientemente el doctor Posada diciéndoles que tendrían que pasar sobre su cadáver.

A Pedro Miret, Abelardo Crespo y Fidel Labrador les inyectaron aire y alcanfor en las venas para matarlos en el Hospital Militar. Deben sus vidas al capitán Tamayo, médico del Ejército y verdadero militar de honor, que a punta de pistola se los arrebató a los verdugos y los trasladó al Hospital Civil. Estos cinco jóvenes fueron los únicos heridos que pudieron sobrevivir.

Por las madrugadas eran sacados del campamento grupos de hombres y trasladados en automóviles a Siboney, La Maya, Songo y otros lugares, donde se les bajaba atados y amordazados, ya deformados por las torturas, para matarlos en parajes solitarios. Después los hacían constar como muertos en combate con el Ejército. Esto lo hicieron durante varios días y muy pocos prisioneros de los que iban siendo detenidos sobrevivieron. A muchos los obligaban antes a cavar su propia sepultura. Uno de los jóvenes, cuando realizaba aquella operación, se volvió y marcó en el rostro con la pica a uno de los asesinos. A otros, inclusive, los enterraron vivos con las manos atadas

a la espalda. Muchos lugares solitarios sirven de cementerio a los valientes. Solamente en el campo de tiro del Ejército hay cinco enterrados. Algún día serán desenterrados y llevados en hombros del pueblo hasta el monumento que, junto a la tumba de Martí, la patria libre habrá de levantarles a los «Mártires del Centenario».

El último joven que asesinaron en la zona de Santiago de Cuba fue Marcos Martí. Lo habían detenido en una cueva de Siboney el jueves 30 por la mañana junto con el compañero Ciro Redondo. Cuando los llevaban caminando por la carretera con los brazos en alto, le dispararon al primero un tiro por la espalda y ya en el suelo lo remataron con varias descargas más. Al segundo lo condujeron hasta el campamento; cuando lo vio el comandante Pérez Chaumont exclamó: «¡Y a este para qué me lo han traído!» El tribunal pudo escuchar la narración del hecho por boca de este joven que sobrevivió gracias a lo que Pérez Chaumont llamó «una estupidez de los soldados».

La consigna era general en toda la provincia. Diez días después del 26, un periódico de esta ciudad publicó la noticia de que, en la carretera de Manzanillo a Bayamo, habían aparecido dos jóvenes ahorcados. Más tarde se supo que eran los cadáveres de Hugo Camejo y Pedro Véliz. Allí también ocurrió algo extraordinario; las víctimas eran tres; los habían sacado del cuartel de Manzanillo a las 2:00 de la madrugada; en un punto de la carretera los bajaron y después de golpearlos hasta hacerles perder el sentido, los estrangularon con una soga. Pero cuando ya los habían dejado por muertos, uno de ellos, Andrés García, recobró el sentido, buscó refugio en casa de un campesino y gracias a ello también el tribunal pudo conocer con todo lujo de detalles el crimen. Este joven fue el único sobreviviente de todos los prisioneros que se hicieron en la zona de Bayamo.

Cerca del río Cauto, en un lugar conocido por Barrancas, yacen en el fondo de un pozo ciego los cadáveres de Raúl de Aguiar, Armando Valle y Andrés Valdés, asesinados a medianoche en el camino de Alto Cedro a Palma Soriano por el sargento Montes de Oca, jefe de puesto del cuartel de Miranda, el cabo Maceo y el teniente jefe de Alto Cedro, donde aquellos fueron detenidos.

En los anales del crimen merece mención de honor el sargento Eulalio González, del Cuartel Moncada, apodado *El Tigre*. Este hombre no tenía después el menor empacho para jactarse de sus tristes hazañas. Fue él quien con sus propias manos asesinó a nuestro compañero Abel Santamaría. Pero

no estaba satisfecho. Un día en que volvía de la prisión de Boniato, en cuyos patios sostiene una cría de gallos finos, montó el mismo ómnibus donde viajaba la madre de Abel. Cuando aquel monstruo comprendió de quién se trataba, comenzó a referir en alta voz sus proezas y dijo bien alto para que lo oyera la señora vestida de luto: «Pues yo sí saqué muchos ojos y pienso seguirlos sacando». Los sollozos de aquella madre ante la afrenta cobarde que le infería el propio asesino de su hijo, expresan mejor que ninguna palabra el oprobio moral sin precedentes que está sufriendo nuestra patria. A esas mismas madres, cuando iban al Cuartel Moncada preguntando por sus hijos, con cinismo inaudito les contestaban: «¡Cómo no, señora!, vaya a verlo al hotel Santa Ifigenia donde se lo hemos hospedado». ¡O Cuba no es Cuba, o los responsables de estos hechos tendrán que sufrir un escarmiento terrible! Hombres desalmados que insultaban groseramente al pueblo cuando se quitaban los sombreros al paso de los cadáveres de los revolucionarios.

Tantas fueron las víctimas que todavía el gobierno no se ha atrevido a dar las listas completas; saben que las cifras no guardan proporción alguna. Ellos tienen los nombres de todos los muertos porque antes de asesinar a los prisioneros les tomaban las generales. Todo ese largo trámite de identificación a través del Gabinete Nacional fue pura pantomima; y hay familias que no saben todavía la suerte de sus hijos. Si ya han pasado casi tres meses, ¿por qué no se dice la última palabra?

Quiero hacer constar que a los cadáveres se les registraron los bolsillos buscando hasta el último centavo y se les despojó de las prendas personales, anillos y relojes, que hoy están usando descaradamente los asesinos.

Gran parte de lo que acabo de referir ya lo sabíais vosotros, señores magistrados, por las declaraciones de mis compañeros. Pero véase cómo no han permitido venir a este juicio a muchos testigos comprometedores y que en cambio asistieron a las sesiones del otro juicio. Faltaron, por ejemplo, todas las enfermeras del Hospital Civil, pese a que están aquí al lado nuestro, trabajando en el mismo edificio donde se celebra esta sesión; no las dejaron comparecer para que no pudieran afirmar ante el tribunal, contestando a mis preguntas, que aquí fueron detenidos veinte hombres vivos, además del doctor Mario Muñoz. Ellos temían que del interrogatorio a los testigos yo pudiese hacer deducir por escrito testimonios muy peligrosos.

Pero vino el comandante Pérez Chaumont y no pudo escapar. Lo que ocurrió con este héroe de batallas contra hombres sin armas y maniatados,

da idea de lo que hubiera pasado en el Palacio de Justicia si no me hubiesen secuestrado del proceso. Le pregunté cuántos hombres nuestros habían muerto en sus célebres combates de Siboney. Titubeó. Le insistí, y me dijo por fin que 21. Como yo sé que esos combates no ocurrieron nunca, le pregunté cuántos heridos habíamos tenido. Me contestó que ninguno: todos eran muertos. Por eso, asombrado, le repuse que si el Ejército estaba usando armas atómicas. Claro que donde hay asesinados a boca de jarro no hay heridos. Le pregunté después cuántas bajas había tenido el Ejército. Me contestó que dos heridos. Le pregunté por último que si alguno de esos heridos había muerto, y me dijo que no. Esperé. Desfilaron más tarde todos los heridos del Ejército y resultó que ninguno lo había sido en Siboney. Ese mismo comandante Pérez Chaumont, que apenas se ruborizaba de haber asesinado veintiún jóvenes indefensos, ha construido en la playa de Ciudamar un palacio que vale más de cien mil pesos. Sus ahorritos en solo unos meses de marzato. ¡Y si eso ha ahorrado el comandante, cuánto habrán ahorrado los generales!

Señores magistrados: ¿Dónde están nuestros compañeros detenidos los días 26, 27, 28 y 29 de julio, que se sabe pasaban de sesenta en la zona de Santiago de Cuba? Solamente tres y las dos muchachas han comparecido; los demás sancionados fueron todos detenidos más tarde. ¿Dónde están nuestros compañeros heridos? Solamente cinco han aparecido: al resto lo asesinaron también. Las cifras son irrebatibles. Por aquí, en cambio, han desfilado veinte militares que fueron prisioneros nuestros y que según sus propias palabras no recibieron ni una ofensa. Por aquí han desfilado treinta heridos del Ejército, muchos de ellos en combates callejeros, y ninguno fue rematado. Si el Ejército tuvo 19 muertos y 30 heridos, ¿cómo es posible que nosotros hayamos tenido 80 muertos y cinco heridos? ¿Quién vio nunca combates de 21 muertos y ningún herido como los famosos de Pérez Chaumont?

Ahí están las cifras de bajas en los recios combates de la Columna Invasora en la guerra del 95, tanto aquellos en que salieron victoriosas como en los que fueron vencidas las armas cubanas: combate de Los Indios, en Las Villas: doce heridos, ningún muerto; combate de Mal Tiempo: cuatro muertos, veintitrés heridos; combate de Calimete: 16 muertos, 64 heridos; combate de La Palma: 39 muertos, 88 heridos; combate de Cacarajícara: cinco muertos, 13 heridos; combate del Descanso: cuatro muertos, 45 heridos;

combate de San Gabriel del Lombillo: dos muertos, 18 heridos... en todos absolutamente el número de heridos es dos veces, tres veces y hasta diez veces mayor que el de muertos. No existían entonces los modernos adelantos de la ciencia médica que disminuyen la proporción de muertos. ¿Cómo puede explicarse la fabulosa proporción de 16 muertos por un herido, si no es rematando a estos en los mismos hospitales y asesinando después a los indefensos prisioneros? Estos números hablan sin réplica posible.

«Es una vergüenza y un deshonor para el Ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes; hay que matar diez prisioneros por cada soldado muerto...» Ese es el concepto que tienen del honor los cabos furrieles ascendidos a generales el 10 de marzo, y ese es el honor que le quieren imponer al Ejército nacional. Honor falso, honor fingido, honor de apariencia que se basa en la mentira, la hipocresía y el crimen; asesinos que amasan con sangre una careta de honor. ¿Quién les dijo que morir peleando es un deshonor? ¿Quién les dijo que el honor de un Ejército consiste en asesinar heridos y prisioneros de guerra?

En las guerras los ejércitos que asesinan a los prisioneros se han ganado siempre el desprecio y la execración del mundo. Tamaña cobardía no tiene justificación ni aun tratándose de enemigos de la patria invadiendo el territorio nacional. Como escribió un libertador de la América del Sur, «ni la más estricta obediencia militar puede cambiar la espada del soldado en cuchilla de verdugo». El militar de honor no asesina al prisionero indefenso después del combate, sino que lo respeta; no remata al herido, sino que lo ayuda; impide el crimen y si no puede impedirlo hace como aquel capitán español que al sentir los disparos con que fusilaban a los estudiantes quebró indignado su espada y renunció a seguir sirviendo a aquel ejército.

Los que asesinaron a los prisioneros no se comportaron como dignos compañeros de los que murieron. Yo vi muchos soldados combatir con magnífico valor, como aquellos de la patrulla que dispararon contra nosotros sus ametralladoras en un combate casi cuerpo a cuerpo o aquel sargento que desafiando la muerte se apoderó de la alarma para movilizar el campamento. Unos están vivos, me alegro; otros están muertos: creyeron que cumplían con un deber y eso los hace para mí dignos de admiración y respeto; solo siento que hombres valerosos caigan defendiendo una mala causa. Cuando Cuba sea libre, debe respetar, amparar y ayudar también a las mujeres y los hijos de los valientes que cayeron frente a nosotros. Ellos son inocentes

de las desgracias de Cuba, ellos son otras tantas víctimas de esta nefasta situación.

Pero el honor que ganaron los soldados para las armas muriendo en combate lo mancillaron los generales mándando asesinar prisioneros después del combate. Hombres que se hicieron generales de la madrugada al amanecer sin haber disparado un tiro, que compraron sus estrellas con alta traición a la República, que mandan a asesinar los prisioneros de un combate en que no participaron: esos son los generales del 10 de marzo, generales que no habrían servido ni para arrear las mulas que cargaban la impedimenta del Ejército de Antonio Maceo.

Si el Ejército tuvo tres veces más bajas que nosotros fue porque nuestros hombres estaban magníficamente entrenados, como ellos mismos dijeron, y porque se habían tomado medidas tácticas adecuadas como ellos mismos reconocieron. Si el Ejército no hizo un papel más brillante, si fue totalmente sorprendido pese a los millones que se gasta el SIM en espionaje, si sus granadas de mano no explotaron porque estaban viejas, se debe a que tiene generales como Martín Díaz Tamayo y coroneles como Ugalde Carrillo y Alberto del Río Chaviano. No fueron 17 traidores metidos en las filas del Ejército como el 10 de marzo, sino 175 hombres que atravesaron la Isla de un extremo a otro para afrontar la muerte a cara descubierta. Si esos jefes hubieran tenido honor militar habrían renunciado a sus cargos en vez de lavar su vergüenza y su incapacidad personal en la sangre de los prisioneros.

Matar prisioneros indefensos y después decir que fueron muertos en combate, esa es toda la capacidad militar de los generales del 10 de marzo. Así actuaban en los años más crueles de nuestra guerra de independencia los peores matones de Valeriano Weyler. *Las Crónicas de la guerra* nos narran el siguiente pasaje:

> El día 23 de febrero entró en Punta Brava el oficial Baldomero Acosta con alguna caballería, al tiempo que, por el camino opuesto, acudía un pelotón del regimiento Pizarro al mando de un sargento, allí conocido por Barriguilla. Los insurrectos cambiaron algunos tiros con la gente de Pizarro, y se retiraron por el camino que une a Punta Brava con el caserío de Guatao. A los cincuenta hombres de Pizarro seguía una compañía de voluntarios de Marianao y otra del cuerpo de Orden público, al mando del capitán Calvo. [...] Siguieron marcha hacia Guatao, y al penetrar la vanguardia en el caserío se inició la matanza contra el vecindario pacífico;

> asesinaron a doce habitantes del lugar. [...] Con la mayor celeridad la columna que mandaba el capitán Calvo, echó mano a todos los vecinos que corrían por el pueblo, y amarrándolos fuertemente en calidad de prisioneros de guerra, los hizo marchar para La Habana. [...] No saciados aún con los atropellos cometidos en las afueras de Guatao, llevaron a remate otra bárbara ejecución que ocasionó la muerte a uno de los presos y terribles heridas a los demás. El marqués de Cervera, militar palatino y follón, comunicó a Weyler la costosísima victoria obtenida por las armas españolas; pero el comandante Zugasti, hombre de pundonor, denunció al gobierno lo sucedido, y calificó de asesinatos de vecinos pacíficos las muertes perpetradas por el facineroso capitán Calvo y el sargento Barriguilla.

La intervención de Weyler en este horrible suceso y su alborozo al conocer los pormenores de la matanza, se descubre de un modo palpable en el despacho oficial que dirigió al ministro de la Guerra a raíz de la cruenta inmolación.

> Pequeña columna organizada por comandante militar Marianao con fuerzas de la guarnición, voluntarios y bomberos a las órdenes del capitán Calvo de Orden público, batió, destrozándolas, partidas de Villanueva y Baldomero Acosta cerca de Punta Brava (Guatao), causándoles veinte muertos, que entregó, para su enterramiento al alcalde Guatao, haciéndoles quince prisioneros, entre ellos un herido [...] y suponiendo llevan muchos heridos; nosotros tuvimos un herido grave, varios leves y contusos.
> Weyler.

¿En qué se diferencia este parte de guerra de Weyler de los partes del coronel Chaviano dando cuenta de las victorias del comandante Pérez Chaumont? Solo en que Weyler comunicó veinte muertos y Chaviano comunicó veintiuno; Weyler menciona un soldado herido en sus filas, Chaviano menciona dos; Weyler habla de un herido y quince prisioneros en el campo enemigo, Chaviano no habla de heridos ni prisioneros.

Igual que admiré el valor de los soldados que supieron morir, admiro y reconozco que muchos militares se portaron dignamente y no se mancharon las manos en aquella orgía de sangre. No pocos prisioneros que sobrevivieron les deben la vida a la actitud honorable de militares como el teniente Sarría, el teniente Camps, el capitán Tamayo y otros que custodiaron caba-

llerosamente a los detenidos. Si hombres como esos no hubiesen salvado en parte el honor de las Fuerzas Armadas, hoy sería más honroso llevar arriba un trapo de cocina que un uniforme.

Para mis compañeros muertos no clamo venganza. Como sus vidas no tenían precio, no podrían pagarlas con las suyas todos los criminales juntos. No es con sangre como pueden pagarse las vidas de los jóvenes que mueren por el bien de un pueblo; la felicidad de ese pueblo es el único precio digno que puede pagarse por ellas.

Mis compañeros, además, no están ni olvidados ni muertos; viven hoy más que nunca y sus matadores han de ver aterrorizados cómo surge de sus cadáveres heroicos el espectro victorioso de sus ideas. Que hable por mí el Apóstol:

> Hay un límite al llanto sobre las sepulturas de los muertos, y es el amor infinito a la patria y a la gloria que se jura sobre sus cuerpos, y que no teme ni se abate ni se debilita jamás; porque los cuerpos de los mártires son el altar más hermoso de la honra.
>
> […] Cuando se muere
> En brazos de la patria agradecida,
> La muerte acaba, la prisión se rompe;
> ¡Empieza, al fin, con el morir, la vida!

Hasta aquí me he concretado casi exclusivamente a los hechos. Como no olvido que estoy delante de un tribunal de justicia que me juzga, demostraré ahora que únicamente de nuestra parte está el derecho y que la sanción impuesta a mis compañeros y la que se pretende imponerme no tiene justificación ante la razón, ante la sociedad y ante la verdadera justicia.

Quiero ser personalmente respetuoso con los señores magistrados y os agradezco que no veáis en la rudeza de mis verdades ninguna animadversión contra vosotros. Mis razonamientos van encaminados solo a demostrar lo falso y erróneo de la posición adoptada en la presente situación por todo el Poder Judicial, del cual cada tribunal no es más que una simple pieza obligada a marchar, hasta cierto punto, por el mismo sendero que traza la máquina, sin que ello justifique, desde luego, a ningún hombre a actuar contra sus principios. Sé perfectamente que la máxima responsabilidad le cabe a la alta oligarquía que sin un gesto digno se plegó servilmente a los dictados

del usurpador traicionando a la nación y renunciando a la independencia del Poder Judicial. Excepciones honrosas han tratado de remendar el maltrecho honor con votos particulares, pero el gesto de la exigua minoría apenas ha trascendido, ahogado por actitudes de mayorías sumisas y ovejunas. Este fatalismo, sin embargo, no me impedirá exponer la razón que me asiste. Si el traerme ante este tribunal no es más que pura comedia para darle apariencia de legalidad y justicia a lo arbitrario, estoy dispuesto a rasgar con mano firme el velo infame que cubre tanta desvergüenza. Resulta curioso que los mismos que me traen ante vosotros para que se me juzgue y condene no han acatado una sola orden de este tribunal.

Si este juicio, como habéis dicho, es el más importante que se ha ventilado ante un tribunal desde que se instauró la República, lo que yo diga aquí quizás se pierda en la conjura de silencio que me ha querido imponer la dictadura, pero sobre lo que vosotros hagáis, la posteridad volverá muchas veces los ojos. Pensad que ahora estáis juzgando a un acusado, pero vosotros, a su vez, seréis juzgados no una vez, sino muchas, cuantas veces el presente sea sometido a la crítica demoledora del futuro. Entonces lo que yo diga aquí se repetirá muchas veces, no porque se haya escuchado de mi boca, sino porque el problema de la justicia es eterno, y por encima de las opiniones de los jurisconsultos y teóricos, el pueblo tiene de ella un profundo sentido. Los pueblos poseen una lógica sencilla pero implacable, reñida con todo lo absurdo y contradictorio, y si alguno, además, aborrece con toda su alma el privilegio y la desigualdad, ese es el pueblo cubano. Sabe que la justicia se representa con una doncella, una balanza y una espada. Si la ve postrarse cobarde ante unos y blandir furiosamente el arma sobre otros, se la imaginará entonces como una mujer prostituida esgrimiendo un puñal. Mi lógica, es la lógica sencilla del pueblo.

Os voy a referir una historia. Había una vez una República. Tenía su Constitución, sus leyes, sus libertades; presidente, Congreso, tribunales; todo el mundo podía reunirse, asociarse, hablar y escribir con entera libertad. El gobierno no satisfacía al pueblo, pero el pueblo podía cambiarlo y ya solo faltaban unos días para hacerlo. Existía una opinión pública respetada y acatada y todos los problemas de interés colectivo eran discutidos libremente. Había partidos políticos, horas doctrinales de radio, programas polémicos de televisión, actos públicos, y en el pueblo palpitaba el entusiasmo. Este pueblo había sufrido mucho y si no era feliz, deseaba serlo y tenía

derecho a ello. Lo habían engañado muchas veces y miraba el pasado con verdadero terror. Creía ciegamente que este no podría volver; estaba orgulloso de su amor a la libertad y vivía engreído de que ella sería respetada como cosa sagrada; sentía una noble confianza en la seguridad de que nadie se atrevería a cometer el crimen de atentar contra sus instituciones democráticas. Deseaba un cambio, una mejora, un avance, y lo veía cerca. Toda su esperanza estaba en el futuro.

¡Pobre pueblo! Una mañana la ciudadanía se despertó estremecida; a las sombras de la noche los espectros del pasado se habían conjurado mientras ella dormía, y ahora la tenían agarrada por las manos, por los pies y por el cuello. Aquellas garras eran conocidas, aquellas fauces, aquellas guadañas de muerte, aquellas botas. No; no era una pesadilla; se trataba de la triste y terrible realidad: un hombre llamado Fulgencio Batista acababa de cometer el horrible crimen que nadie esperaba.

Ocurrió entonces que un humilde ciudadano de aquel pueblo, que quería creer en las leyes de la República y en la integridad de sus magistrados a quienes había visto ensañarse muchas veces contra los infelices, buscó un Código de Defensa Social para ver qué castigos prescribía la sociedad para el autor de semejante hecho, y encontró lo siguiente:

> Incurrirá en una sanción de privación de libertad de seis a diez años el que ejecutare cualquier hecho encaminado directamente a cambiar en todo o en parte, por medio de la violencia, la Constitución del Estado o la forma de gobierno establecida.
>
> Se impondrá una sanción de privación de libertad de tres a diez años al autor de un hecho dirigido a promover un alzamiento de gentes armadas contra los Poderes Constitucionales del Estado. La sanción será de privación de libertad de cinco a veinte años si se llevare a efecto la insurrección.
>
> El que ejecutare un hecho con el fin determinado de impedir, en todo o en parte, aunque fuere temporalmente al Senado, a la Cámara de Representantes, al presidente de la República o al Tribunal Supremo de Justicia, el ejercicio de sus funciones constitucionales, incurrirá en una sanción de privación de libertad de seis a diez años.
>
> El que tratare de impedir o estorbar la celebración de elecciones generales, [...] incurrirá en una sanción de privación de libertad de cuatro a ocho años.

> El que introdujere, publicare, propagare o tratare de hacer cumplir en Cuba, despacho, orden o decreto que tienda [...] a provocar la inobservancia de las leyes vigentes, incurrirá en una sancion de privación de libertad de dos a seis años.
>
> El que sin facultad legal para ello ni orden del Gobierno, tomare el mando de tropas, plazas, fortalezas, puestos militares, poblaciones o barcos o aeronaves de guerra incurrirá en una sanción de privación de libertad de cinco a diez años.
>
> Igual sanción se impondrá al que usurpare el ejercicio de una función atribuida por la Constitución como propia de alguno de los Poderes del Estado.

Sin decir una palabra a nadie, con el Código en una mano y los papeles en otra, el mencionado ciudadano se presentó en el viejo caserón de la capital donde funcionaba el tribunal competente, que estaba en la obligación de promover causa y castigar a los responsables de aquel hecho, y presentó un escrito denunciando los delitos y pidiendo para Fulgencio Batista y sus diecisiete cómplices la sanción de 108 años de cárcel como ordenaba imponerle el Código de Defensa Social con todas las agravantes de reincidencia, alevosía y nocturnidad.

Pasaron los días y pasaron los meses. ¡Qué decepción! El acusado no era molestado, se paseaba por la República como un amo, lo llamaban honorable señor y general, quitó y puso magistrados, y nada menos que el día de la apertura de los tribunales se vio al reo sentado en el lugar de honor, entre los augustos y venerables patriarcas de nuestra justicia.

Pasaron otra vez los días y los meses. El pueblo se cansó de abusos y de burlas. ¡Los pueblos se cansan! Vino la lucha, y entonces aquel hombre que estaba fuera de la ley, que había ocupado el poder por la violencia, contra la voluntad del pueblo y agrediendo el orden legal, torturó, asesinó, encarceló y acusó ante los tribunales a los que habían ido a luchar por la ley y devolverle al pueblo su libertad.

Señores magistrados: Yo soy aquel ciudadano humilde que un día se presentó inútilmente ante los tribunales para pedirles que castigaran a los ambiciosos que violaron las leyes e hicieron trizas nuestras instituciones, y ahora, cuando es a mí a quien se acusa de querer derrocar este régimen ilegal y restablecer la Constitución legítima de la República, se me tiene setenta y seis días incomunicado en una celda, sin hablar con nadie ni ver siquiera a

mi hijo; se me conduce por la ciudad entre dos ametralladoras de trípode, se me traslada a este hospital para juzgarme secretamente con toda severidad y un fiscal con el Código en la mano, muy solemnemente, pide para mí 26 años de cárcel.

Me diréis que aquella vez los magistrados de la República no actuaron porque se lo impedía la fuerza; entonces, confesadlo: esta vez también la fuerza os obligará a condenarme. La primera no pudisteis castigar al culpable; la segunda, tendréis que castigar al inocente. La doncella de la justicia, dos veces violada por la fuerza.

¡Y cuánta charlatanería para justificar lo injustificable, explicar lo inexplicable y conciliar lo inconciliable! Hasta que han dado por fin en afirmar, como suprema razón, que el hecho crea el derecho. Es decir que el hecho de haber lanzado los tanques y los soldados a la calle, apoderándose del Palacio Presidencial, la Tesorería de la República y los demás edificios oficiales, y apuntar con las armas al corazón del pueblo, crea el derecho a gobernarlo. El mismo argumento pudieron utilizar los nazis que ocuparon las naciones de Europa e instalaron en ellas gobiernos de títeres.

Admito y creo que la revolución sea fuente de derecho; pero no podrá llamarse jamás revolución al asalto nocturno a mano armada del 10 de marzo. En el lenguaje vulgar, como dijo José Ingenieros, suele darse el nombre de revolución a los pequeños desórdenes que un grupo de insatisfechos promueve para quitar a los hartos sus prebendas políticas o sus ventajas económicas, resolviéndose generalmente en cambios de unos hombres por otros, en un reparto nuevo de empleos y beneficios. Ese no es el criterio del filósofo de la historia, no puede ser el del hombre de estudio.

No ya en el sentido de cambios profundos en el organismo social, ni siquiera en la superficie del pantano público se vio mover una ola que agitase la podredumbre reinante. Si en el régimen anterior había politiquería, robo, pillaje y falta de respeto a la vida humana, el régimen actual ha multiplicado por cinco la politiquería, ha multiplicado por diez el pillaje y ha multiplicado por cien la falta de respeto a la vida humana.

Se sabía que Barriguilla había robado y había asesinado, que era millonario, que tenía en la capital muchos edificios de apartamentos, acciones numerosas en compañías extranjeras, cuentas fabulosas en bancos norteamericanos, que repartió bienes gananciales por dieciocho millones de pesos, que se hospedaba en el más lujoso hotel de los millonarios yanquis,

pero lo que nunca podrá creer nadie es que Barriguilla fuera revolucionario. Barriguilla es el sargento de Weyler que asesinó doce cubanos en el Guatao... En Santiago de Cuba fueron 70. *De te fabula narratur*.

Cuatro partidos políticos gobernaban el país antes del 10 de marzo: Auténtico, Liberal, Demócrata y Republicano. A los dos días del golpe se adhirió el Republicano; no había pasado un año todavía y ya el Liberal y el Demócrata estaban otra vez en el poder, Batista no restablecía la Constitución, no restablecía las libertades públicas, no restablecía el Congreso, no restablecía el voto directo, no restablecía en fin ninguna de las instituciones democráticas arrancadas al país, pero restablecía a Verdeja, Guas Inclán, Salvito García Ramos, Anaya Murillo, y con los altos jerarcas de los partidos tradicionales en el gobierno, a lo más corrompido, rapaz, conservador y antediluviano de la política cubana. ¡Esta es la revolución de Barriguilla!

Ausente del más elemental contenido revolucionario, el régimen de Batista ha significado en todos los órdenes un retroceso de 20 años para Cuba. Todo el mundo ha tenido que pagar bien caro su regreso, pero principalmente las clases humildes que están pasando hambre y miseria mientras la dictadura que ha arruinado al país con la conmoción, la ineptitud y la zozobra, se dedica a la más repugnante politiquería, inventando fórmulas y más fórmulas de perpetuarse en el poder aunque tenga que ser sobre un montón de cadáveres y un mar de sangre.

Ni una sola iniciativa valiente ha sido dictada. Batista vive entregado de pies y manos a los grandes intereses, y no podía ser de otro modo, por su mentalidad, por la carencia total de ideología y de principios, por la ausencia absoluta de la fe, la confianza y el respaldo de las masas. Fue un simple cambio de manos y un reparto de botín entre los amigos, parientes, cómplices y la rémora de parásitos voraces que integran el andamiaje político del dictador. ¡Cuántos oprobios se le han hecho sufrir al pueblo para que un grupito de egoístas que no sienten por la patria la menor consideración puedan encontrar en la cosa pública un *modus vivendi* fácil y cómodo!

¡Con cuánta razón dijo Eduardo Chibás en su postrer discurso que Batista alentaba el regreso de los coroneles, del palmacristi y de la ley de fuga! De inmediato después del 10 de marzo comenzaron a producirse otra vez actos verdaderamente vandálicos que se creían desterrados para siempre en Cuba: el asalto a la Universidad del Aire, atentado sin precedentes a una

institución cultural, donde los *gangsters* del SIM se mezclaron con los mocosos de la juventud del PAU; el secuestro del periodista Mario Kuchilán, arrancado en plena noche de su hogar y torturado salvajemente hasta dejarlo casi desconocido; el asesinato del estudiante Rubén Batista y las descargas criminales contra una pacífica manifestación estudiantil junto al mismo paredón donde los voluntarios fusilaron a los estudiantes del 71; hombres que arrojaron la sangre de los pulmones ante los mismos tribunales de justicia por las bárbaras torturas que les habían aplicado en los cuerpos represivos, como en el proceso del doctor García Bárcena. Y no voy a referir aquí los centenares de casos en que grupos de ciudadanos han sido apaleados brutalmente sin distinción de hombres o mujeres, jóvenes o viejos. Todo esto antes del 26 de julio. Después, ya se sabe, ni siquiera el cardenal Arteaga se libró de actos de esta naturaleza. Todo el mundo sabe que fue víctima de los agentes represivos. Oficialmente afirmaron que era obra de una banda de ladrones. Por una vez dijeron la verdad, ¿qué otra cosa es este régimen?…

La ciudadanía acaba de contemplar horrorizada el caso del periodista que estuvo secuestrado y sometido a torturas de fuego durante veinte días. En cada hecho un cinismo inaudito, una hipocresía infinita: la cobardía de rehuir la responsabilidad y culpar invariablemente a los enemigos del régimen. Procedimientos de gobierno que no tienen nada que envidiarle a la peor pandilla de *gangsters*. Ni los criminales nazis fueron nunca tan cobardes. Hitler asumió la responsabilidad por las matanzas del 30 de junio de 1934 diciendo que había sido durante veinticuatro horas el Tribunal Supremo de Alemania; los esbirros de esta dictadura, que no cabe compararla con ninguna otra por lo baja, ruin y cobarde, secuestran, torturan, asesinan, y después culpan canallescamente a los adversarios del régimen. Son los métodos típicos del sargento Barriguilla.

En todos estos hechos que he mencionado, señores magistrados, ni una sola vez han aparecido los responsables para ser juzgados por los tribunales. ¡Cómo! ¿No era este el régimen del orden, de la paz pública y el respeto a la vida humana?

Si todo esto he referido es para que se me diga si tal situación puede llamarse revolución engendradora de derecho; si es o no lícito luchar contra ella; si no han de estar muy prostituidos los tribunales de la República para enviar a la cárcel a los ciudadanos que quieren librar a su patria de tanta infamia.

Cuba está sufriendo un cruel e ignominioso despotismo, y vosotros no ignoráis que la resistencia frente al despotismo es legítima; este es un principio universalmente reconocido y nuestra Constitución de 1940 lo consagró expresamente en el párrafo segundo del artículo 40: «Es legítima la resistencia adecuada para la protección de los derechos individuales garantizados anteriormente». Más, aun cuando no lo hubiese consagrado nuestra ley fundamental, es supuesto sin el cual no puede concebirse la existencia de una colectividad democrática. El profesor Infiesta en su libro de derecho constitucional establece una diferencia entre Constitución Política y Constitución Jurídica, y dice que «a veces se incluyen en la Constitución Jurídica principios constitucionales que, sin ello, obligarían igualmente por el consentimiento del pueblo, como los principios de la mayoría o de la representación en nuestras democracias». El derecho de insurrección frente a la tiranía es uno de esos principios que, esté o no esté incluido dentro de la Constitución Jurídica, tiene siempre plena vigencia en una sociedad democrática. El planteamiento de esta cuestión ante un tribunal de justicia es uno de los problemas más interesantes del derecho público. Duguit ha dicho en su *Tratado de Derecho Constitucional* que «si la insurrección fracasa, no existirá tribunal que ose declarar que no hubo conspiración o atentado contra la seguridad del Estado porque el gobierno era tiránico y la intención de derribarlo era legítima». Pero fijaos bien que no dice «el tribunal no deberá», sino que «no existirá tribunal que ose declarar»; más claramente, que no habrá tribunal que se atreva, que no habrá tribunal lo suficientemente valiente para hacerlo bajo una tiranía. La cuestión no admite alternativa: si el tribunal es valiente y cumple con su deber, se atreverá.

Se acaba de discutir ruidosamente la vigencia de la Constitución de 1940; el Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales falló en contra de ella y a favor de los Estatutos; sin embargo, señores magistrados, yo sostengo que la Constitución de 1940 sigue vigente. Mi afirmación podrá parecer absurda y extemporánea; pero no os asombréis, soy yo quien se asombra de que un tribunal de derecho haya intentado darle un vil cuartelazo a la Constitución legítima de la República. Como hasta aquí, ajustándome rigurosamente a los hechos, a la verdad y a la razón, demostraré lo que acabo de afirmar. El Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales fue instituido por el artículo 172 de la Constitución de 1940, complementado por la Ley Orgánica número 7 de 31 de mayo de 1949. Estas leyes, en virtud de las cuales fue

creado, le concedieron, en materia de inconstitucionalidad, una competencia específica y determinada: resolver los recursos de inconstitucionalidad contra las leyes, decretos-leyes, resoluciones o actos que nieguen, disminuyan, restrinjan o adulteren los derechos y garantías constitucionales o que impidan el libre funcionamiento de los órganos del Estado. En el artículo 194 se establecía bien claramente: «Los jueces y tribunales están obligados a resolver los conflictos entre las leyes vigentes y la Constitución ajustándose al principio de que esta prevalezca siempre sobre aquellas». De acuerdo, pues, con las leyes que le dieron origen, el Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales debía resolver siempre a favor de la Constitución. Si ese tribunal hizo prevalecer los Estatutos por encima de la Constitución de la República se salió por completo de su competencia y facultades, realizando, por tanto, un acto jurídicamente nulo. La decisión en sí misma, además, es absurda y lo absurdo no tiene vigencia ni de hecho ni de derecho, no existe ni siquiera metafísicamente. Por muy venerable que sea un tribunal no podrá decir que el círculo es cuadrado, o, lo que es igual, que el engendro grotesco del 4 de abril puede llamarse Constitución de un Estado.

Entendemos por Constitución la ley fundamental y suprema de una nación, que define su estructura política, regula el funcionamiento de los órganos del Estado y pone límite a sus actividades; ha de ser estable, duradera y más bien rígida. Los Estatutos no llenan ninguno de estos requisitos. Primeramente encierran una contradicción monstruosa, descarada y cínica en lo más esencial, que es lo referente a la integración de la República y el principio de la soberanía. El artículo 1 dice: «Cuba es un Estado independiente y soberano organizado como República democrática». El artículo 2 dice: «La soberanía reside en el pueblo y de este dimanan todos los poderes». Pero luego viene el artículo 118 y dice: «El presidente de la República será designado por el Consejo de Ministros». Ya no es el pueblo, ahora es el Consejo de Ministros. ¿Y quién elige el Consejo de Ministros? El artículo 120, inciso 13: «Corresponde al presidente nombrar y renovar libremente a los ministros, sustituyéndolos en las oportunidades que proceda». ¿Quién elige a quién por fin? ¿No es este el clásico problema del huevo y la gallina que nadie ha resuelto todavía?

Un día se reunieron dieciocho aventureros. El plan era asaltar la República con su presupuesto de trescientos cincuenta millones. Al amparo de la traición y de las sombras consiguieron su propósito: «¿Y ahora qué hace-

mos?» Uno de ellos les dijo a los otros: «Ustedes me nombran primer ministro y yo los nombro generales». Hecho esto buscó veinte alabarderos y les dijo: «Yo los nombro ministros y ustedes me nombran presidente». Así se nombraron unos a otros generales, ministros, presidente y se quedaron con el Tesoro y la República.

Y no es que se tratara de la usurpación de la soberanía por una sola vez para nombrar ministros, generales y presidente, sino que un hombre se declaró en unos estatutos dueño absoluto, no ya de la soberanía, sino de la vida y la muerte de cada ciudadano y de la existencia misma de la nación. Por eso sostengo que no solamente es traidora, vil, cobarde y repugnante la actitud del Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales, sino también absurda.

Hay en los Estatutos un artículo que ha pasado bastante inadvertido pero es el que da la clave de esta situación y del cual vamos a sacar conclusiones decisivas. Me refiero a la cláusula de reforma contenida en el artículo 257 y que dice textualmente: «Esta Ley Constitucional podrá ser reformada por el Consejo de Ministros con un quórum de las dos terceras partes de sus miembros». Aquí la burla llegó al colmo. No es solo que hayan ejercido la soberanía para imponer al pueblo una Constitución sin contar con su consentimiento y elegir un gobierno que concentra en sus manos todos los poderes, sino que por el artículo 257 hacen suyo definitivamente el atributo más esencial de la soberanía que es la facultad de reformar la ley suprema y fundamental de la nación, cosa que han hecho ya varias veces desde el 10 de marzo, aunque afirman con el mayor cinismo del mundo en el artículo 2 que la soberanía reside en el pueblo y de él dimanan todos los poderes. Si para realizar estas reformas basta la conformidad del Consejo de Ministros con un quórum de sus dos terceras partes y el presidente es quien nombra al Consejo de Ministros, queda entonces en manos de un solo hombre el derecho de hacer y deshacer la República, un hombre que es además el más indigno de los que han nacido en esta tierra. ¿Y esto fue lo aceptado por el Tribunal de Garantías Constitucionales, y es válido y es legal todo lo que de ello se derive? Pues bien, veréis lo que aceptó: «Esta Ley Constitucional podrá ser reformada por el Consejo de Ministros con un quórum de las dos terceras partes de sus miembros». Tal facultad no reconoce límites; al amparo de ella cualquier artículo, cualquier capítulo, cualquier título, la ley entera puede ser modificada. El artículo 1, por ejemplo, que ya mencioné,

dice que Cuba es un Estado independiente y soberano organizado como República democrática —«aunque de hecho sea hoy una satrapía sangrienta»—; el artículo 3 dice que «el territorio de la República está integrado por la Isla de Cuba, la Isla de Pinos y las demás islas y cayos adyacentes…»; así sucesivamente. Batista y su Consejo de Ministros, al amparo del artículo 257, pueden modificar todos esos artículos, decir que Cuba no es ya una República, sino una Monarquía Hereditaria y ungirse él, Fulgencio Batista, Rey; pueden desmembrar el territorio nacional y vender una provincia a un país extraño como hizo Napoleón con la Louisiana; pueden suspender el derecho a la vida y, como Herodes, mandar a degollar los niños recién nacidos: todas estas medidas serían legales y vosotros tendríais que enviar a la cárcel a todo el que se opusiera, como pretendéis hacer conmigo en estos momentos. He puesto ejemplos extremos para que se comprenda mejor lo triste y humillante que es nuestra situación. ¡Y esas facultades omnímodas en manos de hombres que de verdad son capaces de vender la República con todos sus habitantes!

Si el Tribunal de Garantías Constitucionales aceptó semejante situación, ¿qué espera para colgar las togas? Es un principio elemental de derecho público que no existe la constitucionalidad allí donde el Poder Constituyente y el Poder Legislativo residen en el mismo organismo. Si el Consejo de Ministros hace las leyes, los decretos, los reglamentos y al mismo tiempo tiene facultad de modificar la Constitución en diez minutos, ¡maldita la falta que nos hace un Tribunal de Garantías Constitucionales! Su fallo es, pues, irracional, inconcebible, contrario a la lógica y a las leyes de la República, que vosotros, señores magistrados, jurasteis defender. Al fallar a favor de los Estatutos no quedó abolida nuestra ley suprema; sino que el Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales se puso fuera de la Constitución, renunció a sus fueros, se suicidó jurídicamente. ¡Que en paz descanse!

El derecho de resistencia que establece el artículo 40 de esa Constitución está plenamente vigente. ¿Se aprobó para que funcionara mientras la República marchaba normalmente? No, porque era para la Constitución lo que un bote salvavidas es para una nave en alta mar, que no se lanza al agua sino cuando la nave ha sido torpedeada por enemigos emboscados en su ruta. Traicionada la Constitución de la República y arrebatadas al pueblo todas sus prerrogativas, solo le quedaba ese derecho, que ninguna fuerza le puede quitar, el derecho de resistir a la opresión y a la injusticia. Si al-

guna duda queda, aquí está un artículo del Código de Defensa Social, que no debió olvidar el señor fiscal, el cual dice textualmente: «Las autoridades de nombramiento del Gobierno o por elección popular que no hubieren resistido a la insurrección por todos los medios que estuvieren a su alcance, incurrirán en una sanción de interdicción especial de seis a diez años». Era obligación de los magistrados de la República resistir el cuartelazo traidor del 10 de marzo. Se comprende perfectamente que cuando nadie ha cumplido con la ley, cuando nadie ha cumplido el deber, se envía a la cárcel a los únicos que han cumplido con la ley y el deber.

No podréis negarme que el régimen de gobierno que se le ha impuesto a la nación es indigno de su tradición y de su historia. En su libro *El espíritu de las leyes*, que sirvió de fundamento a la moderna división de poderes, Montesquieu distingue por su naturaleza tres tipos de gobierno: «el Republicano, en que el pueblo entero o una parte del pueblo tiene el poder soberano; el Monárquico, en que uno solo gobierna pero con arreglo a Leyes fijas y determinadas; y el Despótico, en que uno solo, sin Ley y sin regla, lo hace todo sin más que su voluntad y su capricho». Luego añade: «Un hombre al que sus cinco sentidos le dicen sin cesar que lo es todo, y que los demás no son nada, es naturalmente ignorante, perezoso, voluptuoso». «Así como es necesaria la virtud en una democracia, el honor en una monarquía, hace falta el temor en un gobierno despótico; en cuanto a la virtud, no es necesaria, y en cuanto al honor, sería peligroso».

El derecho de rebelión contra el despotismo, señores magistrados, ha sido reconocido, desde la más lejana antigüedad hasta el presente, por hombres de todas las doctrinas, de todas las ideas y todas las creencias.

En las monarquías teocráticas de la más remota antigüedad china, era prácticamente un principio constitucional que cuando el rey gobernase torpe y despóticamente, fuese depuesto y reemplazado por un príncipe virtuoso.

Los pensadores de la antigua India ampararon la resistencia activa frente a las arbitrariedades de la autoridad. Justificaron la revolución y llevaron muchas veces sus teorías a la práctica. Uno de sus guías espirituales decía que «una opinión sostenida por muchos es más fuerte que el mismo rey. La soga tejida por muchas fibras es suficiente para arrastrar a un león».

Las ciudades estados de Grecia y la República Romana, no solo admitían sino que apologetizaban la muerte violenta de los tiranos.

En la Edad Media, Juan de Salisbury en su *Libro del hombre de Estado*, dice que cuando un príncipe no gobierna con arreglo a derecho y degenera en tirano, es lícita y está justificada su deposición violenta. Recomienda que contra el tirano se use el puñal aunque no el veneno.

Santo Tomás de Aquino, en la *Summa Theologica*, rechazó la doctrina del tiranicidio, pero sostuvo, sin embargo, la tesis de que los tiranos debían ser depuestos por el pueblo.

Martín Lutero proclamó que cuando un gobierno degenera en tirano vulnerando las leyes, los súbditos quedaban librados del deber de obediencia. Su discípulo Felipe Melanchton sostiene el derecho de resistencia cuando los gobiernos se convierten en tiranos. Calvino, el pensador más notable de la Reforma desde el punto de vista de las ideas políticas, postula que el pueblo tiene derecho a tomar las armas para oponerse a cualquier usurpación.

Nada menos que un jesuita español de la época de Felipe II, Juan Mariana, en su libro *De Rege et Regis Institutione*, afirma que cuando el gobernante usurpa el poder, o cuando, elegido, rige la vida pública de manera tiránica, es lícito el asesinato por un simple particular, directamente, o valiéndose del engaño, con el menor disturbio posible.

El escritor francés Francisco Hotman sostuvo que entre gobernantes y súbditos existe el vínculo de un contrato, y que el pueblo puede alzarse en rebelión frente a la tiranía de los gobiernos cuando estos violan aquel pacto.

Por esa misma época aparece también un folleto que fue muy leído, titulado *Vindiciae Contra Tyrannos*, firmado bajo el seudónimo de Stephanus Junius Brutus, donde se proclama abiertamente que es legítima la resistencia a los gobiernos cuando oprimen al pueblo y que era deber de los magistrados honorables encabezar la lucha.

Los reformadores escoceses Juan Knox y Juan Poynet sostuvieron este mismo punto de vista, y en el libro más importante de ese movimiento, escrito por Jorge Buchanan, se dice que si el gobierno logra el poder sin contar con el consentimiento del pueblo o rige los destinos de este de una manera injusta y arbitraria, se convierte en tirano y puede ser destituido o privado de la vida en último caso.

Juan Altusio, jurista alemán de principios del siglo XVII, en su *Tratado de política*, dice que la soberanía en cuanto autoridad suprema del Estado nace del concurso voluntario de todos sus miembros; que la autoridad del gobierno arranca del pueblo y que su ejercicio injusto, extralegal o tiránico exime al pueblo del deber de obediencia y justifica la resistencia y la rebelión.

Hasta aquí, señores magistrados, he mencionado ejemplos de la Antigüedad, de la Edad Media y de los primeros tiempos de la Edad Moderna: escritores de todas las ideas y todas las creencias. Mas, como veréis, este derecho está en la raíz misma de nuestra existencia política, gracias a él vosotros podéis vestir hoy esas togas de magistrados cubanos que ojalá fueran para la justicia.

Sabido es que en Inglaterra, en el siglo XVII, fueron destronados dos reyes, Carlos I y Jacobo II, por actos de despotismo. Estos hechos coincidieron con el nacimiento de la filosofía política liberal, esencia ideológica de una nueva clase social que pugnaba entonces por romper las cadenas del feudalismo. Frente a las tiranías de derecho divino esa filosofía opuso el principio del contrato social y el consentimiento de los gobernados, y sirvió de fundamento a la Revolución Inglesa de 1688, y a las revoluciones americana y francesa de 1775 y 1789. Estos grandes acontecimientos revolucionarios abrieron el proceso de liberación de las colonias españolas en América, cuyo último eslabón fue Cuba. En esta filosofía se alimentó nuestro pensamiento político y constitucional que fue desarrollándose desde la primera Constitución de Guáimaro hasta la de 1940, influida esta última ya por las corrientes socialistas del mundo actual que consagraron en ella el principio de la función social de la propiedad y el derecho inalienable del hombre a una existencia decorosa, cuya plena vigencia han impedido los grandes intereses creados.

El derecho de insurrección contra la tiranía recibió entonces su consagración definitiva y se convirtió en postulado esencial de la libertad política.

Ya en 1649 Juan Milton escribe que el poder político reside en el pueblo, quien puede nombrar y destituir reyes, y tiene el deber de separar a los tiranos.

Juan Locke en su *Tratado de gobierno* sostiene que cuando se violan los derechos naturales del hombre, el pueblo tiene el derecho y el deber de suprimir o cambiar de gobierno. «El único remedio contra la fuerza sin autoridad está en oponerle la fuerza».

Juan Jacobo Rousseau dice con mucha elocuencia en su *Contrato social*:

> Mientras un pueblo se ve forzado a obedecer y obedece, hace bien; tan pronto como puede sacudir el yugo y lo sacude, hace mejor, recuperando su libertad por el mismo derecho que se la han quitado.

> El más fuerte no es nunca suficientemente fuerte para ser siempre el amo, si no transforma la fuerza en derecho y la obediencia en deber. [...] La fuerza es un poder físico; no veo qué moralidad pueda derivarse de sus efectos. Ceder a la fuerza es un acto de necesidad, no de voluntad; todo lo más es un acto de prudencia. ¿En qué sentido podrá ser esto un deber?
>
> Renunciar a la libertad es renunciar a la calidad de hombre, a los derechos de la Humanidad, incluso a sus deberes. No hay recompensa posible para aquel que renuncia a todo. Tal renuncia es incompatible con la naturaleza del hombre; y quitar toda la libertad a la voluntad es quitar toda la moralidad a las acciones. En fin, es una convicción vana y contradictoria estipular por una parte con una autoridad absoluta y por otra con una obediencia sin límites...

Thomas Paine dijo que «un hombre justo es más digno de respeto que un rufián coronado».

Solo escritores reaccionarios se opusieron a este derecho de los pueblos, como aquel clérigo de Virginia, Jonathan Boucher, quien dijo que «el derecho a la revolución era una doctrina condenable derivada de Lucifer, el padre de las rebeliones».

La Declaración de Independencia del Congreso de Filadelfia el 4 de julio de 1776, consagró este derecho en un hermoso párrafo que dice:

> Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales; que a todos les confiere su Creador ciertos derechos inalienables entre los cuales se cuentan la vida, la libertad y la consecución de la felicidad; que para asegurar estos derechos se instituyen entre los hombres gobiernos cuyos justos poderes derivan del consentimiento de los gobernados; que siempre que una forma de gobierno tienda a destruir esos fines, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla, e instituir un nuevo gobierno que se funde en dichos principios y organice sus poderes en la forma que a su juicio garantice mejor su seguridad y felicidad.

La famosa Declaración Francesa de los Derechos del Hombre legó a las generaciones venideras este principio: «Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es para este el más sagrado de los derechos y el más imperioso de los deberes». «Cuando una persona se apodera de la soberanía debe ser condenada a muerte por los hombres libres».

Creo haber justificado suficientemente mi punto de vista: son más razones que las que esgrimió el señor fiscal para pedir que se me condene a 26 años de cárcel; todas asisten a los hombres que luchan por la libertad y la felicidad de un pueblo; ninguna a los que lo oprimen, envilecen y saquean despiadadamente; por eso yo he tenido que exponer muchas y él no pudo exponer una sola. ¿Cómo justificar la presencia de Batista en el poder, al que llegó contra la voluntad del pueblo y violando por la traición y por la fuerza las leyes de la República? ¿Cómo calificar de legítimo un régimen de sangre, opresión e ignominia? ¿Cómo llamar revolucionario un gobierno donde se han conjugado los hombres, las ideas y los métodos más retrógrados de la vida pública? ¿Cómo considerar jurídicamente válida la alta traición de un tribunal cuya misión era defender nuestra Constitución? ¿Con qué derecho enviar a la cárcel a ciudadanos que vinieron a dar por el decoro de su patria su sangre y su vida? ¡Eso es monstruoso ante los ojos de la nación y los principios de la verdadera justicia!

Pero hay una razón que nos asiste más poderosa que todas las demás: somos cubanos, y ser cubano implica un deber, no cumplirlo es crimen y es traición. Vivimos orgullosos de la historia de nuestra patria; la aprendimos en la escuela y hemos crecido oyendo hablar de libertad, de justicia y de derechos. Se nos enseñó a venerar desde temprano el ejemplo glorioso de nuestros héroes y de nuestros mártires. Céspedes, Agramonte, Maceo, Gómez y Martí fueron los primeros nombres que se grabaron en nuestro cerebro; se nos enseñó que el Titán había dicho que la libertad no se mendiga, sino que se conquista con el filo del machete; se nos enseñó que para la educación de los ciudadanos en la patria libre, escribió el Apóstol en su libro *La Edad de Oro*:

> Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas y permite que pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. [...] En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana...

Se nos enseñó que el 10 de octubre y el 24 de febrero son efemérides gloriosas y de regocijo patrio porque marcan los días en que los cubanos se rebelaron contra el yugo de la infame tiranía; se nos enseñó a querer y defender la hermosa bandera de la estrella solitaria y a cantar todas las tardes un himno cuyos versos dicen que vivir en cadenas es vivir en afrenta y oprobio sumidos, y que morir por la patria es vivir. Todo eso aprendimos y no lo olvidaremos aunque hoy en nuestra patria se está asesinando y encarcelando a los hombres por practicar las ideas que les enseñaron desde la cuna. Nacimos en un país libre que nos legaron nuestros padres, y primero se hundirá la Isla en el mar antes que consintamos en ser esclavos de nadie.

Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario, que su memoria se extinguiría para siempre, ¡tanta era la afrenta! Pero vive, no ha muerto, su pueblo es rebelde, su pueblo es digno, su pueblo es fiel a su recuerdo; hay cubanos que han caído defendiendo sus doctrinas, hay jóvenes que en magnífico desagravio vinieron a morir junto a su tumba, a darle su sangre y su vida para que él siga viviendo en el alma de la patria. ¡Cuba, qué sería de ti si hubieras dejado morir a tu Apóstol!

Termino mi defensa, pero no lo haré como hacen siempre todos los letrados, pidiendo la libertad del defendido; no puedo pedirla cuando mis compañeros están sufriendo ya en Isla de Pinos ignominiosa prisión. Enviadme junto a ellos a compartir su suerte, es concebible que los hombres honrados estén muertos o presos en una República donde está de presidente un criminal y un ladrón.

A los señores magistrados, mi sincera gratitud por haberme permitido expresarme libremente, sin mezquinas coacciones; no os guardo rencor, reconozco que en ciertos aspectos habéis sido humanos y sé que el presidente de este tribunal, hombre de limpia vida, no puede disimular su repugnancia por el estado de cosas reinantes que lo obliga a dictar un fallo injusto. Queda todavía a la Audiencia un problema más grave: ahí están las causas iniciadas por los setenta asesinatos, es decir, la mayor masacre que hemos conocido; los culpables siguen libres con un arma en la mano que es amenaza perenne para la vida de los ciudadanos; si no cae sobre ellos todo el peso de la ley, por cobardía o porque se lo impidan, y no renuncian en pleno todos los magistrados, me apiado de vuestras honras y compadezco la mancha sin precedentes que caerá sobre el Poder Judicial.

En cuanto a mí, sé que la cárcel será dura como no lo ha sido nunca para nadie, preñada de amenazas, de ruin y cobarde ensañamiento, pero no la temo, como no temo la furia del tirano miserable que arrancó la vida a 70 hermanos míos. Condenadme, no importa, la historia me absolverá.

2. AL TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN

Mientras las fuerzas rebeldes continuaban su avance por toda la Isla a finales de 1958, el general Batista y el general Cantillo conspiraban para establecer una junta militar, en un último esfuerzo por frustrar la Revolución. Al mismo tiempo, Fidel Castro ganó la cooperación del jefe militar de Santiago de Cuba, el coronel Rego Rubido. En las tempranas horas del 1ro. de enero de 1959, Batista, con algunos de sus cómplices, escapan del país y dejan como responsable al general Cantillo. Este inmediatamente designó en la Corte Suprema al magistrado doctor Carlos Piedra como jefe de una junta civil-militar. Fidel convocó a una huelga general para el día siguiente (2 de enero) con el llamado: «Esta vez nada ni nadie pueden impedir el triunfo de la Revolución».

PARQUE CÉSPEDES, SANTIAGO DE CUBA, 2 DE ENERO DE 1959

A tempranas horas del 2 de enero, Fidel Castro se dirigió al pueblo de Santiago de Cuba en el Parque Céspedes, describiendo los acontecimientos que condujeron a la victoria de las fuerzas revolucionarias.

Santiagueros, compatriotas de toda Cuba:

Al fin hemos llegado a Santiago. Duro y largo ha sido el camino, pero hemos llegado.

Se decía que hoy a las 2:00 de la tarde se nos esperaba en la capital de la República, el primer extrañado fui yo, porque yo fui uno de los primeros

sorprendidos con ese golpe traidor y amañado de esta mañana en la capital de la República.

Además, yo iba a estar en la capital de la República, o sea, en la nueva capital de la República porque Santiago de Cuba será, de acuerdo con el deseo del presidente provisional, de acuerdo con el deseo del Ejército Rebelde y de acuerdo con el deseo del pueblo de Santiago de Cuba, que bien se lo merece, la capital. ¡Santiago de Cuba será la capital provisional de la República!

Tal vez la medida sorprenda a algunos, es una medida nueva, pero por eso ha de caracterizarse, precisamente, la Revolución, por hacer cosas que no se han hecho nunca. Cuando hacemos a Santiago de Cuba capital provisional de la República, sabemos por qué lo hacemos. No se trata de halagar demagógicamente a una localidad determinada, se trata, sencillamente, de que Santiago ha sido el baluarte más firme de la Revolución.

La Revolución empieza ahora; la Revolución no será una tarea fácil, la Revolución será una empresa dura y llena de peligros, sobre todo, en esta etapa inicial, y en qué mejor lugar para establecer el Gobierno de la República que en esta fortaleza de la Revolución, para que se sepa que este va a ser un gobierno sólidamente respaldado por el pueblo en la ciudad heroica y en las estribaciones de la Sierra Maestra, porque Santiago está en la Sierra Maestra. En Santiago de Cuba y en la Sierra Maestra, tendrá la Revolución sus dos mejores fortalezas.

Para que se sepa que esto va a ser un Gobierno sólidamente respaldado por el pueblo en la ciudad heroica y en las estribaciones de la Sierra Maestra, porque Santiago de Cuba está en la Sierra Maestra; en Santiago de Cuba y en la Sierra Maestra tendrá la Revolución sus dos mejores fortalezas. Pero hay además otras razones: el movimiento militar revolucionario, el verdadero movimiento militar revolucionario no se hizo en Columbia.

En Columbia prepararon un golpecito de espaldas a la Revolución, y sobre todo, de acuerdo con Batista, puesto que la verdad hay que decirla y puesto que venimos aquí a orientar al pueblo, les digo y les aseguro que el golpe militar de Columbia fué un intento de escamotearle al pueblo el poder, escamotearle el triunfo a la Revolución y además para dejar escapar a Batista, para dejar escapar a los Tabernilla, para dejar escapar a los Pilar García, para dejar escapar a los Salas Cañizares y a los Ventura. El golpe de Columbia fué un golpe ambicioso y traidor que no merece otro calificativo.

Hay que llamar las cosas por su nombre y atenernos, además, a las responsabilidades. No voy a andar con paños calientes para decirles que el general Cantillo nos traicionó, y no es que lo voy a decir, sino que lo voy a probar.

Pero, desde luego, lo habíamos dicho siempre; no vayan a última hora a resolver esto con un golpecito militar, porque si hay golpe militar de espaldas al pueblo, nuestra Revolución seguirá adelante, que esta vez no se frustrará la Revolución. Esta vez, por fortuna para Cuba, la Revolución llegará de verdad al poder. No será como en el 95 que vinieron los americanos, se hicieron dueños de esto, intervinieron a última hora, y después ni siquiera dejaron entrar a Calixto García, que había peleado durante 30 años, en Santiago de Cuba.

No será como en el 33, que cuando el pueblo comenzó a creer que la revolución se estaba haciendo, vino el señor Batista, traicionó la revolución, se apoderó del poder, e instauró una dictadura por 11 años.

No será como en el 44, que las multitudes se enardecieron creyendo que al fin habían llegado al poder y los que llegaron al poder fueron los ladrones.

Ni ladrones, ni traidores, ni intervencionistas. Esta vez sí que es la Revolución, pero no querían que fuese así. En los instantes mismos en que la dictadura se desplomaba, como consecuencia de las victorias militares de la Revolución, cuando ya no podían resistir ni siquiera quince días más, viene el señor Cantillo y se convierte en paladín de la libertad; naturalmente que nosotros nunca hemos estado remisos en aceptar cualquier colaboración que significase un ahorro de sangre; siempre que los fines de la Revolución no se pusiesen en peligro. Naturalmente que nosotros siempre hemos estado llamando a los militares para buscar la paz, pero la paz con libertad y la paz con el triunfo de la Revolución. Era la única manera de obtener la paz.

Por eso, cuando el 24 de diciembre se nos comunicó el deseo del general Cantillo de tener una entrevista con nosotros, aceptamos la entrevista. Yo les confieso a ustedes que dado el curso de los acontecimientos, la marcha formidable de nuestras operaciones militares, yo tenía muy pocos deseos de hablar de movimientos militares, pero yo entendí que era un deber, que nosotros, los hombres que tenemos una responsabilidad, no nos podemos dejar llevar por las pasiones, y pensé que si el triunfo se podía lograr

con el menor derramamiento de sangre posible, era mi deber atender las proposiciones que me hiciesen los militares.

Fui a ver al señor Cantillo que vino a hablarme en nombre del Ejército. Se reunió conmigo el día 28 [de diciembre] en el central Oriente, a donde llegó en un helicóptero, a las ocho de la mañana. Allí conversó con nosotros durante cuatro horas y yo sí que no voy a hacer una historia inventada ni cosa que se parezca, por los testigos excepcionales de la entrevista. Allí estaba el doctor Raúl Chibás, allí estaba un sacerdote católico, allí estaban varios militares, cuyo testimonio no puede ser puesto en duda por ningún concepto y allí, después de analizar todos los problemas de Cuba, después de puntualizar todos los detalles, acordó el general Cantillo realizar, de acuerdo con nosotros, un movimiento militar revolucionario. Lo primero que le dije fue esto: Después de analizar bien la situación, la situación del Ejército, la situación a que lo había llevado la dictadura, después de aclararle a él que no le tenía que importar Batista, ni los Tabernilla, ni toda aquella gente le tenía que importar nada, porque toda aquella gente había sido muy desconsiderada con los militares cubanos, que aquella gente había llevado a los militares a una guerra contra el pueblo, que es una guerra que se pierde siempre, porque contra el pueblo no se puede ganar una guerra. Después de decirle que los militares eran víctimas de las inmoralidades del régimen, que los presupuestos para comprar armamentos se los robaban, que a los soldados los engañaban constantemente, que aquella gente no merecía la consideración de los militares honorables, que el Ejército no tenía por qué cargar con la culpa de los crímenes que cometían las pandillas de los esbirros de Batista, le advertí bien claramente que yo no autorizaría ningún tipo de movimiento que permitiese la fuga de Batista. Le advertí que si Batista se fugaba en seguida y con él Tabernilla y los demás, no sería mientras nosotros pudiéramos evitarlo. Teníamos que impedir la fuga de Batista.

Todo el mundo sabe que nuestro primer planteamiento en caso de un golpe militar, para llegar a un golpe militar con nosotros, era la entrega de los criminales de guerra. Y esta era una condición esencial. Se podía haber capturado a Batista y a todos sus cómplices, y yo se lo dije bien claro, que no estaba de acuerdo con que Batista se fugara. Le expliqué bien qué tipo de movimiento había que hacer, que yo no respaldaría, ni el Movimiento del 26 de Julio, ni el pueblo respaldaría un golpe de Estado, porque la cuestión es que el pueblo es el que ha conquistado su libertad y nadie más que el pueblo.

La libertad nos la quitaron mediante un golpe de Estado, pero para que se acabaran de una vez y para siempre los golpes de Estado, había que conquistar la libertad a fuerza de sacrificios del pueblo, porque no hacíamos nada con que dieran un golpe mañana, y otro pasado y otro dentro de dos años, y otro dentro de tres años, porque aquí quien tiene que decidir definitivamente quién debe gobernar, es el pueblo y nadie más que el pueblo.

Y los militares deben estar incondicionalmente a las órdenes del pueblo, y a la disposición del pueblo, y a la disposición de la Constitución y de la Ley de la República.

Si hay un gobierno malo que roba y que hace más de cuatro cosas mal hechas, pues sencillamente se espera un poco y cuando llegan las elecciones se cambia el mal gobierno, porque para eso los gobiernos en los regímenes constitucionales democráticos tienen un período de tiempo limitado. Porque si son malos el pueblo los cambia y vota por otros mejores. La función del militar no es elegir gobernantes, sino garantizar las leyes y garantizar los derechos del ciudadano. Por eso le advertí que golpe de Estado, no; movimiento militar revolucionario sí. Y no en Columbia, sino en Santiago de Cuba.

Le dije bien claro que la única forma de lograr la vinculación y la confraternización del pueblo, de los militares y los revolucionarios, no era dando un madrugonazo en Columbia, a las dos o a las tres de la mañana, sin que nadie se enterara, como acostumbran a hacer estos señores, sino sublevando la guarnición de Santiago de Cuba, que era lo suficientemente fuerte y estaba lo suficientemente bien armada, para iniciar el movimiento militar y sumar al pueblo y sumar a los revolucionarios a este movimiento que en las circunstancias en que estaba la dictadura era irresistible, porque de seguro que se sumarían de inmediato, todas las guarniciones del país. Y eso fue lo que se acordó, y no sólo se acordó eso, sino que yo le dije, porque él pensaba ir a La Habana al día siguiente, y nosotros no estábamos de acuerdo, porque yo le decía «es un riesgo que usted vaya para La Habana» y él me decía «no, no, no es ningún riesgo». «Usted corre mucho peligro de que lo detengan, porque si hay conspiración, aquí todo se sabe».

«No, yo estoy seguro de que no me detienen», me contestó. Y claro, ¿cómo lo iban a detener si era un golpe de Batista? Yo dije: Bueno... todo esto está tan fácil, que a lo mejor esto es un golpe sospechoso: «¿Usted me promete que no se va a dejar persuadir en La Habana por una serie de intereses que están detrás de usted para dar un golpe en la capital? ¿Usted me

promete que no?». «Yo le prometo que no». «¿Usted me jura que no?». «¡Le juro que no!».

Yo considero que lo primero que debe tener un militar es honor, que lo primero que debe tener un militar es palabra, y este señor ha demostrado no solo falta de honor y falta de palabra, sino falta, además, de cerebro, porque un movimiento que pudo haberse hecho desde el primer momento con todo el respaldo del pueblo y con el triunfo asegurado de antemano, lo que hizo fue dar un salto mortal en el vacío. Creyó que iba a ser demasiado fácil engañar al pueblo y engañar a la Revolución.

Sabía algunas cosas: sabía que en cuanto dijeran que Batista había agarrado el avión el pueblo se iba a tirar a la calle loco de contento, y pensaron que el pueblo no estaba lo suficientemente maduro para distinguir entre la fuga de Batista y la Revolución; porque si Batista se va y se apoderan allá de los tanques los amigos de Cantillo, muy bien pudiera ser que el doctor Urrutia tuviera que irse dentro de tres meses también, porque lo mismo que nos traicionaban ahora nos traicionaban luego, y la gran verdad es que el señor Cantillo nos traicionó a nosotros antes de la Revolución. Bien que lo ha demostrado, y lo voy a demostrar.

Se acordó con el general Cantillo que el levantamiento se produciría el día 31 a las 3:00 de la tarde; se aclaró que el apoyo de las fuerzas armadas al movimiento revolucionario sería incondicional, el presidente que designasen los dirigentes revolucionarios y los cargos que a los militares les asignasen los dirigentes revolucionarios; era un apoyo incondicional el ofrecido. Se acordó el plan en todos sus detalles: el día 31, a las 3:00 de la tarde, se sublevaría la guarnición de Santiago de Cuba; inmediatamente varias columnas rebeldes penetrarían en la ciudad y el pueblo, con los militares y con los rebeldes, confraternizaría inmediatamente, lanzándose al país una proclama revolucionaria invitando a todos los militares honorables a unirse al movimiento.

Se acordó que los tanques que hay en la ciudad serían puestos a disposición de nosotros, y yo me ofrecí, personalmente, para avanzar hacia la capital con una columna blindada precedida por los tanques. Los tanques me serían entregados a las 3:00 de la tarde, no porque se pensase que había que combatir, sino para prever en caso de que en La Habana el movimiento fracasase y hubiese necesidad de situar nuestra vanguardia lo más cerca posible de la capital. Y, además, para prever que no se fueran a realizar excesos en la ciudad de La Habana.

Era lógico que con el odio despertado allí contra la fuerza pública, por los inenarrables horrores de Ventura y de Pilar García, la caída de Batista iba a producir una desorganización en la ciudadanía y que, además, aquellos policías se iban a sentir sin fuerza moral para contener al pueblo, como, efectivamente, ocurrió: una serie de excesos han tenido lugar en la capital: saqueos, tiroteos, incendios. Toda la responsabilidad cae sobre el general Cantillo por haber traicionado la palabra empeñada y por no haber realizado el plan que se acordó. Creyó que nombrando capitanes y comandantes de la policía —muchos de los cuales cuando los habían nombrado ya se habían ido, prueba de que no tenían la conciencia muy tranquila— iba a resolver la cuestión.

Qué distinto, sin embargo, fue en Santiago de Cuba. ¡Qué orden y qué civismo! ¡Qué disciplina demostrada por el pueblo! Ni un solo caso de saqueo, ni un solo caso de venganza personal, ni un solo hombre arrastrado por las calles, ni un incendio. Ha sido admirable y ejemplar el comportamiento de Santiago de Cuba, a pesar de dos cosas: a pesar de que esta había sido la ciudad más sufrida y que más había padecido el terror, por lo tanto, la que más derecho tenía a estar indignada; y a pesar, además, de nuestras declaraciones de esta mañana diciendo que no estábamos de acuerdo con el golpe.

Santiago de Cuba se comportó ejemplarmente bien, y creo que será este caso de Santiago de Cuba un motivo de orgullo para el pueblo, para los revolucionarios y para los militares de la Plaza de Santiago de Cuba. Ya no podrán decir que la Revolución es la anarquía y el desorden; ocurrió en La Habana, por una traición, pero no ocurrió así en Santiago de Cuba, que podemos poner como modelo cuantas veces se trate de acusar a la Revolución de anárquica y desorganizada.

Es conveniente que el pueblo conozca las comunicaciones que intercambiamos el general Cantillo y yo, si el pueblo no está cansado le puedo leer la carta.

Después de los acuerdos tomados, cuando nosotros ya habíamos suspendido las operaciones sobre Santiago de Cuba, porque el día 28 ya nuestras tropas estaban muy próximas a la ciudad, y se habían realizado todos los preparativos para el ataque a la Plaza, de acuerdo con la entrevista sostenida, hubimos de realizar una serie de cambios, abandonar las operaciones sobre Santiago de Cuba y encaminar nuestras tropas hacia otros sitios, donde

se suponía que el movimiento no estaba asegurado desde el primer instante. Cuando todos nuestros movimientos estaban hechos, las columnas preparadas para marchar sobre la capital, recibo unas pocas horas antes esta nota del general Cantillo, que dice textualmente:

«Han variado mucho las circunstancias en sentido favorable a una solución nacional», en el sentido que él quiere para Cuba. Era extraño, porque después de analizar los factores que se contaban, no podía ser más favorable a las circunstancias. Estaba asegurado el triunfo, y esto era una cosa extraña que viniera a decir: «Han variado muy favorablemente las circunstancias». Las circunstancias de que Batista y Tabernilla estaban de acuerdo, asegurado el golpe.

«Le recomiendo no hacer nada en estos momentos y esperar los acontecimientos de las próximas semanas, antes del día 6». Desde luego, la tregua prolongada indefinidamente, mientras ellos hacían todos los amarres en La Habana.

Mi respuesta inmediata fue:

> El contenido de la nota se aparta por completo de los acuerdos tomados, es ambiguo e incomprensible y me ha hecho perder la confianza en la seriedad de los acuerdos. Quedan rotas las hostilidades a partir de mañana a las 3:00 p.m., que fue la fecha y hora acordadas para el Movimiento.

Ocurrió entonces una cosa muy curiosa. Además de la nota, que era muy breve, le mando a decir al jefe de la Plaza de Santiago de Cuba con el portador de la misma, que si las hostilidades se rompían porque los acuerdos no se cumplían y nos veíamos obligados a atacar la Plaza de Santiago de Cuba, entonces no habría otra solución que la rendición de la Plaza, que exigiríamos la rendición de la Plaza si las hostilidades se rompían y el ataque se iniciaba por nuestra parte. Pero ocurrió que el portador de la nota no interpreta correctamente mis palabras y le dice al coronel Rego Rubido que yo decía que exigía la rendición de la Plaza como condición para cualquier acuerdo. El no dijo lo que yo le había afirmado, que si iniciaba el ataque, pero no que le había puesto al general Cantillo como condición que se rindiera la Plaza.

En consecuencia del mensaje, el coronel jefe de la Plaza de Santiago de Cuba me envía una carta muy conceptuosa y muy pundonorosa que voy a leer también. Naturalmente que se sentía ofendido con aquel planteamiento que le habían hecho erróneamente, y dice:

> La solución encontrada no es golpe de Estado ni junta militar, y, sin embargo, creemos que es la que mejor conviene al doctor Fidel Castro, de acuerdo con sus ideas y pondría en cuarenta y ocho horas el destino del país en sus manos. No es solución local, sino nacional, y cualquier indiscreción adelantada podría comprometerla o destruirla creando el caos. Queremos que se tenga confianza en nuestra gestión y se tendrá la solución antes del día 6.
>
> En cuanto a Santiago, debido a la nota y a las palabras del mensajero, hay que cambiar el plan y no entrar; dichas palabras han causado malestar entre el personal... Y nunca se entregarían las armas sin pelear. Las armas no se rinden a un aliado y no se entregan sin honor.

frase muy hermosa del jefe de la Plaza de Santiago de Cuba.

> Si no se tiene confianza en nosotros o si se ataca Santiago, se considerarán rotos los acuerdos y se paralizarán las gestiones para la solución ofrecida, desligándonos formalmente de todo compromiso. Esperamos, debido al tiempo necesario para actuar en una u otra forma, que la respuesta llegue a tiempo para ser enviada a La Habana en el *viscount* de la tarde.

Mi respuesta a esa nota del coronel José Rego Rubido fue la siguiente:

> Territorio Libre de Cuba, diciembre 31 de 1958.
>
> Señor Coronel.
>
> Un lamentable error se ha producido en la transmisión a usted de mis palabras, tal vez se debió a la premura con que respondí a su nota y a lo apurado de la conversación que sostuve con el portador. Yo no le dije que la condición planteada por nosotros en los acuerdos que se tomaron era la rendición de la Plaza de Santiago de Cuba a nuestras fuerzas, hubiese sido una descortesía con nuestro visitante, y una proposición indigna y ofensiva para los militares que tan fraternalmente se han acercado a nosotros.
>
> La cuestión es otra. Se había llegado a un acuerdo y se adoptó un plan entre el líder del movimiento militar y nosotros, debía comenzar a realizarse el día 31 a las 3:00 p.m.; hasta los detalles se acordaron después de analizar cuidadosamente los problemas que debían afrontarse; se iniciaría con el levantamiento de la guarnición de Santiago de Cuba, persuadí

al general... de las ventajas de comenzar por Oriente y no en Columbia, por recelar el pueblo grandemente de cualquier golpe en los cuarteles de la capital de la República, y lo difícil que iba a ser, en ese caso, vincular a la ciudadanía al movimiento. El coincidía plenamente con mis puntos de vista, se preocupaba solo por el orden en la capital y acordamos medidas para conjurar el peligro. La medida era, precisamente, el avance de la columna nuestra sobre Santiago de Cuba. Se trataba de una acción unida de los militares, el pueblo y nosotros, un tipo de movimiento revolucionario que desde el primer instante contaría con la confianza de la nación entera.

De inmediato, y de acuerdo con lo que se combino, suspendimos las operaciones que se estaban llevando a cabo, y nos dimos a la tarea de realizar nuevos movimientos de fuerzas hacia otros puntos como Holguín, donde la presencia de conocidos esbirros hacía casi segura la resistencia al movimiento militar revolucionario.

Cuando ya todos los preparativos estaban listos por nuestra parte, recibo la nota de ayer, donde se me daba a entender que no se llevaría la acción acordada. Al parecer había otros planes, pero no se me informaba cuáles y por qué. De hecho ya no era cosa nuestra la cuestión, teníamos simplemente que esperar. Unilateralmente se cambiaba todo y se ponía en riesgo a las fuerzas nuestras que, de acuerdo con lo que se contaba, habían sido enviadas a operaciones difíciles; quedábamos sujetos a amenazas, a todos los imponderables... cualquier riesgo del general... en sus frecuentes viajes a La Habana se convertiría militarmente para nosotros en un desastre. Reconozca usted que todo está muy confuso en este instante, y que Batista es un individuo hábil y taimado, que sabe maniobrar. Cualquier riesgo... ¿Cómo puede pedírsenos que renunciemos a todas las ventajas obtenidas en las operaciones de las últimas semanas, para ponernos a esperar pacientemente a que los hechos se produzcan?

Bien aclaré que no podía ser una acción de los militares solos, para eso, realmente, no había que esperar los horrores de dos años de guerra. Cruzarnos de brazo en los momentos decisivos es lo único que no se nos puede pedir a los hombres que no hemos descansado en la lucha contra la opresión desde hace siete años.

Aunque ustedes tengan la intención de entregar el poder a los revolucionarios, no es el poder en sí lo que a nosotros nos interesa, sino que la Revolución cumpla su destino. Me preocupa, incluso, que los militares

por un exceso injustificado de escrúpulos faciliten la fuga de los grandes culpables, que marcharán al extranjero con sus grandes fortunas, para hacer desde allí todo el daño posible a nuestra patria.

Personalmente puedo añadirle que el poder no me interesa, ni pienso ocuparlo, velaré solo porque no se frustre el sacrificio de tantos compatriotas, sea cual fuere mi destino posterior. Espero que estas honradas razones que con todo respeto a su dignidad de militares les expongo las comprendan. Tengan la seguridad de que no están tratando con un ambicioso ni con un insolente…

Siempre he actuado con lealtad y franqueza en todas mis cosas, nunca se podrá llamar triunfo a lo que se obtenga con doblez y engaño; el lenguaje del honor que ustedes entienden es el único que yo sé hablar.

Nunca se mencionó en la reunión o con el general la palabra rendición; lo que ayer dije y reitero hoy es que a partir de las 3:00 de la tarde del día 31, fecha y hora acordadas, no podíamos prolongar la tregua con relación a Santiago de Cuba, porque eso sería perjudicar extraordinariamente a nuestra unión… Nunca una conspiración… Anoche llegó aquí el rumor de que el general… había sido detenido en La Habana, que varios jóvenes habían aparecido asesinados en el cementerio de Santiago de Cuba. Tuve la sensación de que habíamos perdido el tiempo miserablemente; aunque afortunadamente hoy parece comprobarse que el general… se encuentra en su puesto, qué necesidad tenemos de correr esos riesgos.

Lo que dije al mensajero en cuanto a rendición, que no fue trasmitido literalmente y pareció motivar las palabras de su nota de hoy, fue lo siguiente: «que si se rompían las hostilidades por no cumplirse lo acordado, nos veríamos obligados a atacar la Plaza de Santiago de Cuba, lo que es inevitable, dado que en ese sentido hemos encaminado nuestros esfuerzos en los últimos meses, en cuyo caso, una vez iniciada la operación, exigiríamos la rendición de las fuerzas que la defienden». Esto no quiere decir que pensemos que se rindan sin combatir, porque sé que, aun sin razón para combatir, los militares cubanos defienden las posiciones con tozudez y nos han costado muchas vidas. Quise decir solo que después que se haya derramado la sangre de nuestros hombres por la conquista de un objetivo, no podía aceptarse otra solución, ya que aunque nos cueste muy caro, dadas las condiciones actuales de las fuerzas que defienden al régimen, las cuales no podrán prestar apoyo a esa ciudad, esta caería inexorablemente en nuestras manos. Ese ha sido el objetivo

básico de todas nuestras operaciones en los últimos meses, y un plan de esa envergadura no puede suspenderse por unas semanas sin graves consecuencias, caso de que el movimiento militar se frustre, perdiéndose, además, el momento oportuno, que es este, cuando la dictadura está sufriendo grandes reveses en las provincias de Oriente y Las Villas.

Se nos pone en el dilema de renunciar a las ventajas de nuestra victoria o atacar, un triunfo seguro a cambio de un triunfo probable. ¿Cree usted que con la nota de ayer, ambigua y lacónica, contentiva de una decisión unilateral, pueda yo incurrir en la responsabilidad de mantener en suspenso los planes? Como militar sí, reconozca que se nos pide un imposible. Ustedes no han dejado un minuto de hacer trincheras, esas trincheras las pueden utilizar contra nosotros un Pedraza, un Pilar García, o un Cañizares, si el general… es relevado del mando y con él sus hombres de confianza. No se nos puede pedir que permanezcamos ociosos; vea usted que se… aunque defiendan con valor sus armas, no nos queda más remedio que atacar, porque nosotros también tenemos obligaciones muy sagradas que cumplir.

Más que aliados, deseo que los militares honorables y nosotros seamos compañeros de una sola causa, que es la de Cuba. Deseo, por encima de todo, que usted y sus compañeros no se hagan una idea errónea de mi actitud y de mis sentimientos, que… se confunda con… Respecto a la tácita suspensión del fuego en la zona de Santiago de Cuba, para evitar toda duda, ratifico que aunque en cualquier instante antes de que se inicien los combates podemos reanudar las operaciones, a partir de hoy debe quedar advertido que el ataque se va a producir de un momento a otro, y que por ninguna razón volveremos a suspender los planes, ya que lo nuestro… puede sembrar la confusión en el pueblo y perjudicar la moral de nuestros combatientes.

Atentamente, Fidel Castro Ruz

El coronel Rego me respondió con una pundonorosa carta que es también digna de honor y que dice así:

Señor:

Recibí su atenta carta fechada en el día de hoy y créame que le agradezco profundamente la aclaración relativa a la nota anterior, aunque debo manifestarle que siempre supuse que se trataba de una mala interpretación,

pues a través del tiempo he observado su línea de conducta y estoy convencido de que usted es un hombre de principios.

Yo desconocía los detalles del plan original, pues solamente fui informado de la parte a mí concerniente, cómo también desconozco algunos pequeños detalles del plan actual. Yo estimo que en parte usted tiene razón cuando hace el análisis del plan original; pero creo que demoraría unos días más en llegar a su consumación y nunca podría evitarse que muchos de los culpables, grandes, medianos y chicos se escaparan.

Soy de los que piensó que es absolutamente necesario dar un ejemplo en Cuba para aquellos que aprovechando las posiciones del poder cometen toda clase de hechos punibles, pero, desgraciadamente, la historia está plagada de casos semejantes y rara vez los culpables pueden ser puestos a disposición de las autoridades competentes, porque rara vez con las revoluciones se hace lo que tiene que hacerse…

Comprendo perfectamente sus preocupaciones en el presente caso, aunque yo, menos responsabilizado por la historia, más bien la acepto. […]

No tengo motivos para suponer que persona alguna esté tratando de propiciar la fuga del culpable y, personalmente, soy opuesto a tal cosa» —decía el coronel Rego Rubido— pero caso de producirse, la responsabilidad histórica por tales hechos recaería sobre quien los hiciere posibles y nunca sobre los demás.

Creo, sinceramente, que todo habrá de producirse en armonía con sus ideas y que, en general, está… inspirado en los mejores deseos para bien de Cuba y de la Revolución que usted da comienzo.

Supe de un joven estudiante muerto que se encontraba en el cementerio y hoy mismo dispuse que se agotaran los medios investigativos, a fin de determinar quién fue el autor y las circunstancias en que ocurriera el hecho, tal como lo realicé en días pasados hasta poner a disposición de la autoridad judicial correspondiente a los presuntos responsables.

Finalmente debo informarle que le cursé un despacho al General interesando un avión para hacerle llegar su conceptuosa carta, y no se impaciente que a lo mejor antes de la fecha fijada como límite máximo está usted en La Habana.

Cuando el General se marchó, le pedí que me dejara el helicóptero con el piloto por si a usted se le ocurría pasear el domingo por la tarde sobre Santiago.

Bueno, Doctor, reciba usted el testimonio de mi mejor consideración y el ferviente deseo de un feliz año nuevo.

Firmado: Coronel Rego Rubido.

En este estado estaban las conversaciones cuando, tanto el coronel Rego, jefe de la Plaza de Santiago de Cuba, como yo, fuimos sorprendidos por el golpe de Estado de Columbia que se apartaba por completo de lo acordado. Y lo primero que se hizo, lo más criminal que se hizo, fue dejar escapar a Batista, a Tabernilla y a los grandes culpables. Los dejaron escapar con sus millones de pesos, los dejaron escapar con los trescientos ó cuatrocientos millones de pesos que se han robado y ¡muy caro nos va a costar eso!, porque ahora van a estar desde Santo Domingo y desde otros países haciendo propaganda contra la Revolución, fraguando todo el daño posible contra nuestra causa, y durante muchos años los vamos a tener ahí amenazando a nuestro pueblo, manteniéndonos en constante estado de alerta, porque van a pagar y a fraguar conspiraciones contra nosotros.

¿Qué hicimos nosotros tan pronto supimos del golpe, que nos enteramos por Radio Progreso? Ya a esa hora, adivinando yo lo que se estaba fraguando, estaba haciendo unas declaraciones cuando me entero de que Batista se había ido para Santo Domingo. Y yo pensé: ¿Será un error, será una bola? Y mando a ratificar cuando escuché que, efectivamente, el señor Batista y su camarilla se habían escapado, y lo más bonito es que el general Cantillo decía que ese movimiento se había producido gracias a los patrióticos propósitos del general Batista, ¡los patrióticos propósitos del general Batista!, que renunciaba para ahorrar derramamiento de sangre, ¿qué les parece?

Hay algo más todavía. Para tener una idea de la clase de golpe que se preparó, basta decir que a Pedraza lo había nombrado miembro de la Junta y se fue. Yo creo que no hay que añadir nada más para ver la clase de intenciones que tenían los golpistas. Y no nombraron al presidente Urrutia, que es el presidente proclamado por el Movimiento y por todas las organizaciones revolucionarias. Llamaron a un señor que es nada menos que el más viejo de todos los magistrados del Tribunal Supremo, que son bastante viejos todos, y sobre todo un señor que ha sido presidente, hasta hoy, de un Tribunal Supremo de Justicia, donde no había justicia de ninguna clase.

¿Cuál iba a ser el resultado de todo esto? Pues una revolución a media, una componenda, una caricatura de revolución. El señor Perico de los

Palotes; lo mismo da que se llame de una manera o de otra este señor Piedra, que a estas horas si no ha renunciado que se prepare que lo vamos a ir a hacer renunciar a La Habana. Creo que no dura las 24 horas. Va a romper un récord.

Designan a este señor, y muy bonito: Cantillo, héroe nacional, paladín de las libertades cubanas, amo y señor de Cuba, y el señor Piedra allí. Sencillamente habíamos derrocado a un dictador para implantar otro. En todos los órdenes, el movimiento de Columbia era un movimiento contrarrevolucionario; en todos los órdenes se apartaba del propósito del pueblo; en todos los órdenes era sospechoso, e inmediatamente el señor Piedra dijo que iba a hacer un llamamiento para llamar a los rebeldes y una comisión de paz, y nosotros tan tranquilos dejábamos los fusiles y lo dejábamos todo y nos íbamos allá a rendirles pleitesía al señor Piedra y al señor Cantillo.

Era evidente que tanto Cantillo como Piedra estaban en la luna. Estaban en la luna, porque creo que el pueblo de Cuba ha aprendido mucho y los rebeldes hemos aprendido algo.

Esa era la situación esta mañana, que no es la situación esta noche porque ha cambiado mucho. Frente a este hecho, ante esta traición, dimos órdenes a todos los comandantes rebeldes de continuar las operaciones militares y de continuar marchando sobre los objetivos; en consecuencia, inmediatamente dimos órdenes a todas las columnas destinadas a la operación de Santiago de Cuba a avanzar sobre la ciudad.

Yo quiero que ustedes sepan que nuestras fuerzas venían muy seriamente decididas a tomar a Santiago de Cuba por asalto. Ello hubiera sido muy lamentable, porque hubiese costado mucha sangre y esta noche de hoy no sería una noche de alegría como esta, ni de paz como esta, ni de confraternidad como esta.

Debo confesar que si en Santiago de Cuba no se libró una batalla sangrienta se debe, en gran parte, a la patriótica actitud del coronel del ejército José Rego Rubido; a los comandantes de las fragatas *Máximo Gómez* y *Maceo*, al jefe del distrito naval de Santiago de Cuba y al oficial que desempeñaba el cargo de la jefatura de policía. Todos —y es justo que aquí lo reconozcamos y se lo agradezcamos— contribuyeron a evitar una sangrienta batalla y a convertir el movimiento contrarrevolucionario de esta mañana en el movimiento revolucionario de esta tarde.

A nosotros no nos quedaba otra alternativa que atacar porque no podíamos permitir la consolidación del golpe de Columbia y, por lo tanto, había que atacar sin esperar. Y cuando las tropas saltaban ya sobre sus objetivos, el coronel Rego hizo un viaje en el helicóptero para localizarme; los jefes de las fragatas hicieron contactos con nosotros y se pusieron, incondicionalmente, a las órdenes de la Revolución.

Contándose ya con el apoyo de las dos fragatas, que tienen un altísimo poder de fuego, con el apoyo del distrito naval y con el apoyo de la policía, convoqué entonces a una reunión de todos los oficiales del ejército de la Plaza de Santiago de Cuba, que son más de 100. Les dije a esos militares, cuando los invité a reunirse conmigo, que yo no tenía la menor preocupación en hablarles, porque sabía que tenía la razón; porque sabía que comprenderían mis argumentos y que de esta reunión se llegaría a un acuerdo. Y, efectivamente, en horas de la noche, en los primeros momentos de la noche, nos reunimos en El Escandel, la casi totalidad de los oficiales del ejército de Santiago de Cuba, muchos de ellos hombres jóvenes que se les ve ansiosos de luchar por el bien de su país.

Reuní a aquellos militares y les hablé de nuestro sentimiento revolucionario; les hablé de nuestro propósito con nuestra patria; les hablé de lo que queríamos para el país, de cuál había sido siempre nuestra conducta con los militares, de todo el daño que le había hecho la tiranía al ejército y cómo no era justo que se considerase por igual a todos los militares, que los criminales solo eran una minoría insignificante, y que había muchos militares honorables en el ejército, que yo sé que aborrecían el crimen, el abuso y la injusticia.

No era fácil para los militares desarrollar un tipo determinado de acción; era lógico, en cuanto los cargos más elevados del ejército estaban en manos de los Tabernilla, de los Pilar García, de los parientes y de los incondicionales de Batista, y existía un gran terror en el ejército. A un oficial aisladamente no se le podía pedir responsabilidad.

Había dos clases de militares —y nosotros los conocemos bien—: los militares como Sosa Blanco, Cañizares, Sánchez Mosquera, Chaviano, que se caracterizaron por el crimen y el asesinato a mansalva de infelices campesinos. Pero hubo militares que fueron muy honrados en su campaña; hubo militares que jamás asesinaron a nadie, ni quemaron una casa, como fue el comandante Quevedo, que fue nuestro prisionero, después de una heroica

resistencia en la batalla de El Jigüe, y que hoy sigue siendo comandante del ejército; el comandante Sierra, y otros muchos militares que jamás quemaron una casa. A esos militares no los ascendían, a los que ascendían eran a los criminales, porque Batista siempre se encargó de premiar el crimen. Tenemos el caso, por ejemplo, del coronel Rego Rubido, que no le debe sus grados a la dictadura, sino que ya era coronel cuando se produjo el 10 de marzo.

El hecho cierto es que reclamé el apoyo de la oficialidad del ejército de Santiago de Cuba, y la oficialidad del ejército de Santiago de Cuba le brindó su apoyo incondicional a la Revolución Cubana. Reunidos los oficiales de la marina, de la policía y del ejército, se acordó desaprobar el golpe amañado de Columbia y apoyar al Gobierno legal de la República, porque cuenta con la mayoría de nuestro pueblo, que es el doctor Manuel Urrutia Lleó. Gracias a esa actitud se ahorró mucha sangre; gracias a esa actitud se ha gestado de verdad, en la tarde de hoy, un verdadero movimiento militar revolucionario.

Yo comprendo que en el pueblo hay muchas pasiones justificadas, yo comprendo las ansias de justicia que hay en nuestro pueblo y tendremos que hacer justicia. Pero yo le quiero pedir a nuestro pueblo aquí… estamos en instantes en que debemos consolidar el poder antes que nada, ¡lo primero ahora es consolidar el poder! Después reuniremos una comisión de militares honorables y de oficiales del Ejército Rebelde, para tomar todas las medidas que sean aconsejables, para exigir responsabilidad a aquellos que la tengan. ¡Y nadie se opondrá!, porque al ejército y a las fuerzas armadas son a los que más les interesan que la culpa de unos cuantos no la pague todo el cuerpo, y que no sea una vergüenza vestir el uniforme militar; que los culpables sean castigados para que los inocentes no tengan que cargar con el descrédito.

¡Tengan confianza en nosotros!, es lo que le pedimos al pueblo, porque sabremos cumplir con nuestro deber.

En esas circunstancias se realizó en la tarde de hoy un verdadero movimiento revolucionario del pueblo, de los militares y de los rebeldes, en la ciudad de Santiago de Cuba. Es indescriptible el entusiasmo de los militares, y en prueba de confianza les pedí a los oficiales que entraran conmigo en Santiago de Cuba, ¡y aquí están todos los oficiales del ejército! ¡Ahí están los tanques a disposición de la Revolución! ¡Ahí está la artillería a disposición de la Revolución! ¡Ahí están las fragatas a disposición de la Revolución!

Yo no voy a decir que la Revolución tiene pueblo, eso ni se dice, eso lo sabe todo el mundo. Yo decía que el pueblo, que antes tenía escopeticas, ya tiene artillería, tanques y fragatas, y tiene muchos técnicos capacitados del ejército que nos van a ayudar a manejarlas. ¡Ahora sí que el pueblo está armado! Yo les aseguro que si cuando éramos 12 hombres solamente no perdimos la fe, ahora que tenemos ahí 12 tanques cómo vamos a perder la fe.

Quiero aclarar que en el día de hoy, esta noche —esta madrugada, porque es casi de día—, tomará posesión de la presidencia de la República el ilustre magistrado, doctor Manuel Urrutia Lleó. ¿Cuenta o no cuenta con el apoyo del pueblo el doctor Urrutia? Pero quiere decir que el presidente de la República, el presidente legal es el que cuenta con el pueblo, que es el doctor Manuel Urrutia Lleó.

¿Quién quiere al señor Piedra para presidente? Si nadie quiere al señor Piedra para presidente, ¿cómo se nos va a imponer al señor Piedra?

Si esa es la orden del pueblo de Santiago de Cuba, que es el sentimiento del pueblo de Cuba entera, tan pronto concluya este acto marcharé con las tropas veteranas de la Sierra Maestra, los tanques y la artillería hacia la capital, para que se cumpla la voluntad del pueblo.

Aquí estamos, sencillamente, a las órdenes del pueblo. Lo legal en este momento es el mandato del pueblo; al presidente lo elige el pueblo y no lo elige un conciliábulo en Columbia a las 4:00 de la madrugada. El pueblo ha elegido a su presidente y eso quiere decir que desde este instante quedó constituida la máxima autoridad legal de la República. Ninguno de los cargos, ni de los grados que se han conferido de acuerdo con la Junta Militar de la madrugada de hoy tienen validez alguna; todos los nombramientos de cargos dentro del ejército son nulos —me refiero a todos los nombramientos que se hicieron esta mañana—; quien acepte un cargo designado por la Junta traicionera de esta mañana, estará asumiendo una actitud contrarrevolucionaria, llámese como se llame y, en consecuencia, quedará fuera de la ley.

Tengo la completa seguridad de que mañana todos los mandos militares de la República habrán aceptado las disposiciones del presidente de la República.

El presidente procederá de inmediato a designar a los jefes del ejército, de la marina y de la policía. Por los altos servicios que ha prestado en esta hora a la Revolución y por haber puesto sus miles de hombres a la disposición

de la Revolución, le recomendamos como jefe del ejército al coronel Rego Rubido, que es un hombre... Igualmente se designará como jefe de la marina a uno de los dos comandantes de la fragata que primero se sumaron a la Revolución , y le he recomendado al presidente de la República que designe para jefe nacional de la policía al comandante Efigenio Ameijeiras, que ha perdido dos hermanos, que es uno de los expedicionarios del *Granma* y uno de los hombres más capacitados del ejército revolucionario. Ameijeiras está en operaciones en Guantánamo, pero pronto llega aquí.

Yo solo pido tiempo para nosotros y para el Poder Civil de la República, a fin de ir realizando las cosas a gusto del pueblo, pero poco a poco. Solo le pido una cosa al pueblo, y es que tenga calma. [...] El poder no ha sido fruto de la política, ha sido fruto del sacrificio de cientos y de miles de nuestros compañeros. No hay otro compromiso que con el pueblo y que, con la nación cubana. Llega al poder un hombre sin compromiso con nadie, sino con el pueblo exclusivamente.

El Che Guevara recibió la orden de avanzar sobre la capital no provisional de la República, y el comandante Camilo Cienfuegos, jefe de la columna 2 Antonio Maceo, ha recibido la orden de marchar sobre la gran Habana y asumir el mando del campamento militar de Columbia. Se cumplirán, sencillamente, las órdenes del presidente de la República y el mandato de la Revolución.

De los excesos que se hayan cometido en La Habana no se nos culpe a nosotros, nosotros no estábamos en La Habana; de los desórdenes ocurridos en La Habana, cúlpese al general Cantillo y a los golpistas de la madrugada, que creyeron que iban a dominar la situación allí. [...] Esperamos que todos los militares honorables acaten estas disposiciones porque el militar, antes que nada, está al servicio de la ley y de la autoridad, no de la autoridad constituida, porque muchas veces está una autoridad mal constituida, la autoridad legítimamente constituida.

Ningún militar honorable tiene nada que temer de la Revolución. Aquí en esta lucha no hay vencidos, porque solo el pueblo ha sido el vencedor. Hay algunos caídos de un lado y de otro, pero todos nos hemos unido para darle la victoria a la nación. Nos hemos dado el abrazo fraternal, los militares buenos y los revolucionarios. No habrá ya más sangre, espero que ningún núcleo haga resistencia; porque aparte de ser una resistencia inútil y una resistencia que sería aplastada en pocos instantes, sería una resistencia

contra la ley y contra la República, y contra el sentimiento de la nación cubana. [...]

No habrá privilegios para nadie; el militar que tenga capacidad y tenga méritos será el que ascienda, y no el pariente, el amigo, como ha existido hasta hoy, que no se han respetado los escalafones.

Para los militares se acabará, como se acabará para los trabajadores, toda esa explotación de contribuciones obligatorias, que en los obreros es la cuota sindical y en los militares es el peso para la primera dama, y los dos pesos para esto y los dos pesos para lo otro, y les acaban con el sueldo.

Naturalmente que el pueblo todo lo debe esperar de nosotros, y lo va a recibir. Pero he hablado de los militares para que ellos sepan que también todo lo van a recibir de la Revolución, todas las mejoras que jamás han tenido, porque cuando no se robe el dinero de los presupuestos estarán mucho mejor los militares de lo que están hoy. El soldado no ejercerá funciones de policía, el soldado estará en su entrenamiento, en su cuartel, no tendrá que estar ejerciendo funciones de policía. [...]

Tengo la seguridad de que tan pronto tome posesión y asuma el mando el presidente de la República decretará el restablecimiento de las garantías, y la absoluta libertad de prensa y todos los derechos individuales en el país , todos los derechos sindicales, y todos los derechos y todas las demandas de nuestros campesinos y de nuestro pueblo. No nos olvidaremos de nuestros campesinos de la Sierra Maestra y de Santiago de Cuba; no nos iremos a vivir a La Habana, olvidado de todos, donde yo quiero vivir es en la Sierra Maestra. Por lo menos, en la parte que me corresponda, por un sentimiento muy profundo, de gratitud, no olvidaré a aquellos campesinos, y tan pronto tenga un momento libre voy a ver adónde vamos a hacer la primera ciudad escolar, con cabida para veinte mil niños. Y la vamos a hacer con la ayuda del pueblo; los rebeldes van a trabajar allí y vamos a pedir a cada ciudadano un saco de cemento y una cabilla, y yo sé que obtendremos la ayuda de nuestra ciudadanía. [...]

La economía del país se restablecerá inmediatamente. Este año nosotros seremos los que cuidemos la caña, para que no se queme, porque este año los impuestos del azúcar no servirán para comprar armas homicidas, y bombas y aviones para bombardear al pueblo.

Cuidaremos las comunicaciones y ya, desde Jiguaní hasta Palma Soriano, la línea telefónica está restablecida y la vía férrea será restablecida. Habrá

zafra en todo el país y habrá buenos salarios, porque yo sé que ese es el propósito del presidente de la República. Y habrá buenos precios porque, precisamente, el miedo a que no hubiera zafra ha levantado los precios del mercado mundial; y los campesinos podrán sacar su café, y los ganaderos podrán vender sus reses gordas en La Habana, porque afortunadamente el triunfo ha llegado a tiempo, para que no haya ruinas de ninguna clase.

No es a mí a quien le corresponda hablar de estas cosas. Ustedes saben que somos hombres de palabra y que lo que prometemos lo cumplimos, y queremos prometer menos de lo que vamos a cumplir, no más, sino menos de lo que vamos a cumplir y hacer más de lo que ofrezcamos al pueblo de Cuba.

No creemos que todos los problemas se vayan a resolver fácilmente, sabemos que el camino está trillado de obstáculos, pero nosotros somos hombres de fe, que nos enfrentamos siempre a las grandes dificultades. Podrá estar seguro el pueblo de una cosa, que es que podemos equivocarnos una y muchas veces, lo único que no podrá decir jamás de nosotros es que robamos, que traicionamos, que hicimos negocios sucios… Y yo sé que el pueblo los errores los perdona y lo que no perdona son las sinvergüencerías, y los que hemos tenido son sinvergüenzas.

Al asumir como presidente el magistrado, doctor Manuel Urrutia Lleó, a partir de ese instante, cuando jure ante el pueblo la presidencia de la República, él será la máxima autoridad de nuestro país. Nadie piense que yo pretenda ejercer facultades aquí por encima de la autoridad del presidente de la República, yo seré el primer acatador de las órdenes del Poder Civil de la República y el primero en dar el ejemplo; cumpliremos sencillamente sus órdenes, y, dentro de las atribuciones que nos conceda, trataremos de hacer lo más posible por nuestro pueblo, sin ambiciones, porque afortunadamente estamos inmunes a las ambiciones y a la vanidad. ¡Qué mayor gloria que el cariño de nuestro pueblo! ¡Qué mayor premio que esos millares de brazos que se agitan llenos de esperanzas, de fe y de cariño hacia nosotros!

Nunca nos dejaremos arrastrar por la vanidad ni por la ambición, porque como dijo nuestro Apóstol: «toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz», y no hay satisfacción ni premio más grande que cumplir con el deber, como lo hemos estado haciendo hasta hoy y como lo haremos siempre. Y en esto no hablo en mi nombre, hablo en nombre de los miles y miles de combatientes que han hecho posible la victoria del pueblo; hablo del profundo

sentimiento de respeto y de devoción hacia nuestros muertos, que no serán olvidados. Los caídos tendrán en nosotros los más fieles compañeros. Esta vez no se podrá decir como otras veces que se ha traicionado la memoria de los muertos, porque los muertos seguirán mandando. Físicamente no están aquí Frank País, Josué País, ni tantos otros, pero están moralmente, están espiritualmente, y solo la satisfacción de saber que el sacrificio no ha sido en vano, compensa el inmenso vacío que dejaron en el camino. ¡Sus tumbas seguirán teniendo flores frescas! ¡Sus hijos no serán olvidados, porque los familiares de los caídos serán ayudados! Los rebeldes no cobraremos sueldo por los años que hemos estado luchando y nos sentimos orgullosos de no cobrar sueldos por los servicios que les hemos prestado a la Revolución, [...]

Pero también quiero aquí repetir lo que dije en *La Historia me absolverá*, que es que velaremos porque no les falten el sustento, ni la asistencia, ni la educación a los hijos de los militares que han caído luchando contra nosotros, porque ellos no tienen culpa de los horrores de la guerra. Y seremos generosos con todos, porque, repito, aquí no ha habido vencidos sino vencedores. Serán castigados solo los criminales de guerra, porque ese es un deber ineludible con la justicia, y ese deber puede tener la seguridad el pueblo de que lo cumpliremos. Y cuando haya justicia, no habrá venganza. Para que el día de mañana no haya atentados contra nadie, tiene que haber justicia hoy; como habrá justicia no habrá venganza ni habrá odio. El odio lo desterraremos de la República, como una sombra maldita que nos dejó la ambición y la tiranía.

Triste es que se hayan escapado los grandes culpables, no faltan miles de hombres que quieran perseguirlos, pero nosotros tenemos que respetar las leyes de otros países. A nosotros nos sería fácil, porque voluntarios que estén dispuestos a jugarse la vida, tenemos de sobra para ir a perseguir a esos delincuentes; pero no queremos aparecer como un pueblo que viole las leyes de los demás pueblos. Las respetaremos mientras se respeten las nuestras, pero sí es cierto que si en Santo Domingo se ponen a conspirar contra nosotros...

Yo había pensado, en alguna ocasión, que Trujillo nos había hecho daño vendiéndole armas a Batista, y el daño que hizo no fue porque vendiera armas, sino porque vendiera armas tan malas que a nosotros nos cayeron en nuestras manos y no servían para nada. Sin embargo, vendió bombas, y

con las bombas fueron asesinados muchos campesinos. No dan ni deseos de devolverle las carabinas porque no sirven, sino de devolverle algo mejor…

Sí, es lógico, en primer término, que los perseguidos políticos de Santo Domingo tendrán aquí su mejor casa y su mejor asilo, y los perseguidos políticos de toda la dictadura tendrán aquí su mejor casa y la mayor comprensión, porque nosotros hemos sido perseguidos políticos.

Si Santo Domingo se convierte en arsenal de la contrarrevolución, si Santo Domingo se convierte en base de conspiraciones contra la Revolución Cubana, si estos señores se dedican desde allá a hacer conspiraciones, más vale que se vayan pronto de Santo Domingo, porque allí no van a estar tampoco muy seguros. Y no seremos nosotros, porque nosotros no tenemos que meternos en los problemas de Santo Domingo, es que los dominicanos han aprendido el ejemplo de Cuba y las cosas se van a poner por allí muy serias. Los dominicanos han aprendido que es posible pelear contra la tiranía y derrotarla, y este ejemplo es lo que más temían, precisamente, los dictadores; ejemplo alentador para América que acaba de producirse en nuestra patria.

Vela por el curso y el destino de esta Revolución la América entera; toda ella tiene sus ojos puestos en nosotros, toda ella nos acompaña con sus mejores deseos de triunfo, toda ella nos respaldará en nuestros momentos difíciles. Esta alegría de hoy no solo es en Cuba, sino en América entera. Como nosotros nos hemos alegrado cuando ha caído un dictador en América Latina, ellos también se alegran hoy por los cubanos.

Debo concluir aunque sea enorme el cúmulo de sentimientos y de ideas que con el desorden, el bullicio y la emoción de hoy acuden a nuestra mente. Decía —y quedó sin concluir aquella idea— que habría justicia y que era lamentable que hubiesen escapado los grandes culpables, por culpa de quienes ya sabemos, […]

¡Quién viera por un agujero —como dice el pueblo— al señor Batista en estos momentos! ¡Al guapo, al hombre soberbio que no pronunciaba un solo discurso si no era para llamar cobardes, miserables y bandidos a todos los demás! Aquí ni siquiera se ha llamado bandido a nadie, aquí no reina ni se respira el odio, la soberbia ni el desprecio, como en aquellos discursos de la dictadura. Aquel hombre que dice que cuando entró en Columbia llevaba una bala en la pistola, se marchó en horas de la madrugada en un avión con una bala en la pistola. Quedó demostrado que los dictadores no son

tan temibles ni tan suicidas, y que cuando llega la hora en que están perdidos, huyen cobardemente. Lo lamentable realmente es que haya escapado cuando pudiera haber sido hecho prisionero, y si hacemos prisionero a Batista le hubiéramos quitado los doscientos millones de pesos que se robó. ¡Reclamaremos el dinero téngalo donde lo tenga, porque no son delincuentes políticos, sino delincuentes comunes! Y vamos a ver los que aparezcan en las embajadas, si es que el señor Cantillo no les ha dado ya salvoconducto. Vamos a distinguir entre los delincuentes políticos y los delincuentes comunes; asilo para los delincuentes políticos, nada para los delincuentes comunes. Tienen que ir ante los tribunales y demostrar que son delincuentes políticos, y si se demuestra que son delincuentes comunes, que los entreguen a las autoridades. [...]

Ahora hablará el que quiera, bien o mal, pero hablará el que quiera. No es como ocurría aquí, que hablaban ellos solos y hablaban mal, habrá libertad... porque para eso... Libertad para que nos critiquen y nos ataquen; siempre será un placer hablar cuando nos combaten con la libertad que hemos ayudado a conquistar para todos. Nunca los ofenderemos, siempre nos defenderemos y seguiremos solo una norma, la norma del respeto al derecho y a los pensamientos de los demás. [...]

Temporalmente la tarea de los fusiles ha cesado. Los fusiles se guardarán donde estén al alcance de los hombres que tendrán el deber de defender nuestra soberanía y nuestros derechos.

Pero cuando nuestro pueblo se vea amenazado, no pelearán solo los treinta mil o cuarenta mil miembros de las Fuerzas Armadas, sino pelearán los trescientos mil o cuatrocientos mil, o quinientos mil cubanos, hombres y mujeres que aquí pueden pelear. Habrá las armas necesarias para que aquí se arme todo el que quiera combatir cuando llegue la hora de defender nuestra soberanía. Porque está demostrado que no solo pelean los hombres, sino pelean las mujeres también en Cuba, y la mejor prueba es el pelotón Mariana Grajales, que tanto se distinguió en numerosos combates. Y las mujeres son tan excelentes soldados como nuestros mejores soldados hombres.

Yo quería demostrar que las mujeres podían ser buenos soldados. Al principio la idea me costó mucho trabajo porque existían muchos prejuicios y había hombres que decían que cómo mientras hubiera un hombre con una escopeta se le iba a dar un fusil a una mujer. ¿Y por qué no?

Yo quería demostrar que las mujeres podían ser tan buenos soldados, y que existían muchos prejuicios… con relación a la mujer, y que la mujer es un sector de nuestro país que necesita, también ser redimido, porque es víctima de la discriminación en el trabajo y en otros muchos aspectos de la vida.

Organizamos las unidades de mujeres, que demostraron que las mujeres pueden pelear, y cuando en un pueblo pelean los hombres y pueden pelear las mujeres, ese pueblo es invencible.

Mantendremos organizadas las milicias o la reserva de combatientes femeninas y las mantendremos entrenadas, todos los voluntarios. Y estas jóvenes que hoy veo con los vestidos negro y rojo, del 26 de julio, yo aspiro a que aprendan también a manejar las armas.

Y esta Revolución, compatriotas, que se ha hecho con tanto sacrificio, ¡nuestra Revolución, la Revolución del pueblo, es ya hermosa e indestructible realidad! ¡Cuánto motivo de fundado orgullo, cuánto motivo de sincera alegría y esperanzas para todo nuestro pueblo! Yo sé que no es aquí solo, en Santiago de Cuba; es desde la punta de Maisí hasta el cabo de San Antonio.

Ardo en esperanzas de ver al pueblo a lo largo de nuestro recorrido hasta la capital, porque sé que es la misma esperanza, la misma fe de un pueblo entero que se ha levantado, que soportó paciente todos los sacrificios, que no le importó el hambre; que cuando dimos permiso tres días para que se restablecieran las comunicaciones, para que no pasara hambre, todo el mundo protestó, porque lo que querían era lograr la victoria costara lo que costara. Y este pueblo bien merece todo un destino mejor, bien merece alcanzar la felicidad que no ha logrado en sus 50 años de República; bien merece convertirse en uno de los primeros pueblos del mundo, por su inteligencia, por su valor, por su espíritu.

Nadie puede pensar que hablo demagógicamente, nadie puede pensar que quiero engañar al pueblo; he demostrado suficientemente mi fe en el pueblo, porque cuando vine con 82 hombres a las playas de Cuba y la gente decía que nosotros estábamos locos y nos preguntaban que por qué pensábamos ganar la guerra, yo dije: «porque tenemos al pueblo». Y cuando fuimos derrotados la primera vez, y quedamos un puñado de hombres y persistimos en la lucha, sabíamos que esta sería una realidad, porque creíamos en el pueblo; cuando nos dispersaron cinco veces en el término de 45

días, y nos volvimos a reunir y reanudar la lucha, era porque teníamos fe en el pueblo, y hoy es la más palpable demostración de que aquella fe era fundamentada.

Tengo la satisfacción de haber creído profundamente en el pueblo de Cuba y de haberles inculcado esa fe a mis compañeros; esa fe que más que una fe es una seguridad completa en nuestros hombres. Y esa misma fe que nosotros tenemos en ustedes, es la fe que nosotros queremos que ustedes tengan en nosotros siempre.

La República no fue libre en 1895 y el sueño de los mambises se frustró a última hora; la Revolución no se realizó en 1933 y fue frustrada por los enemigos de ella. Esta vez la Revolución tiene al pueblo entero, tiene a todos los revolucionarios, tiene a los militantes honorables. ¡Es tan grande y tan incontenible su fuerza, que esta vez el triunfo está asegurado!

Podemos decir con júbilo que en los cuatro siglos de fundada nuestra nación, por primera vez seremos enteramente libres y la obra de los mambises se cumplirá.

Hace breves días, el 24 de febrero, me fue imposible resistir la tentación de ir a visitar a mi madre, la que no veía desde hacía varios años. Cuando regresaba por el camino que cruza a través de los Mangos de Baraguá, en horas de la noche, un sentimiento de profunda devoción nos hizo detener allí, a los que viajábamos en el vehículo, en aquel lugar donde se levanta el monumento que conmemora la Protesta de Baraguá y el inicio de la Invasión. En aquella hora, la presencia en aquellos sitios, el pensamiento de aquellas proezas de nuestras guerras de independencia, la idea de que aquellos hombres hubiesen luchado durante 30 años para no ver logrados sus sueños porque la República se frustrara, y el presentimiento de que muy pronto la Revolución que ellos soñaron, la patria que ellos soñaron serían realidad, nos hizo experimentar una de las sensaciones más emocionantes que puedan concebirse.

Veía revivir aquellos hombres con sus sacrificios, con aquellos sacrificios que nosotros hemos conocido también de cerca; pensaba en sus sueños y sus ilusiones, que eran los sueños y las ilusiones nuestras, y pensé que esta generación cubana ha de rendir y ha rendido ya el más fervoroso tributo de reconocimiento y de lealtad a los héroes de nuestra independencia.

Los hombres que cayeron en nuestras tres guerras de independencia juntan hoy su esfuerzo con los hombres que han caído en esta guerra, y a todos

nuestros muertos en las luchas por la libertad podemos decirles que por fin ha llegado la hora en que sus sueños se cumplan; ha llegado la hora de que al fin ustedes, nuestro pueblo, nuestro pueblo bueno y noble, nuestro pueblo que es todo entusiasmo y fe, nuestro pueblo que quiere gratis, que confía gratis, que teme a los hombres con cariño más allá de sus ofrecimientos, tendrá lo que necesita. Y solo aquí me resta decirles, con modestia, con sinceridad, con profunda emoción, que en nosotros, en sus combatientes revolucionarios, tendrán siempre servidores leales, que solo tendrán por divisa servir.

Hoy, al tomar posesión de la presidencia de la República el doctor Manuel Urrutia Lleó, el magistrado que dijo que la Revolución era justa... el territorio liberado que ya es hoy toda patria; asumiré sencillamente las funciones que él me asigne, en sus manos queda toda la autoridad de la República. Nuestras armas se inclinan respetuosas ante el Poder Civil en la República civilista de Cuba. No tengo que decirle que esperamos que cumpla con su deber, porque sencillamente estamos seguros de que sabrá cumplirlo. El presidente provisional de la República de Cuba... Y la autoridad y le dejo en el uso de la palabra al pueblo.

CAMPAMENTO MILITAR DE COLUMBIA, LA HABANA, 8 DE ENERO DE 1959

Fidel llegó a La Habana el 8 de enero de 1959, después de atravesar la Isla en marcha triunfal. En el campamento de Columbia, hasta hacía poco la principal fortaleza militar de la dictadura, pronunció un discurso en el que dió a conocer los pasos que daría el nuevo Gobierno Revolucionario.

Compatriotas:

Yo sé que al hablar esta noche aquí se me presenta una de las obligaciones más difíciles, quizás, en este largo proceso de lucha que se inició en Santiago de Cuba, el 30 de noviembre de 1956.

El pueblo escucha, escuchan los combatientes revolucionarios, y escuchan los soldados del Ejército, cuyo destino está en nuestras manos.

Creo que es este un momento decisivo de nuestra historia: la tiranía ha sido derrocada. La alegría es inmensa. Y sin embargo, queda mucho por hacer todavía. No nos engañamos creyendo que en lo adelante todo será fácil; quizás en lo adelante todo sea más difícil.

Decir la verdad es el primer deber de todo revolucionario. Engañar al pueblo, despertarle engañosas ilusiones, siempre traería las peores consecuencias, y estimo que al pueblo hay que alertarlo contra el exceso de optimismo.

¿Cómo ganó la guerra el Ejército Rebelde? Diciendo la verdad. ¿Cómo perdió la guerra la tiranía? Engañando a los soldados.

Cuando nosotros teníamos un revés, lo declarábamos por «Radio Rebelde», censurábamos los errores de cualquier oficial que lo hubiese cometido, y advertíamos a todos los compañeros para que no le fuese a ocurrir lo mismo a cualquier otra tropa. No sucedía así con las compañías del Ejército. Distintas tropas caían en los mismos errores, porque a los oficiales y a los soldados jamás se les decía la verdad.

Y por eso yo quiero empezar —o, mejor dicho, seguir— con el mismo sistema: el de decirle siempre al pueblo la verdad.

Se ha andado un trecho, quizás un paso de avance considerable. Aquí estamos en la capital, aquí estamos en Columbia, parecen victoriosas las fuerzas revolucionarias; el gobierno está constituido, reconocido por numerosos países del mundo, al parecer se ha conquistado la paz; y, sin embargo, no debemos estar optimistas. Mientras el pueblo reía hoy, mientras el pueblo se alegraba, nosotros nos preocupábamos; y mientras más extraordinaria era la multitud que acudía a recibirnos, y mientras más extraordinario era el júbilo del pueblo, más grande era nuestra preocupación, porque más grande era también nuestra responsabilidad ante la historia y ante el pueblo de Cuba.

La Revolución tiene ya enfrente un ejército de zafarrancho de combate. ¿Quiénes pueden ser hoy o en lo adelante los enemigos de la Revolución? ¿Quiénes pueden ser ante este pueblo victorioso, en lo adelante, los enemigos de la Revolución? Los peores enemigos que en lo adelante pueda tener la Revolución Cubana somos los propios revolucionarios.

Es lo que siempre les decía yo a los combatientes rebeldes: cuando no tengamos delante al enemigo, cuando la guerra haya concluido, los únicos enemigos de la Revolución podemos ser nosotros mismos, y por eso decía siempre, y digo, que con el soldado rebelde seremos más rigurosos que con

nadie, que con el soldado rebelde seremos más exigentes que con nadie, porque de ellos dependerá que la Revolución triunfe o fracase. [...]

Lo primero que tenemos que preguntarnos los que hemos hecho esta Revolución es con qué intenciones la hicimos; si en alguno de nosotros se ocultaba una ambición, un afán de mando, un propósito innoble; si en cada uno de los combatientes de esta Revolución había un idealista o con el pretexto del idealismo se perseguían otros fines; si hicimos esta Revolución pensando que apenas la tiranía fuese derrocada íbamos a disfrutar de los gajes del poder; si cada uno de nosotros se iba a montar en una «cola de pato», si cada uno de nosotros iba a vivir como un rey, si cada uno de nosotros iba a tener un palacete, y en lo adelante para nosotros la vida sería un paseo, puesto que para eso habíamos sido revolucionarios y habíamos derrocado la tiranía; si lo que estábamos pensando era quitar a unos ministros para poner otros, si lo que estábamos pensando simplemente era quitar unos hombres para poner otros hombres; o si en cada uno de nosotros había verdadero desinterés, si en cada uno de nosotros había verdadero espíritu de sacrificio, si en cada uno de nosotros había el propósito de darlo todo a cambio de nada, y si de antemano estábamos dispuestos a renunciar a todo lo que no fuese seguir cumpliendo sacrificadamente con el deber de sinceros revolucionarios. Esa pregunta hay que hacérsela, porque de nuestro examen de conciencia puede depender mucho el destino futuro de Cuba, de nosotros y del pueblo.

Cuando yo oigo hablar de columnas, cuando oigo hablar de frentes de combate, cuando oigo hablar de tropas más o menos numerosas, yo siempre pienso: he aquí nuestra más firme columna, nuestra mejor tropa, la única tropa que es capaz de ganar sola la guerra: ¡Esa tropa es el pueblo!

Más que el pueblo no puede ningún general; más que el pueblo no puede ningún ejército. Si a mí me preguntaran qué tropa prefiero mandar, yo diría: prefiero mandar al pueblo, porque el pueblo es invencible. Y el pueblo fue quien ganó esta guerra, porque nosotros no teníamos tanques, nosotros no teníamos aviones, nosotros no teníamos cañones, nosotros no teníamos academias militares, nosotros no teníamos campos de reclutamiento y de entrenamiento, nosotros no teníamos divisiones, ni regimientos, ni compañías, ni pelotones, ni escuadras siquiera.

Luego, ¿quién ganó la guerra? El pueblo, el pueblo ganó la guerra. Esta guerra no la ganó nadie más que el pueblo —y lo digo por si alguien cree

que la ganó él, o por si alguna tropa cree que la ganó ella. Y por lo tanto, antes que nada está el pueblo.

Pero hay algo más: la Revolución no me interesa a mí como persona, ni a otro comandante como persona, ni al otro capitán, ni a la otra columna, ni a la otra compañía; la Revolución al que le interesa es al pueblo.

Quien gana o pierde con ella es el pueblo. Si el pueblo fue quien sufrió los horrores de estos siete años, el pueblo es quien tiene que preguntarse si dentro de diez o dentro de quince, o de veinte años, él, y sus hijos, y sus nietos, van a seguir sufriendo los horrores que ha estado sufriendo desde su inicio la República de Cuba, coronada con dictaduras como las de Machado y las de Batista.

Al pueblo le interesa mucho si nosotros vamos a hacer bien hecha esta Revolución o si nosotros vamos a incurrir en los mismos errores en que incurrió la revolución anterior, o la anterior, o la anterior, y en consecuencia vamos a sufrir las consecuencias de nuestros errores, porque no hay error sin consecuencias para el pueblo; no hay error político que no se pague, más tarde o más temprano.

Circunstancias hay que no son las mismas. Por ejemplo, estimo que en esta ocasión existe más oportunidad que nunca de que en realidad la Revolución cumpla su destino cabalmente. Es quizás por eso que sea tan grande el júbilo del pueblo, olvidándose un poco de lo mucho que hay que bregar todavía. [...]

¿Qué le interesa al pueblo? Un gobierno honrado. ¿No es un gobierno honrado lo que le interesa al pueblo? Ahí lo tiene: a un magistrado honorable de presidente de la República. ¿Qué le interesa, que hombres jóvenes y limpios sean los ministros del Gobierno Revolucionario? Ahí los tienen: analicen uno por uno los ministros del Gobierno Revolucionario, y díganme si hay ahí un ladrón, o un criminal, o un sinvergüenza. [...]

Es necesario hablar así, para que no surja la demagogia y el confusionismo y el divisionismo y que el primero que asome las orejas de la ambición, el pueblo lo conozca. Y por mi parte les digo que como al que quiero mandar es al pueblo, porque es la mejor tropa y que prefiero al pueblo que a todas las columnas armadas juntas, les digo que lo primero que haré siempre, cuando vea en peligro la Revolución, es llamar al pueblo. Porque hablándole al pueblo nos podemos ahorrar sangre; porque aquí, antes de tirar un tiro, hay que llamar mil veces al pueblo y hablarle al pueblo para que el pueblo,

sin tiros, resuelva los problemas. Yo, que tengo fe en el pueblo, y lo he demostrado, y sé lo que puede el pueblo, y creo que lo he demostrado, les digo que si el pueblo quiere aquí no vuelve a sonar nunca más un tiro en este país. Porque la opinión pública tiene una fuerza extraordinaria y tiene una influencia extraordinaria, sobre todo cuando no hay dictadura. En la época de dictadura la opinión pública no es nada, pero en la época de la libertad la opinión pública lo es todo, y los fusiles se tienen que doblegar y arrodillar ante la opinión pública. ¿Voy bien, Camilo? [...]

Lo importante, o lo que me falta por decirles, es que yo creo que los actos del pueblo de La Habana hoy, las concentraciones multitudinarias de hoy, esa muchedumbre de kilómetros de largo —porque esto ha sido asombroso, ustedes lo vieron; saldrá en las películas, en las fotografías—, yo creo que, sinceramente, ha sido una exageración del pueblo, porque es mucho más de lo que nosotros merecemos.

Sé, además, que nunca más en nuestras vidas volveremos a presenciar una muchedumbre semejante, excepto en otra ocasión —en que estoy seguro de que se van a volver a reunir las muchedumbres—, y es el día en que muramos, porque nosotros, cuando nos tengan que llevar a la tumba, ese día, se volverá a reunir tanta gente como hoy, porque nosotros ¡jamás defraudaremos a nuestro pueblo!

3. ANTE LA ASAMBLEA GENERAL DE LA ONU

NUEVA YORK, 26 DE SEPTIEMBRE DE 1960

Solo unos meses después del triunfo de la Revolución en 1959, Fidel Castro viaja a los Estados Unidos, por invitación de la Asociación de Editores de Periódicos (Association of Newspaper Editors). Retorna a ese país, en septiembre de 1960, para dirigirse a la Asamblea General de las Naciones Unidas con sede en Nueva York. En el aeropuerto fue recibido por miles de simpatizantes. El gobierno de los Estados Unidos inmediatamente restringió los movimientos de la delegación cubana a la isla de Manhattan. Después de conflictos con la dirección del Hotel Shelburne, los cubanos se trasladaron al Hotel Theresa en la Calle 125, en Harlem.

[…] Se habla del deseo universal de paz, que es el deseo de todos los pueblos y, por tanto, el deseo también de nuestro pueblo, pero esa paz, que el mundo desea preservar, es la paz con que nosotros los cubanos no contamos desde hace rato. Los peligros que otros pueblos del mundo pueden considerar más o menos lejanos son problemas y preocupaciones que para nosotros están muy próximos. Y no ha sido fácil venir a exponer aquí en esta asamblea los problemas de Cuba. No ha sido fácil para nosotros llegar aquí.

No sé si seremos unos privilegiados. ¿Seremos nosotros, los de la delegación cubana, la representación del tipo de gobierno peor del mundo? ¿Seremos nosotros, los representantes de la delegación cubana, acreedores al maltrato que hemos recibido? ¿Y por qué precisamente nuestra delegación? Cuba ha enviado muchas delegaciones a las Naciones Unidas, Cuba ha estado representada por diversas personas y, sin embargo, nos

correspondieron a nosotros las medidas de excepción: confinamiento a la Isla de Manhattan, consigna en todos los hoteles para que no se nos alquilasen habitaciones, hostilidad y, bajo el pretexto de la seguridad, el aislamiento.

Quizás ninguno de ustedes, señores delegados, ustedes, que traen no la representación individual de nadie, sino la representación de sus respectivos países, y que por lo tanto las cosas que a cada uno de ustedes se refieran han de preocuparles por lo que cada uno de ustedes represente, a su llegada a esta ciudad de Nueva York haya tenido que sufrir tratos personalmente vejaminosos, físicamente vejaminosos, como tuvo que sufrir el presidente de la delegación cubana.

No estoy agitando aquí, en esta asamblea. Me limito a decir la verdad. Era hora también de que nosotros tuviéramos la oportunidad de hablar. Sobre nosotros han estado hablando desde hace muchos días, han estado hablando los periódicos, y nosotros en silencio. Nosotros no podemos defendernos de los ataques aquí, en este país. Nuestra oportunidad para decir la verdad es esta, y no dejaremos de decirla.

Tratos personales vejaminosos, intentos de extorsión, desalojo del hotel en que residíamos, y cuando marchamos hacia otro hotel hemos puesto de nuestra parte todo lo posible para evitar dificultades, absteniéndonos por completo de salir de nuestro alojamiento, no asistiendo a ningún otro punto que a esta sala de las Naciones Unidas, las contadas veces que hemos asistido, y la aceptación a una recepción en la embajada del gobierno soviético. Sin embargo, eso no bastó para que nos dejaran en paz.

Había aquí, en este país, una numerosa inmigración cubana. Pasan de cien mil los cubanos que en los últimos 20 años se han trasladado a este país desde su propia tierra, donde ellos habrían deseado estar siempre, y adonde desean regresar siempre, los que por razones sociales o económicas se ven obligados a abandonar su patria. Esa población cubana se dedicaba aquí al trabajo, respetaba y respeta las leyes, y, naturalmente, sentía por su patria, sentía por la Revolución. Nunca tuvo problemas, pero un día comenzaron a llegar a este país otro tipo de visitantes: comenzaron a llegar criminales de guerra, comenzaron a llegar individuos que habían asesinado, en algunos casos, a centenares de nuestros compatriotas. Aquí no tardaron en verse alentados por la publicidad, aquí no tardaron en verse alentados por las autoridades, y, naturalmente, ese aliento refleja su conducta, y son motivos de frecuentes incidentes con la población cubana que desde hacía muchos años trabajaba honestamente en este país.

Uno de esos incidentes, provocado por los que aquí se sienten respaldados por las campañas sistemáticas contra Cuba, y por la complicidad de las autoridades, dio lugar a la muerte de una niña. Ese hecho era de lamentar, y era para que lo lamentásemos todos. Los culpables no eran, precisamente, los cubanos residentes aquí. Los culpables no éramos, mucho menos, nosotros, los de la delegación cubana y, sin embargo, seguramente todos ustedes habrán visto esos cintillos de los periódicos donde se hablaba de que «Grupos Pro Castro» habían dado muerte a una niña de diez años. Y con esa hipocresía característica de los que tienen que ver con las cosas de las relaciones entre Cuba y este país, un vocero de la Casa Blanca inmediatamente expidió declaraciones a todo el mundo, señalando el hecho, acusando, casi de culpabilidad a la delegación cubana. Y, por supuesto, su Excelencia, el señor delegado de Estados Unidos en esta asamblea no dejó de sumarse a la farsa, enviando al gobierno de Venezuela un telegrama de condolencia a los familiares de la víctima, tal como si se sintiese en la obligación de dar una explicación desde las Naciones Unidas, por algo de lo que, virtualmente, fuese culpable la delegación cubana.

Pero eso no era todo. Cuando nosotros fuimos obligados a abandonar uno de los hoteles de esta ciudad, y nos dirigimos hacia la sede de las Naciones Unidas, mientras se hacían otras gestiones, hay un hotel, un hotel humilde de esta ciudad, un hotel de los negros de Harlem, que nos dio alojamiento. La respuesta llegó mientras nosotros conversábamos con el señor secretario general. Sin embargo, un funcionario del Departamento de Estado hizo todo lo posible por impedir que nosotros nos alojásemos en ese hotel. En ese instante, como por arte de magia, empezaron a aparecer hoteles en Nueva York. Y hoteles que habían negado alojamiento a la delegación cubana anteriormente, se ofrecieron entonces para alojarnos hasta gratis. Mas nosotros, por elemental reciprocidad, aceptamos el hotel de Harlem. Entendíamos que teníamos derecho a esperar que se nos dejase en paz. No, no se nos dejó en paz.

Ya en Harlem, en vista de que no se pudo impedir nuestra estancia en aquel lugar, comenzaron las campañas de difamación. Comenzaron a esparcir por el mundo la noticia de que la delegación cubana se había alojado en un burdel. Para algunos señores, un hotel humilde del barrio de Harlem, de los negros de los Estados Unidos, tiene que ser un burdel. Y además, han estado tratando de cubrir de infamia a la delegación cubana,

sin respeto siquiera para las compañeras que integran o trabajan con nuestra delegación.

Si nosotros fuésemos de la calaña de hombres que se nos quiere pintar a toda costa, no habría perdido su esperanza el imperialismo, como la ha perdido hace mucho rato, de comprarnos o seducirnos de alguna manera. Mas como la esperanza la han perdido desde hace mucho rato, y no tuvieron nunca razón para albergarla, al menos, después de afirmar que la delegación cubana se alojó en un burdel debían reconocer que el capital financiero imperialista es una ramera que no puede seducirnos. Y no precisamente *La ramera respetuosa* de Jean Paul Sartre.

El problema de Cuba. Quizás algunos de ustedes estén bien informados, quizás algunos no. Todo depende de las fuentes de información, pero, sin duda que para el mundo el problema de Cuba, surgido en el transcurso de los últimos dos años, es un problema nuevo. El mundo no había tenido muchas razones para saber que Cuba existía. Para muchos era algo así como un apéndice de Estados Unidos. Incluso para muchos ciudadanos de este país Cuba era una colonia de Estados Unidos. En el mapa no lo era; en el mapa nosotros aparecíamos con un color distinto al color de Estados Unidos. En la realidad sí lo era.

¿Y cómo llegó a ser nuestro país una colonia de Estados Unidos? No fue precisamente por sus orígenes. No fueron los mismos hombres los que colonizaron a Estados Unidos y a Cuba. Cuba tiene una raíz étnica y cultural muy distinta, y esa raíz se afianzó durante siglos. Cuba fue el último país de América en librarse del coloniaje español, del yugo colonial español, con perdón de su señoría, el representante del gobierno español. Y por ser el último, tuvo que luchar también más duramente. [...] Treinta años lucharon los cubanos solos, por su independencia. Treinta años que también constituyen sedimento del amor a la libertad y a la independencia de nuestra patria. Pero Cuba era una fruta —según la opinión de un presidente de Estados Unidos a principios del siglo pasado, John Adams—, era como una manzana pendiente del árbol español, llamada a caer, tan pronto madurara, en manos de Estados Unidos. Y el poder español se había desgastado en nuestra patria. España no tenía ya ni hombres ni recursos económicos para mantener la guerra en Cuba; España estaba derrotada. La manzana estaba aparentemente madura, y el gobierno de Estados Unidos extendió las manos.

No cayó una manzana, cayeron varias manzanas en sus manos. Cayó Puerto Rico, el heroico Puerto Rico que había iniciado su lucha por la independencia junto con los cubanos; cayeron las Islas Filipinas, y cayeron varias posesiones más. Sin embargo, el expediente para dominar nuestro país no podía ser el mismo. Nuestro país había sostenido una tremenda lucha y a su favor existía la opinión del mundo. El expediente debía ser distinto.

Los cubanos que lucharon por nuestra independencia, los cubanos que en aquellos instantes estaban dando su sangre y su vida, llegaron a creer de buena fe en aquella Resolución Conjunta del Congreso de Estados Unidos, del 20 de abril de 1898, que declaraba que Cuba es y de derecho debe ser libre e independiente.

El pueblo de Estados Unidos simpatizaba con la lucha cubana. Aquella Declaración Conjunta era una ley del Congreso de esta nación, en virtud de la cual declaraba la guerra a España. Mas aquella ilusión concluyó en un cruel engaño. Después de dos años de ocupación militar de nuestra patria, surge lo inesperado: en el mismo instante en que el pueblo de Cuba, a través de una Asamblea Constituyente estaba redactando la Ley fundamental de la República, de nuevo surge una ley en el Congreso de Estados Unidos, una ley propuesta por el senador Platt, de triste recordación para Cuba. Y en aquella ley se establecía que la Asamblea Constituyente de Cuba debía llevar un apéndice, en virtud del cual, le concedía al gobierno de Estados Unidos, el derecho a intervenir en los problemas políticos de Cuba y, además, el derecho de arrendar determinados espacios de su territorio para estaciones navales o carboneras.

Es decir que mediante una ley emanada de la autoridad legislativa de un país extranjero, la Constitución de nuestra patria debía contener esa disposición, y bien claramente se les indicaba a nuestros constituyentistas que si no había enmienda no habría retirada de las fuerzas de ocupación. Es decir que se le impuso a nuestra patria por el órgano legislativo de un país extranjero, se le impuso por la fuerza, el derecho a intervenir y el derecho a arrendar bases o estaciones navales.

Es bueno que los pueblos recién ingresados a esta organización, los pueblos que inician ahora su vida independiente, tengan muy presente la historia de nuestra patria, por las similitudes que puedan encontrar en su camino. Y si no ellos, los que vengan después de ellos, o sus hijos, o sus nietos, aunque nos parece que no vamos a llegar tan lejos.

Entonces comenzó la nueva colonización de nuestra patria, la adquisición de las mejores tierras de cultivo por las compañías norteamericanas; concesiones de sus recursos naturales, sus minas; concesiones de los servicios públicos, para la explotación de los servicios públicos; concesiones comerciales, concesiones de todo tipo, que unidas al derecho constitucional —constitucional a la fuerza— de intervenir en nuestro país, convirtieron a nuestra patria, de colonia española en colonia norteamericana.

Las colonias no hablan, a las colonias no se les conoce en el mundo hasta que tienen oportunidad de expresarse. Por eso nuestra colonia no la conocía el mundo, y los problemas de nuestra colonia no los conocía el mundo. En los libros de geografía aparecía una bandera más, un escudo más; en los mapas geográficos aparecía un color más, pero allí no existía una República independiente. Nadie se engañe, que con engañarnos no hacemos más que el ridículo; nadie se engañe, allí no había una colonia, donde el que mandaba era el embajador de Estados Unidos.

No nos da vergüenza tener que proclamarlo, porque frente a esa vergüenza está el orgullo de poder decir ¡que hoy ninguna embajada gobierna nuestro pueblo, que a nuestro pueblo lo gobierna el pueblo!

Nuevamente tiene que recurrir la nación cubana a la lucha para arribar a esa independencia. La logró después de siete años de sangrienta tiranía. ¿tiranizada por quién? Tiranizada por quienes en nuestro país no eran más que los instrumentos de los que dominaban económicamente a nuestra patria. [...] El grupo militar que tiranizó a nuestro país, se apoyaba en los sectores más reaccionarios de la nación y se apoyaba sobre todo en los intereses económicos extranjeros que dominaban la economía de nuestra patria. Todos saben y entendemos que hasta el propio gobierno de Estados Unidos lo reconoce así, todos saben que ese era el tipo de gobierno preferido por los monopolios. ¿Por qué? Porque mediante la fuerza se reprime toda la demanda del pueblo, mediante la fuerza se reprimían las huelgas por mejores condiciones de vida, mediante la fuerza se reprimían los movimientos campesinos por poseer las tierras, mediante la fuerza se reprimían las más caras aspiraciones de la nación.

Por eso, los gobiernos de fuerza eran los gobiernos preferidos por los que dirigen la política de Estados Unidos. [...]

Por ejemplo, ahora dicen que están contra uno de esos gobiernos de fuerza: el gobierno de Trujillo, pero no dicen que están contra otro de esos gobiernos de fuerza, el de Nicaragua, o el de Paraguay, por ejemplo. [...]

¿Qué encontró la Revolución al llegar al poder en Cuba? ¿Qué maravillas encontró la Revolución al llegar al poder en Cuba? Encontró en primer lugar que 700 000 cubanos con aptitudes para el trabajo, no tenían empleo; un número igual en proporción al número de desempleados que había en Estados Unidos cuando la gran crisis que sacudió a este país, eso que a poco produce una catástrofe en Estados Unidos, era el desempleo permanente en nuestra patria. Tres millones de personas de una población total de algo más de seis millones, no disfrutaban de luz eléctrica ni de ninguno de los beneficios y comodidades de la electricidad; tres millones quinientos mil personas de un total de algo más de seis millones, vivían en cabañas, barracones y tugurios, sin las menores condiciones de habitabilidad. En las ciudades los alquileres absorbían hasta una tercera parte de los ingresos familiares. Tanto el servicio eléctrico como los alquileres eran de los más caros del mundo. El 37,5% de nuestra población era analfabeta, no sabía leer ni escribir; el 70% de nuestra población infantil rural no tenía maestros; el 2% de nuestra población estaba padeciendo de tuberculosis; es decir, 100 000 personas en un total de algo más de seis millones. El 95% de nuestra población rural infantil estaba afectada de parasitismo; la mortandad infantil por tanto era muy alta, el promedio de vida era muy bajo. Por otro lado, el 85% de los pequeños agricultores pagaban rentas por la posesión de sus tierras, que ascendían hasta un 30% de sus ingresos en bruto, mientras que el uno y medio del total de propietarios controlaba el 46% del área total de la nación. Por supuesto que las comparaciones del número de camas de hospitales por el número determinado de habitantes del país era ridículo, cuando se le compara con los países donde la asistencia médica está medianamente atendida.

Los servicios públicos, compañías eléctricas, compañías telefónicas, eran propiedades de monopolios norteamericanos.

Una gran parte de la banca, una gran parte del comercio de importación, las refinerías de petróleo, la mayor parte de la producción azucarera, las mejores tierras de Cuba y las industrias más importantes en todos los órdenes, eran propiedades de compañías norteamericanas. La balanza de pagos en los últimos diez años, desde 1950 hasta 1960, había sido favorable a Estados Unidos con respecto a Cuba en mil millones de dólares.

Esto sin contar con los millones y cientos de millones de dólares sustraídos del tesoro público por los gobernantes corrompidos de la tiranía que fueron depositados en los bancos de Estados Unidos o en bancos europeos.

Mil millones de dólares en diez años. El país pobre y subdesarrollado del Caribe, que tenía seiscientos mil desempleados contribuyendo al desarrollo económico del país más industrializado del mundo.

Esa fue la situación que encontramos nosotros y esa situación no ha de ser extraña a muchos de los países representados en esta asamblea, porque, al fin y al cabo, lo que hemos dicho de Cuba no es sino como una radiografía de diagnóstico general aplicable a la mayor parte de los países aquí representados.

¿Cuál era la alternativa del Gobierno Revolucionario? ¿Traicionar al pueblo? Desde luego que para el señor presidente de Estados Unidos lo que nosotros hemos hecho por nuestro pueblo, es traición a nuestro pueblo; y no lo sería con toda seguridad si en vez de ser nosotros leales a nuestro pueblo hubiésemos sido leales a los grandes monopolios norteamericanos que explotaban la economía de nuestro país. Al menos ¡quede constancia de las «maravillas» que encontró la Revolución al llegar al poder, que son, ni más ni menos, que las maravillas del imperialismo, que son, ni más ni menos, que las «maravillas» del «mundo libre» para nosotros los países colonizados! [...]

¿Qué ha hecho el Gobierno Revolucionario? ¿Cuál es el delito cometido por el Gobierno Revolucionario para que recibamos el trato que hemos recibido aquí, para que tengamos enemigos tan poderosos como lo que se ha demostrado que tenemos aquí?

¿Surgieron desde el primer instante los problemas con el gobierno de Estados Unidos? ¡No! ¿Es que nosotros al llegar al poder estábamos poseídos del propósito de buscarnos problemas internacionales? ¡No! Ningún Gobierno Revolucionario que llega al poder quiere problemas internacionales. Lo que quiere es invertir su esfuerzo en resolver sus problemas propios, lo que quiere es llevar adelante un programa, como lo quieren los gobiernos que realmente están interesados en el progreso de su país.

La primera circunstancia que por nuestra parte fue considerada como un acto inamistoso fue el hecho de que se le abrieran de par en par las puertas de este país a toda una pandilla de criminales que habían dejado ensangrentada a nuestra patria; hombres que habían llegado a asesinar a cientos de campesinos indefensos, que no se cansaron de torturar a prisioneros durante muchos años, que mataron a diestro y siniestro, fueron recibidos aquí con los brazos abiertos. Y a nosotros aquello nos extrañaba. ¿Por qué ese

acto inamistoso por parte de las autoridades de Estados Unidos hacia Cuba? ¿Por qué ese acto de hostilidad? En aquel momento no lo comprendíamos perfectamente; ahora, nos damos cuenta cabal de las razones. ¿Correspondía esa política a un tratamiento correcto, con respecto a Cuba, de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba? No, porque los agraviados éramos nosotros, y los agraviados éramos nosotros por cuanto el régimen de Batista se mantuvo en el poder con la ayuda del gobierno de Estados Unidos; el régimen de Batista se mantuvo en el poder con la ayuda de tanques, de aviones y de armas proporcionadas por el gobierno de Estados Unidos; el régimen de Batista se mantuvo en el poder gracias al empleo de un ejército cuyos oficiales eran instruidos por una misión militar del gobierno de Estados Unidos; y nosotros esperamos que no se le ocurrirá a ningún funcionario de Estados Unidos negar esa verdad.

Incluso cuando el Ejército Rebelde llega a la ciudad de La Habana, en el campamento militar más importante de esa ciudad estaba la misión militar norteamericana. Aquel era un ejército que había colapsado, aquel era un ejército vencido y rendido. Nosotros pudimos considerar perfectamente como prisioneros de guerra a aquellos militares extranjeros que estaban allí ayudando y entrenando a los enemigos del pueblo. Sin embargo, esa no fue nuestra actitud; nuestra actitud se limitó a pedirles a los miembros de esa misión que regresasen a su país, que, después de todo, nosotros no necesitábamos sus lecciones, y que allí sus discípulos estaban vencidos.

He aquí un documento. Nadie se extrañe de su aspecto, porque es un documento roto. Se trata de un antiguo pacto militar en virtud del cual la tiranía batistiana había recibido generosa ayuda por parte del gobierno de Estados Unidos; y es importante conocer lo que dice en el Artículo 2 este convenio:

> El gobierno de la República de Cuba se compromete a hacer uso eficaz de la ayuda que reciba del gobierno de los Estados Unidos de América de conformidad con el presente convenio, con objeto de llevar a efecto los planes de defensa aceptados por ambos gobiernos, conforme a los cuales los dos gobiernos tomarán parte en misiones importantes para la defensa del hemisferio occidental; y, a menos que previamente se obtenga la anuencia del gobierno de los Estados Unidos de América…

Repito:

> …y, a menos que previamente se obtenga la anuencia del gobierno de los Estados Unidos de América, no dedicarán esa ayuda a otros fines que no sean aquellos para los cuales se prestó.

La ayuda fue dedicada a combatir a los revolucionarios cubanos; luego contó con la anuencia del gobierno de Estados Unidos. Y aun cuando algunos meses antes de finalizar la guerra, se produjo en este país un embargo de armas de las enviadas a Batista, al cabo de seis años y algo más de ayuda militar, una vez declarado solemnemente ese embargo de armas, tuvo el Ejército Rebelde pruebas, pruebas documentales, de que nuevamente habían sido abastecidas las fuerzas de la tiranía con trescientos *rockets* para lanzar desde aviones.

Cuando los compañeros de la emigración presentaron esos documentos a la opinión pública de Estados Unidos, el gobierno de Estados Unidos no encontró otra explicación que decir que estábamos equivocados, que no le habían dado nuevos abastecimientos al ejército de la tiranía, sino que, simplemente, se habían limitado a cambiarle unos *rockets* de otro calibre que no servían para sus aviones, por unos *rockets* que si servían para los aviones de la tiranía y, por cierto, que a nosotros nos los lanzaron mientras estábamos en las montañas. Una manera *sui géneris* de explicar las contradicciones cuando se hacen inexplicables; no se trataba, de acuerdo con su explicación, de una ayuda, sería entonces una especie de «asistencia técnica»…

¿Por qué, entonces, si existían esos antecedentes, que eran motivos de disgusto por parte de nuestro pueblo, ya que todo el mundo sabe, lo sabe aquí hasta el más inocente de todos, que en estos tiempos modernos, con la revolución que ha tenido lugar en los equipos militares, esas armas de la guerra pasada son absolutamente obsoletas para una guerra moderna? Con cincuenta tanques o carros blindados, y unos cuantos aviones pasados de moda, no se defiende a ningún continente, no se defiende a ningún hemisferio. En cambio, sirven para oprimir a los pueblos desarmados; en cambio, sirven para intimidar a los pueblos. Sirven para lo que sirven: sirven para defender los monopolios. Por eso, estos pactos de defensa hemisférica, mejor pudieran llamarse pactos de defensa de los monopolios norteamericanos.

El Gobierno Revolucionario comienza a dar los primeros pasos. Lo primero que hace es rebajar los alquileres que pagaban las familias, en un 50%,

medida muy justa, puesto que como decíamos anteriormente, había familias que pagaban hasta la tercera parte de sus ingresos. Y el pueblo había sido víctima de una gran especulación con la vivienda, y las tierras urbanas habían sido objeto de tremendas especulaciones a costa de la economía del pueblo. Mas, cuando el Gobierno Revolucionario rebaja los alquileres en un 50%, hubo disgustados, sí, unos pocos que eran los dueños de aquellos edificios de apartamentos, pero el pueblo se lanzó a la calle lleno de alegría, como ocurriría en cualquier país, aquí mismo en Nueva York, si les rebajan un 50% los alquileres a todas las familias. Mas no significó ningún problema con los monopolios. Algunas compañías norteamericanas tenían grandes construcciones, pero eran relativamente pocas.

Después vino otra ley. Vino una ley anulando las concesiones que el gobierno tiránico de Fulgencio Batista le había hecho a la Compañía de Teléfonos que era un monopolio norteamericano. Al amparo de la indefensión del pueblo habían obtenido provechosas concesiones. El Gobierno Revolucionario anula esas concesiones y restablece los precios de los servicios telefónicos al nivel que tenían anteriormente. Comienza el primer conflicto con los monopolios norteamericanos.

La tercera medida fue rebajar las tarifas eléctricas, que eran de las más altas del mundo. Surge el segundo conflicto con los monopolios norteamericanos. Ya nosotros empezábamos a parecer comunistas; ya empezaban a embadurnarnos de rojo, porque habíamos chocado, sencillamente, con los intereses de los monopolios norteamericanos.

Pero viene la tercera ley, ley imprescindible, ley inevitable, inevitable para nuestra patria, e inevitable, más tarde o más temprano, para todos los pueblos del mundo... al menos para todos los pueblos del mundo que no lo hayan hecho todavía: la Ley de Reforma Agraria. Claro está que en teoría, todo el mundo está de acuerdo con la reforma agraria. Nadie se atreve a negarlo, nadie que no sea un ignorante, se atreve a negar que la reforma agraria es, en los países subdesarrollados del mundo, una condición esencial para el desarrollo económico. En Cuba también hasta los latifundistas estaban de acuerdo con la reforma agraria, solo que una reforma agraria a su manera, como la reforma agraria que defienden muchos teóricos: una reforma agraria a su manera, y sobre todo ¡que ni a su manera ni de ninguna manera se llegue a realizar mientras pueda evitarse! Es algo reconocido por los organismos económicos de las Naciones Unidas, es algo sobre lo cual ya

nadie discute. En nuestro país era imprescindible: más de 200 000 familias de campesinos moraban en los campos de nuestra patria, sin tierra donde sembrar los alimentos esenciales.

Sin reforma agraria, nuestro país no habría podido dar el primer paso hacia el desarrollo. Y, efectivamente, dimos ese paso: hicimos una reforma agraria. ¿Era radical? Era una reforma agraria radical. ¿Era muy radical? No era una reforma agraria muy radical. Hicimos una reforma agraria ajustada a las necesidades de nuestro desarrollo, ajustada a nuestras posibilidades de desarrollo agrícola. Es decir, una reforma agraria que resolviera el problema de los campesinos sin tierra, que resolviera el problema de los abastecimientos de aquellos alimentos indispensables, que resolviera el tremendo desempleo en el campo, que pusiera fin a aquella miseria espantosa que habíamos encontrado en los campos de nuestro país.

Bien: ahí surgió la primera dificultad verdadera. También en la vecina República de Guatemala había ocurrido lo mismo. Cuando se hizo la reforma agraria en Guatemala, surgieron los problemas en Guatemala. Y se lo advierto con toda honestidad a los compañeros delegados de América Latina y del África y del Asia: cuando vayan a hacer una reforma agraria justa, prepárense a confrontar situaciones similares a las nuestras, sobre todo si las mejores y mayores fincas son propiedades de los monopolios norteamericanos, como ocurría en Cuba.

Es posible que nos acusen luego de estar dando malos consejos en esta asamblea, y no es, por cierto, nuestro propósito... no es, por cierto, nuestro propósito el quitarle el sueño a nadie. Estamos, simplemente, exponiendo los hechos, aunque los hechos son suficientes como para quitarle el sueño a cualquiera.

Se planteó inmediatamente el problema del pago. Comenzaron a llover notas del Departamento de Estado norteamericano. Nunca nos preguntaban por nuestros problemas; nunca, ni siquiera por conmiseración o por la parte grande de responsabilidad que tenían en ello, nos preguntaban cuántos se morían de hambre en nuestro país, cuántos tuberculosos había, cuántas personas sin trabajo. No. ¿Sentimiento de solidaridad hacia nuestras necesidades? Nunca. Todas las conversaciones de los representantes del gobierno de Estados Unidos se basaban sobre la Compañía de Teléfonos, sobre la Compañía Eléctrica, y sobre el problema de las tierras de las compañías norteamericanas. [...]

¿Qué nos planteó el departamento de Estado norteamericano, como aspiraciones de sus intereses afectados? Tres cosas: el pronto pago..., «pago pronto, eficiente y justo». ¿Ustedes entienden ese idioma? «Pago pronto, eficiente y justo». Eso quiere decir: «Pago ahora mismo, en dólares y lo que nosotros pidamos por nuestras fincas».

Todavía no éramos comunistas ciento cincuenta por cien. Estábamos luciendo un poco más matizados de rojo. Nosotros no confiscábamos las tierras; nosotros, simplemente, proponíamos pagarlas en 20 años, y de la única manera en que podíamos pagarlas: en bonos, que habrían de vencer a los 20 años; que cobraban el 4,5% de intereses y que se irían amortizando año por año.

¿Cómo íbamos nosotros a poder pagar en dólares las tierras, y cómo las íbamos a pagar de inmediato, y cómo íbamos a pagar lo que pidieran por ellas? Era absurdo. Cualquiera comprende que, en esas circunstancias, teníamos que optar entre hacer la reforma agraria y no hacerla. Si no la hacíamos, perduraría indefinidamente la espantosa situación económica de nuestro país. De hacerla, estábamos exponiéndonos a ganarnos la enemistad del gobierno del poderoso vecino del Norte.

Hicimos la reforma agraria. Claro que, por ejemplo, para un representante de Holanda, o de cualquier país de Europa, los límites nuestros establecidos a las fincas, casi asombrarían. Asombrarían por lo extenso. El límite máximo que establecía nuestra ley agraria era el de unas 400 hectáreas. En Europa 400 hectáreas constituyen un verdadero latifundio; en Cuba, donde había compañías monopolistas norteamericanas que tenían hasta cerca de 200 000 hectáreas —¡200 000 hectáreas!—, por si alguno cree que no ha oído bien, allí, en Cuba, una reforma agraria que redujera el límite máximo a cuatrocientas hectáreas era para esos monopolios una ley inadmisible.

Pero es que en nuestro país no solo las tierras eran propiedad de los monopolios norteamericanos. Las minas principales también eran propiedad de esos monopolios. Cuba produce, por ejemplo, mucho níquel; todo el níquel era explotado por intereses norteamericanos. Y, bajo la tiranía de Batista, una compañía norteamericana, la Moa Bay, había obtenido concesión tan jugosa que en cinco años solamente —escúchese bien—, en cinco años solamente iba a amortizar una inversión de $120 millones de dólares; $120 millones de dólares de inversión, amortizable en cinco años. [...]

Y el Gobierno Revolucionario establece una ley de minas, obligando a esos monopolios a pagar un impuesto del 25% a las exportaciones de esos minerales. La actitud del Gobierno Revolucionario había sido ya demasiado osada. Había chocado con los intereses del trust eléctrico internacional, había chocado con los intereses del trust telefónico internacional, había chocado con los intereses de los trusts mineros internacionales, había chocado con los intereses de la United Fruit Company, y había chocado, virtualmente, con los intereses más poderosos de Estados Unidos, que como ustedes saben están estrechamente asociados entre sí. Y aquello era más de lo que podía tolerar el gobierno de Estados Unidos, o, es decir, los representantes de los monopolios de Estados Unidos. Y comenzó, entonces, una nueva etapa de hostigamiento hacia nuestra Revolución. [...]

Por nuestro honor juramos que todavía no hablamos tenido la oportunidad ni de cambiarnos una carta con el distinguido primer ministro de la Unión Soviética, Nikita Jruschov. Es decir que cuando ya para la prensa norteamericana y para las agencias internacionales que informan al mundo, Cuba era un gobierno rojo, un peligro rojo a noventa millas de Estados Unidos, un gobierno dominado por los comunistas, ni siquiera el Gobierno Revolucionario había tenido oportunidad de establecer relaciones diplomáticas o comerciales con la Unión Soviética.

Pero la histeria es capaz de todo. La histeria es capaz de hacer las afirmaciones más inverosímiles y más absurdas. Por supuesto, nadie crea que vamos a entonar aquí un mea culpa. Ningún mea culpa. Nosotros no le tenemos que pedir perdón a nadie. Lo que hemos hecho, lo hemos hecho muy conscientes, y sobre todo muy convencidos de nuestros derechos a hacerlo.

Comenzaron las amenazas contra nuestra cuota azucarera, comenzó la filosofía, la filosofía barata del imperialismo, a demostrar su nobleza, su nobleza egoísta y explotadora, a demostrar su bondad con Cuba, que nos pagaban un precio privilegiado por el azúcar, y que era como un subsidio al azúcar cubano, que no era un azúcar tan dulce para los cubanos, por cuanto los cubanos no éramos los dueños de las mejores tierras azucareras, ni éramos los dueños de los mayores centrales azucareros, y que, además, en esa afirmación, se ocultaba la verdadera historia del azúcar cubano, de los sacrificios que se le habían impuesto a Cuba, de las veces que Cuba había sido agredida económicamente. Antes no era una cuestión de cuota, era una cuestión de tarifas arancelarias; en virtud de una de esas leyes o de esos

pactos que se producen entre el «tiburón» y la «sardina». Estados Unidos, mediante un convenio que llamaron «reciprocidad», obtuvo una serie de concesiones para sus productos, a fin de que pudiesen competir holgadamente, y desalojar del mercado cubano a los productos de sus «amigos» los ingleses o los franceses, como ocurre muchas veces entre «amigos». Y a cambio de eso, ciertas concesiones arancelarias a nuestra azúcar, que por otra parte podían ser variadas unilateralmente, a voluntad del Congreso o del gobierno de Estados Unidos. Y así ocurrió.

Cuando lo estimaban más conveniente a sus intereses elevaban las tarifas, y nuestra azúcar no podía entrar, o entraba en condiciones desventajosas en el mercado norteamericano. Cuando se aproximaba una etapa de guerra reducían las tarifas. Claro que como Cuba era la fuente de abastecimiento de azúcar más próxima, había que garantizar esa fuente de abastecimiento. Las tarifas eran reducidas, la producción era estimulada y en los años de guerra, cuando el precio del azúcar era estratosférico en todo el mundo, nosotros vendíamos nuestra azúcar barato a Estados Unidos, a pesar de que éramos la única fuente de abastecimiento.

Finalizaba la guerra, y al finalizar la guerra venían los colapsos de nuestra economía. Los errores que aquí se cometían en la distribución de esa materia prima, los pagábamos nosotros. Precios que ascendieron extraordinariamente al finalizar la guerra mundial primera; enorme estimulo a la producción, baja brusca de los precios que produce la ruina de los centrales azucareros cubanos, que por cierto pasaron tranquilamente a manos, ¿saben de quién? Pues a manos de los bancos norteamericanos, porque cuando los nacionales cubanos se arruinaban, los bancos norteamericanos en Cuba se enriquecían.

Y así prosiguió esa situación, hasta la década del 30 y el gobierno de Estados Unidos, tratando de encontrar una fórmula que conciliara sus intereses de abastecimiento con los intereses de sus productores internos, establece un régimen de cuotas, esa cuota se suponía que tendría por base la participación histórica que hubiesen tenido en el mercado las distintas fuentes de abastecimiento y en que nuestro país había tenido una participación histórica de casi un 50% en el abastecimiento del mercado norteamericano. Sin embargo, cuando se establecieron las cuotas, nuestra participación quedó reducida a un 28% y las ventajas que nos habla concedido aquella ley, las pocas ventajas que nos había concedido aquella ley, fueron sucesivamente en nuevas

legislaciones suprimidas, y claro, la colonia dependía de la metrópoli; la economía de la colonia habla sido organizada por la metrópoli. La colonia tenía que estar sometida a la metrópoli y si la colonia tomaba medidas para liberarse, la metrópoli tomaría medidas para aplastarla. Consciente de la dependencia de nuestra economía a su mercado, el gobierno de Estados Unidos inicia su serie de advertencias de que se nos arrebataría nuestra cuota azucarera y paralelamente otras actividades tenían lugar en Estados Unidos, las actividades de los contrarrevolucionarios.

Una tarde un avión procedente de los mares del norte vuela sobre uno de nuestros centrales azucareros y deja caer una bomba. Aquello era un hecho extraño, un hecho insólito, pero desde luego, nosotros sabíamos de dónde procedían esos aviones.

Otro avión, otra tarde, vuela sobre nuestros cañaverales y deja caer ciertas bombitas incendiarias. Y aquello que comenzaba esporádicamente, continuaba sistemáticamente.

Una tarde, cuando, por cierto, estaban de visita en Cuba, gran número de agentes de turismo de este país, en un esfuerzo que realizaba el Gobierno Revolucionario, por promover el turismo como una de las fuentes de ingreso nacional, un avión de fabricación norteamericana, de los que se usaron en la guerra pasada, vuela sobre nuestra capital lanzando panfletos y algunas granadas de mano. Naturalmente, que algunas piezas de defensas antiaéreas entraron en acción. El resultado fue más de cuarenta víctimas, entre las granadas lanzadas por el avión y el fuego antiaéreo, puesto que algunos de los proyectiles —como ustedes saben— estallan al hacer contacto con algún objeto resistente. Resultado: más de cuarenta víctimas. Niñas con las entrañas desgarradas, ancianos y ancianas. ¿Era para nosotros la primera vez? No. Niñas y niños, ancianos y ancianas, hombres y mujeres, muchas veces habían sido destrozados en nuestras aldeas de Cuba por bombas de fabricación norteamericana, suministradas al tirano Batista.

En una ocasión, 80 obreros perecieron al estallar misteriosamente, demasiado misteriosamente, un barco cargado de armas belgas que había llegado a nuestro país, después de grandes esfuerzos por parte del gobierno de Estados Unidos, a fin de evitar que el gobierno de Bélgica nos vendiera armas. Docenas de víctimas en la guerra, 80 familias que se quedaron huérfanas con la explosión. Cuarenta víctimas por un avión que vuela tranquilamente sobre nuestro territorio. ¡Ah!, las autoridades del gobierno de

Estados Unidos negaban que de Estados Unidos partiesen esos aviones, mas el avión estaba tranquilamente posado en un hangar y cuando una revista nuestra publica la fotografía del avión, entonces es cuando las autoridades de Estados Unidos ocupan el avión y desde luego, la versión de que aquello no tenía importancia, de que las víctimas no eran víctimas como consecuencia de las bombas, sino del fuego antiaéreo y los autores de aquellas fechorías, los autores de aquel crimen paseándose tranquilamente por Estados Unidos, donde, ni siquiera, se les perturbó en la continuación de aquellos actos de agresión.

Su señoría, a su señoría el delegado de Estados Unidos, aprovecho la oportunidad para decirle, que hay muchas madres en los campos de Cuba y muchas madres en Cuba, esperando todavía sus telegramas de condolencia por los hijos que les asesinaron las bombas de Estados Unidos.

Los aviones iban y venían. No había pruebas. Bueno, no se sabe qué se entienda por pruebas. Allí estaba aquel avión retratado y capturado, pero bueno, decían que el avión no tiró bombas. No se sabe por qué estarían tan bien informadas las autoridades de Estados Unidos. Continuaban volando aviones piratas sobre nuestro territorio lanzando bombas incendiarias. Millones y millones de pesos se perdieron en los cañaverales incendiados, muchas personas del pueblo, ¡sí!, del pueblo humilde, que veían destruida una riqueza que ahora sí era suya, sufrieron quemaduras y sufrieron lesiones en la lucha contra aquel persistente y tenaz bombardeo por aviones piratas.

Hasta que un día al lanzar una bomba sobre uno de nuestros centrales azucareros, estalla la bomba, estalla el avión, y el Gobierno Revolucionario tiene oportunidad de recoger los fragmentos del piloto, que era por cierto un piloto norteamericano, cuyos papeles fueron ocupados, y un avión norteamericano y todas las pruebas del sitio de donde había salido. Aquel avión había pasado entre dos bases de Estados Unidos. Ya era una cuestión que no podía negarse, que los aviones estaban saliendo de Estados Unidos. ¡Ah!, ¡entonces sí, ante la prueba irrefutable, el gobierno de Estados Unidos dio una explicación al gobierno de Cuba! Su conducta no fue igual a la del caso del U-2; cuando se demostró que los aviones salían de Estados Unidos, el gobierno de Estados Unidos no proclamó su derecho a quemar nuestros campos de caña, en esa ocasión dijo que nos daba excusas y que lo sentía mucho. ¡Suerte para nosotros después de todo!, porque cuando ocurrió el incidente

del U-2, el gobierno de Estados Unidos, entonces, no dio excusas. ¡Proclamó su derecho a volar sobre el territorio soviético! ¡Mala suerte que tienen los soviéticos! [...]

Se acabaron las incursiones aéreas y vino entonces la agresión económica. ¿Cuál era uno de los argumentos que esgrimían los enemigos de la reforma agraria? Decían que la reforma agraria traería el caos en la producción agrícola, que la producción disminuiría considerablemente, que el gobierno de Estados Unidos se preocupaba de que Cuba no pudiera cumplir sus compromisos de abastecimiento del mercado norteamericano. Primer argumento, y es bueno que por lo menos las nuevas delegaciones aquí presentes se vayan familiarizando con algunos argumentos, porque quizás algún día tengan que responder a argumentos similares: Que la reforma agraria era la ruina del país. No resultó así. Si la reforma agraria hubiese sido la ruina del país, si la producción agrícola hubiese descendido, entonces no habría tenido necesidad el gobierno norteamericano de llevar adelante su agresión económica. [...]

Cuba no se había arruinado, había que arruinarla. Cuba necesitaba de nuevos mercados para sus productos, y nosotros honradamente pudiéramos preguntarle a cualquier delegación de las aquí presentes, ¿cuál de ellas no quiere que su país venda los artículos que produce, cuál de ellas no quiere que sus exportaciones aumenten? Nosotros queríamos que nuestras exportaciones aumentasen. Eso es lo que quieren todos los países, esa debe ser una ley universal. Solamente el interés egoísta puede estar en oposición al interés universal del intercambio comercial, que es una de las más viejas aspiraciones y necesidades de la humanidad.

Y nosotros quisimos vender nuestros productos, y fuimos en busca de nuevos mercados, y concertamos un convenio comercial con la Unión Soviética en virtud del cual vendíamos un millón de toneladas y comprábamos determinadas cantidades de artículos o productos soviéticos. ¡Claro!, nadie dirá que eso es incorrecto. Habrá quienes no lo hagan, porque disguste a determinados intereses. Nosotros no teníamos, realmente, que pedirle permiso al departamento de Estado para hacer un convenio comercial con la Unión Soviética, porque nosotros nos considerábamos, y nos consideramos, y nos seguiremos considerando para siempre, un país verdaderamente libre.

Cuando las existencias de azúcar comenzaban a disminuir, en beneficio de nuestra economía, recibimos entonces el zarpazo: a petición del ejecutivo

de Estados Unidos, el Congreso aprueba una ley en virtud de la cual el presidente o poder ejecutivo quedaba facultado para reducir a los limites que estimase pertinente las importaciones de azúcar de Cuba. Se esgrimía el arma económica contra nuestra Revolución. La justificación de esa actitud ya se hablan encargado de estaría preparando los publicistas; la campaña hacía mucho rato que se venía haciendo, porque ustedes saben perfectamente bien que aquí monopolio y publicidad son dos cosas absolutamente identificadas. Se esgrime el arma económica, se reduce de un tajo nuestra cuota azucarera en casi un millón de toneladas —azúcar que ya estaba producida con destino al mercado norteamericano—, para privar a nuestro país de los recursos de su desarrollo, para reducir a nuestro país a la impotencia, para obtener resultados de tipo político. Esa medida estaba expresamente proscripta por el Derecho Internacional Regional. La agresión económica, como lo saben todos los delegados aquí de América Latina, está expresamente condenada por el Derecho Internacional Regional. Sin embargo, el gobierno de Estados Unidos viola ese derecho, esgrime el arma económica, nos arrebata de nuestra cuota azucarera casi un millón de toneladas, y nada más. Ellos lo podían hacer.

¿Qué defensa le quedaba a Cuba frente a esa realidad? Acudir a la ONU, acudir a la ONU para denunciar las agresiones políticas y las agresiones económicas, para denunciar las incursiones aéreas de aviones piratas y para denunciar la agresión económica, amén de la interferencia constante del gobierno de Estados Unidos en la política de nuestro país, de las campañas subversivas que realiza contra el Gobierno Revolucionario de Cuba.

Acudimos a la ONU. La ONU tiene facultades para conocer esas cuestiones; la ONU es, dentro de la jerarquía de las organizaciones internacionales, la máxima autoridad; la ONU tiene autoridad, incluso, por encima de la OEA. Y además, a nosotros nos interesaba que el problema estuviera en la ONU, porque nosotros comprendemos la situación en que se encuentra la economía de los pueblos de América Latina, la situación de dependencia de Estados Unidos en que se encuentra la economía de los pueblos de América Latina. La ONU conoce la cuestión, pide una investigación a la OEA; la OEA se reúne. Muy bien. ¿Qué era de esperarse? Que la OEA protegiera al país agredido; que la OEA pudiese condenar las agresiones políticas a Cuba; y, sobre todo, que la OEA pudiese condenar las agresiones económicas a nuestro país. Eso era de esperarse. Nosotros, al fin y al cabo, éramos nada

más que un pueblo pequeño de la comunidad latinoamericana; nosotros, al fin y al cabo, éramos un pueblo más, agredido; ni el primero ni el último, porque México había sido ya agredido más de una vez, y agredido militarmente. En una guerra le arrancaron una gran parte de su territorio, y en aquella ocasión los hijos heroicos de México supieron lanzarse del Castillo de Chapultepec, envueltos en la bandera mexicana, antes de rendirse, ¡esos son los niños héroes de México!

Y no fue la única agresión, no fue la única vez en que fuerzas de infantería norteamericanas hollaron el territorio mexicano. Nicaragua fue intervenida, y durante siete años resistió heroicamente Augusto César Sandino. Cuba más de una vez fue intervenida, así como Haití, y Santo Domingo. Guatemala fue intervenida. ¿Quién es el que honestamente aquí sería capaz de negar la intervención de la United Fruit Company y la del Departamento de Estado norteamericano en el derrocamiento del gobierno legítimo de Guatemala? Yo comprendo que haya quienes entiendan su deber oficial ser discretos sobre esta cuestión, y hasta sean capaces de venir aquí y negarlo, pero en lo hondo de sus conciencias saben que, sencillamente, estamos diciendo la verdad.

Cuba no era el primer país agredido; Cuba no era el primer país en peligro de ser agredido. En este hemisferio todo el mundo sabe que el gobierno de Estados Unidos siempre impuso su ley: la ley del más fuerte; ¡esa ley del más fuerte en virtud de la cual ha estado destruyendo la nacionalidad puertorriqueña y ha mantenido allí su dominio sobre esa isla hermana!, esa ley en virtud de la cual se apoderó del Canal de Panamá y mantiene el Canal de Panamá.

No era nada nuevo. Nuestra patria debió haber sido defendida, mas, nuestra patria no fue defendida. [...]

Y en cambio, ¿qué sale de Costa Rica? ¡Oh, milagro de producción ingeniosa lo que allí resultó en Costa Rica! En Costa Rica no se condena a Estados Unidos o al gobierno de Estados Unidos... Permítaseme evitar que se confunda nuestro sentimiento en relación con el pueblo de Estados Unidos. No fue condenado el gobierno de Estados Unidos por las sesenta incursiones de aviones piratas, no fue condenado por la agresión económica y por otras muchas agresiones. No. Condenaron a la Unión Soviética. ¡Qué cosa tan extraordinaria! Nosotros no habíamos recibido ninguna agresión de la Unión Soviética; ningún avión soviético había volado sobre nuestro

territorio, y, sin embargo, en Costa Rica condenan a la Unión Soviética por intromisión. La Unión Soviética se había limitado a decir que, en caso de una agresión militar a nuestro país, los artilleros soviéticos, hablando en sentido figurado, podían apoyar al país agredido.

¿Desde cuándo el apoyo a un país pequeño, condicionado al caso de una agresión por parte de un país poderoso, es una intromisión? Porque hay en derecho lo que se llaman las condiciones imposibles: si un país considera que él es incapaz de perpetrar determinado delito, pues entonces baste decir: «No existe posibilidad ninguna de que la Unión Soviética apoye a Cuba, porque no existe la posibilidad de que nosotros agredamos al país pequeño». Pero no se establece ese principio. Se establece el principio de que había que condenar la intromisión de la Unión Soviética.

¿De los bombardeos a Cuba? Nada. ¿De las agresiones a Cuba? Nada.

Desde luego, hay algo que debemos recordar, y que de alguna forma debe preocuparnos a todos. Todos nosotros, sin que ninguno de los aquí presentes se escape, estamos siendo actores y participes de un minuto trascendental de la historia de la humanidad. A veces, aparentemente, la censura no llega, es decir, la crítica y la condenación de nuestros hechos, aparentemente no nos percatamos de ella, y es, sobre todo, cuando nos olvidamos de que así como nosotros hemos tenido el privilegio de ser actores de este minuto trascendental de la historia, algún día también la historia nos juzgará por nuestros actos. [...]

Y con toda lealtad a esta institución, yo debo decir aquí que por eso los pueblos, el pueblo nuestro, sí, nuestro pueblo, ese pueblo que está allá en nuestra patria, pero que es un pueblo que ha aprendido mucho, y que es un pueblo, lo decimos con orgullo, que está a la altura del rol que está jugando en este momento, y de la lucha heroica que está librando..., nuestro pueblo que ha aprendido en esta escuela de los últimos acontecimientos internacionales, sabe que a última hora, cuando su derecho ha sido negado, cuando sobre él se enciman las fuerzas agresivas, le queda el recurso supremo y el recurso heroico de resistir, cuando su derecho no sea garantizado ni en la OEA ni en la ONU. [...]

El Gobierno Revolucionario, en solo veinte meses, ha creado diez mil nuevas escuelas, es decir, en tan breve período de tiempo se ha duplicado el número de escuelas rurales que se habían creado en 50 años. Y Cuba es hoy ya el primer país de América que tiene satisfechas todas sus necesidades escolares, que tiene un maestro hasta en el último rincón de las montañas.

El Gobierno Revolucionario ha construido, en ese breve período de tiempo, veinticinco mil viviendas en las zonas rurales y urbanas; cincuenta nuevos pueblos están surgiendo en este momento en nuestro país; las fortalezas militares más importantes albergan hoy decenas de miles de estudiantes, y, en el próximo año, nuestro pueblo se propone librar su gran batalla contra el analfabetismo, con la meta ambiciosa de enseñar a leer y escribir hasta el último analfabeto en el próximo año, y, con ese fin, organizaciones de maestros, de estudiantes, de trabajadores, es decir, todo el pueblo, están preparándose para una intensa campaña y Cuba será el primer país de América que a la vuelta de algunos meses pueda decir que no tiene un solo analfabeto.

Nuestro pueblo está recibiendo hoy la asistencia de cientos de médicos, que han sido enviados a los campos para luchar contra las enfermedades, contra el parasitismo, y para mejorar las condiciones higiénicas de la nación.

En otro aspecto, que es en el de la conservación de los recursos naturales, podemos también afirmar aquí que en un solo año, en el más ambicioso plan de preservación de recursos naturales que se esté efectuando en este continente, incluyendo Estados Unidos y Canadá, ha sembrado cerca de cincuenta millones de árboles maderables.

Los jóvenes que estaban sin trabajo, que estaban sin escuela, organizados por el Gobierno Revolucionario están hoy prestándole trabajos útiles al país, al mismo tiempo que están siendo preparados para el trabajo productivo. [...]

Hemos empleado racionalmente los recursos de nuestro país. Antes, por ejemplo, en Cuba se importaban $35 millones de dólares en automóviles, cinco millones de dólares en tractores. Un país eminentemente agrícola, importaba siete veces más automóviles que tractores. Nosotros hemos invertido los términos, y estamos importando siete veces más tractores que automóviles.

Cerca de $500 millones de dólares fueron recuperados a los políticos que se habían enriquecido durante la tiranía. Cerca de $500 millones de dólares, en bienes y en efectivo, es el valor total de lo recuperado a los políticos corrompidos que durante siete años habían estado saqueando nuestro país. La inversión correcta de esos productos, de esas riquezas y de esos recursos, es lo que permite al Gobierno Revolucionario, que al mismo tiempo que desa-

rrolla un plan de industrialización y de incrementación de nuestra agricultura, puede construir viviendas, construir escuelas, llevar los maestros hasta los últimos rincones de nuestro país y brindarles asistencia médica, es decir, llevar adelante un programa de desarrollo social. [...]

Luego, frente a la tremenda realidad del subdesarrollo, el gobierno de Estados Unidos se sale ahora con un plan de desarrollo social. Desde luego, ya es algo que se preocupe por los problemas de América Latina. Hasta ahora no se había preocupado nada. ¡Qué casualidad que ahora le están preocupando esos problemas! Y cualquier parecido con el hecho de que esa preocupación haya surgido después de la Revolución Cubana, pues posiblemente dirán que sea pura coincidencia.

Hasta ahora los monopolios no se habían preocupado de otra cosa que de explotar a los países subdesarrollados. Pero surge la Revolución Cubana, y surgen las preocupaciones de los monopolios, y mientras a nosotros se nos agrede económicamente, y se nos trata de aplastar, pues con la otra mano ofrecen la limosna a los pueblos de América Latina. No los recursos para el desarrollo económico que es lo que quiere la América Latina, sino que le ofrecen recursos para el desarrollo social; para casas donde van a vivir hombres que no tienen trabajo, para escuelas donde no van a ir niños y para hospitales que no harían tanta falta si hubiera un poco más de nutrición en la América Latina.

Después de todo, aunque algunos compañeros de América Latina crean que su deber es ser discretos aquí, ¡bienvenida sea una revolución como la Revolución Cubana, que al menos ha hecho preocuparse a los monopolios de devolver aunque sea una parte pequeña de lo que han estado sustrayendo de los recursos naturales y del sudor de los pueblos de América Latina!

Aunque en esa ayuda no estemos incluidos nosotros, no nos preocupa. Nosotros por esas cosas no nos ponemos bravos; nosotros esos mismos problemas de las escuelas, de la vivienda, y todo eso, hace mucho rato que lo estamos resolviendo. Pero pensamos que a lo mejor alguno tiene dudas de que nosotros estemos haciendo propaganda aquí, porque el señor presidente de Estados Unidos dijo que algunos venían a tomar esta tribuna para propaganda. Y, desde luego, cualquier compañero de las Naciones Unidas, está invitado permanentemente a visitar a Cuba. Allí no le cerramos las puertas a nadie, ni confinamos a nadie; allí cualquiera de los compañeros de esta Asamblea puede visitar a Cuba, y ver por sus propios ojos... Ustedes saben

ese capítulo de la Biblia que habla de Santo Tomás, que él tenía que ver para creer. Creo que fue Santo Tomás. [...]

El gobierno de Estados Unidos no puede proponer un plan de inversión pública, porque eso lo divorciará de la razón de ser del gobierno de Estados Unidos que son los monopolios norteamericanos. [...]

Hasta aquí nos hemos referido a los problemas de nuestro país, ¿Por qué esos problemas no se han resuelto? ¿Acaso porque nosotros no queremos resolverlos? No. El gobierno de Cuba siempre ha estado dispuesto a discutir sus problemas con el gobierno de Estados Unidos, pero el gobierno de Estados Unidos, no ha querido discutir sus problemas con Cuba, y sus razones tendrá para no querer discutir los problemas con Cuba.

Aquí mismo está la nota enviada por el Gobierno Revolucionario de Cuba al gobierno de Estados Unidos, el 27 de enero de 1960. Dice:

> Las diferencias de opinión que pueden existir entre ambos gobiernos como sujetas a negociaciones diplomáticas, pueden resolverse, efectivamente, mediante tales negociaciones. El gobierno de Cuba está en la mejor disposición para discutir sin reservas y con absoluta amplitud todas esas diferencias y declara expresamente que entiende que no existen obstáculos de clase alguna que impidan la realización de esas negociaciones a través de cualquiera de los medios e instrumentos tradicionalmente adecuados a ese fin. Sobre la base del respeto mutuo y recíproco beneficio con el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos, desea el gobierno de Cuba mantener e incrementar las relaciones diplomáticas y económicas y entiende que sobre esa base es indestructible la amistad tradicional entre los pueblos cubano y norteamericano.

El 22 de febrero de ese mismo año:

> El Gobierno Revolucionario de Cuba, acorde con su propósito de reanudar por los canales diplomáticos las negociaciones ya iniciadas sobre los asuntos pendientes entre Cuba y Estados Unidos de Norteamérica, ha decidido nombrar una comisión con atribuciones al efecto, para comenzar sus gestiones en Washington en la fecha que convenga a ambas partes.
>
> El Gobierno Revolucionario de Cuba desea aclarar, sin embargo, que la reanudación y desenvolvimiento ulterior de dichas negociaciones, tienen necesariamente que estar supeditadas a que por el gobierno o el Congreso de vuestro país, no se adopte medida alguna de carácter unilateral que

> prejuzgue los resultados de las negociaciones antes mencionadas o que pueda irrogar perjuicios a la economía o al pueblo cubano. Parece obvio añadir que la adhesión del gobierno de vuestra señoría a este punto de vista no solo contribuiría al mejoramiento de las relaciones entre nuestros respectivos países, sino que también reafirmaría el espíritu de fraternal amistad que ha ligado y liga a nuestros pueblos. Permitiría, además, que ambos gobiernos pudieran examinar en una atmósfera serena y con las más amplias miras; las cuestiones que han afectado las tradicionales relaciones entre Cuba y los Estados Unidos de Norteamérica.

¿Cuál fue la respuesta del gobierno de Estados Unidos?

> El gobierno de los Estados Unidos no puede aceptar las condiciones para negociar expresadas, en la nota de su Excelencia, al efecto de que no se tomarán medidas de carácter unilateral por parte del gobierno de los Estados Unidos que puedan afectar la economía cubana y la de su pueblo, ya sea por las ramas legislativa o ejecutiva. Como ha expresado el presidente Eisenhower en enero 26, el gobierno de Estados Unidos debe mantenerse libre, en ejercicio de su propia soberanía, para tomar los pasos que considere necesarios, consciente de sus obligaciones internacionales para la defensa de los legítimos derechos o intereses de su pueblo.

Es decir que el gobierno de Estados Unidos no se digna discutir con el pequeño país que es Cuba sus diferencias en las relaciones.

¿Qué esperanza tiene el pueblo de Cuba en la solución de estos problemas? Pues, los hechos todos que hemos podido observar aquí, conspiran contra la solución de esos problemas y es bueno que las Naciones Unidas tomen muy en cuenta esto, porque el gobierno de Cuba y el pueblo de Cuba, están muy fundadamente preocupados del sesgo agresivo que toma la política del gobierno de Estados Unidos con relación a Cuba y es bueno que estemos bien informados.

En primer lugar, el gobierno de los Estados Unidos se considera con el derecho de promover la subversión en nuestro país; el gobierno de Estados Unidos está promoviendo la organización de movimientos subversivos contra el Gobierno Revolucionario de Cuba y nosotros lo denunciamos aquí en esta Asamblea General y queremos denunciar concretamente que, por ejemplo, en una isla del Caribe, territorio que pertenece a Honduras y que se

conoce con el nombre de la Isla Cisne, el gobierno de Estados Unidos se ha apoderado *manu militar* de esa Isla; hay allí infantería de marina norteamericana, a pesar de ser un territorio que pertenece a Honduras y allí, violando las leyes internacionales, despojando a un pueblo hermano de un pedazo de su territorio, violando los convenios internacionales de radio, ha establecido una potente emisora de radio, que ha puesto en manos de los criminales de guerra y de los grupos subversivos que mantiene en este país y que allí se están haciendo, además, prácticas de entrenamiento para promover la subversión y promover desembarcos armados en nuestra Isla.

Sería bueno que el delegado de Honduras ante la Asamblea General reivindicara aquí el derecho de Honduras a ese pedazo de su territorio, pero esa es cuestión que a él le incumbe. Lo que a nosotros nos incumbe es que un pedazo de territorio de un hermano país, de manera filibustera por el gobierno de Estados Unidos, sea utilizado como base de subversión y de ataque a nuestro territorio, y pido aquí que quede constancia de esta denuncia que hacemos en nombre del gobierno y el pueblo de Cuba. [...]

Pero hay todavía circunstancias más alarmantes para nuestro pueblo. Sabido es que en virtud de la Enmienda Platt, impuesta por la fuerza a nuestro pueblo, el gobierno de Estados Unidos se arrogó el derecho de establecer bases navales en nuestro territorio. Derecho impuesto por la fuerza y mantenido por la fuerza.

Una base naval en el territorio de cualquier país es motivo de justa preocupación. Primero, la preocupación de que un país que mantiene una política internacional agresiva y guerrerista es poseedor de una base allí en el corazón de nuestra isla, que hace a nuestra isla correr los peligros de cualquier conflicto internacional, de cualquier conflicto atómico, sin que nosotros tengamos absolutamente nada que ver con el problema, porque nosotros no tenemos absolutamente nada que ver con los problemas del gobierno de Estados Unidos y con las crisis que provoca el gobierno de Estados Unidos. Y, sin embargo, hay una base allí en el corazón de nuestra Isla que entraña para nosotros un peligro en el caso de cualquier contingencia bélica.

Pero, ¿es acaso solo ese peligro? ¡No!, todavía hay un peligro que nos preocupa más, ya que nos toca más de cerca: ¡El Gobierno Revolucionario de Cuba ha venido reiteradamente expresando su preocupación de que el gobierno imperialista de Estados Unidos tome como pretexto esa base, enclavada en nuestro territorio nacional, para promover una autoagresión que

justifique un ataque a nuestra nación! Repito: ¡El Gobierno Revolucionario de Cuba se preocupa grandemente, y lo expone aquí, de que el gobierno imperialista de Estados Unidos tome como pretexto una autoagresión para tratar de justificar un ataque a nuestro país! Y esa preocupación por parte nuestra es cada vez mayor, debido a que es mayor la agresividad y son más alarmantes los síntomas.

Aquí, por ejemplo, hay un cable de la UPI, llegado a nuestro país, que dice textualmente:

> El almirante Harley Burke, jefe de operaciones navales de Estados Unidos, dice que si Cuba intentara ocupar la Base Naval de Guantánamo, lucharemos. En una entrevista registrada por la revista *U.S. News and World Report* —ustedes me perdonan cualquier deficiencia al pronunciar estas palabras—, se le preguntó a Burke si la Armada estaba preocupada por la situación que prevalece en Cuba bajo el régimen de Castro. «Sí, nuestra Armada está preocupada no por nuestra base de Guantánamo, sino por toda la situación cubana», respondió Burke. El Almirante agrega que todos los cuerpos militares norteamericanos están preocupados. ¿Se debe a la estratégica posición de Cuba en el Caribe?, se le interrogó a Burke. No, particularmente, manifestó, se trata de un país cuyo pueblo era normalmente amigo de Estados Unidos, que gustaba de nuestro pueblo y que a nosotros también nos agradaba. A pesar de esto se ha presentado un individuo con un pequeño grupo de comunistas empedernidos que están decididos a cambiarlo todo. Castro ha enseñado a odiar a Estados Unidos y ha hecho mucho para arruinar a su país. Burke manifestó que reaccionaríamos muy rápido si Castro tomara alguna decisión contra la base de Guantánamo. Si trataran de tomar el lugar por la fuerza, lucharemos, agregó. Ante la pregunta de si la amenaza hecha por Jruschov de que los cohetes soviéticos apoyarían a Cuba le había hecho pensar tal decisión dos veces, el Almirante dijo: «No, porque él no lanzará sus cohetes, él sabe muy bien que será destruido si así lo hace».

Quiere decir que Rusia será destruida.

En primer lugar, he de hacer resaltar cómo para este señor el haber aumentado la producción industrial en nuestro país en un 35%, el haber dado empleo a más de 200 000 nuevos cubanos y las soluciones que nosotros hemos llevado a los grandes problemas sociales de nuestro país, equivalen

a «arruinar al país». Y en virtud de esos «fundamentos» se toman el derecho de preparar las condiciones de la agresión.

Vean ustedes cómo hace un cálculo, un cálculo que sí es peligroso, porque este señor virtualmente calcula que en caso de un ataque a nosotros, nosotros vamos a estar solos. Es simplemente un cálculo del señor Burke, pero imaginemos que el señor Burke esté equivocado. Imaginemos que el señor Burke, con todo lo almirante que es, esté equivocado.

Entonces el almirante Burke está jugando irresponsablemente con la suerte del mundo. El almirante Burke y todos los de su grupo militarista agresivo están jugando con la suerte del mundo, y por la suerte de cada uno de nosotros realmente no valdría la pena preocuparse; pero entendemos que nosotros, representativos de los distintos pueblos del mundo, ¡tenemos el deber de preocuparnos por la suerte del mundo, y tenemos el deber de condenar a todos los que juegan irresponsablemente con la suerte del mundo! ¡Que no están jugando solo con la suerte de nuestro pueblo, que están jugando con la suerte de su propio pueblo y que están jugando con la suerte de todos los pueblos del mundo! ¿O es que cree este almirante Burke que estamos viviendo todavía en la época del arcabuz, o es que no se ha acabado de dar cuenta este almirante Burke que estamos viviendo en la era atómica, cuya desastrosa fuerza destructiva no pudieron siquiera imaginar el Dante o Leonardo da Vinci, con toda su imaginación, porque supera todo lo que el hombre pudo imaginar jamás? Sin embargo, él calcula, y, claro, ya la United Press esparció esto por el mundo, la revista está al salir, ya se empieza a preparar la campaña, ya se empieza a crear la histeria, ya se empieza a divulgar el peligro imaginario de una acción nuestra contra la base.

Y esto no está solo. En el día de ayer aparece aquí otra información de la UPI, conteniendo unas declaraciones de un senador norteamericano, que según me parece se pronuncia su nombre Stail Bridge, miembro, tengo entendido, de la comisión militar del Senado de Estados Unidos, quien dijo hoy: «Los Estados Unidos deben preparar a toda costa su Base Naval de Guantánamo en Cuba»; dijo: «Debemos ir tan lejos como sea necesario para defender la gigantesca instalación de los Estados Unidos. Tenemos allí fuerzas navales, tenemos infantería de marina, y si fuéramos atacados, yo la defendería, ciertamente, porque creo que es la base más importante en la región del Caribe».

Este miembro del Comité Senatorial de las Fuerzas Armadas, Bridge, no descartó por completo el uso de armas atómicas en caso de un ataque contra la base.

¿Qué quiere decir esto? Esto quiere decir que no solamente se está creando la histeria, que no solamente se está preparando sistemáticamente el ambiente, sino que incluso se nos amenaza hasta con el uso de armas atómicas. Y, realmente, entre otras muchas cosas que se nos ocurren, una de ellas es preguntarle a este señor Bridge si no le da vergüenza amenazar con armas atómicas a un país pequeño como el de Cuba. [...]

De toda la historia de las bases situadas hoy en todo el mundo, el caso más trágico es el de Cuba: una base a la fuerza, en nuestro territorio inconfundible, que está a buena distancia de las costas de Estados Unidos, contra Cuba, contra el pueblo, impuesta por la fuerza, y como una amenaza y una preocupación para nuestro pueblo.

Por ello es que debemos declarar aquí, en primer lugar, que estas habladurías sobre ataques tienen por fundamento crear la histeria y preparar condiciones de agresiones a nuestro país que nosotros nunca hemos hablado, nunca hemos dicho una sola palabra que implique la idea de ningún tipo de ataque a la Base Naval de Guantánamo. Nosotros somos los primeros interesados en no darle pretextos al imperialismo para agredirnos, y eso nosotros lo declaramos aquí terminantemente; pero también declaramos que desde el instante en que esa base se ha convertido en una amenaza para la seguridad y la tranquilidad de nuestro país, y una amenaza para nuestro pueblo, el Gobierno Revolucionario está considerando muy seriamente solicitar, dentro de los cánones del derecho internacional, la retirada de las fuerzas navales y militares del gobierno de Estados Unidos de esa porción del territorio nacional. Y al gobierno imperialista de Estados Unidos no le quedará más remedio que retirar esas fuerzas, porque, ¿cómo podrá justificar ante el mundo su derecho a instalar una base atómica o una base que entrañe un peligro para nuestro pueblo en un pedazo de nuestro territorio nacional, en una isla inconfundible, que es el territorio del mundo donde radica el pueblo cubano? ¿Cómo podrá justificar ante el mundo ningún derecho a mantener soberanía sobre un pedazo de nuestro territorio? ¿Cómo podrá presentarse ante el mundo para justificar esa arbitrariedad? Y por cuanto ante el mundo no podrá justificar ese derecho, cuando nuestro gobierno lo solicite, dentro de los cánones del derecho internacional, el gobierno de Estados Unidos tendrá que acatar ese derecho.

Pero es preciso que esta asamblea quede muy bien informada de los problemas de Cuba porque nosotros tenemos que estar alertas contra el engaño y contra la confusión. Nosotros tenemos que explicar muy claramente todos estos problemas, porque en ello va la seguridad y la suerte de nuestro país. Y por eso, pedimos que quede constancia bien clara de estas palabras, sobre todo, si se tiene en cuenta que no tiene traza de mejorarse la opinión o la interpretación errónea que acerca de los problemas de Cuba tienen los políticos de este país.

Aquí mismo, por ejemplo, hay unas declaraciones del señor Kennedy que son como para asombrar a cualquiera. Sobre Cuba dice: «Debemos usar toda la fuerza de la OEA para impedir que Castro interfiera con otros gobiernos latinoamericanos, y devolver la libertad a Cuba». ¡Van a devolverle la libertad a Cuba! «Debemos dejar sentada nuestra intención de no permitir que la Unión Soviética convierta a Cuba en su base en el Caribe, y aplicar la doctrina de Monroe». ¡En plena mitad, o más de la mitad del siglo XX, este señor candidato hablando de la Doctrina Monroe! «Debemos hacer que el primer ministro Castro comprenda que nos proponemos defender nuestro derecho a la Base Naval de Guantánamo». ¡Es el tercero, el tercero que habla del problema! «Y debemos hacer saber al pueblo cubano que simpatizamos con sus aspiraciones económicas legítimas...». ¿Y cómo no simpatizaron antes? «...que conocemos su amor por la libertad, y que nunca estaremos contentos hasta que la democracia vuelva a Cuba...». ¿Qué democracia? ¿La democracia *made* por los monopolios imperialistas del gobierno de Estados Unidos?

«Las fuerzas que luchan por la libertad en el exilio —prestese atención, para que luego comprendan por qué hay aviones que vuelan desde territorio norteamericano hacia Cuba; prestese atención a lo que dice este señor— y en las montañas de Cuba, deben ser sostenidas y ayudadas; y en otros países de América Latina debe mantenerse confinado el comunismo, sin permitirle que se expanda». [...]

Hasta aquí hemos expuesto el problema de nuestro país, deber fundamental nuestro al acudir a las Naciones Unidas, pero comprendemos perfectamente que sería un poco egoísta de nuestra parte si nuestra preocupación se limitara a nuestro caso concreto. También es cierto que nosotros hemos consumido la mayor parte de nuestro tiempo en informar a esta Asamblea sobre el caso de Cuba, y no es mucho el espacio que disponemos para las demás cuestiones, sobre las cuales solo queremos referirnos someramente.

Sin embargo, el caso de Cuba no es un caso aislado. Sería un error pensar en el caso de Cuba. El caso de Cuba es el caso de todos los pueblos subdesarrollados. El caso de Cuba es como el caso del Congo, como el caso de Egipto, como el caso de Argelia, como el caso de Irán occidental, y, en fin, como el caso de Panamá, que quiere su canal; como el caso de Puerto Rico, al que le destruyen su espíritu nacional; como el caso de Honduras, que ve segregado un pedazo de su territorio; y, en fin, aunque nuestra atención no haya recaído específicamente sobre otros países, el caso de Cuba es el caso de todos los países subdesarrollados y colonizados.

Los problemas que describíamos sobre Cuba pueden aplicarse perfectamente a toda la América Latina. El control de los recursos económicos de América Latina por los monopolios, que cuando no son dueños directamente de las minas y se encargan de la extracción, como en el caso del cobre de Chile, de Perú o de México, el caso del zinc de Perú y de México, el caso del petróleo de Venezuela, es porque son dueños de los servicios públicos, de las compañías de servicios públicos, como ocurre en Argentina, en Brasil, en Chile, en Perú, en Ecuador, en Colombia, o dueños de los servicios telefónicos, como ocurre en Chile, en Brasil, en Perú, en Venezuela, en Paraguay, en Bolivia, o porque si no comercializan nuestros productos, como ocurre con el café de Brasil, de Colombia, de El Salvador, de Costa Rica, de Guatemala, o con el banano, explotado y comercializado, además de transportado por la United Fruit Company, en Guatemala, en Costa Rica, en Honduras, o como con el algodón de México, o el algodón de Brasil, ejercitan el monopolio en las más importantes industrias del país.

Economías dependientes por completo de los monopolios. ¡Ay del día en que quieran hacer también una reforma agraria! Les pedirán pago pronto, eficiente y justo. Y si, a pesar de todo, hacen una reforma agraria, al delegado del país hermano que venga a la ONU lo confinarán a Manhattan, no le alquilarán hotel, lloverán infamias sobre él, y hasta, es posible que sea maltratado de obra por la policía.

El problema de Cuba no es más que un ejemplo de lo que es la América Latina. Y, ¿hasta cuándo estará esperando la América Latina para su desarrollo? Pues, tendrá que esperar, de acuerdo con el criterio de los monopolios, hasta las calendas griegas. [...]

Si aquí a esta Asamblea llegara un personaje interplanetario que no hubiera leído ni el *Manifiesto Comunista* de Carlos Marx, ni los cables de la UPI

o de la AP, o de las demás publicaciones monopolistas, y preguntara cómo anda repartido el mundo, cómo está distribuido el mundo, y en un mapa viera que las riquezas están divididas entre los monopolios de cuatro o cinco países, sin ninguna otra consideración diría: «El mundo está mal repartido, el mundo está explotado».

Y aquí, donde hay una gran mayoría de países subdesarrollados, podría decir: «Una gran mayoría de los pueblos que ustedes representan están explotados, han estado explotándolos desde hace mucho tiempo. Han variado la forma de explotación, pero no han dejado de ser explotados». Ese sería el veredicto.

En el discurso del premier Jrushov hay una afirmación que nos llamó poderosamente la atención, por el valor que encierra, y fue cuando dijo que «la Unión Soviética no tenía colonias, ni tenía inversiones en ningún país».

¡Ah!, qué formidable sería nuestro mundo, nuestro mundo hoy amenazado de cataclismos, si los delegados de todas las naciones pudieran decir igual: «¡Nuestro país no tiene ninguna colonia, ni tiene ninguna inversión en ningún país extranjero!».

Para qué darle más vuelta a la cuestión. Este es el quid de la cosa, incluso, el quid de la paz y de la guerra, el *quid* de la carrera armamentista o del desarme. Las guerras, desde el principio de la humanidad, han surgido, fundamentalmente, por una razón: el deseo de unos de despojar a otros de sus riquezas. ¡Desaparezca la filosofía del despojo, y habrá desaparecido la filosofía de la guerra! ¡Desaparezcan las colonias, desaparezca la explotación de los países por los monopolios, y entonces la humanidad habrá alcanzado una verdadera etapa de progreso! [...]

Hay algo que realmente nos alarmó mucho en el discurso del señor presidente de Estados Unidos, cuando dijo:

> En las zonas en desarrollo debemos tratar de promover cambios pacíficos, así como asistir a que lleven a cabo su progreso económico y social. Para hacer esto, para conseguir ese cambio, la comunidad internacional debe poder manifestar su presencia en los casos de necesidad, mediante el envío de observadores o de fuerzas de las Naciones Unidas.

Desearía que los Estados miembros tomasen medidas positivas acerca de las sugestiones que figuran en el informe del secretario general, con miras a la creación de un personal calificado dentro de la Secretaría, para que asista a hacer frente a las necesidades de fuerzas de las Naciones Unidas.

Es decir que después de considerar «zonas de desarrollo» a la América Latina, el África, Asia y Oceanía, propugna que se promuevan «cambios pacíficos», y propone para ello incluso se empleen «observadores» o «fuerzas de las Naciones Unidas». Es decir que Estados Unidos surge al mundo en virtud de una revolución contra los que lo colonizaban. El derecho de los pueblos a liberarse revolucionariamente del coloniaje o de cualquier forma de opresión, fue reconocido por la propia Declaración del 5 de julio de 1775 en Filadelfia y hoy el gobierno de Estados Unidos propugna el uso de las fuerzas de las Naciones Unidas para evitar cambios revolucionarios.

El secretario general ha sugerido ahora que los Estados miembros deben mostrarse dispuestos a hacer frente a futuras peticiones de las Naciones Unidas, para que contribuyan al mantenimiento de dichas fuerzas. Todos los países aquí representados deben responder a esta necesidad, aportando contingentes nacionales que podrían integrar estas fuerzas de las Naciones Unidas en caso de necesidad. El momento de hacerlo es ahora, en esta misma Asamblea. Aseguro a los países que ahora reciben asistencia de Estados Unidos de América que nosotros estamos en favor del uso de esa asistencia para ayudarles a mantener los contingentes en la forma que sugiere el secretario general. Es decir que les propone a los países que tienen bases y que reciben asistencia, que están dispuestos a darles más asistencia para la formación de esa fuerza de emergencia. Para cooperar a los esfuerzos del secretario general, Estados Unidos de América está dispuesto a prestar, de igual modo, facilidades importantes de carácter aéreo y marítimo para transportar los contingentes que las Naciones Unidas pidan en cualquier futura emergencia. Es decir que incluso ofrecen sus barcos y sus aviones para esas fuerzas de emergencias y deseamos expresar aquí que la delegación cubana no está de acuerdo con esa fuerza de emergencia en tanto todos los pueblos del mundo no puedan sentirse seguros de que no son para ponerlas al servicio del colonialismo y del imperialismo, y mucho menos cuando cualquiera de nuestros países, puede ser en cualquier instante víctima del uso de esa fuerza contra el derecho de nuestros pueblos.

Hay aquí varios problemas, sobre los cuales han hablado ya las distintas delegaciones. Simplemente por razones de tiempo, queremos dejar solo constancia de nuestra opinión sobre el problema del Congo. Es de imaginar que siendo nuestra posición anticolonialista y contraria a la explotación de los países subdesarrollados, nosotros condenemos la forma en que

se llevó a cabo la intervención de las fuerzas de las Naciones Unidas en el Congo. Primero, no fueron esas fuerzas allí para actuar contra las fuerzas interventoras, para lo cual habían sido llamadas. Se dio todo el tiempo necesario para que se promoviese allí la primera disensión. Cuando esto no era todavía suficiente, se dio tiempo y se viabiliza la oportunidad a que se produjese la segunda división, y por último, mientras se ocupaban allí las estaciones radiales y los aeródromos se dio la oportunidad de que surgiera el tercer hombre, como les llaman a esos hombres salvadores que surgen en estas circunstancias. Los conocemos ya demasiado bien, porque en el año 1934 en nuestra patria surgió también uno de estos salvadores, que se llamó Fulgencio Batista. En el Congo se llama Mobutu. En Cuba visitaba todos los días la Embajada norteamericana y parece que en el Congo también. ¿Porque lo digamos nosotros? No. Porque lo dice nada menos que una revista que es la mayor defensora que hay de los monopolios y por lo tanto no puede estar en contra de ellos. No puede estar a favor de Lumumba, porque está contra Lumumba y está a favor de Mobutu. Pero además explica quién es, cómo surgió, cómo se dedicó a trabajar, y dice finalmente la revista *Times* en su última edición:

> Mobutu comenzó a ser visita frecuente de la Embajada de los Estados Unidos y sostuvo largas conversaciones con sus funcionarios. Una tarde de la semana pasada Mobutu conferenció con oficiales del Campo Leopoldo y logró su apoyo clamoroso. Esa noche fue a Radio Congo, la misma Radio Congo que no le habían permitido usar a Lumumba y abruptamente anunció que el ejército asumía el poder.

Es decir, todo eso después de frecuentes visitas y largas conversaciones con los funcionarios de la Embajada de Estados Unidos —lo dice *Times*, defensor de los monopolios.

Es decir que la mano de los intereses colonialistas ha estado clara y evidente en el Congo y por lo tanto nuestra opinión es que se ha actuado mal, que se ha favorecido a los intereses colonialistas y que todos los hechos indican que el pueblo del Congo y la razón en el Congo están del lado del único líder, que se quedó allí defendiendo los intereses de su patria, y ese líder es Lumumba.

Si los países afroasiáticos, en vista de esta situación, y este tercer hombre misterioso que ha aparecido allá en el Congo, llamado a desplazar junto

con los intereses legítimos del pueblo congolés a los gobiernos legítimos del Congo, logran que esos poderes legítimos se reconcilien en defensa de los intereses del Congo, mejor, mas si esa reconciliación no se logra, la razón y el derecho han de estar junto a quien no solo tiene allí el apoyo del pueblo y del Parlamento, sino que es el que ha sabido mantenerse frente a los intereses de los monopolios, ha sabido mantenerse junto a su pueblo.

En el problema de Argelia hay que decir que estamos 100% al lado del derecho del pueblo de Argelia a su independencia, y, además, es ridículo como muchas otras cosas ridículas que tienen esa vida artificial que les dan los intereses creados. Es ridículo pretender que Argelia sea parte de la nación francesa. También lo han pretendido otros países para mantener sus colonias en otros tiempos. Eso, que se llama «integrismo», históricamente fracasó. Analicemos la cuestión a la inversa, que la metrópoli fuese Argelia y declarara que un pedazo de Europa forma parte integral de su territorio. Eso es sencillamente una razón traída por los pelos y que carece de sentido. Argelia, señores, pertenece al África, como Francia pertenece a Europa. [...]

Estamos, pues, al lado del pueblo argelino, como estamos al lado de los pueblos sometidos al coloniaje que quedan todavía en África y al lado de los negros discriminados de la Unión Sudafricana y estamos al lado de los pueblos que desean ser libres, no solo políticamente, porque es muy fácil poner una bandera, un escudo, un himno y un color en el mapa, sino libres económicamente. Porque hay una verdad que debiéramos sabérnosla todos como la primera, y es que no hay independencia política si no hay independencia económica, que la independencia política es una mentira, si no hay independencia económica. Y que, por tanto, la aspiración de ser libres política y económicamente la respaldamos nosotros, no solo a tener una bandera y un escudo y una representación en la ONU. Nosotros queremos plantear aquí otro derecho, un derecho que ha sido proclamado por nuestro pueblo en reunión multitudinaria en días recientes: el derecho de los países subdesarrollados a nacionalizar sin indemnización los recursos naturales y las inversiones de los monopolios en sus respectivos países. Es decir que nosotros propugnamos la nacionalización de los recursos naturales y de las inversiones extranjeras en los países subdesarrollados.

Y si los altamente industrializados lo desean hacer también no nos oponemos.

Para que los países puedan ser verdaderamente libres en lo político, deben ser verdaderamente libres en lo económico, y entonces ayudarlos. Nos preguntarán por el valor de las inversiones y nosotros preguntamos por el valor de las ganancias, las ganancias que han estado extrayendo de los pueblos sometidos al coloniaje y subdesarrollados durante décadas cuando no, ¡durante siglos!

Hay también una proposición del presidente de la delegación de Ghana, que nosotros deseamos apoyar. La proposición de que se libere al territorio africano de bases militares y por lo tanto de bases de armas nucleares; es decir, la proposición de liberar al África de los peligros de una guerra atómica. Ya se ha hecho algo con la Antártida. ¿Por qué, mientras se avanza en el camino del desarme, no vamos avanzando también en el camino de la liberación de ciertas zonas de la tierra del peligro de la guerra nuclear? Si África renace, esa África que hoy estamos aprendiendo a conocer, no el África que nos enseñaban en los mapas, no el África que nos enseñaban en las películas de Hollywood y en las novelas, no aquella África donde siempre aparecía la tribu semidesnuda, armada de lanzas, dispuesta a correr al primer choque con el héroe blanco, y el héroe blanco, tanto más héroe cuanto más naturales de África mataba. Esa África que se yergue aquí con líderes como Nkrumah y Sekou Touré, o esa África del mundo arábigo de Nasser, esa verdadera África, el continente oprimido, el continente explotado, el continente de donde surgieron millones de esclavos, esa África que tanto dolor lleva en su historia, a esa África, con esa África tenemos un deber: preservarla del peligro de la destrucción, compensen en algo los demás pueblos, compensen en algo el occidente de lo mucho que ha hecho sufrir al África, preservándola del peligro de la guerra atómica, declarando a África como zona libre de ese peligro, que allí no se establezcan bases atómicas, y que por lo menos quede ese continente, mientras no podamos hacer otra cosa, como el santuario donde se preserve la vida humana. Apoyamos calurosamente esta proposición.

Y sobre la cuestión del desarme, sobre la cuestión del desarme apoyamos enteramente la proposición soviética —y no nos sonrojamos aquí por apoyar la proposición soviética—. Entendemos que es una proposición correcta, precisa, definida y clara.

Hemos leído detenidamente el discurso que pronunció aquí, por ejemplo, el presidente Eisenhower; y no habló, realmente, ni del desarme, ni del de-

sarrollo de los países subdesarrollados, ni del problema de las colonias. En realidad, vale la pena que los ciudadanos de este país, tan influidos por la propaganda falsa, se situasen en un minuto de objetividad a leer los discursos del presidente de Estados Unidos y del primer ministro soviético, para que se vea en dónde hay una sincera preocupación por los problemas del mundo, para que se vea dónde se habla con claridad y con sinceridad; y para que, además, se vea quiénes son los que quieren el desarme y quiénes son los que no quieren el desarme, y por qué.

La proposición soviética no puede ser más clara. Al planteamiento soviético no se le puede pedir más. ¿Por qué reservas, cuando nunca se ha hablado de un problema tan tremendo como este con tanta claridad?

La historia del mundo ha enseñado trágicamente que las carreras armamentistas han conducido siempre a la guerra; pero, sin embargo, en ningún minuto como este la guerra significa una hecatombe tan grande para la humanidad y, por lo tanto, nunca la responsabilidad ha podido ser mayor. Y ha planteado la delegación soviética sobre este problema que tanto preocupa a la humanidad —como que le va virtualmente la existencia a la humanidad— una proposición de desarme total y completa, amplia. ¿Se puede pedir más? ¡Pídanlo, si se puede pedir más!, más garantías, si se pueden pedir, ¡pídanlas!, pero no puede ser más clara y más definida, e históricamente no se podrá responder con una negativa sin asumir la responsabilidad que entraña el peligro de la guerra y la guerra misma.

¿Por qué se quiere sustraer de la Asamblea General el problema? ¿Por qué la delegación de Estados Unidos no quiere discutir este problema entre todos nosotros? ¿Es que nosotros no tenemos criterio? ¿Es que nosotros no debemos enterarnos del problema? ¿Es que tiene que reunirse una comisión? ¿Por qué no lo más democrático? Es decir que la Asamblea General, todos los delegados, discutan aquí el problema del desarme, y que todo el mundo ponga las cartas sobre la mesa, para que se sepa quiénes quieren y quiénes no quieren el desarme, quiénes quieren y quiénes no quieren estar jugando a la guerra, y quiénes traicionan esa aspiración de la humanidad; ¡porque la humanidad no debe ser jamás llevada a una hecatombe por intereses egoístas y bastardos!, la humanidad, nuestros pueblos, no nosotros, han de ser preservados de esa hecatombe, para que todo lo que el conocimiento y la inteligencia humana han creado no sirva para la propia destrucción de la humanidad. [...]

Los colonialistas son enemigos del desarme. Hay que luchar con la opinión pública del mundo para imponerles el desarme, como hay que imponerles, luchando con la opinión pública del mundo, el derecho de los pueblos a su liberación política y económica.

Son enemigos del desarme los monopolios, porque además de que con las armas defienden a esos intereses, la carrera armamentista siempre ha sido un gran negocio para los monopolios. Y, por ejemplo, es de todos sabido que los grandes monopolios en este país duplicaron sus capitales a raíz de la Segunda Guerra. Como los cuervos, los monopolios se nutren de los cadáveres que nos traen las guerras.

Y la guerra es un negocio. Hay que desenmascarar a los que negocian con la guerra, a los que se enriquecen con la guerra. Hay que abrirle los ojos al mundo, y enseñarle quiénes son los que negocian con el destino de la humanidad, los que negocian con el peligro de la guerra, sobre todo cuando la guerra puede ser tan espantosa que no queden esperanzas de liberación, de salvarse, al mundo.

Y esa es tarea, a la que nosotros, país pequeño y subdesarrollado, invitamos a los demás pueblos pequeños y subdesarrollados, especialmente, y a toda la Asamblea, a luchar, y que se traiga aquí, que después no nos perdonaremos las consecuencias, si por dejadez nuestra o por falta de firmeza o por falta de energía en este problema, el mundo se ve envuelto, cada vez más, en los peligros de la guerra.

Nos queda un punto que, según hemos leído en algunos periódicos, iba a ser uno de los puntos de la delegación cubana, y era lógico, el problema de la República Popular China.

Ya lo han expuesto otras delegaciones. Nosotros queremos exponer aquí que es realmente una negación de la razón de ser de las Naciones Unidas y de la esencia de las Naciones Unidas el que ni siquiera se haya entrado a discutir ese problema aquí. ¿Por qué? Porque es la voluntad del gobierno de Estados Unidos. ¿Por qué la Asamblea de las Naciones Unidas va a renunciar su derecho a discutir ese problema?

Aquí han ingresado, en los años recientes, numerosos países. Es negar la realidad de la historia, y negar la realidad de los hechos y de la vida misma, el oponerse aquí a la discusión de los derechos de la República Popular China; es decir, del 99% de los habitantes de un país de más de 600 millones de habitantes a estar representados aquí. Es sencillamente un absurdo, un

ridículo, que ni siquiera se discuta ese problema y, ¿hasta cuándo vamos a estar haciendo nosotros ese triste papel de ni siquiera discutir este problema?, cuando aquí están, los representantes, por ejemplo, de Franco, en España…

Queríamos hacer una consideración sobre el hecho de cómo surgen las Naciones Unidas.

Surgen después de la lucha contra el fascismo, después que decenas de millones de hombres murieron. Y así, de aquella lucha que tantas vidas costó, surgió esta organización como una esperanza. Sin embargo, hay extraordinarias paradojas: cuando los soldados norteamericanos caían en Guam, o en Guadalcanal, o en Okinawa, o en una de las muchas islas de Asia, caían también en el territorio continental chino, luchando contra el mismo enemigo, esos mismos hombres a quienes se les niega el derecho a discutir su ingreso en las Naciones Unidas. Y, mientras al mismo tiempo soldados de la División Azul luchaban en la Unión Soviética en defensa del fascismo, a la República Popular China se le niega el derecho a que se discuta su caso aquí, en las Naciones Unidas.

Sin embargo, aquel régimen, que fue la consecuencia del nazismo alemán y del fascismo italiano, que tomó el poder con el apoyo de los cañones y los aviones de Hitler, y de los «camisas negras» de Mussolini, recibió este generoso ingreso en las Naciones Unidas.

China representa una cuarta parte del mundo. ¿Qué gobierno es la verdadera representación de ese pueblo, de ese pueblo que es el mayor del mundo? Sencillamente, el gobierno de la República Popular China. […]

Comprendo perfectamente bien que es un poco difícil el que se libre nadie aquí de los conceptos estereotipados con que suelen juzgar a los representantes de las naciones. Debo decir que aquí hemos venido libres de prejuicios, a analizar objetivamente los problemas, sin miedo a que crean lo que crean, o sin miedo a las consecuencias de nuestra actitud. […]

En definitiva, vamos a confiar en el razonamiento, y vamos a confiar en la honestidad de todos. Hay cosas, sobre estos problemas del mundo con lo cual nosotros queremos resumir nuestro pensamiento, sobre lo que no cabe duda. Nuestro problema lo hemos expuesto aquí. Forma parte de los problemas del mundo. Quienes hoy nos agreden a nosotros son los que ayudan a agredir a otros en otras partes del mundo. […]

Hay que enseñarle a la opinión mundial, que incluye, por tanto, a la opinión norteamericana, a comprender los problemas desde otro ángulo,

desde el ángulo de los demás. No presentarnos siempre a los pueblos subdesarrollados como agresores, a los revolucionarios como agresores, como enemigos del pueblo norteamericano. Nosotros no podemos ser enemigos del pueblo norteamericano, porque hemos visto norteamericanos como Carleton Beals, o como Waldo Frank, a ilustres y distinguidos intelectuales como ellos, salírseles las lágrimas pensando en los errores que se cometen, en la falta de hospitalidad que particularmente se cometió con nosotros. En muchos norteamericanos, los más humanos de los escritores, los más progresistas de sus escritores, los más valiosos de sus escritores, veo la nobleza de los primeros dirigentes de este país: de los Washington, de los Jefferson, y de los Lincoln. Lo digo sin demagogia, con la sincera admiración que sentimos por aquellos que un día supieron liberar a su pueblo de su colonia y luchar, no para que hoy su país fuese el aliado de todos los reaccionarios del mundo, el aliado de todos los *gangsters* del mundo, el aliado de los latifundistas, de los monopolios, de los explotadores, de los militaristas, de los fascistas. Es decir, el aliado de los más retrógrados y de los más reaccionarios, sino para que su país fuese siempre defensor de nobles y de justos ideales.

Sabemos, por cierto, lo que le dirán hoy y mañana y siempre de nosotros al pueblo norteamericano para engañarlo. Pero no importa. Cumplimos nuestro deber con expresar estos sentimientos en esta histórica Asamblea. Proclamamos el derecho de los pueblos a su integridad, el derecho de los pueblos a su nacionalidad, y conspiran contra el nacionalismo, los que saben que el nacionalismo significa afán de recuperar lo suyo, sus riquezas, sus recursos naturales.

Estamos, en fin, con todas las nobles aspiraciones de todos los pueblos. Esa es nuestra posición. Con todo lo justo estamos y estaremos siempre: contra el coloniaje, contra la explotación, contra los monopolios, contra el militarismo, contra la carrera armamentista, contra el juego a la guerra. Contra eso estaremos siempre. Esa será nuestra posición.

Y, para finalizar, cumpliendo lo que entendemos como un deber nuestro, traer al seno de esta Asamblea la parte esencial de la «Declaración de La Habana». Ustedes saben que la «Declaración de La Habana» fue la respuesta del pueblo de Cuba a la Carta de Costa Rica. No se reunieron diez, ni cien, ni cien mil, se reunieron más de un millón de cubanos. Quienes duden, pueden ir a contarlos en la próxima concentración o asamblea general que demos en Cuba, en la seguridad de que van a ver un espectáculo de pueblo

ferviente y de pueblo consciente, que difícilmente hayan tenido oportunidad de ver, y que solo se ve cuando los pueblos están defendiendo ardorosamente sus intereses más sagrados.

En aquella asamblea de respuesta a la Carta de Costa Rica, en consulta con el pueblo y por aclamación del pueblo, se proclamaron estos principios, como los principios de la Revolución Cubana:

> La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba, condena el latifundio, fuente de miseria para el campesino y sistema de producción agrícola retrógrado e inhumano; condena los salarios de hambre y la explotación inicua del trabajo humano por bastardos y privilegiados intereses; condena el analfabetismo, la ausencia de maestros, de escuelas, de médicos y de hospitales; la falta de protección a la vejez que impera en los países de América; condena la discriminación del negro y del indio; condena la desigualdad y la explotación de la mujer; condena las oligarquías militares y políticas que mantienen a nuestros pueblos en la miseria, impiden su desarrollo democrático y el pleno ejercicio de su soberanía; condena las concesiones de los recursos naturales de nuestros países a los monopolios extranjeros como política entreguista y traidora al interés de los pueblos; condena a los gobiernos que desoyen el sentimiento de sus pueblos para acatar mandatos extranjeros; condena el engaño sistemático a los pueblos por órganos de divulgación que responden al interés de las oligarquías y a la política del imperialismo opresor; condena al monopolio de las noticias por agencias monopolistas, instrumentos de los *trusts* monopolistas y agentes de esos intereses; condena las leyes represivas que impiden a los obreros, campesinos, estudiantes y a los intelectuales, a las grandes mayorías de cada país, organizarse y luchar por sus reivindicaciones sociales y patrióticas; condena a los monopolios y empresas imperialistas que saquean continuamente nuestras riquezas, explotan a nuestros obreros y campesinos, desangran y mantienen en retraso nuestras economías, y someten la política de la América Latina a sus designios e intereses.
>
> La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba condena, en fin, la explotación del hombre por el hombre, y la explotación de los países subdesarrollados por el capital financiero imperialista.
>
> En consecuencia, la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba, proclama ante América.

Y lo proclama aquí ante el mundo:

> El derecho de los campesinos a la tierra; el derecho del obrero al fruto de su trabajo; el derecho de los niños a la educación; el derecho de los enfermos a la asistencia médica y hospitalaria; el derecho de los jóvenes al trabajo; el derecho de los estudiantes a la enseñanza libre, experimental y científica; el derecho de los negros y los indios a la dignidad plena del hombre; el derecho de la mujer a la igualdad civil, social y política; el derecho del anciano a una vejez segura; el derecho de los intelectuales, artistas y científicos a luchar, con sus obras, por un mundo mejor; el derecho de los Estados a la nacionalización de los monopolios imperialistas, rescatando así las riquezas y recursos nacionales; el derecho de los países al comercio libre con todos los pueblos del mundo; el derecho de las naciones a su plena soberanía, el derecho de los pueblos a convertir sus fortalezas militares en escuelas, y armar a sus obreros,

porque en esto nosotros tenemos que ser armamentistas, en armar a nuestro pueblo para defendernos de los ataques imperialistas;

> campesinos, estudiantes, intelectuales, al negro, al indio, a la mujer, al joven, al anciano, a todos los oprimidos y explotados, para que defiendan, por sí mismos, sus derechos y sus destinos.

Algunos querían conocer cuál era la línea del Gobierno Revolucionario de Cuba. Pues bien, ¡esta es nuestra línea!

4. LA INVASIÓN DE PLAYA GIRÓN Y LA PROCLAMACIÓN DEL CARÁCTER SOCIALISTA DE LA REVOLUCIÓN

El 15 de abril de 1961, aviones procedentes de los Estados Unidos, con falsas insignias de la Fuerza Aérea Revolucionaria, atacaron tres aeropuertos militares en Cuba, con el propósito de eliminar la posibilidad de una defensa eficaz contra la invasión prevista para el día siguiente. La invasión fue derrotada en 72 horas y más de 1 179 miembros de la Brigada 2506, el grupo invasor mercenario, fueron capturados.

CEMENTERIO DE COLÓN, LA HABANA,16 DE ABRIL DE 1961

En el discurso, pronunciado en la histórica esquina de las calles 23 y 12, en el barrio habanero El Vedado, donde se rindió honores fúnebres a los caídos en el bombardeo, Fidel Castro compara dicho ataque con el realizado por Japón a Pearl Harbor en 1941, y proclama el carácter socialista de la Revolución Cubana.

[...] Y cuando en medio de aquella guerra el gobierno imperialista del Japón quiso entrar en ella, no medió declaración de guerra, no medió aviso previo. En la madrugada de un domingo —si mal no recuerdo—, el 7 ó el 8 de diciembre de 1941, una mañana los barcos y los aviones japoneses atacaron

en forma sorpresiva la base naval de Pearl Harbor, y destruyeron casi totalmente los barcos y los aviones de las fuerzas navales de Estados Unidos en el Pacífico. Todo el mundo recuerda aquella fecha, todo el mundo recuerda la ola de indignación que causó en el pueblo de Estados Unidos, todo el mundo recuerda la irritación que produjo en aquel país y la indignación que produjo en el resto del mundo aquel ataque llevado a cabo en forma artera y sorpresiva. El pueblo de Estados Unidos se movilizó ante aquella agresión, y el pueblo de Estados Unidos no quiso olvidar nunca aquella forma traicionera y cobarde con que sus barcos y sus aviones fueron atacados en un amanecer del mes de diciembre de 1941.

Y aquel hecho quedó como símbolo de traición; aquel hecho ha perdurado en la historia de Estados Unidos como un hecho que quiso decir felonía, ruindad y cobardía. Pearl Harbor le recuerda a Estados Unidos la traición; Pearl Harbor le recuerda al pueblo de Estados Unidos la ruindad, la cobardía y la felonía; Pearl Harbor fue un hecho que la historia y la opinión de Estados Unidos anatematizan como hecho indigno, como hecho traicionero y como hecho cobarde.

En el día de ayer... no pretendemos con esto hacer comparaciones, porque cuando los japoneses luchaban contra los norteamericanos, era una pugna entre dos países imperialistas, era una pugna entre dos países capitalistas, era una pugna entre dos gobiernos explotadores, era una pugna entre dos gobiernos colonialistas, era una pugna entre dos gobiernos que intentaban dominar los mercados, las materias primas y la economía de una parte considerable del mundo. [...]

En este caso no se trata de la lucha entre dos fuerzas explotadoras, en este caso no se trata de la pugna entre dos imperialismos. [...]

Nos diferenciamos de Estados Unidos en que Estados Unidos es un país que explota a otros pueblos, en que Estados Unidos es un país que se ha apoderado de una gran parte de los recursos naturales del mundo, y que hace trabajar en beneficio de su casta de millonarios a decenas y decenas de millones de trabajadores en todo el mundo. Y nosotros no somos un país que explotemos a otros pueblos; nosotros no somos un país que nos hayamos apoderado, ni estemos luchando por apoderarnos de los recursos naturales de otros pueblos; nosotros no somos un país que estemos tratando de hacer trabajar a los obreros de otros pueblos para beneficio nuestro. [...]

¡Nosotros, con nuestra Revolución, no solo estamos erradicando la explotación de una nación por otra nación, sino también la explotación de unos hombres por otros hombres!

¡Sí! Nosotros hemos declarado en asamblea general histórica que se condena la explotación del hombre por el hombre; ¡nosotros hemos condenado la explotación del hombre por el hombre, y nosotros erradicaremos en nuestra patria la explotación del hombre por el hombre! [...]

Si el ataque a Pearl Harbor fue considerado por el pueblo de Estados Unidos como un crimen y como un acto traicionero y cobarde, nuestro pueblo tiene derecho a considerar el ataque imperialista de ayer como un hecho dos veces criminal, dos veces artero, dos veces traicionero ¡y mil veces cobarde! [...]

Con toda seguridad que el gobierno imperialista de Estados Unidos actúa así con nosotros porque nosotros no somos un país poderoso; con toda seguridad que actúa así con nosotros porque sabe que nosotros no podemos ripostarles como se merecen los hechos criminales y cobardes que ejecutan contra nosotros ; con toda seguridad que si nosotros fuésemos un país militarmente poderoso, ¡el gobierno imperialista de Estados Unidos no se atrevería jamás a perpetrar semejantes hechos contra nosotros! [...]

El gobierno imperialista de Japón actuó y no trató de ocultar la responsabilidad; en cambio, el presidente de Estados Unidos, es como la «gatica de María Ramos», que «tira la piedra y esconde la mano». ¡El presidente Kennedy, como la «gatica de María Ramos, tira la piedra y esconde la mano!» Esas son las palabras con que se puede resumir la política del gobierno de Estados Unidos.

Sin embargo, ¡cómo sirven estos hechos para comprender!, ¡cómo sirven estos hechos para enseñarnos las realidades del mundo!, ¡cómo sirven estos hechos para educar a nuestro pueblo! Son caras las lecciones, son dolorosas las lecciones, son sangrientas las lecciones, pero ¡cómo aprenden los pueblos con esos hechos!, ¡cómo aprende nuestro pueblo!, ¡cómo se educa y cómo se crece nuestro pueblo! [...]

En el día de ayer, como todo el mundo sabe, aviones de bombardeo divididos en tres grupos, a las 6:00 en punto de la mañana penetraron en el territorio nacional procedentes del extranjero y atacaron tres puntos del territorio nacional; en cada uno de esos puntos los hombres se defendieron

heroicamente, en cada uno de esos puntos corrió la sangre valerosa de los defensores, en cada uno de esos puntos hubo miles y cuando no cientos y cientos de testigos de lo que allí ocurrió. Era, además, un hecho que se esperaba; era algo que todos los días se estaba esperando; era la culminación lógica de las quemas a los cañaverales, de los centenares de violaciones a nuestro espacio aéreo, de las incursiones aéreas piratas, de los ataques piratas a nuestras refinerías por embarcación que penetró en una madrugada; era la consecuencia de lo que todo el mundo sabe; era la consecuencia de los planes de agresión que se vienen fraguando por Estados Unidos en complicidad con gobiernos lacayos en América Central; era la consecuencia de las bases aéreas que todo el pueblo sabe y todo el mundo conoce, porque lo han publicado hasta los propios periódicos y agencias de noticias norteamericanas, y las propias agencias y los propios periódicos se han cansado de hablar de los ejércitos mercenarios que organizan, de los campos de aviación que tienen preparados, de los aviones que les había entregado el gobierno de Estados Unidos, de los instructores yanquis, de las bases aéreas establecidas en territorio guatemalteco. [...]

El imperialismo proyecta el crimen, organiza el crimen, arma a los criminales, entrena a los criminales, paga a los criminales, vienen los criminales y asesinan a siete hijos de obreros, aterrizan tranquilamente en Estados Unidos, y, aun cuando el mundo entero sabía sus andanzas, declaran entonces que eran pilotos cubanos, preparan la historieta truculenta y novelesca, la riegan por todo el mundo, la publican en todos los periódicos, estaciones de radio y televisión de la reacción y de la gusanera reaccionaria del mundo, y después vienen los arzobispos, bendicen y santifican la mentira, y así se asocia en el crimen, se asocia en el crimen y en la mentira, ¡toda la caterva de mercenarios, explotadores y farsantes que hay en el mundo! [...]

Porque lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es que estemos aquí, lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es la dignidad, la entereza, el valor, la firmeza ideológica, el espíritu de sacrificio y el espíritu revolucionario del pueblo de Cuba.

Eso es lo que no pueden perdonarnos, que estemos ahí en sus narices ¡y que hayamos hecho una Revolución socialista en las propias narices de Estados Unidos!

¡Y que esa Revolución socialista la defendemos con esos fusiles!; ¡y que esa Revolución socialista la defendemos con el valor con que ayer nuestros artilleros antiaéreos acribillaron a balazos a los aviones agresores!

Y esa Revolución, esa Revolución, esa Revolución no la defendemos con mercenarios; esa Revolución la defendemos con los hombres y las mujeres del pueblo.

¿Quiénes tienen las armas? ¿Acaso las armas las tiene el mercenario? ¿Acaso las armas las tiene el millonario? Porque mercenario y millonario son la misma cosa. ¿Acaso las armas las tienen los hijitos de los ricos? ¿Acaso las armas las tienen los mayorales? ¿Quién tiene las armas? ¿Qué manos son esas que levantan esas armas? ¿Son manos de señoritos? ¿Son manos de ricos? ¿Son manos de explotadores? ¿Qué manos son esas que levantan esas armas? ¿No son manos obreras? ¿No son manos campesinas? ¿No son manos endurecidas por el trabajo? ¿No son manos creadoras? ¿No son manos humildes del pueblo? ¿Y cuál es la mayoría del pueblo?, ¿los millonarios o los obreros?, ¿los explotadores o los explotados?, ¿los privilegiados o los humildes? ¿No tienen las armas los privilegiados? ¿Las tienen los humildes? ¿Son minoría los privilegiados? ¿Son mayoría los humildes? ¿Es democrática una revolución en que los humildes tienen, las armas?

Compañeros obreros y campesinos, esta es la Revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes. Y por esta Revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes, estamos dispuestos a dar la vida.

Obreros y campesinos, hombres y mujeres humildes de la patria ¿juran defender hasta la última gota de sangre esta Revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes?

Compañeros obreros y campesinos de la patria, el ataque de ayer fue el preludio de la agresión de los mercenarios, el ataque de ayer que costó siete vidas heroicas, tuvo el propósito de destruir nuestros aviones en tierra, mas fracasaron, solo destruyeron tres aviones, y el grueso de los aviones enemigos fue averiado o abatido. Aquí, frente a la tumba de los compañeros caídos; aquí, junto a los restos de los jóvenes heroicos, hijos de obreros e hijos de familias humildes, reafirmemos nuestra decisión, de que al igual que ellos pusieron su pecho a las balas, al igual que ellos dieron su vida, vengan cuando vengan los mercenarios, todos nosotros, orgullosos de nuestra

Revolución, orgullosos de defender esta Revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes, no vacilaremos, frente a quienes sean, en defenderla hasta nuestra última gota de sangre.

¡Viva la clase obrera! ¡Vivan los campesinos! ¡Vivan los humildes! ¡Vivan los mártires de la patria! ¡Vivan eternamente los héroes de la patria! ¡Viva la Revolución socialista! ¡Viva Cuba libre!

¡Patria o Muerte!
¡Venceremos!

EL PRIMERO DE MAYO, LA HABANA, 1RO. DE MAYO DE 1961

En el desfile del 1ro. de Mayo en La Habana, semanas después de la victoria de Playa Girón, Fidel analiza las lecciones de la invasión, hace un recuento del avance del proceso revolucionario, y esboza los próximos pasos que daría el Gobierno Revolucionario.

Distinguidos visitantes de América Latina y de todo el mundo;
Combatientes de las Fuerzas Armadas del pueblo;
Trabajadores:

Llevamos catorce horas y media de desfile. Creo que solo un pueblo invadido de tan infinito entusiasmo es capaz de soportar semejantes pruebas.

De todas formas, voy a tratar de ser breve dentro de lo posible. [...]

Creo que en el día de hoy debemos trazarnos pautas a seguir, analizar un poco lo que hemos hecho hasta hoy, en qué punto del proceso de nuestra historia nos encontramos y qué tenemos por delante. [...]

Y este 1ro. de Mayo dice ya mucho, dice mucho de lo que ha sido hasta aquí la Revolución, dice mucho de lo que ha logrado hasta hoy la Revolución, y quizás no nos diga tanto a nosotros mismos como a nuestros visitantes. Nosotros hemos sido testigos, todos los cubanos, de cada uno de los pasos de la Revolución, y quizás no alcancemos a darnos cuenta tan, cabal de lo que hemos avanzado, como lo pueden comprender quienes nos visitan; sobre todo, los que nos visitan procedentes de América Latina, don-

de ellos viven todavía hoy un mundo muy parecido al que nosotros vivíamos ayer. Y es como si se transportaran de todo aquel pasado que nosotros conocemos demasiado bien y se situaran de repente en este presente de nuestra Revolución, con todo lo que tiene de nuevo y lo que tiene de extraordinario con respecto al pasado. No nos corresponde a nosotros, ni es lo que intentamos esta noche, resaltar el mérito de lo que hayamos hecho; simplemente queremos situarnos en el punto en que nos encontramos en este momento. Hoy hemos podido contemplar lo que ya es fruto genuino de esta Revolución.

En este 1ro. de Mayo, tan distinto de aquellos primeros de mayo, tan distinto sobre todo porque antes aquella fecha era la ocasión en que cada sector obrero expresaba sus demandas, sus ansias de mejoramiento frente a quienes eran sordos por completo a los intereses de su clase, frente a los que no podían ni siquiera responder ni acceder a ninguna de aquellas demandas fundamentales, porque no gobernaban para el pueblo, no gobernaban para los obreros, no gobernaban para los campesinos, no gobernaban para los sectores humildes del país; gobernaban solo para los privilegiados, gobernaban solo para los intereses económicos dominantes. Y como para hacer algo en favor del pueblo, para hacer algo en favor de los campesinos y de los obreros, había que lesionar de algún modo a aquellos intereses que realmente ellos representaban, de ninguna forma podían acceder en lo fundamental a ninguna justa demanda del pueblo. Y aquellos desfiles eran un día de expresión de la queja y de la protesta de los trabajadores.

Sin embargo, qué distinto ha sido este desfile de hoy, qué distinto incluso a los primeros desfiles después del triunfo de la Revolución, y cómo este desfile de hoy nos muestra todo lo que hemos adelantado. Ya los obreros no tienen que someterse a aquellas pruebas, ya los obreros no tienen que implorar a los oídos sordos de los gobernantes, ya los obreros no están sometidos al dominio de ninguna clase explotadora, ya los obreros no tienen al frente del país un gobierno al servicio de los intereses de los que explotaban a su clase, ya los obreros saben que todo lo que la Revolución hace, todo lo que el Gobierno hace o pueda hacer, tiene un solo y exclusivo propósito, y es ayudar a su clase, ayudar a su pueblo. De otra forma jamás podría explicarse ese sentimiento espontáneo de apoyo al Gobierno Revolucionario, esas simpatías desbordantes que cada hombre y cada mujer ha expresado en el día de hoy al pasar frente a esta tribuna.

Y es que dondequiera veíamos ya los frutos de la Revolución, porque los primeros que desfilaron en el día de hoy fueron precisamente los niños de la ciudad escolar Camilo Cienfuegos. Y hemos visto desfilar por aquí a los pioneros con la sonrisa de la esperanza, la confianza y el cariño; hemos visto desfilar a los Jóvenes Rebeldes; hemos visto desfilar a las mujeres de la Federación; hemos visto desfilar a un sinnúmero de escuelas creadas por la Revolución; hemos visto, así, desfilar estudiantes de inseminación artificial que, en número de mil procedentes de las 600 cooperativas cañeras, están estudiando en la capital de la República; hemos visto desfilar jóvenes humildes del pueblo, con sus uniformes del centro escolar donde se están preparando para ser representantes diplomáticos en el futuro de nuestro país; hemos visto a los alumnos de las escuelas que albergan a jóvenes campesinos y campesinos de la Ciénaga de Zapata, el lugar que precisamente escogieron los mercenarios para atacar a nuestro país; hemos visto desfilar a miles y miles de campesinas que están estudiando también en la capital, procedentes de los rincones más apartados de nuestra Isla, de las montañas de Oriente o de Las Villas, o de las cooperativas cañeras o las granjas del pueblo; hemos visto a las jóvenes que estudian para asistentes de los círculos infantiles.

Y aquí cada uno de esos núcleos colegiales ha sido capaz de escenificar actos que, si se considera el brevísimo tiempo con que contaron para prepararse, son doblemente dignos de admiración y de elogio. Vimos no solamente lo que viene del campo, hemos visto también lo que va hacia el campo, porque por aquí desfilaron los maestros voluntarios, y desfiló también una representación de los 100 000 jóvenes que ya están marchando hacia el interior de la República para cumplir el plan de erradicar totalmente el analfabetismo en nuestro país en un año tan solo.

¿De dónde vienen esas fuerzas y a dónde van esas fuerzas? Vienen del pueblo y van hacia el pueblo. Esos jóvenes sí son hijos del pueblo. Y cuando los veíamos hoy escribir con sus formaciones un «LPV», o la inscripción de: «¡Viva nuestra Revolución socialista!», pensábamos nosotros: ¡Qué difícil habría sido todo eso sin una revolución!, ¡qué difícil que cualquiera de esos niños de las montañas hubiese desfilado por aquí hoy!, ¡qué difícil que cualquiera de esos jóvenes de nuestros campos, que cualquiera de esos jovencitos o jovencitas de las familias más humildes, hubiese podido conocer siquiera la capital de la República, estudiar en cualquiera de esas escuelas,

desfilar con la alegría y el orgullo con que por aquí desfilaron hoy, admirarnos a todos, admirar a nuestros visitantes, y marchar con esa fe en el futuro con que marchan hoy! Porque escuelas, profesiones universitarias, arte, cultura, honores, no fueron jamás para los hijos de familias humildes de la ciudad o del campo, no fueron jamás para el campesino de las montañas apartadas, no fueron jamás para el joven pobre, blanco o negro, de nuestros campos y de nuestras ciudades; arte, cultura, profesiones universitarias, oportunidades en la vida, honores, vestidos elegantes, fueron solo privilegio de una insignificante minoría; minoría representada hoy, con esa gracia y con ese humorismo con que hoy algunas de las federaciones obreras hizo representar a los ricos, desfilando frente a esta tribuna con sus vestidos elegantes y con toda la pepillería que caracterizaba a aquella juventud de las familias pudientes.

Es verdaderamente asombroso que en el día de hoy hayan desfilado más de 20 000 deportistas y gimnastas, si se tiene en cuenta que apenas estamos empezando. Y esto sin ir todavía a lo más maravilloso que hemos tenido oportunidad de contemplar hoy, y es ese pueblo armado y ese pueblo unido que ha hecho acto de presencia en este 1ro. de Mayo.

Y, ¿cómo habría sido posible sin una revolución?; y, ¿cómo es posible comparar este presente con todo lo de atrás?; y, ¿cómo es posible no emocionarse cuando se ve marchar las filas interminables de obreros primero, de atletas después, de milicianos luego?; y cómo a veces marchaban confundidos, obreros, atletas y milicianos, y pensar que, al fin y al cabo, obreros, atletas, milicianos y soldados son la misma cosa.

Se podría explicar cualquiera por qué nuestro pueblo tiene que salir victorioso de cualquier prueba. Observábamos la nutridísima presencia de las mujeres en las filas de las federaciones; y es que, sencillamente, los hombres estaban en las unidades de artillería, en los cañones, en los morteros, en las antiaéreas o en los batallones de milicias que desfilarían después; al fin y al cabo, esas mujeres eran las esposas, y las hermanas, y las madres o las novias de los milicianos que después marcharon en los batallones. Y posiblemente, o sin posiblemente, esos jóvenes de las escuelas secundarias básicas, y esos hijos, esos jóvenes pioneros que por ahí desfilaron abriendo el desfile, o que luego desfilaron con los atletas, eran sencillamente sus hijos.

Y así puede apreciarse el todo que es hoy el pueblo humilde que lucha por los humildes: obreros de todas las profesiones, trabajadores manuales y

trabajadores intelectuales. Marchando juntos el escritor con el artista, el actor o el locutor; marchando juntos el médico con los enfermeros y los empleados de las clínicas; y marchando en número concurridísimo, bajo la bandera del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, los maestros, los pedagogos, los empleados del Ministerio de Educación. Y en sí, hoy hemos tenido oportunidad más que nunca de apreciar y de comprender todo lo que vale en nuestro país, todo lo que produce en nuestro país; hemos podido comprender mejor que nunca que hay dos clases de ciudadanos, o había dos clases de ciudadanos: los ciudadanos que trabajaban, los ciudadanos que producían y creaban, y los que vivían sin trabajar ni producir, los que vivían sencillamente de parásitos.

Y de esta nación, de esta nación joven y luchadora, de esta nación entusiasta y fervorosa, ¿quiénes no desfilaron por aquí hoy? ¿Quiénes no podían desfilar por aquí hoy? Sencillamente los parásitos. Por aquí desfiló hoy el pueblo trabajador, por aquí desfiló hoy todo el que trabaja y todo el que produce con su brazo o con su inteligencia. [...]

Quien vive de parásito, o quiera vivir de parásito, no pertenece realmente al pueblo. Solo tiene derecho a vivir sin trabajar el inválido, el enfermo, el anciano, el niño. Esos tienen derecho a que trabajemos para ellos, a que velemos por ellos, y que del fruto del trabajo de todos se puedan beneficiar.

Para el niño, para el anciano, para el enfermo, para el inválido, estamos en la obligación de trabajar todos. Lo que ninguna ley moral podrá justificar jamás es que el pueblo trabaje para los parásitos. Y lo que por aquí desfiló fue el pueblo trabajador que no quiere ni se resignará jamás a volver a trabajar para los parásitos.

Así nuestra colectividad nacional ha llegado a comprender qué es la Revolución, ha llegado a comprender con absoluta claridad en qué consiste la Revolución, en que un país se libra de los parásitos de afuera y de los parásitos también de adentro.

Nosotros recordamos que a raíz de la nacionalización de las mayores industrias del país, como anteriormente se habían nacionalizado las fábricas norteamericanas, algunos preguntaban: «¿Pero tal fábrica no era cubana?»; cuando vino la segunda ley: «¿Cómo nacionalizar una fábrica que era cubana?». Pues esa fábrica no era cubana, esa fábrica era de un señor, no pertenecía al pueblo, no pertenecía a la nación. [...]

Aquí se acostumbraba hablar mucho de patria por parte de una serie de

señores que tenían un concepto muy raquítico de lo que es o debe ser la patria. Y siempre estaban hablando de la patria, y estableciendo la obligación y el deber de defender la patria. Pero, ¿qué patria? ¿La patria de unos pocos? ¿La patria de un puñado de privilegiados? ¿La patria donde un señor tiene mil caballerías de tierra y tiene tres casas, mientras otros viven en la guardarraya en un miserable bohío?

¿A cuál patria, señor, se refería usted? ¿La patria donde unos pocos tienen todas las oportunidades y unos pocos se apropian del trabajo de todos los demás, o la patria del hombre que no tiene ni siquiera un trabajo, la patria de la familia que vive en un barrio de indigentes, la patria del niño hambriento y descalzo que pide limosnas por las calles? ¿A qué patria se referían y qué concepto era ese de la patria? ¿La patria que era propiedad de unos pocos con exclusión de toda la oportunidad y de todo beneficio para el resto del país, o la patria de hoy, donde nos hemos ganado el derecho a dirigir nuestro destino, donde nos hemos ganado el derecho a construir el futuro que necesariamente tendrá que ser mejor que el presente? Pero la patria donde no podrá decirse más que sea propiedad de unos cuantos, que sea para disfrute de unos cuantos; la patria que será de ahora en adelante y para siempre como la quería Martí, cuando dijo: «con todos y para el bien de todos». Y no la patria de unos cuantos y para el bien de unos cuantos. La patria como será en el futuro y para siempre, en que dejará de existir esa injusticia en que unos pocos lo tenían todo y casi todos no tenían nada.

Ahora sí nosotros podemos hablar de patria y ahora sí nosotros podemos tener un concepto verdadero de la patria, porque cuando decimos: defendemos la patria y estamos dispuestos a morir por la patria, ¡estamos dispuestos a morir por una patria que no es de unos cuantos, sino que es de todos los cubanos! [...]

Por eso, cuando un monopolista yanqui habla de patria, cuando un dirigente o un miembro de los círculos gobernantes de Estados Unidos habla de patria, ¿saben a qué patria se refiere? A la patria de los monopolios, a la patria de los grandes capitales bancarios, a la patria de las grandes empresas que poseen solo unos cuantos. Y cuando hablan de patria, están pensando en mandar al negro del sur de Estados Unidos, o en mandar al portorriqueño, o en mandar al joven de familia obrera de Estados Unidos, o en mandar al obrero, a combatir, a morir, a matar y hasta a asesinar, en defensa de esos monopolios y de esos millones que ellos llaman patria.

¡Qué moral, qué moral, qué moral y qué razón; qué moral, y qué razón y qué derecho, como no sea el derecho impuesto por una clase dominante y explotadora! ¿Qué derecho tienen a llamar a un negro del sur de Estados Unidos —al que le niegan todos los derechos, al que obligan a sentarse en un asiento aparte en el ómnibus público, al que le prohíben entrar en muchos sitios—, qué derecho tienen a enrolar a ese hombre negro, pobre, sin millones, sin monopolio, privado de todos los derechos, para ir a morir en defensa de los millones, de los monopolios y de los latifundios y de las minas y de las fábricas de las clases dominantes? ¿Y qué derecho tienen a enrolar a aquel portorriqueño —a cuyo país le han negado sistemáticamente la menor oportunidad de ser un país soberano e independiente—, qué derecho tienen, a ese puertorriqueño de sangre latina, de tradición y de origen latinos, de enviarlo a morir a los campos de batalla en defensa de la política de los grandes millonarios y de los grandes magnates de las finanzas y de la industria?

Ese concepto que tienen de la patria, y ese peligro a la seguridad al que suelen recurrir, o del que suelen hablar como pretexto, es sencillamente el peligro de sus monopolios, el peligro de sus intereses económicos. Y consideren ustedes qué concepto tienen de la patria, de la moral y de la ley, que movilizan a millones de hombres del pueblo que no tienen nada, muchas veces a hombres que no tienen ningún derecho, como ocurre con el portorriqueño u ocurre con el negro del sur de Estados Unidos, y los mandan a pelear y a morir en los campos de batalla.

Ese es el concepto de patria que tienen las clases dominantes, privilegiadas y explotadoras.

Y por eso, por eso solo adquiere un pueblo concepto verdaderamente de su patria, cuando los intereses de las minorías privilegiadas resultan liquidados, y cuando el país, con sus riquezas y sus oportunidades, pasa a ser un país para todos, patrimonio de todos, oportunidad de todos y felicidad de todos. [...]

No hablemos ya de lo que habría sido de la alegría del pueblo, y de la esperanza del pueblo, si el imperialismo hubiese podido vencer a la Revolución, porque no hay espectáculo más terrible en la historia de la humanidad que el espectáculo de una revolución vencida.

Y la historia de los esclavos que en Roma un día ensayaron una sublevación y aspiraron a ser libres, la idea de las decenas y quizás cientos de miles

de esclavos ardiendo en las cruces por las avenidas que conducían a Roma, debe darnos una idea de lo que es una revolución vencida. Y la historia de la Comuna de París, con su saldo espantoso de obreros asesinados, debe darnos una idea de lo que es una revolución vencida. Y la historia enseña que las revoluciones vencidas tienen que pagar un saldo extraordinario de sangre a la reacción vencedora, a la clase dominante vencedora, porque entonces les cobran todo el desasosiego en que han tenido que vivir, todos los intereses que les afectaron o amenazaron con afectarles, y no solo les cobran la deuda presente, sino que quieren cobrar también en sangre las deudas futuras, y tratan de exterminar hasta las raíces de la revolución.

Desde luego que, dadas ciertas circunstancias, es imposible aplastar a una revolución. Hablo de revoluciones que fueron vencidas antes de conquistar el poder; lo que no ha resultado jamás en la historia es que haya sido vencido un pueblo revolucionario que haya conquistado realmente el poder.

Quiero solo traer a la mente de todos cuál habría sido el cuadro de este país si el imperialismo se hubiese salido con las suyas. ¡Qué 1ro. de Mayo habrían tenido nuestros obreros, si el imperialismo se hubiese salido con la suya!

Y por eso, por eso pensábamos nosotros en todo lo que les debíamos a los que cayeron; por eso pensábamos nosotros que cada sonrisa de hoy era como un tributo por los que hicieron posible este día dichoso y esperanzador de hoy.

La sangre que se vertió allí fue sangre de obreros y de campesinos, la sangre que se vertió allí fue sangre de hijos humildes del pueblo; no fue sangre de latifundistas, no fue sangre de millonarios, no fue sangre de tahúres, no fue sangre de ladrones, no fue sangre de criminales, no fue sangre de explotadores. La sangre que se vertió allí fue sangre de explotados de ayer, de hombres libres de hoy; la sangre que se vertió allí fue sangre humilde, sangre honrada, sangre trabajadora, sangre creadora; fue sangre de patriotas, no fue sangre de mercenarios; fue sangre de obreros que voluntaria y espontáneamente se han enrolado en el ejército de la patria; no fue sangre del conscripto, no fue sangre del que se enrola en virtud de una ley; fue sangre del que se ofrece espontánea y generosamente para afrontar todos los riesgos de la batalla en defensa de un ideal, de un verdadero ideal, de un ideal que se siente, y no el ideal fementido, hipócrita y falso con que los yanquis han inculcado a sus mercenarios, como si fuesen papagayos, la palabra

ideal. No ideal de papagayos, no ideal de la lengua hacia afuera, sino del corazón hacia adentro; no ideal del que viene a buscar sus privilegios perdidos, sus tierras perdidas, sus bancos perdidos, sus fábricas perdidas, sus riquezas perdidas; no ideal del que viene a recobrar la buena vida en que nunca sudó la frente y vivió siempre del sudor y hasta de la sangre de los demás. No ideal del mercenario que vende su alma al oro del imperio poderoso, sino el ideal del obrero que no quiere seguir siendo explotado, el ideal del campesino que no quiere volver a perder su tierra, el ideal del joven que no quiere volver a perder su maestro, el ideal del negro que no quiere volver a ser discriminado, el ideal de la mujer que quiere vivir con derechos y con dignidad, el ideal de los humildes, el ideal de los que nunca vivieron del sudor de los demás, el ideal de los que nunca pudieron contemplar la vida como un regalo, sino como un trabajo; el ideal de los que no les robaban a otros, ni les privaban de la vida a otros por defender bastardos intereses; el ideal que puede sentir un hombre humilde del pueblo, que defiende la Revolución porque la Revolución es todo para él, porque él no era nada, él era un hombre humilde y humillado, él era un hombre discriminado, él era un hombre maltratado, él era un hombre a quien la clase dominante y explotadora lo tenía como un cero a la izquierda, y hoy es un cero a la derecha de los millones de hijos de su pueblo; y que defiende a la Revolución porque la Revolución es su vida, porque su vida la ha identificado con ella y su futuro y su esperanza, y antes de sacrificar esa esperanza, prefiere perder mil veces la vida, porque además no piensa egoísta en él, sino que piensa que él puede caer, pero que no caerá en vano, y que la causa por la que él cae ha de servir para hacer felices a millones de sus hermanos.

Sangre obrera, sangre campesina, sangre humilde fue la que derramó la patria luchando contra los mercenarios del imperialismo. Y qué sangre, qué hombres fueron los que mandó el imperialismo aquí a hacer la cabeza de playa desde donde iban a someter a nuestro país a una guerra de desgaste, a nuestros campos de caña a una destrucción sistemática, con bombas incendiarias, como lo habían estado haciendo cuando ni siquiera tenían la excusa o el pretexto de un pedazo del territorio nacional para hacer zarpar a sus aviones; una guerra de destrucción de nuestras fábricas y de nuestros pueblos, como lo hicieron cuando ni siquiera tenían una base aquí, como lo hicieron despegando sus aviones desde el extranjero mientras estafaban al mundo de la manera más cínica.

Y nosotros tenemos derecho a decir aquí al pueblo, sobre todo a nuestros visitantes, que en el mismo instante en que tres de nuestros aeropuertos eran bombardeados simultáneamente por aviones de fabricación yanqui, con bombas y metralla yanqui, las agencias yanquis lanzaban al mundo la versión de que nuestros aeropuertos habían sido atacados por aviones de nuestra propia Fuerza Aérea, con pilotos que habían desertado ese mismo día. [...]

¿Quiénes eran los que lucharon contra esos obreros y esos campesinos? Se lo vamos a explicar. De los mil primeros mercenarios capturados... Debemos decir que en poder de las fuerzas revolucionarias hay en este momento, sin contar tripulantes de barcos, cerca de mil cien mercenarios prisioneros. Entre mil, haciendo un análisis de la composición social de mil de ellos, tenemos lo siguiente: que ochocientos, ochocientos aproximadamente, eran de familias acomodadas; que entre esos ochocientos, una parte de ellos juntaban propiedades de tierra equivalentes a 27 556 caballerías afectadas por la Revolución; 9 666 casas, 70 industrias, diez centrales azucareros, dos bancos y cinco minas. Es decir, escogiendo 800 de un grupo de mil esos 800 tenían, repito, 27 556 caballerías, 9 666 casas, setenta industrias, diez centrales azucareros, dos bancos y cinco minas. Además, más de doscientos de esos ochocientos eran socios de los clubes más exclusivos y aristocráticos de La Habana y de los 200 restantes —hasta llegar a mil— 135 eran ex militares del ejército de Batista, y el resto, 65, eran lumpen o gente desclasada.

Ustedes recordarán que en ocasión de una discusión abierta con ellos, yo pregunté si había algún cortador de caña y no aparecía ninguno, hasta que por fin uno levantó la mano y dijo que él una vez, o antes, había cortado caña. Si hubiese hecho, en vez de esa pregunta, cuántos eran latifundistas, setenta y siete habrían levantado la mano. Esta es la composición social de los invasores: 27 556 caballerías de tierra, 9 666 edificios y casas, 70 industrias, 10 centrales azucareros, dos bancos y cinco minas.

Nosotros tenemos la seguridad de que si preguntásemos a todos los aquí reunidos cuántos eran dueños de centrales azucareros, no hay uno solo; cuántos eran dueños de bancos, no hay uno solo; cuántos eran dueños de latifundios, no hay uno solo. Si preguntamos a los combatientes que allí murieron, miembros de las milicias o soldados de la Policía Nacional Revolucionaria o del Ejército Rebelde, si confrontásemos las riquezas de los que allí cayeron o de los que allí combatieron, con seguridad que no

habría ni un solo banco, ni una sola mina, ni un solo central azucarero, ni un solo edificio de apartamentos, ni una sola industria, ni un solo latifundio, ni un solo socio de ninguno de los clubes aristocráticos que existían en esta capital. Y algunos de estos desvergonzados, algunos desvergonzados dijeron que venían a luchar por ideales, que venían a luchar por la libre empresa. A estas horas que se pare aquí un idiota a decir que viene a luchar por la libre empresa, como si este pueblo no supiera de sobra lo que era la libre empresa, que libre empresa era barrios de indigentes, lo mismo que las Yaguas, que Llega y Pon, que la Cueva del Humo, que las docenas de barrios de indigentes que rodeaban a esta capital; que libre empresa era desempleo para 500 000 cubanos; que libre empresa eran cientos de familias o miles de familias viviendo en las guardarrayas; que libre empresa era más de 100 000 familias campesinas trabajando la tierra para tener que entregar una parte considerable de su producción a propietarios absentistas que ni siquiera habían visto sembrar una sola semilla en esas tierras; como si libre empresa no hubiese sido discriminación, arbitrariedad, atropellos para los obreros y campesinos, plan de machete, asesinatos de líderes obreros, mujalismo, contrabando, cabarets, es decir, casinos de juegos, vicio, explotación, incultura, analfabetismo y miseria para nuestro pueblo.

Cómo van a venir a hablarle de libre empresa a un pueblo donde había casi medio millón de desempleados, un millón y medio de analfabetos, a un país donde había medio millón de niños sin escuelas; además, a un país donde había que hacer colas para ir a los hospitales y además buscar la palanca de un politiquero cualquiera a cambio de tener que darle la cédula electoral; cómo van a venir a hablarle de libre empresa a un pueblo que sabía que libre empresa era clubes aristocráticos para unos cuantos miles de familias, y niños hambrientos y descalzos, limosneros por las calles, bañándose en El Morro o bañándose ahí junto a las aguas de los vertederos, porque no tenían chance de ir a una playa, porque las playas estaban cercadas, las playas eran para los particulares, las playas eran para los aristócratas, las playas eran para los afortunados, privilegiados, usufructuarios de la libre empresa; y ni soñar siquiera en ir un día a Varadero, porque Varadero era para escasas familias adineradas; ni soñar siquiera que su hijo estudiara una carrera, porque la carrera la estudiaban solo los privilegiados de la libre empresa; ni soñar que su hijo fuera un día a estudiar idiomas a Europa, porque iban a Europa los hijos de los privilegiados de la libre empresa; ni soñar que el hijo

de un obrero de la construcción, de un obrero de escasos ingresos, pudiera estudiar en un instituto, si no tenía un instituto en la capital; ni soñar un obrero azucarero que su hijo pudiese ser bachiller, o que su hijo pudiese ser médico o ingeniero, porque si el hijo de un obrero podía estudiar era porque era un obrero de la capital, que podía mandar —si acaso, y las posibilidades eran pocas— su hijo a un instituto, pero el 90% de los hijos de los obreros, que son los que viven... o si no un 90%, por lo menos un 75% de los hijos de los obreros, que vivían en sitios donde no había centros de enseñanza secundaria y ellos no podían disponer de recursos para pagar la estancia en una ciudad a sus hijos, el 75% de los hijos de los obreros no tenía oportunidad de estudiar. Esa oportunidad la tenían exclusivamente los hijos de los beneficiarios de la libre empresa.

Ni soñar que las hijas de los carreteros, ni soñar que las hijas de los macheteros, hubieran podido desfilar por aquí, y bailar un zapateo, y exhibir elegantes y hermosos vestidos; ni soñar la oportunidad, el hijo de un campesino, de ir a estudiar agricultura a la Unión Soviética; ni soñar esa oportunidad para estudiar derecho diplomático, estudiar mecánica, estudiar cualquier profesión, para los hijos de las familias humildes, porque esas oportunidades solo las tenían, por lo general, y salvo algunas excepciones, los hijos de las familias afortunadas.

¿Cómo va a venir un señorito ignorante de lo que es trabajar, de lo que es sudar, de lo que es sufrir, venir a decir aquí que vino a asesinar campesinos, que vino a asesinar obreros, que vino a hacer derramar sangre del pueblo para defender su libre empresa?

Y no solo su libre empresa, o la libre empresa de su papá, sino la libre empresa de la United Fruit Company, la libre empresa de la compañía monopolista de electricidad yanqui, la libre empresa de la compañía que aquí controlaba los teléfonos, la libre empresa de las compañías que controlaban las refinerías; porque ni siquiera eran libre empresa, porque eran algo más que libre empresa, eran monopolios y, como tales monopolios, tenían virtualmente suprimida la competencia.

Luego, estos señores que vinieron aquí, armados por el imperialismo, cuando decían que defendían la libre empresa, lo que estaban defendiendo era realmente el monopolio que, incluso, está contra la libre empresa, porque controla toda la industria; sus precios, y sus recursos, y sus métodos son, precisamente, de arruinar a todos los demás; ni siquiera estaban defen-

diendo la libre empresa en el sentido liberal de la palabra. ¡Los muy ignorantes, o los muy estúpidos, estaban defendiendo los intereses monopolistas de los yanquis aquí y fuera de aquí! ¿Cómo van a venir a hablarle al pueblo cubano de que venían a defender la libre empresa, de que venían a defender esos intereses?

Y, además, dicen que venían a defender la Constitución del 40. Y es lo curioso que cuando la Constitución del 40 fue hecha trizas por la tiranía batistiana, y fue destruida, y que en esa acción el cuartelazo del 10 de marzo tuvo la complicidad, en primer lugar, de la Embajada yanqui, en segundo lugar del clero reaccionario, en tercer lugar, o en primer lugar junto con los demás, de las clases económicas dominantes, de las compañías monopolistas y de las gentes ricas en nuestro país, y la complicidad de un poder judicial corrompido hasta la médula de los huesos, y la complicidad de un sinnúmero de políticos venales, es verdaderamente cínico ver a un señorito de estos que viene en compañía de una serie de politiqueros, alcaldes, representantes y politiqueros de la época de Batista, de aquel Batista que pisoteó y destruyó aquella Constitución y la hizo añicos, con la complicidad del imperialismo y con la complicidad de las clases dominantes, que vengan estos señoritos, ligados con cientos de ex militares que defendieron aquella tiranía de Batista, vengan ligados con ellos y ligados con un montón de criminales, torturadores, y ligados con un montón de politiqueros, a decirle a este pueblo que venían a defender la Constitución de 1940; Constitución que, en lo que tenía de avanzada y lo que tenía de revolucionaria, el único gobierno que la ha respetado, la ha acatado y la ha llevado adelante es el Gobierno Revolucionario.

Porque esa Constitución decía que «se proscribía el latifundio» y que «a los efectos de su desaparición —la Constitución decía "su desaparición"— la ley establecería el máximo de propiedad de tierras que podía poseer cualquier tipo de empresa agrícola e industrial». Claro que esa ley constitucional nunca se cumplió. ¿Por qué? Porque tenía que venir una ley posterior en el congreso. Y, ¿quiénes estaban en el congreso? Los politiqueros, los abogados de los monopolios yanquis, los latifundistas, los millonarios, los ricos; y solo por excepción, había un puñado, muy pequeño de dirigentes obreros, de hombres humildes del pueblo, en aquella cámara y en aquel senado, donde estaban condenados a permanecer en minoría, porque todos los periódicos, todas las estaciones de radio y de televisión, que pertenecían precisamente

a los mismos sectores económicamente dominantes, tenían el control y el monopolio de los medios de divulgación de las ideas, y ahogaban con la mentira sistemática cualquier intento en favor de los campesinos.

Y, entonces, nunca sabía el pueblo; era muy difícil que el pueblo se enterara de los desalojos, de la miseria espantosa en que vivía el campesino, de la mortandad extraordinaria en la población infantil, porque se morían miles y decenas de miles de niños, todos los años, sin que hubiera un solo médico. ¡Y eso no era crimen para la clase económica dominante, eso no era crimen para los beneficiarios de la libre empresa, que se murieran 50 000, ó 20 000, ó 30 000 niños por falta de médicos, por falta de medicinas, eso no les dolía, eso no les importaba, la sociedad ni siquiera se enteraba de esas cosas!

Y ahí, los que en ese congreso tenían que decidir sobre las leyes complementarias de la Constitución, eran precisamente los latifundistas, y los millonarios, y los abogados de los monopolios yanquis; y entonces, nunca hubo Ley de Reforma Agraria; y una compañía yanqui, a pesar de que la ley decía que «se proscribía el latifundio», tenía 17 000 caballerías de tierra; y, a pesar de que en otro precepto de la ley decía que «la ley dictaría las normas adecuadas para que la tierra volviese a manos del cubano», a pesar de que la Constitución hablaba de eso, de que la tierra tenía que volver a manos cubanas, hacía 19 años que la Constitución del 40 estaba aprobada y tenía vigencia, y en esos 19 años no había habido una sola ley que le quitara una sola caballería a un monopolio yanqui que tenía 17 000.

Otro monopolio tenía 15 000, otro monopolio tenía 10 000 caballerías —10 000 caballerías son cerca de 140 000 hectáreas, lo digo para aquellos visitantes que no comprendan bien qué es una caballería—. Había compañías que tenían aquí más de 200 000 hectáreas de tierra, de las mejores tierras de Cuba. Una ley constitucional que decía que se proscribía el latifundio, y una ley que decía que debía ponerse un límite al máximo de tierra, una ley constitucional que decía que la tierra debía revertirse a manos del cubano, y nunca se cumplió.

Lo mismo que decía esa ley que el Estado agotaría todos los medios a su alcance para proporcionar trabajo a todo trabajador manual o intelectual. ¿Trabajador manual?, un maestro. La Revolución encontró más de 10 000 maestros sin aula, sin trabajo, e inmediatamente les dio trabajo porque, por otro lado, había medio millón de niños que necesitaban escuelas. ¿Cómo? Pues, sencillamente: «el Estado agotará todos los medios a su alcance para

proporcionar a todo trabajador manual o intelectual una existencia decorosa». Y eso fue lo que hizo la Revolución, agotó todos los medios a su alcance para eso; y si no hubiese agotado todos los medios, estaría dispuesta a agotar todos los medios necesarios para darles trabajo, sí, trabajo, porque eso lo ordenaba la Constitución.

Esos que eran principios fundamentales y que hubieran resuelto el problema de cientos de miles de campesinos, el problema de cientos de miles de personas sin empleo, y que los establecía la Constitución, nunca se cumplieron. [...]

Y los que promueven, siguiendo instrucciones del Departamento de Estado yanqui, los que promueven esa política de aislamiento contra Cuba, los que cumplen órdenes del imperialismo y quieren romper relaciones con el país latinoamericano agredido por el imperialismo, son miserables traidores a los intereses y a los sentimientos de América.

Estos hechos nos enseñan, nos enseñan toda la politiquería corrompida que prevalece en muchos países de América Latina, cómo la Revolución Cubana les ha dado un vuelco a todas esas formas tradicionales y corrompidas para establecer formas de vida completamente nuevas en nuestro país.

A los que nos hablan de la Constitución del 40, nosotros les decimos que ya la Constitución del 40 es demasiado anticuada y demasiado vieja para nosotros; que nosotros hemos adelantado demasiado para que nos sirva ese «trajecito corto» de la Constitución de 1940, que fue buena para su época, que nunca se cumplió, y que ya esa Constitución está rebasada por esta Revolución, que hemos dicho que es una revolución socialista.

Nosotros tenemos que hablar de una nueva constitución, sí, de una nueva constitución, pero no una constitución burguesa, no una constitución correspondiente a un dominio de clase explotadora sobre otras clases, sino correspondiente a un nuevo sistema social, sin explotación del hombre por el hombre. Ese nuevo sistema social se llama socialismo, y esa constitución será, por tanto, una constitución socialista.

Si a Mr. Kennedy no le gusta el socialismo, bueno, a nosotros no nos gusta el imperialismo, a nosotros no nos gusta el capitalismo. Tenemos tanto derecho a protestar de la existencia de un régimen imperialista y capitalista a noventa millas de nuestras costas, como él se puede considerar con derecho a protestar de la existencia de un régimen socialista a 90 millas de sus costas.

Ahora bien, a nosotros no se nos ocurriría protestar de eso, porque eso es una cuestión que les incumbe a ellos, una cuestión que le incumbe al pueblo de Estados Unidos. Sería absurdo que nosotros pretendiéramos decirle al pueblo de Estados Unidos qué régimen de gobierno es el que debe tener, porque en ese caso nosotros consideraríamos que Estados Unidos no es un pueblo soberano y que nosotros tenemos derecho sobre la vida interior de Estados Unidos.

El derecho no lo da el tamaño, el derecho no lo da el que un pueblo sea mayor que otro, ¡eso no importa! Nosotros no tenemos sino un territorio pequeño, un pueblo pequeño, pero nuestro derecho es un derecho tan respetable como el de cualquier país, cualquiera que sea su tamaño. A nosotros no se nos ocurre decirle al pueblo de Estados Unidos qué régimen de gobierno debe tener. Luego es absurdo que al señor Kennedy se le ocurra decir qué régimen de gobierno es el que quiere que nosotros tengamos aquí, porque es una cosa absurda; eso nada más se le ocurre al señor Kennedy, porque no tiene un concepto claro de lo que es la ley internacional y la soberanía de los pueblos.

Entonces, ¿a quiénes se les ocurrían esas cosas antes que a Kennedy? A Hitler, a Mussolini. Hitler y Mussolini predicaban su derecho a establecer en los países vecinos el gobierno que ellos estimaran pertinente; Hitler y Mussolini hablaban con ese lenguaje de fuerza; era el que hablaba de los fuertes, era el que decía que «los débiles desaparecerán». Ese lenguaje fascista, mussolinesco y nazista, lo habíamos oído nosotros en los años anteriores, los años que precedieron la agresión de Alemania hacia Checoslovaquia, país pequeño que Hitler puede repartirse sencillamente porque estaba gobernado por una burguesía reaccionaria. Si Checoslovaquia hubiese estado gobernada, como ahora, por el Partido Comunista checoslovaco, con seguridad, con toda seguridad que Hitler no hubiera podido robarse un solo pedazo de la tierra checoslovaca.

La burguesía, la burguesía reaccionaria, la burguesía reaccionaria y pro fascista, por miedo al avance a la revolución social, prefería incluso el dominio de un Hitler a perder sus privilegios; como estos «señoritos» prefieren el dominio americano antes que perder sus fincas, sus casas y sus latifundios.

Aquí también aquel lenguaje fue el lenguaje que escuchamos víspera de la agresión a Polonia, víspera de la agresión a Bélgica, víspera de la agresión a Holanda, a Dinamarca, a Noruega. Era sencillamente el derecho de la fuer-

za, el derecho del más fuerte. Ese es el único derecho que ha esgrimido el señor Kennedy al arrogarse para él y para su gobierno el derecho a intervenir en los asuntos internos de nuestro país.

Pues sí, este es un régimen socialista, y está aquí; bueno, la culpa no la tenemos nosotros. En todo caso, la culpa la tuvo Cristóbal Colón, por ejemplo; la tuvieron los colonizadores ingleses, los colonizadores españoles tuvieron la culpa; en todo caso la geografía es la que tiene la culpa.

Pero nosotros creemos que podemos vivir con todo nuestro derecho aquí con el régimen social que nuestro pueblo estime justo y estime pertinente, y ellos que vivan con el suyo hasta que el pueblo de Estados Unidos se canse —que algún día se tiene que cansar también, desde luego—, el pueblo de Estados Unidos, de los monopolios allí y de la explotación dentro de Estados Unidos. Porque ellos dicen que un régimen socialista aquí atenta contra su seguridad. No, lo que atenta contra la seguridad del pueblo de Estados Unidos es la política agresiva de los guerreristas de Estados Unidos; lo que atenta contra la seguridad de la familia y del pueblo de Estados Unidos son esos exabruptos, es esa política agresiva, esa política desconocedora de la soberanía y de los derechos de los demás pueblos. Quien está atentando contra la seguridad de Estados Unidos es Kennedy con esa política agresiva, porque esa política agresiva sí puede dar lugar a una guerra mundial, y esa guerra mundial sí puede costar la vida a decenas de millones de norteamericanos.

Luego quien atenta contra la seguridad de Estados Unidos no es el Gobierno Revolucionario de Cuba, sino el gobierno agresor y agresivo de Estados Unidos.

Nosotros no ponemos en peligro la seguridad de ni un solo ciudadano norteamericano, nosotros no ponemos en peligro la vida y la seguridad de una sola familia norteamericana; nosotros haciendo cooperativas, haciendo reforma agraria, haciendo granjas del pueblo, haciendo casas, haciendo escuelas, haciendo campañas de alfabetización, enviando miles y miles de maestros al interior, construyendo hospitales, enviando médicos, dando becas, construyendo fábricas, aumentando la capacidad de producción de nuestro país, creando playas públicas, convirtiendo las fortalezas en escuelas y dándole al pueblo el derecho a un porvenir mejor, no ponemos en peligro a una sola familia ni a un solo ciudadano de Estados Unidos.

Quien pone en peligro la vida de millones de familias, de decenas de millones de norteamericanos, son los que están jugando a la guerra atómica, son los que están jugando —como decía el general Lázaro Cárdenas—, a que les conviertan Nueva York en una Hiroshima; los que están jugando a la guerra, a la guerra atómica, con su política agresiva, con su política violadora de los derechos de los pueblos, sí están poniendo en peligro la seguridad de la nación norteamericana y la seguridad de la vida de no se sabe cuántos millones de norteamericanos.

Es absurdo pretender que un gobierno que se dedica a trabajar para su pueblo, y a crear riquezas y bienes de servicio para el pueblo; que un gobierno que se ha dedicado a luchar con toda honestidad, y con toda energía y con todo tesón frente a todas las agresiones y frente a todos los obstáculos que nos ha puesto el imperialismo, esté poniendo en peligro la vida de un solo norteamericano.

Por eso repetimos que la Revolución Cubana con su obra no pone en peligro la vida de un solo ciudadano norteamericano. En cambio, el imperialismo sí ha puesto en peligro la vida de muchos ciudadanos nuestros; el imperialismo sí ha introducido aquí metralla, fósforo vivo, armas; sí ha alentado aquí a los terroristas, a los contrarrevolucionarios, a los asesinos; ha bombardeado a nuestras ciudades, ha desembarcado expediciones de mercenarios en nuestras costas que sí nos han costado vidas. Mientras no le ha costado la vida a ningún ciudadano norteamericano las obras buenas de la Revolución, las obras malas del imperialismo sí han costado ya la vida de decenas de nuestros compatriotas y ha costado luto en nuestros hogares. Esa es la pura y estricta verdad.

Lo que sí se preocupan es por la seguridad. Ellos saben que mienten cuando dicen que Cuba pone en peligro la seguridad de Estados Unidos; ellos saben que lo que Cuba ha puesto en peligro es la seguridad de los monopolios, no porque nosotros vayamos a mandar a promover revoluciones o hacer revoluciones fuera de aquí, no, sino porque el ejemplo de Cuba es un ejemplo contagioso.

Entonces a ellos no les interesa ni siquiera recobrar lo que aquí han perdido, los cientos de millones; eso, a última hora, es nada para ellos. Ellos darían mucho más que eso por destruir el ejemplo de la Revolución Cubana; ellos darían mucho más que eso porque esta Revolución fracasara. ¿Por

qué? Para que no sirviera de ejemplo contagioso para los demás pueblos de América Latina.

Y quienes están preocupados por su seguridad son los monopolios imperialistas por el ejemplo de Cuba. De ahí el interés y el tesón que ponen para destruir ese ejemplo, aun a riesgo de bordear la guerra; de ahí el empeño que han puesto en destruir a la Revolución Cubana, aun sabiendo que están corriendo grandes riesgos de lanzarse a una guerra devastadora para ellos. Es por eso, porque los monopolios no se sienten seguros, porque el capitalismo monopolista no se siente seguro. ¡Ah!, ¿conque su régimen es un régimen mejor que el nuestro, conque su capitalismo monopolista es mejor que el socialismo cubano? Entonces, ¿por qué tienen tanto miedo, por qué tienen tanto miedo al ejemplo de Cuba? Si su sistema es mejor que el de nosotros, que nos dejen en paz, y entonces todos los pueblos seguirán el sistema yanqui.

¡Ah!, pero si quieren destruir la Revolución, si dicen que no se sienten seguros con una revolución socialista a noventa millas de sus costas, están reconociendo, como decía Jruschov, su falta de fe en su propio sistema, es decir, que no creen en su sistema.

¡Conque el capitalismo es bueno, el monopolismo es bueno, la libre empresa y toda esa mentira es buena! Entonces, ¿por qué quieren destruir la Revolución Cubana? Nosotros, ¿por qué no los queremos destruir a ellos? En primer lugar, porque no nos interesa su sistema de gobierno; en segundo lugar, porque sí sabemos que ellos mismos se van a destruir, que sus propias contradicciones van a dar al traste con su sistema.

¡Ah!, ¿y por qué no nos dejan tranquilos a nosotros, si lo único que nosotros queremos es paz? Incluso, en días recientes el Gobierno Revolucionario emitió una declaración, ante las amenazas imperialistas, de que estábamos dispuestos a discutir, que estábamos dispuestos a discutir para buscar fórmulas que disminuyeran la tensión, y arribaran a relaciones diplomáticas, incluso amistosas si lo deseaban. ¿Por qué? ¿Porque nosotros les tuviéramos miedo? Pueden estar seguros de que nosotros no les tenemos el más absoluto miedo.

Aquí todo el mundo está dispuesto a esperar lo que venga con una sonrisa en los labios y una tranquilidad completa. Nosotros estamos convencidos de que tenemos mucho menos miedo que ellos; nosotros estamos convencidos de que tenemos menos miedo que ellos. Ellos le tienen más miedo a la

Revolución que lo que nosotros le podamos tener a sus agresiones, porque ellos, como país poderoso, como gobierno poderoso, círculo gobernante poderoso, gente millonaria acostumbrada a hacer su capricho, tienen una mentalidad según la cual no pueden ni dormir tranquilos pensando que hay una revolución en un país de América Latina.

En cambio, nosotros dormimos tranquilos, aunque sabemos que en cualquier momento podemos ser víctimas de una agresión, que en cualquier momento los imperialistas fabrican un pretexto cualquiera, con el mismo cinismo y el mismo descaro con que bombardearon aquí nuestros pueblos y dijeron que eran aviones nuestros.

Y, sin embargo, aquí todo el mundo alerta, todo el mundo en pie de lucha, todo el mundo en su trinchera; pero, sin embargo, ¿miedo?, no tiene absolutamente nadie aquí. El miedo nunca pertenece a los humildes; los humildes no tienen miedo. Los pueblos que luchan por su libertad no tienen miedo, y están dispuestos a pagar el precio que sea necesario.

Los que tienen miedo son los poderosos, los que tienen miedo son los poderosos que temen perder su poder; los que tienen miedo son los privilegiados, que temen perder sus privilegios; los que tienen miedo son los explotadores, que temen que la explotación desaparezca del mundo; los que tienen miedo, por eso, pueden ser ellos, no nosotros.

Sin embargo, nosotros declaramos que estamos dispuestos a discutir; nosotros, en aras de la paz mundial, estamos dispuestos a discutir y encontrar fórmulas que disminuyan la tensión. Además, porque nosotros no estamos interesados en que el imperialismo nos agreda, no estamos interesados en que el imperialismo se suicide a costa nuestra, como hemos dicho muchas veces. A ellos a lo mejor no les importa que mueran en una guerra millones de negros, millones de portorriqueños, o millones de obreros norteamericanos; en cambio, a nosotros sí nos duele mucho cualquier familia obrera que tenga que vestir luto, cualquier familia campesina que vaya a perder uno de sus hijos jóvenes.

A nosotros sí nos duele mucho cualquier hombre del pueblo que tenga que perder su vida en manos de estos criminales agresores. A ellos quizás no les preocupe para nada, a ellos quizás no les preocupe para nada los millones de hombres humildes del pueblo norteamericano que puedan perecer. Por eso, por la paz mundial, por el interés que tienen todos los pueblos en la paz, porque a nosotros nos interesa la paz, nosotros no estamos en un

plano insolente como ellos; nosotros no estamos en un plano altanero como ellos, ni en un plano soberbio. Nosotros, dentro de nuestro derecho, estamos dispuestos a discutir.

¡Ah!, ¿qué dicen ellos? ¡Ah!, ¿qué las cuestiones económicas pueden ser discutidas, pero que el comunismo a noventa millas no puede ser discutido? Bueno, ¿y quién les ha dicho a ellos que nosotros aceptemos, de ninguna manera, discutir sobre lo que a nuestras cuestiones internas se refiere, y sobre el sistema social que nosotros queramos, los cubanos, establecer aquí se refiere? ¿De dónde han sacado la ilusión de que nosotros vayamos a discutir sobre eso? ¡No señor! Nosotros si pensamos que podemos discutir sobre problemas de tipo económico, sobre cualquier tema podemos discutir. Somos nosotros, no ellos, somos nosotros los que no estamos dispuestos a admitir ni siquiera que se roce con el «pétalo de una rosa» lo que se refiera al régimen social que a nosotros nos interese establecer aquí, somos nosotros.

Y frente a esa cuestión, frente a esa cuestión, el pueblo cubano no tiene más que una cosa que decir: que el pueblo cubano es dueño de sus destinos, que el pueblo cubano es soberano, y que el pueblo cubano es dueño de establecer aquí el régimen social, económico y político que estime pertinente, y que no acepta discutir sobre ese particular con el gobierno de Estados Unidos.

A nosotros nunca se nos ha ocurrido la cosa peregrina de que en una discusión entre ellos y nosotros se vaya a tocar ese problema político, porque eso no lo admitimos de ninguna manera, eso ni en broma siquiera se lo podemos admitir a esos señores. Así que eso está fuera de toda discusión. ¡Ilusos que son ellos, ilusos que creen que nosotros vamos a discutir sobre ese tema!

Nosotros estamos dispuestos a discutir sobre todas las demás cuestiones que no afecten a nuestra soberanía nacional, que no afecten a la soberanía del pueblo cubano. Las cosas que quieran discutir de orden económico, de cualquier tipo, estamos dispuestos a discutirlas, porque nosotros ofrecemos eso en aras de la paz del mundo; nosotros ofrecemos eso en aras de los intereses de nuestro pueblo y del propio pueblo americano. ¿Por qué? Porque no pueden sentirse preocupados por el destino del pueblo americano los que están llevando al pueblo americano al borde de la guerra, los que están llevando al pueblo americano al borde de una guerra atómica.

Y una guerra atómica costaría millones de vidas a cualquier pueblo, costaría pérdidas incalculables de riquezas y de vidas humanas. Y los que están llevando, o no les importa llevar al pueblo norteamericano al borde de la guerra, no están sintiendo con el pueblo americano, se están dejando arrastrar por pasiones, se están dejando arrastrar por intereses mezquinos, se están dejando arrastrar por odios, están derivando hacia el fascismo agresor, están derivando hacia la reacción, están derivando hacia el nazismo, pero no están preocupados en absoluto por la suerte del pueblo norteamericano.

Y nosotros una vez más reiteramos que estamos dispuestos a discutir, que miedo no les tenemos ninguno. Que si creen que les tenemos miedo que se quiten esa idea de la cabeza, porque ningún cubano tiene aquí miedo, en primer lugar ; en segundo lugar, si tienen la ilusión de que vamos a discutir en lo que se refiere a nuestras cuestiones políticas internas, que se quiten esa ilusión, que aquí nadie tiene la menor idea de discutir sobre ese particular. Sobre las demás cuestiones estamos dispuestos a discutir.

En dos palabras: que se les quite esa fobia contra la Revolución, ese odio hacia la Revolución, y que discutan con nosotros todos los temas que quieran discutir, que nosotros tenemos razón y moral. ¿No hemos discutido con los invasores esos? Sencillamente, porque teníamos razón y podíamos ir a discutir. De la misma manera podemos ir a discutir hasta con los del Pentágono si quieren discutir con nosotros, o los círculos agresivos esos, o los senadores, o los que quieran discutir con nosotros. ¿Interés tenemos en discutir? Sí, tenemos interés, tenemos interés sencillamente en que nos dejen trabajar en paz. ¿Tenemos prejuicio en decirlo? No, porque nosotros tenemos la razón, la moral está con nosotros.

Acabamos de infligirle una derrota al imperialismo; ningún momento mejor que este. Pero nosotros no entendemos que el mundo tenga que estar hecho a los caprichos de nosotros; nosotros no entendemos que tenga que ser la voluntad de nosotros, y nosotros estamos dispuestos a ajustarnos a normas de convivencia civilizadas y pacíficas con los demás países. No tenemos prejuicios en decir que estamos dispuestos a discutir y que nos interesaría discutir.

¿Quiere decir eso que estamos locos por discutir con ellos? No, no, de eso absolutamente nada. Nosotros sencillamente obramos de una manera sensata, nosotros obramos de una manera racional; nosotros no obramos ni de una manera insensata ni de una manera irracional.

¿Que es firme la posición de la Revolución? ¡Firmísima! Y sin vacilaciones de ninguna índole. ¿Que nosotros vamos a seguir llevando nuestra Revolución adelante? ¡La vamos a seguir llevando, sin pestañear, adelante, y sin vacilaciones, y sin dar un solo paso atrás [...]

Y, por tanto, anunciamos aquí que en los próximos días el Gobierno Revolucionario decretará una ley nacionalizando las escuelas privadas. Esa ley no puede ser una ley para un sector, esa ley tendrá un carácter general; es decir que serán nacionalizadas las escuelas privadas. Naturalmente, no las pequeñas escuelitas, donde un maestro dé clases, las escuelas privadas que tienen varios maestros.

Ahora bien, ¿han tenido la misma conducta los directores de las escuelas privadas de los privilegiados y los directores de otras escuelas privadas? No, han tenido diferentes conductas. Hay muchos directores de escuelas privadas, de tipo laico, y algunas escuelas privadas de tipo religioso, no católicas, que han tenido una actitud distinta, que no han estado inculcando el veneno de la contrarrevolución.

Bien: el Estado se considera en el deber, la Revolución se considera en el deber de organizar y establecer el principio de la enseñanza gratuita a todos los ciudadanos del país, y el pueblo se considera en el deber de formar a las futuras generaciones en un espíritu de amor a la patria, de amor al prójimo verdadero, es decir, amor a sus semejantes, amor a su pueblo, amor a la justicia, ¡amor a la Revolución!

Ahora bien: ¿qué hará con las escuelas de tipo privado que no hayan tenido una conducta contrarrevolucionaria? Pues, sencillamente, el Gobierno Revolucionario indemnizará a aquellos directores o dueños de escuelas que no hayan tenido una actitud contrarrevolucionaria, sino que, por lo contrario, hayan tenido una actitud favorable a la Revolución. ¡Y la Revolución no indemnizará ningún plantel de enseñanza cuyos dirigentes hayan estado haciendo campañas contrarrevolucionarias, hayan estado contra la Revolución! Es decir que habrá indemnización para aquellos planteles que hayan mantenido una actitud patriótica y una actitud decorosa con respecto a la Revolución; serán indemnizados, y sus directores invitados a trabajar con el Gobierno Revolucionario en la dirección de ese plantel o de otro plantel [...]

A los profesores y empleados de todas esas escuelas de carácter laico se

les dará trabajo; es decir que los empleados y los profesores de esas escuelas tendrán asegurado su trabajo.

Los alumnos de esas escuelas podrán seguir yendo a esas escuelas, donde se mantendrá y aun se elevará el nivel educacional; pero, además, ¡no tendrán que pagar absolutamente nada por ir a esas escuelas!

[...] una cosa es la religión y otra cosa es la política.

Si estos señores no estuvieran contra los intereses políticos del pueblo revolucionario, a nosotros no nos importarían absolutamente nada; si estuvieran en un plan patriótico y en un plan justo, les podríamos publicar sus pastorales en los periódicos revolucionarios —eso no importa—, y pudieran discutir todo lo que quisieran sobre las cuestiones religiosas; además, al Gobierno Revolucionario no le incumbe ese problema.

¿Las iglesias podrán seguir abiertas? Sí, las iglesias podrán seguir abiertas, y podrán enseñar religión allí en las iglesias.

¿Y no sería mucho mejor que, en vez de esta guerra declarada y descarada contra la Revolución, se hubiesen concretado a sus enseñanzas de tipo religioso y que todo el que quisiera ir a una iglesia pudiese ir a una iglesia a recibir esa enseñanza de tipo religioso, en vez de esta guerra contra la Revolución y contra el pueblo y al servicio del imperialismo, y de los explotadores del pueblo? ¿No sería mucho más bonito que hubiera una paz?

Bien, si desean esa paz la pueden tener con la Revolución, la pueden tener dentro de los estrictos límites del respeto que corresponde al Gobierno y al pueblo revolucionarios y dentro de la cual el Gobierno y el pueblo revolucionarios practicarán la misma política de respeto y de consideración hacia ellos. Lo que no pueden es estarle haciendo la guerra al pueblo al servicio de los explotadores, lo que no pueden es estar haciéndole la guerra a la Revolución al servicio del imperialismo, porque eso no tiene que ver nada con cuestiones de religión, tiene que ver con los intereses egoístas y brutales de los explotadores, tiene que ver con el imperialismo, tiene que ver con cuestiones materiales, tiene que ver con sangre, tiene que ver con oro, pero no tiene que ver nada absolutamente con Dios ni con la religión.

Y dentro del marco de ese respeto podrán encontrar nuestro respeto, dentro del marco de ese respeto podrán encontrar la consideración del pueblo. Y sería mucho más bonito que los que quedaran aquí, o los sacerdotes cubanos que surgieran de seminarios cubanos, enseñaran religión en las iglesias, en santa paz con la Revolución, en santa paz con el pueblo.

El cristianismo surge precisamente como religión de los humildes, religión de los esclavos y de los oprimidos de Roma; la religión que prospera en las catacumbas del imperio romano, catacumbas donde debían refugiarse para que los aristócratas esclavistas no los echaran a los circos a ser devorados por las fieras. Así surge aquella religión de los humildes en Roma, así surge y se va abriendo paso como religión de los humildes y llega a ganar el respeto de las leyes y las autoridades.

Aquella iglesia existió, pues, con el imperio romano y convivió con el imperio romano. Desapareció el imperio romano y surgió el feudalismo; aquella iglesia convivió con el feudalismo. Desaparece el feudalismo y se forman las monarquías absolutas nacionales, y aquella iglesia convive y perdura con las monarquías absolutas nacionales. Desaparecen las monarquías absolutas nacionales, surgen las repúblicas burguesas, y aquella iglesia convive con las repúblicas burguesas. Pues bien, desaparece aquí la República burguesa, desaparece la explotación del hombre por el hombre, ¿por qué no va a convivir esa iglesia con un régimen de justicia social muy superior al imperio romano, al feudalismo, a las monarquías absolutas y a la República democrática burguesa, y que en sus leyes sociales, en sus leyes y en su proyección social, en su defensa de los intereses humanos, en su defensa de los intereses de todos los hombres de la sociedad, en su lucha contra la explotación, se semeja mucho más al cristianismo de lo que se semejaba el feudalismo explotador y cruel, o las monarquías absolutas, o el imperio romano, o la República burguesa, o el imperialismo yanqui, que es capaz de discriminar al negro, de enviar a morir por el oro de los millonarios a los hijos de Puerto Rico, que es capaz de hacer matar millones de obreros por defender los intereses bastardos y egoístas de las camarillas reducidas de millonarios que controlan las finanzas y controlan la industria y controlan los monopolios de Estados Unidos?

Es decir que nosotros entendemos que sí, que pueden convivir perfectamente, y que la Revolución no se opone en absoluto a la religión, que son ellos los que han estado utilizando el pretexto de la religión para combatir la justicia, para combatir a los obreros y campesinos, para combatir a los humildes, y olvidándose de aquello que decía Cristo de que «más fácilmente entraba un camello por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos», vinieron aquí con los latifundistas, con los dueños de centrales azucareros y con los banqueros, a asesinar hombres humildes del pueblo, a

asesinar obreros, a asesinar campesinos, a asesinar negros, a asesinar cubanos humildes.

Estos son los hechos, y hemos hablado como siempre con toda claridad; y esto no significa sino que estamos dispuestos a defender la Revolución, a seguir adelante, convencidos de la razón de nuestra causa, de la justicia que nos asiste.

Hemos hablado de nuestra Revolución socialista. ¿Significa ello que el pequeño comerciante o el pequeño industrial tenga que preocuparse? No. Las industrias básicas, las minas, los combustibles, los centrales azucareros, la función bancaria, el comercio de exportación y de importación, es decir, el volumen fundamental y esencial de la economía nacional, está en manos del pueblo, con los cuales el pueblo cubano tiene base y tiene recursos suficientes para llevar adelante todo un programa de desarrollo de la economía de nuestro país y, por tanto, pueden convivir con la Revolución el pequeño industrial y el pequeño comerciante.

La Revolución ha tenido siempre en cuenta los intereses de esos pequeños sectores, sectores de pequeños propietarios. La mejor prueba es la reforma urbana; la reforma urbana afectaba a 105 000 propietarios. Tengo entendido que ya este mes habrá de 100 000 a 105 000 pequeños propietarios, es decir, todos los pequeños propietarios de casas estarán cobrando. Había el mes pasado ya 75 000 cobrando mensualmente en los bancos; no tenían que ir a molestar al inquilino; si el inquilino antes no les pagaba, ellos no cobraban. Con el fondo que ha hecho la Revolución, mediante la captación de todo lo que sobrepase de la suma de 600 pesos, se ha hecho un fondo que garantiza que el pequeño propietario, que muchas veces antes no podía cobrar, cobre lo que percibía de renta. Claro está que la Revolución ha captado todo lo que sobrepase de 600 pesos.

De esta manera la Revolución cuenta este año y contará durante varios años con cerca de 80 millones de pesos para invertir en construcciones todos los años; y, además, pagarles a todos los que percibían menos de seiscientos pesos, y que eran en total de cien mil a ciento cinco mil. Incluso en la Ley de Reforma Urbana se establece que cuando ese ingreso del pequeño propietario sea su único ingreso, cuando sea su único ingreso, después que el inquilino haya terminado de pagar la casa el gobierno le pasaría una pensión. [...]

La revolución socialista no quiere decir que elimina sin contemplación alguna los intereses de determinados sectores sociales; la Revolución eliminó sin contemplación alguna los intereses de los grandes terratenientes, de los grandes latifundistas, de los bancos, de los grandes industriales; [...] ningún interés medio será afectado sin tener en cuenta esos intereses.

El pequeño comerciante era explotado por el gran almacenista; hoy el pequeño comerciante tiene crédito, también lo tiene el pequeño industrial.

La Revolución no tiene ningún interés en nacionalizar o socializar esas pequeñas industrias, esos pequeños comercios [...].

En determinados momentos los contrarrevolucionarios han querido hacer ver que una peluquería iba a ser nacionalizada, que las máquinas de alquiler iban a ser nacionalizadas; bueno, hasta los puestos de frita iban a ser nacionalizados. Todos esos puestos de frita, ¡bienvenidos sean todos esos puestos de frita que muchas veces resuelven muchos problemas a la gente que no puede ir a un restaurante elegante! Los puestos de frutas, pequeños comercios y pequeñas industrias, pueden coincidir. La Revolución no contempla esos casos y entiende que la solución de esos problemas será producto de un proceso de evolución largo, será producto de un proceso de evolución largo.

Quedan todavía algunos intereses que de verdad son verdaderamente dañinos al pueblo. Hay veces que un tomate se vende aquí en la ciudad cinco veces más caro de lo que le pagan al campesino; una piña se vende cinco veces más cara. Todavía hay una pequeña plaga de intermediarios por ahí que son verdaderos chupópteros de la economía del pueblo y que realmente bloquean el consumo. La Revolución tiene todavía que tornar algunas medidas a fin de hacer posible que se rompa el bloqueo de ciertas plagas parasitarias que encarecen extraordinariamente los productos agrícolas, que le pagan al campesino una miseria y le hacen pagar al pueblo carísimo por esos productos. La Revolución tiene que tomar medidas de manera de romper ese bloqueo y que el pueblo pueda consumir lo más posible propiciando el desarrollo de la agricultura.

Es decir que quedan algunas medidas que tomar. Pero yo hago esta advertencia para que nadie se confunda, para que todo el mundo sepa a qué atenerse. [...] ¿Por qué serán tan incapaces de comprender que esta alegría y esta felicidad puede ser también de ellos?, que no es más que cuestión de adaptación. [...]

Es esta la hora en que nosotros lejos de utilizar la victoria que costó tanta sangre de pueblo como momento para humillar a los que no hayan sido capaces de entender la Revolución, les hablamos con toda honradez y con toda generosidad, y les preguntamos si nó es hora que comprendan; a esa minoría que todavía es incapaz de sumarse a la Revolución, preguntarle si no es hora de que recapacite y que se sume. [...]

La Revolución no desea hacer uso de sus fuerzas. La Revolución repudia tener que hacer uso de su fuerza, aun contra una minoría. La Revolución prefiere hacer uso de su razón, la Revolución prefiere hacer uso de su persuasión. Y lo que nosotros queremos es que mientras haya un cubano equivocado, pero capaz de rectificar, capaz de comprender, hacer que ese cubano comprenda, hacer que ese cubano rectifique. No somos tan egoístas que queramos para nosotros solos toda esta felicidad, toda esta emoción y toda esta gloria, que no es gloria de nosotros los ministros o los funcionarios del Gobierno Revolucionario, sino que es, sobre todo, gloria del pueblo. [...]

Nosotros con toda franqueza expresamos que, en nuestra opinión, no debíamos empequeñecer nuestra victoria con sanciones que pudieran parecer demasiado severas. Los pueblos victoriosos son pueblos generosos. Y por eso nosotros planteamos que nuestro pueblo debía tener en cuenta esto, que nuestro pueblo no debía empañar ni empequeñecer su victoria con una sanción severa, masiva, contra todos; que esto podría servir, además, de armas a los enemigos de la Revolución porque, además, nunca perderá nuestra Revolución en la hora de la victoria sabiendo sobreponerse a toda la indignación justa, a toda la irritación perfectamente lógica que nos ha ocasionado a todos la sinrazón y el crimen cometido contra nuestro pueblo. [...]

A nosotros nos duelen tanto como a los que más, las vidas perdidas, los compañeros caídos. Pero a todo eso tenemos que sobreponernos cuando debemos hablar en bien de nuestro prestigio y de nuestra causa. ¿Qué tenemos por delante? Tenemos por delante los riesgos de la agresión imperialista, tenemos por delante grandes tareas; hemos llegado al punto en que debemos plantearnos con toda responsabilidad que ha llegado la hora de hacer el mayor esfuerzo, ha llegado la hora de hacer el máximo.

Los meses venideros son meses de gran trascendencia, en que nosotros todos tenemos que esforzarnos, tanto en el campo de la preparación militar, como en el campo de la producción, como en el campo de la organización,

como en el campo del trabajo revolucionario y político. En todos los órdenes ninguno de nosotros tiene derecho a descansar; en todos los órdenes tenemos la obligación de hacer el máximo, aprendiendo la lección de este día de hoy. Con lo que hemos visto hoy, aprendamos que con sacrificio y con esfuerzo se puede cosechar magníficos frutos, y que estos frutos de hoy son poca cosa con los frutos que podemos cosechar en los meses venideros y en los años venideros si hacemos el máximo esfuerzo.

Antes de terminar: cuando hablábamos del tema, sobre todo este problema de la libre empresa y toda esa serie de problemas, nuestra opinión sobre esto, queríamos recordar lo que habíamos dicho a este respecto cuando el juicio del Moncada. Y aquí hay un párrafo de aquella ocasión, que dice:

> […] El país no puede seguir de rodillas implorando los milagros de unos cuantos becerros de oro que, como aquel del Antiguo Testamento, no hacen milagros de ninguna clase. Los problemas de la República solo tienen solución si nos dedicamos a luchar por ella con la misma energía, honradez y patriotismo que invirtieron nuestros libertadores en crearla. […] Y en el mundo actual ningún problema social se resuelve por generación espontánea. […]

La Revolución ha ido ocurriendo conforme a las ideas revolucionarias de los que hemos jugado un rol importante en esta lucha, y ha ido avanzando en la misma medida en que hemos ido avanzando todos, y ha ido desarrollándose en la misma medida en que nuestras ideas revolucionarias y las ideas revolucionarias del pueblo han ido desarrollándose.

Por eso, en aquella ocasión en que se reunió un millón de cubanos para proclamar la «Declaración de La Habana», en aquel documento se expresó el pensamiento que constituye la esencia de nuestra Revolución, de nuestra Revolución socialista […].

Condena el latifundio, fuente de miseria para el campesino y sistema de producción agrícola retrógrado e inhumano; condena los salarios de hambre y la explotación inicua del trabajo humano por bastardos y privilegiados intereses; condena el analfabetismo, la ausencia de maestros, de escuelas, de médicos y de hospitales, la falta de protección a la vejez que impera en los países de América; condena la discriminación del negro y del indio; condena la desigualdad y la explotación de la mujer; condena a las oligarquías militares y políticas que mantienen a nuestros pueblos en

la miseria, impiden su desarrollo democrático y el pleno ejercicio de su soberanía; condena las concesiones de los recursos naturales de nuestros países a los monopolios extranjeros como política entreguista y traidora al interés de los pueblos; condena a los gobiernos que desoyen el sentimiento de sus pueblos para acatar los mandatos de Washington; condena el engaño sistemático a los pueblos por órganos de divulgación que responden al interés de las oligarquías y a la política del imperialismo opresor; condena el monopolio de las noticias por agencias yanquis, instrumentos de los trusts norteamericanos y agentes de Washington; condena las leyes represivas que impiden a los obreros, a los campesinos, a los estudiantes y a los intelectuales, a las grandes mayorías de cada país, organizarse y luchar por sus reivindicaciones sociales y patrióticas; condena a los monopolios y empresas imperialistas que saquean continuamente nuestras riquezas, explotan a nuestros obreros y campesinos, desangran y mantienen en retraso nuestras economías y someten la política de la América Latina a sus designios e intereses.

La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba condena, en fin, la explotación del hombre por el hombre [...]. Este es el programa y la esencia del pensamiento de nuestra Revolución socialista [...].

¡Viva la clase obrera cubana!
¡Vivan los pueblos hermanos de América Latina!
¡Viva la liberación de América Latina!
¡Viva la redención del hombre! ¡Viva América! ¡Viva la patria!
¡Patria o Muerte!
¡Venceremos!

5. PALABRAS A LOS INTELECTUALES

LA HABANA, 30 DE JUNIO DE 1961

El 16, 23 y 30 de junio de 1961, fueron sostenidas en la Biblioteca Nacional, en La Habana, reuniones con las figuras más representativas de la intelectualidad cubana. Los artistas y escritores tuvieron la oportunidad de intercambiar sus inquietudes sobre diferentes aspectos del trabajo cultural y la actividad creativa. Estuvieron presentes en estas reuniones el presidente Osvaldo Dorticós, el primer ministro Fidel Castro, el ministro de educación Armando Hart, los miembros del Consejo Nacional de Cultura y otros representantes del Gobierno Revolucionario. En la última sesión, Fidel argumentó: «dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada».

Compañeras y compañeros:

Después de tres sesiones en que se ha estado discutiendo este problema, en que se han planteado muchas cosas de interés, que muchas de ellas han sido discutidas aunque otras hayan quedado sin respuesta —aunque materialmente era imposible abordar todas y cada una de las cosas que se han planteado—, nos ha tocado a nosotros, a la vez, nuestro turno; no como la persona más autorizada para hablar sobre esta materia, pero sí, tratándose de una reunión entre ustedes y nosotros, por la necesidad de que expresemos aquí también algunos puntos de vista.

Teníamos mucho interés en estas discusiones. Creo que lo hemos demostrado con eso que llaman «una gran paciencia». Y en realidad no ha sido

necesario ningún esfuerzo heroico, porque para nosotros ha sido una discusión instructiva y, sinceramente, ha sido también amena.

Desde luego que en este tipo de discusión en la cual nosotros formamos parte también, los hombres del gobierno —o por lo menos particularmente en este caso, en el mío— no estamos en las mejores ventajas para discutir sobre las cuestiones en que ustedes se han especializado. Nosotros, por el hecho de ser hombres de gobierno y ser agentes de esta Revolución, no quiere decir que estemos obligados...

Quizás estamos obligados, pero en realidad no quiere decir que tengamos que ser peritos sobre todas las materias. Es posible que si hubiésemos llevado a muchos de los compañeros que han hablado aquí a alguna reunión del Consejo de Ministros a discutir los problemas con los cuales nosotros estamos más familiarizados, se habrían visto en una situación similar a la nuestra.

Nosotros hemos sido agentes de esta Revolución, de la revolución económico-social que está teniendo lugar en Cuba. A su vez, esa revolución económico-social tiene que producir inevitablemente también una revolución cultural en nuestro país.

Por nuestra parte, hemos tratado de hacer algo. Quizás en los primeros instantes de la Revolución había otros problemas más urgentes que atender. Podríamos hacernos también una autocrítica al afirmar que habíamos dejado un poco de lado la discusión de una cuestión tan importante como esta.

No quiere decir que la habíamos olvidado del todo: esta discusión —que quizás el incidente a que se ha hecho referencia aquí reiteradamente contribuyó a acelerarla— ya estaba en la mente del gobierno. Desde hacía meses teníamos el propósito de convocar a una reunión como esta para analizar el problema cultural. Los acontecimientos que han ido sucediendo —y sobre todo los últimos acontecimientos— fueron la causa de que no se hubiese efectuado con anterioridad. Sin embargo, el Gobierno Revolucionario había ido tomando algunas medidas que expresaban nuestra preocupación por este problema.

Algo se ha hecho, y varios compañeros en el gobierno en más de una ocasión han insistido en la cuestión. Por lo pronto puede decirse que la Revolución en sí misma trajo ya algunos cambios en el ambiente cultural: las condiciones de los artistas han variado.

Yo creo que aquí se ha insistido un poco en algunos aspectos pesimistas. Creo que aquí ha habido una preocupación que se va más allá de cualquier justificación real sobre este problema. Casi no se ha insistido en la realidad de los cambios que han ocurrido con relación al ambiente y a las condiciones actuales de los artistas y de los escritores.

Comparándolo con el pasado, es incuestionable que los artistas y escritores cubanos no se pueden sentir como en el pasado, y que las condiciones del pasado eran verdaderamente deprimentes en nuestro país para los artistas y escritores.

Si la Revolución comenzó trayendo en sí misma un cambio profundo en el ambiente y en las condiciones, ¿por qué recelar de que la Revolución que nos trajo esas nuevas condiciones para trabajar pueda ahogar esas condiciones? ¿Por qué recelar de que la Revolución vaya precisamente a liquidar esas condiciones que ha traído consigo?

Es cierto que aquí se está discutiendo un problema que no es un problema sencillo. Es cierto que todos nosotros tenemos el deber de analizarlo cuidadosamente. Esto es una obligación tanto de ustedes como de nosotros.

No es un problema sencillo, puesto que es un problema que se ha planteado muchas veces y se ha planteado en todas las revoluciones. Es una madeja —pudiéramos decir— bastante enredada, y no es fácil de desenredar esa madeja. Es un problema que tampoco nosotros vamos fácilmente a resolver.

Los distintos compañeros han expresado aquí un sinnúmero de puntos de vista, y los han expresado cada uno de ellos con sus argumentos.

El primer día habla un poco de temor a entrar en el tema, y por eso fue necesario que nosotros les pidiésemos a los compañeros que abordaran el tema, que aquí cada cual explicara sus temores, que aquí cada cual dijera lo que le inquietaba.

En el fondo, si no nos hemos equivocado, el problema fundamental que flotaba aquí en el ambiente era el problema de la libertad para la creación artística. También cuando han visitado a nuestro país distintos escritores, sobre todo no solo escritores literarios, sino escritores políticos, nos, han abordado esta cuestión más de una vez. Es indiscutible que ha sido un tema discutido en todos los países donde han tenido lugar revoluciones profundas como la nuestra.

Casualmente, un rato antes de regresar a este salón, un compañero nos

traía un folleto donde en la portada o al final aparece un pequeño diálogo sostenido con nosotros por Sartre y que el compañero Lisandro Otero recogió con el título de «Conversaciones en la Laguna», en *Revolución*, martes 8 de marzo de 1960. Una cuestión similar nos planteó en otra ocasión Wright Mills, el escritor norteamericano.

Debo confesar que en cierto sentido estas cuestiones nos agarraron a nosotros un poco desprevenidos. Nosotros no tuvimos nuestra «Conferencia de Yenán» con los artistas y escritores cubanos durante la Revolución. En realidad esta es una revolución que se gestó y llegó al poder en un tiempo —puede decirse— récord. Al revés de otras revoluciones, no tenía todos los problemas resueltos. Y una de las características de la Revolución ha sido, por eso, la necesidad de enfrentarse a muchos problemas apresuradamente.

Y nosotros somos como la Revolución, es decir, que nos hemos improvisado bastante. Por eso no puede decirse que esta Revolución haya tenido ni la etapa de gestación que han tenido otras revoluciones, ni los dirigentes de la Revolución la madurez intelectual que han tenido los dirigentes de otras revoluciones.

Nosotros creemos que hemos contribuido en la medida de nuestras fuerzas a los acontecimientos actuales de nuestro país. Nosotros creemos que con el esfuerzo de todos estamos llevando adelante una verdadera revolución, y que esa revolución se desarrolla y parece llamada a convertirse en uno de los acontecimientos importantes de este siglo. Sin embargo, a pesar de esa realidad, nosotros, que hemos tenido una participación importante en esos acontecimientos, no nos creemos teóricos de las revoluciones ni intelectuales de las revoluciones.

Si los hombres se juzgan por sus obras, tal vez nosotros tendríamos derecho a considerarnos con el mérito de la obra que la Revolución en sí misma significa, y sin embargo no pensamos así. Y creo que todos debiéramos tener una actitud similar. Cualesquiera que hubiesen sido nuestras obras, por meritorias que puedan parecer, debemos empezar por situarnos en esa posición honrada de no presumir que sabemos más que los demás, de no presumir que hemos alcanzado todo lo que se puede aprender, de no presumir que nuestros puntos de vista son infalibles y que todos los que no piensen exactamente igual están equivocados. Es decir, que nosotros debemos situarnos en esa posición honrada, no de falsa modestia, sino de verdadera valoración de lo que nosotros conocemos. Porque si nos situamos en ese punto, creo

que será más fácil marchar acertadamente hacia adelante. Y creo que si todos nos situamos en ese punto —ustedes y nosotros—, entonces, ante esa realidad, desaparecerán actitudes personales y desaparecerá esa cierta dosis de personalismo que ponemos en el análisis de estos problemas.

En realidad, ¿qué sabemos nosotros? En realidad nosotros todos estamos aprendiendo. En realidad nosotros todos tenemos mucho que aprender.

Y nosotros no hemos venido aquí, por ejemplo, a enseñar. Nosotros hemos venido también a aprender.

Había ciertos miedos en el ambiente, y algunos compañeros han expresado esos temores. En realidad a veces teníamos la impresión de que estábamos soñando un poco, teníamos la impresión de que nosotros no hemos acabado de poner bien los pies sobre la tierra. Porque si alguna preocupación a nosotros nos embarga ahora, si algún temor, es con respecto a la Revolución misma. La gran preocupación que todos nosotros debemos tener es la Revolución en sí misma. ¿O es que nosotros creemos que hemos ganado ya todas las batallas revolucionarias? ¿Es que nosotros creemos que la Revolución no tiene enemigos? ¿Es que nosotros creemos que la Revolución no tiene peligros?

¿Cuál debe ser hoy la primera preocupación de todo ciudadano? ¿La preocupación de que la Revolución vaya a desbordar sus medidas, de que la Revolución vaya a asfixiar el arte, de que la Revolución vaya a asfixiar el genio creador de nuestros ciudadanos, o la preocupación por parte de todos debe ser la Revolución misma? ¿Los peligros reales o imaginarios que puedan amenazar el espíritu creador, o los peligros que puedan amenazar a la Revolución misma?

No se trata de que nosotros vayamos a invocar ese peligro como un simple argumento. Nosotros señalamos que el estado de ánimo de todos los ciudadanos del país y que el estado de ánimo de todos los escritores y artistas revolucionarios, o de todos los escritores y artistas que comprenden y justifican a la Revolución, es qué peligros puedan amenazar a la Revolución y qué podemos hacer por ayudar a la Revolución.

Nosotros creemos que la Revolución tiene todavía muchas batallas que librar, y nosotros creemos que nuestro primer pensamiento y nuestra primera preocupación debe ser qué hacemos para que la Revolución salga victoriosa. Porque lo primero es eso: lo primero es la Revolución misma. Y después, entonces, preocuparnos por las demás cuestiones.

Esto no quiere decir que las demás cuestiones no deban preocuparnos, pero que el estado de ánimo nuestro —tal como es al menos el nuestro— es preocuparnos fundamentalmente primero por la Revolución.

El problema que aquí se ha estado discutiendo —y que lo vamos a abordar— es el problema de la libertad de los escritores y de los artistas para expresarse. El temor que aquí ha inquietado es si la Revolución va a ahogar esa libertad, es si la Revolución va a sofocar el espíritu creador de los escritores y de los artistas.

Se habló aquí de la libertad formal. Todo el mundo estuvo de acuerdo en el problema de la libertad formal. Es decir, todo el mundo estuvo de acuerdo —y creo que nadie duda— acerca del problema de la libertad formal.

La cuestión se hace más sutil y se convierte verdaderamente en el punto esencial de la cuestión, cuando se trata de la libertad de contenido. Es ahí el punto más sutil, porque es el que está expuesto a las más diversas interpretaciones. Es el punto más polémico de esta cuestión: si debe haber o no una absoluta libertad de contenido en la expresión artística.

Nos parece que algunos compañeros defienden ese punto de vista. Quizás el temor a eso que llamaban prohibiciones, regulaciones, limitaciones, reglas, autoridades para decidir sobre la cuestión.

Permítanme decirles en primer lugar que la Revolución defiende la libertad, que la Revolución ha traído al país una suma muy grande de libertades, que la Revolución no puede ser por esencia enemiga de las libertades; que si la preocupación de alguno es que la Revolución vaya a asfixiar su espíritu creador, que esa preocupación es innecesaria, que esa preocupación no tiene razón de ser.

¿Dónde puede estar la razón de ser de esa preocupación? Puede verdaderamente preocuparse por este problema quien no esté seguro de sus convicciones revolucionarias. Puede preocuparse por ese problema quien tenga desconfianza acerca de su propio arte, quien tenga desconfianza acerca de su verdadera capacidad para crear.

Y cabe preguntarse si un revolucionario verdadero, si un artista o intelectual que sienta la Revolución y que esté seguro de que es capaz de servir a la Revolución puede plantearse este problema. Es decir, que el campo de la duda no queda ya para los escritores y artistas verdaderamente revolucionarios; el campo de la duda queda para los escritores y artistas que sin ser contrarrevolucionarios no se sientan tampoco revolucionarios.

Y es correcto que un escritor y artista que no sienta verdaderamente como revolucionario se plantee ese problema, es decir, que un escritor y artista honesto, honesto, que sea capaz de comprender toda la razón de ser y la justicia de la Revolución, se plantee este problema. Porque el revolucionario pone algo por encima de todas las demás cuestiones, el revolucionario pone algo por encima aun de su propio espíritu creador, es decir: pone la Revolución por encima de todo lo demás. Y el artista más revolucionario sería aquel que estuviera dispuesto a sacrificar hasta su propia vocación artística por la Revolución.

Nadie ha supuesto nunca que todos los hombres o todos los escritores o todos los artistas tengan que ser revolucionarios, como nadie puede suponer que todos los hombres o todos los revolucionarios tengan que ser artistas, ni tampoco que todo hombre honesto, por el hecho de ser honesto, tenga que ser revolucionario. Revolucionario es también una actitud ante la vida, revolucionario es también una actitud ante la realidad existente. Y hay hombres que se resignan a esa realidad, hay hombres que se adaptan a esa realidad; y hay hombres que no se pueden resignar ni adaptar a esa realidad y tratan de cambiarla: por eso son revolucionarios.

Pero puede haber hombres que se adapten a esa realidad y ser hombres honestos, solo que su espíritu no es un espíritu revolucionario, solo que su actitud ante la realidad no es una actitud revolucionaria. Y puede haber, por supuesto, artistas —y buenos artistas— que no tengan ante la vida una actitud revolucionaria.

Y es precisamente para ese grupo de artistas e intelectuales para quienes la Revolución en sí constituye un hecho imprevisto, un hecho nuevo, un hecho que incluso puede afectar su ánimo profundamente. Es precisamente para ese grupo de artistas y de intelectuales que la Revolución puede constituir un problema que se le plantea.

Para un artista o intelectual mercenario, para un artista o intelectual deshonesto, no sería nunca un problema. Ese sabe lo que tiene que hacer, ese sabe lo que le interesa, ese sabe hacia donde tiene que marcharse. El problema lo constituye verdaderamente para el artista o el intelectual que no tiene una actitud revolucionaria ante la vida y que, sin embargo, es una persona honesta.

Claro está que quien tiene esa actitud ante la vida, sea o no sea revolucionario, sea o no sea artista, tiene sus fines, tiene sus objetivos. Y todos

nosotros podemos preguntarnos sobre esos fines y esos objetivos. Esos fines y esos, objetivos se dirigen hacia el cambio de esa realidad, esos fines y esos objetivos se dirigen hacia la redención del hombre; es precisamente el hombre, el semejante, la redención de su semejante, lo que constituye el objetivo de los revolucionarios.

Si a los revolucionarios nos preguntan qué es lo que más nos importa, nosotros diremos: el pueblo. Y siempre diremos: el pueblo. El pueblo en su sentido real, es decir, esa mayoría del pueblo que ha tenido que vivir en la explotación y en el olvido más cruel. Nuestra preocupación fundamental siempre serán las grandes mayorías del pueblo, es decir, las clases oprimidas y explotadas del pueblo. El prisma a través del cual nosotros lo miramos todo es ese: para nosotros será bueno lo que sea bueno para ellos; para nosotros será noble, será bello y será útil todo lo que sea noble, sea útil y sea bello para ellos.

Si no se piensa así, si no se piensa por el pueblo y para el pueblo, es decir, si no se piensa y no se actúa para esa gran masa explotada del pueblo, para esa gran masa a la que se desea redimir, entonces sencillamente no se tiene una actitud revolucionaria. Al menos ese es el cristal a través del cual nosotros analizamos lo bueno y lo útil y lo bello de cada acción.

Comprendemos que debe ser una tragedia para alguien que comprenda esto y, sin embargo, se tenga que reconocer incapaz de luchar por eso. Nosotros somos o creemos ser hombres revolucionarios; quien sea más artista que revolucionario no puede pensar exactamente igual que nosotros. Nosotros luchamos por el pueblo y no padecemos ningún conflicto, porque luchamos por el pueblo y sabemos que podemos lograr los propósitos de nuestras luchas.

El pueblo es la meta principal. En el pueblo hay que pensar primero que en nosotros mismos. Y esa es la única actitud que puede definirse como una actitud verdaderamente revolucionaria.

Y para aquellos que no puedan tener o no tengan esa actitud, pero que son personas honradas, es para quienes constituye el problema a que hacíamos referencia. Y de la misma manera que para ellos la Revolución constituye un problema, ellos constituyen también para la Revolución un problema del cual la Revolución debe preocuparse.

Aquí se señaló con acierto el caso de muchos escritores y artistas que no eran revolucionarios, pero que sin embargo eran escritores y artistas ho-

nestos; que además querían ayudar a la Revolución; que además a la Revolución le interesaba su ayuda; que querían trabajar para la Revolución y que a su vez a la Revolución le interesaba que ellos aportaran sus conocimientos y su esfuerzo en beneficio de la misma. Es más fácil apreciar esto cuando se analizan los casos peculiares. Y entre esos casos peculiares hay un sinnúmero de casos que no son tan fáciles de analizar.

Pero aquí habló un escritor católico, planteó lo que a él le preocupaba, y lo dijo con toda claridad. El preguntó si él podía hacer una interpretación desde su punto de vista idealista de un problema determinado, o si él podía escribir una obra defendiendo esos puntos de vista suyos; él con toda franqueza señaló si dentro de un régimen revolucionario él podía expresarse dentro de esos sentimientos, de acuerdo con esos sentimientos. Planteó el problema de una forma que puede considerarse simbólica; a él lo que le preocupaba era saber si él podía escribir de acuerdo con esos sentimientos o de acuerdo con esa ideología, que no era precisamente la ideología de la Revolución; que él estaba de acuerdo con la Revolución en las cuestiones económicas o sociales, pero que tenía una posición filosófica distinta a la filosofía de la Revolución.

Y ese es un caso digno de tenerse muy en cuenta, porque es precisamente un caso representativo de esa zona de escritores y de artistas que tenían una disposición favorable con respecto a la Revolución y que deseaban saber qué grado de libertad tenían, dentro de las condiciones revolucionarias, para expresarse de acuerdo con esos sentimientos.

Ese es el sector que constituye para la Revolución el problema, de la misma manera que la Revolución constituye para ellos un problema. Y es deber de la Revolución preocuparse por esos casos, es deber de la Revolución preocuparse por la situación de esos artistas y de esos escritores. Porque la Revolución debe tener la aspiración de que marchen junto a ella no solo todos los revolucionarios, no solo todos los artistas e intelectuales revolucionarios. Es posible que los hombres y las mujeres que tengan una actitud realmente revolucionaria ante la realidad, no constituyan el sector mayoritario de la población: los revolucionarios son la vanguardia del pueblo. Pero los revolucionarios deben aspirar a que marche junto a ellos todo el pueblo. La Revolución no puede renunciar a que todos los hombres y mujeres honestos, sean o no escritores o artistas, marchen junto a ella; la Revolución debe aspirar a que todo el que tenga dudas se convierta en re-

volucionario; la Revolución debe tratar de ganar para sus ideas a la mayor parte del pueblo; la Revolución nunca debe renunciar a contar con la mayoría del pueblo, a contar no solo con los revolucionarios, sino con todos los ciudadanos honestos, que aunque no sean revolucionarios —es decir, que no tengan una actitud revolucionaria ante la vida—, estén con ella. La Revolución solo debe renunciar a aquellos que sean incorregiblemente reaccionarios, que sean incorregiblemente contrarrevolucionarios.

Y la Revolución tiene que tener una política para esa parte del pueblo, la Revolución tiene que tener una actitud para esa parte de los intelectuales y de los escritores. La Revolución tiene que comprender esa realidad, y por lo tanto debe actuar de manera que todo ese sector de los artistas y de los intelectuales que no sean genuinamente revolucionarios, encuentren que dentro de la Revolución tienen un campo para trabajar y para crear; y que su espíritu creador, aun cuando no sean escritores o artistas revolucionarios, tiene oportunidad y tiene libertad para expresarse. Es decir, dentro de la Revolución.

Esto significa que dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada. Contra la Revolución nada, porque la Revolución tiene también sus derechos; y el primer derecho de la Revolución es el derecho a existir. Y frente al derecho de la Revolución de ser y de existir, nadie —por cuanto la Revolución comprende los intereses del pueblo, por cuanto la Revolución significa los intereses de la nación entera—, nadie puede alegar con razón un derecho contra ella. Creo que esto es bien claro.

¿Cuáles son los derechos de los escritores y de los artistas, revolucionarios o no revolucionarios? Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, ningún derecho.

Y esto no sería ninguna ley de excepción para los artistas y para los escritores. Esto es un principio general para todos los ciudadanos, es un principio fundamental de la Revolución. Los contrarrevolucionarios, es decir, los enemigos de la Revolución, no tienen ningún derecho contra la Revolución, porque la Revolución tiene un derecho: el derecho de existir, el derecho a desarrollarse y el derecho a vencer. ¿Quién pudiera poner en duda ese derecho de un pueblo que ha dicho «¡Patria o Muerte!», es decir, la Revolución o la muerte, la existencia de la Revolución o nada, de una Revolución que ha dicho «¡Venceremos!»? Es decir, que se ha planteado muy seriamente un propósito, y por respetables que sean los razonamientos per-

sonales de un enemigo de la Revolución, mucho más respetables son los derechos y las razones de una revolución tanto más, cuanto que una revolución es un proceso histórico, cuanto que una revolución no es ni puede ser obra del capricho o de la voluntad de ningún hombre, cuanto que una revolución solo puede ser obra de la necesidad y de la voluntad de un pueblo. Y frente a los derechos de todo un pueblo, los derechos de los enemigos de ese pueblo no cuentan.

Cuando hablábamos de los casos extremos, nosotros lo hacíamos sencillamente para expresar con más claridad nuestras ideas. Ya dije que entre esos casos extremos hay una gran variedad de actitudes mentales y hay también una gran variedad de preocupaciones. No significa necesariamente que albergar alguna preocupación signifique no ser revolucionario. Nosotros hemos tratado de definir las actitudes esenciales.

La Revolución no puede pretender asfixiar el arte o la cultura, cuando una de las metas y uno de los propósitos fundamentales de la Revolución es desarrollar el arte y la cultura, precisamente para que el arte y la cultura lleguen a ser un verdadero patrimonio del pueblo. Y al igual que nosotros hemos querido para el pueblo una vida mejor en el orden material, queremos para el pueblo una vida mejor también en el orden espiritual, queremos para el pueblo una vida mejor en el orden cultural. Y lo mismo que la Revolución se preocupa del desarrollo de las condiciones y de las fuerzas que permitan al pueblo la satisfacción de todas sus necesidades materiales, nosotros queremos desarrollar también las condiciones que permitan al pueblo la satisfacción de todas sus necesidades culturales.

¿Que el pueblo tiene un nivel bajo de cultura? ¿Que un porcentaje alto del pueblo no sabe leer ni escribir? También un porcentaje alto del pueblo pasa hambre, o al menos vive o vivía en condiciones duras, vivía en condiciones de miseria; una parte del pueblo carece de un gran número de bienes materiales que son para ellos indispensables, y nosotros tratamos de propiciar las condiciones para que todos esos bienes materiales lleguen al pueblo. De la misma manera debemos propiciar las condiciones para que todos esos bienes culturales lleguen al pueblo.

No quiere decir eso que el artista tenga que sacrificar el valor de sus creaciones y que necesariamente tenga que sacrificar esa calidad. ¡No quiere decir eso! Quiere decir que tenemos que luchar en todos los sentidos para que el creador produzca para el pueblo y el pueblo a su vez eleve su nivel cultural que le permita acercarse también a los creadores.

No se puede señalar una regla de carácter general: todas las manifestaciones artísticas no son exactamente de la misma naturaleza; y a veces hemos planteado aquí las cosas como si todas las manifestaciones artísticas fuesen exactamente de la misma naturaleza. Hay expresiones del espíritu creador que por su propia naturaleza pueden ser mucho más asequibles al pueblo que otras manifestaciones del espíritu creador. Por eso no se puede señalar una regla general, ¿porque en qué expresión artística es que el artista tiene que ir al pueblo y en cuál el pueblo tiene que ir al artista? ¿Se puede hacer una afirmación de carácter general en ese sentido? ¡No! Sería una regla demasiado simple.

Hay que esforzarse en todas las manifestaciones por llegar al pueblo, pero a su vez hay que hacer todo lo que esté al alcance de nuestras manos para que el pueblo pueda comprender cada vez más y mejor. Creo que ese principio no contradiga las aspiraciones de ningún artista, mucho menos si se tiene en cuenta que los hombres crean para sus contemporáneos. No se diga que hay artistas pensando en la posteridad porque, desde luego sin el propósito de considerar nuestro juicio infalible ni mucho menos, creo que quien así piense se está autosugestionando.

Y eso no quiere decir que quien trabaje para sus contemporáneos tenga que renunciar a la posteridad de su obra, porque precisamente creando para sus contemporáneos, independientemente incluso de que sus contemporáneos lo hayan comprendido o no, es que las obras han adquirido un valor histórico y un valor universal.

Nosotros no estamos haciendo una Revolución para las generaciones venideras; nosotros estamos haciendo una Revolución con esta generación y por esta generación, independientemente de que los beneficios de esta obra beneficien a las generaciones venideras y se convierta en un acontecimiento histórico. Nosotros no estamos haciendo una revolución para la posteridad; esta Revolución pasará a la posteridad porque es una revolución para ahora y para los hombres y las mujeres de ahora.

¿Quién nos seguiría a nosotros si estuviésemos haciendo una revolución para las generaciones venideras? Trabajamos y creamos para nuestros contemporáneos, sin que esto le quite a ninguna creación artística el mérito de aspirar a la eternidad.

Esas son verdades que todos debemos analizar con honradez, y creo que hay que partir de ciertas verdades fundamentales para no sacar conclusio-

nes erróneas. Y no vemos nosotros que haya motivos de preocupaciones para ningún artista o escritor honrado.

Nosotros no somos enemigos de la libertad. Nadie aquí es enemigo de la libertad. ¿A quién tememos? ¿Qué autoridad es la que tememos que vaya a asfixiar nuestro espíritu creador? ¿Qué compañeros del Consejo Nacional de Cultura?

De la impresión que nosotros personalmente tenemos de las conversaciones con los compañeros del Consejo Nacional de Cultura, hemos observado puntos de vista y sentimientos que son muy ajenos a las preocupaciones que aquí se plantearon acerca de limitaciones, dogales, y cosas por el estilo, al espíritu creador. Nuestra conclusión es que los compañeros del Consejo Nacional están tan preocupados como todos ustedes de que se logren las mejores condiciones para que ese espíritu creador de los artistas y de los intelectuales se desarrolle.

¿Sentimos el temor de la existencia de un organismo nacional, que es un deber de la Revolución y del Gobierno Revolucionario contar con un órgano altamente calificado que estimule, fomente, desarrolle y oriente, sí, oriente ese espíritu creador? ¡Lo consideramos un deber! ¿Y eso acaso puede constituir un atentado al derecho de los escritores y de los artistas? Eso puede constituir una amenaza al derecho de los escritores y de los artistas por el temor de que se cometa una arbitrariedad o un exceso de autoridad? De la misma manera podemos albergar el temor que al pasar por un semáforo el policía nos agreda, de la misma manera podemos albergar el temor a que el juez nos condene, de la misma manera podemos albergar el temor de que la fuerza existente en el poder revolucionario cometa un acto de violencia contra nosotros; es decir que tendríamos entonces que preocuparnos de todas esas cosas. Y, sin embargo, la actitud del ciudadano no es lo de creer que el miliciano va a disparar contra él, de que el juez lo va a sancionar o de que el poder va a ejercer la violencia contra su persona.

La existencia de una autoridad en el orden cultural no significa que haya una razón para preocuparse del abuso de esa autoridad, porque, ¿quién es el que quiere o el que desea que esa autoridad cultural no exista? Por el mismo camino podría aspirar a que no existiera la milicia, que no existiera la policía, que no existiera el poder del Estado y que incluso no existiera el Estado. Y si a alguien le preocupa tanto que no exista la menor autoridad

estatal, entonces que no se preocupe, que tenga paciencia, que ya llegará el día en que el Estado tampoco exista.

Tiene que existir un consejo que oriente, que estimule, que desarrolle, que trabaje para crear las mejores condiciones para el trabajo de los artistas y de los intelectuales, ¿y quién es el primer defensor de los intereses de los artistas y de los intelectuales si no ese mismo consejo? ¿Quién es el que propone leyes y sugiere medidas de todo orden para elevar esas condiciones si no el Consejo Nacional de Cultura? ¿Quién propone una ley de imprenta nacional para subsanar esas deficiencias que se han señalado aquí? ¿Quién propone la creación del Instituto de Etnología y Folklore si no precisamente el Consejo Nacional? ¿Quién aboga porque se disponga de los presupuestos y de las divisas necesarias para traer libros, que hace muchos meses que no entran en el país, para adquirir material para que los pintores y los artistas plásticos puedan trabajar? ¿Quién se preocupa de los problemas económicos, es decir, de las condiciones materiales de los artistas? ¿Qué organismo es el que se preocupa por toda una serie de necesidades actuales de los escritores y de los artistas? ¿Quién defiende en el seno del gobierno los presupuestos, las edificaciones y los proyectos, precisamente para elevar el nivel de las condiciones y de las circunstancias en que ustedes vayan a trabajar? Es precisamente el Consejo Nacional de Cultura.

¿Por qué mirar a ese consejo con reserva? ¿Por qué mirar a esa autoridad como una supuesta autoridad que va precisamente a hacer lo contrario a limitar nuestras condiciones, a asfixiar nuestro espíritu creador? Se concibe que se preocuparan de esa autoridad aquellos que no tuvieran problemas de ninguna clase, pero en realidad quienes puedan apreciar la necesidad de toda la gestión y de todo el trabajo que tiene que hacer ese consejo no lo mirarían jamás con reserva, y además porque el consejo tiene también una obligación con el pueblo y tiene una obligación con la Revolución y con el Gobierno Revolucionario, que es cumplir los objetivos para los cuales fue creado, y tiene tanto interés en el éxito de su trabajo como cada artista tiene interés también en el éxito del suyo.

No sé si se me quedarán algunos de los problemas fundamentales que aquí se señalaron. Se discutió mucho el problema de la película. Yo no he visto la película: tengo deseos de ver la película, tengo curiosidad por ver la película. ¿Que fue maltratada la película? En realidad creo que ninguna película ha recibido tantos honores y que ninguna película se ha discutido tanto.

Aunque nosotros no hemos visto esa película nos hemos remitido al criterio de una serie de compañeros que han visto la película, entre ellos el criterio del compañero presidente, el criterio de distintos compañeros del Consejo Nacional de Cultura. De más está decir que es un criterio y es una opinión que merece para nosotros todo el respeto, pero hay algo que creo que no se puede discutir, y es el derecho establecido por la ley a ejercer la función que en este caso desempeñó el Instituto del Cine o la comisión revisora. ¿Se discute acaso ese derecho del Gobierno? ¿Tiene o no tiene derecho el gobierno a ejercer esa función? Para nosotros en este caso la función fundamental es, primero, si existía o no existía ese derecho por parte del gobierno. Se podrá discutir la cuestión del procedimiento, cómo se hizo, si no fue amigable, si pudo haber sido mejor un procedimiento de tipo amistoso; se puede hasta discutir si fue justa o no justa la decisión; pero hay algo que no creo que discuta nadie, y es el derecho del gobierno a ejercer esa función. Porque si impugnamos ese derecho entonces significaría que el gobierno no tiene derecho a revisar las películas que vayan a exhibirse ante el pueblo. Y creo que ese es un derecho que no se discute.

Hay además algo que todos comprendemos perfectamente: que entre las manifestaciones de tipo intelectual o artístico hay algunas que tienen una importancia en cuanto a la educación del pueblo o a la formación ideológica del pueblo, superior a otros tipos de manifestaciones artísticas, y no creo que nadie ose discutir que uno de esos medios fundamentales e importantísimos es el cine, como lo es la televisión.

¿Y en realidad pudiera discutirse en medio de la Revolución el derecho que tiene el gobierno a regular, revisar y fiscalizar las películas que se exhiban al pueblo? ¿Es acaso eso lo que se está discutiendo? ¿Y se puede considerar eso una limitación o una fórmula prohibitiva, el derecho del Gobierno Revolucionario a fiscalizar esos medios de divulgación que tanta influencia tienen en el pueblo? Si nosotros impugnamos ese derecho del Gobierno Revolucionario estaríamos incurriendo en un problema de principios, porque negar esa facultad al Gobierno Revolucionario sería negarle al gobierno su función y su responsabilidad, sobre todo en medio de una lucha revolucionaria, de dirigir al pueblo y de dirigir a la Revolución.

Y a veces ha parecido que se impugnaba ese derecho del gobierno. Y en realidad si se impugna ese derecho del gobierno nosotros opinamos que el gobierno tiene ese derecho. Y si tiene ese derecho puede hacer uso de ese

derecho; lo puede hacer equivocadamente. Eso no quiere decir que sea infalible el gobierno. El gobierno actuando en ejercicio de un derecho o de una función que le corresponda no tiene que ser necesariamente infalible.

Pero, ¿quién es el que tiene tantas reservas con respecto al gobierno? ¿Quién es el que tiene tantas dudas? ¿Quién es el que tiene tanta sospecha con respecto al Gobierno Revolucionario y quién es el que desconfía tanto del Gobierno Revolucionario, que aun cuando pensara que estaba equivocada una decisión suya piense que constituye un peligro y constituye un verdadero motivo de terror el pensar que el gobierno pueda siempre equivocarse? No estoy afirmando, ni mucho menos, que el gobierno se haya equivocado en esa decisión, lo que estoy afirmando es que el gobierno actuaba en uso de un derecho; trato de situarme en el lugar de los que trabajaron en esa película, trato de situarme en el ánimo de los que hicieron la película, y trato de comprender incluso su pena, su disgusto, su dolor de que la película no se hubiese exhibido.

Cualquiera puede comprender eso perfectamente. Pero hay que comprender que se actuó en uso de un derecho, y que fue un criterio que contó con el respaldo de compañeros competentes y compañeros responsables del gobierno, y que en realidad no hay derecho fundado para desconfiar del espíritu de justicia y de equidad de los hombres del Gobierno Revolucionario, porque el Gobierno Revolucionario no ha dado razones para que alguien pueda poner en duda su espíritu de justicia y de equidad.

No podemos pensar que seamos perfectos. Incluso no podemos pensar que seamos ajenos a pasiones. ¿Pudieran algunos señalar que determinados compañeros del gobierno sean apasionados o no sean ajenos a pasiones, y los que tal cosa crean pueden verdaderamente asegurar que ellos tampoco sean ajenos a pasiones? ¿Y se les puede impugnar actitudes de tipo personal a algunos compañeros sin aceptar siquiera que esas opiniones puedan estar teñidas también por actitudes de tipo personal? Aquí podríamos decir aquello de que quien se sienta perfecto o se sienta ajeno a las pasiones, que tire la primera piedra.

Creo que ha habido personalismo y pasión en la discusión. ¿En estas discusiones no ha habido personalismo y no ha habido pasión? ¿Es que todos absolutamente aquí vinieron despojados de pasiones y de personalismos? ¿Es que todos absolutamente hemos venido despojados también de espíritu de grupo? ¿Es que no ha habido corrientes y tendencias dentro de esta

discusión? Eso no se puede negar. Si un niño de seis años hubiese estado sentado aquí, se habría dado cuenta también de las distintas corrientes y de los distintos puntos de vista y de las distintas pasiones que se estaban debatiendo.

Los compañeros han dicho muchas cosas, han dicho cosas interesantes; algunos han dicho cosas brillantes. Todos han sido muy eruditos. Pero por encima de todo ha habido una realidad: la realidad misma de la discusión y la libertad con que todos han podido expresarse y defender sus puntos de vista; la libertad con que todos han podido hablar y exponer aquí sus criterios en el seno de una reunión amplia —y que ha sido más amplia cada día—, de una reunión que nosotros entendemos que es una reunión positiva, de una reunión donde podemos disipar toda una serie de dudas y de preocupaciones.

Y que ha habido querellas, ¿quién lo duda? Y que ha habido guerras y guerritas aquí en el seno de los escritores y artistas, ¿quién lo duda? Y que ha habido críticas y supercríticas ¿quién lo duda? y que algunos compañeros han ensayado sus armas y han probado sus armas a costa de otros compañeros, ¿quién lo duda?

Aquí han hablado los «heridos» y han expresado su queja sentida contra lo que han estimado ataques injustos. Afortunadamente no han pasado los cadáveres, sino los heridos; compañeros incluso convalecientes todavía de las heridas recibidas. Y algunos de ellos presentaban como una evidente injusticia el que se les haya atacado con cañones de grueso calibre sin poder siquiera ripostar el fuego.

Que ha habido críticas duras, ¿quién lo duda? y en cierto sentido aquí se planteó ese problema. Y esos problemas nosotros no podemos pretender dilucidarlos con dos palabras. Pero creo que de las cosas que se plantearon aquí, una de las más correctas es que el espíritu de la crítica debía ser constructivo, debía ser positivo, y no destructor. Eso, hasta los que no entendemos nada absolutamente de crítica, lo vemos claro. Por algo la palabra crítica ha venido a ser sinónimo de ataque, cuando realmente no quiere decir eso, no tiene que querer decir eso. Pero cuando a alguien le dicen: «Fulano te criticó», enseguida se pone bravo antes de preguntar qué dijo. Es decir, que lo destruyó. Es decir, que debe haber un principio en la crítica: que sea constructiva.

Si en realidad a cualquiera de nosotros que hemos estado un poco ajenos a estos problemas o a estas luchas, a estos ensayos y pruebas de armas, nos explican el caso de algunos compañeros que casi han estado al borde de una depresión insalvable, es posible que simpaticemos con las víctimas; porque tenemos esa tendencia a simpatizar con las víctimas.

Nosotros aquí, sinceramente, no hemos querido sino contribuir a la comprensión y a la unión de todos. Y hemos tratado de evitar palabras que sirvan para herir a nadie ni para desalentar a nadie. Pero es incuestionable un hecho: que pueden darse casos de esas luchas o controversias, en que no exista igualdad de condiciones para todos.

Eso por parte de la Revolución no puede ser justo. La Revolución no les puede dar armas a unos contra otros, la Revolución no les debe dar armas a unos contra otros. Nosotros creemos que los escritores y artistas deben tener todos oportunidad de manifestarse; nosotros creemos que los escritores y artistas, a través de su asociación, deben tener un magazine cultural amplio, al que todos tengan acceso.

¿No les parece que eso sería una cosa justa?

La Revolución puede poner esos recursos, no en manos de un grupo: la Revolución puede y debe poner esos recursos de manera que puedan ser ampliamente utilizados por todos los escritores y artistas.

Ustedes van a constituir pronto la Asociación de Artistas, van a concurrir a un congreso. No sé si se discutirán o no las cuestiones que planteaba el compañero Walterio sobre Arango y Parreño y sobre Saco; pero sabemos que se van a reunir. y una de las cosas que nosotros proponemos es que la Asociación de Artistas, adonde deben acudir todos con espíritu verdaderamente constructivo... Porque si alguien piensa que se le quiere eliminar, porque si alguien piensa que se le quiere ahogar, nosotros podemos asegurarle que está absolutamente equivocado. Por eso debe celebrarse ese congreso con espíritu verdaderamente constructivo, y puede celebrarse. Y creemos que ustedes son capaces de celebrar en ese espíritu ese congreso. Que se organice una fuerte asociación de artistas y de escritores —y ya era hora—, y que ustedes organizadamente contribuyan con todo su entusiasmo a las tareas que les corresponden en la Revolución. Y que sea un organismo amplio, de todos los artistas y escritores.

Creemos que esa sería una fórmula para que cuando nos volvamos a reunir —y creemos que debemos volvernos a reunir... Por lo menos nosotros

no debemos privarnos voluntariamente del placer y de la utilidad de estas reuniones, que para nosotros han constituido también un motivo de atención sobre todos estos problemas. Tenemos que volvernos a reunir. ¿Qué significa eso? Pues que tenemos que seguir discutiendo estos problemas. Es decir, que va a haber algo que debe ser motivo de tranquilidad para todos, y es conocer el interés que tiene el gobierno por los problemas y, al mismo tiempo, la oportunidad esta de discutir en una asamblea amplia todas estas cuestiones.

Nos parece que eso debe ser un motivo de satisfacción para los escritores y para los artistas. Y con eso nosotros también seguiremos tomando información y adquiriendo mejores conocimientos por nuestra parte.

El Consejo Nacional debe tener también otro órgano de divulgación. Creo que eso va situando las cosas en su lugar. Y eso no se puede llamar cultura dirigida ni asfixia al espíritu creador artístico. ¿A quién que tenga los cinco sentidos y además sea artista de verdad le puede preocupar que esto constituya asfixia al espíritu creador? La Revolución quiere que los artistas pongan el máximo esfuerzo en favor del pueblo, quiere que pongan el máximo de interés y de esfuerzo en la obra revolucionaria. Y creemos que es una aspiración justa de la Revolución.

¿Quiere decir que le vamos a decir aquí a la gente lo que tiene que escribir? No. Que cada cual escriba lo que quiera. Y si lo que escribe no sirve, allá él; si lo que pinta no sirve, allá él. Nosotros no le prohibimos a nadie escribir sobre el tema que quiera escribir. Al contrario: que cada cual se exprese en la forma que estime pertinente, y que exprese libremente el tema que desea expresar. Nosotros apreciaremos su creación siempre a través del prisma y del cristal revolucionario: ese también es un derecho del Gobierno Revolucionario, tan respetable como el derecho de cada cual a expresar lo que desee expresar.

Hay una serie de medidas que se están tomando, algunas de las cuales hemos señalado.

Para los que se preocupaban por el problema de la imprenta nacional: efectivamente, la imprenta nacional, organismo recién creado, que tuvo que surgir en condiciones de trabajo difíciles, porque tuvo que comenzar a trabajar en un periódico que de repente se cerraba —y nosotros estuvimos presentes el día en que ese periódico se convirtió en el primer taller de la imprenta nacional con todos sus obreros y redactores—, y que además ha

tenido que publicar una serie de obras de tipo militar, sabemos que tiene deficiencias y que serán subsanadas, a cuyos fines se ha presentado ya una ley al gobierno para crear dentro de la imprenta nacional distintas editoriales, de manera que no haya por qué repetirse las quejas que se han expuesto en esta reunión sobre la imprenta nacional.

Y también se están tomando o se van a tomar los acuerdos pertinentes a los efectos de adquirir libros, de adquirir material para el trabajo; es decir, resolver todos esos problemas que han preocupado a los escritores y a los artistas y en lo cual el Consejo Nacional de Cultura ha insistido mucho, porque ustedes saben que en el Estado hay distintos departamentos y distintas instituciones, y que dentro del Estado cada cual reclama y aspira a poder contar con los recursos necesarios para cumplir sus funciones cabalmente.

Nosotros queremos señalar algunos aspectos en los cuales se ha avanzado ya, y que deben ser motivo de aliento para todos nosotros, como ha sido el éxito alcanzado, por ejemplo, con la orquesta sinfónica, que ha sido reconstruida, reintegrada totalmente, y que no solamente ha alcanzado niveles elevados en el orden artístico, sino también en el orden revolucionario, porque hay cincuenta miembros de la orquesta sinfónica que son milicianos. El ballet de Cuba también se ha reconstruido y acaba de hacer una gira por el extranjero, donde cosecharon la admiración y el reconocimiento de todos los pueblos donde trabajaron. Está teniendo éxito el conjunto de danza moderna, y ha recibido también elogios valiosísimos en Europa. La Biblioteca Nacional, por su parte, también está desarrollando una política en favor de la cultura, en favor de esas cosas que les preocupaban a ustedes de despertar el interés del pueblo por la música, por la pintura; ha constituido un departamento de pintura, con el objeto de dar a conocer las obras al pueblo; un departamento de música, un departamento juvenil, una sección también para niños. Nosotros un rato antes de pasar a este salón estuvimos visitando el departamento de la Biblioteca Nacional para niños, vimos el número de niños que ya están asociados, el trabajo que se está desarrollando allí y los adelantos que ha logrado la Biblioteca Nacional, que además constituyen un motivo para que el gobierno le facilite los recursos que necesite para seguir desarrollando esa labor. La imprenta nacional es ya una realidad y, con las nuevas formas de organización que se le van a dar es ya también una conquista de la Revolución, que contribuirá extraordinariamente a la preparación del pueblo.

El Instituto del Cine es también una realidad. Durante toda esta primera etapa, fundamentalmente, se han hecho las inversiones necesarias para dotarlo de los equipos materiales que necesita para trabajar. Al menos la Revolución ha establecido las bases de la industria del cine, lo cual constituye un gran esfuerzo si se tiene en cuenta que no se trata de un país industrializado el nuestro, que ha significado sacrificios la adquisición de todos esos equipos. Que además, si en cuanto al cine no hay más facilidades, no obedece a una política restrictiva del gobierno, sino sencillamente a la escasez de los recursos económicos actuales para crear un movimiento de aficionados que permita el desarrollo de todos los talentos en el cine, y que será puesto en práctica cuando se pueda contar con esos recursos. La política en el instituto del cine será de discusión y además de emulación entre los distintos equipos de trabajo.

No se puede juzgar todavía en sí la tarea del instituto del cine. No ha podido todavía disponer de tiempo para realizar una obra que pueda ser juzgada, pero ha trabajado, y nosotros sabemos que una serie de documentales hechos por el instituto del cine han contribuido grandemente a divulgar en el extranjero la obra de la Revolución.

Pero lo que interesa destacar es que las bases para la industria del cine ya están establecidas. Se ha realizado también una labor de publicidad, conferencias, de extensión cultural a través de los distintos organismos; pero que al fin esto no es nada comparado con lo que puede hacerse y con lo que la Revolución aspira a desarrollar.

Hay todavía una serie de cuestiones que interesan a los escritores y artistas por resolver, hay problemas de orden material; es decir, hay problemas de orden económico. No son las condiciones de antes. Hoy no existe aquel pequeño sector privilegiado que adquiría las obras de los artistas, a precios de miseria por cierto, ya que más de un artista terminó en la indigencia y en el olvido. Quedan por encarar y resolver esos problemas que debe resolverlos el Gobierno Revolucionario y que debe ser preocupación del Consejo Nacional de Cultura, así como también el problema de los artistas que hay que ya no producen y que están completamente desamparados, garantizarle al artista no solo las condiciones materiales adecuadas, sino también la garantía de que no tendrán que preocuparse de cuando ya ellos no puedan trabajar.

En cierto sentido, ya la reorganización que se le dio al instituto de los derechos de autores ha tenido como consecuencia que una serie de autores que estaban siendo miserablemente explotados y cuyos derechos eran burlados, cuenten hoy con ingresos que les han permitido a muchos de ellos salir de la situación de pobreza extrema en que se encontraban.

Son pasos que ha dado la Revolución, pero que no significan sino algunos pasos que deben preceder a otros pasos para crear las mejores condiciones.

Hay la idea también de organizar algún sitio de descanso y de trabajo para los artistas y los escritores.

En cierta ocasión, cuando nosotros andábamos un poco peregrinando por todo el territorio nacional, se nos había ocurrido la idea de construir un barrio en un lugar muy hermoso de Isla de Pinos, una aldea en medio de los pinares —en ese tiempo estábamos pensando establecer algún tipo de premio para los mejores escritores y artistas progresistas del mundo—, como un premio y sobre todo como un homenaje a esos escritores y artistas; proyecto que no tomó cuerpo pero que puede ser revivido para hacer un reparto o una aldea, un remanso de paz que invite a descansar, que invite a escribir. Y yo creo que bien vale la pena que los artistas, entre ellos los arquitectos, comiencen a dibujar y a concebir el lugar de descanso ideal para un escritor o un artista, y a ver si se ponen de acuerdo en eso.

El Gobierno Revolucionario está dispuesto a poner de su parte los recursos en alguna partecita del presupuesto ahora que todo está planificándose. Y será la planificación una limitación al espíritu creador de nosotros, los revolucionarios? Porque en cierto sentido no se olviden que nosotros, revolucionarios un poco por la libre, nos vemos ahora ante la realidad de la planificación; y eso también nos plantea a nosotros un problema, porque hasta ahora hemos sido espíritus creadores de iniciativas revolucionarias y de inversiones también revolucionarias que ahora hay que planificar. Que no vayan a creer que estamos exentos de los problemas, y que, desde nuestro punto de vista, pudiéramos también protestar contra eso.

Es decir que ya se sabrá lo que se va a hacer el año que viene, el otro año, el otro año. ¿Quién va a discutir que hay que planificar la economía? Pero que dentro de esa planificación cabe el construir un sitio de descanso para los escritores y artistas, y verdaderamente sería una satisfacción el que la Revolución pudiera contar esa realización entre las obras que está

realizando. Nosotros hemos estado aquí preocupados por la situación actual de los escritores y artistas, un poco nos hemos olvidado de las perspectivas del futuro. Y nosotros, que no tenemos por qué quejarnos de ustedes, sin embargo también le hemos dedicado algún instante a pensar en los artistas y en los escritores del futuro, y pensamos lo que serán si se vuelven a reunir —como deben volverse a reunir— hombres del gobierno, en el futuro, dentro de cinco, dentro de diez años —no quiere decir que tengamos que ser nosotros exactamente—, con los escritores y los artistas, cuando haya adquirido la cultura el extraordinario desarrollo que aspiramos alcanzar, con los escritores y los artistas del futuro, cuando salgan los primeros frutos del plan de academias y de escuelas que hay actualmente.

Mucho antes de que se plantearan estas cuestiones ya venía el Gobierno Revolucionario preocupándose por la extensión de la cultura al pueblo.

Nosotros hemos sido siempre muy optimistas. Creo que sin ser optimista no se puede ser revolucionario, porque las dificultades que una Revolución tiene que vencer son muy serias. ¡Y hay que ser optimistas! Un pesimista nunca podría ser revolucionario.

Había distintos organismos del Estado propios de la primera etapa de la Revolución. La Revolución ha tenido sus etapas. La Revolución tuvo su etapa en que una serie de iniciativas dimanaban de una serie de organismos; hasta el INRA estaba realizando actividades de extensión cultural. No dejamos de chocar con el Teatro Nacional incluso, porque ellos estaban haciendo un trabajo y nosotros de repente estábamos haciendo otro por nuestra cuenta. Ya todo eso va encuadrándose dentro de una organización.

Y así, en nuestros planes, con respecto a los campesinos de las cooperativas y de las granjas, surgió la idea de llevar la cultura al campo, a las granjas y a las cooperativas. ¿Cómo? Pues trayendo campesinos para convertirlos en instructores de música, de baile, de teatro. Los optimistas solamente podemos lanzar iniciativas de ese tipo.

Pues, ¿cómo despertar en el campesino la afición por el teatro, por ejemplo? ¿Dónde estaban los instructores? ¿De dónde los sacábamos para enviar, por ejemplo, a trescientas granjas del pueblo y a seiscientas cooperativas?, cosa que estoy seguro de que todos ustedes estarán de acuerdo en que si se logra es positivo, y sobre todo para empezar a descubrir en el pueblo los talentos y convertir al pueblo también en autor y en creador, porque en definitiva el pueblo es el gran creador.

No debemos olvidarnos de eso, y no debemos olvidarnos tampoco de los miles y miles de talentos que se habrán perdido en nuestros campos y en nuestras ciudades por falta de condiciones y de oportunidades para desarrollarse, que son como aquellos genios ocultos, los genios dormidos que estaban esperando la mano de seda —no quiero yo ser muy erudito aquí—, que vinieran a despertarlos, a formarlos.

En nuestros campos, de eso estamos todos seguros —a menos que nosotros presumamos que somos los más inteligentes que hemos nacido en este país, y empiezo por decir que no presumo de tal cosa. Muchas veces he puesto como ejemplo el hecho de que en el lugar donde yo nací, entre unos mil niños, fui el único que pudo estudiar una carrera universitaria, mal estudiada, por cierto, no sin librarme de atravesar por una serie de colegios de curas, etcétera, etcétera.

Yo no quiero lanzar aquí ningún anatema contra nadie, ni mucho menos. Sí digo que tengo el mismo derecho que tuvo alguien a decir —alguien aquí que vino y dijo lo que quería decir él también, quejarse—: «Yo tengo derecho a quejarme».

Alguien habló de que fue formado por la sociedad burguesa. Yo puedo decir que fui formado por algo peor todavía: que fui formado por lo peor de la reacción, y donde una buena parte de los años de mi vida se perdieron en el oscurantismo, en la superstición y en la mentira, en la época aquella en que no lo enseñaban a uno a pensar, sino que lo obligaban a creer.

Creo que cuando al hombre se le pretende truncar la capacidad de pensar y razonar lo convierten, de un ser humano, en un animal domesticado. No me sublevo contra los sentimientos religiosos del hombre. Respetamos esos sentimientos, respetamos el derecho del hombre a la libertad de creencia y de culto. Eso no quiere decir que el mío me lo hayan respetado; yo no tuve ninguna libertad de creencia ni de culto, sino que me impusieron una creencia y un culto y me estuvieron domesticando durante 12 años.

Naturalmente que tengo que pensar con un poco de queja en los años que yo pude haber empleado, en esa época en que en los jóvenes existe la mayor dosis de interés y de curiosidad por las cosas, haber empleado todos esos años en el estudio sistemático y que me permitieran adquirir esa cultura que hoy los niños de Cuba van a tener ampliamente la oportunidad de adquirir.

Es decir que, a pesar de todo eso, el único que pudo, entre mil, sacar un título universitario, tuvo que pasar por ese molino de piedra donde de milagro no lo trituraron a uno mentalmente para siempre. Así que el único entre mil tuvo que pasar por todo eso. ¿Por qué? Ah, porque era el único entre mil a quien le podían pagar el colegio privado para que estudiara en el campo.

Ahora, ¿por eso yo me voy a creer que yo era el más apto y el más inteligente entre los mil? Yo creo que somos un producto de selección, pero no tan natural como social. Socialmente fui seleccionado para ir a la universidad, y socialmente estoy aquí hablando ahora, por un proceso de selección social, no natural.

La selección social dejó en la ignorancia quién sabe a cuántas decenas de miles de jóvenes superiores a todos nosotros; esa es una verdad. Y el que se crea artista tiene que pensar que por ahí se pueden haber quedado sin ser artistas muchos mejores que él —espero que Guillén no se ponga bravo por eso que estoy diciendo. Si no admitimos eso, estaremos en la luna. Nosotros somos unos privilegiados en medio de todo, porque no nacimos hijos del carretero. Y no solamente somos privilegiados por eso.

Pero en fin, lo que iba a decir —y después les puedo decir en qué otra cosa somos privilegiados— es que eso demuestra la cantidad enorme de inteligencias que se han perdido sencillamente por la falta de oportunidad. Vamos a llevar la oportunidad a todas esas inteligencias, vamos a crear las condiciones que permitan que todo talento artístico o literario o científico o de cualquier orden pueda desarrollarse.

Y piensen lo que significa la Revolución que tal cosa permita y que ya desde ahora mismo, desde el próximo curso, alfabetizado todo el pueblo, con escuelas en todos los lugares de Cuba, con campañas de seguimiento y con la formación de los instructores que permitan conocer y descubrir todas las calidades. Y esto no es más que para empezar. Es que todos esos instructores en el campo sabrán qué niño tiene vocación e indicarán a qué niño hay que becar para llevarlo a la Academia Nacional de Arte; pero, al mismo tiempo, van a despertar el gusto artístico y la afición cultural en los adultos.

Y algunos ensayos que se han hecho demuestran la capacidad que tiene el campesino y el hombre del pueblo para asimilar las cuestiones artísticas, asimilar la cultura y ponerse inmediatamente a producir. Y hay compañeros que han estado en algunas cooperativas, que han logrado ya que los cooperativistas tengan su grupo teatral. Y, además, ha quedado demostrado

recientemente, con las representaciones de distintos lugares de la República y los trabajos artísticos que realizaron los hombres y mujeres del pueblo. Pues calculen lo que significará cuando tengamos un instructor de teatro, un instructor de música y un instructor de baile en cada cooperativa y en cada granja del pueblo.

En el curso solo de dos años podremos enviar mil instructores —más de mil—, para teatro, para danza y para música.

Se han organizado las escuelas, ya están funcionando, e imagínense cuando haya mil grupos de baile, de música y de teatro en toda la Isla, en el campo —no estamos hablando de la ciudad, en la ciudad resulta un poquito más fácil—, lo que eso significará en extensión cultural.

Porque han hablado aquí algunos de que es necesario elevar el nivel del pueblo. ¿Pero cómo? El Gobierno Revolucionario se ha preocupado de eso, y el Gobierno Revolucionario está creando esas condiciones para que, dentro de algunos años, la cultura, el nivel de preparación cultural del pueblo se haya elevado extraordinariamente.

Hemos escogido esas tres ramas, pero se pueden seguir escogiendo y se puede seguir trabajando para desarrollar la cultura en todos los aspectos.

Ya esa escuela está funcionando, y los compañeros que trabajan en la escuela están satisfechos del adelanto de ese grupo de futuros instructores. Pero, además, ya se empezó a construir la Academia Nacional de Arte, aparte de la Academia Nacional de Artes Manuales. Que, por cierto, Cuba va a poder contar con la más hermosa academia de arte de todo el mundo. ¿Por qué? Porque esa academia va situada en el reparto residencial más hermoso del mundo, donde vivía la burguesía más lujosa del mundo. Y allí, en el mejor reparto de la burguesía más ostentosa y más lujosa y más inculta —dicho sea de paso—... porque en ninguna de esas casas falta un bar, por lo demás no se preocupaban —salvo excepciones—, de los problemas culturales; vivían de una manera increíblemente fabulosa. Y vale la pena darse una vuelta por allí para que vean cómo vivía esa gente, ¡pero no sabían qué extraordinaria academia de arte estaban construyendo!

Y eso es lo que quedará de lo que hicieron, porque los alumnos van a vivir en las casas que eran residencias de los millonarios, no vivirán enclaustrados; vivirán como en un hogar, y entonces asistirán a las clases en la academia. La academia va a estar situada en el medio del Country Club, donde un grupo de arquitectos-artistas han diseñado una obra —¿están por ahí?

Retiro lo dicho—, han diseñado las construcciones que se van a realizar; ya empezaron, tienen el compromiso de terminarlo para el mes de diciembre; ya tenemos 300 000 pies de caoba y de maderas preciosas para los muebles. Está en el medio del campo de golf, en una naturaleza que es un ensueño, y ahí va a estar situada la Academia Nacional de Arte, con 60 residencias a los alrededores, con el círculo social al lado que, a su vez, tiene comedores, salones, piscina y también una zona para visitantes, donde los profesores extranjeros que vengan a ayudarnos podrán albergarse, y con capacidad hasta para 3 000 niños, es decir, 3 000 becarios, y con la aspiración de que comience a funcionar el próximo curso. E inmediatamente también comenzará a funcionar la Academia Nacional de Artes Manuales con otras tantas residencias, en otro campo de golf y con otra construcción similar. Es decir, serán las academias de tipo nacional —no quiere decir que sean las únicas escuelas ni mucho menos— donde irán becados aquellos jóvenes que demuestren mayor capacidad, sin que les cueste a sus familias absolutamente nada, y van a tener las condiciones ideales para desarrollarse.

Cualquiera quisiera ahora ser un muchacho para ingresar en una de esas academias. ¿Es o no es cierto?

Aquí se habló de pintores que se tomaban un café con leche, que estaban 15 días a café con leche. Calculen qué condiciones tan distintas. Y entonces nos dirán si el espíritu creador encontrará o no encontrará las mejores condiciones para desarrollarse: instrucción, vivienda, alimentación, cultura general, porque irán allí desde los ocho años y recibirán junto con la preparación artística una cultura general.

¿Y desearemos o no desearemos nosotros que esos muchachos se desarrollen allí plenamente en todos los órdenes?

Esas son, más que ideas o sueños, realidades ya de la Revolución: los instructores que se están preparando, las escuelas nacionales que se están preparando, más las escuelas para aficionados, que también se fundarán.

Por eso es importante la Revolución. Porque, ¿cómo pudiéramos hacer esto sin revolución? ¿Vamos a suponer que nosotros tenemos el temor de que se nos marchite nuestro espíritu creador, «estrujado por las manos despóticas de la revolución staliniana»?

Señores, no vale la pena pensar en el futuro? ¿Que nuestras flores se marchiten cuando estamos sembrando flores por todas partes, cuando estamos forjando esos espíritus creadores del futuro? ¿Y quién no cambiaría el

presente —¡quién no cambiaría incluso su propio presente!— por ese futuro? ¿Quién no sacrificaría lo suyo por ese futuro y quién que tenga sensibilidad artística no está dispuesto, igual que el combatiente que muere en una batalla sabiendo que él muere, que él deja de existir físicamente para abonar con su sangre el camino del triunfo de sus semejantes, de su pueblo?

Piensen en el combatiente que muere peleando: sacrifica todo lo que tiene, sacrifica su vida, sacrifica su familia, sacrifica su esposa, sacrifica sus hijos. ¿Para qué? Para que podamos hacer todas estas cosas. ¿Y quién que tenga sensibilidad humana, sensibilidad artística no piensa que por hacer eso vale la pena hacer los sacrificios que sean necesarios?

Mas la Revolución no pide sacrificios de genios creadores. Al contrario, la Revolución dice: pongan ese espíritu creador al servicio de esta obra sin temor de que su obra salga trunca. Pero si algún día usted piensa que su obra puede salir trunca, diga: bien vale la pena que mi obra quede trunca para hacer una obra como esta que tenemos delante.

Al contrario: le pedimos al artista que desarrolle hasta el máximo su esfuerzo creador. Queremos crearle al artista y al intelectual esas condiciones. Porque si estamos queriendo crearlas para el futuro, ¿cómo no vamos a quererlas para los actuales artistas e intelectuales?

Les estamos pidiendo que las desarrollen en favor de la cultura precisamente y en favor del arte, en función de la Revolución, porque la Revolución significa precisamente más cultura y más arte. Les pedimos que pongan su granito de arena en esta obra que, al fin y al cabo, será una obra de esta generación.

La generación venidera será mejor que nosotros, pero nosotros seremos los que habremos hecho posible esa generación mejor. Nosotros seremos forjadores de esa generación futura. Nosotros, esta generación, sin edades, no es cuestión de edades. ¿Para qué vamos a entrar a discutir ese problema tan delicado?

Es que cabemos todos. Porque esta es obra de todos nosotros: tanto de los «barbudos» como de los lampiños; de los que tienen abundante cabellera, o de los que no tienen ninguna, o la tienen blanca. Esta es la obra de todos nosotros.

Vamos a echar una guerra contra la incultura; vamos a librar una batalla contra la incultura; vamos a despertar una irreconciliable querella contra la incultura, y vamos a batirnos contra ella y vamos a ensayar nuestras armas.

¿Que alguno no quiera colaborar? ¡Y qué mayor castigo que privarse de la satisfacción de lo que se está haciendo hoy!

Nosotros hablábamos de que éramos privilegiados. ¡Ah!, porque habíamos podido aprender a leer y a escribir, ir a una escuela, a un instituto, ir a una universidad, o por lo menos adquirir los rudimentos de instrucción suficientes para poder hacer algo. ¿Y no nos podemos llamar privilegiados por estar viviendo en medio de una revolución? ¿Es que acaso no nos dedicábamos con extraordinario interés a leer acerca de las revoluciones? ¿Y quién no se leyó con verdadera sed las narraciones de la Revolución Francesa, o la historia de la Revolución Rusa? ¿Y quién no soñó alguna vez en haber sido testigo presencial de aquellas revoluciones?

A mí, por ejemplo, me pasaba algo. Cuando leía la Guerra de Independencia, yo sentía no haber nacido en aquella época y me sentía apenado de no haber sido un luchador por la independencia y no haber vivido aquella historia. Porque todos nosotros hemos leído las crónicas de la guerra y de la lucha por la independencia con verdadera pasión. Y envidiábamos a los intelectuales y a los artistas y a los guerreros y a los luchadores y a los gobernantes de aquella época.

Sin embargo, nos ha tocado el privilegio de vivir y ser testigos presenciales de una auténtica revolución, de una revolución cuya fuerza es ya una fuerza que se desarrolla fuera de las fronteras de nuestro país, cuya influencia política y moral está haciendo estremecer y tambalearse al imperialismo en este continente. De donde la Revolución Cubana se convierte en el acontecimiento más importante de este siglo para la América Latina, en el acontecimiento más importante después de las guerras de independencia que tuvieron lugar en el siglo XIX: verdadera era nueva de redención del hombre.

Porque, ¿qué fueron aquellas guerras de independencia sino la sustitución del dominio colonial por el dominio de las clases dominantes y explotadoras en todos esos países? y nos ha tocado vivir un acontecimiento histórico. Se puede decir que el segundo gran acontecimiento histórico ocurrido en los últimos tres siglos en la América Latina, del cual los cubanos somos actores. Y que mientras más trabajemos más será la Revolución como una llama inapagable, y más estará llamada a desempeñar un papel histórico trascendental.

Y ustedes, escritores y artistas, han tenido el privilegio de ser testigos presenciales de esta Revolución. Cuando una revolución es un aconteci-

miento tan importante en la historia humana, que bien vale la pena vivir una revolución aunque sea solo para ser testigos de ella. Ese también es un privilegio, que los que no son capaces de comprender estas cosas, los que se dejan tupir, los que se dejan confundir, los que se dejan atolondrar por la mentira, pues renuncian a ella.

¿Qué decir de los que han renunciado a ella, y qué pensar de ellos, sino con pena, que abandonan este país en plena efervescencia revolucionaria para ir a sumergirse en las entrañas del monstruo imperialista, donde no puede tener vida ninguna expresión del espíritu?

Y han abandonado la Revolución para ir allá. Han preferido ser prófugos y desertores de su patria a ser, aunque sea, espectadores.

Y ustedes tienen la oportunidad de ser más que espectadores: de ser actores de esa Revolución, de escribir sobre ella, de expresarse sobre ella.

¿Y las generaciones venideras qué les pedirán a ustedes? Podrán realizar magníficas obras artísticas desde el punto de vista técnico. Pero si a un hombre de la generación venidera le dicen que un escritor, que un intelectual —es decir, un hombre dentro de 100 años— de esta época vivió en la Revolución indiferente a ella y no expresó la Revolución, y no fue parte de la Revolución, será difícil que lo comprenda nadie, cuando en los años venideros habrá tantos y tantos queriendo pintar la Revolución y queriendo escribir sobre la Revolución y queriendo expresarse sobre la Revolución, recopilando datos e informaciones para saber qué pasó, cómo fue, cómo vivían.

En días recientes nosotros tuvimos la experiencia de encontrarnos con una anciana de 106 años que había acabado de aprender a leer y a escribir, y nosotros le propusimos que escribiera un libro. Había sido esclava, y nosotros queríamos saber cómo un esclavo vio el mundo cuando era esclavo, cuáles fueron sus primeras impresiones de la vida, de sus amos, de sus compañeros.

Creo que puede escribir una cosa tan interesante que ninguno de nosotros la podemos escribir. Y es posible que en un año se alfabetice y además escriba un libro a los 106 años —¡esas son las cosas de las revoluciones!— y se vuelva escritora y tengamos que traerla aquí a la próxima reunión. Y entonces Walterio tenga que admitirla como uno de los valores de la nacionalidad del siglo XIX.

¿Quién puede escribir mejor que ella lo que vivió el esclavo? ¿Y quién puede escribir mejor que ustedes el presente? y cuánta gente empezará a escribir en el futuro sin vivir esto, a distancia, recogiendo escritos.

Y no nos apresuremos en juzgar la obra nuestra, que ya tendremos jueces de sobra. Y a lo que hay que temerle no es a ese supuesto juez autoritario, verdugo de la cultura, imaginario, que hemos elaborado aquí. Teman a otros jueces mucho más temibles: ¡Teman a los jueces de la posteridad, teman a las generaciones futuras que serán, al fin y al cabo, las encargadas de decir la última palabra!

6. MANIFIESTO PARA LA LIBERACIÓN DE LAS AMÉRICAS: «SEGUNDA DECLARACIÓN DE LA HABANA»

LA HABANA, 4 DE FEBRERO DE 1962

En agosto de 1960, bajo la instigación de Washington, 19 de los 21 miembros de la Organización de Estados Americanos (OEA), que se reunieron en San José, Costa Rica, votan contra Cuba para que rechace la ayuda de la Unión Soviética y China. Como respuesta, en una multitudinaria concentración popular en La Habana, el 2 de septiembre fue proclamada la «Declaración de La Habana». Después de que Cuba finalmente fue expulsada de la OEA en una reunión en enero de 1962, en Punta del Este, Uruguay, y después de que Washington estableció, desde febrero, un bloqueo a la Isla, otra gran reunión de masas ocurrió en La Habana. En ella, Fidel Castro lee esta «Segunda Declaración de La Habana» y afirma el derecho de los pueblos de las Américas a la soberanía y la independencia.

Del pueblo de Cuba a los pueblos de América y del mundo.

Vísperas de su muerte, en carta inconclusa porque una bala española le atravesó el corazón, el 18 de mayo de 1895 José Martí, Apóstol de nuestra independencia, escribió a su amigo Manuel Mercado:

> Ya puedo escribir… ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber… de impedir a tiempo con la independencia

> de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso... Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos, más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia, les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio que se hace en bien inmediato y de ellos. Viví en el monstruo y le conozco sus entrañas; y mi honda es la de David.

Ya Martí, en 1895, señaló el peligro que se cernía sobre América y llamó al imperialismo por su nombre: imperialismo. A los pueblos de América advirtió que ellos estaban más que nadie interesados en que Cuba no sucumbiera a la codicia yanqui, despreciadora de los pueblos latinoamericanos. Y con su propia sangre, vertida por Cuba y por América, rubricó las póstumas palabras que, en homenaje a su recuerdo, el pueblo de Cuba suscribe hoy a la cabeza de esta Declaración.

Han transcurrido 67 años. Puerto Rico fue convertida en colonia y es todavía colonia saturada de bases militares. Cuba cayó también en las garras del imperialismo. Sus tropas ocuparon nuestro territorio. La Enmienda Platt fue impuesta a nuestra primera Constitución, como cláusula humillante que consagraba el odioso derecho de intervención extranjera. Nuestras riquezas pasaron a sus manos, nuestra historia falseada, nuestra administración y nuestra política moldeada por entero a los intereses de los interventores; la nación sometida a 60 años de asfixia política, económica y cultural.

Pero Cuba se levantó, Cuba pudo redimirse a sí misma del bastardo tutelaje. Cuba rompió las cadenas que ataban su suerte al imperio opresor, rescató sus riquezas, reivindicó su cultura, y desplegó su bandera soberana de territorio y pueblo libre de América.

Ya Estados Unidos no podrá caer jamás sobre América con la fuerza de Cuba, pero en cambio, dominando a la mayoría de los Estados de América Latina, Estados Unidos pretende caer sobre Cuba con la fuerza de América.

¿Qué es la historia de Cuba sino la historia de América Latina? ¿Y qué es la historia de América Latina sino la historia de Asia, África y Oceanía? ¿Y qué es la historia de todos estos pueblos sino la historia de la explotación más despiadada y cruel del imperialismo en el mundo entero?

A fines del siglo pasado y comienzos del presente, un puñado de naciones económicamente desarrolladas habían terminado de repartirse el mundo, sometiendo a su dominio económico y político a las dos terceras partes de la humanidad, que, de esta forma, se vio obligada a trabajar para las clases dominantes del grupo de países de economía capitalista desarrollada.

Las circunstancias históricas que permitieron a ciertos países europeos y a Estados Unidos de Norteamérica un alto nivel de desarrollo industrial, los situó en posición de poder someter a su dominio y explotación al resto del mundo.

¿Qué móviles impulsaron esa expansión de las potencias industrializadas? ¿Fueron razones de tipo moral, «civilizadoras», como ellos alegaban? No: fueron razones de tipo económico.

Desde el descubrimiento de América, que lanzó a los conquistadores europeos a través de los mares a ocupar y explotar las tierras y los habitantes de otros continentes, el afán de riqueza fue el móvil fundamental de su conducta. El propio descubrimiento de América se realizó en busca de rutas más cortas hacia el Oriente, cuyas mercaderías eran altamente pagadas en Europa.

Una nueva clase social, los comerciantes y los productores de artículos manufacturados para el comercio, surge del seno de la sociedad feudal de señores y siervos en las postrimerías de la Edad Media.

La sed de oro fue el resorte que movió los esfuerzos de esa nueva clase. El afán de ganancia fue el incentivo de su conducta a través de su historia. Con el desarrollo de la industria manufacturera y el comercio fue creciendo su influencia social. Las nuevas fuerzas productivas que se desarrollaban en el seno de la sociedad feudal chocaban cada vez más con las relaciones de servidumbre propias del feudalismo, sus leyes, sus instituciones, su filosofía, su moral, su arte y su ideología política.

Nuevas ideas filosóficas y políticas, nuevos conceptos del derecho y del Estado fueron proclamados por los representantes intelectuales de la clase burguesa, los que por responder a las nuevas necesidades de la vida social, poco a poco se hicieron conciencia en las masas explotadas. Eran entonces ideas revolucionarias frente a las ideas caducas de la sociedad feudal. Los campesinos, los artesanos y los obreros de las manufacturas, encabezados por la burguesía, echaron por tierra el orden feudal, su filosofía, sus ideas, sus instituciones, sus leyes y los privilegios de la clase dominante, es decir, la nobleza hereditaria.

Entonces la burguesía consideraba justa y necesaria la revolución. No pensaba que el orden feudal podía y debía ser eterno, como piensa ahora de su orden social capitalista. Alentaba a los campesinos a librarse de la servidumbre feudal, alentaba a los artesanos contra las relaciones gremiales, y reclamaba el derecho al poder político. Los monarcas absolutos, la nobleza y el alto clero defendían tenazmente sus privilegios de clase, proclamando el derecho divino de la corona y la intangibilidad del orden social. Ser liberal, proclamar las ideas de Voltaire, Diderot o Juan Jacobo Rousseau, portavoces de la filosofía burguesa, constituía entonces para las clases dominantes un delito tan grave como es hoy para la burguesía ser socialista y proclamar las ideas de Marx, Engels y Lenin.

Cuando la burguesía conquistó el poder político y estableció sobre las ruinas de la sociedad feudal su modo capitalista de producción, sobre ese modo de producción erigió su Estado, sus leyes, sus ideas e instituciones.

Esas instituciones consagraban, en primer término, la esencia de su dominación de clase: la propiedad privada. La nueva sociedad, basada en la propiedad privada sobre los medios de producción y en la libre competencia, quedó así dividida en dos clases fundamentales: una, poseedora de los medios de producción, cada vez más modernos y eficientes; la otra, desprovista de toda riqueza, poseedora solo de su fuerza de trabajo, obligada a venderla en el mercado como una mercancía más para poder subsistir.

Rotas las trabas del feudalismo, las fuerzas productivas se desarrollaron extraordinariamente. Surgieron las grandes fábricas donde se acumulaba un número cada vez mayor de obreros.

Las fábricas más modernas y técnicamente eficientes iban desplazando del mercado a los competidores menos eficaces. El costo de los equipos industriales se hacía cada vez mayor; era necesario acumular cada vez sumas superiores de capital. Una parte importante de la producción se fue acumulando en un número menor de manos. Surgieron así las grandes empresas capitalistas y, más adelante, las asociaciones de grandes empresas a través de *cartels*, sindicatos, *trusts* y consorcios, según el grado y el carácter de la asociación, controlados por los poseedores de la mayoría de las acciones, es decir, por los más poderosos caballeros de la industria. La libre concurrencia, característica del capitalismo en su primera fase, dio paso a los monopolios que concertaban acuerdos entre sí y controlaban los mercados.

¿De dónde salieron las colosales sumas de recursos que permitieron a un puñado de monopolistas acumular miles de millones de dólares? Sencillamente, de la explotación del trabajo humano. Millones de hombres, obligados a trabajar por un salario de subsistencia, produjeron con su esfuerzo los gigantescos capitales de los monopolios. Los trabajadores acumularon las fortunas de las clases privilegiadas, cada vez más ricas, cada vez más poderosas. A través de las instituciones bancarias llegaron a disponer estas no solo de su propio dinero, sino también del dinero de toda la sociedad. Así se produjo la fusión de los bancos con la gran industria y nació el capital financiero. ¿Qué hacer entonces con los grandes excedentes de capital que en cantidades mayores se iba acumulando? Invadir con ellos el mundo. Siempre en pos de la ganancia, comenzaron a apoderarse de las riquezas naturales de todos los países económicamente débiles y a explotar el trabajo humano de sus pobladores con salarios mucho más míseros que los que se veían obligados a pagar a los obreros de la propia metrópoli. Se inició así el reparto territorial y económico del mundo. En 1914, ocho o diez países imperialistas habían sometido a su dominio económico y político, fuera de sus fronteras, a territorios cuya extensión ascendía a 83 700 000 kilómetros cuadrados, con una población de 970 millones de habitantes. Sencillamente se habían repartido el mundo.

Pero como el mundo era limitado en extensión, repartido ya hasta el último rincón del globo, vino el choque entre los distintos países monopolistas y surgieron las pugnas por nuevos repartos, originadas en la distribución no proporcional al poder industrial y económico que los distintos países monopolistas, en desarrollo desigual, habían alcanzado. Estallaron las guerras imperialistas, que costarían a la humanidad 50 millones de muertos, decenas de millones de inválidos e incalculables riquezas materiales y culturales destruidas. Aún no había sucedido esto cuando ya Marx escribió que «el capital recién nacido rezumaba sangre y fango por todos los poros, desde los pies a la cabeza».

El sistema capitalista de producción, una vez que hubo dado de sí todo lo que era capaz, se convirtió en un abismal obstáculo al progreso de la humanidad. Pero la burguesía, desde su origen, llevaba en sí misma su contrario. En su seno se desarrollaron gigantescos instrumentos productivos, pero a su vez se desarrolló una nueva y vigorosa fuerza social: el proletariado, llamado a cambiar el sistema social ya viejo y caduco del capitalismo por

una forma económico-social superior y acorde con las posibilidades históricas de la sociedad humana, convirtiendo en propiedad de toda la sociedad esos gigantescos medios de producción que los pueblos, y nada más que los pueblos con su trabajo, habían creado y acumulado. A tal grado de desarrollo de las fuerzas productivas, resultaba absolutamente caduco y anacrónico un régimen que postulaba la posesión privada y, con ello, la subordinación de la economía de millones y millones de seres humanos a los dictados de una exigua minoría social.

Los intereses de la humanidad reclamaban el cese de la anarquía en la producción, el derroche, las crisis económicas y las guerras de rapiña propias del sistema capitalista. Las crecientes necesidades del género humano y la posibilidad de satisfacerlas, exigían el desarrollo planificado de la economía y la utilización racional de sus medios de producción y recursos naturales.

Era inevitable que el imperialismo y el colonialismo entraran en profunda e insalvable crisis. La crisis general se inició a raíz de la Primera Guerra Mundial, con la revolución de los obreros y campesinos que derrocó al imperio zarista de Rusia e implantó, en dificilísimas condiciones de cerco y agresión capitalistas, el primer Estado socialista del mundo, iniciando una nueva era en la historia de la humanidad. Desde entonces hasta nuestros días, la crisis y la descomposición del sistema imperialista se han acentuado incesantemente.

La Segunda Guerra Mundial desatada por las potencias imperialistas, y que arrastró a la Unión Soviética y a otros pueblos de Europa y de Asia, criminalmente invadidos, a una sangrienta lucha de liberación, culminó en la derrota del fascismo, la formación del campo mundial del socialismo, y la lucha de los pueblos coloniales y dependientes por su soberanía. Entre 1945 y 1957, más de mil doscientos millones de seres humanos conquistaron su independencia en Asia y en África. La sangre vertida por los pueblos no fue en vano.

El movimiento de los pueblos dependientes y colonializados es un fenómeno de carácter universal que agita al mundo y marca la crisis final del imperialismo.

Cuba y América Latina forman parte del mundo. Nuestros problemas forman parte de los problemas que se engendran de la crisis general del imperialismo y la lucha de los pueblos subyugados; el choque entre el mun-

do que nace y el mundo que muere. La odiosa y brutal campaña desatada contra nuestra patria expresa el esfuerzo desesperado como inútil que los imperialistas hacen para evitar la liberación de los pueblos. Cuba duele de manera especial a los imperialistas. ¿Qué es lo que esconde tras el odio yanqui a la Revolución Cubana? ¿Qué explica racionalmente la conjura que reúne en el mismo propósito agresivo a la potencia imperialista más rica y poderosa del mundo contemporáneo y a las oligarquías de todo un continente, que juntos suponen representar una población de 350 millones de seres humanos, contra un pequeño pueblo de solo siete millones de habitantes, económicamente subdesarrollado, sin recursos financieros ni militares para amenazar ni la seguridad ni la economía de ningún país? Los une y los concita el miedo. Lo explica el miedo. No el miedo a la Revolución Cubana; el miedo a la revolución latinoamericana. No el miedo a los obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales y sectores progresistas de las capas medias que han tomado revolucionariamente el poder en Cuba, sino el miedo a que los obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales y sectores progresistas de las capas medias tomen revolucionariamente el poder en los pueblos oprimidos, hambrientos y explotados por los monopolios yanqui y la oligarquía reaccionaria de América; el miedo a que los pueblos saqueados del continente arrebaten las armas a sus opresoras y se declaren, como Cuba, pueblos libres de América.

Aplastando la Revolución Cubana, creen disipar el miedo que los atormenta, el fantasma de la revolución que los amenaza. Liquidando a la Revolución Cubana, creen liquidar el espíritu revolucionario de los pueblos. Pretenden, en su delirio, que Cuba es exportadora de revoluciones. En sus mentes de negociantes y usureros insomnes cabe la idea de que las revoluciones se pueden comprar o vender, alquilar, prestar, exportar o importar como una mercancía más. Ignorantes de las leyes objetivas que rigen el desarrollo de las sociedades humanas, creen que sus regímenes monopolistas, capitalistas y semifeudales son eternos. Educados en su propia ideología reaccionaria, mezcla de superstición, ignorancia, subjetivismo, pragmatismo, y otras aberraciones del pensamiento, tienen una imagen del mundo y de la marcha de la historia acomodada a sus intereses de clases explotadoras. Suponen que las revoluciones nacen o mueren en el cerebro de los individuos o por efecto de las leyes divinas y que, además, los dioses están de su parte. Siempre han creído lo mismo, desde los devotos paganos

patricios en la Roma esclavista, que lanzaban a los cristianos primitivos a los leones del circo, y los inquisidores en la Edad Media que, como guardianes del feudalismo y la monarquía absoluta, inmolaban en la hoguera a los primeros representantes del pensamiento liberal de la naciente burguesía, hasta los obispos que hoy, en defensa del régimen burgués y monopolista, anatematizan las revoluciones proletarias. Todas las clases reaccionarias en todas las épocas históricas, cuando el antagonismo entre explotadores y explotados llega a su máxima tensión, presagiando el advenimiento de un nuevo régimen social, han acudido a las peores armas de la represión y la calumnia contra sus adversarios. Acusados de incendiar a Roma y de sacrificar niños en sus altares, los cristianos primitivos fueron llevados al martirio. Acusados de herejes fueron llevados por los inquisidores a la hoguera filósofos como Giordano Bruno, reformadores como Huss y miles de inconformes más con el orden feudal. Sobre los luchadores proletarios se enseña hoy la persecución y el crimen, precedidos de las peores calumnias en la prensa monopolista y burguesa. Siempre, en cada época histórica, las clases dominantes han asesinado invocando la defensa de la sociedad, del orden, de la patria: «su sociedad» de minorías privilegiadas sobre mayorías explotadas, «su orden clasista» que mantienen a sangre y fuego sobre los desposeídos, «la patria» que disfrutan ellos solos, privando de ese disfrute al resto del pueblo, para reprimir a los revolucionarios que aspiran a una sociedad nueva, un orden justo, una patria verdadera para todos.

Pero el desarrollo de la historia, la marcha ascendente de la humanidad, no se detiene ni puede detenerse. Las fuerzas que impulsan a los pueblos —que son los verdaderos constructores de la historia—, determinadas por las condiciones materiales de su existencia y la aspiración a metas superiores de bienestar y libertad, que surgen cuando el progreso del hombre en el campo de la ciencia, de la técnica y de la cultura lo hacen posible, son superiores a la voluntad y al terror que desatan las oligarquías dominantes.

Las condiciones subjetivas de cada país —es decir, el factor conciencia, organización, dirección— pueden acelerar o retrasar la revolución según su mayor o menor grado de desarrollo; pero tarde o temprano, en cada época histórica, cuando las condiciones objetivas maduran, la conciencia se adquiere, la organización se logra, la dirección surge y la revolución se produce.

Que esta tenga lugar por cauces pacíficos o nazca al mundo después de un parto doloroso, no depende de los revolucionarios; depende de las

fuerzas reaccionarias de la vieja sociedad, que se resisten a dejar nacer la sociedad nueva que es engendrada por las contradicciones que lleva en su seno la vieja sociedad. La revolución es en la historia como el médico que asiste el nacimiento de una nueva vida. No usa sin necesidad los aparatos de fuerza, pero los usa sin vacilaciones cada vez que sea necesario para ayudar al parto; parto que trae a las masas esclavizadas y explotadas la esperanza de una vida mejor.

En muchos países de América Latina la revolución es hoy inevitable. Ese hecho no lo determina la voluntad de nadie; está determinado por las espantosas condiciones de explotación en que vive el hombre americano, el desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, la crisis mundial del imperialismo y el movimiento universal de lucha de los pueblos subyugados.

La inquietud que hoy se registra es síntoma inequívoco de rebelión. Se agitan las entrañas de un continente que ha sido testigo de cuatro siglos de explotación esclava, semiesclava y feudal del hombre, desde sus moradores aborígenes y los esclavos traídos de África, hasta los núcleos nacionales que surgieron después; blancos, negros, mulatos, mestizos e indios a los que hoy hermanan el desprecio, la humillación y el yugo yanqui, como hermana la esperanza de un mañana mejor.

Los pueblos de América se liberaron del coloniaje español a principios del siglo pasado, pero no se liberaron de la explotación. Los terratenientes feudales asumieron la autoridad de los gobernantes españoles, los indios continuaron en penosa servidumbre, el hombre latinoamericano en una u otra forma siguió esclavo y las mínimas esperanzas de los pueblos sucumbieron bajo el poder de las oligarquías y la coyunda del capital extranjero. Esta ha sido la verdad de América, con uno u otro matiz, con alguna que otra vertiente. Hoy América Latina yace bajo un imperialismo mucho más feroz, más poderoso y más despiadado que el imperio colonial español.

Y ante la realidad objetiva e históricamente inexorable de la revolución latinoamericana, ¿cuál es la actitud del imperialismo yanqui? Disponerse a librar una guerra colonial con los pueblos de América Latina; crear el aparato de fuerza, los pretextos políticos y los instrumentos seudolegales suscritos con los representantes de las oligarquías reaccionarias para reprimir a sangre y fuego la lucha de los pueblos latinoamericanos.

La intervención del gobierno de Estados Unidos en la política interna de los países de América Latina ha ido siendo cada vez más abierta y desenfrenada.

La Junta Interamericana de Defensa, por ejemplo, ha sido y es el nido donde se incuban los oficiales más reaccionarios y proyanquis de los ejércitos latinoamericanos, utilizados después como instrumentos golpistas al servicio de los monopolios.

Las misiones militares norteamericanas en América Latina constituyen un aparato de espionaje permanente en cada nación, vinculado estrechamente a la Agencia Central de Inteligencia, inculcando a los oficiales los sentimientos más reaccionarios y tratando de convertir los ejércitos en instrumentos de sus intereses políticos y económicos.

Actualmente, en la zona del Canal de Panamá, el alto mando norteamericano ha organizado cursos especiales de entrenamiento para oficiales latinoamericanos, de lucha contra guerrillas revolucionarias, dirigidos a reprimir la acción armada de las masas campesinas contra la explotación feudal a que están sometidas.

En los propios Estados Unidos la Agencia Central de Inteligencia ha organizado escuelas especiales para entrenar agentes latinoamericanos en las más sutiles formas de asesinato, y es política acordada por los servicios militares yanquis la liquidación física de los dirigentes antimperialistas.

Es notorio que las embajadas yanquis en distintos países de América Latina están organizando, instruyendo y equipando bandas fascistas para sembrar el terror y agredir las organizaciones obreras, estudiantiles e intelectuales. Esas bandas, donde reclutan a los hijos de la oligarquía, a lumpen y gente de la peor calaña moral, han perpetrado ya una serie de actos agresivos contra los movimientos de las masas.

Nada más evidente e inequívoco de los propósitos del imperialismo que su conducta en los recientes sucesos de Santo Domingo. Sin ningún tipo de justificación, sin mediar siquiera relaciones diplomáticas con esa República, Estados Unidos, después de situar sus barcos de guerra frente a la capital dominicana, declararon, con su habitual insolencia, que si el gobierno de Balaguer solicitaba ayuda militar, desembarcarían sus tropas en Santo Domingo contra la insurgencia del pueblo dominicano. Que el poder de Balaguer fuera absolutamente espurio, que cada pueblo soberano de América deba tener derecho a resolver sus problemas internos sin in-

tervención extranjera, que existan normas internacionales y una opinión mundial, que incluso existiera una OEA, no contaba para nada en las consideraciones de Estados Unidos. Lo que sí contaban eran sus designios de impedir la revolución dominicana, la reimplantación de los odiosos desembarcos de su infantería de marina; sin más base ni requisito para fundamentar ese nuevo concepto filibustero del derecho, que la simple solicitud de un gobernante tiránico, ilegítimo y en crisis. Lo que esto significa no debe escapar a los pueblos. En América Latina hay sobrados gobernantes de ese tipo, dispuestos a utilizar las tropas yanquis contra sus respectivos pueblos cuando se vean en crisis.

Esta política declarada del imperialismo norteamericano, de enviar soldados a combatir el movimiento revolucionario en cualquier país de América Latina, es decir, a matar obreros, estudiantes, campesinos, a hombres y mujeres latinoamericanos, no tiene otro objetivo que el de seguir manteniendo sus intereses monopolistas y los privilegios de la oligarquía traidora que los apoya.

Ahora se puede ver con toda claridad que los pactos militares suscritos por el gobierno de Estados Unidos con gobiernos latinoamericanos —pactos secretos muchas veces y siempre a espaldas de los pueblos— invocando hipotéticos peligros exteriores que nadie vio nunca por ninguna parte, tenían el único y exclusivo objetivo de prevenir la lucha de los pueblos; eran pactos contra los pueblos, contra el único peligro: el peligro interior del movimiento de liberación que pusiera en riesgo los intereses yanquis. No sin razón los pueblos se preguntaban: ¿Por qué tantos convenios militares? ¿Para qué los envíos de armas que, si técnicamente son inadecuadas para una guerra moderna, son en cambio eficaces para aplastar huelgas, reprimir manifestaciones populares y ensangrentar el país? ¿Para qué las misiones militares, el Pacto de Río de Janeiro y las mil y una conferencias internacionales?

Desde que culminó la Segunda Guerra Mundial, las naciones de América Latina se han ido depauperando cada vez más; sus exportaciones tienen cada vez menos valor; sus importaciones precios más altos; el ingreso per cápita disminuye; los pavorosos porcentajes de mortalidad infantil no decrecen; el número de analfabetos es superior; los pueblos carecen de trabajo, de tierras, de viviendas adecuadas, de escuelas, de hospitales, de vías de comunicación y de medios de vida. En cambio, las inversiones norteamericanas sobrepasan los $10 000 millones de dólares. América Latina es, además,

abastecedora de materias primas baratas y compradora de artículos elaborados caros. Como los primeros conquistadores españoles, que cambiaban a los indios espejos y baratijas por oro y plata, así comercia con América Latina Estados Unidos. Conservar ese torrente de riqueza, apoderarse cada vez más de los recursos de América y explotar a sus pueblos sufridos: he ahí lo que se ocultaba tras los pactos militares, las misiones castrenses y los cabildeos diplomáticos de Washington.

Esta política de paulatino estrangulamiento de la soberanía de las naciones latinoamericanas, y de manos libres para intervenir en sus asuntos internos, tuvo su punto culminante en la última reunión de cancilleres. En Punta del Este el imperialismo yanqui reunió a los cancilleres, para arrancarles mediante presión política y chantaje económico sin precedentes, con la complicidad de un grupo de los más desprestigiados gobernantes de este continente, la renuncia a la soberanía nacional de nuestros pueblos y la consagración del odiado derecho de intervención yanqui en los asuntos internos de América; el sometimiento de los pueblos a la voluntad omnímoda de Estados Unidos de Norteamérica, contra la cual lucharon todos los próceres, desde Bolívar hasta Sandino. Y no se ocultaron ni el gobierno de Estados Unidos, ni los representantes de las oligarquías explotadoras, ni la gran prensa reaccionaria vendida a los monopolios y a los señores feudales, para demandar abiertamente acuerdos que equivalen a la supresión formal del derecho de autodeterminación de nuestros pueblos, borrarlo de un plumazo, en la conjura más infame que recuerda la historia de este continente.

A puertas cerradas, entre conciliábulos repugnantes donde el ministro yanqui de colonias dedicó días enteros a vencer la resistencia y los escrúpulos de algunos cancilleres, poniendo en juego los millones de la tesorería yanqui en una indisimulada compraventa de votos, un puñado de representantes de las oligarquías de países que en conjunto apenas suman un tercio de la población del continente, impuso acuerdos que sirven en bandeja de plata al amo yanqui la cabeza de un principio que costó toda la sangre de nuestros pueblos desde las guerras de independencia. El carácter pírrico de tan tristes y fraudulentos logros del imperialismo, de su fracaso moral, la unanimidad rota y el escándalo universal, no disminuyen la gravedad que entraña para los pueblos de América Latina los acuerdos que impusieron a ese precio. En aquel cónclave inmoral, la voz titánica de Cuba se elevó sin debilidad ni miedo para acusar ante todos los pueblos de América y del mundo el

monstruoso atentado, y defender virilmente, y con dignidad que constará en los anales de la historia, no solo el derecho de Cuba, sino el derecho desamparado de todas las naciones hermanas del continente americano. La palabra de Cuba no podía tener eco en aquella mayoría amaestrada, pero tampoco podía tener respuesta; solo cabía el silencio impotente ante sus demoledores argumentos, ante la diafanidad y valentía de sus palabras. Pero Cuba no habló para los cancilleres, Cuba habló para los pueblos y para la historia, donde sus palabras tendrán eco y respuestas.

En Punta del Este se libró una gran batalla ideológica entre la Revolución Cubana y el imperialismo yanqui. ¿Qué representaba allí, por quién habló cada uno de ellos? Cuba representó los pueblos; Estados Unidos representó los monopolios. Cuba habló por las masas explotadas de América; Estados Unidos por los intereses oligárquicos explotadores e imperialistas. Cuba por la soberanía; Estados Unidos por la intervención. Cuba por la nacionalización de las empresas extranjeras; Estados Unidos por nuevas inversiones de capital foráneo. Cuba por la cultura; Estados Unidos por la ignorancia. Cuba por la reforma agraria; Estados Unidos por el latifundio. Cuba por la industrialización de América; Estados Unidos por el subdesarrollo. Cuba por el trabajo creador; Estados Unidos por el sabotaje y el terror contrarrevolucionario que practican sus agentes, la destrucción de cañaverales y fábricas, los bombardeos de sus aviones piratas contra el trabajo de un pueblo pacífico. Cuba por los alfabetizadores asesinados; Estados Unidos por los asesinos. Cuba por el pan; Estados Unidos por el hambre. Cuba por la igualdad; Estados Unidos por el privilegio, la discriminación. Cuba por la verdad; Estados Unidos por la mentira. Cuba por la liberación; Estados Unidos por la opresión. Cuba por el porvenir luminoso de la humanidad; Estados Unidos por el pasado sin esperanza. Cuba por los héroes que cayeron en Girón para salvar la patria del dominio extranjero; Estados Unidos por los mercenarios y traidores que sirven al extranjero contra su patria. Cuba por la paz entre los pueblos; Estados Unidos por la agresión y la guerra. Cuba por el socialismo; Estados Unidos por el capitalismo.

Los acuerdos obtenidos por Estados Unidos con métodos tan bochornosos que el mundo entero critica, no restan sino que acrecientan la moral y la razón de Cuba; demuestran el entreguismo y la traición de las oligarquías a los intereses nacionales y enseñan a los pueblos el camino de la liberación; revelan la podredumbre de las clases explotadoras, en cuyo

nombre hablaron sus representantes en Punta del Este. La OEA quedó desenmascarada como lo que es; un ministerio de colonias yanquis, una alianza militar, un aparato de represión contra el movimiento de liberación de los pueblos latinoamericanos.

Cuba ha vivido tres años de Revolución bajo incesante hostigamiento de intervención yanqui en nuestros asuntos internos. Aviones piratas, procedentes de Estados Unidos, lanzando materias inflamables, han quemado millones de arrobas de caña; actos de sabotaje internacional perpetrados por agentes yanquis, como la explosión del vapor *La Coubre*, han costado decenas de vidas cubanas; miles de armas norteamericanas de todo tipo han sido lanzadas en paracaídas por los servicios militares de Estados Unidos sobre nuestro territorio para promover la subversión; cientos de toneladas de materiales explosivos y máquinas infernales han sido desembarcados subrepticiamente en nuestras costas por lanchas norteamericanas para promover el sabotaje y el terrorismo; un obrero cubano fue torturado en la Base Naval de Guantánamo y privado de la vida sin proceso previo ni explicación posterior alguna; nuestra cuota azucarera fue suprimida abruptamente, y proclamado el embargo de piezas y materias primas para fábricas y maquinarias de construcción norteamericana para arruinar nuestra economía; barcos artillados y aviones de bombardeo, procedentes de bases preparadas por el gobierno de Estados Unidos, han atacado sorpresivamente puertos e instalaciones cubanas; tropas mercenarias, organizadas y entrenadas en países de América Central por el propio gobierno, han invadido en son de guerra nuestro territorio, escoltadas por barcos de la flota yanqui y con apoyo aéreo desde bases exteriores, provocando la pérdida de numerosas vidas y la destrucción de bienes materiales; contrarrevolucionarios cubanos son instruidos en el ejército de Estados Unidos y nuevos planes de agresión se realizan contra Cuba. Todo eso ha estado ocurriendo durante tres años incesantemente, a la vista de todo el continente, y la OEA no se entera. Los cancilleres se reúnen en Punta del Este, y no amonestan siquiera al gobierno de Estados Unidos ni a los gobiernos que son cómplices materiales de esas agresiones. Expulsan a Cuba, el país latinoamericano víctima, el país agredido.

Estados Unidos tiene pactos militares con países de todos los continentes; bloques militares con cuanto gobierno fascista, militarista y reaccionario hay en el mundo: la OTAN, la SEATO y la CENTO, a los cuales hay que agregar ahora la OEA; interviene en Lao, en Vietnam, en Corea, en Formosa,

en Berlín; envía abiertamente barcos a Santo Domingo para imponer su ley, su voluntad, y anuncia su propósito de usar sus aliados de la OTAN para bloquear el comercio con Cuba, y la OEA no se entera. Se reúnen los cancilleres y expulsan a Cuba, que no tiene pactos militares con ningún país. Así, el gobierno que organiza la subversión en todo el mundo y forja alianzas militares en cuatro continentes, hace expulsar a Cuba, acusándola nada menos que de subversión de vinculaciones extracontinentales.

Cuba, el país latinoamericano que ha convertido en dueños de las tierras a más de cien mil pequeños agricultores, asegurado empleo todo el año en granjas y cooperativas a todos los obreros agrícolas, transformado los cuarteles en escuelas, concedido sesenta mil becas a estudiantes universitarios, secundarios y tecnológicos, creado aulas para la totalidad de la población infantil, liquidado totalmente el analfabetismo, cuadruplicado los servicios médicos, nacionalizado las empresas monopolistas, suprimido el abusivo sistema que convertía la vivienda en un medio de explotación para el pueblo, eliminado virtualmente el desempleo, suprimido la discriminación por motivo de raza o sexo, barrido el juego, el vicio y la corrupción administrativa, armado al pueblo, hecho realidad viva el disfrute de los derechos humanos al librar al hombre y a la mujer de la explotación, la incultura y la desigualdad social; que se ha liberado de todo tutelaje extranjero, adquirido plena soberanía y establecido las bases para el desarrollo de su economía a fin de no ser más país monoproductor y exportador de materias primas, es expulsada de la Organización de Estados Americanos por gobiernos que no han logrado para sus pueblos ni una sola de estas reivindicaciones. ¿Cómo podrán justificar su conducta ante los pueblos de América y del mundo? ¿Cómo podrán negar que en su concepto la política de tierra, de pan, de trabajo, de salud, de libertad, de igualdad y de cultura, de desarrollo acelerado de la economía, de dignidad nacional, de plena autodeterminación y soberanía, es incompatible con el hemisferio?

Los pueblos piensan muy distinto. Los pueblos piensan que lo único incompatible con el destino de América Latina es la miseria, la explotación feudal, el analfabetismo, los salarios de hambre, el desempleo, la política de represión contra las masas obreras, campesinas y estudiantiles, la discriminación de la mujer, del negro, del indio, del mestizo, la opresión de las oligarquías, el saqueo de sus riquezas por los monopolios yanquis, la asfixia moral de sus intelectuales y artistas, la ruina de sus pequeños productores

por la competencia extranjera, el subdesarrollo económico, los pueblos sin caminos, sin hospitales, sin viviendas, sin escuelas, sin industrias, el sometimiento al imperialismo, la renuncia a la soberanía nacional y la traición a la patria.

¿Cómo podrán hacer entender su conducta, la actitud condenatoria para con Cuba, los imperialistas? ¿Con qué palabras les van a hablar y con qué sentimiento, a quienes han ignorado, aunque sí explotado, por tan largo tiempo?

Quienes estudian los problemas de América, suelen preguntar qué país, quiénes han enfocado con corrección la situación de los indigentes, de los pobres, de los indios, de los negros, de la infancia desvalida, esa inmensa infancia de 30 millones en 1950 —que será de 50 millones dentro de ocho años más. Sí, ¿quiénes, qué país?

Treinta y dos millones de indios vertebran —tanto como la misma Cordillera de los Andes— el continente americano entero. Claro que para quienes lo han considerado casi como una cosa, más que como una persona, esa humanidad no cuenta, no contaba y creían que nunca contaría. Como suponía, no obstante, una fuerza ciega de trabajo, debía ser utilizada, como se utiliza una yunta de bueyes o un tractor.

¿Cómo podrá creerse en ningún beneficio, en ninguna alianza para el progreso, con el imperialismo; bajo qué juramento, si bajo su santa protección, sus matanzas, sus persecuciones aun viven los indígenas del sur del continente, como los de la Patagonia, en toldos, como vivían sus antepasados a la venida de los descubridores, casi quinientos años atrás; donde los que fueron grandes razas que poblaron el norte argentino, Paraguay y Bolivia, como los guaraníes, que han sido diezmados ferozmente, como quien caza animales y a quienes se les han enterrado en los interiores de las selvas; donde a esa reserva autóctona, que pudo servir de base a una gran civilización americana —y cuya extinción se la apresura por instantes— y a la que se le ha empujado América adentro a través de los esteros paraguayos y los altiplanos bolivianos, tristes, rudimentarios, razas melancólicas, embrutecidas por el alcohol y los narcóticos, a los que se acogen para por lo menos sobrevivir en las infrahumanas condiciones (no solo de alimentación) en que viven; donde una cadena de manos se estira —casi inútilmente, todavía—, se viene estirando por siglos inútilmente, por sobre los lomos de la cordillera, sus faldas, a lo largo de los grandes ríos y por entre las

sombras de los bosques, para unir sus miserias con los demás que perecen lentamente, las tribus brasileñas y las del norte del continente y sus costas, hasta alcanzar a los cien mil motilones de Venezuela, en el más increíble atraso y salvajemente confinados en las selvas amazónicas o las sierras de Perijá, a los solitarios vapichanas que en las tierras calientes de las Guayanas esperan su final, ya casi perdidos definitivamente para la suerte de los humanos? Sí, a todos estos 32 millones de indios que se extienden desde la frontera con Estados Unidos hasta los confines del hemisferio del sur y 45 millones de mestizos, que en gran parte poco difieren de los indios; a todos estos indígenas, a este formidable caudal de trabajo, de derechos pisoteados, sí, ¿qué les puede ofrecer el imperialismo? ¿Cómo podrán creer estos ignorados en ningún beneficio que venga de tan sangrientas manos? Tribus enteras que aún viven desnudas; otras que se las suponen antropófagas; otras que, en el primer contacto con la civilización conquistadora, mueren como insectos; otras que se las destierra, es decir, se las echa de sus tierras, se las empuja hasta volcarlas en los bosques o en las montañas o en las profundidades de los llanos en donde no llega ni el menor átomo de cultura, de luz, de pan, ni de nada.

¿En qué «alianza» —como no sea en una para su más rápida muerte— van a creer estas razas indígenas apaleadas por siglos, muertas a tiros para ocupar sus tierras, muertas a palos por miles, por no trabajar más rápido en sus servicios de explotación, por el imperialismo?

¿Y al negro? ¿Qué «alianza» les puede brindar el sistema de los linchamientos y la preterición brutal del negro de Estados Unidos, a los 15 millones de negros y 14 millones de mulatos latinoamericanos que saben con horror y cólera que sus hermanos del norte no pueden montar en los mismos vehículos que sus compatriotas blancos, ni asistir a las mismas escuelas, ni siquiera morir en los mismos hospitales? ¿Cómo han de creer en este imperialismo, en sus beneficios, en sus «alianzas» (como no sea para lincharlos y explotarlos como esclavos) estos núcleos étnicos preteridos; esas masas, que no han podido gozar ni medianamente de ningún beneficio cultural, social o profesional; que aún en donde son mayorías, o forman millones, son maltratados por los imperialistas disfrazados de Ku-Klux-Klan; son arrojados a las barriadas más insalubres, a las casas colectivas menos confortables, hechas por ellos; empujados a los oficios más innobles, a los trabajos más duros y a las profesiones menos lucrativas, que no supongan contacto con las universidades, las altas academias o escuelas particulares?

¿Qué Alianza para el Progreso puede servir de estímulo a esos ciento siete millones de hombres y mujeres de nuestra América, médula del trabajo en ciudades y campos, cuya piel oscura —negra, mestiza, mulata, india— inspira desprecio a los nuevos colonizadores? ¿Cómo van a confiar en la supuesta alianza los que en Panamá han visto con mal contenida impotencia que hay un salario para el yanqui y otro salario para el panameño, que ellos consideran raza inferior?

¿Qué pueden esperar los obreros con sus jornales de hambre, los trabajos más rudos, las condiciones más miserables, la desnutrición, las enfermedades y todos los males que incuba la miseria?

¿Qué les puede decir, qué palabras, qué beneficios podrán ofrecerles los imperialistas a los mineros del cobre, del estaño, del hierro, del carbón, que dejan sus pulmones a beneficio de dueños lejanos e inclementes; a los padres e hijos de los maderales, de los cauchales, de los hierbales, de las plantaciones fruteras, de los ingenios de café y de azúcar, de los peones en las pampas y en los llanos que amasan con su salud y con sus vidas la fortuna de los explotadores?

¿Qué pueden esperar estas masas inmensas que producen las riquezas, que crean los valores, que ayudan a parir un nuevo mundo en todas partes; qué pueden esperar del imperialismo, esa boca insaciable, esa mano insaciable, sin otro horizonte inmediato que la miseria, el desamparo más absoluto, la muerte fría y sin historia al fin?

¿Qué puede esperar esta clase, que ha cambiado el curso de la historia en otras partes del mundo, que ha revolucionado al mundo, que es vanguardia de todos los humildes y explotados, qué puede esperar del imperialismo, su más irreconciliable enemigo?

¿Qué puede ofrecer el imperialismo, qué clase de beneficio, qué suerte de vida mejor y más justa, qué motivo, qué aliciente, qué interés para superarse, para lograr trascender sus sencillos y primarios escalones, a maestros, a profesores, a profesionales, a intelectuales, a los poetas y a los artistas; a los que cuidan celosamente las generaciones de niños y jóvenes para que el imperialismo se cebe luego en ellos; a quienes viven sueldos humillantes en la mayoría de los países; a los que sufren las limitaciones de su expresión política y social en casi todas partes; que no sobrepasan, en sus posibilidades económicas, más que la simple línea de sus precarios recursos y compensaciones, enterrados en una vida gris y sin horizontes que acaba en una jubilación que enton-

ces ya no cubre ni la mitad de los gastos? ¿Qué «beneficios» o «alianzas» podrá ofrecerles el imperialismo, que no sea las que redunden en su total provecho? Si les crea fuentes de ayuda a sus profesiones, a sus artes, a sus publicaciones, es siempre en el bien entendido de que sus producciones deberán reflejar sus intereses, sus objetivos, sus «nadas». Las novelas que traten de reflejar la realidad del mundo de sus aventuras rapaces; los poemas que quieran traducir protestas por su avasallamiento, por su injerencia en la vida, en la mente, en las vísceras de sus países y pueblos; las artes combativas que pretendan apresar en sus expresiones las formas y el contenido de su agresión y constante presión sobre todo lo que vive y alienta progresivamente; todo lo que es revolucionario, lo que enseña, lo que trata de guiar, lleno de luz y de conciencia, de claridad y de belleza, a los hombres y a los pueblos a mejores destinos, hacia más altas cumbres del pensamiento, de la vida y de la justicia, encuentra la reprobación más encarnizada del imperialismo; encuentra la valla, la condena, la persecución maccarthista. Sus prensas se les cierran; su nombre es borrado de las columnas y se le aplica la losa del silencio más atroz, que es, entonces —una contradicción más del imperialismo—, cuando el escritor, el poeta, el pintor, el escultor, el creador en cualquier material, el científico, empiezan a vivir de verdad, a vivir en la lengua del pueblo, en el corazón de millones de hombres del mundo. El imperialismo todo lo trastrueca, lo deforma, lo canaliza por sus vertientes, para su provecho, hacia la multiplicación de su dólar, comprando palabras, o cuadros, o mudez, o transformando en silencio la expresión de los revolucionarios, de los hombres progresistas, de los que luchan por el pueblo y sus problemas.

No podíamos olvidar en este triste cuadro la infancia desvalida, desatendida; la infancia sin porvenir de América.

América, que es un continente de natalidad elevada, tiene también una mortalidad elevada. La mortalidad de niños de menos de un año en once países ascendía hace pocos años a 125 por mil, y en otros 17, a 90 niños.

En 102 países del mundo, en cambio, esa tasa alcanza a 51. En América, pues, se mueren tristemente, desatendidamente, 74 niños de cada mil en el primer año de su nacimiento. Hay países latinoamericanos en los que esa tasa alcanza, en algunos lugares, a 300 por mil; miles y miles de niños hasta los siete años mueren en América de enfermedades increíbles: diarreas, pulmonías, desnutrición, hambre; miles y miles de otras enfermedades sin

atención en los hospitales, sin medicinas; miles y miles ambulan, heridos de cretinismo endémico, paludismo, tracoma y otros males producidos por las contaminaciones, la falta de agua y otras necesidades.

Males de esta naturaleza son una cadena en los países americanos en donde agonizan millares y millares de niños, hijos de parias, hijos de pobres y de pequeñoburgueses con vida dura y precarios medios. Los datos, que serán redundantes, son de escalofrío. Cualquier publicación oficial de los organismos internacionales los reúne por cientos.

En los aspectos educacionales, indigna pensar el nivel de incultura que padece esta América. Mientras que Estados Unidos logra un nivel de ocho y nueve años de escolaridad en la población de 19 años de edad en adelante, América Latina, saqueada y esquilmada por ellos, tiene menos de un año escolar aprobado como nivel, en esas mismas edades. E indigna más aún cuando sabemos que de los niños entre 5 y 14 años solamente están matriculados en algunos países un 20%, y en los de más alto nivel el 60%. Es decir que más de la mitad de la infancia de América Latina no concurre a la escuela. Pero el dolor sigue creciendo cuando comprobamos que la matrícula de los tres primeros grados comprenden más del 80% de los matriculados; y que en el grado sexto, la matrícula fluctúa apenas entre seis y 22 alumnos de cada cien que comenzaron en el primero. Hasta en los países que creen haber atendido a su infancia, ese porcentaje de pérdida escolar entre el primero y el sexto grados es del 73% como promedio. En Cuba, antes de la Revolución, era del 74%. En la Colombia de la «democracia representativa» es del 78%. Y si se fija la vista en el campo solo el 1% de los niños llega, en el mejor de los casos, al quinto grado de enseñanza.

Cuando se investiga este desastre de ausentismo escolar, una causa es la que lo explica: la economía de miseria, falta de escuelas, falta de maestros, falta de recursos familiares, trabajo infantil. En definitiva, el imperialismo y su obra de opresión y retraso.

El resumen de esta pesadilla que ha vivido América, de un extremo a otro, es que en este continente de casi doscientos millones de seres humanos, formado en sus dos terceras partes por los indios, los mestizos y los negros, por los «discriminados», en este continente de semicolonias, mueren de hambre, de enfermedades curables o vejez prematura, alrededor de cuatro personas por minuto, de 5 500 al día, de dos millones por año, de diez millones cada cinco años. Esas muertes podrían ser evitadas fá-

cilmente, pero, sin embargo, se producen. Las dos terceras partes de la población latinoamericana vive poco y vive bajo la permanente amenaza de muerte. Holocausto de vidas que en 15 años ha ocasionado dos veces más muertes que la guerra de 1914, y continúa. Mientras tanto, de América Latina fluye hacia Estados Unidos un torrente continuo de dinero: unos cuatro mil dólares por minuto, cinco millones por día, dos mil millones por año, diez mil millones cada cinco años. Por cada mil dólares que se nos van, nos queda un muerto. ¡Mil dólares por muerto: ese es el precio de lo que se llama imperialismo! ¡Mil dólares por muerto, cuatro veces por minuto!

Mas a pesar de esta realidad americana, ¿para qué se reunieron en Punta del Este? ¿Acaso para llevar una sola gota de alivio a estos males? ¡No!

Los pueblos saben que en Punta del Este, los cancilleres que expulsaron a Cuba se reunieron para renunciar a la soberanía nacional; que allí el gobierno de Estados Unidos fue a sentar las bases no solo para la agresión a Cuba, sino para intervenir en cualquier país de América contra el movimiento liberador de los pueblos; que Estados Unidos prepara a la América Latina un drama sangriento; que las oligarquías explotadoras, lo mismo que ahora renuncian al principio de la soberanía, no vacilarán en solicitar la intervención de las tropas yanquis contra sus propios pueblos, y que con ese fin la delegación norteamericana propuso un comité de vigilancia contra la subversión en la Junta Interamericana de Defensa, con facultades ejecutivas, y la adopción de medidas colectivas. Subversión para los imperialistas yanquis es la lucha de los pueblos hambrientos por el pan, la lucha de los pueblos contra la explotación imperialista. Comité de vigilancia en la Junta Interamericana de Defensa con facultades ejecutivas, significa fuerza de represión continental contra los pueblos a las órdenes del Pentágono. Medidas colectivas significan desembarcos de infantes de marina yanquis en cualquier país de América.

Frente a la acusación de que Cuba quiere exportar su Revolución, respondemos: las revoluciones no se exportan, las hacen los pueblos. Lo que Cuba puede dar a los pueblos, y ha dado ya, es su ejemplo.

¿Y qué enseña la Revolución Cubana? Que la revolución es posible, que los pueblos pueden hacerla , que en el mundo contemporáneo no hay fuerzas capaces de impedir el movimiento de liberación de los pueblos.

Nuestro triunfo no habría sido jamás factible si la revolución misma no hubiese estado inexorablemente destinada a surgir de las condiciones exis-

tentes en nuestra realidad económico-social, realidad que existe en grado mayor aún en un buen número de países de América Latina.

Ocurre inevitablemente que en las naciones donde es más fuerte el control de los monopolios yanquis, más despiadada la explotación de la oligarquía y más insoportable la situación de las masas obreras y campesinas, el poder político se muestra más férreo, los estados de sitio se vuelven habituales, se reprime por la fuerza toda manifestación de descontento de las masas, y el cauce democrático se cierra por completo, revelándose con más evidencia que nunca el carácter de brutal dictadura que asume el poder de las clases dominantes. Es entonces cuando se hace inevitable el estallido revolucionario de los pueblos.

Y si bien es cierto que en los países subdesarrollados de América la clase obrera es en general relativamente pequeña, hay una clase social que, por las condiciones subhumanas en que vive, constituye una fuerza potencial que, dirigida por los obreros y los intelectuales revolucionarios, tiene una importancia decisiva en la lucha por la liberación nacional: los campesinos.

En nuestros países se juntan las circunstancias de una industria subdesarrollada con un régimen agrario de carácter feudal. Es por eso que con todo lo dura que son las condiciones de vida de los obreros urbanos, la población rural vive aún en más horribles condiciones de opresión y explotación; pero es también, salvo excepciones, el sector absolutamente mayoritario en proporciones que a veces sobrepasa el 70% de las poblaciones latinoamericanas.

Descontando los terratenientes, que muchas veces residen en las ciudades, el resto de esa gran masa libra su sustento trabajando como peones en las haciendas por salarios misérrimos, o labran la tierra en condiciones de explotación que nada tienen que envidiar a la Edad Media. Estas circunstancias son las que determinan que en América Latina la población pobre del campo constituya una tremenda fuerza revolucionaria potencial.

Los ejércitos, estructurados y equipados para la guerra convencional, que son la fuerza en que se sustenta el poder de las clases explotadoras, cuando tiene que enfrentarse a la lucha irregular de los campesinos en el escenario natural de estos, resultan absolutamente impotentes; pierden diez hombres por cada combatiente revolucionario que cae, y la desmoralización cunde rápidamente en ellos al tener que enfrentarse a un enemigo visible e invencible que no lo le ofrece ocasión de lucir sus tácticas de academia y sus



Raúl Castro, Juan Almeida y Fidel Castro saliendo de la prisión el 15 de mayo de 1955. Detrás de ellos se ve Armando Mestre. Puesto en prisión tras el ataque al Cuartel Moncada el 26 de julio de 1953, Fidel Castro es liberado en 1955, como resultado de una campaña popular por la amnistía.

Enero de 1959, La Habana. Fidel Castro y Camilo Cienfuegos jugando beisbol para el equipo de los «Barbudos».

Fidel Castro en los años 60.



Fidel Castro y Che Guevara, enero de 1959.



Fidel Castro en Playa Girón, abril de 1961.



Fidel Castro haciendo trabajo voluntario.





Daniel Ortega de Nicaragua, Maurice Bishop de Granada y Fidel Castro, 1º de mayo de 1980 en La Habana.

Nelson Mandela y Fidel Castro, 26 de julio de 1991, Cuba.



Hugo Chávez y Fidel Castro.





Raúl Castro y Fidel Castro.





fanfarrias de guerra, de las que tanto alarde hacen para reprimir a los obreros y a los estudiantes en las ciudades.

La lucha inicial de reducidos núcleos combatientes, se nutre incesantemente de nuevas fuerzas, el movimiento de masas comienza a desatarse, el viejo orden se resquebraja poco a poco en mil pedazos, y es entonces el momento en que la clase obrera y las masas urbanas deciden la batalla.

¿Qué es lo que desde el comienzo mismo de la lucha de esos primeros núcleos los hace invencibles, independientemente del número, el poder y los recursos de sus enemigos? El apoyo del pueblo. Y con ese apoyo de las masas contarán en grado cada vez mayor.

Pero el campesinado es una clase que, por el estado de incultura en que lo mantienen y el aislamiento en que vive, necesita la dirección revolucionaria y política de la clase obrera y los intelectuales revolucionarios, sin la cual no podría por sí sola lanzarse a la lucha y conquistar la victoria.

En las actuales condiciones históricas de América Latina, la burguesía nacional no puede encabezar la lucha antifeudal y antimperialista. La experiencia demuestra que, en nuestras naciones, esa clase, aun cuando sus intereses son contradictorios con los del imperialismo yanqui, ha sido incapaz de enfrentarse a este, paralizada por el miedo a la revolución social y asustada por el clamor de las masas explotadas. Situadas ante el dilema imperialismo o revolución, solo sus capas más progresistas estarán con el pueblo.

La actual correlación mundial de fuerzas, y el movimiento universal de liberación de los pueblos coloniales y dependientes, señalan a la clase obrera y a los intelectuales revolucionarios de América Latina su verdadero papel, que es el de situarse resueltamente a la vanguardia de la lucha contra el imperialismo y el feudalismo.

El imperialismo, utilizando los grandes monopolios cinematográficos, sus agencias cablegráficas, sus revistas, libros y periódicos reaccionarios, acude a las mentiras más sutiles para sembrar el divisionismo, e inculcar entre la gente más ignorante el miedo y la superstición a las ideas revolucionarias, que solo a los intereses de los poderosos explotadores y a sus seculares privilegios pueden y deben asustar.

El divisionismo —producto de toda clase de prejuicios, ideas falsas y mentiras—, el sectarismo, el dogmatismo, la falta de amplitud para analizar el papel que corresponde a cada capa social, a sus partidos, organizaciones

y dirigentes, dificultan la unidad de acción imprescindible entre las fuerzas democráticas y progresistas de nuestros pueblos. Son vicios de crecimiento, enfermedades de la infancia del movimiento revolucionario que deben quedar atrás. En la lucha antimperialista y antifeudal es posible vertebrar la inmensa mayoría del pueblo tras metas de liberación que unan el esfuerzo de la clase obrera, los campesinos, los trabajadores intelectuales, la pequeña burguesía y las capas más progresistas de la burguesía nacional. Estos sectores comprenden la inmensa mayoría de la población, y aglutinan grandes fuerzas sociales capaces de barrer el dominio imperialista y la reacción feudal. En ese amplio movimiento pueden y deben luchar juntos, por el bien de sus naciones, por el bien de sus pueblos y por el bien de América, desde el viejo militante marxista, hasta el católico sincero que no tenga nada que ver con los monopolios yanquis y los señores feudales de la tierra.

Ese movimiento podría arrastrar consigo a los elementos progresistas de las fuerzas armadas, humillados también por las misiones militares yanquis, la traición a los intereses nacionales de las oligarquías feudales y la inmolación de la soberanía nacional a los dictados de Washington.

Allí donde están cerrados los caminos de los pueblos, donde la represión de los obreros y campesinos es feroz, donde es más fuerte el dominio de los monopolios yanquis, lo primero y más importantes es comprender que no es justo ni es correcto entretener a los pueblos con la vana y acomodaticia ilusión de arrancar, por vías legales que no existen ni existirán, a las clases dominantes, atrincheradas en todas las posiciones del Estado, monopolizadoras de la instrucción, dueñas de todos los vehículos de divulgación y poseedoras de infinitos recursos financieros, un poder que los monopolios y las oligarquías defenderán a sangre y fuego con la fuerza de sus policías y de sus ejércitos.

El deber de todo revolucionario es hacer la revolución. Se sabe que en América y en el mundo la revolución vencerá, pero no es de revolucionarios sentarse en la puerta de su casa para ver pasar el cadáver del imperialismo. El papel de Job no cuadra con el de un revolucionario. Cada año que se acelere la liberación de América, significará millones de niños que se salven para la vida, millones de inteligencias que se salven para la cultura, infinitos caudales de dolor que se ahorrarían los pueblos. Aun cuando los imperialistas yanquis preparen para América un drama de sangre, no lograrán aplastar la lucha de los pueblos, concitarán contra ellos el odio

universal, y será también el drama que marque el ocaso de su voraz y cavernícola sistema.

Ningún pueblo de América Latina es débil, porque forma parte de una familia de doscientos millones de hermanos que padecen las mismas miserias, albergan los mismos sentimientos, tienen el mismo enemigo, sueñan todos un mismo mejor destino, y cuentan con la solidaridad de todos los hombres y mujeres honrados del mundo entero.

Con lo grande que fue la epopeya de la independencia de América Latina, con lo heroica que fue aquella lucha, a la generación de latinoamericanos de hoy les ha tocado una epopeya mayor y más decisiva todavía para la humanidad. Porque aquella lucha fue para librarse del poder colonial español, de una España decadente, invadida por los ejércitos de Napoleón. Hoy les toca la lucha de liberación frente a la metrópoli imperial más poderosa del mundo, frente a la fuerza más importante del sistema imperialista mundial, y para prestarle a la humanidad un servicio todavía más grande del que le prestaron nuestros antepasados.

Pero esta lucha, más que aquella, la harán las masas, la harán los pueblos; los pueblos van a jugar un papel mucho más importante que entonces; los hombres, los dirigentes, importan e importarán en esta lucha menos de lo que importaron en aquella.

Esta epopeya que tenemos delante la van a escribir las masas hambrientas de indios, de campesinos sin tierra, de obreros explotados; la van a escribir las masas progresistas, los intelectuales honestos y brillantes que tanto abundan en nuestras sufridas tierras de América Latina. Lucha de masas y de ideas; epopeya que llevarán adelante nuestros pueblos maltratados y despreciados por el imperialismo, nuestros pueblos desconocidos hasta hoy, que ya empiezan a quitarle el sueño. Nos consideraba rebaño impotente y sumiso, y ya se empieza a asustar de ese rebaño; rebaño gigante de 200 millones de latinoamericanos en los que advierte ya a sus sepultureros el capital monopolista yanqui.

Con esta humanidad trabajadora, con estos explotados infrahumanos, paupérrimos, manejados por los métodos de fuete y mayoral, no se ha contado o se ha contado poco. Desde los albores de la independencia sus destinos han sido los mismos: indios, gauchos, mestizos, zambos, cuarterones, blancos sin bienes ni rentas, toda esa masa humana que se formó en las filas de la «patria» que nunca disfrutó, que cayó por millones, que fue

despedazada, que ganó la independencia de su metrópoli para la burguesía; esa, que fue desterrada de los repartos, siguió ocupando el último escalafón de los beneficios sociales, siguió muriendo de hambre, de enfermedades curables, de desatención, porque para ella nunca alcanzaron los bienes salvadores: el simple pan, la cama de un hospital, la medicina que salva, la mano que ayuda.

Pero la hora de su reivindicación, la hora que ella misma se ha elegido, la vienen señalando con precisión ahora también de un extremo a otro del continente. Ahora, esta masa anónima, esta América de color, sombría, taciturna, que canta en todo el continente con una misma tristeza y desengaño, ahora esta masa es la que empieza a entrar definitivamente en su propia historia, la empieza a escribir con su sangre, la empieza a sufrir y a morir. Porque ahora, por los campos y las montañas de América, por las faldas de sus sierras, por sus llanuras y sus selvas, entre la soledad, o en el tráfico de las ciudades, o en las costas de los grandes océanos y ríos, se empieza a estremecer este mundo lleno de razones, con los puños calientes de deseos de morir por lo suyo, de conquistar sus derechos casi 500 años burlados por unos y por otros. Ahora, sí, la historia tendrá que contar con los pobres de América, con los explotados y vilipendiados de América Latina, que han decidido empezar a escribir ellos mismos, para siempre, su historia. Ya se les ve por los caminos, un día y otro, a pie, en marchas sin término, de cientos de kilómetros, para llegar hasta los «olimpos» gobernantes a recabar sus derechos. Ya se les ve, armados de piedras, de palos, de machetes, de un lado y otro, cada día, ocupando las tierras, fincando sus garfios en la tierra que les pertenece y defendiéndola con su vida; se les ve llevando sus cartelones, sus banderas, sus consignas, haciéndolas correr en el viento por entre las montañas o a lo largo de los llanos. Y esa ola de estremecido rencor, de justicia reclamada, de derecho pisoteado que se empieza a levantar por entre las tierras de Latinoamérica, esa ola ya no parará más. Esa ola irá creciendo cada día que pase, porque esa ola la forman los más, los mayoritarios en todos los aspectos, los que acumulan con su trabajo las riquezas, crean los valores, hacen andar las ruedas de la historia, y que ahora despiertan del largo sueño embrutecedor a que los sometieron.

Porque esta gran humanidad ha dicho «¡Basta!» y ha echado a andar. Y su marcha de gigantes ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera in-

dependencia, por la que ya han muerto más de una vez inútilmente. ¡Ahora, en todo caso, los que mueran, morirán como los de Cuba, los de Playa Girón, morirán por su única, verdadera, irrenunciable independencia!

¡Patria o Muerte!
¡Venceremos!
El pueblo de Cuba
La Habana, Cuba, Territorio Libre de América.

La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba resuelve que esta Declaración sea conocida como «Segunda Declaración de La Habana», trasladada a los principales idiomas y distribuida en todo el mundo. Acuerda asimismo solicitar de todos los amigos de la Revolución Cubana en América Latina que sea difundida ampliamente entre las masas obreras, campesinas, estudiantiles e intelectuales de los pueblos hermanos de este continente.

Se somete a la aprobación del pueblo esta Declaración y se solicita que todos los ciudadanos que estén de acuerdo levanten la mano.

(La multitud levanta las manos con una ovación prolongada y cantan el himno nacional cubano y la internacional).

Queda aprobada por el pueblo de Cuba la «Segunda Declaración de La Habana», y se da por terminada esta asamblea.

¡Patria o Muerte!
¡Venceremos!
4 de febrero de 1962

7. LA CRISIS DE OCTUBRE

Después que un avión espía estadounidense fotografió misiles soviéticos en Cuba, el 22 de octubre de 1962, el presidente Kennedy impuso un bloqueo naval a la Isla. La crisis alcanzó su punto máximo el 26 de octubre, cuando parecía inminente un ataque aéreo de los Estados Unidos contra la Isla. Sin contar con Cuba, se realiza un acuerdo secreto entre los Estados Unidos y el gobierno soviético, en el cual Washington se comprometió a no atacar o invadir la Isla, si eran retirados los misiles.

LOS CINCO PUNTOS DE LA DIGNIDAD, 28 DE OCTUBRE DE 1962

La Crisis de los Misiles o Crisis de Octubre, colocó al mundo al borde de una catástrofe nuclear. Fidel Castro comparece en la televisión cubana el 28 de octubre, y precisa lo que él llamó «Los cinco puntos de la dignidad».

PRIMERO. Cese del bloqueo económico y de todas las medidas de presión comercial y económicas que ejercen los Estados Unidos en todas las partes del mundo contra Cuba.

SEGUNDO. Cese de todas las actividades subversivas, lanzamientos y desembarcos de armas y explosivos por aire y mar, organización de invasiones mercenarias, infiltración de espías y sabotajes, acciones todas que se llevan a cabo desde el territorio Estados Unidos y de algunos países cómplices.

TERCERO. Cese de los ataques piratas que se llevan a cabo desde bases existentes en Estados Unidos y en Puerto Rico.

CUARTO. Cese de todas las violaciones del espacio aéreo y naval por aviones y navíos de guerra norteamericanos.

QUINTO. Retirada de la Base Naval de Guantánamo y devolución del territorio cubano ocupado por Estados Unidos.

SOBRE LA CRISIS DE LOS MISILES, 1RO. DE NOVIEMBRE DE 1962

Cuando la crisis pasó, el 1ro. de noviembre, Fidel Castro repasó la trascendencia de los acontecimientos recientes.

Nosotros no somos obstáculos a una solución de paz, a una verdadera solución de paz. Nosotros no somos un pueblo guerrero ni un pueblo belicista. Somos un pueblo pacífico, pero ser pacífico no quiere decir dejarse atropellar, ni mucho menos, porque cuando el atropello viene somos todo lo guerrero que necesitamos ser para defendernos. ¡Y los hechos lo han demostrado!

Nosotros no seremos obstáculo nunca a una verdadera solución de paz. Y condiciones indispensables para una verdadera solución de paz son las garantías de los cinco puntos establecidos por el gobierno de Cuba.

Queremos empiece Estados Unidos dando prueba de su buena fe, no con una promesa. ¡Hechos y no palabras! Un hecho realmente convincente sería que Estados Unidos nos devolviera el territorio que ocupa en la Base Naval de Guantánamo. Ese sería un hecho mucho más convincente que cualquier palabra, que cualquier promesa de los Estados Unidos.

¿No se accede a esas garantías que pide Cuba? Entonces no habrá ninguna verdadera solución de paz, y tendremos que seguir viviendo todos en medio de esta tensión en que hemos vivido hasta ahora. Nosotros queremos soluciones de paz, pero soluciones con dignidad. Además, sin dignidad no habría paz, porque a los pueblos que no tienen dignidad no los respetan.

Nosotros tenemos derecho a la paz. A una paz o a otra. A la paz esta —que no es paz ni guerra—, sencillamente porque hemos sabido resistir, porque hemos sabido tener dignidad. Tenemos derecho a una paz, a una

verdadera solución de paz, y más temprano o más tarde la obtendremos porque nos hemos ganado ese derecho por el espíritu de nuestro pueblo, por su resistencia, por su dignidad. [...]

¡Qué se nos deje trabajar en paz! Más que las armas, preferimos emplear los instrumentos de trabajo. No queremos matar y destruir, sino crear. A nuestro pueblo no lo dejan crear, y constantemente lo obligan a movilizarse, a ponerse en pie de guerra, a defenderse, a prepararse. Porque lo obligan, no porque nosotros deseemos esa política. Es una política impuesta por los agresores contra nuestro país. Y lo que quiere nuestro país es trabajar, lo que quiere es desarrollar sus recursos, desarrollar su pueblo, llevar adelante su trabajo pacífico. [...]

No aceptamos cualquier formulita. Aceptamos cualquier fórmula de paz verdaderamente digna. Y creo que con eso ganaríamos no solo nosotros. Ganarían todos. Ganaría la América. Ganaría el mundo.

Ganarían los Estados Unidos. Es decir: los mismos culpables de toda esta situación ganarían también con una solución de paz digna para nuestro país. [...]

Hay que decir que en el curso de esta crisis, durante el desarrollo de la crisis, surgieron algunas discrepancias entre el gobierno soviético y el gobierno cubano. Pero quiero decirles una cosa a todos los cubanos: no es aquí donde debemos discutir esos problemas; no es aquí, donde pudiera ser útil a nuestros enemigos, que obtendrán provecho de las discusiones.

Nosotros tenemos que discutir eso con los soviéticos, a nivel de Gobierno y a nivel de Partido, tenemos que sentarnos a discutir con ellos todo lo que sea necesario, a la luz de la razón y a la luz de los principios. ¡Porque hay que decir que por encima de todo somos marxista-leninistas!

¡Y somos amigos de la Unión Soviética! ¡Entre la Unión Soviética y Cuba no habrá brechas!

Queremos decir otra cosa: que tenemos confianza en la política de principios de la Unión Soviética, y tenemos confianza en la dirección de la Unión Soviética, es decir, en el Gobierno y en el Partido dirigente de la Unión Soviética.

Si mis compatriotas me piden en este momento una opinión, ¿qué decirles, qué consejo debo darles? En medio de situaciones confusas, de cosas que no se han entendido bien o no se entienden bien, ¿qué hacer? Yo diría que lo

que hay que hacer es tener confianza, que lo que hay que hacer es tener conciencia de que estos problemas internacionales son sumamente complejos, sumamente delicados, y que nuestro pueblo, que ha dado muestras de una gran madurez, de una extraordinaria madurez, la demuestre ahora. [...]

Y, sobre todo, hay cosas que quiero decir con absoluta sinceridad en estos momentos en que puede haberse producido cierto disgusto, con motivo de esos malos entendidos o discrepancias: es bueno recordar, sobre todo, lo que ha hecho la Unión Soviética por nosotros. Es bueno recordar, sobre todo, lo que ha hecho por nosotros en cada uno de los momentos difíciles que hemos tenido, frente a cada zarpazo yanqui: la agresión económica, la supresión de la cuota azucarera, la supresión de los envíos de petróleo a nuestro país. Frente a cada una de las agresiones —una por una—, las agresiones que nosotros hemos recibido, cómo ha estado la mano amiga de la Unión Soviética junto a nosotros. Nosotros somos agradecidos, y eso debemos decirlo aquí, en voz alta. [...]

Las armas fundamentales de nuestras fuerzas son armas que nos ha enviado la Unión Soviética, y que no nos ha cobrado la Unión Soviética.

Debo decir que hace varios meses la Unión Soviética decidió cancelar toda deuda de nuestro país por motivo de armamentos.

Hay algunas de estas cuestiones que son de índole militar, que es necesario tratar con sumo cuidado. De todas maneras, voy a explicar, por ejemplo, algo: las armas estratégicas para nuestra defensa no eran propiedad de Cuba. No es el caso de los tanques y de toda una serie de armas que sí son propiedad nuestra. Las armas estratégicas no eran propiedad nuestra.

En los acuerdos en virtud de los cuales fueron enviadas a nuestro país para fortalecer nuestras defensas, frente a las amenazas de ataque, se convino que esas armas estratégicas, que son muy complejas y que requieren de un personal muy especializado, continuaran bajo la dirección de personal soviético y continuasen siendo propiedad del Estado soviético. Por eso, cuando el gobierno soviético decidió retirar esas armas, que son suyas, nosotros respetamos esa decisión. Explico esto para que se comprenda por qué la retirada fue decidida por el gobierno soviético. [...]

No se piense que la retirada de las armas estratégicas nos desarma. Esto no quiere decir que nos hallamos desarmados. Puedo asegurarles que contamos con formidables y poderosísimos medios de defensa, con extraordi-

narios recursos para defendernos. Se marchan las armas estratégicas, todas las demás armas permanecen en nuestro país. Y son poderosísimos medios de defensa, con los cuales podemos hacer frente a cualquier situación. No hay que confundirse. Las confusiones irán pasando poco a poco. Hay una cuestión que quiero recalcar hoy, una apreciación que quiero manifestar, y es en lo que se refiere al pueblo, a la conducta que ha tenido el pueblo en estos días. Debo decir que la actitud del pueblo, en cuanto a decisión, valor y disciplina, ha superado todo lo que los más optimistas pudieran haberse imaginado nunca. [...]

¡Un pueblo así es un pueblo invencible! Un pueblo así, que de tal manera y tan serenamente, tan admirablemente afronta situaciones tan difíciles, es un pueblo que tiene derecho a conquistar lo que anhela, que es la paz, el respeto, la dignidad y el prestigio.

Poseemos proyectiles morales de largo alcance que no se pueden desmantelar ¡y no serán desmantelados jamás!

Esa es nuestra más poderosa arma estratégica, de defensa estratégica, de ofensiva estratégica. Por eso quiero hacer aquí, dejar constancia, hoy más que nunca, de nuestra admiración hacia nuestro pueblo. Todos los revolucionarios debemos sentirnos doblemente obligados, a partir de esta experiencia, a luchar por nuestro pueblo, a trabajar incansablemente por nuestro pueblo. Y desde lo más hondo de mi corazón, para terminar, quiero decir: ¡que hoy, más que nunca, me siento orgulloso de ser hijo de este pueblo!

8. LA FORMACIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA DE CUBA Y LA CARTA DE DESPEDIDA DEL CHE

TEATRO CHAPLIN, LA HABANA, 3 DE OCTUBRE DE 1965

En la ceremonia de clausura de la reunión de fundación del Partido Comunista de Cuba, donde fueran presentados los miembros del Comité Central, Fidel Castro habló del conflicto migratorio con los Estados Unidos y la ruptura chino-soviética. En esta ocasión, Fidel dio lectura a la carta de despedida que el Che Guevara escribiera antes de salir de Cuba, con una brigada cubana, para apoyar los movimientos de liberación en África.

Señores invitados; Compañeros del Comité Central;
Compañeros de los comités provinciales, regionales y seccionales;
Compañeros secretarios de los núcleos de nuestro Partido:

Me veo obligado a comenzar por un tema que no tiene relación directa con el motivo que aquí nos reúne, pero que sí, por ser una cuestión de actualidad y de interés político, no debo dejar de referirme a él.

Es el resultado del planteamiento hecho el 28 de septiembre en relación con un hecho que venía sucediendo hacía tres años, y que era de una manera pérfida utilizado por el enemigo para hacer campaña contra nuestra Revolución, el caso de los individuos que cuando fueron suspendidos los vuelos entre Cuba y Miami se quedaron con un pie aquí y el otro allá. [...]

Y voy a leer las noticias que traen esos cables.

Esencialmente dice:

> El presidente Johnson —este es un cable de la AP— anunció hoy que procurará un entendimiento diplomático con Cuba para que puedan asilarse en Estados Unidos cubanos que quieran salir de su patria.

Esto de entendimiento diplomático quiere decir un acuerdo por vía diplomática con relación a este problema.

Dice:

> He pedido al Departamento de Estado que busque por conducto de la Embajada de Suiza, encargada de los asuntos de Estados Unidos, la venia del gobierno de Cuba en una solicitud al presidente de la comisión de la Cruz Roja Internacional.

Dice igualmente:

> He dado instrucciones a los ministerios de Estado, Justicia, Salud, Educación y Asistencia Social, para que hagan los arreglos necesarios para quienes en Cuba buscan la libertad puedan entrar ordenadamente a Estados Unidos.

Y en otro cable, con más noticias, añade, que además declaró el señor Johnson:

> Una vez más esto revela un sello de fracaso sobre un régimen cuando muchos de sus ciudadanos eligen voluntariamente abandonar la tierra en que nacieron hacia un hogar de esperanza. El futuro alberga poca esperanza para cualquier gobierno cuando el presente no permite esperanzas para su pueblo.

Dijo que: «los refugiados serán bienvenidos con el pensamiento de que otro día puedan regresar a su patria para encontrarla limpia del terror y libre del miedo».

[…] Desde el principio de la Revolución se tuvo sobre este particular una sola política; desde el principio de la Revolución hasta la Crisis de Octubre, estuvieron saliendo incesantemente de este país todos aquellos que lo deseaban y que habían recibido permiso de Estados Unidos.

Y cuando a raíz de la Crisis de Octubre ellos paralizaron los vuelos a Cuba, no hubo un cambio en la política del Gobierno Revolucionario, por-

que por las demás vías —es decir, por la vía de España y la vía de México— continuaban saliendo cerca de 300 personas mensuales, es decir, más de 3 000 personas al año. No ha habido el menor cambio en la política sobre los que deseen marcharse en el país, lo que hemos hecho es desenmascarar la mala fe y la hipocresía del imperialismo yanqui, único responsable de que las vías para salir normalmente se hubiesen paralizado, a fin de promover cierto tipo de salidas clandestinas y arriesgadas, con el único propósito de hacer propaganda.

El señor Johnson posiblemente ignore que en Estados Unidos cuando tuvo lugar la lucha por lo independencia para librarse del coloniaje inglés, miles y miles de norteamericanos abandonaron el país después de la independencia, y se marcharon al Canadá.

Y en todas las revoluciones, bien sea la Revolución Francesa, o la Revolución Rusa, o la Revolución Cubana, ese fenómeno de la marcha o de la emigración de las clases privilegiadas es un hecho absolutamente histórico. Mas si la marcha de un país, si la marcha de los hombres y mujeres que nacen en un país hacia otro país pudiera ser un índice de las características de un régimen social, el mejor ejemplo es el caso de Puerto Rico, isla de la cual se apoderó el imperialismo yanqui, y que ha mantenido bajo un régimen de explotación colonial, a consecuencia de lo cual más de un millón de los hombres y mujeres nacidos en ese país se han visto en la necesidad de emigrar hacia Estados Unidos. ¡Y el señor Johnson se olvidó de Puerto Rico y del millón de portorriqueños que viven en Nueva York en las más duras condiciones de vida, en los barrios más pobres, y realizando los trabajos más humillantes!

Desde luego que esto de hablar de la Cruz Roja es un truquito del señor Johnson a fin de dramatizar la cuestión. Y en realidad, ¿quién ha dicho que para tramitar pasaportes y dar permiso para que aterricen unos aviones en Miami tiene que intervenir la Cruz Roja? ¿Qué tiene que ver la Cruz Roja con eso? No se trata de un terremoto, ni de una hecatombe, ni de una guerra, sino del simple trámite de autorizar la llegada a Estados Unidos, de autorizar el aterrizaje de los aviones, o la llegada de los barcos.

La Cruz Roja no hace ninguna falta en este caso. La Cruz Roja, en todo caso, podría intervenir para plantearle al gobierno de Estados Unidos que cese la criminal medida mediante la cual se prohíbe la exportación de medicamentos a Cuba. ¡Para eso sí haría falta la Cruz Roja Internacional!

En todo caso, la Cruz Roja podría hacer un mejor trabajo en Vietnam del Sur, donde los soldados yanquis asesinan a miles, asesinan y torturan por millares a los ciudadanos de ese pueblo. O en Vietnam del Norte, donde los criminales bombardeos yanquis no distinguen en nada absolutamente, y lo mismo bombardean ciudades, que aldeas, que escuelas, que hospitales.

La Cruz Roja podría tener algo que hacer en Santo Domingo, donde los soldados invasores cometen todo tipo de atropellos contra el pueblo, y tienen ocupadas las escuelas de los estudiantes.

Podría intervenir en los propios Estados Unidos, a fin de evitar las masacres de ciudadanos negros, como la que ocurrió en Los Angeles, en California, recientemente.

Pero para esta cuestión, señor Johnson, no hace falta la presencia de la Cruz Roja. A nosotros nos basta discutir con los representantes de la Embajada suiza, que son a la vez los representantes de los intereses norteamericanos en Cuba, y podemos ponernos de acuerdo perfectamente bien con ellos acerca de cualquier trámite. No hace falta que intervenga nadie más. Nosotros aceptamos la seriedad y la responsabilidad de los funcionarios suizos. Ahora, ¡si el gobierno de Estados Unidos no tiene confianza, o no cree en la habilidad o la capacidad de los funcionarios de la Embajada suiza, eso es cosa del gobierno de Estados Unidos!

Ahora bien: hablando muy seriamente sobre estas cuestiones de libertades, yo quisiera saber si el señor Johnson pudiera responder un par de preguntas, puesto que nosotros aquí hemos estado permitiendo que salga todo el que quiera salir del país desde el principio de la Revolución, puesto que nosotros no hemos negado permiso nunca a los que han querido salir para ir a visitar a sus familiares y regresar, y puesto que si bien hay cubanos que tienen familiares en Estados Unidos y desean ir a reunirse con ellos, también hay cubanos que tienen familiares en Estados Unidos y que no quieren abandonar el país, y ya que el señor Johnson, junto a la Estatua de la Libertad se tomó le molestia de «condimentar» su declaración con todas estas pamplinerías acerca de libertad, ¡yo le pregunto si Estados Unidos es capaz de permitir que puedan venir a visitar a sus familiares en Cuba aquellos que deseen venir a visitarlos y regresar a Estados Unidos!, si Estados Unidos es capaz de permitir que cubanos que no desean residir en Estados Unidos visiten a sus familiares en Estados Unidos y regresen después a Cuba; y si Estados Unidos, por último, está dispuesto a permitir que los ciudadanos norteamericanos puedan visitar a Cuba.

Porque a ese mismo gobierno que habla de que mal puede andar un país cuando se marchan de ese país ciudadanos, nosotros le podemos decir: peor puede andar un país cuando, a pesar de ser un país que tanto pregona y tanto presume de ser un país de libertades; mal puede andar un país que, a pesar de haber alcanzado los estándares de desarrollo económico que han alcanzado, tiene miedo permitir que los ciudadanos de ese país puedan visitar a este país tan detractado y tan calumniado del miedo y del terror —como llaman ellos.

Y, por lo tanto, aquí vá el segundo emplazamiento al gobierno de Estados Unidos. Lo emplazamos a que permita también visitar a Cuba, a sus familiares en Cuba, a aquellos que tienen aquí familiares que no quieren irse para Estados Unidos; a que permita que esos familiares, residentes en Cuba y que no quieren abandonar a Cuba, puedan ir a Estados Unidos y regresar; y, por último, lo emplazamos a que permita que los estudiantes o cualquier ciudadano de Estados Unidos pueda venir libremente a Cuba, de la misma manera que nosotros permitimos que se marche, o que vaya y que regrese, cualquier ciudadano de este país ; que permita que puedan visitar a Cuba los representantes de las organizaciones negras de Estados Unidos, o de las organizaciones de los defensores de los derechos civiles, para que vean cómo, con la desaparición de la explotación del hombre por el hombre, desapareció definitivamente la discriminación racial en nuestro país.

Y veamos si el señor Johnson, ante el mundo y ante el pueblo de Estados Unidos, tiene alguna respuesta —que no sea un galimatías— que darle a este emplazamiento. [...]

Y ya que se habla tanto, ya que se jactan tanto de hablar de libertades, que baste ya de hablar de falsas libertades, baste ya de hablar de libertades abstractas, que los hechos están demostrando que donde realmente se está creando un mundo de libertades no es allí, sino aquí; tan libre, que no queremos que nadie, ajeno a su voluntad, tenga necesariamente que vivir en esta sociedad. Porque nuestra sociedad socialista, nuestra sociedad comunista, deberá ser eminentemente una asociación verdaderamente libre de ciudadanos.

Y aunque es cierto que determinados ciudadanos, educados en aquellas ideas del pasado y en aquel sistema de vida pasado, prefieren marcharse a Estados Unidos, también es muy cierto que este país se ha convertido en el santuario de los revolucionarios de este continente. También es cierto que

nosotros consideramos acreedores a la hospitalidad de este pueblo y de esta tierra, no solo a los que en ella nacieron, sino a todos los hombres y mujeres de nuestra misma lengua, de nuestra misma cultura, o aun cuando no de la misma lengua, de similares orígenes históricos y étnicos de similar historia de explotación. Y en este país tienen derecho a venir —y han hecho uso de ese derecho todos cuantos han querido— los perseguidos por las oligarquías sanguinarias e imperialistas; a este país han venido a residir permanentemente o transitoriamente muchos hombres y mujeres que nacieron en otros territorios hermanos de este continente; y en este país durante años han vivido y han trabajado muchos técnicos y muchos profesionales procedentes de distintos rincones de América.

Esta no es solo una tierra de cubanos, esta es una tierra de revolucionarios; y tienen derecho a considerarse como hermanos nuestros y acreedores a ella los revolucionarios del continente, incluso los revolucionarios norteamericanos. Porque algún dirigente, como el caso de Robert Williams, perseguido allí ferozmente, encontró albergue en esta tierra. Y al igual que él, podrán encontrar albergue los que persigan allí los reaccionarios y los explotadores. No importa que hablen inglés y hayan nacido en Estados Unidos. Esta es la patria de los revolucionarios de este continente, al igual que Estados Unidos es el albergue inevitable de todos los esbirros, de todos los malversadores, de todos los explotadores, de todos los reaccionarios de este continente, porque no hay ladrón, no hay explotador, no hay reaccionario, no hay criminal, que no tenga las puertas abiertas de Estados Unidos.

Y con esto quedan respondidas las palabras del señor Johnson bajo su desteñida Estatua de la Libertad, que no se sabe qué representa ya ese amasijo de piedra y de hipocresía, como no sea lo que hoy significa para el mundo el imperialismo yanqui.

Nosotros vamos ahora a nuestras cuestiones, vamos a las cuestiones de nuestro Partido, porque creo que las noticias que de aquí salen, todas las que se refieren a nuestros éxitos sociales, a nuestros éxitos económicos y a nuestros éxitos políticos, son noticias muy malas para los imperialistas yanquis.

Y naturalmente que todo lo que fortalezca e impulse la Revolución, todo lo que nos permita avanzar el máximo, es altamente preocupante para ellos, porque eso de que volverán, sí, algún día añorarán volver, arrepentidos, una buena parte de los que se marcharon. Pero cuando el señor Johnson habla

de regresar aquí en plan de libertadores, podríamos decirle que esos son sueños de una noche de otoño.

Todo el país ha recibido con júbilo y entusiasmo la noticia de la constitución de nuestro Comité Central. Los nombres de los compañeros que integran este Comité, así como su historia, son sobradamente conocidos. Si no todos son conocidos por todos, todos son conocidos por una parte considerable e importante del pueblo. Hemos procurado escoger a quienes en nuestro juicio representan, de la manera más cabal, la historia de nuestra Revolución, a quienes, tanto en la lucha por la Revolución, como en la lucha por la consolidación, defensa y desarrollo de la Revolución, han trabajado y han luchado tesonera e incansablemente.

No hay episodio heroico en la historia de nuestra patria en los últimos años que no esté ahí representado; no hay sacrificio, no hay combate, no hay proeza —lo mismo militar que civil— heroica o creadora que no esté representada; no hay sector revolucionario, social, que no esté representado. No hablo de organizaciones. Cuando hablo de sector hablo de obreros, hablo de jóvenes, hablo de campesinos, hablo de nuestras organizaciones de masa.

Hay hombres que fueron portadores durante muchos años de las ideas socialistas, como es el caso de quien fuera fundador del primer Partido Comunista, el compañero Fabio Grobart; casos como la compañera Elena Gil, cuya extraordinaria labor al frente de las escuelas por donde han pasado más de cuarenta mil campesinas de las montañas, donde se han formado miles de maestros, donde estudian hoy más de 50 000 jóvenes y niños, y que nosotros consideramos un trabajo verdaderamente ejemplar; o casos como el compañero Arteaga que, además de su historial de lucha, durante siete años ha trabajado en el sector agrícola y ha llevado a cabo planes exitosos, en algunos casos extraordinariamente exitosos, como es el plan agrícola del Escambray; casos de compañeros como el teniente Tarrau, compañero sobre el cual tal vez muchos no hayan oído hablar, pero es el compañero a quien el Ministerio del Interior situó al frente de los planes de rehabilitación en Isla de Pinos y donde ha llevado a cabo, con actitud ejemplar y abnegada, un brillantísimo trabajo del cual algún día tendrá que hablarse y escribirse mucho.

He mencionado casos de compañeros, algunos más conocidos, otros menos conocidos. Sería interminable la lista de los compañeros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias por su historia antes y después del triunfo, ¡antes

y después del triunfo!, como ejemplo de ejemplares revolucionarios, de incansables trabajadores, como ejemplo de superación en el estudio, en el desarrollo de la cultura, de los niveles culturales y de los niveles políticos, compañeros de una modestia extraordinaria, en cuyas manos ha estado fundamentalmente la defensa de la patria en estos siete años de peligros y de amenazas.

De los más conocidos no es necesario hablar. No quiere esto decir que estén aquí los únicos valores de la nación. No, muy lejos de eso. Cuenta nuestro país afortunadamente con incontables valores y sobre todo una promoción de compañeros nuevos, en pleno desarrollo, que algún día —sin duda de ninguna índole— llegarán a ostentar esa responsabilidad y ese honor.

Si nos preguntamos quienes faltan, indiscutiblemente que faltan. Sería imposible constituir un Comité Central con cien compañeros revolucionarios sin que faltaran muchos compañeros. Lo importante no son los que faltan, esos vendrán detrás; lo que importa son los que están, y lo que representan los que están. Y nosotros sabemos que el Partido y el pueblo han acogido con satisfacción al Comité Central que se ha constituido.

Este Comité, reunido en el día de ayer, adoptó distintos acuerdos:

Primeramente, ratificar las medidas acordadas por la antigua Dirección Nacional, ratificar al Buró Político, al Secretariado y a las comisiones de trabajo, así como también al compañero electo para el cargo de Secretario de Organización. Pero, además, adoptó dos importantes acuerdos, que a su vez habían sido sugeridos por la antigua Dirección Nacional. Uno, lo que se refiere a nuestro órgano oficial, y es que en lugar de dos periódicos con caracteres políticos como se venían editando, concentrar los recursos humanos, concentrar los recursos en maquinaria y en papel para hacer un nuevo y único periódico de carácter político matutino, además del periódico *El Mundo*, que no es un periódico propiamente de orientación política. Unir todos esos recursos y hacer un nuevo periódico que llevará el nombre de *Granma*, símbolo de nuestra concepción revolucionaria y de nuestro camino.

Y otro acuerdo aún más importante, en lo que se refiere al nombre de nuestro Partido. Primero fuimos ORI, en los primeros pasos de la unión de las fuerzas revolucionarias, con sus aspectos positivos y sus aspectos negativos; después fuimos Partido Unido de la Revolución Socialista, que significó un progreso extraordinario, un extraordinario avance en la creación de nuestro aparato político. Esfuerzo de tres años en que, de la cantera

inagotable del pueblo, se extrajeron incontables valores surgidos de entre las filas de nuestros trabajadores, para llegar a ser hoy lo que somos en cantidad, pero sobre todo lo que somos en calidad. Pero Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba dice mucho, pero no dice todo; y Partido Unido da todavía la idea de algo que fue necesario unir, que recuerda todavía un poco los orígenes de cada cual. Y como entendemos que ya hemos llegado al grado tal en que de una vez por todas y para siempre ha de desaparecer todo tipo de matiz y todo tipo de origen que distinga a unos revolucionarios de otros, y hemos llegado ya al punto afortunado de la historia de nuestro proceso revolucionario en que podamos decir que solo hay un tipo de revolucionario, y puesto que es necesario que el nombre de nuestro Partido diga no lo que fuimos ayer, sino lo que somos hoy y lo que seremos mañana, ¿cuál es, a juicio de ustedes, el nombre que debe tener nuestro Partido? ¿Cuál es, compañero? ¡Un compañero de aquí! ¡Los compañeros de acá! ¡Los compañeros de allá! ¡Los compañeros de allá! ¡Partido Comunista de Cuba!

Pues ese es el nombre que, interpretando el desarrollo de nuestro Partido, de la conciencia revolucionaria de sus miembros y de los objetivos de nuestra Revolución, adoptó en el día de ayer nuestro primer Comité Central.

Y es muy correcto, como explicábamos ayer a los compañeros del Comité; la palabra comunista ha sido muy calumniada y muy detractada a lo largo de los siglos. Comunistas hubo a lo largo de la historia, hombres de ideas comunistas, hombres que concebían un modo de vivir distinto a la sociedad en que habían nacido, y los que pensaron de una manera comunista en otros tiempos fueron considerados, por ejemplo, comunistas utópicos, quienes hace 500 años, porque de una manera idealista aspiraban a un tipo de sociedad que no era posible en aquel entonces dado el ínfimo desarrollo de las fuerzas productivas con que contaba el hombre; dado que al comunismo de donde partió el hombre primitivo, para vivir en una forma de comunismo primitiva, no podrá volver el hombre sino mediante tal grado de desarrollo de sus fuerzas productivas y tal modo de utilización de esas fuerzas, modo social de utilización de esas fuerzas, que se puedan crear los bienes materiales y los servicios en cantidades más que suficientes para satisfacer las necesidades del hombre.

Y todos los explotadores, todos los privilegiados, odiaron siempre la palabra comunista como si fuera un crimen; anatematizaban la palabra comu-

nista. Y por eso cuando Marx y Engels escribieron su *Manifiesto Comunista* que daba origen a una nueva teoría revolucionaria, a una interpretación científica de la sociedad humana y de la historia humana, ellos decían «un fantasma recorre a Europa, y es el fantasma del comunismo», porque como un fantasma, con verdadero miedo, contemplaban las clases privilegiadas esas ideas.

Mas las clases privilegiadas en cualquier época de la historia contemplaron siempre con extraordinario miedo las ideas nuevas, y la sociedad romana se aterrorizó en su época también con las ideas cristianas cuando estas ideas surgieron al mundo, y fueron en un tiempo las ideas de los pobres y de los esclavos de aquellos tiempos. Y por odio a esas ideas nuevas, aquella sociedad lanzó a la hoguera y lanzó al circo a incontable número de seres humanos. Y así también, durante la Edad Media, en la época del feudalismo, las ideas nuevas fueron perseguidas y sus portadores calumniados y tratados de la peor forma.

Y las ideas nuevas que surgieron con la burguesía, en medio del feudalismo, lo mismo cuando aquellas ideas adoptaban posiciones políticas, que cuando adoptaban posiciones filosóficas, que cuando adoptaban posiciones religiosas, fueron cruelmente anatematizadas y perseguidas.

Siempre las clases reaccionarias se han valido de todos los medios para anatematizar y calumniar a las ideas nuevas. Y así, todo el papel y todos los medios de que disponen no les alcanzan para calumniar a las ideas comunistas, como si el afán de una sociedad en que el hombre no sea un explotador del hombre sino un verdadero hermano del hombre, como si el sueño de una sociedad en que todos los seres humanos sean realmente iguales de hecho y de derecho, no una simple cláusula constitucional como rezan las constituciones burguesas, donde dicen que todos los hombres nacen libres e iguales, como si se pudiera afirmar eso lo mismo del niño que nace en un barrio de indigentes, en una cuna pobre, que el niño que nace en una cuna de oro; como si se pudiera afirmar jamás que en una sociedad de explotadores y explotados, de ricos y de pobres, que todos los hombres nacen libres e iguales; como si todos esos hombres estuviesen llamados a tener en la vida la misma oportunidad.

El sueño secular del hombre —y posible hoy— de una sociedad sin explotadores ni explotados, ha concitado el odio y el rencor de todos los explotadores.

Los imperialistas, como si nos fuesen a ofender, o como si fuese una ofensa, hablan del gobierno comunista de Cuba, al igual que también la palabra «mambí» la emplearon contra nuestros libertadores como una ofensa, así también intentan emplear la palabra «comunista» como una ofensa, y la palabra «comunista» no es para nosotros una ofensa, sino una honra.

Y es la palabra que simboliza la aspiración de una gran parte de la humanidad, y por ella hoy trabajan concretamente cientos y cientos de millones de seres humanos. Y dentro de 100 años no habrá honra mayor, ni habrá nada más natural y lógico que llamarse comunistas.

Hacia una sociedad comunista nos encaminamos. Si no quieren los imperialistas caldo, pues les daremos tres tazas de caldo. De ahora en adelante, señores de la UPI, y de la AP, cuando nos llamen «comunistas» sepan que nos llaman de la manera más honrosa que puedan llamarnos.

Hay una ausencia en nuestro Comité Central, de quien posee todos los méritos y todas las virtudes necesarias en el grado más alto para pertenecer a él y que, sin embargo, no figura entre los miembros de nuestro Comité Central.

Alrededor de esto, el enemigo ha podido tejer mil conjeturas; el enemigo ha tratado de confundir y de sembrar la cizaña y la duda, y pacientemente, puesto que era necesario esperar, hemos esperado.

Y eso diferencia al revolucionario del contrarrevolucionario, al revolucionario del imperialista: que los revolucionarios sabemos esperar, sabemos tener paciencia, no nos desesperamos nunca, y los reaccionarios, los contrarrevolucionarios, los imperialistas, viven en perenne desesperación, viven en perenne angustia, en un perenne mentir, de la manera más ridícula, de la manera más infantil.

Cuando se leen las cosas que dicen algunos de esos funcionarios, algunos de esos senadores yanquis, uno se pregunta: ¿Pero cómo es posible que este señor no esté en un establo en vez de pertenecer a lo que se llama un congreso? Algunos de ellos dicen verdaderas barbaridades. Y tienen un tremendo hábito de mentir, no pueden vivir sin mentir. Viven angustiados.

Si el Gobierno Revolucionario declara una cosa —que es lo que ha estado haciendo siempre— como fue a la que me referí al principio, entonces ven cosas truculentas, terribles, ¡un plan detrás de todo eso!

¡Qué ridiculez! ¡Con qué miedo viven! Y uno se pregunta: ¿Lo creerán? ¿Lo creerán? ¿Creerán todo lo que dicen? O, ¿tendrán necesidad de creer

todo lo que dicen? ¿O no pueden vivir sin creer todo lo que dicen? ¿O dicen todo lo que no creen?

Es difícil, sería cuestión de médicos y de psicólogos. ¿Qué tienen en el cerebro, qué angustia es esa que en todo ven una maniobra, un plan truculento, tenebroso, terrible? Y no saben que no hay mejor táctica, ni mejor estrategia que luchar con armas limpias, y que luchar con la verdad, porque esas son las únicas armas que inspiran confianza, son las únicas armas que inspiran fe, son las únicas armas que inspiran seguridad, dignidad, moral. Y son con esas armas con las que hemos ido venciendo y aplastando los revolucionarios a nuestros enemigos.

Mentira. ¿Quién ha escuchado nunca una mentira en boca de un revolucionario? Porque son armas que no benefician a ningún revolucionario, y ningún revolucionario serio tiene necesidad de acudir a una mentira nunca; su arma es la razón, la moral, la verdad, la capacidad de defender una idea, un propósito, una posición.

Y en fin, el espectáculo moral de nuestros adversarios es verdaderamente lamentable. Y así los agoreros, los intérpretes, los especialistas en las cuestiones de Cuba y las máquinas electrónicas, han estado trabajando incesantemente para desentrañar este misterio. Que si Ernesto Guevara había sido purgado, que si Ernesto Guevara estaba enfermo, que si Ernesto Guevara había tenido discrepancias y cosas por el estilo.

Naturalmente que el pueblo tiene confianza, el pueblo tiene fe. Pero los enemigos se valen de estas cosas, sobre todo en el exterior, para calumniar: he ahí al régimen comunista tenebroso, terrible, los hombres se desaparecen, no dejan rastro, no dejan huellas, no hay una explicación; y nosotros dijimos en su oportunidad al pueblo, cuando el pueblo comenzó a notar esa ausencia, que oportunamente hablaríamos, algunas razones tendríamos para esperar.

Nos desenvolvemos en un medio rodeado por las fuerzas del imperialismo. No vive el mundo en condiciones normales; mientras las bombas criminales de los imperialistas yanquis estén cayendo en un pueblo como Vietnam no podemos decir que vivimos en condiciones normales; cuando más de cien mil soldados yanquis desembarcan allí para tratar de aplastar el movimiento de liberación; cuando los soldados del imperialismo desembarcan en una República que tiene igualdad de derechos jurídicamente como todas las demás repúblicas del mundo, cual es el caso de Santo Domingo, para

pisotear su soberanía, no vive el mundo en condiciones normales; cuando alrededor de nuestra patria los imperialistas entrenan mercenarios y organizan ataques vandálicos de la manera más impune, como el caso de Sierra Aránzazu; cuando los imperialistas amenazan con intervenir en cualquier país de la América Latina y del mundo, no se vive en condiciones normales. Y cuando luchábamos en la clandestinidad contra la tiranía batistiana, los revolucionarios que no vivíamos en condiciones de normalidad, teníamos que atenernos a las reglas de la lucha; de la misma manera, aunque el poder revolucionario existe en nuestro país, en lo que se refiere a las realidades del mundo, no vivimos en condiciones normales y tenemos que atenernos a las reglas de esa situación.

Y para explicar esto vamos a leer una carta aquí de puño y letra, transcripta a máquina, del compañero Ernesto Guevara, que por sí misma se explica. Pensaba yo si debía hacer la historia de nuestra amistad y de nuestro compañerismo, cómo comenzó y bajo qué condiciones comenzó y cómo se desarrolló. Mas no es necesario. Me voy a limitar a leer la carta.

Dice así: «Habana...». No fue puesta la fecha, puesto que esta carta era para ser leída en el momento en que lo considerásemos más conveniente, pero ajustándonos a la estricta realidad, fue entregada el 1ro. de abril de este año, hace exactamente seis meses y dos días. Y dice así:

Habana
Año de la Agricultura

Fidel:

Me recuerdo en esta hora de muchas cosas, de cuando te conocí en casa de María Antonia, de cuando me propusiste venir, de toda la tensión de los preparativos.

Un día pasaron preguntando a quién se debía avisar en caso de muerte y la posibilidad real del hecho nos golpeó a todos. Después supimos que era cierta, que en una revolución se triunfa o se muere (si es verdadera). Muchos compañeros quedaron a lo largo del camino hacia la victoria.

Hoy todo tiene un tono menos dramático, porque somos más maduros, pero el hecho se repite. Siento que he cumplido la parte de mi deber

que me ataba a la Revolución Cubana en su territorio y me despido de ti, de los compañeros, de tu pueblo, que es ya mío.

Hago formal renuncia de mis cargos en la Dirección del Partido, de mi puesto de ministro, de mi grado de comandante, de mi condición de cubano. Nada legal me ata a Cuba, solo lazos de otra clase que no se pueden romper como los nombramientos.

Haciendo un recuento de mi vida pasada creo haber trabajado con suficiente honradez y dedicación para consolidar el triunfo revolucionario. Mi única falta de alguna gravedad es no haber confiado más en ti desde los primeros momentos de la Sierra Maestra y no haber comprendido con suficiente celeridad tus cualidades de conductor y de revolucionario. He vivido días magníficos y sentí a tu lado el orgullo de pertenecer a nuestro pueblo en los días luminosos y tristes de la Crisis del Caribe. Pocas veces brilló más alto un estadista que en esos días, me enorgullezco también de haberte seguido sin vacilaciones, identificado con tu manera de pensar y de ver y apreciar los peligros y los principios.

Otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos. Yo puedo hacer lo que te está negado por tu responsabilidad al frente de Cuba y llegó la hora de separarnos.

Sépase que lo hago con una mezcla de alegría y dolor: aquí dejo lo más puro de mis esperanzas de constructor y lo más querido entre mis seres queridos... Y dejo un pueblo que me admitió como un hijo; eso lacera una parte de mi espíritu. En los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste, el espíritu revolucionario de mi pueblo, la sensación de cumplir con el más sagrado de los deberes: luchar contra el imperialismo dondequiera que esté: esto reconforta y cura con creces cualquier desgarradura.

Digo una vez más que libero a Cuba de cualquier responsabilidad, salvo la que emane de su ejemplo. Que si me llega la hora definitiva bajo otros cielos, mi último pensamiento será para este pueblo y especialmente para ti. Que te doy las gracias por tus enseñanzas y tu ejemplo y que trataré de ser fiel hasta las últimas consecuencias de mis actos. Que he estado identificado siempre con la política exterior de nuestra Revolución, y lo sigo estando. Que en dondequiera que me pare sentiré la responsabilidad de ser revolucionario cubano, y como tal actuaré. Que no dejo a mis hijos y mi mujer nada material y no me apena: me alegra que así sea. Que no pido nada para ellos pues el Estado les dará lo suficiente para vivir y educarse.

Tendría muchas cosas que decirte a ti y a nuestro pueblo, pero siento que son innecesarias, las palabras no pueden expresar lo que yo quisiera, y no vale la pena emborronar cuartillas.

Hasta la victoria siempre.
¡Patria o Muerte!
Te abraza con todo fervor revolucionario,
Che

Los que hablan de los revolucionarios, los que consideran a los revolucionarios como hombres fríos, hombres insensibles, u hombres sin entrañas, tendrán en esta carta el ejemplo de todo el sentimiento, de toda la sensibilidad, de toda la pureza que se puede encerrar en el alma de un revolucionario.

Y nosotros podríamos contestar, todos nosotros: Compañero Guevara: ¡No es la responsabilidad lo que nos preocupa, nosotros estamos responsabilizados con la Revolución, y nosotros estamos responsabilizados con la ayuda al movimiento revolucionario en la medida de nuestras fuerzas!, y asumimos la responsabilidad y las consecuencias, y los riesgos. Durante siete años casi ha venido siendo así, y sabemos que mientras el imperialismo exista, y mientras haya pueblos explotados y colonializados, seguiremos corriendo esos riesgos y seguiremos asumiendo serenamente esa responsabilidad.

Y nosotros teníamos el deber de conformarnos, teníamos el deber de respetar ese sentimiento de ese compañero, esa libertad y ese derecho. ¡Y esa sí es libertad, no la de los que van a ponerse un grillete, sino la de los que van a empuñar un fusil contra los grilletes de la esclavitud!

¡Y esa es otra de las libertades, señor Johnson, que nuestra Revolución proclama! y si los que quieren marcharse para irse a vivir con los imperialistas, a los que a veces los imperialistas reclutan para ir a luchar a Vietnam y al Congo pueden hacerlo, ¡sépase también que todos los ciudadanos de este país, cuando soliciten permiso, no para ir a luchar junto a los imperialistas, sino para luchar junto a los revolucionarios, esta Revolución no les negará el permiso!

Este país es libre, señor Johnson, ¡verdaderamente libre para todos!

Y no fue esta la única carta. Junto a esta carta, y para la ocasión en que se hiciese uso de esta carta, también quedaron en nuestras manos distintas cartas de saludo a distintos compañeros y, además —como dice aquí—, «a mis

hijos», «a mis padres», y a otros compañeros; cartas escritas por él para sus hijos y para sus padres. Y estas cartas se las entregaremos a los compañeros y a los familiares, y les pediremos que las donen a la Revolución, porque nosotros consideramos que estos son documentos dignos de la historia.

Y entendemos que esto lo explica todo, y es lo que a nosotros nos corresponde explicar. Lo demás, que los enemigos se preocupen. Nosotros tenemos bastantes tareas, bastantes cosas que hacer en nuestro país y con relación al mundo; bastantes deberes que cumplir, y los cumpliremos.

Desarrollaremos nuestro camino, desarrollaremos nuestras ideas, desarrollaremos nuestros métodos, desarrollaremos nuestro sistema. Utilizaremos toda la experiencia que pueda sernos útil, y desarrollaremos experiencias nuevas.

Una nueva época surge por entero en la historia de nuestro país, una forma distinta de sociedad, un sistema distinto de gobierno; el gobierno de un Partido, del partido de los trabajadores, integrado por los mejores trabajadores, formado con la participación plena de las masas, para poder decir con toda justificación y con toda razón que es la vanguardia de los trabajadores y que es la representación de los trabajadores en nuestra democracia obrera y revolucionaria. Y será mil veces más democrática que la democracia burguesa, porque marcharemos hacia formas administrativas y políticas que implicarán la constante participación, en los problemas de la sociedad, de las masas, a través de los organismos idóneos, a través del Partido, en todos los niveles. E iremos desarrollando esas formas nuevas como solo una revolución puede hacerlo, e iremos creando la conciencia y los hábitos de esas nuevas formas. Y no nos detendremos, no se detendrá nuestro pueblo hasta haber alcanzado sus objetivos finales.

Y este paso significa mucho, significa uno de los pasos más trascendentales en la historia de nuestro país, significa el momento histórico en que las fuerzas unificadoras fueron superiores a las fuerzas que dispersaban y dividían, significa el momento histórico en que todo un pueblo revolucionario se unió estrechamente, en que el sentido del deber prevaleció sobre todo, en que el espíritu colectivo triunfó sobre todos los individualismos, en que los intereses de la patria prevalecieron ampliamente y definitivamente sobre todo interés individual o de grupos, significa haber alcanzado el grado más alto de unión y de organización con la más moderna, la más científica, a la vez que la más revolucionaria y humana de las concepciones políticas.

Y somos el primer país de este continente, a más de ser, en el criterio del gobierno imperialista de Estados Unidos, el único país independiente. Porque si la Cámara de Representantes proclama el derecho a intervenir en cualquier país para evitar el peligro de una revolución comunista, aquí hay una revolución comunista en el poder. Luego se nos considera el único país independiente. Y, claro, cuando los representantes de los monopolios lanzaron esa bofetada en el rostro de todas las repúblicas de América, emitiendo la declaración de no independencia, unos cuantos —y podría decirse mejor muchos— se han sonrojado de vergüenza, muchos se han escandalizado cuando Estados Unidos declara su derecho a intervenir unilateralmente.

Bueno es recordarles los acuerdos que tomaron contra Cuba, bueno es recordarles la complicidad con las fechorías que contra nuestra patria tramó el imperialismo. Y entonces nosotros fuimos los únicos, los que nos levantamos decididos a morir y dijimos que defendíamos no solo el derecho de Cuba, sino que defendíamos la independencia de los demás pueblos de América Latina.

Los que siembran vientos recogen tempestades, y los que sembraron intervencionismo contra Cuba, rompimientos colectivos contra Cuba, bloqueos contra Cuba, están recogiendo tempestades de intervencionismos y de amenazas contra ellos mismos. Y se asombran y se llenan de pánico y se reúnen los parlamentos y los partidos burgueses dan el grito en el cielo. Ahí tienen los frutos de la complicidad con los imperialistas, ahí tienen lo que es el imperialismo.

Y así, cada día que pase, los pueblos verán más nítidamente quién tiene la razón, quién en estos años históricos defendió la verdadera independencia, la verdadera libertad, la verdadera soberanía; y la defendió con su sangre, y la defendió frente al imperialismo y a todos sus cómplices.

Los propios imperialistas les están enseñando. El fantasma del comunismo era incesantemente agitado. Y en nombre de combatir a ese fantasma, los imperialistas yanquis han declarado su derecho a desembarcar en cualquier país de este continente, menos en Cuba.

Y lo que nosotros hemos avanzado, pero sobre todo lo que nosotros avanzaremos en los años venideros, utilizando todas las posibilidades potenciales de nuestro país, utilizando las enormes fuerzas que hemos organizado y que hemos creado, utilizándolo de una manera organizada, eficaz: esa es la tarea de nuestro Partido.

Tomaremos enorme ventaja, marcharemos a paso vertiginoso hacia el futuro, con un Partido que deberá dirigir, que deberá atender todos los frentes, porque todos los frentes deberán ser atendidos por nuestro Partido, todos los problemas deberán ser estudiados. Y para eso hemos creado las comisiones, y nuevas comisiones serán creadas. Y no habrá un solo problema que no sea objeto de estudio y de análisis profundo por parte del Partido, para que de cada análisis salga la orientación, la orientación correcta y la mejor orientación.

Y decía que labraremos nuestro camino hacia el comunismo y llegaremos al comunismo. Tan seguros estamos, como de que hemos llegado hasta aquí.

Y en medio de las dificultades de todo tipo de este minuto de la historia del mundo, frente a un enemigo cada vez más poderoso, frente al doloroso hecho de la división en las filas revolucionarias en el mundo, nuestra política será de más estrecha unión, nuestra política será la política de un pueblo pequeño, pero independiente y libre.

Nuestro Partido educará a las masas, nuestro Partido educará a sus militantes. Entiéndase bien: ¡Nuestro Partido! ¡Ningún otro partido, sino nuestro Partido y su Comité Central!

Y la prerrogativa de educar y orientar a las masas revolucionarias es una prerrogativa irrenunciable de nuestro Partido, y seremos muy celosos defensores de ese derecho. Y en materia ideológica será el Partido quien diga lo que debe decir. ¡Y si nosotros no estamos de acuerdo y no queremos y no nos da la gana que las divergencias que dividan al campo socialista nos dividan a nosotros, nadie podrá imponernos semejante cosa!

Y todo material de tipo político, excepto que se trate de enemigos, solo podrá llegar al pueblo a través de nuestro Partido en el momento y en la oportunidad en que nuestro Partido lo determine.

Nosotros sabemos demasiado bien dónde está el enemigo, quién es el único y verdadero enemigo. Lo sabemos demasiado bien, lo sabemos de sobra. Contra ese enemigo hemos tenido que luchar en condiciones difíciles, para enfrentar a ese enemigo hemos necesitado la solidaridad y la ayuda de muchos, para derrotar la política agresiva de ese enemigo, para seguir enfrentándonos a ella, necesitamos recursos y necesitamos armas. Porque aquí, a miles de millas de distancia de cualquier otro país socialista, a miles de millas de distancia, sin que podamos depender en los momentos deci-

sivos de otra cosa que de nuestras propias fuerzas y de nuestras propias armas, y como estamos conscientes de los riesgos que corremos hoy y de los riesgos que seguiremos corriendo, hemos de estar armados hasta los dientes y preparados hasta la saciedad.

Y podemos discrepar en cualquier punto de cualquier partido. Es imposible aspirar a que en la heterogeneidad de este mundo contemporáneo, en tan diversas circunstancias, constituido por países en las más disímiles situaciones y en los más desiguales niveles de desarrollo material, técnico y cultural, que podamos concebir el marxismo como algo así como una iglesia, como una doctrina religiosa, con su Roma, su Papa y su Concilio Ecuménico.

Esta es una doctrina revolucionaria y dialéctica, no una doctrina filosófica; es una guía para la acción revolucionaria, y no un dogma. Pretender enmarcar en especies de catecismos el marxismo, es antimarxista.

La diversidad de situaciones inevitablemente trazará infinidad de interpretaciones. Quienes hagan las interpretaciones correctas podrán llamarse revolucionarios; quienes hagan las interpretaciones verdaderas y las apliquen de manera consecuente, triunfarán; quienes se equivoquen o no sean consecuentes con el pensamiento revolucionario, fracasarán, serán derrotados e incluso suplantados, porque el marxismo no es una propiedad privada que se inscriba en un registro; es una doctrina de los revolucionarios, escrita por un revolucionario, desarrollada por otros revolucionarios, para revolucionarios.

Y nosotros habremos de caracterizarnos por nuestra confianza en nosotros mismos, por nuestra confianza en nuestra capacidad para seguir y desarrollar nuestro camino revolucionario. Y podremos discrepar en una cuestión, o en un punto, o en varios puntos con cualquier partido; las discrepancias cuando son honestas están llamadas a ser transitorias. Lo que nunca haremos es insultar con una mano y pedir con otra, y sabremos mantener cualquier discrepancia dentro de las normas de la decencia con cualquier partido, y sabremos ser amigos de quienes sepan ser amigos, y sabremos respetar a quienes nos sepan respetar.

Y estas pautas determinarán siempre nuestra libérrima conducta, y jamás le pediremos permiso a nadie para hacer nada, jamás le pediremos permiso a nadie para ir a ninguna parte, jamás le pediremos permiso a nadie para ser amigo de algún partido o de algún pueblo.

Sabemos la transitoriedad de los problemas. Y los problemas pasan, los pueblos perduran; los hombres pasan, los pueblos quedan; las direcciones pasan, las revoluciones persisten. Y nosotros vemos algo más que transitorias relaciones en las relaciones entre los partidos y entre los pueblos revolucionarios: vemos relaciones duraderas y relaciones definitivas.

Y de nuestra parte nunca saldrá nada tendiente a crear diferencia, algo más que entre los hombres, entre los pueblos. Y nos guiaremos por ese elemental principio, porque sabemos que es una posición correcta, que es un principio justo. Y nada nos apartará de la dedicación de todas nuestras energías a la lucha contra el enemigo de la humanidad, que es el imperialismo. Porque nosotros no podremos decir jamás que sean cómplices de los imperialistas a los que nos han ayudado a derrotar a los imperialistas.

Y aspiramos no solo a una sociedad comunista, sino a un mundo comunista en que todas las naciones tengan iguales derechos; aspiramos a un mundo comunista en que ninguna nación tenga derecho al veto, y aspiramos a que el mundo comunista del mañana no presente jamás el mismo cuadro de un mundo burgués desgarrado por querellas intestinas; aspiramos a una sociedad libre, de naciones libres, en que todos los pueblos —grandes y pequeños— tengan iguales derechos.

Defenderemos, como hemos defendido hasta hoy, nuestros puntos de vista y nuestras posiciones y nuestra línea, de manera consecuente con nuestros actos y con nuestros hechos. Y nada nos podrá apartar de ese camino.

No es fácil, en las complejidades de los problemas actuales y del mundo actual, mantener esa línea, mantener ese inflexible criterio, mantener esa inflexible independencia. ¡Pero nosotros la mantendremos! Esta Revolución no se importó de ninguna parte, es un producto genuino de este país, ¡nadie nos dijo cómo teníamos que hacerla, y la hemos hecho!; ¡nadie nos tendrá que decir cómo la seguiremos haciendo, y la seguiremos haciendo! ¡Hemos aprendido a escribir la historia, y la continuaremos escribiendo! Eso que no lo dude nadie.

Vivimos en un mundo complejo y un mundo peligroso. Los riesgos de ese mundo los correremos dignamente y serenamente. ¡Nuestra suerte será la suerte de los demás pueblos, y nuestra suerte será la suerte del mundo!

Les pido a todos los compañeros aquí presentes, a todos los representantes de nuestro Partido, a todos los secretarios de los núcleos en esta especie de amplísimo congreso, les pido a los que aquí representan la voluntad del

Partido, del Partido que representa a los trabajadores, les pido la ratificación de los acuerdos de la Dirección Nacional, les pido la ratificación plena y unánime al Comité Central de nuestro Partido, les pido el pleno apoyo a la línea seguida por la dirección revolucionaria hasta aquí, y el pleno apoyo a la política proclamada hoy aquí.

¡Viva el Partido Comunista de Cuba!
¡Viva su Comité Central!
¡Viva nuestra Revolución socialista y comunista!
¡Patria o Muerte!
¡Venceremos!

9. SOBRE LA REVOLUCIÓN LATINOAMERICANA

LA HABANA, 10 DE AGOSTO DE 1967

En la clausura de la primera conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), Fidel Castro realiza una alocución en que defiende la lucha armada como «el camino fundamental» para la revolución en la América Latina.

Señores delegados;
Invitados;
Compañeros y compañeras:

No resulta fácil esta tarea de clausurar la primera conferencia Latinoamericana de Solidaridad. En primer lugar, ¿qué actitud adoptar? ¿Hablar aquí como miembro de una de las organizaciones representadas, o hablar con un poco más de libertad? Simplemente, como un invitado a hablar en este acto.

Y quiero decir que, en nuestro criterio, expresamos aquí la opinión de nuestro Partido y de nuestro pueblo, que es, a la vez, la misma opinión y los mismos puntos de vista defendidos por nuestra delegación en la OLAS. [...]

El acercamiento de los revolucionarios de Estados Unidos con los revolucionarios de América Latina, es lo más natural que podía esperarse, y lo más espontáneo. Y nuestro pueblo ha sido muy receptivo y muy capaz de admirar los pronunciamientos valerosísimos, valientísimos, que ha hecho Stokely en la conferencia de la OLAS, porque sabemos que se necesita valor para ello, porque sabemos lo que significa hacer esos pronunciamientos en medio de una sociedad que practica los más crueles y brutales

procedimientos de represión, y que comete contra el sector negro de la población, incesantemente, los peores crímenes; y sabemos cuánto odio desatan esos pronunciamientos entre los opresores.

Y por eso nosotros creemos que el movimiento revolucionario en todo el mundo debe darle a Stokely el máximo de apoyo, como una protección contra la represión de los imperialistas, de manera que sepan que en el mundo, cualquier crimen contra la persona de ese dirigente, tendrá profundísima repercusión. Y nuestra solidaridad puede en este caso ayudar a proteger la vida de Stokely.

Por eso, porque todos estos hechos inevitables del proceso se van desarrollando, los revolucionarios se van acercando, el internacionalismo se va practicando. Nosotros creemos que la actitud de este dirigente revolucionario norteamericano es una gran lección, un gran ejemplo de internacionalismo militante, algo muy propio de revolucionarios. Y no hay duda de que con ese tipo de revolucionario nosotros simpatizamos mucho más que con los superteorizantes, que son revolucionarios de palabra y burgueses de hecho.

Ese internacionalismo no se proclama, ¡se practica! Y los negros en Estados Unidos están haciendo resistencia, y están haciendo resistencia armada. No se pusieron a elucubrar tesis, ni a hablar de condiciones objetivas primero, para empuñar un arma y defender sus derechos. No necesitaron apelar a ninguna filosofía, y mucho menos a una filosofía revolucionaria, para justificar la inacción.

Y creemos que si en un país la lucha es dura, la lucha es difícil, ese país es Estados Unidos. Y ahí tenemos a revolucionarios norteamericanos dándonos ejemplos y dándonos lecciones.

Siempre hay que traer algunos cables, algunos papeles, algunas noticias, especialmente en un acto como este. Creemos sinceramente que no cumpliríamos nuestros deberes si no expresáramos aquí nuestro criterio de que la conferencia de la OLAS ha sido una victoria de las ideas revolucionarias; no una victoria sin lucha.

En la OLAS se ha reflejado una lucha ideológica latente. ¿Es bueno ocultarlo? No. ¿Qué se gana con ocultarlo? ¿Se proponía la OLAS aplastar a alguien, perjudicar a alguien? No. Esos métodos no son métodos revolucionarios, eso no cuadra con nuestra conciencia de revolucionarios. Pero entiéndase bien: ¡De revolucionarios!

Y nosotros creemos que es necesario que las ideas revolucionarias prevalezcan. Si las ideas revolucionarias son derrotadas la revolución en América Latina estaría perdida o se dilataría indefinidamente. Las ideas pueden acelerar un proceso, como pueden retrasar considerablemente un proceso.

Y nosotros entendemos que es necesario el cumplimiento de un requisito, que es el triunfo de las ideas revolucionarias en las masas, no en todas las masas sino en una parte suficientemente amplia.

Esto no quiere decir que la acción deba esperar el triunfo de las ideas. Este es uno de los puntos esenciales de la cuestión: los que creen que es necesario primero que las ideas triunfen en las masas antes de iniciar la acción, y los que comprenden que precisamente la acción es uno de los más eficaces instrumentos de hacer triunfar las ideas en las masas.

Quienquiera que se detenga a esperar que las ideas triunfen primero en las masas, de manera mayoritaria, para iniciar la acción revolucionaria, no será jamás revolucionario. Porque, ¿en qué se diferencia ese revolucionario de un latifundista, de un burgués acaudalado? ¡En nada!

Claro está que la humanidad cambiará, claro está que la sociedad humana seguirá desarrollándose, a pesar de los hombres y los errores de los hombres. Pero esa no es una actitud de revolucionario.

Si nosotros hubiésemos tenido esa concepción jamás habríamos iniciado un proceso revolucionario. Bastó que las ideas tuviesen fuerza en un número suficiente de hombres para iniciar la acción revolucionaria; y, a través de la acción, las masas fueron adquiriendo esas ideas, y las masas fueron adquiriendo esa conciencia.

Es evidente que en América Latina ya hay en muchos sitios un número de hombres convencidos de esas ideas y que han iniciado la acción revolucionaria. Y lo que distingue al revolucionario verdadero del falso revolucionario es precisamente esto: el uno actúa para arrastrar a las masas, el otro espera porque las masas tengan todas ya una conciencia para empezar a actuar.

Y hay una serie de principios que nadie piense que serán aceptados sin discusión, pero que son verdades esenciales aprobados por la mayoría, con reservas de algunos. Esa bizantina discusión acerca de los medios de lucha y los caminos, si pacíficos o no pacíficos, si armados o si no armados. La esencia de esa discusión, que llamamos bizantina, porque es la discusión entre dos sordomudos, porque es lo que diferencia a los que quieren impulsar la

Revolución y a los que no la quieren impulsar, los que quieren frenarla y los que quieren impulsarla. ¡Nadie se llame a engaños!

Se han empleado distintas palabras: si el camino es único, si el camino no es único, si es excluyente, si no es excluyente. A la conferencia ha sido muy clara a este respecto. No dice camino único, aunque pudiera decirse camino único; dice camino fundamental, y a él deberán subordinarse las demás formas de lucha; y, a la larga, el único camino. Terminológicamente emplear la palabra único, aunque se comprenda el sentido con que se quiere decir único, y es verdadero eso, pudiera inducir a errores acerca de la inmediatez de la lucha.

Por eso entendemos que la declaración, señalando que es el camino fundamental, y a la larga el camino que habrá de tomarse, es una formulación correcta.

Sí deseamos expresar nuestro pensamiento, el pensamiento de nuestro Partido y de nuestro pueblo, nadie se haga ilusiones de que conquistará el poder pacíficamente en ningún país de este continente, nadie se haga ilusiones; y el que pretenda decirles a las masas semejante cosa, las estará engañando miserablemente.

Esto no quiere decir que hay que agarrar un fusil mañana mismo, en cualquier sitio, y empezar a combatir. Pero no se trata de eso, no se trata de eso. De lo que se trata es de la pugna ideológica entre los que quieren hacer la revolución y los que no quieren hacerla; es la pugna entre los que quieren hacer y los que la quieren frenar. Porque, en esencia, si se puede o existen condiciones inmediatas para tomar las armas o no, eso lo entiende cualquiera. No habría nadie tan sectario, tan dogmático, que dijera que en todas partes hay que agarrar mañana mismo un fusil. Y nosotros mismos no dudamos que hay algunos países para los cuales esta tarea no es una tarea inmediata, pero estamos convencidos de que es una tarea a la larga.

Hay algunos que han dicho tesis todavía más radicales que las cubanas: que los cubanos estimamos que en tal país no hay condiciones para la lucha armada, y que no es así. Y lo bonito es que lo han dicho en algunos casos representantes que no son de las tesis más partidarias de la lucha armada. Nosotros no nos vamos a disgustar. Preferimos que se equivoquen queriendo hacer la revolución, si no hay condiciones inmediatas, a que se equivoquen no queriéndola hacer nunca. ¡Ojalá no se equivoque nadie! Pero con nosotros nadie que quiera luchar de verdad va a tener discrepancias nunca;

y los que no quieren luchar nunca van a tener discrepancias con nosotros siempre.

Nosotros entendemos bien la esencia de la cuestión, y es la pugna entre los que quieren impulsar la revolución y la pugna de los que están enemistados a muerte con la idea de la revolución. Toda una serie de factores han contribuido a esas actitudes.

Esto no quiere decir siempre que basta con tener una posición correcta y todo lo demás está hecho. No. Aun entre los que quieren hacer de verdad la revolución se cometen muchos errores; hay todavía muchas debilidades, eso es cierto. Pero lógicamente nunca tendremos contradicciones antagónicas con nadie —no importan sus errores— que honestamente tenga una actitud revolucionaria.

Entendemos que el pensamiento revolucionario debe adquirir nuevos vuelos; entendemos que hay que ir dejando atrás viejos vicios: las posiciones sectarias de cualquier tipo y las posiciones de los que se creen monopolizadores de la revolución o de la teoría revolucionaria. ¡Y la pobre teoría cómo ha tenido que sufrir en estos procesos, la pobre teoría cómo ha sido maltratada y cómo está siendo todavía maltratada!

Y estos años a todos nos han enseñado a meditar mejor, a analizar mejor. Ya no aceptamos ningún tipo de verdad evidente. Las verdades evidentes pertenecen a la filosofía burguesa. Toda una serie de viejos clisés debieran ser abolidos. La propia literatura marxista, la propia literatura política revolucionaria debiera remozarse, porque a fuerza de repetir clisés, frasecitas y palabritas, que se vienen repitiendo desde hace 35 años, no se conquista a nadie, no se gana a nadie.

Hay veces que los documentos políticos llamados marxistas dan la impresión de que se va a un archivo y se pide un modelo; modelo 14, modelo 13, modelo 12, todos iguales, con la misma palabrería, que lógicamente es un lenguaje incapaz de expresar situaciones reales. Y muchas veces los documentos están divorciados de la vida. Y a mucha gente le dicen que es esto el marxismo... ¿Y en qué se diferencia de un catecismo, y en qué se diferencia de una letanía y de un rosario? Y todo el que se sienta en pose de marxista se siente casi en la obligación de ir a buscar el modelo de manifiesto tal y más cual. Y usted lee 25 manifiestos de 25 organizaciones diferentes y son iguales, tomados de modelos; no convencen a nadie.

Y nada más lejos del pensamiento y del estilo del fundador del marxismo que la palabrería hueca, que la camisa de fuerza obligada para expresar ideas. Porque Marx fue, sin duda, uno de los más grandes y brillantes prosistas de todos los tiempos. Pero peor que las frases son las ideas que encierran muchas veces las frases. Tan mala es la frase sin contenido, como el supuesto contenido de determinadas frases. Porque hay tesis que tienen 40 años de edad; la famosa tesis acerca del papel, por ejemplo —para citar una—, de las burguesías nacionales. Cuánto trabajo ha costado acabarse de convencer que ese es un esquema absurdo a las condiciones de este continente; cuánto papel, cuánta frase, cuánta palabrería, en espera de una burguesía liberal, progresista, antimperialista. Y de verdad que nos preguntamos si hay alguien que a estas horas pueda creer en el papel revolucionario de ninguna burguesía en este continente.

Todas esas ideas han ido teniendo fuerza, se han estado manteniendo durante mucho tiempo; toda una serie de tesis. No voy a decir que el movimiento revolucionario, y en general el movimiento comunista, haya dejado de representar un papel, e incluso un importante papel en la historia del proceso revolucionario y de las ideas revolucionarias en América Latina; adquirió un método, un estilo, y en ciertas cosas no pocas características de iglesia. Y creemos sinceramente que ese carácter debe ser superado.

Claro que a juicio de algunos de estos «ilustres pensadores revolucionarios» nosotros no somos más que unos pequeño-burgueses aventureros y sin madurez revolucionaria. ¡Menos mal que llegó la revolución primero que la madurez! Porque al fin y al cabo los maduros, los supermaduros, se han madurado tanto que se han podrido.

Pero nosotros nos consideramos un Partido marxista-leninista, nos consideramos un Partido Comunista. Y no es un problema de palabra, es un problema de hechos.

No nos consideramos los maestros, no nos consideramos los trazadores de pautas, como se nos quiere atribuir. Pero tenemos el derecho de considerarnos un Partido marxista-leninista, un Partido Comunista.

Y nuestra satisfacción es muy profunda, y miramos con júbilo y no con nostalgia, con alegría y no con tristeza, que las filas del movimiento revolucionario se amplíen, que las organizaciones revolucionarias se multipliquen, que el espíritu marxista-leninista se abra paso, es decir, las ideas marxista-leninistas; y experimentamos una profunda satisfacción cuando

en la resolución final de esta conferencia se proclama que el movimiento revolucionario en América Latina está orientado por las ideas marxista-leninistas.

Eso significa que la mentalidad de capilla estrecha de convento, debe ser superada. Y nosotros, como Partido Comunista, lucharemos por la superación de esa estrecha concepción, de ese espíritu estrecho. Y debemos decir que como Partido marxista-leninista pertenecemos a la OLAS, como Partido marxista-leninista pertenecemos no a un grupo dentro del movimiento revolucionario sino a una organización que abarca a todos los verdaderos revolucionarios, y no miraremos con prejuicio a ningún revolucionario.

Es decir que hay un movimiento en este continente mucho más amplio que el movimiento constituido simplemente por los partidos comunistas en América Latina, y que a ese movimiento amplio nos debemos nosotros, y que juzgaremos la conducta de las organizaciones no por lo que digan que son sino por lo que demuestren que son, por lo que hagan, por su conducta.

Y nos sentimos muy satisfechos de que nuestro Partido se vierta de corazón en el seno de un movimiento mucho más amplio, como es el movimiento que acaba de tener esta primera conferencia.

La importancia de la guerrilla, el papel de vanguardia de la guerrilla… Sobre la guerrilla mucho pudiera hablarse, pero no es posible en un acto como este. Pero las experiencias guerrilleras en este continente han enseñado muchas cosas; entre ellas el terrible error, la absurda concepción de que desde la ciudad se puede dirigir el movimiento guerrillero.

Es por eso la tesis de que se tiene que unificar el mando político y militar. Es por eso nuestra convicción de que no solamente es una estupidez sino que es un crimen querer dirigir la guerrilla desde la ciudad. Y las consecuencias de ese absurdo hemos tenido ocasión de apreciarlas muchas veces. Y es necesario que esas concepciones sean superadas, y por eso consideramos de gran importancia la resolución de la conferencia.

La guerrilla está llamada a ser el núcleo fundamental del movimiento revolucionario. No quiere decirse que la preparación del movimiento guerrillero pueda surgir sin ningún trabajo previo; no quiere decir que el movimiento guerrillero sea algo que puede prescindir de una dirección política. ¡No! No negamos el papel de la organización dirigente, no negamos el papel de la organización política. La guerrilla es organizada por un movimiento político, por una organización política. Lo que creemos incompatible con

una correcta concepción de la lucha guerrillera es la pretensión de dirigir la guerrilla desde la ciudad. Y en las condiciones de nuestro continente será muy difícil suprimir el rol de la guerrilla.

Hay algunos que se preguntan si puede darse un caso, en un país de América Latina, que se llegue al poder sin la lucha armada. Y desde luego, teóricamente, hipotéticamente cuando una buena parte del continente se haya liberado, nada tiene de extraño en esas condiciones que en un país por excepción triunfe fácilmente la revolución. Pero eso no quiere decir que la revolución haya triunfado en ningún país sin lucha. No se habrá derramado la sangre de los revolucionarios de aquel país, pero aquella victoria solo sería posible gracias al esfuerzo y a los sacrificios y a la sangre de los revolucionarios de todo un continente.

Sería por tanto falso decir que allí se hizo la revolución sin luchar. Eso sería siempre una mentira. Y no creo que sea propio de ningún revolucionario esperar cruzado de brazos hasta que todos los demás pueblos luchen para entonces esperar que se hayan creado las condiciones de triunfar allí sin lucha. Eso no sería propio de revolucionarios.

Los que crean de verdad que el tránsito pacífico es posible en algún país de este continente, no nos explicamos a qué clase de tránsito pacífico se refieren como no sea un tránsito pacífico de acuerdo con el imperialismo. Porque para lograr pacíficamente la victoria, si en la práctica fuera posible, teniendo en cuenta que los mecanismos de la burguesía, de las oligarquías y del imperialismo controlan todos los recursos para la lucha pacífica... Y después escucha usted a un revolucionario que dice: Nos aplastaron, nos organizaron doscientos programas de radio, tantos periódicos, tantas revistas, tanta televisión, tanto esto, tanto lo otro. Y es como para preguntarle: ¿y qué tú esperabas? ¿Que iban a poner la televisión, el radio, la revista, los periódicos, la imprenta, todo en tus manos? ¿O no te das cuenta que ese es el instrumento de las clases dominantes precisamente para aplastar a la Revolución?

Se quejan de que los burgueses y los oligarcas los aplasten con sus campañas, como si eso fuera cosa de sorprender a nadie. Lo primero que tiene que comprender un revolucionario es que las clases dominantes han organizado el Estado de manera de poder mantenerlo por todos los medios. Y se valen no solo de las armas, se valen no solo de las armas físicas, no solo de los fusiles, sino se valen de todos los instrumentos para influir, para engañar, para confundir.

Y los que creen que les van a ganar en unas elecciones a los imperialistas no son más que unos ingenuos; y los que creen que incluso el día que ganen unas elecciones los van a dejar tomar posesión, no son más que unos super ingenuos. Se necesita haber vivido un proceso revolucionario y saber todo lo que es el aparato de fuerza mediante el cual las clases dominantes mantienen su sistema, lo que hay que luchar, lo difícil que resulta.

Esto no implica la negación de formas de lucha. Cuando alguien escribe un manifiesto en un periódico, va a un acto, realiza un mitin, predica una idea, puede estar empleando los llamados famosos medios legales. Aquí hay que acabar con esa distinción de medios legales o ilegales, para llamar medios revolucionarios o no revolucionarios.

El revolucionario en función de su idea y su propósito revolucionario emplea los distintos medios. La esencia de la cuestión está en si se le va a hacer creer a las masas que el movimiento revolucionario, que el socialismo, va a llegar al poder sin lucha, que va a llegar al poder pacíficamente. ¡Y eso es una mentira! Y los que afirmen en cualquier lugar de América Latina que van a llegar pacíficamente al poder estarán engañando a las masas.

Estamos hablando de las condiciones de América Latina. No queremos meternos en otros líos, que son ya bastante grandes, de los que tienen otras organizaciones revolucionarias en otros países como en Europa, pero estamos hablando para la América Latina. Y desde luego si se conformaran con sus errores, ¡pero pretenden alentar los errores de los equivocados en este continente! De manera que alguna prensa llamada revolucionaria ha hecho ataques contra Cuba por nuestras posiciones revolucionarias en América Latina. ¡Buena cosa: no han sabido ser revolucionarios allá y nos quieren enseñar a ser revolucionarios aquí!

Pero no tenemos ninguna impaciencia por desatar polémicas. Tenemos bastantes cosas y cuestiones en las cuales concentrarnos; pero, desde luego, no pasaremos por alto los ataques directos o indirectos, de lado o abiertos de algunos neosocialdemócratas de Europa.

Y estas son ideas claras. Estamos absolutamente convencidos de que hay, a la larga, como lo ha expresado la resolución, un camino nada más: el papel de la guerrilla en América Latina.

¿Quiere esto acaso decir que si se alza un cuartel porque hay unos cuantos militares revolucionarios no se va a apoyar eso porque no es guerrilla? ¡No! Lo estúpido es haber creído, como hizo alguna organización, el que con

alzamiento de cuarteles iba a hacer la revolución; lo estúpido es alzar un cuartel, como ha ocurrido en algunas ocasiones, y después dejarse aplastar por fuerzas absolutamente mayoritarias en aquel cuartel.

Surgen situaciones nuevas, pueden surgir situaciones nuevas; no negamos eso. Surgió en Santo Domingo, por ejemplo, un caso típico: levantamiento militar que fue adquiriendo un carácter revolucionario.

Pero, desde luego, eso no significa que el movimiento revolucionario tenga que estar a la expectativa de lo que pueda surgir, de lo que pueda ocurrir. Nadie pudo prever, nadie pudo calcular la forma, el carácter que adquirió el movimiento revolucionario y que adquirió, sobre todo, con la intervención imperialista.

Es decir que al enfatizar el papel de la guerrilla como tarea inmediata en todos aquellos países en que existen condiciones reales, no se descarta otra forma de lucha armada revolucionaria.

El movimiento revolucionario debe estar en condiciones de aprovechar, incluso de apoyar, toda manifestación de lucha que surja y que pueda evolucionar, o que pueda fortalecer las posiciones de los revolucionarios; lo que no creo es que pueda haber ninguno que se llame revolucionario esperando que un cuartel se alce para hacer una revolución, que pueda haber ningún revolucionario soñando que va a hacer la revolución mediante revueltas de cuarteles. El alzamiento de unidades militares puede constituir un factor, factores imponderables que surgen; pero ningún movimiento realmente serio y revolucionario se dedicaría a trabajar partiendo de esas eventualidades.

La guerrilla es la forma principal de lucha, y eso no excluye todas las demás manifestaciones de lucha armada que puedan surgir.

Y es necesario, era muy necesario que estas ideas se esclarecieran, porque hemos tenido experiencias muy amargas; no los golpes o los reveses de tipo militar, sino las frustraciones de tipo político, las consecuencias, a la larga funestas y desastrosas para el movimiento revolucionario, de una serie de concepciones equivocadas. El caso más doloroso fue el caso de Venezuela.

En Venezuela se desarrollaba el movimiento revolucionario, y el movimiento revolucionario ha tenido que pagar seriamente las consecuencias de la absurda concepción de querer dirigir desde la ciudad el movimiento guerrillero, de querer usar el movimiento guerrillero como instrumento de maniobra política, de querer usar el movimiento guerrillero como ins-

trumento de la politiquería; las consecuencias que pueden derivarse de actitudes incorrectas, de actitudes equivocadas y, en muchas ocasiones, de actitudes inmorales.

Y el caso de Venezuela es un caso muy digno de tenerse en cuenta, porque si no aprendemos de las lecciones de Venezuela no aprenderemos jamás.

Desde luego que el movimiento guerrillero en Venezuela está muy lejos de haber sido aplastado, a pesar de la traición. Y nosotros, señores, pronunciamos la palabra traición con todo el derecho.

Sabemos que a algunos no les agrada; algunos se sentirán hasta incluso ofendidos. Ojalá un día se convenzan de que no tienen ninguna razón para ofenderse quienes no lleven también en su alma el germen de la traición.

El caso de Venezuela es elocuente en muchos aspectos, porque en Venezuela un grupo, que dirigía un partido con todos esos vicios de concepción, casi logró lo que no pudo lograr el imperialismo ni pudieron lograr las fuerzas represivas del régimen.

El partido, o más que el partido la dirección derechista del partido de Venezuela, ha llegado a situarse en una posición prácticamente de enemigo de los revolucionarios, en un instrumento del imperialismo y de la oligarquía. Y no digo esto por decir cosas; no soy un calumniador, no soy un difamador.

Nosotros tenemos cuestiones pendientes con ese grupo de traidores. No hemos sido azuzadores de polémicas, no hemos sido nosotros provocadores de conflictos; lejos de eso, durante mucho tiempo calladamente soportamos toda una serie de documentos y toda una serie de ataques de esa dirección derechista, en la misma medida en que esa dirección abandonaba a los guerrilleros y marchaba al camino de la conciliación y del entreguismo.

Nosotros fuimos víctimas del engaño. Nos hablaron primero de una cosa rara —porque muchos de estos problemas se inician con una serie de cosas raras—, empezaron a hablar de paz democrática. Y nosotros decíamos: «¿Qué demonios significa eso de paz democrática? ¿Qué quiere decir eso? Está raro, está extraño». Pero nos decían: «No, esa es una consigna revolucionaria para ampliar el frente, para unir fuerzas, para enfrentar un frente amplio». ¿Frente amplio? Bueno, un frente amplio teóricamente quién lo va a impugnar. «No, tengan fe en nosotros».

Después, al cabo de algunos meses, empezaron a hablar de repliegues tácticos. ¿Repliegues tácticos? ¡Qué extraño está todo eso!

Porque si nos hubieran dicho la verdad podíamos haber discrepado, podríamos haber dudado, lo que fuera; pero nunca...

Un repliegue táctico: eso le decían a la militancia, eso le decían al pueblo.

Después del repliegue táctico, el intento de cesar la lucha, el intento de suprimir el movimiento guerrillero. Porque cualquiera sabe, además, que en una guerrilla no hay repliegue táctico; porque una guerrilla que se repliega es como un avión que para las hélices en el aire, o para los motores en el aire: va al suelo. Eso de repliegue táctico tiene que haber sido de uno de esos geniales inventores de grandilocuentes teorías revolucionarias. Cualquiera que tenga una idea de lo que es una guerrilla y empiece a oír hablar de replegar a los guerrilleros, dice: «Este hombre está barbarizando, barbarizando». Una guerrilla puede ser retirada totalmente; una guerrilla no puede ser replegada.

Se iban quitando la careta poco a poco. Hasta que un día se la quitaron de una vez, y dijeron: «Vamos a las elecciones». Y se declararon electoralistas.

Pero aun antes de que se declararan electoralistas, perpetraron uno de los hechos más infamantes que pueda cometer un partido revolucionario: comenzaron a actuar como delatores, como acusadores públicos de la guerrilla. Aprovecharon el caso de Iribarren Borges y aprovecharon ese episodio para empezar abierta y públicamente a acusar al movimiento guerrillero, prácticamente a echarlo en las fauces de las fieras represivas del régimen. El gobierno tenía los fusiles y tenía los soldados para perseguir a los guerrilleros que se negaban a replegarse; pero el llamado partido, o la dirección derechista de un partido que se había apoderado allí del mando, que lo tenía, se encargaba de armar moralmente y políticamente a las fuerzas represivas que perseguían a los guerrilleros.

Y nosotros honestamente tenemos que preguntarnos cómo podíamos nosotros, un partido revolucionario, apañar en nombre de ningún argumento, de ninguna razón de convento o de capilla, la actitud de un partido que trataba de armar moralmente a las fuerzas represivas que perseguían a los guerrilleros.

Entonces empezó la fraseología, empezaron las acusaciones, diciéndonos que estábamos creando fraccionalismos, ¡que estábamos creando fraccionalismos!

No se trataba de un grupo de charlatanes, se trataba de un grupo de guerrilleros que llevaban años en las montañas, de combatientes que habían ido allí y habían sufrido todo tipo de abandono, de olvido. ¿Acaso los revolucionarios podían decir: «Sí, una vez más tienen razón ustedes que nos han estado engañando, que nos empezaron a hablar de esto y de lo otro y de lo otro para después hacer esto?».

Y, naturalmente, nosotros expusimos públicamente nuestra condenación, ya después que se habían hecho una serie de pronunciamientos por parte de esa dirección derechista contra nuestro Partido, condenando la forma alevosa con que se valían del incidente del caso de Iribarren para calumniar y para atacar a los revolucionarios.

Lógicamente aquello provocó la airada e indignada protesta de esa dirección derechista, que nos hizo objeto de una serie de diatribas. No contestaron uno solo de los argumentos, no fueron capaces de contestar uno solo de los argumentos, y escribieron una respuesta de sensiblería barata: que nosotros éramos unos innobles, que atacábamos a un partido en la clandestinidad, que combatíamos a la más aguerrida, a la más heroica organización antimperialista. Y escribieron una respuesta contra nosotros.

¿Por qué ha sido necesario traer aquí esa respuesta? Porque este documento se convirtió en argumento de toda una mafia, una verdadera mafia de detractores y de calumniadores de la Revolución Cubana. Y este incidente sirvió para el inicio de una verdadera conspiración internacional en contra de la Revolución Cubana, una verdadera conjura contra nuestra Revolución. [...]

En primer lugar, ha habido un intento deliberado de tergiversar nuestra opinión al respecto. Pero, además, estos señores de la dirección derechista del Partido Comunista de Venezuela perseguían un propósito; y lo hacen, además, de una forma muy inmoral. Porque en cierta ocasión, cuando el gobierno de Leoni andaba tratando de lograr establecer relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, nosotros fuimos consultados y dimos nuestra opinión; estos señores fueron consultados y dieron también su opinión negativa en ese sentido.

¿Por qué estos señores acuden a este argumento y traen a la discusión un problema que no se estaba discutiendo con ellos? Esto es bien claro, esto forma parte de la conjura, de la conspiración en que participan estos elementos, y similares a ellos, junto al imperialismo, para crearle a la Revolución

un grave conflicto con los países del campo socialista. Es indiscutible que este argumento es una de las cosas más bajas, más miserables, más pérfidas y más provocadoras. Se pretendía presentar una contradicción entre nuestra posición y el comercio con los países capitalistas. Mas como este argumento hasta muy recientemente ha estado siendo utilizado por la mafia, y no solo se publicó abiertamente —y lo publicaron los periódicos capitalistas y la prensa capitalista, y han divulgado esa carta las organizaciones contrarrevolucionarias—, sino que *asotto voce*, en corrillos, en conciliábulos, los conspiradores y los detractores de la Revolución Cubana han empleado este asqueroso argumento.

En primer lugar, se miente cuando se afirma que Cuba se opone al comercio. En todas las organizaciones internacionales, en todas las conferencias económicas, en todos los organismos en que Cuba ha participado como Estado ha denunciado incesantemente la política de bloqueo imperialista; y ha denunciado, como una violación de la libertad de comercio y del derecho de todos los países a comerciar unos con otros, los actos del gobierno de Estados Unidos contra nuestro país. Esa posición la ha mantenido inflexiblemente Cuba en todo momento, esa ha sido una política que con hechos la podemos demostrar en toda la historia de las relaciones comerciales de nuestro país.

Nuestra posición no se refiere al comercio, no se refirió nunca al comercio. Y esa posición nuestra la saben los soviéticos, son puntos de vista que nosotros les hemos expresado.

Nosotros nos referimos al problema de la ayuda financiera y técnica de cualquier Estado socialista a esos países. Que ni se confunda ni se quiera confundir una cosa con la otra, ¡qué ni se confunda ni se quiera confundir una cosa con la otra! Incluso algunos Estados socialistas llegaron hasta a ofrecerle prestamos en dólares al señor Lleras Restrepo porque andaba en líos con el Fondo Monetario Internacional.

Y nosotros nos preguntábamos: ¿Cómo puede ser esto? ¡Esto es absurdo! ¡Prestamos en dólares a un gobierno oligárquico que está reprimiendo a los guerrilleros, que está persiguiendo y que está asesinando guerrilleros! Y la guerra se hace, entre otras cosas, con dinero; sobre todo, los oligarcas no tienen otra cosa para hacer la guerra que el dinero con que pagar soldados mercenarios.

Y a nosotros esto nos parecía absurdo. Y todo lo que implique ayuda financiera y técnica a cualquiera de esos países que están reprimiendo al

movimiento revolucionario, países que son cómplices del bloqueo imperialista contra Cuba, nosotros lo condenamos. Es lamentable que tengamos que abundar en este problema; pero, naturalmente, es el argumento número uno de la mafia.

Y es lógico. Cuba es un pequeño país contra el cual Estados Unidos practica un bloqueo implacable. A algunos de los aquí presentes les explicábamos nosotros en Gran Tierra cómo cosas tan insignificantes como conseguir un puñado de semillas de cualquier variedad de arroz, de algodón, de cualquier cosa, los imperialistas hacen lo indecible para que nosotros no podamos obtenerlas; semillas de cualquier tipo de grano, de vegetales, de cualquier cosa.

Nadie es capaz de imaginarse hasta qué grado de rigor lleva el imperialismo el bloqueo contra nuestro país, de tipo económico. Y todos esos gobiernos son cómplices, todos esos gobiernos han violado los más elementales principios de la libertad de comercio, del derecho de los pueblos a comerciar libremente; esos gobiernos ayudan al imperialismo en el intento de estrangular por hambre al pueblo de Cuba.

Y si eso es verdad, si eso es así, y si el internacionalismo existe, si la solidaridad es una palabra que merece ser pronunciada, lo menos que nosotros podemos esperar de cualquier Estado del campo socialista es que no le preste ayuda financiera ni técnica a ninguno de esos gobiernos.

Es verdaderamente repugnante que se emplee este argumento asqueroso como para poner a prueba la firmeza revolucionaria de este país, o como para provocar conflictos a este país. Y, verdaderamente, la firmeza de este país, su política de principio, su decisión de actuar responsablemente, ¡sí!, cuidadosamente, ¡sí!; evitar hasta donde sea posible evitar polémicas y conflictos, ¡sí! ¡Pero jamás creer que en ninguna circunstancia por difícil que sea, que ante ningún problema por grande que sea, van a poner nuestra dignidad y nuestra conciencia de revolucionarios contra la pared! Porque si así fuéramos, si así fuese la dirección de este Partido, hace rato que se habría rendido ante el más grande y mortal de los peligros, que son los peligros que provienen, frente al imperialismo, de nuestra indoblegable postura política.

E igualmente repugnante que pretendan encontrar una contradicción entre esta posición y la política comercial de Cuba con el mundo capitalista. Los imperialistas han tratado de imponernos el cerco y lo que hay que

preguntar es no con qué países comerciamos, sino con cuántos países en el vasto mundo no comerciamos, simplemente porque uno a uno, y bajo una incesante y creciente presión imperialista, han roto con nosotros relaciones comerciales. No hemos roto nunca nosotros esas relaciones. De eso se ha encargado el imperialismo, como se ha encargado el imperialismo de que una por una rompan con Cuba las relaciones diplomáticas. Nunca nosotros las hemos roto con nadie. Son armas que ha empleado contra la Revolución Cubana el imperialismo, en las relaciones diplomáticas, en las relaciones comerciales.

Y vale la pena que también hablemos de relaciones comerciales, porque algunos de la mafia —y no puedo de otra forma calificar a quienes de forma tan calumniosa y baja, carentes de ningún argumento de seriedad y de fuerza atacan a nuestra Revolución— han hablado del no rompimiento de nuestras relaciones con el Estado de Israel, en nuestras relaciones diplomáticas. Tampoco nuestro país rompió relaciones con Albania cuando un gran número de países del campo socialista rompieron con ese país; tampoco rompimos con la Alemania Federal, pero la Alemania Federal no quiso aceptar que este país estableciera relaciones con la República Democrática Alemana. Y aunque nosotros sabíamos que la consecuencia era ruptura de relaciones diplomáticas y comerciales, no tuvo este país la menor vacilación en establecer, entre los primeros, sus relaciones diplomáticas con la República Democrática Alemana. Y jamás este país ha vacilado en lo más mínimo para poner por delante intereses económicos por encima de los principios políticos, porque, si así fuésemos, hace mucho rato que hubiéramos encontrado millones de razones para conciliarnos con el imperialismo, más aún en estos tiempos en que eso está tan de moda.

Hacer la menor insinuación de que seguimos una política mezquina de intereses en nuestra postura internacional, es el olvido de lo que ha costado a este país sus indoblegables posiciones, su solidaridad con numerosos países, entre ellos con Argelia, no obstante que ello dio pretexto para que otro país —que era uno de los más grandes compradores de azúcar de Cuba— encontrara argumentos para justificar las presiones del imperialismo para que no nos comprara más azúcar. Y son muchos los hechos.

Y nuestro pueblo siempre vio, y entendíamos que todo el mundo comprendía con claridad, que cada vez que una presión imperialista fracasaba para tratar de que no nos vendieran ni nos compraran, era una victoria de

nuestra Revolución frente al bloqueo. Y siempre vimos como una manifestación de la actitud en cierto sentido de defensa —y de eso hemos hablado públicamente, de eso hemos hablado en la Plaza de la Revolución en fecha no muy lejana—, cómo Europa no podía aceptar y por qué no podía aceptar las presiones imperialistas, por qué Europa resistía, por qué Europa, a pesar de su desarrollo económico e industrial, tiene que resistir la competencia de los monopolios yanquis, los intentos del imperialismo yanqui de apoderarse de la economía de esos países, y cómo por una cuestión de interés era imposible que aceptaran las presiones imperialistas; y puesto que Cuba pagaba, y pagaba puntualmente, y puesto que Cuba era un mercado creciente, los imperialistas habían fracasado rotundamente en lograr que todo el mundo capitalista —como ellos querían— rompiesen las relaciones comerciales con Cuba.

¿Qué tiene que ver esto con nuestros argumentos? ¿Qué tiene que ver esto con nuestros planteamientos? Si los imperialistas hubiesen logrado su propósito habrían hecho mucho más difícil todavía el camino de la Revolución.

Porque, ¿tenemos comercio con el campo socialista? Si, comercio prácticamente de trueque, la llamada moneda convenio, que vale nada más que en el país con el cual existe el convenio. Y si cualquiera de las cosas que puede necesitar el país, como medicinas —por ejemplo— de un tipo determinado, asuntos esenciales para la vida de nuestro pueblo, y los organismos encargados del comercio en cualquier país socialista dicen «no tengo»; siempre tenemos que irlas a buscar en otros mercados y pagar en moneda de otro país. Y es ahí donde precisamente el imperialismo trata de apretarnos más. Y si, un día hemos comprado medicinas en países capitalistas, porque no las podíamos obtener, o cualquier producto similar, en un país socialista para salvar la vida de enfermos, de niños, para reducir —como hemos reducido— los índices de mortalidad infantil, los índices de mortalidad en general, y lograr la posición que hoy tiene Cuba —por ejemplo— en la salud pública y en otros muchos campos, aparentemente que somos criminales, aparentemente que somos gente sin principios, aparentemente que somos unos inmorales, aparentemente que estamos en contradicción con lo que proclamamos, aparentemente que lo que nosotros planteamos y lo otro es igual.

Y lo mismo han hecho con el argumento del rompimiento de relaciones con el Estado de Israel. Espero que a nadie le quepa la más absoluta duda de cuál ha sido la posición de Cuba en ese doloroso problema: posición de principio, posición intransigente, posición firme. Solo que a nosotros no nos gustan las «hojitas de parra».

¿Qué es Israel? Un Estado instrumento del imperialismo yanqui, el instigador, el protector de ese Estado. Y por eso les pregunto a los de la mafia, que intentan calumniar a Cuba con esos argumentos, ¿por qué no rompen relaciones con el gobierno de Estados Unidos de Norteamérica? Por fin es que si no somos unos dóciles *yes-man*, que somos unos inmorales, que somos una gente sin principios, que somos una gente llena de contradicciones ideológicas... Y todo esto no forma sino parte de una repugnante conspiración para crear un conflicto entre la Revolución Cubana y los Estados del campo socialista.

Nosotros no somos provocadores de conflictos, nosotros no buscamos innecesariamente, gratuitamente, crear conflictos de esa naturaleza. Creo que en un grado alto, frente a un enemigo poderoso, la interdependencia entre los movimientos, los partidos, los estados revolucionarios, crecerá. Mucho podemos quererla un país tan pequeñito como el nuestro, sin ninguna posibilidad de autarquía económica, necesitados sobre todo del armamento para defendernos de los imperialistas yanquis. Nadie puede concebirnos a nosotros en el plan de actuar de una manera irresponsable y crear problemas que puedan ser evitables. Pero entre esa posición y esa actitud de Cuba, y la idea de que a este país se le pueda chantajear con provocaciones de esa índole, hay un profundo abismo.

Y realmente en el fondo es una conjura de estos elementos de la mafia reaccionaria dentro del movimiento revolucionario y el imperialismo yanqui, una conjura para crear un conflicto entre nuestra Revolución y los Estados del campo socialista. Porque ya de hecho lo que pretenden, lo que demandan, lo que exigen, es que el campo socialista se sume también al bloqueo imperialista contra Cuba.

Es ni más ni menos en el fondo lo que buscan y no lo ocultan. [...]

No somos buscadores deliberados de conflictos, de problemas, de situaciones difíciles. Esa no será nunca la actitud de la Revolución. Nunca verán a la Revolución en una actitud irresponsable, absurda, ¡no! ¡Pero nunca ve-

rán a la Revolución vacilar, nunca verán a la Revolución claudicar, nunca verán a la Revolución ceder un ápice de sus principios!

Porque «Patria o Muerte» quiere decir muchas cosas. ¡Quiere decir revolucionarios o muertos, pueblo digno o muerto! Y el hecho de que hablemos de «Patria o Muerte» no significa que tengamos un sentido fatalista. Es expresión de una determinación. Cuando decimos muertos, queremos decir que, además de muertos nosotros, también muchos enemigos muertos. ¿Matar a este país? ¡Para matar a este país no alcanza la sangre de todos los soldados del imperialismo yanqui!

Estos hechos, estas actitudes, nos están llamando a todos al orden; nos están llamando a todos al razonamiento y al esclarecimiento. Estas actitudes son el resultado no del desarrollo sino de la degeneración de las ideas revolucionarias y de la conciencia revolucionaria.

Los acuerdos de la OLAS no significan que todo esté hecho. No significa que la lucha ha cesado. También cuando la Tricontinental hubo acuerdos, y hubo quienes suscribieron los acuerdos y no se acordaron más nunca de ellos.

Hay que luchar. Tenemos que luchar. Y verdaderamente que nada se puede concebir más ridículo que la afirmación de que Cuba pretende erigirse en árbitro, cabeza, guía. ¡No! Y voy a decir cómo realmente pensamos nosotros: ¡No tiene por qué haber pueblos guías, y mucho menos hombres guías! ¡Lo que se necesitan son ideas guías! Y serán las ideas revolucionarias la única y la verdadera guía de nuestros pueblos. ¡Nos batimos por nuestras ideas! ¡Defendemos ideas! Pero defender ideas no significa la pretensión de dirigir a nadie. Son nuestras ideas y las defendemos, las ideas revolucionarias. Pero nada más ridículo, porque el mundo no necesita países guías, ni partidos guías, ni hombres guías. El mundo, y sobre todo nuestro pueblo latinoamericano, necesita ideas guías.

Y las ideas se irán abriendo paso. Conocemos ese proceso. Al principio, cuando algunos empezamos a concebir la idea de la lucha armada en nuestro país, y empezamos a luchar muy pocos creían en esta posibilidad, muy pocos. Y durante mucho tiempo fuimos muy pocos. Y después poco a poco esas ideas fueron ganando prestigio, fueron ganando conciencia, y llegó un momento en que todo el mundo creía y triunfó la Revolución.

¡Qué trabajo había costado hacer triunfar la idea de que la lucha del pueblo contra los ejércitos profesionales modernos era posible para hacer

una Revolución! Y cuando eso quedó demostrado, después del triunfo de la Revolución, ¿qué ocurrió? De tal manera todo el mundo creía en esta verdad, que los contrarrevolucionarios creyeron que era también una verdad para ellos, y vino entonces la organización de guerrillas y de bandas contrarrevolucionarias, y hasta el más manso, el más pacífico de los contrarrevolucionarios, el más charlatán contrarrevolucionario de parque —de un parque— agarraba, se unía a una banda y se alzaba. Entonces hubo que demostrarles que estaban equivocados, que esa era una verdad de la Revolución frente a las oligarquías; pero una contrarrevolución de oligarcas, una guerra de guerrillas de oligarcas y de reaccionarios contra una revolución social es imposible. ¡Y trabajo que costó!, hasta que demostramos esa verdad.

Hemos tenido que demostrar una y otra: la de que es imposible que los oligarcas se puedan defender de la lucha del pueblo; y la de que es imposible que el pueblo pueda ser derrocado mediante guerrillas contrarrevolucionarias. Y la CIA sabe eso. ¿Ustedes saben quién es posiblemente el más convencido de la eficacia de la lucha armada guerrillera revolucionaria y de la incapacidad de las oligarquías para resistir la lucha armada guerrillera del pueblo? ¿Saben quién? La CIA, Johnson, McNamara, Dean Rusk, el imperialismo yanqui. Son los más convencidos.

Y uno se pregunta: ¿Cómo es posible que estos gusanos contrarrevolucionarios se dejen confundir y se dejen engañar y se dejen arrastrar hacia la lucha revolucionaria armada contra la Revolución si eso es un imposible? Y es que, señores, forzoso es admitirlo, esos contrarrevolucionarios son más consecuentes que muchos que se autotitulan superrevolucionarios. Son más consecuentes. Creen erróneamente en eso y se dejan arrastrar… Claro, después dicen todo lo que dicen, siempre, eso es una regla sin excepción: que los embarcaron, que los engañaron, que ellos creían que el ejército, que la milicia… Todo eso. Es un disco rayado aquí; eso se sabe…

Y, lógicamente, las ideas en nuestro país han tenido que desarrollarse dialécticamente, en lucha, en pugnas. Y en todos los países será igual; y ningún país estará liberado de esa lucha de ideas. Esas luchas de ideas subsisten incluso en Cuba. No, el hecho de que tengamos un pueblo revolucionario no significa que no haya antagonismos, contradicciones. Aquí hay la contradicción con la contrarrevolución y el imperialismo; y hay contradicciones también con elementos que participan de estas ideas de estos señores reac-

cionarios del Partido de Venezuela. Y en este país también tenemos nuestra microfracción —no le podemos llamar fracción, porque no tiene volumen, no tiene tamaño, no tiene posibilidades, no tiene nada—; es una microfracción que ha existido. ¿De dónde procede esa microfracción? De los viejos sectarios resentidos. Porque nuestra Revolución tiene su historia; nuestra Revolución tiene su historia. Ya decía que al principio muy pocos creían; después muchos creyeron.

Nuestra Revolución pasó por ese proceso, pasó por el proceso del sectarismo, y los sectarios nos crearon serios problemas, con un feroz oportunismo, con una implacable política de persecución contra mucha gente; trajeron elementos de corrupción al seno de la Revolución. Y naturalmente la Revolución con sus métodos, su paciencia, hizo la crítica, fue espléndida, fue generosa con aquel sectarismo. Y no solo eso: que tuvimos que cuidar de que la crítica al sectarismo no engendrara un neosectarismo en las filas de la Revolución, y se impidió eso también. Pero algunos elementos sectarios aguantaron, callaron su resentimiento, y cada vez que han tenido oportunidad la han manifestado. Son los que nunca creyeron en la Revolución como no fuera oportunistamente para tratar de lucrar con el esfuerzo del pueblo revolucionario; para tratar de trepar de una manera indigna. Nunca creyeron en la Revolución, no han aprendido ni en ocho años ni en diez, ni aprenderán nunca.

Y entiéndase bien: no me refiero a viejos comunistas, porque la peor manifestación del sectarismo y de las actividades de esos sectarios ha sido tratar de involucrar al concepto de viejos comunistas con sus actitudes seudorrevolucionarias.

Hay que decir que la Revolución cuenta y contó siempre con la adhesión de los verdaderos comunistas en este país.

Pero, lógicamente, cuando en el sectarismo hubo resurrección de muchos cobardes que habían abandonado las filas del viejo partido. El oportunismo, el sectarismo, trae todo eso; aislado de las masas trata de crear fuerzas en el favoritismo. Y vinieron los ingresos y los ingresos y los ingresos y los privilegios. Lógicamente, cuando después la Revolución puso freno al sectarismo, impidió las manifestaciones de sectarismo de otro tipo, porque esa ha sido siempre nuestra posición, esa ha sido siempre la posición de la dirección revolucionaria: ha tratado siempre de buscar la mejor solución, ha tratado de superar siempre esos problemas con el estilo propio de nuestra

Revolución, sin incurrir en excesos de ningún tipo, prefiriendo pecar por omisión que por exceso.

Y nosotros aquí también tenemos nuestra microfracción, integrada por elementos de viejos sectarios, que no es lo mismo que viejos comunistas. Y repito, el daño más grande es el que han tratado de llevar al ánimo de viejos y buenos revolucionarios aunque inútilmente: sus ideas malsanas, sus ideas resentidas. Esos eran de los que, por ejemplo, cuando la Crisis de Octubre creían que nosotros debíamos habernos dejado inspeccionar por el imperialismo yanqui, registrar de pies a cabeza, dejar volar los aviones con vuelos rasantes, ¡todo! Han estado sistemáticamente contra todas las concepciones de la Revolución, contra las más profundas y más sinceras y más puras actitudes revolucionarias de nuestro pueblo; contra nuestra concepción del socialismo, del comunismo, de todo.

Es decir que nadie estará exento. Y esta microfracción tiene las mismas actitudes de esta mafia, esta microfracción constituye una nueva forma de actividad contrarrevolucionaria, en que aspiran lo mismo que Alfa, lo mismo que Faría, lo mismo que Pompeyo y compañía, lo mismo que McNamara, Johnson y toda esa gente.

Ahora tiene la CIA una nueva tesis: ¿Por qué quiere preparar tantos atentados y tanta cosa? Su tesis ahora es que hay que eliminar a Castro para lograr echar para atrás la Revolución, porque el imperialismo va perdiendo terreno. Al principio quería acabar con «la quinta y con los mangos«; ahora, a medida que pierde terreno, ya está más asustado. Ahora la tesis es que hay que moderar la línea de la Revolución, cambiar la línea, lograr que Cuba tenga una posición más moderada —y en esto coinciden Alfa, Johnson, CIA, Faría, microfraccionales, la mafia política. Y son ilusiones. De verdad que no tengo ningún interés en adquirir ninguna póliza de seguro, me importa un bledo que crean lo que crean; no les quiero agradecer a nuestros enemigos jamás que me dejen de considerar enemigo de verdad, no les quiero agradecer que dejen de tratar de hacer todo lo que quieran. Están en su derecho, están en su derecho. No pretendo adquirir ninguna póliza de seguro.

Pero para ustedes creo que es innecesario decir que la línea de esta Revolución no es la línea de Castro, ¡es la línea de un pueblo, es la línea de un grupo dirigente que tiene verdadera historia revolucionaria! ¡Y es la línea consustancial de esta Revolución!

La mafia se alienta unos a otros; la mafia internacional ha estado alentada, grandemente alentada en la idea de que se desarrollen antagonismos insalvables, conflictos insalvables, entre la Revolución Cubana y el campo socialista. Realmente, lo único que podemos decirles es que a nuestra Revolución la honra que nuestros enemigos se ocupen tanto de ella, igual que a todos los revolucionarios de América Latina los tiene que honrar que el imperialismo le haya prestado tanta atención al problema de OLAS.

Amenazaron, pospusieron la OEA, dijeron que iban a hacer y «acabar con la quinta y con los mangos», y que no podía ser esa reunión. Y ha salido una OLAS, representación de un genuino movimiento revolucionario, con sólidas ideas, porque se basan en las realidades; intérprete de la historia del mañana, intérprete del futuro. Porque la OLAS es el símbolo de otras olas, que son las olas revolucionarias de un mar que se encrespa entre nuestros pueblos de doscientos cincuenta millones de habitantes.

Este continente trae en su vientre una revolución; tardará más o menos en nacer, tendrá un parto más o menos difícil, pero inevitable. Nosotros no tenemos la menor duda. Habrá victorias, habrá reveses, habrá avances, habrá retrocesos; pero el advenimiento de una nueva era, la victoria de los pueblos frente a la injusticia, frente a la explotación, frente a la oligarquía, frente al imperialismo, cualesquiera que sean los errores de los hombres, cualesquiera que sean las concepciones equivocadas que puedan tratar de entorpecer el camino, es inevitable.

Nosotros les hemos hablado con plena y absoluta franqueza, nosotros sabemos que los verdaderos revolucionarios siempre serán solidarios con Cuba; nosotros sabemos que ningún verdadero revolucionario, que ningún verdadero comunista en el continente, como en el seno de nuestro pueblo, jamás se dejará arrastrar hacia esas posiciones que lo condujesen a la alianza con el imperialismo, que lo llevase a andar de la mano de los amos imperialistas contra la Revolución Cubana y contra la revolución latinoamericana. Nosotros no condenamos a nadie *a priori*, nosotros no le cerramos las puertas a nadie, nosotros no atacamos a nadie en masa, en bloque; nosotros expresamos nuestras ideas, defendemos nuestras ideas, debatimos estas ideas. Y tenemos absoluta confianza en los revolucionarios, en los verdaderos revolucionarios, en los verdaderos comunistas. Esos no le fallarán a la Revolución, igual que nuestra Revolución jamás le fallará al movimiento revolucionario de América Latina.

No sabemos qué días nos esperan, qué vicisitudes, qué peligros, qué luchas. Simplemente estamos preparados, y cada día tratamos de prepararnos más, y cada día nos prepararemos más.

Pero una cosa podemos decirles: que nos sentimos tranquilos, que nos sentimos seguros, y que esta pequeña isla será siempre como un peñón revolucionario de granito contra cuyas rocas se estrellarán todas las conjuras, todas las intrigas, todas las agresiones. Y que sobre ese peñón revolucionario siempre ondeará una bandera que diga:

¡Patria o Muerte!
¡Venceremos!

10. LA MUERTE DEL CHE GUEVARA

PLAZA DE LA REVOLUCIÓN, LA HABANA, 18 DE OCTUBRE DE 1967

Che Guevara fue herido y capturado en una emboscada por el ejército boliviano el 8 de octubre de 1967. Al día siguiente fue ejecutado a sangre fría, por instrucciones de Washington. Cuando se confirmaron estas noticias, se convoca el 18 de octubre a una velada solemne en memoria del Che, en la Plaza de la Revolución de La Habana, a la cual asistieron casi un millón de personas. Allí, Fidel Castro pronuncia estas sensibles palabras.

Compañeras y compañeros revolucionarios:

Fue un día del mes de julio o agosto de 1955 cuando conocimos al Che. Y en una noche —como él cuenta en sus narraciones— se convirtió en un futuro expedicionario del *Granma*. Pero en aquel entonces aquella expedición no tenía ni barco, ni armas, ni tropas. Y fue así como, junto con Raúl, el Che integró el grupo de los dos primeros de la lista del *Granma*.

Han pasado desde entonces 12 años; han sido 12 años cargados de lucha y de historia. A lo largo de esos años la muerte segó muchas vidas valiosas e irreparables; pero, a la vez, a lo largo de esos años, surgieron personas extraordinarias en estos años de nuestra Revolución y se forjaron entre los hombres de la Revolución, y entre los hombres y el pueblo, lazos de afecto y lazos de amistad que van más allá de toda expresión posible.

Y en esta noche nos reunimos, ustedes y nosotros, para tratar de expresar de algún modo esos sentimientos con relación a quien fue uno de los más familiares, uno de los más admirados, uno de los más queridos y, sin

duda alguna, el más extraordinario de nuestros compañeros de Revolución; expresar esos sentimientos a él y a los héroes que con él han combatido y a los héroes que con él han caído de ese, su ejército internacionalista, que ha estado escribiendo una página gloriosa e imborrable de la historia.

Che era una de esas personas a quien todos le tomaban afecto inmediatamente, por su sencillez, por su carácter, por su naturalidad, por su compañerismo, por su personalidad, por su originalidad, aun cuando todavía no se le conocían las demás singulares virtudes que lo caracterizaron.

En aquellos primeros momentos era el médico de nuestra tropa. Y así fueron surgiendo los lazos y así fueron surgiendo los sentimientos.

Se le veía impregnado de un profundo espíritu de odio y desprecio al imperialismo, no solo porque ya su formación política había adquirido un considerable grado de desarrollo, sino porque hacía muy poco tiempo había tenido la oportunidad de presenciar en Guatemala la criminal intervención imperialista a través de los soldados mercenarios que dieron al traste con la revolución de aquel país.

Para un hombre como él no eran necesarios muchos argumentos. Le bastaba saber que Cuba vivía en una situación similar, le bastaba saber que había hombres decididos a combatir con las armas en la mano esa situación, le bastaba saber que aquellos hombres estaban inspirados en sentimientos genuinamente revolucionarios y patrióticos. Y eso era más que suficiente.

De este modo, un día, a fines de noviembre de 1956, con nosotros emprendió la marcha hacia Cuba. Recuerdo que aquella travesía fue muy dura para él puesto que, dadas las circunstancias en que fue necesario organizar la partida, no pudo siquiera proveerse de las medicinas que necesitaba y toda la travesía la pasó bajo un fuerte ataque de asma sin un solo alivio, pero también sin una sola queja.

Llegamos, emprendimos las primeras marchas, sufrimos el primer revés, y al cabo de algunas semanas nos volvimos a reunir —como ustedes saben— un grupo de los que quedaban de la expedición del *Granma*. Che continuaba siendo médico de nuestra tropa.

Sobrevino el primer combate victorioso y Che fue soldado ya de nuestra tropa y, a la vez, era todavía el médico; sobrevino el segundo combate victorioso y el Che ya no solo fue soldado, sino que fue el más distinguido de los soldados en ese combate, realizando por primera vez una de aquellas proezas singulares que lo caracterizaban en todas las acciones; continuó

desarrollándose nuestra fuerza y sobrevino ya un combate de extraordinaria importancia en aquel momento.

La situación era difícil. Las informaciones eran en muchos sentidos erróneas. Ibamos a atacar en pleno día, al amanecer, una posición fuertemente defendida, a orillas del mar, bien armada y con tropas enemigas a nuestra retaguardia, a no mucha distancia, y en medio de aquella situación de confusión en que fue necesario pedirles a los hombres un esfuerzo supremo, una vez que el compañero Juan Almeida asumió una de las misiones más difíciles, sin embargo quedaba uno de los flancos completamente desprovisto de fuerzas, quedaba uno de los flancos sin una fuerza atacante que podía poner en peligro la operación. Y en aquel instante Che, que todavía era médico, pidió tres o cuatro hombres, entre ellos un hombre con un fusil ametralladora, y en cuestión de segundos emprendió rápidamente la marcha para asumir la misión de ataque desde aquella dirección.

Y en aquella ocasión no solo fue combatiente distinguido, sino que además fue también médico distinguido, prestando asistencia a los compañeros heridos, asistiendo a la vez a los soldados enemigos heridos. Y cuando fue necesario abandonar aquella posición, una vez ocupadas todas las armas y emprender una larga marcha, acosados por distintas fuerzas enemigas, fue necesario que alguien permaneciese junto a los heridos, y junto a los heridos permaneció el Che. Ayudado por un grupo pequeño de nuestros soldados, los atendió, les salvó la vida y se incorporó con ellos ulteriormente a la columna.

Ya a partir de aquel instante descollaba como un jefe capaz y valiente, de ese tipo de hombres que cuando hay que cumplir una misión difícil no espera que le pidan que lleve a cabo la misión.

Así hizo cuando el combate de El Uvero, pero así había hecho también en una ocasión no mencionada cuando en los primeros tiempos, merced a una traición, nuestra pequeña tropa fue sorpresivamente atacada por numerosos aviones y cuando nos retirábamos bajo el bombardeo y habíamos caminado ya un trecho nos recordamos de algunos fusiles, de algunos soldados campesinos que habían estado con nosotros en las primeras acciones y habían pedido después permiso para visitar a sus familiares cuando todavía no había en nuestro incipiente ejército mucha disciplina. Y en aquel momento se consideró la posibilidad de que aquellos fusiles se perdieran.

Recordamos cómo nada más planteado el problema, y bajo el bombardeo, el Che se ofreció, y ofreciéndose salió rápidamente a recuperar aquellos fusiles.

Esa era una de sus características esenciales: la disposición inmediata, instantánea, a ofrecerse para realizar la misión más peligrosa. Y aquello, naturalmente, suscitaba la admiración, la doble admiración hacia aquel compañero que luchaba junto a nosotros, que no había nacido en esta tierra, que era un hombre de ideas profundas, que era un hombre en cuya mente bullían sueños de lucha en otras partes del continente y, sin embargo, aquel altruismo, aquel desinterés, aquella disposición a hacer siempre lo más difícil, a arriesgar su vida constantemente.

Fue así como se ganó los grados de comandante y de jefe de la segunda columna que se organizara en la Sierra Maestra; fue así como comenzó a crecer su prestigio, como comenzó a adquirir su fama de magnífico combatiente que hubo de llevar a los grados más altos en el transcurso de la guerra.

Che era un insuperable soldado; Che era un insuperable jefe; Che era, desde el punto militar, un hombre extraordinariamente capaz, extraordinariamente valeroso, extraordinariamente agresivo. Si como guerrillero tenía un talón de Aquiles, ese talón de Aquiles era su excesiva agresividad, era su absoluto desprecio al peligro.

Los enemigos pretenden sacar conclusiones de su muerte. ¡Che era un maestro de la guerra, Che era un artista de la lucha guerrillera! Y lo demostró infinidad de veces pero lo demostró sobre todo en dos extraordinarias proezas, como fue una de ellas la invasión al frente de una columna, perseguida esa columna por miles de soldados por territorio absolutamente llano y desconocido, realizando —junto con Camilo— una formidable hazaña militar. Pero, además, lo demostró en su fulminante campaña en Las Villas; y lo demostró, sobre todo, en su audaz ataque a la ciudad de Santa Clara, penetrando con una columna de apenas trescientos hombres en una ciudad defendida por tanques, artillería y varios miles de soldados de infantería.

Esas dos hazañas lo consagran como un jefe extraordinariamente capaz, como un maestro, como un artista de la guerra revolucionaria.

Sin embargo, de su muerte heroica y gloriosa pretenden negar la veracidad o el valor de sus concepciones y sus ideas guerrilleras.

Podrá morir el artista, sobre todo cuando se es artista de un arte tan peligroso como es la lucha revolucionaria, pero lo que no morirá de ninguna forma es el arte al que consagró su vida y al que consagró su inteligencia.

¿Qué tiene de extraño que ese artista muera en un combate? Todavía tiene mucho más de extraordinario el hecho de que en las innumerables ocasiones en que arriesgó esa vida durante nuestra lucha revolucionaria no hubiese muerto en algún combate. Y muchas fueron las veces en que fue necesario actuar para impedir que en acciones de menor trascendencia perdiera la vida.

Y así, en un combate, ¡en uno de los tantos combates que libró!, perdió la vida. No poseemos suficientes elementos de juicio para poder hacer alguna deducción acerca de todas las circunstancias que precedieron ese combate, acerca de hasta qué grado pudo haber actuado de una manera excesivamente agresiva, pero —repetimos— si como guerrillero tenia un talón de Aquiles, ese talón de Aquiles era su excesiva agresividad, su absoluto desprecio por el peligro.

Es eso en lo que resulta difícil coincidir con él, puesto que nosotros entendemos que su vida, su experiencia, su capacidad de jefe aguerrido, su prestigio y todo lo que él significaba en vida, era mucho más, incomparablemente más, que la evaluación que tal vez él hizo de sí mismo.

Puede haber influido profundamente en su conducta la idea de que los hombres tienen un valor relativo en la historia, la idea de que las causas no son derrotadas cuando los hombres caen y la incontenible marcha de la historia no se detiene ni se detendrá ante la caída de los jefes.

Y eso es cierto, eso no se puede poner en duda. Eso demuestra su fe en los hombres, su fe en las ideas, su fe en el ejemplo. Sin embargo —como dije hace unos días— habríamos deseado de todo corazón verlo forjador de las victorias, forjando bajo su jefatura, forjando bajo su dirección las victorias, puesto que los hombres de su experiencia, de su calibre, de su capacidad realmente singular, son hombres poco comunes.

Somos capaces de apreciar todo el valor de su ejemplo y tenemos la más absoluta convicción de que ese ejemplo servirá de emulación y servirá para que del seno de los pueblos surjan hombres parecidos a él.

No es fácil conjugar en una persona todas las virtudes que se conjugaban en él. No es fácil que una persona de manera espontánea sea capaz de desarrollar una personalidad como la suya. Diría que es de esos tipos de hombres difíciles de igualar y prácticamente imposibles de superar. Pero diremos también que hombres como él son capaces, con su ejemplo, de ayudar a que surjan hombres como él.

Es que en Che no solo admiramos al guerrero, al hombre capaz de grandes proezas. Y lo que él hizo, y lo que él estaba haciendo, ese hecho en sí mismo de enfrentarse solo con un puñado de hombres a todo un ejército oligárquico, instruido por los asesores yanquis suministrados por el imperialismo yanqui, apoyado por las oligarquías de todos los países vecinos, ese hecho en sí mismo constituye una proeza extraordinaria.

Y si se busca en las páginas de la historia, no se encontrará posiblemente ningún caso en que alguien con un número tan reducido de hombres haya emprendido una tarea de más envergadura, en que alguien con un número tan reducido de hombres haya emprendido la lucha contra fuerzas tan considerables. Esa prueba de confianza en sí mismo, esa prueba de confianza en los pueblos, esa prueba de fe en la capacidad de los hombres para el combate, podrá buscarse en las páginas de la historia y, sin embargo, no podrá encontrarse nada semejante.

Y cayó.

Los enemigos creen haber derrotado sus ideas, haber derrotado su concepción guerrillera, haber derrotado sus puntos de vista sobre la lucha revolucionaria armada. Y lo que lograron fue, con un golpe de suerte, eliminar su vida física; lo que pudieron fue lograr las ventajas accidentales que en la guerra puede alcanzar un enemigo. Y ese golpe de suerte, ese golpe de fortuna no sabemos hasta qué grado ayudado por esa característica a que nos referíamos antes de agresividad excesiva, de desprecio absoluto por el peligro, en un combate como tantos combates.

Como ocurrió también en nuestra Guerra de Independencia. En un combate en Dos Ríos mataron al Apóstol de nuestra independencia. En un combate en Punta Brava mataron a Antonio Maceo, veterano de cientos de combates. En similares combates murieron infinidad de jefes, infinidad de patriotas de nuestra guerra independentista. Y, sin embargo, eso no fue la derrota de la causa cubana.

La muerte del Che —como decíamos hace unos días— es un golpe duro, es un golpe tremendo para el movimiento revolucionario, en cuanto le priva sin duda de ninguna clase de su jefe más experimentado y capaz.

Pero se equivocan los que cantan victoria. Se equivocan los que creen que su muerte es la derrota de sus ideas, la derrota de sus tácticas, la derrota de sus concepciones guerrilleras, la derrota de sus tesis. Porque aquel hombre que cayó como hombre mortal, como hombre que se exponía muchas veces

a las balas, como militar, como jefe, es mil veces más capaz que aquellos que con un golpe de suerte lo mataron.

Sin embargo, ¿cómo tienen los revolucionarios que afrontar ese golpe adverso? ¿Cómo tienen que afrontar esa pérdida? ¿Cuál sería la opinión del Che si tuviese que emitir un juicio sobre este particular? Esa opinión la dijo, esa opinión la expresó con toda claridad, cuando escribió en su mensaje a la conferencia de solidaridad de los pueblos de Asia, África y América Latina que si en cualquier parte le sorprendía la muerte, bienvenida fuera siempre que ese, su grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se extienda para empuñar el arma.

Y ese, su grito de guerra, llegará no a un oído receptivo, ¡llegará a millones de oídos receptivos! Y no una mano, sino que ¡millones de manos, inspiradas en su ejemplo, se extenderán para empuñar las armas!

Nuevos jefes surgirán. Y los hombres, los oídos receptivos y las manos que se extiendan, necesitarán jefes que surgirán de las filas del pueblo, como han surgido los jefes en todas las revoluciones.

No contarán esas manos con un jefe ya de la experiencia extraordinaria, de la enorme capacidad del Che. Esos jefes se formarán en el proceso de la lucha, esos jefes surgirán del seno de los millones de oídos receptivos, de las millones de manos que, más tarde o más temprano, se extenderán para empuñar las armas.

No es que consideremos que en el orden práctico de la lucha revolucionaria su muerte haya de tener una inmediata repercusión, que en el orden práctico del desarrollo de la lucha su muerte pueda tener una repercusión inmediata. Pero es que el Che, cuando empuñó de nuevo las armas, no estaba pensando en una victoria inmediata, no estaba pensando en un triunfo rápido frente a las fuerzas de las oligarquías y del imperialismo. Su mente de combatiente experimentado estaba preparada para una lucha prolongada de 5, de 10, de 15, de 20 años si fuera necesario. ¡Él estaba dispuesto a luchar 5, 10, 15, 20 años, toda la vida si fuese necesario!

Y es con esa perspectiva en el tiempo en que su muerte, en que su ejemplo —que es lo que debemos decir—, tendrá una repercusión tremenda, tendrá una fuerza invencible.

Su capacidad como jefe y su experiencia en vano tratan de negarlas quienes se aferran al golpe de fortuna. Che era un jefe militar extraordinariamente capaz. Pero cuando nosotros recordamos al Che, cuando nosotros pensamos

en el Che, no estamos pensando fundamentalmente en sus virtudes militares. ¡No! La guerra es un medio y no un fin, la guerra es un instrumento de los revolucionarios. ¡Lo importante es la revolución, lo importante es la causa revolucionaria, las ideas revolucionarias, los objetivos revolucionarios, los sentimientos revolucionarios, las virtudes revolucionarias!

Y es en ese campo, en el campo de las ideas, en el campo de los sentimientos, en el campo de las virtudes revolucionarias, en el campo de la inteligencia, aparte de sus virtudes militares, donde nosotros sentimos la tremenda pérdida que para el movimiento revolucionario ha significado su muerte.

Porque Che reunía, en su extraordinaria personalidad, virtudes que rara vez aparecen juntas. El descolló como hombre de acción insuperable, pero Che no solo era un hombre de acción insuperable: Che era un hombre de pensamiento profundo, de inteligencia visionaria, un hombre de profunda cultura. Es decir que reunía en su persona al hombre de ideas y al hombre de acción.

Pero no es que reuniera esa doble característica de ser hombre de ideas, y de ideas profundas, la de ser hombre de acción, sino que Che reunía como revolucionario las virtudes que pueden definirse como la más cabal expresión de las virtudes de un revolucionario: hombre íntegro a carta cabal, hombre de honradez suprema, de sinceridad absoluta, hombre de vida estoica y espartana, hombre a quien prácticamente en su conducta no se le puede encontrar una sola mancha. Constituyó por sus virtudes lo que puede llamarse un verdadero modelo de revolucionario.

Suele, a la hora de la muerte de los hombres, hacerse discursos, suele destacarse virtudes, pero pocas veces como en esta ocasión se puede decir con más justicia, con más exactitud de un hombre lo que decimos del Che: ¡Que constituyó un verdadero ejemplo de virtudes revolucionarias!

Pero además añadía otra cualidad, que no es una cualidad del intelecto, que no es una cualidad de la voluntad, que no es una cualidad derivada de la experiencia, de la lucha, sino una cualidad del corazón, ¡porque era un hombre extraordinariamente humano, extraordinariamente sensible!

Por eso decimos, cuando pensamos en su vida, cuando pensamos en su conducta, que constituyó el caso singular de un hombre rarísimo en cuanto fue capaz de conjugar en su personalidad no solo las características de hombre de acción, sino también de hombre de pensamiento, de hombre de

inmaculadas virtudes revolucionarias y de extraordinaria sensibilidad humana, unidas a un carácter de hierro, a una voluntad de acero, a una tenacidad indomable.

Y por eso le ha legado a las generaciones futuras no solo su experiencia, sus conocimientos como soldado destacado, sino que a la vez las obras de su inteligencia. Escribía con la virtuosidad de un clásico de la lengua. Sus narraciones de la guerra son insuperables. La profundidad de su pensamiento es impresionante. Nunca escribió sobre nada absolutamente que no lo hiciese con extraordinaria seriedad, con extraordinaria profundidad; y algunos de sus escritos no dudamos de que pasarán a la posteridad como documentos clásicos del pensamiento revolucionario.

Y así, como fruto de esa inteligencia vigorosa y profunda, nos dejó infinidad de recuerdos, infinidad de relatos que, sin su trabajo, sin su esfuerzo, habrían podido tal vez olvidarse para siempre.

Trabajador infatigable, en los años que estuvo al servicio de nuestra patria no conoció un solo día de descanso. Fueron muchas las responsabilidades que se le asignaron: como presidente del Banco Nacional, como director de la Junta de Planificación, como ministro de Industrias, como comandante de regiones militares, como jefe de delegaciones de tipo político, o de tipo económico, o de tipo fraternal.

Su inteligencia multifacética era capaz de emprender con el máximo de seguridad cualquier tarea en cualquier orden, en cualquier sentido. Y así, representó de manera brillante a nuestra patria en numerosas conferencias internacionales, de la misma manera que dirigió brillantemente a los soldados en el combate, de la misma manera que fue un modelo de trabajador al frente de cualesquiera de las instituciones que se le asignaron, ¡y para él no hubo días de descanso, para él no hubo horas de descanso! y si mirábamos para las ventanas de sus oficinas, permanecían las luces encendidas hasta altas horas de la noche, estudiando, o mejor dicho, trabajando o estudiando. Porque era un estudioso de todos los problemas, era un lector infatigable. Su sed de abarcar conocimientos humanos era prácticamente insaciable, y las horas que le arrebataba al sueño las dedicaba al estudio; y los días reglamentarios de descanso los dedicaba al trabajo voluntario.

Fue él el inspirador y el máximo impulsor de ese trabajo que hoy es actividad de cientos de miles de personas en todo el país, el impulsor de esa actividad que cada día cobra en las masas de nuestro pueblo mayor fuerza.

Y como revolucionario, como revolucionario comunista, verdaderamente comunista, tenía una infinita fe en los valores morales, tenía una infinita fe en la conciencia de los hombres. Y debemos decir que en su concepción vio con absoluta claridad en los resortes morales la palanca fundamental de la construcción del comunismo en la sociedad humana.

Muchas cosas pensó, desarrolló y escribió. Y hay algo que debe decirse un día como hoy, y es que los escritos del Che, el pensamiento político y revolucionario del Che tendrán un valor permanente en el proceso revolucionario cubano y en el proceso revolucionario en América Latina. Y no dudamos que el valor de sus ideas, de sus ideas tanto como hombre de acción, como hombre de pensamiento, como hombre de acrisoladas virtudes morales, como hombre de insuperable sensibilidad humana, como hombre de conducta intachable, tienen y tendrán un valor universal.

Los imperialistas cantan voces de triunfo ante el hecho del guerrillero muerto en combate; los imperialistas cantan el triunfo frente al golpe de fortuna que los llevó a eliminar tan formidable hombre de acción. Pero los imperialistas tal vez ignoran o pretenden ignorar que el carácter de hombre de acción era una de las tantas facetas de la personalidad de ese combatiente. Y que si de dolor se trata, a nosotros nos duele no solo lo que se haya perdido como hombre de acción, nos duele lo que se ha perdido como hombre virtuoso, nos duele lo que se ha perdido como hombre de exquisita sensibilidad humana y nos duele la inteligencia que se ha perdido. Nos duele pensar que tenía solo 39 años en el momento de su muerte, nos duele pensar cuántos frutos de esa inteligencia y de esa experiencia que se desarrollaba cada vez más hemos perdido la oportunidad de percibir.

Nosotros tenemos idea de la dimensión de la pérdida para el movimiento revolucionario. Pero, sin embargo, ahí es donde está el lado débil del enemigo imperialista: creer que con el hombre físico ha liquidado su pensamiento, creer que con el hombre físico ha liquidado sus ideas, creer que con el hombre físico ha liquidado sus virtudes, creer que con el hombre físico ha liquidado su ejemplo. Y lo creen de manera tan impúdica que no vacilan en publicar, como la cosa más natural del mundo, las circunstancias casi universalmente ya aceptadas en que lo ultimaron después de haber sido herido gravemente en combate. No han reparado siquiera en la repugnancia del procedimiento, no han reparado siquiera en la impudicia del reconocimiento. Y han divulgado como derecho de los esbirros, han divulgado como

derecho de los oligarcas y de los mercenarios, el disparar contra un combatiente revolucionario gravemente herido.

Y lo peor es que explican además por qué lo hicieron, alegando que habría sido tremendo el proceso en que hubiesen tenido que juzgar al Che, alegando que habría sido imposible sentar en el banquillo de un tribunal a semejante revolucionario.

Y no solo eso, sino que además no han vacilado en hacer desaparecer sus restos. Y sea verdad o sea mentira, es el hecho que anuncian haber incinerado su cadáver, con lo cual empiezan a demostrar su miedo, con lo cual empiezan a demostrar que no están tan convencidos de que liquidando la vida física del combatiente liquidan sus ideas y liquidan su ejemplo.

Che no cayó defendiendo otro interés, defendiendo otra causa que la causa de los explotados y los oprimidos en este continente; Che no cayó defendiendo otra causa que la causa de los pobres y de los humildes de esta Tierra. Y la forma ejemplar y el desinterés con que defendió esa causa no osan siquiera discutirlo sus más encarnizados enemigos.

Y ante la historia, los hombres que actúan como él, los hombres que lo hacen todo y lo dan todo por la causa de los humildes, cada día que pasa se agigantan, cada día que pasa se adentran más profundamente en el corazón de los pueblos.

Y esto ya lo empiezan a percibir los enemigos imperialistas, y no tardarán en comprobar que su muerte será a la larga como una semilla de donde surgirán muchos hombres decididos a emularlo, muchos hombres decididos a seguir su ejemplo.

Y nosotros estamos absolutamente convencidos de que la causa revolucionaria en este continente se repondrá del golpe, que la causa revolucionaria en este continente no será derrotada por ese golpe.

Desde el punto de vista revolucionario, desde el punto de vista de nuestro pueblo, ¿cómo debemos mirar nosotros el ejemplo del Che? ¿Acaso pensamos que lo hemos perdido? Cierto es que no volveremos a ver nuevos escritos, cierto es que no volveremos a escuchar de nuevo su voz. Pero el Che le ha dejado al mundo un patrimonio, un gran patrimonio, y de ese patrimonio nosotros —que lo conocimos tan de cerca— podemos ser en grado considerable herederos suyos.

Nos dejó su pensamiento revolucionario, nos dejó sus virtudes revolucionarias, nos dejó su carácter, su voluntad, su tenacidad, su espíritu de

trabajo. En una palabra, ¡nos dejó su ejemplo! ¡Y el ejemplo del Che debe ser un modelo para nuestro pueblo, el ejemplo del Che debe ser el modelo ideal para nuestro pueblo!

Si queremos expresar cómo aspiramos que sean nuestros combatientes revolucionarios, nuestros militantes, nuestros hombres, debemos decir sin vacilación de ninguna índole: ¡Que sean como el Che! Si queremos expresar cómo queremos que sean los hombres de las futuras generaciones, debemos decir: ¡Que sean como el Che! Si queremos decir cómo deseamos que se eduquen nuestros niños, debemos decir sin vacilación: ¡Queremos que se eduquen en el espíritu del Che! Si queremos un modelo de hombre, un modelo de hombre que no pertenece a este tiempo, un modelo de hombre que pertenece al futuro, ¡de corazón digo que ese modelo sin una sola mancha en su conducta, sin una sola mancha en su actitud, sin una sola mancha en su actuación, ese modelo es el Che! Si queremos expresar cómo deseamos que sean nuestros hijos, debemos decir con todo el corazón de vehementes revolucionarios: ¡Queremos que sean como el Che!

Che se ha convertido en un modelo de hombre no solo para nuestro pueblo, sino para cualquier pueblo de América Latina. Che llevó a su más alta expresión el estoicismo revolucionario, el espíritu de sacrificio revolucionario, la combatividad del revolucionario, el espíritu de trabajo del revolucionario, y Che llevó las ideas del marxismo-leninismo a su expresión más fresca, más pura, más revolucionaria.

¡Ningún hombre como él en estos tiempos ha llevado a su nivel más alto el espíritu internacionalista proletario!

Y cuando se hable de internacionalista proletario, y cuando se busque un ejemplo de internacionalista proletario, ¡ese ejemplo, por encima de cualquier otro ejemplo, es el ejemplo del Che! En su mente y en su corazón habían desaparecido las banderas, los prejuicios, los chovinismos, los egoísmos, ¡y su sangre generosa estaba dispuesto a verterla por la suerte de cualquier pueblo, por la causa de cualquier pueblo, y dispuesto a verterla espontáneamente, y dispuesto a verterla instantáneamente!

Y así, sangre suya fue vertida en esta tierra cuando lo hirieron en diversos combates; sangre suya por la redención de los explotados y los oprimidos, de los humildes y los pobres, se derramó en Bolivia. ¡Esa sangre se derramó por todos los explotados, por todos los oprimidos; esa sangre se derramó por todos los pueblos de América y se derramó por Vietnam, porque él allá,

combatiendo contra las oligarquías, combatiendo contra el imperialismo, sabía que brindaba a Vietnam la más alta expresión de su solidaridad!

Es por eso, compañeros y compañeras de la Revolución, que nosotros debemos mirar con firmeza el porvenir y con decisión; es por eso que debemos mirar con optimismo el porvenir. ¡Y buscaremos siempre en el ejemplo del Che la inspiración, la inspiración en la lucha, la inspiración en la tenacidad, la inspiración en la intransigencia frente al enemigo y la inspiración en el sentimiento internacionalista!

Es por eso que nosotros, en la noche de hoy, después de este impresionante acto, después de esta increíble —por su magnitud, por su disciplina y por su devoción— muestra multitudinaria de reconocimiento, que demuestra cómo este es un pueblo sensible, que demuestra cómo este es un pueblo agradecido, que demuestra cómo este pueblo sabe honrar la memoria de los valientes que caen en el combate, que demuestra cómo este pueblo sabe reconocer a los que le sirven, que demuestra cómo este pueblo se solidariza con la lucha revolucionaria, cómo este pueblo levanta y mantendrá siempre en alto y cada vez más en alto las banderas revolucionarias y los principios revolucionarios; hoy, en estos instantes de recuerdo, elevemos nuestro pensamiento y, con optimismo en el futuro, con optimismo absoluto en la victoria definitiva de los pueblos, le digamos al Che, y con él a los héroes que combatieron y cayeron junto a él: ¡Hasta la victoria siempre!

¡Patria o Muerte!
¡Venceremos!

11. CIEN AÑOS DE LUCHA POR LA INDEPENDENCIA CUBANA

MONUMENTO DE LA DEMAJAGUA, MANZANILLO, 10 DE OCTUBRE DE 1968

La primera declaración de independencia de Cuba fue hecha por Carlos Manuel de Céspedes, el 10 de octubre de 1868, en el central azucarero La Demajagua, en la provincia de Oriente. Con ella, se dio inicio a la Guerra de los Diez Años, contra España. El 10 de octubre de 1968, en ese mismo sitio, Fidel Castro recordó a los cubanos la continuidad histórica de la lucha revolucionaria en la nación cubana.

Familiares aquí presentes de los héroes de nuestras luchas por la independencia;
Invitados;
Compañeros y compañeras que ostentan aquí esta noche la representación de todos los rincones del país:

Ninguna otra ocasión revistió la importancia de la conmemoración del día de hoy. Y al parecer la naturaleza nos someterá una vez más a una pequeñísima prueba, si se quiere porque ella se suma a esta misma conmemoración si recordamos que precisamente después de la proclamación de la independencia de Cuba, cuando los primeros mambises se dirigían hacia el pueblo de Yara, también aproximadamente a esta misma hora un copioso aguacero realizó con ellos —simbólicamente— el primer precedente de sacrificio. Y que, por cierto, como nuestros primeros mambises en aquellos instantes no poseían más que unas cuantas escopetas de cartuchos e iban a realizar su primer combate, el agua mojó los cartuchos y las armas no pudieron dis-

parar aquella noche; aquella noche en que se derramó también la primera sangre cubana en la lucha de los 100 años, y que se empaparon por primera vez aquellos hombres, cuya vida a lo largo de diez años fue una vida de increíbles privaciones.

Hoy —les decía— nuestro pueblo conmemora aquella fecha al cumplirse 100 años. Y este primer centenario del inicio de la lucha revolucionaria en nuestra patria es para nosotros la más grande conmemoración que ha tenido lugar en la historia de nuestro país.

¿Qué significa para nuestro pueblo el 10 de octubre de 1868? ¿Qué significa para los revolucionarios de nuestra patria esta gloriosa fecha? Significa sencillamente el comienzo de cien años de lucha, el comienzo de la revolución en Cuba, porque en Cuba solo ha habido una revolución: la que comenzó Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868. Y que nuestro pueblo lleva adelante en estos instantes.

No hay, desde luego, la menor duda de que Céspedes simbolizó el espíritu de los cubanos de aquella época, simbolizó la dignidad y la rebeldía de un pueblo —heterogéneo todavía— que comenzaba a nacer en la historia.

Fue Céspedes, sin discusión, entre los conspiradores de 1868 el más decidido a levantarse en armas. Se han elaborado algunas interpretaciones de su actitud, cuando en la realidad su conducta tuvo una exclusiva motivación. En todas las reuniones de los conspiradores Céspedes siempre se había manifestado el más decidido. En la reunión efectuada el 3 de agosto de 1868, en los límites de Tunas y Camagüey, Céspedes propuso el levantamiento inmediato. En reuniones ulteriores con los revolucionarios de la provincia de Oriente, en los primeros días de octubre, insistió en la necesidad de pasar inmediatamente a la acción. Hasta que por fin el 5 de octubre de 1868, en una reunión en el ingenio —si mal no recuerdo— Rosario, los más decididos revolucionarios se reunieron y acordaron el alzamiento para el 14 de octubre.

Es conocido históricamente que Céspedes conoció en este lugar de un telegrama cursado el 8 de ese mismo mes por el Gobernador General de Cuba dando instrucciones a las autoridades de la provincia de arrestar a Carlos Manuel de Céspedes. Y Carlos Manuel de Céspedes no les dio tiempo a las autoridades, no les permitió a aquellas tomar la iniciativa, e inmediatamente, adelantando la fecha, cursó las instrucciones correspondientes y el 10 de octubre, en este mismo sitio, proclamó la independencia de Cuba.

Es que la historia de muchos movimientos revolucionarios terminó, en su inmensa mayoría, en la prisión o en el cadalso.

Es incuestionable que Céspedes tuvo la clara idea de que aquel alzamiento no podía esperar demasiado ni podía arriesgarse a recorrer el largo trámite de una organización perfecta, de un ejército armado, de grandes cantidades de armas, para iniciar la lucha, porque en las condiciones de nuestro país en aquellos instantes resultaba sumamente difícil. Y Céspedes tuvo la decisión.

De ahí que Martí dijera que «de Céspedes el ímpetu y de Agramonte la virtud», aunque hubo también mucho de ímpetu en Agramonte y mucho de virtud en Céspedes. Y el propio Martí expresó en una ocasión, explicando la actitud de Céspedes, sus discrepancias sobre el aplazamiento del movimiento con otros revolucionarios, diciendo que «aplazar era darles tal vez la oportunidad a las autoridades coloniales vigilantes para echárseles encima».

Y los hechos históricos demostraron que aquella decisión era necesaria, que aquella resolución iba a prender precisamente la chispa de una heroica guerra que duró diez años; una guerra que se inició sin recursos de ninguna clase por un pueblo prácticamente desarmado, que desde entonces adoptó la clásica estrategia y el clásico método para abastecerse de armas, que era arrebatándoselas al enemigo.

En la historia de estos 100 años de lucha no fue la única ocasión en que nuestro pueblo, igualmente desprovisto de armas, igualmente impreparado para la guerra, se vio en la necesidad de lanzarse a la lucha y abastecerse con las armas de los enemigos. Y la historia de nuestro pueblo en estos cien años confirma esa verdad axiomática: y es que si para luchar esperamos primero reunir las condiciones ideales, disponer de todas las armas, asegurar un abastecimiento, entonces la lucha no habría comenzado nunca; y que si un pueblo está decidido a luchar, las armas están en los cuarteles de los enemigos, en los cuarteles de los opresores.

Y esta realidad, este hecho, se demostró en todas nuestras luchas, en todas nuestras guerras.

Cuando al iniciarse la lucha de 1895 Maceo desembarca por la zona de Baracoa, lo acompañaban un puñado de hombres y unas pocas armas. Y cuando Martí, con Máximo Gómez, desembarca en un lugar de la costa sur de Oriente, áspero y duro, en una noche oscura y tormentosa, venía también

acompañado de un exiguo grupo de combatientes. No llevaba un ejército detrás. El ejército estaba aquí, en el pueblo; y las armas estaban aquí, en manos de los dominadores.

Y cuando apenas algunos días más tarde avanzaron por el interior de la provincia, se encontraron a José Maceo con una numerosa tropa combatiendo en las inmediaciones de Guantánamo, y más adelante a Antonio Maceo, que después del desembarco se había quedado absolutamente solo por las montañas y los bosques de Baracoa —¡absolutamente solo!—, y que unas cuantas semanas después recibía a Máximo Gómez y a Martí con un ejército de tres mil orientales organizados y listos para combatir.

Estos hechos nos brindaron un ejemplo extraordinario y nos enseñaron en días también difíciles. Cuando no había recursos, cuando no había armas, pero sí un pueblo en el cual se confiaba, estas circunstancias no fueron tampoco un obstáculo para iniciar la lucha.

Y este es un ejemplo no solo para los revolucionarios cubanos, es un ejemplo formidable para los revolucionarios en cualquier parte del mundo.

Nuestra Revolución, con su estilo, con sus características esenciales, tiene raíces muy profundas en la historia de nuestra patria. Por eso decíamos, y por eso es necesario que lo comprendamos con claridad todos los revolucionarios, que nuestra Revolución es una Revolución, y que esa Revolución comenzó el 10 de octubre de 1868.

Este acto de hoy es como un encuentro del pueblo con su propia historia, es como un encuentro de la actual generación revolucionaria con sus propias raíces. Y nada nos enseñará mejor a comprender lo que es una revolución, nada nos enseñará mejor a comprender el proceso que constituye una revolución, nada nos enseñará mejor a entender qué quiere decir revolución, que el análisis de la historia de nuestro país, que el estudio de la historia de nuestro pueblo y de las raíces revolucionarias de nuestro pueblo.

Quizás para muchos la nación o la patria ha sido algo así como un fenómeno natural, quizás para muchos la nación cubana y la conciencia de nacionalidad existieron siempre, quizás muchos pocas veces se han detenido a pensar cómo fue precisamente que se gestó la nación cubana y cómo se gestó nuestra conciencia de pueblo y cómo se gestó nuestra conciencia revolucionaria.

Hace 100 años no existía esa conciencia, hace 100 años no existía la nacionalidad cubana, hace 100 años no existía un pueblo con pleno sentido

de un interés común y de un destino común. Nuestro pueblo hace 100 años era una masa abigarrada constituida, en primer término, por los ciudadanos de la potencia colonial que nos dominaba; una masa enorme también de ciudadanos nacidos en este país, algunos descendientes directos de los españoles, otros descendientes más remotos, de los cuales algunos se inclinaban a favor del poder colonial y otros eran alérgicos a aquel poder; una masa considerable de esclavos, traídos de manera criminal a nuestra tierra para explotarlos despiadadamente cuando ya los explotadores habían aniquilado virtualmente la primitiva población aborigen de nuestro país.

Y desde luego, los dueños de las riquezas eran, en primer lugar, los españoles; los dueños de los negocios y los dueños de las tierras. Pero también había descendientes de los españoles, llamados criollos, que poseían centrales azucareros y que poseían grandes plantaciones. Y por supuesto que en un país en aquellas condiciones en que la ignorancia era enorme, el acceso a los libros, el acceso a la cultura lo tenían un número exiguo y reducido de criollos procedentes precisamente de esas familias acaudaladas.

En aquellas primeras décadas del siglo pasado, cuando ya el resto de la América Latina se había independizado de la colonia española, permanecía asentado sobre bases sólidas el poder de España en nuestra patria, a la que llamaban la última joya y la más preciada joya de la corona española.

Fue ciertamente escasa la influencia que tuvo en nuestra tierra la emancipación de América Latina.

Se sabe que en la mente de los libertadores de América Latina se albergó también la idea de enviar a Cuba un ejército a liberarnos. Pero ciertamente aquí todavía no había una nación que liberar sencillamente porque no había nación, no había un pueblo que liberar porque no existía pueblo con la conciencia de la necesidad de esa libertad.

Y en aquellos primeros años del siglo pasado, en la primera mitad del siglo pasado, las ideas que los sectores con más cultura de la población, los sectores capaces de elaborar algunas formulaciones políticas, las ideas enarboladas por ellos no eran precisamente la idea de la independencia de Cuba.

Por aquellos tiempos se discutía fundamentalmente el problema de la esclavitud. Y los terratenientes, los ricos, la oligarquía que dominaba en nuestro país, bien española o bien cubana, estaba poseída de un enorme temor a la abolición de la esclavitud; es decir que sus intereses como propietarios,

sus intereses como clase, y pensando exclusivamente en función de esos intereses, la conducía a pensar en la solución de la anexión a Estados Unidos de Norteamérica.

Así surgió una de las primeras corrientes políticas, que se dio en llamar la corriente anexionista. Y esa corriente tenía un fundamento de carácter económico: era el pensamiento de una clase que consideraba el aseguramiento de esa institución oprobiosa de la esclavitud por la vía de anexionarse a Estados Unidos, donde un grupo numeroso de Estados mantenía la misma institución. Y como ya se suscitaban las contradicciones entre los estados del sur y del norte por el problema de la esclavitud, los políticos esclavistas del sur de Estados Unidos alentaron también la idea de la anexión a Cuba, con el propósito de contar con un Estado más que ayudase a garantizar su mayoría en el seno de Estados Unidos, su mayoría parlamentaria.

Esa es la raíz de aquella expedición a mediados de siglo, dirigida por Narciso López.

Cuando nosotros estudiábamos en las escuelas, nos presentaban a Narciso López como un patriota, nos presentaban a Narciso López como un libertador. Tantas cosas nos presentaron de una manera increíblemente torcida, que se nos hizo creer en nuestros años de escolares —y ya supuestamente establecida la República de Cuba—, se nos hacía creer que Narciso López había venido a libertar a Cuba, cuando ciertamente Narciso López vino alentado por los políticos esclavistas de Estados Unidos a tratar de conquistar un Estado más para precisamente servir de apoyo a la más inhumana y retrógrada institución, que era la institución de la esclavitud.

Martí en una ocasión calificó aquella expedición de infeliz, organizada precisamente por esos intereses. De manera que en aquel entonces las corrientes anexionistas adquirieron considerable fuerza en el seno de nuestro país.

Y es preciso que lo tengamos en cuenta porque esa corriente, por una u otra causa, con uno u otro matiz, resurgía periódicamente en el proceso de la historia de Cuba.

En determinados momentos las corrientes anexionistas fueron perdiendo fuerza, y surgieron entonces otras corrientes frente a la política española en nuestra patria, que se dio en llamar el reformismo, que propugnaba no la lucha por la independencia de Cuba, sino por determinadas reformas dentro de la colonia española.

Todavía realmente no había surgido en la realidad una corriente independentista, una corriente verdaderamente independentista. Los engaños y las burlas reiteradas del régimen colonial español llevaron al ánimo y a la conciencia de un reducido grupo de cubanos, de criollos pertenecientes por cierto a sectores acomodados, poseedores de riquezas, poseedores a la vez de cultura, de amplia información acerca de los procesos que tenían lugar en el mundo, que concibieron por primera vez la idea de la obtención de sus derechos por la vía revolucionaria, por la vía de las armas, en lucha abierta contra el poder colonial.

Mas nadie piense que aquel núcleo de cubanos estaba obligadamente llamado a contar con el apoyo mayoritario de la población, que podía contar con un respaldo grande a la hora de la lucha, porque —como dijimos anteriormente— en aquellos instantes la conciencia de la nacionalidad no existía.

Y entre los sectores que ostentaban la riqueza de origen criollo, había un factor que los dividía profundamente. Los españoles lógicamente estaban contra las reformas y, aún más, contra la independencia. Pero muchos criollos ricos estaban también contra la idea de la independencia, puesto que los separaba de las ideas más radicales el problema de la esclavitud. Por lo que puede decirse que el problema de la esclavitud fue una cuestión fundamental que dividía profundamente a los elementos más radicales, más progresistas, de los criollos ricos, de aquellos elementos que, calificándose también de criollos —todavía no se hablaba propiamente de cubanos— se preocupaban por encima de todo de sus intereses económicos, como es lógico; se preocupaban por encima de todo por mantener la institución de la esclavitud. Y de ahí que apoyaran el anexionismo primero, el reformismo luego, y cualquier cosa menos la idea de la independencia y la idea de la conquista de los derechos por la vía de la lucha armada.

Y esto constituye una cuestión muy importante, porque vemos cómo esta historia se va a repetir periódicamente, esta contradicción, a lo largo de los 100 años de lucha.

De manera que el reducido núcleo —que bien podía comenzar a considerarse patriota— del sector acaudalado e ilustrado de los hombres nacidos en este país, ese núcleo decidido a lanzarse a la conquista de sus derechos por la vía de las armas, tenía que enfrentarse a esa compleja situación, a esas hondas contradicciones que necesariamente conducirían su causa a una

lucha dura y larga. Y lo que vino a darles verdaderamente el título de revolucionarios fue su comprensión, en primer lugar, de que solo había un camino para conquistar los derechos, su decisión de adoptar ese camino, su ruptura con las tradiciones, con las ideas reaccionarias, y su decisión de abolir la esclavitud.

Y hoy tal vez pueda parecer fácil aquella decisión, pero aquella decisión de abolir la esclavitud constituía la medida más revolucionaria, la medida más radicalmente revolucionaria que se podía tomar en el seno de una sociedad que era genuinamente esclavista.

Por eso lo que engrandece a Céspedes es no solo la decisión adoptada, firme y resuelta de levantarse en armas, sino el acto con que acompañó aquella decisión —que fue el primer acto después de la proclamación de la independencia—, que fue concederles la libertad a sus esclavos, a la vez que proclamar su criterio sobre la esclavitud, su disposición a la abolición de la esclavitud en nuestro país, aunque si bien condicionando en los primeros momentos aquellos pronunciamientos a la esperanza de poder captar el mayor apoyo posible entre el resto de los terratenientes cubanos.

En Camagüey los revolucionarios desde el primer momento proclamaron la abolición de la esclavitud, y ya la Constitución de Guáimaro, el 10 de abril de 1869, consagró definitivamente el derecho a la libertad de todos los cubanos, aboliendo definitivamente la odiosa y secular institución de la esclavitud.

Esto, desde luego, dio lugar —como ocurre siempre en muchos de estos procesos— a que muchos de aquellos criollos ricos, que vacilaban entre apoyar o no apoyar a la revolución, se abstuvieron de ayudar a la revolución, se apartaron de la lucha, y de hecho comenzaron a cooperar con la colonia. Es decir que en la medida en que la revolución se radicalizó se quedó más aislado aquel grupo de cubanos, aquel grupo de criollos, que, desde luego, ya empezaron a contar con los únicos capaces de llevar adelante aquella revolución, que eran los hombres humildes del pueblo y los esclavos recién liberados.

En aquellos primeros momentos del inicio de la lucha revolucionaria en Cuba, empezaron a cumplirse indefectiblemente las leyes de todo proceso revolucionario, empezaron a producirse las contradicciones, y comenzó el proceso de profundización y radicalización de las ideas revolucionarias que ha llegado hasta nuestros días.

En aquel tiempo, desde luego, no se discutía el derecho a la propiedad de los medios de producción. Se discutía el derecho a la propiedad de unos hombres sobre otros. Y al abolir aquel derecho, aquella revolución —revolución radical desde el instante en que suprime un privilegio de siglos, desde el momento en que suprime aquel supuesto derecho consagrado por siglos de existencia— llevó a cabo un acto profundamente radical en la historia de nuestro país, y a partir de ese momento, por primera vez, se empezó a crear el concepto y la conciencia de la nacionalidad, y comenzó a utilizarse por primera vez el calificativo de cubano para comprender a todos los que levantados en armas luchaban contra la colonia española.

Sabido es cómo se desarrolló aquella guerra. Sabido es que muy pocos pueblos en el mundo fueron capaces o tuvieron la posibilidad de afrontar sacrificios tan grandes, tan increíblemente duros, como los sacrificios que soportó el pueblo cubano durante aquellos diez años de lucha. E ignorar esos sacrificios es un crimen contra la justicia, es un crimen contra la cultura, es un crimen para cualquier revolucionario.

Nuestro país solo, absolutamente solo, mientras los demás pueblos hermanos de América Latina —que unas cuantas décadas con anterioridad se habían emancipado de la dominación española— yacían sumidos en la abyección, sumidos bajo las tiranías de los intereses sociales que sustituyeron en esos pueblos a la tiranía española; nuestro país solo, y no todo el país sino una pequeña parte del país, se enfrentó durante diez años a una potencia europea todavía poderosa que podía contar —y contó— con cientos de miles de hombres perfectamente armados para combatir a los revolucionarios cubanos.

Es conocida la falta casi total de auxilio desde el exterior. Es conocida la historia de las divisiones en el exterior, que dificultaron y por último imposibilitaron el apoyo de la emigración a los cubanos levantados en armas. Y sin embargo, nuestro pueblo —haciendo increíbles sacrificios, soportando heroicamente el peso de aquella guerra, rebasando los momentos difíciles— logró ir aprendiendo el arte de la guerra, fue constituyendo un pequeño pero enérgico ejército que se abastecía de las armas de sus enemigos.

Y empezaron a surgir del seno del pueblo más humilde, de entre los combatientes que venían del pueblo, de entre los campesinos y de entre los esclavos liberados, empezaron a surgir por primera vez del seno del pueblo oficiales y dirigentes del movimiento revolucionario. Empezaron a surgir los

patriotas más virtuosos, los combatientes más destacados, y así surgieron los hermanos Maceo, para citar el ejemplo que simboliza a aquellos hombres extraordinarios.

Y al cabo de diez años aquella lucha heroica fue vencida no por las armas españolas sino vencida por uno de los peores enemigos que tuvo siempre el proceso revolucionario cubano, vencida por las divisiones de los mismos cubanos, vencida por las discordias, vencida por el regionalismo, vencida por el caudillismo; es decir, ese enemigo —que también fue un elemento constante en el proceso revolucionario— dio al traste con aquella lucha.

Sabido es que, por ejemplo, Máximo Gómez después de invadir la provincia de Las Villas y obtener grandes éxitos militares fue prácticamente expulsado de aquella provincia por el regionalismo y por el localismo. No es esta la oportunidad de analizar el papel de cada hombre en aquella lucha, interesa analizar el proceso y dejar constancia de que la discordia, el regionalismo, el localismo y el caudillismo dieron al traste con aquel heroico esfuerzo de diez años.

Pero también es forzoso reconocer que no se les podía pedir a aquellos cubanos —a aquellos primeros cubanos que comenzaron a fundar nuestra patria— el grado de conocimiento y experiencia política, el grado de conciencia política; más que conciencia —porque ellos tenían profunda conciencia patriótica— el grado de desarrollo de las ideas revolucionarias en la actualidad, porque nosotros no podemos analizar los hechos de aquella época a la luz de los conceptos de hoy, a la luz de las ideas de hoy. Porque cosas que hoy son absolutamente claras, verdades incuestionables, no lo eran ni lo podían ser todavía en aquella época. Las comunicaciones eran difíciles, los cubanos tenían que luchar en medio de una gran adversidad, incesantemente perseguidos y, desde luego, no podía pedírseles que en aquel entonces no se suscitaran estos problemas —problemas que se volvieron a suscitar en la lucha de 1895, problemas que se volvieron a suscitar en la segunda mitad de este siglo a lo largo del proceso revolucionario.

Pero cuando debilitadas las fuerzas cubanas por la discordia arreció el enemigo su ofensiva, entonces también empezaron a evidenciarse las vacilaciones de aquellos elementos que habían tenido menos firmeza revolucionaria. Y es en esos instantes —en el instante de la Paz del Zanjón, que puso fin a aquella heroica guerra— cuando emerge, con toda su fuerza y toda su extraordinaria talla, el personaje más representativo del pueblo, el personaje

más representativo de Cuba en aquella guerra, venido de las filas más humildes del pueblo, que fue Antonio Maceo.

Aquella década dio hombres extraordinarios, increíblemente meritorios, comenzando por Céspedes, continuando por Agramonte, Máximo Gómez, Calixto García, e infinidad de figuras que sería interminable enumerar. Y no se trata de medir ni mucho menos los méritos de cada cual —que fueron méritos extraordinarios— sino simplemente de explicar cómo se fue desarrollando aquel proceso y cómo en el momento en que aquella lucha de diez años iba a terminar surge aquella figura, surge el espíritu y la conciencia revolucionaria radicalizada, simbolizada en ese instante en la persona de Antonio Maceo, que frente al hecho consumado del Zanjón —aquel Pacto que más que un pacto fue realmente una rendición de las armas cubanas— expresa en la histórica Protesta de Baraguá su propósito de continuar la lucha, expresa el espíritu más sólido y más intransigente de nuestro pueblo declarando que no acepta el Pacto del Zanjón. Y efectivamente, continúa la guerra.

Ya incluso después de haberse llegado a los acuerdos Maceo libra una serie de combates victoriosos y aplastantes contra las fuerzas españolas. Pero en aquel momento Maceo, reducido a su condición de jefe de una parte de las tropas de la provincia de Oriente, Maceo negro —cuando todavía subsistía mucho el racismo y los prejuicios— no pudo contar naturalmente con el apoyo de todo el resto de los combatientes revolucionarios, porque desgraciadamente todavía entre muchos combatientes y muchos dirigentes de aquellos combatientes subsistía el prejuicio reaccionario e injusto. Por eso, aunque Maceo en aquel momento salva la bandera, salva la causa y sitúa el espíritu revolucionario del pueblo naciente de Cuba en su nivel más alto, no pudo, pese a su enorme capacidad y heroísmo, seguir manteniendo aquella guerra y se vio en la necesidad de hacer un receso en espera de las condiciones que le permitiesen reanudar otra vez el combate.

Pero la derrota de las fuerzas revolucionarias en 1878 trajo también sus secuelas políticas. A la sombra de la derrota, a la sombra del desengaño, otra vez de nuevo aquellos sectores, representantes décadas atrás de la corriente anexionista y de la corriente reformista, volvieron a la carga para propugnar una nueva corriente política, que era la corriente del autonomismo, para oponerse, naturalmente, a las tesis radicales de la independencia y a las tesis radicales acerca del método y del único camino para obtener aquella independencia, que era la lucha armada.

De manera que después de la Guerra de los Diez Años, en el pensamiento político, o en la historia del pensamiento político cubano, surge de nuevo la corriente pacifista, la corriente conciliatoria, la corriente que se opone a las tesis radicales que habían representado los cubanos en armas. De la misma manera vuelven a surgir las corrientes anexionistas en un grado determinado, corrientes incluso en los primeros tiempos de la Guerra de los Diez Años, cuando todavía muchos cubanos ingenuamente veían en la nación norteamericana el prototipo del país libre, del país democrático, y recordaban sus luchas por la independencia, la Declaración de la Independencia de Washington, la política de Lincoln; todavía había cubanos a principios de la guerra de 1868 que tenían resabios o residuos de aquella corriente anexionista, que fue desapareciendo en ellos a lo largo de la lucha armada.

Se inicia una etapa de casi 20 años entre 1878 y 1895. Esa etapa tiene también una importancia muy grande en el desarrollo de la conciencia política del país. Las banderas revolucionarias no fueron abandonadas, las tesis radicales no fueron olvidadas. Sobre aquella tradición creada por el pueblo de Cuba, sobre aquella conciencia engendrada en el heroísmo y en la lucha de diez años, comenzó a brotar el nuevo y aún más radical y avanzado pensamiento revolucionario.

Aquella guerra engendró numerosos líderes de extracción popular, pero también aquella guerra inspiró a quien fue sin duda el más genial y el más universal de los políticos cubanos, a José Martí.

Martí era muy joven cuando se inició la Guerra de los Diez Años. Padeció cárcel, padeció exilio; su salud era muy débil, pero su inteligencia extraordinariamente poderosa. Fue en aquellos años de estudiante paladín de la causa de la independencia, y fue capaz de escribir algunos de los mejores documentos de la historia política de nuestro país cuando prácticamente no había cumplido todavía 20 años.

Derrotadas las armas cubanas, por las causas expresadas, en 1878, Martí se convirtió sin duda en el teórico y en el paladín de las ideas revolucionarias. Martí recogió las banderas de Céspedes, de Agramonte y de los héroes que cayeron en aquella lucha de diez años, y llevó las ideas revolucionarias de Cuba en aquel período a su más alta expresión. Martí conocía los factores que dieron al traste con la Guerra de los Diez Años, analizó profundamente las causas, y se dedicó a preparar la nueva guerra. Y la estuvo preparando durante casi 20 años, sin desmayar un solo instante,

desarrollando la teoría revolucionaria, juntando voluntades, agrupando a los combatientes de la Guerra de los Diez Años, combatiendo de nuevo —también en el campo de las ideas— a la corriente autonomista que se oponía a la corriente revolucionaria, combatiendo también las corrientes anexionistas que de nuevo volvían a resurgir en la palestra política de Cuba después de la derrota y a la sombra de la derrota de la Guerra de los Diez Años.

Martí predica incesantemente sus ideas; Martí organiza los emigrados; Martí organiza prácticamente el primer partido revolucionario, es decir, el primer partido para dirigir una revolución, el primer partido que agrupara a todos los revolucionarios. Y con una tenacidad, una valentía moral y un heroísmo extraordinarios, sin otros recursos que su inteligencia, su convicción y su razón, se dedicó a aquella tarea.

Y debemos decir que nuestra patria cuenta con el privilegio de poder disponer de uno de los más ricos tesoros políticos, una de las más valiosas fuentes de educación y de conocimientos políticos, en el pensamiento, en los escritos, en los libros, en los discursos y en toda la extraordinaria obra de José Martí.

Y a los revolucionarios cubanos más que a nadie nos hace falta tanto cuanto sea posible ahondar en esas ideas, ahondar en ese manantial inagotable de sabiduría política, revolucionaria y humana.

No tenemos la menor duda de que Martí ha sido el más grande pensador político y revolucionario de este continente. No es necesario hacer comparaciones históricas. Pero si analizamos las circunstancias extraordinariamente difíciles en que se desenvuelve la acción de Martí: desde la emigración luchando sin ningún recurso contra el poder de la colonia después de una derrota militar, contra aquellos sectores que disponían de la prensa y disponían de los recursos económicos para combatir las ideas revolucionarias; si tenemos en cuenta que Martí desarrollaba esa acción para libertar a un país pequeño dominado por cientos de miles de soldados armados hasta los dientes, país sobre el cual se cernía no solo aquella dominación sino un peligro mucho mayor todavía; el peligro de la absorción por un vecino poderoso, cuyas garras imperialistas comenzaban a desarrollarse visiblemente; y que Martí desde allí, con su pluma, con su palabra, a la vez que trataba de inspirar a los cubanos y formar su conciencia para superar las discordias y los errores de dirección y de método que dieron al traste con la Guerra de

los Diez Años, a la vez que unir en un mismo pensamiento revolucionario a los emigrados, a la vieja generación que inició la lucha por la independencia y a las nuevas generaciones, unir a aquellos destacadísimos y prestigiosos héroes militares, se enfrentaba en el terreno de las ideas a las campañas de España en favor de la colonia, a las campañas de los autonomistas en favor de procedimientos leguleyescos y electorales y engañosos que no conducirían a nuestra patria a ningún fin, y se enfrentaba a las nuevas corrientes anexionistas que surgían de aquella situación, y se enfrentaba al peligro de la anexión, no ya tanto en virtud de la solicitud de aquellos sectores acomodados que décadas atrás la habían solicitado para mantener la institución de la esclavitud sino en virtud del desarrollo del poderío económico y político de aquel país que ya se insinuaba como la potencia imperialista que es hoy. Teniendo en cuenta esas extraordinarias circunstancias, esos extraordinarios obstáculos, bien podemos decir que el Apóstol de nuestra independencia se enfrentó a dificultades tan grandes y a problemas tan difíciles como no se tuvo que enfrentar jamás ningún dirigente revolucionario y político en la historia de este continente.

Y así surgió en el firmamento de nuestra patria esa estrella todo patriotismo, todo sensibilidad humana, todo ejemplo, que junto con los héroes de las batallas, junto con Maceo y Máximo Gómez, inició de nuevo la guerra por la independencia de Cuba.

¿Y qué se puede parecer más a aquella lucha de ideas de entonces que la lucha de las ideas hoy? ¿Qué se puede parecer más a aquella incesante prédica martiana por la guerra necesaria y útil como único camino para obtener la libertad, aquella tesis martiana en favor de la lucha revolucionaria armada que las tesis que tuvo que mantener en la última etapa del proceso el movimiento revolucionario en nuestra patria, enfrentándose también a los grupos electoralistas, a los politiqueros, a los leguleyos, que venían a proponerle al país remedios que durante 50 años no habían sido capaces de solucionar uno solo de sus males, y agitando el temor a la lucha, el temor al camino revolucionario verdadero, que era el camino de la lucha armada revolucionaria? ¿Y qué se puede parecer más a aquella prédica incesante de Martí que la prédica de los verdaderos revolucionarios que en el ámbito de otros países de América Latina tienen también la necesidad de defender sus tesis revolucionarias frente a las tesis leguleyescas, frente a las tesis reformistas, frente a las tesis politiqueras?

Y es que a lo largo de este proceso las mismas luchas se han ido repitiendo en un período u otro, aunque —desde luego— no en las mismas circunstancias ni en el mismo nivel.

Martí se enfrenta a aquellas ideas. Y se inicia la Guerra de 1895, guerra igualmente llena de páginas extraordinariamente heroicas, llena de increíbles sacrificios, llena de grandes proezas militares; guerra que, como todos sabemos, no culminó en los objetivos que perseguían nuestros antepasados, no culminó en el triunfo definitivo de la causa, aunque ninguna de nuestras luchas culminó realmente en derrota, porque cada una de ellas fue un paso de avance, un salto hacia el futuro. Pero es lo cierto que al final de aquella lucha la colonia española, el dominio español, es sustituido por el dominio de Estados Unidos en nuestro país, dominio político y militar, a través de la intervención.

Los cubanos habían luchado 30 años; decenas y decenas de miles de cubanos habían muerto en los campos de batalla, cientos de miles perecieron en aquella contienda, mientras los yanquis perdieron apenas unos cuantos cientos de soldados en Santiago de Cuba. Y se apoderaron de Puerto Rico, se apoderaron de Cuba, aunque con un *status quo* diferente; se apoderaron del archipiélago de Filipinas, a 10 000 kilómetros de distancia de Estados Unidos, y se apoderaron de otras posesiones. Algo de lo que más temían Martí y Maceo. Porque ya la conciencia política y el pensamiento revolucionario se habían desarrollado tanto, que los dirigentes fundamentales de la Guerra de 1895 tenían ideas clarísimas, absolutamente claras, acerca de los objetivos, y repudiaban en lo más profundo de su corazón la idea del anexionismo; y no solo ya el anexionismo, sino incluso la intervención de Estados Unidos en esa guerra.

Esta noche se leyó aquí uno de los párrafos más conocidos del pensamiento martiano, aquel que escribió vísperas de su muerte, que prácticamente es el testamento, en que le dice a un amigo el fondo de su pensamiento, una de las cosas por las que había luchado, aunque había tenido que hacerlo discretamente; una de las cosas que había inspirado su conducta y su vida, una de las cosas que en el fondo le inspiraba más júbilo, que era estar viviendo ya en el campo de batalla, en la oportunidad de dar su vida para «con la independencia de Cuba impedir que Estados Unidos se extendiese, apoderándose de las Antillas, por el resto de América con una fuerza más».

Este es uno de los documentos más reveladores y más profundos y más caracterizadores del pensamiento profundamente revolucionario y radical de Martí, que ya califica al imperialismo como lo que es, que ya vislumbra su papel en este continente, y que con un examen que bien pudiera atribuirse a un marxista, por su profundo análisis, por su sentido dialéctico, por su capacidad de ver que en las insolubles contradicciones de aquella sociedad se engendraba su política hacia el resto del mundo, Martí en fecha tan temprana como en 1895 fue capaz de escribir aquellas cosas y de ver tan profundamente en el porvenir.

Martí escribió con toda la fuerza de su elocuencia y fustigó duramente las corrientes anexionistas como las peores en el seno del pensamiento político de Cuba. Y no solo Martí, sino Maceo asombra también a nuestra generación por la clarividencia, por la profundidad con que fue capaz de analizar también el fenómeno imperialista.

Es conocido que en alguna ocasión, cuando un joven se acercó a Maceo para hablarle de la posibilidad de que la estrella de Cuba figurara como una más en la constelación de Estados Unidos, respondio que aunque lo creía imposible, ese sería tal vez el único caso en que él estaría al lado de España.

Y también, como Martí, unos días antes de su muerte escribe con una claridad extraordinaria su oposición decidida a la intervención de Estados Unidos en la contienda de Cuba, y es cuando dice que «preferible es subir o caer sin ayuda que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso». Palabras proféticas, palabras inspiradas, que uno y otro de nuestros dos más caracterizados adalides de aquella Guerra de 1895 expresaron unos días antes de su muerte.

Y todos sabemos cómo sucedieron los acontecimientos. Cómo cuando el poder de España estaba virtualmente agotado, movido por ansias puramente imperialistas, el gobierno de Estados Unidos participa en la guerra, después de 30 años de lucha. Con la ayuda de los soldados mambises desembarcan, toman la ciudad de Santiago de Cuba, hunden la escuadra del almirante Cervera, que no era más que una colección propia de museo, más que escuadra, y que por puro y tradicional quijotismo la enviaron a que la hundieran a cañonazos, sirviendo prácticamente de tiro al blanco a los acorazados americanos, a la salida de Santiago de Cuba. Y entonces a Calixto García ni siquiera lo dejaron entrar en Santiago de Cuba. Ignoraron por completo al Gobierno Revolucionario en Armas, ignoraron por completo

a los líderes de la Revolución; discutieron con España sin la participación de Cuba; deciden la intervención militar de sus ejércitos en nuestro país. Se produce la primera intervención, y de hecho se apoderaron militar y políticamente de nuestro país.

Al pueblo no se le hizo verdadera conciencia de eso. Porque ¿quién podía estar interesado en hacerle conciencia de esa monstruosidad? ¿Quiénes? ¿Los antiguos autonomistas? ¿Los antiguos reformistas? ¿Los antiguos anexionistas? ¿Los antiguos esclavistas? ¿Quiénes? ¿Los que habían sido aliados de la Colonia durante las guerras? ¿Quiénes? ¿Los que no querían la independencia de Cuba sino la anexión con Estados Unidos? Esos no podían tener ningún interés en enseñarle a nuestro pueblo estas verdades históricas, amarguísimas.

¿Qué nos dijeron en la escuela? ¿Qué nos decían aquellos inescrupulosos libros de historia sobre los hechos? Nos decían que la potencia imperialista no era la potencia imperialista, sino que lleno de generosidad el gobierno de Estados Unidos, deseoso de darnos la libertad, había intervenido en aquella guerra y que, como consecuencia de eso, éramos libres. Pero no éramos libres por los cientos de miles de cubanos que murieron 30 años en los combates, no éramos libres por el gesto heroico de Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria, que inició aquella lucha, que incluso prefirió que le fusilaran al hijo antes de hacer una sola concesión; no éramos libres por el esfuerzo heroico de tantos cubanos, no éramos libres por la prédica de Martí, no éramos libres por el esfuerzo heroico de Máximo Gómez, Calixto García y todos aquellos próceres ilustres; no éramos libres por la sangre derramada por las veinte y tantas heridas de Antonio Maceo y su caída heroica en Punta Brava; éramos libres sencillamente porque Teodoro Roosevelt desembarcó con unos cuantos *rangers* en Santiago de Cuba para combatir contra un ejército agotado y prácticamente vencido, o porque los acorazados americanos hundieron a los «cacharros» de Cervera frente a la bahía de Santiago de Cuba.

Y esas monstruosas mentiras, esas increíbles falsedades eran las que se enseñaban en nuestras escuelas.

Y tal vez tan pocas cosas nos puedan ayudar a ser revolucionarios como recordar hasta qué grado de infamia se había llegado, hasta qué grado de falseamiento de la verdad, hasta qué grado de cinismo en el propósito de destruir la conciencia de un pueblo, su camino, su destino; hasta qué grado

de ignorancia criminal de los méritos y las virtudes y la capacidad de este pueblo —pueblo que hizo sacrificios como muy pocos pueblos hicieron en el mundo— para arrebatarle la confianza en sí mismo, para arrebatarle la fe en su destino.

Y de esta manera, los que cooperaron con España en los 30 años, los que lucharon en la colonia, los que hicieron derramar la sangre de los mambises, aliados ahora con los interventores yanquis, aliados con los imperialistas yanquis, pretendieron hacer lo que no habían podido hacer en 30 años, pretendieron incluso escribir la historia de nuestra patria amañándola y ajustándola a sus intereses, que eran sus intereses anexionistas, sus intereses imperialistas, sus intereses anticubanos y contrarrevolucionarios.

¿Con quiénes se concertaron los imperialistas en la intervención? Se concertaron con los comerciantes españoles, con los autonomistas. Hay que decir que en aquel primer gobierno de la República había varios ministros procedentes de las filas autonomistas que habían condenado a la revolución. Se aliaron con los terratenientes, se aliaron con los anexionistas, se aliaron con lo peor, y al amparo de la intervención militar y al amparo de la Enmienda Platt empezaron, sin escrúpulos de ninguna índole, a amañar la República y a preparar las condiciones para apoderarse de nuestra patria.

Es necesario que esta historia se sepa, es necesario que nuestro pueblo conozca su historia, es necesario que los hechos de hoy, los méritos de hoy, los triunfos de hoy, no nos hagan caer en el injusto y criminal olvido de las raíces de nuestra historia; es necesario que nuestra conciencia de hoy, nuestras ideas de hoy, nuestro desarrollo político y revolucionario de hoy —instrumentos que poseemos hoy que no podían poseer en aquellos tiempos los que iniciaron esta lucha— no nos conduzca a subestimar por un instante ni a olvidar por un instante que lo de hoy, el nivel de hoy, la conciencia de hoy, los éxitos de hoy más que éxitos de esta generación son, y debemos decirlo con toda sinceridad, éxitos de los que un día como hoy, hace 100 años, se levantaron aquí en este mismo sitio y libertaron a los esclavos y proclamaron la independencia e iniciaron el camino del heroísmo e iniciaron el camino de aquella lucha que sirvió de aliento y de ejemplo a todas las generaciones subsiguientes.

Y en ese ejemplo se inspiró la generación del 95, en ese ejemplo se inspiraron los combatientes revolucionarios a lo largo de los 60 años de República amañada; en ese ejemplo de heroísmo, en esa tradición se inspiraron los combatientes que libraron las últimas batallas en nuestro país.

Y eso no es algo que se diga hoy como de ocasión porque conmemoramos un aniversario, sino algo que se ha dicho siempre y que se ha dicho muchas veces y que se dijo en el Moncada y que se dijo siempre. Porque allí cuando los jueces preguntaron quién era el autor intelectual del ataque al Cuartel Moncada, sin vacilación nosotros respondimos: «¡Martí fue el autor intelectual del ataque al Cuartel Moncada!».

Es posible que la ignorancia de la actual generación, o el olvido de la actual generación, o la euforia de los éxitos actuales, puedan llevar a la subestimación de lo mucho que nuéstro pueblo les debe, de todo lo que nuestro pueblo les debe a estos luchadores.

Ellos fueron los que prepararon el camino, ellos fueron los que crearon las condiciones y ellos fueron los que tuvieron que apurar los tragos más amargos: el trago amargo del Zanjón, el cese de la lucha en 1878; el trago amarguísimo de la intervención yanqui, el trago amarguísimo de la conversión de este país en una factoría y en un pontón estratégico —como temía Martí—; el trago amarguísimo de ver a los oportunistas, a los politiqueros, a los enemigos de la revolución, aliados con los imperialistas, gobernando este país. Ellos tuvieron que vivir aquella amarguísima experiencia de ver como a este país lo gobernaba un embajador yanqui; o cómo un funcionario insolente, a bordo de un acorazado, se anclaba en la bahía de La Habana a dictarle instrucciones a todo el mundo: a los ministros, al jefe del Ejército, al presidente, a la Cámara de Representantes, al Senado.

Y lo que decimos son hechos conocidos, son hechos históricamente probados. Es decir, no tanto conocidos como probados, porque realmente las masas durante mucho tiempo lo ignoraron, durante mucho tiempo las engañaron. Y es necesario revolver los archivos, exhumar los documentos para que nuestro pueblo, nuestra generación de hoy tenga una clara idea de cómo gobernaban los imperialistas, qué tipo de *memorandums*, qué tipo de papeles y qué tipo de insolencias usaban para gobernar a este país, al que se pretendía llamar país libre, independiente y soberano; para que nuestro pueblo conozca qué clase de libertadores eran esos, los procedimientos burdos y repugnantes que usaban en sus relaciones con este país, que nuestra generación actual debe conocer. Y si no los conoce, su conciencia revolucionaria no estará suficientemente desarrollada. Si las raíces y la historia de este país no se conocen, la cultura política de nuestras masas no estará suficientemente desarrollada. Porque no podríamos siquiera entender el marxismo, no po-

dríamos siquiera calificarnos de marxistas si no empezásemos por comprender el propio proceso de nuestra Revolución, y el proceso del desarrollo de la conciencia y del pensamiento político y revolucionario en nuestro país durante 100 años. Si no entendemos eso, no sabremos nada de política.

Y desde luego, desgraciadamente, mucho tiempo hemos vivido ignorantes de muchos hechos de la historia.

Porque si el interés de los que se aliaron aquí con los imperialistas era ocultar la historia de Cuba, deformar la historia de Cuba, eclipsar el heroísmo, el mérito extraordinario, el pensamiento y el ejemplo de nuestros héroes, los que realmente están llamados y tienen que ser los más interesados en divulgar esa historia, en conocer esa historia, en conocer esas raíces, en divulgar esas verdades, somos los revolucionarios.

Ellos tenían tantas razones para ocultar esa historia e ignorarla, como razones tenemos nosotros para demandar que esa historia, desde el 10 de octubre de 1868 hasta hoy, se conozca en todas sus etapas. Y esa historia tiene pasajes muy duros, muy dolorosos, muy amargos, muy humillantes, desde la Enmienda Platt hasta 1959.

Y debe también conocer nuestro pueblo cómo se apoderaron los imperialistas de nuestra economía. Y eso, desde luego, lo sabe nuestro pueblo en carne propia. No saben cómo fue pero fue.

Y saben los hombres y mujeres de este país, sobre todo los de esta provincia donde se inició la lucha, donde siempre se combatió por la libertad del país, cómo fue aquello que de repente todo pasó de manos de los españoles a manos de los americanos. Cómo fue aquello y por qué los ferrocarriles, los servicios eléctricos, las mejores tierras, los centrales azucareros, las minas y todo fue a parar a manos de ellos. Y cómo se produjo aquel fenómeno. Y qué es aquel fenómeno en virtud del cual en este país, donde por los años 1915 ó 1920 había que traer trabajadores de otras Antillas porque no alcanzaban los brazos, algunas décadas después —en los años veintitantos, treintitantos, cuarentitantos y cincuentitantos, cada vez peor— había más hombres sin empleo, había más familias abandonadas, había más ignorancia. Cómo y por qué en este país donde hoy los brazos no alcanzan —los brazos liberados— para desarrollar las riquezas infinitas de nuestro suelo, para desarrollar las capacidades ilimitadas de nuestro pueblo, sin embargo los hombres tenían que cruzarse de brazos meses enteros y mendigar un trabajo, no ya en tiempo muerto sino en la zafra.

Y cómo era posible que en esas tierras que regaron con su sangre decenas de miles de nuestros antepasados, decenas de miles de nuestros mambises; cómo era posible que en esa tierra regada por su sangre, el cubano en la República mediatizada no tuviera el derecho, no digo ya de recoger el pan, no tenía siquiera el derecho a derramar su sudor. De manera que donde nuestros luchadores por la independencia derramaron su sangre por la felicidad de este país, sus hermanos, sus descendientes, sus hijos, no tenían siquiera el derecho de derramar el sudor para ganarse el pan.

¿Qué República era aquella que ni siquiera el derecho al trabajo del hombre estaba garantizado? ¿Qué República era aquella donde no ya el pan de la cultura, tan esencial al hombre, sino el pan de la justicia, la posibilidad de la salud frente a la enfermedad, a la epidemia, no estaban garantizados? ¿Qué República era aquella que no brindaba a los hijos del pueblo —que dio cientos de miles de vidas, pero que dio cientos de miles de vidas cuando aquella población de verdaderos cubanos no llegaba a un millón; pueblo que se inmoló en singular holocausto— la menor oportunidad? ¿Qué República era aquella donde el hombre no tenía siquiera garantizado el derecho al trabajo, el derecho a ganarse el pan en aquella tierra tantas veces regada con sangre de patriotas?

Y nos pretendían vender aquello como República, nos pretendían brindar aquello como Estado justo. Y en pocas regiones del país como en Oriente estas cosas se vivieron, estas experiencias se vivieron en carne propia; desde las decenas de miles de campesinos que tuvieron que refugiarse allá en las montañas hasta las faldas del Pico Turquino para poder vivir, a los hombres, a los trabajadores azucareros que vivieron o cuyos padres vivieron aquellos años terribles. ¡Y qué porvenir esperaba a este país!

Pero el hecho fue que los yanquis se apoderaron de nuestra economía. Y si en 1898 poseían inversiones en Cuba por valor de 50 millones, en 1906, unos 160 millones en inversiones, y 1 450 millones de pesos en inversiones en 1927.

No creo que haya otro país donde se haya producido en forma tan increíblemente rápida semejante penetración económica, que condujo a que los imperialistas se apoderaran de nuestras mejores tierras, de todas nuestras minas, nuestros recursos naturales; que explotaran los servicios públicos, se apoderaran de la mayor parte de la industria azucarera, de las industrias más eficientes, de la industria eléctrica, de los teléfonos, de los ferrocarriles, de los negocios más importantes, y también de los bancos.

Al apoderarse de los bancos, prácticamente podían empezar a comprar el país con dinero de los cubanos, porque en los bancos se deposita el dinero de los que tienen algún dinero y lo guardan, poco o mucho. Y los dueños de los bancos manejaban aquel dinero.

De esta forma, en 1927, cuando no habían transcurrido 30 años, las inversiones imperialistas en Cuba se habían elevado a 1 450 millones de pesos. Se habían apoderado de todo con el apoyo de los anexionistas o neoanexionistas, de los autonomistas, de los que combatieron la independencia de Cuba. Con el apoyo de los gobiernos interventores se hicieron concesiones increíbles.

Un tal Preston compró 75 000 hectáreas de tierra en 1901, en la zona de la bahía de Nipe por $400 000 dólares, es decir, a menos de seis dólares la hectárea de esas tierras. Y los bosques que cubrían todas esas hectáreas de maderas preciosas, que fueron consumidas en las calderas de los centrales, valían muchas veces, incomparables veces esa suma de dinero.

Vinieron con sus bolsillos rebosantes a un pueblo empobrecido por 30 años de lucha, a comprar de las mejores tierras de este país a menos de seis dólares la hectárea.

Y un tal McCan compró 32 000 hectáreas ese mismo año al sur de Pinar del Río. Y un tal James —si mal no recuerdo— ese mismo año compró en Puerto Padre 27 000 hectáreas de tierra.

Es decir que en un solo año adquirieron mucho más de 10 000 caballerías de las mejores tierras de este país, con sus bolsillos repletos de billetes, a un pueblo que padecía la miseria de 30 años de lucha. Y así, sin derramar sangre y gastando un mínimo de sus riquezas, se fueron apoderando de este país.

Y esa historia debe conocerla nuestro pueblo.

No sé cómo es posible que habiendo tareas tan importantes, tan urgentes como la necesidad de la investigación en la historia de este país, en las raíces de este país, sin embargo, son tan pocos los que se han dedicado a esas tareas. Y antes prefieren dedicar sus talentos a otros problemas, muchos de ellos buscando éxitos baratos mediante lectura efectista, cuando tienen tan increíble caudal, tan increíble tesoro, tan increíble riqueza para ahondar primero que nada y para conocer primero que nada las raíces de este país. Nos interesa más que corrientes que por esnobismo puro se trata de introducir

en nuestra cultura, la tarea seria, la tarea necesaria, la tarea imprescindible, la tarea justa de ahondar y de profundizar en las raíces de este país.

Y nosotros debemos saber, como revolucionarios, que cuando decimos de nuestro deber de defender esta tierra, de defender esta patria, de defender esta Revolución, hemos de pensar que no estamos defendiendo la obra de 10 años, hemos de pensar que no estamos defendiendo la revolución de una generación: ¡Hemos de pensar que estamos defendiendo la obra de cien años! ¡Hemos de pensar que no estamos defendiendo aquello por lo cual cayeron miles de nuestros compañeros, sino aquello por lo cual cayeron cientos de miles de cubanos a lo largo de 100 años!

Con el advenimiento de la victoria de 1959, se planteó en nuestro país de nuevo —y en un plano más elevado aún— problemas fundamentales de la vida de nuestro pueblo. Porque si bien en 1868 se discutía la abolición o no de la esclavitud, se discutía la abolición o no de la propiedad del hombre sobre el hombre, ya en nuestra época, ya en nuestro siglo, ya al advenimiento de nuestra Revolución, la cuestión fundamental, la cuestión esencial, la que habría de definir el carácter revolucionario de esta época y de esta Revolución, ya no era la cuestión de la propiedad del hombre sobre el hombre, sino de la propiedad del hombre sobre los medios de sustento para el hombre.

Si entonces se discutía si un hombre podía tener diez y cien y mil esclavos, ahora se discutía si una empresa yanqui, si un monopolio imperialista tenía derecho a poseer 1 000, 5 000, 10 000 ó 15 000 caballerías de tierra; ahora se discutía el derecho que podían tener los esclavistas de ayer a ser dueños de las mejores tierras de nuestro país. Si entonces se discutía el derecho del hombre a poseer la propiedad sobre el hombre, ahora se discutía el derecho que podía tener un monopolio o quien fuera, aquel propietario de un banco donde se reunía el dinero de todos los que depositaban allí, si un monopolio o un oligarca tenía derecho a ser dueño de un central azucarero donde trabajaba un millar de obreros; si era justo que un monopolio o un oligarca fuera dueño de una central termoeléctrica, de una mina, de una industria cualquiera que valía decenas de miles o cientos de miles, o millones o decenas de millones de pesos; si era justo que una minoría explotadora poseyera cadenas de almacenes sin otro destino que enriquecerse encareciendo todos los bienes que este país importaba. Si en el siglo pasado se discutía el derecho del hombre a ser propietario de otros hombres, en este siglo —en dos

palabras— se discutía el derecho de los hombres a ser propietarios de los medios de los que tiene que vivir el hombre.

Y ciertamente no era más que una libertad ficticia. Y no podía haber abolición de esclavitud si formalmente los hombres eran liberados de ser propiedad de otros hombres y en cambio la tierra y la industria —de la cual tendrían que vivir— eran y seguían siendo propiedad de otros hombres. Y los que ayer esclavizaron al hombre de manera directa, en esta época esclavizaban al hombre y lo explotaban de manera igualmente miserable a través del monopolio de las riquezas del país y de los medios de sustentación del hombre.

Por eso si una revolución en 1868 para llamarse revolución tenía que comenzar por dar libertad a los esclavos, una revolución en 1959, si quería tener el derecho a llamarse revolución, tenía como cuestión elemental la obligación de liberar las riquezas del monopolio de una minoría que las explotaba en beneficio de su provecho exclusivo, liberar a la sociedad del monopolio de una riqueza en virtud de la cual una minoría explotaba al hombre.

¿Y qué diferencia había entre el barracón del esclavo en 1868 y el barracón del obrero asalariado en 1958? ¿Qué diferencia, como no fuera que —supuestamente libre el hombre— los dueños de las plantaciones y de los centrales en 1958 no se preocupaban si aquel obrero se moría de hambre, porque si aquel se moría había otros diez obreros esperando para realizar el trabajo? Si se moría, como ya no era una propiedad suya que compraba y vendía en el mercado, no le importaba siquiera si se moría o no un trabajador, su mujer o sus hijos. Estas son verdades que los orientales conocen demasiado bien.

Y así fue suprimida la propiedad directa del hombre sobre el hombre y perduró la propiedad del hombre sobre el hombre a través de la propiedad y el monopolio de las riquezas y de los medios de vida del hombre. Y suprimir y erradicar la explotación del hombre por el hombre era suprimir el derecho de la propiedad sobre aquellos bienes, suprimir el derecho al monopolio sobre aquellos medios de vida que pertenecen y deben pertenecer a toda la sociedad.

Si la esclavitud era una institución salvaje y repugnante, explotadora directa del hombre, el capitalismo era también igualmente una institución salvaje y repugnante que debía ser abolida. Y si la abolición de la esclavitud

era comprendida totalmente por las generaciones contemporáneas, también algún día las generaciones venideras, los niños de las escuelas, se asombrarán de que les digan que un monopolio extranjero —administrándolo a través de un funcionario insolente— era dueño de diez mil caballerías de tierra donde allí mandaba como amo y señor, era dueño de vidas y de haciendas, tanto como nosotros nos asombramos hoy de que un día un señor fuera propietario de decenas y de cientos y aun de miles de esclavos.

Y tan racional como le parecía a la generación contemporánea un hombre amarrado a un grillo, igualmente monstruoso les parecerá a las generaciones venideras, mucho más que a nuestra propia generación. Porque los pueblos muchas veces se acostumbran a ver cosas monstruosas sin darse cuenta de su monstruosidad, y se acostumbran a ver algunos fenómenos sociales con la misma naturalidad con que se ve aparecer la Luna por la noche o el Sol por la mañana o la lluvia o la enfermedad, y acaban por adaptarse a ver instituciones monstruosas como plagas tan naturales como las enfermedades.

Y, claro está, no eran precisamente los privilegiados que monopolizaban las riquezas de este país quienes iban a educar al pueblo en estas ideas, en estos conceptos, quienes iban a abrirles los ojos, quienes iban a mandarles un alfabetizador, quienes iban a abrirles una escuela. No eran las minorías privilegiadas y explotadoras las que habrían de reivindicar la historia de nuestro país, las que habrían de reivindicar el proceso, las que habrían de honrar dignamente a los que hicieron posible el destino ulterior de la patria. Porque quienes no estuvieran interesados en la revolución sino en impedir las revoluciones, quienes no estuvieran interesados en la justicia sino en medrar y enriquecerse de la injusticia, no podrían estar jamás interesados en enseñar a un pueblo su hermosa historia, su justiciera revolución, su heroica lucha en pro de la dignidad y de la justicia.

Y por eso a esta generación le tocó vivir las experiencias de manera muy directa, y le tocó conocer también de expediciones organizadas en tierras extranjeras, precedidas de los bombardeos y de los ataques piratas, organizadas allí por los «prohombres» del imperialismo, organizadas acá por los que en solo 30 años se habían apoderado de la riqueza de este país para aplastar la Revolución y para establecer de nuevo el monopolio de las riquezas por minorías privilegiadas explotadoras del hombre.

Le correspondió a esta generación ver también los anexionistas de hoy, los débiles de todos los tiempos, los «Voluntarios» de hoy —es decir, no en

el sentido que hoy tiene la palabra, o en el sentido que hoy tiene la palabra guerrillero sino en el sentido de ayer—, «Voluntarios» de ayer, guerrilleros de ayer, que así se llamaban en aquella época a los que perseguían a los combatientes revolucionarios, a los que asesinaron a los estudiantes, a los que macheteaban a los mambises heridos cuando trataban de restablecerse en sus pobres y desvalidos e indefensos hospitales de sangre.

Esos los vemos en los que hoy tratan de destruir la riqueza del país, en los que hoy sirven a los imperialistas, en los que hoy —cobardes e incapaces del trabajo y del sacrificio— se mudan hacia allá. Cuando llegó aquí la hora del trabajo, cuando llegó la hora de edificar la patria, cuando llegó la hora de liberar los recursos naturales y humanos para cumplir el destino de nuestro pueblo, lo abandonan y se ponen allá de parte de sus amos al servicio de la causa infamante del imperialismo, enemigo no solo de nuestro pueblo sino enemigo de todos los pueblos del mundo.

De manera que a esta generación le ha correspondido conocer las experiencias de la lucha, de las luchas en el campo de la ideología, la lucha contra los electoralistas defendiendo las legítimas tesis revolucionarias; le tocó conocer la lucha en sí, le tocó conocer las grandes batallas ideológicas después del triunfo de la Revolución, le tocó conocer las experiencias del proceso revolucionario, le tocó enfrentarse al imperialismo yanqui, le tocó enfrentarse a sus bloqueos, a su hostilidad, a sus campañas difamantes contra la Revolución, y le tocó enfrentarse al tremendo problema del subdesarrollo.

Debemos decir que la lucha se repite en diferente escala, pero también en diferentes condiciones. En 1868 y en 1895 y durante 60 años de República mediatizada —o casi 60 años— los revolucionarios eran una minoría, los instrumentos del poder estaban en manos de los reaccionarios; los colonialistas, los autonomistas, tenían la fuerza, tenían el poder, hacían las leyes contra los revolucionarios. Lo mismo ocurrió durante toda la lucha de 1895 y lo mismo ocurrió hasta 1959.

Hoy nuestro pueblo se enfrenta a corrientes similares, a las mismas ideas reaccionarias revividas, a los nuevos intérpretes del autonomismo, del anexionismo; se enfrenta a los proimperialistas y a los imperialistas. Pero se enfrenta en condiciones muy distintas.

En 1868 los cubanos organizaron su gobierno en la manigua; había divisiones y discordias propias de todo proceso. También ocurrieron cosas similares a lo largo de estos cien años. Los heroicos luchadores proletarios

en la República mediatizada —Baliño, Mella, Guiteras, Jesús Menéndez—, tenían que enfrentarse a los esbirros, a los explotadores asistidos de sus mayorales y sus guardias rurales, y caían abatidos por las balas asesinas en el exilio o en la propia tierra, en México o en El Morrillo o en Manzanillo, o desaparecían como tantos revolucionarios, como fue desaparecido Paquito Rosales, hijo de este pueblo.

De estos 100 años, durante 90 años la revolución no había podido abarcar todo el país, la revolución no había podido tomar el poder, la revolución no había podido constituirse en gobierno, la revolución no había podido desatar las fuerzas formidables del pueblo, la revolución no había podido echar a andar el país. Y no es que no hubiese podido porque los revolucionarios de entonces fuesen menos capaces que los de hoy —¡no, de ninguna forma!—, sino porque los revolucionarios de hoy tuvieron el privilegio de recoger los frutos de las luchas duras y amargas de los revolucionarios de ayer. Porque los revolucionarios de hoy encontramos un camino preparado, una nación formada, un pueblo realmente con conciencia ya de su comunidad de intereses; un pueblo mucho más homogéneo, un pueblo verdaderamente cubano, un pueblo con una historia, la historia que ellos escribieron; un pueblo con una tradición de lucha, de rebeldía, de heroísmo. Y a la actual generación le correspondió el privilegio de haber llegado a la etapa en que el pueblo al fin, al cabo de 90 años, se constituye en poder, establece su poder. Ya no era el poder de los colonialistas y sus aliados, ya no era el poder de los imperialistas interventores yanquis y sus aliados, los autonomistas, los neoanexionistas, los enemigos de la Revolución.

Y por eso, en esta ocasión se constituye el poder del pueblo, el genuino poder del pueblo y por el pueblo; no el poder frente al pueblo y contra el pueblo, que había sido el poder conocido durante más de cuatro siglos, desde la época de la colonia, desde que los españoles en las cercanías de este sitio quemaron vivo al indio Hatuey hasta que los esbirros de Batista, vísperas de su derrota, asesinaban y quemaban vivos a los revolucionarios. Era por primera vez el poder frente a los monopolios, frente a los intereses, frente a los privilegios, frente a los poderosos sociales. Era el poder frente al privilegio y contra el privilegio, era el poder frente a la explotación y contra la explotación, era el poder frente al colonialismo y contra el colonialismo, el poder frente al imperialismo y contra el imperialismo. Era por primera vez el poder con la patria y para la patria, era por primera vez el poder con el

pueblo y para el pueblo. Y no eran las armas de los mercenarios, no eran las armas de los imperialistas, sino las armas que el pueblo arrebató a sus opresores, las armas que el pueblo arrebató a los gendarmes y a los guardianes de los intereses del imperialismo, que pasaron a ser sus armas; pueblo que pasó a ser un ejército. Tuvo esta generación por primera vez la oportunidad de comenzar a trabajar desde ese poder nuevo, desde ese poder revolucionario y extendido a todo el país.

Lógicamente, los enemigos de clase, los explotadores, los oligarcas, los imperialistas, que poseían 1 450 millones, no podían estar con ese poder, tenían que estar contra ese poder. Los politiqueros, los botelleros, los parásitos de toda índole, los especuladores, los explotadores del juego, del vicio, los propagadores de la prostitución, los ladrones, los que se robaban descaradamente el dinero de los hospitales, de las escuelas, de las carreteras, los dueños de decenas de miles de caballerías de las mejores tierras, de las mejores fábricas, los explotadores de nuestros campesinos y de nuestros obreros, no podían estar con ese poder sino contra ese poder.

Y desde entonces el pueblo en el poder desarrolla su lucha, no menos difícil, no menos dura, frente al imperialismo yanqui y contra el imperialismo yanqui, el más poderoso país imperialista, el gendarme de la reacción en el mundo. Poder acostumbrado a destruir gobiernos, a destruir gobiernos que insinuaban un camino de liberación, derrocarlos mediante golpes de Estado o invasiones mercenarias, destruir los movimientos políticos mediante represalias económicas, se ha estrellado toda su técnica, todos sus recursos, todo su poderío se ha estrellado contra la fortaleza de la Revolución.

Porque la Revolución es el resultado de cien años de lucha, es el resultado del desarrollo del movimiento político, de la conciencia revolucionaria, armada del más moderno pensamiento político, armada de la más moderna y científica concepción de la sociedad, de la historia y de la economía, que es el marxismo-leninismo; arma que vino a completar el acervo, el arsenal de la experiencia revolucionaria y de la historia de nuestro país.

Y no solo armado de esa experiencia y de esa conciencia, sino pueblo que ha podido vencer los factores que lo dividían, las divisiones de grupo, los caudillismos, los regionalismos, para ser una sola fuerza, para ser un solo pueblo revolucionario. Porque cuando decimos pueblo hablamos de revolucionarios; cuando decimos pueblo dispuesto a combatir y a morir, no pensamos en los gusanos ni en los pocos pusilánimes que quedan: pensamos

en los que tienen el legítimo derecho a llamarse cubanos y pueblo cubano, como tenían legítimo derecho de llamarse nuestros combatientes, nuestros mambises. Un pueblo integrado, unido, dirigido por un partido revolucionario, partido que es vanguardia militante.

¿Y qué otra cosa hizo Martí para hacer la revolución sino organizar el partido de la revolución, organizar el partido de los revolucionarios? ¡Y había un solo partido de los revolucionarios! Y los que no estaban en el partido de los revolucionarios estaban en el partido de los españoles colonialistas o en el partido de los anexionistas o en el partido de los autonomistas.

Y así también hoy el pueblo, con su Partido que es su vanguardia, armado de las más modernas concepciones, armado de la experiencia de cien años, habiéndose desarrollado al máximo grado la conciencia revolucionaria, política y patriótica, ha logrado vencer sobre vicios seculares y constituir esta unidad y esta fuerza de la Revolución.

La Guerra de los Diez Años, como decía Martí, no se perdió porque el enemigo nos arrancara la espada de la mano, sino porque dejamos caer la espada. Después de diez años de lucha, enfrentados al imperialismo, ¡ni el imperialismo ha podido arrebatarnos la espada ni nuestro pueblo unido dejará jamás caer la espada!

Esta Revolución cuenta con el privilegio de llevar con ella y contar como parte de ella al pueblo revolucionario, cuya conciencia se desarrolla y cuya unidad es indestructible. Unido el pueblo revolucionario, armado de las concepciones más revolucionarias, del patriotismo más profundo —que la conciencia y el concepto internacionalista no excluye ni mucho menos el concepto del patriotismo—, patriotismo revolucionario, perfectamente conciliable con el internacionalismo revolucionario, armado con esos recursos y con esas circunstancias favorables, será invencible.

Este aniversario llega en el momento de mayor auge de la conciencia y del espíritu de trabajo del pueblo. Hechos como el del día 8 en que con motivo del centenario y también como homenaje al Guerrillero Heroico —caído gloriosamente en fecha que casi coincidió con el 10 de octubre—, decidido a realizar un esfuerzo digno de esta jornada, llegó a sembrar en un solo día 1 031 caballerías de caña.

Y sirva esto de idea acerca de lo que es capaz un pueblo cuya inteligencia, cuya energía, cuyas fuerzas potenciales se despliegan.

Debo decir que esta cifra realmente rebasa las cifras más optimistas, las cifras más altas que se hubieran podido concebir. Es necesario un pueblo de verdad trabajando para lograr esas cosas, y es necesario un pueblo realmente consciente e inspirado para realizar esas cosas.

Este homenaje, o este aniversario, tiene lugar en el momento de máximo auge de la Revolución en todos los campos. Pero esto no significa que cien años de lucha signifique, ni mucho menos, la culminación de la lucha, el fin de la lucha. Quién sabe cuántos años más tendremos por delante de lucha. Pero nunca, jamás, hemos estado en mejores condiciones que hoy; nunca hemos estado más organizados, nunca hemos estado mejor armados, no solo armados con armas, armados con hierros, sino armados de pensamientos, armados de ideas. Nunca, jamás, hemos estado mejor armados de ideas y de hierros, nunca hemos estado mejor organizados. Y seguiremos armándonos en ambas direcciones, y seguiremos organizándonos, y seguiremos haciéndonos cada vez más fuertes.

El imperialismo está ahí enfrente, en plan y actitud insolentes, amenazantes; las fuerzas más reaccionarias levantan cabeza, los grupos más retrógrados y agresivos se insinúan como factores preponderantes en la política futura de ese país.

Conmemoramos este aniversario, este centenario, estos 100 años, no en beatífica paz, sino en medio de la lucha, de amenazas y de peligros. Pero nunca como hoy hemos estado conscientes, nunca como hoy para nosotros las cosas han sido tan claras.

Esta generación no solo se ha de concretar a haber culminado una etapa, a haber llegado a objetivos determinados, a poder presentar hoy una meta cumplida, una tarea histórica realizada: una patria libre, verdaderamente libre; una revolución victoriosa, un poder del pueblo y para el pueblo; sino que esta Revolución tiene que defender ese poder, porque los enemigos no se resignarán fácilmente, el imperialismo valiéndose de sus recursos no nos dejará en paz. Y el odio de los enemigos crece a medida que la Revolución se fortalece, a medida que sus esfuerzos han sido inútiles.

¿A qué grados llegan? A increíbles grados en todos los órdenes. Llegan, incluso, a extraordinarios ridículos.

Recientemente leíamos un cable en que hablaba de un cura español que organizaba en Miami rezos contra la Revolución; un cura español que, según decía, rezaba para que la Revolución se destruyera, incluso daba misas

y rogativas para que los dirigentes revolucionarios nos muriéramos en un accidente o asesinados, como requisito para aplastar la Revolución.

¡Cuán equivocados están si creen que la Revolución puede ser aplastada por ningún camino! Es innecesario siquiera recalcarlo. ¡Ahora menos que nunca!

Pero llama la atención esta filosofía de los reaccionarios, esta filosofía de los imperialistas.

Y ellos mismos decían que organizaban un mitin contrarrevolucionario y apenas iban doscientos, organizaban un rezo contra la Revolución e iban miles de gusanos. Eso, desde luego, denota que a la contrarrevolución le va quedando toda la gusanera beata y ridícula que se reúne a hacer misas. ¡Vaya espíritu religioso el de esos creyentes! ¡Vaya espíritu religioso el de ese cura que da misas para que asesinen o para que se muera la gente!

De verdad que si el cura nos dijera que hay una oración para destruir a los imperialistas, ciertamente nosotros nos negaríamos rotundamente a rezar semejantes oraciones; y si el cura nos dijera que hay una oración para rechazar a los imperialistas si invaden este país, nosotros le diríamos a ese cura: ¡Váyase al diablo con su oración que nosotros nos vamos a encargar de aniquilar aquí a los invasores, a los imperialistas, a tiro limpio y a cañonazo limpio!

Los vietnamitas no rezan oraciones contra los imperialistas, ni el heroico pueblo de Corea rezó oraciones contra los imperialistas, ni nuestros milicianos rezaron oraciones contra los mercenarios que venían armados de calaveras, crucifijos y no sé cuántas cosas más; venían en nombre de Dios, con cura y todo, a asesinar mujeres campesinas, a asesinar niños y niñas, a destruir las riquezas de este país.

Y ya vemos hasta que punto han degenerado los reaccionarios, hasta que punto han prostituido sus propias concepciones y sus propias doctrinas, y a qué extremos llegan y qué clase de sentimientos son esos. Desde luego, cosas de los aliados de los imperialistas, cosas de la gusanera.

Pero, desde luego, no son los rezos del cura y su muchedumbre de beatos y beatas las cosas que le preocuparían a esta Revolución. Es el imperialismo con sus recursos militares y técnicos. Y es contra ese imperialismo y contra esas amenazas que nosotros debemos siempre estar preparados y prepararnos cada vez más.

El estudio de la historia de nuestro país no solo ilustrará nuestras conciencias, no solo iluminará nuestro pensamiento, sino que el estudio de la historia de nuestro país ayudará a encontrar también una fuente inagotable de heroísmo, una fuente inagotable de espíritu de sacrificio, de espíritu de lucha y de combate.

Lo que hicieron aquellos combatientes, casi desarmados, ha de ser siempre motivo de inspiración para los revolucionarios de hoy; ha de ser siempre motivo de confianza en nuestro pueblo, en su fuerza, en su capacidad de lucha, en su destino; ha de darle seguridad a nuestro país de que nada ni nadie en este mundo podrá derrotarnos, nada ni nadie en este mundo podrá aplastarnos, ¡y que a esta Revolución nada podrá vencerla!

Porque este pueblo, igual que ha luchado cien años por su destino, es capaz de luchar otros cien años por ese mismo destino. Este pueblo lo mismo que fue capaz de inmolarse más de una vez, será capaz de inmolarse cuantas veces sea necesario.

Esas banderas que ondearon en Yara, en La Demajagua, en Baire, en Baraguá, en Guáimaro; esas banderas que presidieron el acto sublime de libertar la esclavitud; esas banderas que han presidido la historia revolucionaria de nuestro país, no serán jamás arriadas. Esas banderas y lo que ellas representan serán defendidas por nuestro pueblo hasta la última gota de su sangre.

Nuestro país sabe lo que fue ayer, lo que es hoy y lo que será mañana. Si hace cien años no podíamos decir que teníamos una nacionalidad cubana, un pueblo cubano; si hace cien años éramos los últimos de este continente [...]. Un día la prensa insolente de los imperialistas, en vida de Martí, calificó al pueblo cubano de pueblo afeminado, con el más increíble desprecio, argumentando entre otras cosas los años que había padecido la dominación española, demostrando con ello una increíble ignorancia acerca de los factores históricos y sociales que hacen a los pueblos y de las condiciones de Cuba, y que motivaron una respuesta de Martí en singular artículo llamado «Vindicación de Cuba».

Bien: podían todavía en 1889 alegar esos insultos contra la patria, ignorando sus heroísmos, su desigual y solitaria lucha; podían decirnos que éramos los últimos. Y es cierto y no por culpa de esta nación. No podía culparse de algo a la nación que no existía, al pueblo que no existía como tal pueblo. Pero la nación que existe desde que surgió la vida con la sangre de

los que aquí se alzaron el 10 de octubre de 1868, el pueblo que se fundó en aquella tradición, el pueblo que inició su ascenso en la historia, que inició el desarrollo de su pensamiento político y su conciencia, que tuvo la fortuna de contar con aquellos hombres extraordinarios como pensadores y como combatientes, ya no podrá decir hoy nadie que es el último. Ya no somos solo el pueblo que hace cien años abolió la esclavitud; ya no somos el último en abolir la esclavitud, es decir, la propiedad del hombre sobre el hombre; ¡somos hoy el primero en este continente en abolir la explotación del hombre sobre el hombre!

Fuimos el último en comenzar, es cierto, pero hemos llegado tan lejos como nadie. Hemos erradicado el sistema capitalista de explotación; hemos convertido al pueblo en dueño verdadero de su destino y de sus riquezas. Fuimos el último en librarnos de la colonia, pero hemos sido los primeros en librarnos del imperio. Fuimos los últimos en librarnos de un modo de producción esclavista; los primeros en librarnos del modo de producción capitalista, y con el modo de producción capitalista de su podrida estructura política e ideológica. Hemos echado abajo las mentiras con que pretendieron engañarnos durante tantos años. Estamos reivindicando y restableciendo la verdad de la historia. Hemos recuperado nuestras riquezas, nuestras minas, nuestras fábricas, nuestros bosques, nuestras montañas, nuestros ríos, nuestra tierra.

Y en esa tierra que se regó tantas veces con sangre de patriotas, se riega hoy el sudor honesto de un pueblo; que de esa tierra, con ese sudor de su frente, con esa tierra conquistada con la sangre de sus hijos, sabrá ganarse honradamente el pan que nos quitaban de la mano y de la boca.

Somos hoy la comunidad humana de este continente que ha llegado al grado más alto de conciencia y de nivel político: ¡Somos el primer Estado socialista! Los últimos ayer; ¡los primeros hoy en el avance hacia la sociedad comunista del futuro!, la verdadera sociedad del hombre para el hombre, del hombre hermano del hombre.

Y ya no solo luchamos por erradicar los vicios y las instituciones que tienen una relación negativa del hombre con los medios de producción, sino que tratamos de llevar la conciencia del hombre a su grado más alto. Ya no solo la lucha contra las instituciones que esclavizaban al hombre, sino contra los egoísmos que esclavizan todavía a muchos hombres, contra los individualismos que apartan a algunos hombres de la fuerza de la colectividad.

Es decir, ya no solo pretendemos librar al hombre de la tiranía que las cosas ejercían sobre el hombre, sino de ideas seculares que todavía tiranizan al hombre.

Por eso podemos afirmar que desde el 10 de octubre de 1868 hasta hoy, 1968, el camino de nuestro pueblo ha sido un camino interrumpido de avance, de grandes saltos, rápidos avances, nuevas etapas de avance y nuevas etapas de avance.

Tenemos sobrados motivos para contemplar esta historia con orgullo. Tenemos sobrados motivos para comprender esa historia con profunda satisfacción. Nuestra historia cumple cien años. No la historia de la colonia, que tiene más; ¡la historia de la nación cubana, la historia de la patria cubana, la historia del pueblo cubano, de su pensamiento político, de su conciencia revolucionaria!

Largo es el trecho que hemos avanzado en estos cien años y larga también la voluntad y la decisión de seguir adelante ininterrumpidamente. Inconmovible el propósito de seguir construyendo esa historia hermosa, con más confianza que nunca, con más trabajo que nunca, con más tareas por delante que nunca: enfrentándonos al imperialismo yanqui, defendiendo la Revolución en el campo que sea necesario; enfrentándonos al subdesarrollo para llevar adelante todas las posibilidades de nuestra naturaleza, para desplegar plenamente todas las energías de nuestro pueblo, todas las posibilidades de su inteligencia.

Y estas serán las tareas: defender la Revolución frente al imperialismo, profundizar nuestras conciencias en la marcha hacia el futuro, fortalecer nuestro pensamiento revolucionario en el estudio de nuestra historia, ir hacia las raíces de ese pensamiento revolucionario, y llevar adelante la batalla contra el subdesarrollo.

Alguien habló de entre ustedes ahora de los diez millones, y los diez millones es prácticamente una batalla ganada de este país ; por el impulso que lleva el trabajo en nuestros campos, por el tremendo empuje de nuestro pueblo trabajador. Y los diez millones forman parte de esa batalla mayor que es la batalla contra el subdesarrollo, contra la pobreza.

Y esas son nuestras tareas del futuro.

Muchas veces desde las tribunas de los politiqueros hipócritas y mentirosos, ladrones contumaces, estafadores del pueblo, que invocaban los nombres de los patriotas de la independencia, muchas veces profanaron con solo

traerlos a sus labios el nombre de Martí, de Maceo, el nombre de Céspedes, el nombre de Agramonte, el nombre de todos los patricios. Hipócritamente mencionaban aquellos nombres. En el fondo lo olvidaron todo, lo abandonaron todo.

Este país debiera tener una lápida, un recuerdo en cada punto donde combatieron los cubanos, en cada punto donde libraron sus batallas. No se ocuparon de dejar un recuerdo siquiera dónde fue exactamente la batalla de Peralejo, o de Las Guásimas, o de Palo Seco, cuáles fueron las batallas de la Invasión. Dejaron que yacieran en el olvido, llenas de maleza o de polvo, sin un solo recuerdo.

Muchas veces los estafadores pretendieron usar los nombres de nuestros héroes para servir a sus fines politiqueros.

Por eso hoy nosotros, los revolucionarios de esta generación, nuestro pueblo revolucionario puede sentir esa íntima y profunda satisfacción de estarles rindiendo a Céspedes, a los luchadores por nuestra independencia, el único tributo, el más honesto, el más sincero, el más profundo: ¡el tributo de un pueblo que recogió los frutos de sus sacrificios, y al cabo de cien años les rinde este tributo de un pueblo unido, de un poder del pueblo, de un pueblo consciente, y de una Revolución victoriosa dispuesta a seguir indoblegablemente, firmemente e invenciblemente la marcha hacia adelante!

Gritemos hoy con legítimo derecho:

¡Que viva Cuba Libre!
¡Que viva el 10 de octubre!
¡Que viva la Revolución victoriosa!
¡Que vivan los 100 años de lucha!
¡Patria o Muerte!
¡Venceremos!

12. LA REVOLUCIÓN Y LA CONTRARREVOLUCIÓN EN EL CHILE DE ALLENDE

ESTADIO NACIONAL, SANTIAGO DE CHILE, 2 DE DICIEMBRE DE 1971

Fidel Castro realiza una visita de casi un mes a Chile, al finalizar el primer año del gobierno de la Unidad Popular presidido por Salvador Allende. En una masiva concentración en el Estadio Nacional de en Santiago de Chile, Fidel pronuncia un discurso en el que advierte sobre los peligros del fascismo.

Querido presidente;
Revolucionarios chilenos;
Chilenos todos:

El presidente nos ha dejado tan impactados con sus palabras que tenemos que serenarnos un poquito. El presidente ha dicho palabras emocionantes y valientes, analizando algunas cuestiones de actualidad. Pero en mi caso, aunque en estos días haya estado con alguna actualidad, soy un visitante que no debo ocuparme de tales actualidades. Debemos y podemos hablar de otras actualidades que son comunes a los intereses de todos nuestros pueblos. Debemos y podemos ocuparnos de otras cuestiones que son comunes a todos los procesos revolucionarios.

Hay una pregunta, muy común en los chilenos, que nos hemos encontrado en casi todas partes, y que revela ese gran espíritu patriótico de los chilenos y un poco de ese orgullo patriótico de los chilenos. Y es que se llenan los

pulmones de aire, suspiran profundo, y preguntan: «¿Qué le parece a usted este país? ¿Qué impresiones tiene usted de este país?» Aun cuando sepan lo que a uno le parece, aun cuando conozcan de antemano las impresiones. O como cuando preguntan: «¿Cómo lo han tratado en este país?» Aun cuando puedan conocer la respuesta de nuestros sentimientos hacia los que aman verdaderamente este país.

Pero, desde luego, sobre impresiones se pueden decir muchas cosas, que vayan desde la majestuosidad de las montañas, o el azul del cielo, o la belleza de la Luna, los recursos naturales, sus paisajes impresionantes. Pero nosotros no somos geólogos ni somos naturalistas. Y lamentablemente, de poeta solo tenemos aquello que dice el refrán que a todos nos atribuye un poco de poeta y de loco. Me imagino que los chilenos hayan conocido también ese refrán.

En cambio, hay cuestiones que nos interesan mucho más: nos interesa el paisaje humano por encima de todo, nos interesa el pueblo por encima de todo, nos interesan los chilenos por encima de todo.

Si a algo hemos dedicado nuestra vida es a la cuestión humana, a la cuestión social, a la cuestión revolucionaria. Si algo nos despierta el interés por encima de todo es la lucha de los pueblos y de los hombres, es la marcha histórica de la humanidad desde que el hombre vivía en hordas primitivas al hombre de hoy. Si algo nos interesa es el espectáculo vivo de un proceso en sus momentos críticos.

Porque la marcha de la humanidad ha sido lenta. En ocasiones la marcha se detiene. En ocasiones incluso retrocede. Pero también en ocasiones se acelera. Esos son los momentos de crisis, esos son momentos de revoluciones.

Hemos visitado a Chile no como turistas. Hemos visitado a Chile como revolucionarios, como amigos, como solidarios de este proceso, como solidarios de este proceso y de este país. Hemos visitado a Chile… Y en esto permítasenos una pequeñita discrepancia con el presidente, pero no una discrepancia constitucional ni protocolar, sino simplemente conceptual. Él dijo que no habíamos venido ni a aprender ni a enseñar. Y la discrepancia es que si bien estamos absolutamente de acuerdo en que no vinimos a enseñar —y no sé qué clase de miedo tenían esos que andaban con los libelitos diciendo que no tenía nada que enseñarles, y que tal vez reflejaban una especie de complejo, un miedo subconsciente—, sin embargo decimos con toda franqueza que hemos venido a aprender.

Pero nadie piense que hemos venido a aprender algunas de las cosas que nos aconsejaban algunos libeluchos o algunos sesudos de las teorías políticas reaccionarias, que decían que qué bueno que veníamos a aprender de elecciones, de parlamento, de libertades determinadas de prensa, etcétera. ¡Muy interesante la cuestión! Pero ya nosotros aprendimos bastante de todo eso. Durante 50 años conocimos muchas de esas libertades burguesas, capitalistas; y conocimos sus instituciones demasiado bien. Y no es que digamos que no sean buenas. También en su época fue buena la democracia griega. También en su época significó un extraordinario adelanto de la sociedad humana la República romana, con sus millones de esclavos, sus circos de gladiadores y sus cristianos devorados por leones. También el medioevo se consideró un avance sobre la esclavitud primitiva, a pesar de la servidumbre feudal. También la Revolución Francesa histórica, famosísima, significó un avance sobre la sociedad medieval y las monarquías absolutas que en un tiempo llegaron a gozar de prestigio. Y fueron consideradas altas instituciones en la marcha del progreso humano. Y existieron incluso los llamados «déspotas ilustrados».

De manera que el advenimiento de una forma nueva de producción y la creación de nuevas relaciones de producción y de propiedad y de apropiación de los productos, determinaron el nacimiento de todas esas superestructuras, que fueron consideradas buenas en un momento dado de la marcha de la humanidad.

Pero quienes pretendan que alguna sociedad o algún sistema social, y la superestructura que tal sistema social representa, sean eternos, se equivocan, porque eso está desmentido absolutamente por la historia. Y a una forma social, sucedió otra; y a esa, otra; y a esa, otra. Y cada vez por una forma social superior.

La burguesía incluso en su época, cuando no existía el proletariado, fue revolucionaria, fue una clase revolucionaria, y dirigió al pueblo en la lucha por una forma social nueva y dirigió a los campesinos, que eran siervos de los feudales, y dirigió a los artesanos. No existía el proletariado. Y la sociedad humana continuó su marcha.

Pretender que esa forma que surgió hace dos siglos, pretender que esa forma es eterna, pretender que es la máxima expresión del avance humano, pretender que con ello culminó el progreso de la humanidad, no constituye desde el punto de vista histórico y científico sino una completa ridiculez.

Pero, además, todas las sociedades, todos los sistemas sociales caducos, cuando estaban próximos a ser abolidos se defendieron. Y se defendieron con tremenda violencia a lo largo de la historia.

Ningún sistema social se resignó a desaparecer de *motu proprio*. Ningún sistema social se resignó a las revoluciones. Y desde luego, por eso nosotros decíamos que alguna vez fueron buenos. Solo que hoy están condenados por la historia, están sencillamente caducos, son sencillamente anacrónicos. Y los anacronismos existen mientras pueden existir. Los anacronismos subsisten mientras los pueblos no tienen fuerza suficiente para cambiarlos. Los anacronismos subsisten simplemente mientras no puedan ser cambiados. Pero el que no puedan ser cambiados en un momento dado de un proceso no significa históricamente que serán eternos.

En nuestro país, que conocimos aquellas formas del estado de explotación, aquellos instrumentos de que se valieron los explotadores para reprimir a los explotados, sus instituciones han sido cambiadas. ¿Es acaso un secreto? ¿Es acaso un secreto los cambios que han ocurrido en Cuba?

Y nosotros en la Universidad Técnica respondiendo a una pregunta decíamos que, efectivamente, nosotros no éramos demócratas representativos. ¡No éramos demócratas representativos! ¡Y mucho menos cuando ustedes saben perfectamente bien a quiénes se les ha llamado demócratas representativos en este continente!

Y nosotros decíamos: en nuestro país nuestro pueblo no necesita que lo represente nadie, porque el pueblo se representa a sí mismo.

En nuestro país se han producido cambios muy profundos, ¡muy profundos!, e incluso difíciles de comprender a distancia. Y muy difícil de comprender sobre todo a través del prisma de la mentira y de la calumnia, en que tanto se han especializado a lo largo de la historia los reaccionarios. Porque hay una diferencia entre el revolucionario y el reaccionario. Y es que el revolucionario no miente. ¡El revolucionario no puede mentir! El revolucionario vive de convicciones íntimas, de motivaciones profundas. Y la mentira es una violación del carácter, la mentira es una violación de los sentimientos más íntimos del hombre. La mentira es el arma de los que no tienen razón. La mentira es el arma del que no tiene argumentos. La mentira es el arma del que desprecia a los demás y, sobre todo, desprecia al pueblo.

¡El arma del revolucionario es la verdad! ¡El arma del revolucionario es la razón! ¡El arma del revolucionario es la idea! ¡El arma del revolucionario

es el pensamiento! ¡El arma del revolucionario es la conciencia! ¡El arma del revolucionario es la cultura! ¡El arma del revolucionario contemporáneo es la interpretación correcta de las leyes científicas que rigen la marcha de la sociedad humana!

¡Nosotros no mentimos ni mentiremos jamás! y no tememos enfrentarnos en el campo de las ideas a ningún adversario. La verdad siempre saldrá victoriosa a la larga. Y la tarea del revolucionario es, en primer término, armar los espíritus, ¡armar los espíritus! Incluso ningún arma física tiene ningún valor si antes no están bien ármados los espíritus.

No intentamos siquiera que desde tal distancia se puedan comprender los problemas de nuestro país. No lo intentamos. No es incluso una cuestión fundamental. Pero solo decimos que cuando hablamos de que si vinimos a aprender, no veníamos a aprender cosas caducas y anacrónicas en la historia de la humanidad. Ni nos interesa fundamentalmente el día o la hora, el cómo o el cuándo los pueblos deciden barrer con los anacronismos. Nadie los barrerá en ninguna parte en tanto no puedan. Nadie puede barrerlos antes de tiempo. Y ojalá siempre sean barridos lo más pronto posible.

Hemos venido a aprender en un proceso vivo. Hemos venido a aprender cómo se comportan las leyes de la sociedad humana. Hemos venido a ver algo extraordinario, algo extraordinario: en Chile está ocurriendo un proceso único. Algo más que único: ¡insólito!, ¡insólito! Es el proceso de un cambio. Es un proceso revolucionario donde los revolucionarios tratan de llevar adelante los cambios pacíficamente. Un proceso único, prácticamente el primero en la historia de la humanidad —no decimos en la historia de las sociedades contemporáneas—, único en la historia de la humanidad, donde tratan de llevar a cabo el proceso revolucionario por los cánones legales y constitucionales, mediante las propias leyes establecidas por la sociedad o por el sistema reaccionario, mediante el propio mecanismo, mediante las propias formas que los explotadores crearon para mantener su dominación de clase.

Entonces, es realmente algo único, algo insólito.

¿Y cuál fue nuestra actitud? Nosotros los revolucionarios, que no hicimos nada único ni hicimos nada insólito... Porque los revolucionarios cubanos tenemos si acaso el mérito de haber sido la primera revolución socialista de América Latina. Pero no tenemos el mérito de haberlo hecho en forma insólita y única.

¿Pero cuál ha sido nuestra actitud? La de solidaridad con ese proceso. La de nuestra solidaridad con los hombres que quieren llevar ese camino. Nuestra comprensión, nuestro apoyo moral, nuestra curiosidad, nuestro interés.

Porque es —como hemos dicho en otras ocasiones— que no son los revolucionarios los inventores de la violencia. Fue la sociedad de clases a lo largo de la historia la que creó, desarrolló e impuso su sistema siempre mediante la represión y la violencia. Los inventores de la violencia fueron en todas las épocas los reaccionarios. Los que impusieron a los pueblos la violencia fueron en todas las épocas los reaccionarios.

Y nosotros observamos, y el mundo observa con enorme interés, cómo se desarrolla este proceso chileno en las circunstancias actuales del mundo, incluso dentro de la actual correlación de fuerzas del mundo.

Ahora, para nosotros eso constituye un acontecimiento extraordinario.

Nos preguntaron en algunas ocasiones —de un modo académico— si considerábamos que aquí tenía lugar un proceso revolucionario. Y nosotros dijimos sin ninguna vacilación: ¡Sí! Pero cuando se inicia un proceso revolucionario, o cuando llega el momento en un país en que se produce lo que podemos llamar una crisis revolucionaria, entonces las luchas y las pugnas se agudizan tremendamente. Las leyes de la historia cobran su plena vigencia.

Y cualquiera que haya vivido en este país tres semanas, cualquiera que haya visto y analizado los factores, las medidas primeras tomadas por el gobierno de la Unidad Popular —medidas que golpearon fuertemente a poderosos intereses imperialistas, medidas que culminaron con la recuperación de riquezas fundamentales del país, medidas que se caracterizaron por el avance de las áreas sociales, medidas que se caracterizaron por la aplicación de una ley de reforma agraria (que no la hizo el gobierno de Unidad Popular, y que fue una ley de reforma agraria concebida con otros objetivos: una ley de reforma agraria muy limitada, y realmente muy tibiamente aplicada cuando se aprobó)—, esas medidas han comprobado, puede decirse, la gran verdad histórica de que el proceso de cambios genera una dinámica de lucha. Y las medidas realizadas ya, y que constituyen el inicio de un proceso, han desatado la dinámica social, la lucha de clases; han desatado la ira y la resistencia —como en todos los procesos sociales de cambio— de los explotadores, de los reaccionarios.

Ahora bien: la cuestión que obviamente se plantea —visto por un visitante este proceso— es si acaso se cumplirá o no la ley histórica de la resistencia y de la violencia de los explotadores. Porque hemos dicho que no existe en la historia ningún caso en que los reaccionarios, los explotadores, los privilegiados de un sistema social, se resignen al cambio, se resignen pacíficamente a los cambios.

De manera que esta es una cuestión a nuestro juicio esencial, y un aspecto que ha ocupado nuestro interés, y algo en lo cual hemos estado aprendiendo, y aprendiendo mucho en estos días. Sí, señores —sobre todo los que me pedían que viniera a aprender—: ¡He aprendido mucho!: cómo funcionan las leyes sociales, cómo funciona un proceso revolucionario, cómo reacciona cada sector y cómo luchan las diversas fuerzas. Lo hemos vivido. Y lo hemos vivido aun en nuestra propia piel. Y no porque me hayan atravesado la piel con ninguna pedrada, o con ningún balazo, o porque me hayan quemado un pelo —no he visto pasar ni de lejos una piedra. He sentido, como visitante, como amigo, como solidario, he sentido otro tipo de agresiones harto conocidas: de insultos, de campañas.

No somos tampoco ajenos posiblemente a la agudización de algunos problemas. Y quizás hasta incluso nuestra visita constituyera un elemento de estimulo a los que querían crear dificultades al gobierno de la Unidad Popular. En un momento en que realmente había aquí, se dice, cientos y cientos de periodistas de todo el mundo para reportar sobre esta visita; en un momento en que en el mundo entero —en todos los países de Europa, de Asia, de África, de América Latina— se hablaba de esta visita, de este encuentro entre chilenos y cubanos, de este encuentro entre dos procesos que se iniciaron en formas tan diferentes, cuando Chile y la imagen chilena recorrían ampliamente el mundo, es obvio que eso podía producir cierta irritación, cierto malestar, cierto exacerbamiento, y se condujera a la aceleración de determinadas actitudes.

De modo que como visitante he recibido en nombre del pueblo de Cuba extraordinarias pruebas de afecto. Pero hemos tenido oportunidad de apreciar y de ver cómo se manifiestan estos fenómenos.

Indiscutiblemente que quien visitaba este país no era Benito Mussolini. Quien visitaba este país no era Adolfo Hitler. Quien visitaba este país no era un fascista. Quien visitaba este país no era un instrumento de los monopolios yanquis. Quien visitaba este país no era un amigo de los poderosos y de

los privilegiados. ¡Quien visitaba este país era un amigo de los humildes, un amigo de los trabajadores, un amigo de los campesinos, un amigo de los estudiantes, un amigo de los pueblos!

Por eso cuando nosotros hablábamos y cambiábamos impresiones con los compañeros chilenos a raíz de la invitación del presidente, y nos preguntaban qué deseábamos ver, pues nosotros les decíamos: deseamos conocer las minas, el salitre, el cobre, el hierro, el carbón, los centros de trabajo, los centros agrarios, las universidades, las organizaciones de masa, los partidos de izquierda: deseamos hablar con los revolucionarios y hablar incluso con aquellos que aunque no se pueden considerar revolucionarios son personas decentes. No se nos podía ocurrir otra cosa.

Y, efectivamente, se organizó ese tipo de visita.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué? Porque nosotros sabemos dónde están nuestros amigos, en qué clase social. Y nosotros sabemos que donde están los obreros y los campesinos y los humildes están nuestros amigos.

Y por eso el recibimiento que hemos tenido en todos los pueblos, en todas las universidades, en los campos: el recibimiento extraordinariamente afectuoso que hemos tenido en todos los centros de trabajo, ¡en todos!, sin una sola excepción. Ni aun en aquellos sitios donde los reaccionarios se empeñaron más en deformar la conciencia del obrero, ¡ni en esos!

El espíritu del obrero, del hombre humilde, del creador de las riquezas con su sudor y con sus manos, fue el mismo espíritu que dicen las leyes de la historia.

Por eso nosotros tuvimos la oportunidad de comprobar ese fenómeno y cómo se produce el fenómeno, a pesar del extraordinario diluvio de campañas, de calumnias, de mentiras, que las agencias cablegráficas de los monopolios yanquis han regado sobre Cuba. Y sin embargo, ¿de qué sirvió todo eso?

Desde luego, no podíamos nosotros ni siquiera imaginarnos, y habría que estar absolutamente loco para creer que íbamos a ser recibidos afectuosamente por los intereses opuestos de los obreros, de los campesinos y de los humildes de este país. Nosotros no íbamos a ser bien recibidos por los poderosos, los terratenientes, los reaccionarios.

En dos palabras, chilenos: nosotros no esperábamos ser bien recibidos por los fascistas.

Pero, repito, hemos aprendido otra cosa: hemos aprendido la comprobación más de otra ley de la historia: hemos visto el fascismo en acción.

Y hemos podido comprobar un principio contemporáneo: que la desesperación de los reaccionarios, la desesperación de los explotadores en el mundo de hoy —como ya se ha conocido nítidamente por la experiencia histórica— tiende hacia las formas más brutales, más bárbaras de violencia y de reacción.

Y todos conocen la historia del fascismo en diversos países, en los países que fueron la cuna de ese movimiento, cómo surgieron; y cómo los privilegiados, los explotadores, cuando aun sus propias instituciones —cuando aun sus propias instituciones—, inventadas y creadas por ellos para mantener el dominio de clase no les sirven, las destruyen ellos mismos. Inventan una legalidad, inventan una constitución, inventan un parlamento. Cuando digo inventan una constitución, digo: inventan una constitución burguesa, porque las revoluciones socialistas establecen sus propias constituciones y sus propias formas de democracia.

Pero, ¿qué hacen los explotadores cuando sus propias instituciones ya no les garantizan el dominio? ¿Cuál es su reacción cuando los mecanismos con que han contado históricamente para mantener su dominio les fracasan, les fallan? Sencillamente los destruyen. No hay nadie más anticonstitucional, más antilegal, más antiparlamentario y más represivo y más violento y más criminal que el fascismo.

El fascismo, en su violencia, liquida todo: arremete contra las universidades, las clausura y las aplasta; arremete contra los intelectuales, los reprime y los persigue; arremete contra los partidos políticos; arremete contra las organizaciones sindicales; arremete contra todas las organizaciones de masa y las organizaciones culturales.

De manera que nada hay más violento, ni más retrógrado, ni más ilegal que el fascismo.

Y nosotros hemos podido ver en este insólito y único proceso cómo se manifiesta esa ley de la historia, que los reaccionarios, los explotadores en su desesperación, apoyados fundamentalmente desde el exterior, generan y desarrollan este fenómeno político, esa corriente reaccionaria que es el fascismo.

Y lo decimos con toda franqueza: que hemos tenido la oportunidad de aprender y de ver el fascismo en acción. Y sinceramente creemos que no habrá nada que pueda enseñarnos tanto a nosotros como esta visita.

Pero también se dice que no hay nada que enseñe a los pueblos tanto como un proceso revolucionario. Todo proceso revolucionario enseña a los pueblos en unos meses lo que a veces dura decenas de años en aprender.

Hay una cuestión: ¿Quién aprenderá más y más pronto? ¿Quién tomará más conciencia y más pronto? ¿Los explotadores o los explotados? ¿Quiénes aprenderán más rápidamente en este proceso? ¿El pueblo o los enemigos del pueblo?

¿Y están ustedes completamente seguros, ustedes que son protagonistas, que son actores de esta página que escribe su patria; están completamente seguros de que ustedes han aprendido más que sus explotadores?

Permítanme entonces discrepar en este caso no del presidente sino de la masa.

Mañana dirán en algún cintillo, en algún lugar del mundo las agencias: «Discrepa Castro de la masa». Discrepamos de una apreciación de la situación.

Y en esta especie de diálogo sobre cuestiones científicas e históricas, nosotros podemos decir que no estamos completamente seguros de que en este singular proceso el pueblo, el pueblo humilde —que es la inmensa mayoría del pueblo— haya estado aprendiendo más rápidamente que los reaccionarios, que los antiguos explotadores.

Pero hay, además, algo: los sistemas sociales que las revoluciones están cambiando llevan muchos años de experiencia, ¡muchos años de experiencia! Acumularon experiencia, acumularon cultura, acumularon técnicas, acumularon trucos de toda especie para actuar frente a los procesos revolucionarios. Y mientras, se presentan a la masa del pueblo, que no tiene esa experiencia, que no tiene esos conocimientos, que no tiene esas técnicas, se enfrenta con toda la experiencia y las técnicas acumuladas de los otros.

Y si ustedes desean que nosotros seamos francos... Y hemos dicho que nosotros no podemos expresar una mentira. Podemos equivocarnos, hacer una apreciación falsa, pero jamás decir algo que no creamos. Y nosotros creemos sinceramente que el aprendizaje de la parte opuesta, el aprendizaje de los reaccionarios ha ido más rápido que el aprendizaje de las masas.

¿Es que acaso le faltarán cualidades a este pueblo? ¿Es que acaso el pueblo chileno fuera un pueblo que careciera de las mayores virtudes patrióticas, de las mayores virtudes de carácter, de valor, de inteligencia y de entereza? ¡No! Nosotros estamos impresionados extraordinariamente por

las características del pueblo chileno. Y nosotros en todas partes, a veces en contacto con campesinos, después de hablar media hora con ellos, les preguntábamos en qué grado estaban y nos decían: «No sabemos leer ni escribir».

Nos impresionaba extraordinariamente lo apasionado del carácter chileno: en las recepciones, en los recorridos, el valor, la decisión; cómo los hombres se lanzaban delante de los carros. Pero algo más: ¡Cómo se lanzaban las mujeres! Pero algo más: ¡Cómo en numerosas ocasiones vimos madres con los hijos en los brazos átravesarse delante, con una decisión y un valor impresionante!

Hemos visto en el pueblo chileno cualidades que nuestro pueblo no tenía al comienzo de la Revolución: más nivel cultural, más cultura política —escúchese bien—, más cultura política, ¡mucha más cultura política! Porque en nuestro país no existía la situación de Chile hoy día: la victoria en las urnas de los partidos marxistas —es decir: Partido Comunista, Partido Socialista—, y otras organizaciones que apoyaban a esos partidos.

En el orden de la cultura política ustedes han partido de un nivel mucho más alto que nosotros. Pero algo más: ustedes han partido de una tradición patriótica de 150 años y una tradición nacional de 150 años. Ustedes han partido de un nivel de patriotismo mucho más alto, de una valoración superior de las cuestiones de su país, de su patria.

Nuestro país estaba demasiado penetrado por la ideología del imperialismo. Nuestro país había sido demasiado invadido por la cultura imperialista, por el modo de vida, por todos los hábitos de aquella sociedad tan vecina a nosotros que era Estados Unidos.

De manera que por eso nosotros en ese sentido éramos mucho más débiles que ustedes. Es decir, en toda una serie de aspectos este pueblo parte de un nivel superior al nuestro. Desde el punto de vista económico Chile tiene más recursos económicos que Cuba, tiene un mayor desarrollo económico incomparablemente al que tenía Cuba. Disponía de un recurso nacional que ahora es suyo. Es decir, dispone ahora de un recurso nacional como el cobre, en el que 30 000 obreros producen casi mil millones de dólares en moneda exterior, en divisas. Recursos energéticos: casi dos millones de toneladas de petróleo. Recursos hidroeléctricos, hierro, carbón, industria alimenticia mucho más desarrollada que Cuba: industria textil. Es decir que parten ustedes de un nivel de desarrollo técnico y de desarrollo industrial muy superior al que había en Cuba.

De manera que en este país están dadas todas las condiciones de carácter humano, todas las condiciones de carácter social, para el avance.

Pero ustedes tienen algo también que no teníamos nosotros. En nuestro país los oligarcas, los terratenientes, los reaccionarios, no tenían la experiencia de esa contrapartida de ustedes aquí. En nuestro país, además, los terratenientes y los oligarcas no se preocupaban de que pudiera haber cambios sociales, porque decían: los americanos —ellos llaman los americanos a los norteamericanos— se encargan de esto. ¡Aquí no puede haber ninguna revolución! Y se dormían sobre los laureles.

En Chile no es así. ¡En Chile no es así!

La reacción, la oligarquía está mucho más preparada de lo que estaba la de Cuba, mucho más organizada y mucho mas equipada para resistir los cambios, desde el punto de vista ideológico. Han creado todos los instrumentos para librar una batalla en todos los terrenos frente al avance del proceso. Una batalla en el campo ideológico, una batalla en el campo político, una batalla en el campo de masas —fíjense bien— ¡una batalla en el campo de masas contra el proceso!

Ahora bien: esa es la diferencia fundamental. Hay otras, ¡hay otras! No me refiero a las otras, porque eran caminos totalmente diferentes.

Pero cuando la Revolución en nuestro país triunfa, cuando se inicia —nosotros llamamos triunfo de la Revolución el primero de enero, pero lo consideramos históricamente como el inicio del proceso—, cuando se inicia ese proceso también tuvimos resistencia. No vayan a creer que no tuvimos resistencia. No vayan a creer que en Cuba no hubo resistencia de la reacción y de la oligarquía. Hubo resistencia, ¡y fuerte! Acudieron a todos los recursos que tenían a mano, a todas las armas, ayudados muy directamente por los imperialistas. Y en todos los campos —fíjense bien—, en todos los campos nos presentó batalla. La presentó en el campo ideológico, la trató de presentar en el campo de masas, la presentó en el campo armado.

A nosotros se nos puede decir que iniciamos un proceso de lucha armada en Cuba. Pero nosotros no inventamos la resistencia armada. Y la resistencia armada nos costó muy cara. La resistencia armada de la reacción le costó a nuestra patria más sangre y más víctimas que la guerra revolucionaria. ¡Vean!: murieron más hombres frente a la violencia reaccionaria que los que habían muerto en los combates de la guerra revolucionaria. Nos costaron cientos y cientos de vidas, nos costaron cientos y cientos de millones de

dólares. Porque las medidas de sabotaje, la creación de bandas mercenarias armadas en casi todo el país, las infiltraciones constantes de espías, los lanzamientos constantes de armas nos costaron a nosotros años de lucha. La invasión mercenaria de Girón, después las amenazas de la Crisis de Octubre, instigada por los imperialistas... Nosotros hemos tenido que estar luchando durante todos estos años.

Ahora bien: nosotros les hemos ganado la batalla en todos los terrenos. Les hemos ganado la batalla, en primer lugar, en el terreno ideológico; en segundo lugar, en el terreno de masas; y, en tercer lugar, les ganamos la batalla en el terreno de las armas.

A nuestro juicio el problema de la violencia en estos procesos —incluido el de Cuba—, una vez que se ha instaurado el régimen revolucionario, no depende de los revolucionarios. Sería absurdo, sería incomprensible, sería ilógico que los revolucionarios cuando tienen la posibilidad de avanzar, de crear, de trabajar, de marchar adelante, vayan a promover la violencia. Pero no son los revolucionarios los que en esas circunstancias crean la violencia. Y si ustedes no lo saben, seguramente que la propia vida se encargará de demostrárselo.

Esa fue nuestra experiencia cuando el movimiento revolucionario cubano triunfa.

El trabajo no fue fácil. ¡Nadie se lo imagine fácil! Créannos que en nuestro país había más partidos que en Chile, ¡había más partidos que en Chile! En nuestro país hubo de todo. Por eso no hay por qué desanimarse. Existieron todo tipo de discrepancias. Pero al lado de eso había una fuerza unificadora, al lado de eso había un propósito de unir y una conciencia de unión y de fuerza, de fuerza. Eso no faltó nunca.

Y ustedes deben saber que en nuestro país la fusión de los partidos no se hizo por decreto. Nadie se imagine que en Cuba alguien decretó una ley fundiendo los partidos. ¡No! En Cuba se fueron uniendo progresivamente las fuerzas revolucionarias, se fueron fundiendo progresivamente. Fue un proceso de años.

Hoy en nuestro país hay una sola fuerza revolucionaria, que es la fuerza revolucionaria del pueblo de Cuba.

Yo no sé cuántas decenas de miles de personas hay aquí. No sé. Ustedes deben tener más o menos una idea. Pero tantas personas como hay aquí se reúnen en Cuba en diez minutos. Y en dos horas se reúnen diez veces todas

las personas que están aquí. ¡En dos horas! Y nuestra capital tiene dos tercios de la población de Santiago.

En nuestro país se ha llegado a un gran nivel de unidad, a un gran desarrollo de la conciencia revolucionaria. Se ha generado una forma nueva de patriotismo muy sólida, ¡muy sólida!, que ha hecho de nuestra patria un baluarte de la Revolución y una trinchera entre las naciones de este continente que el imperialismo no podrá destruir.

Hemos escuchado con asombro lo que explicaba el presidente de que por allá por Washington o Nueva York un periódico de mucha circulación publicó una declaración de un alto funcionario, que decía «que las horas del gobierno popular en Chile estaban contadas».

Pues bien: hace mucho rato —aparte la grosería, aparte la intromisión, aparte el insólito augurio, aparte la ofensa, aparte la insolencia—, quiero señalar que hace muchos años que a ningún loco funcionario en ese país se le ocurre decir que las horas de la Revolución Cubana están contadas.

Habrá que no solo indignarse. Habrá que no solo enfadarse. Habrá que no solo proclamar la dignidad herida, protestar de la ofensa, sino que habrá que preguntarse por qué creen eso, y por qué se sienten tan seguros. ¿Qué cálculos han hecho? ¿Qué computadoras han introducido en la cuestión? No quiere esto decir que las computadoras yanquis no se equivoquen. Nosotros tenemos buenas experiencias de que se equivocan. Y en Girón, en Girón se equivocaron las computadoras del Pentágono, de la CIA, del gobierno, de todo el mundo. Se equivocaron. Y se equivocaron por millones de diferencia. Es decir, las computadoras se equivocan.

Pero hay que preguntarse por qué ese optimismo, por qué esa seguridad, en qué bases se apoyan, qué los alienta. Habrá que preguntárselo. Y serán ustedes los únicos que podrán dar la respuesta.

¿Pero acaso les interesa la opinión de un visitante no turista? ¿Me autorizan?

Que levanten la mano los que están de acuerdo.

Bueno, ante esa autorización, ante esa autorización plebiscitaria les digo —ante esa autorización plebiscitaria, en materia de conceptos, en materia de conceptos—, les digo que por debilidades en el propio proceso revolucionario, por debilidades en la batalla ideológica, por debilidades en la lucha de masas, por debilidades frente al adversario. Y el adversario exterior, apoyando al adversario interior, trata de aprovechar todo resquicio, toda debilidad.

Podíamos decir: por debilidades en la consolidación de fuerzas, en la unión y la ampliación de fuerzas.

Ustedes viven un proceso muy especial, pero que no es nuevo en lo que se refiere a procesos de lucha de clases. La historia tiene incontables ejemplos. Están viviendo el momento del proceso en que los fascistas —para llamarlos como son— están tratando de ganarles la calle, están tratando de ganarles las capas medias de la población. En determinado momento de todo proceso revolucionario los fascistas y los revolucionarios luchan por ganar el apoyo de las capas medias de la población.

Ahora, los revolucionarios son honrados, los revolucionarios son honestos, los revolucionarios no andan con mentiras, los revolucionarios no siembran el terror, no siembran la angustia ni inventan cosas truculentas y tenebrosas.

¡Ah!, pero los fascistas sí que no se detienen ante nada. Tratan de tocar cualquier sensibilidad, inventar la calumnia más increíble: tratan de sembrar el miedo, el temor, la intranquilidad en amplias zonas de las capas medias de la población: tratan de hacerles creer las cosas más inverosímiles: tratan de despertar los mayores temores en todos los órdenes. Tiene un objetivo: ganarse las capas medias. Algo más: utilizan los sentimientos más ruines y más bajos. El chovinismo —ese nacionalismo estrecho—, esos egoísmos, los tratan de desatar por todos los medios, ¡por todos los medios! El chovinismo, los egoísmos, las pasiones más bajas, los temores más infundados. No se detienen ante nada.

Y nosotros lo hemos visto, porque de vez en cuando tenemos tiempo de ver algo en este viaje agitado y largo, largo en kilómetros y largo en días —en lo cual nosotros estamos coincidiendo plenamente con los quejosos—, y lo hemos visto: qué tipo de mentiras, de cosas, se dicen; ¿a dónde van dirigidas? Con relación a nuestra misma visita, ¿a qué iban dirigidas todas? Bueno: había una sola forma de visitar este país, y era: un mudo. ¡Un mudo que no hablara ni por señas!, porque por señas se pueden decir muchas cosas. Cualquier tema, cualquier detalle… Primero el fariseísmo. Bien: «Ha llegado, ha sido recibido. Esperamos que no confunda, que no se meta». Después, poco a poco, allá, una empanada: «El hombre comiendo una empanada». En otro lugar, allá: «El hombre retratado al lado de las niñas del *hot pant*». Es decir, allá, la mentira: «Abuchean a Fidel en Los Andes». Otra mentira: «Frío recibimiento en Chuquicamata».

Pero bien: tratando de despertar el chovinismo, tratando de presentar cualquier actitud, cualquier palabra, cualquier respuesta a un estudiante como un entrometimiento. De manera que hemos visto en todo, todos estos días, cómo cualquier pretexto es utilizado para despertar un recelo, un temor, un resentimiento. Y en esa lucha son duchos, son hábiles. Y en estos instantes, desde nuestro punto de vista, de observadores de este proceso, vemos que el fascismo trata de avanzar y ganar terreno en las capas medias y tomar la calle. Algo más: trata de desmoralizar a los revolucionarios. En algunos lugares nosotros hemos visto a los revolucionarios algo así como golpeados; en algunos lugares los hemos visto incluso desalentados.

Si nosotros no fuésemos un hombre franco, si no fuésemos hombres que creyésemos en la verdad, no nos atreveríamos a decir esto. Pudiera parecer incluso que se dice algo que el adversario utiliza y gana terreno. ¡No! El adversario gana terreno en el engaño, en la confusión, en la ignorancia, en la falta de conciencia de los problemas.

Si quieren saber una opinión: el éxito o el fracaso de este insólito proceso dependerá de la batalla ideológica y de la lucha de masas; y dependerá de la habilidad, del arte y de la ciencia de los revolucionarios para sumar, para crecer y para ganarse las capas medias de la población. Porque en nuestros países de relativo desarrollo esas capas medias son numerosas, y muchas veces son susceptibles de la mentira y del engaño. Ahora, en la lucha ideológica no se conquista a nadie sino con la verdad, con los argumentos, con la razón. Eso es una cosa incuestionable.

Espero que venzan. Deseamos que venzan. ¡Y creemos que vencerán!

Hay algo que nos impresionó hoy profundamente, y fueron las palabras del presidente, en especial cuando reafirmó esa voluntad de defender la causa del pueblo y la voluntad del pueblo. En especial cuando pronunció esa épica frase: que era presidente por voluntad del pueblo y que su deber lo cumpliría hasta el día en que cumpliera su mandato o lo sacaran muerto del Palacio Presidencial. Y quienes lo conocemos, quienes lo conocemos, sabemos que el presidente no es hombre de frases, que es hombre de hechos. Quienes conocemos su carácter sabemos que así es.

Y cuando se cuenta con ese sentido de la dignidad, cuando el pueblo sabe que puede confiar en el hombre que hoy lo representa y que de tal manera pronuncia en esa lacónica frase su decisión de resistir los intentos del enemigo exterior, en complicidad con los reaccionarios interiores: cuando el

pueblo puede contar con eso y cuando los enemigos saben eso, ya eso constituye una seguridad, una confianza, una bandera.

Y nosotros como latinoamericanos felicitamos de corazón al presidente por esa valerosa y digna afirmación.

Pudimos ver cómo reaccionó el pueblo, pudimos ver cómo reaccionó el pueblo ante esas palabras.

No diría de esa manera: «por la razón o la fuerza». Hay frases que son históricas y tienen un valor por sí mismas, por su carácter histórico, y se han convertido en símbolos. ¡Por la razón, por la fuerza de la razón y por la fuerza física y de pueblo que acompaña a la razón!

¡Cuando los jefes, cuando los dirigentes están dispuestos a morir, junto a ellos están dispuestos a morir también los hombres y mujeres del pueblo!

El pueblo es el gestor de la historia. Los pueblos escriben su propia historia. Las masas escriben la historia. ¡Ningún reaccionario, ningún enemigo imperialista podría aplastar al pueblo! Y la historia reciente de nuestro país lo demuestra, ¡lo demuestra!

¿Cómo hemos podido resistir y por qué? Por la unidad de nuestro pueblo, por la fuerza que esa unidad engendra.

Decíamos que en dos horas se reunían diez veces las personas que están aquí. ¡Pero decimos también que en menos de 24 horas ponemos 600 000 hombres sobre las armas!

En nuestro país, se ha creado una estrecha e indisoluble unión entre pueblo y fuerzas armadas. Y por eso nosotros decimos que somos fuertes en la defensa.

Hay algo que los conocedores de la guerra y de la historia, los profesionales de las armas saben, y es que en el combate el hombre es decisivo; en el combate los factores morales son decisivos; en el combate la moral del hombre es lo que decide.

Los que conocen de la historia y los que conocen de las grandes proezas militares saben que cuando la fuerza está unida y está inspirada y está profundamente motivada, es capaz de vencer cualquier obstáculo, de tomar cualquier posición, de hacer los más increíbles sacrificios.

¿Qué es lo que da esta motivación profunda a nuestro país en su defensa frente al peligro exterior? ¡Ah!, es que cuando llega la hora de defender la patria, la patria no está dividida en millonarios y pordioseros, grandes terratenientes repletos de privilegios e infelices campesinos sin tierra y sin

trabajo, pasando miseria de todo tipo. Es que la patria no está dividida entre opresores y oprimidos, explotadores y explotados; las grandes señoronas repletas de joyas y riquezas y las infelices mujeres que tienen que ir a ganarse la vida en un prostíbulo. La patria no está dividida entre privilegiados y desposeídos.

Y cuando nuestro campesino es llamado a integrar las unidades del ejército en nuestro país, sabe que no está defendiendo la patria de los explotadores, la patria de los opresores. Sabe que no está defendiendo la patria de los privilegiados, sino la patria que es realmente de todos y para todos. La tierra que les da pan a todos y no abundancia a unos y hambre a otros; honores y grandezas a unos y humillaciones a otros.

Y nosotros lo hemos podido ver, lo hemos podido vivir y conocemos por nuestra propia experiencia las tremendas motivaciones, el espíritu de nuestro pueblo en el combate, de hombres y de mujeres y de todos. Saben lo que defienden. Han adquirido un gran sentido de la dignidad. ¡Es un pueblo unido tras una causa justa que defiende una patria suya, que defiende una bandera que tiene más contenido que nunca!

Los pueblos son tan nobles y de tal manera se siembran en ellos los sentimientos patrióticos, que aun en las sociedades de clase, de explotadores y de explotados, han sido capaces de combatir y de morir, porque han tenido los símbolos de la patria, la idea de la patria y han estado dispuestos a defenderla. Aun cuando hayan sido humildes y humillados y explotados en aquella tierra, ¡aún así la defienden!

Calculen sus motivaciones, sus impulsos, su grado de heroísmo cuando están defendiendo una patria que es realmente suya en el más cabal sentido de la palabra.

No habrá pueblo tan poderoso ni fuerza armada tan poderosa para cumplir la sagrada misión de defender la patria, que aquel donde han desaparecido los explotadores y los explotados. Es decir, que ha desaparecido la explotación del hombre por el hombre.

No en balde la historia nos dio una lección bastante reciente.

En la Segunda Guerra Mundial, cuando poderosos ejércitos se vinieron abajo, ¿qué había hecho el fascismo para atacar a Europa, para invadir Francia, para invadir Bélgica, Holanda, casi todo el mundo occidental? Sembró su quintacolumna, exaltó las divisiones. Y en aquella situación desarmó moralmente al pueblo. Y cuando las hordas fascistas atacaron con sus blin-

dados y sus divisiones motorizadas rompían las líneas, sacaron el máximo provecho de la desmoralización del pueblo.

¡Ah!, cuando un día, dos años después, en el mes de junio de 1941, cuatro millones de aguerridos veteranos de ese mismo ejército fascista invaden la Unión Soviética por sorpresa, ¿qué se encontraron? Se encontraron una resistencia desde el primer momento, desde el primer día, desde las primeras horas. Un pueblo que estuvo dispuesto a pelear y a morir; que dio dieciocho millones de vidas, que acumuló la más extraordinaria experiencia guerrera de los últimos tiempos.

Que no nos digan que los occidentales aprendieron a pelear. Con una superioridad fabulosa, y cuando el ejército nazi estaba destruido, desembarcaron por Normandía, llegando fácilmente hasta las fronteras. En el episodio de las Ardenas famoso, unas cuantas divisiones blindadas los hicieron retroceder rápidamente decenas y decenas de kilómetros.

Pues bien: los fascistas lanzaron más de trescientos divisiones contra la Unión Soviética. Y aquel pueblo resistió, peleó. ¡Cómo se engañaron! ¡Creían que era un paseo militar! Pero aquel ataque cobarde y artero terminó en Berlín. ¡Y fue el ejército soviético quien aplastó las hordas fascistas!

Una clara lección de la historia. Nunca jamás, a pesar del proverbial patriotismo de esa nación, a pesar del proverbial patriotismo, nunca jamás en la historia se produjo una resistencia tan heroica, tan decidida. Porque ya no era la sociedad de los señores feudales ni de los siervos de la gleba, de los zares con sus poderíos absolutos. El Estado socialista resistió más. ¡Y lo extraordinario es que aquel Estado socialista, de campesinos prácticamente, sea hoy la poderosa potencia industrial que es! Y sea el país que haya podido ayudar a naciones pequeñas como Vietnam y como Cuba para resistir peligros tan grandes como fue el peligro imperialista.

Los hombres de armas saben lo que implica un pueblo unido y combatiente, un pueblo con su motivación desarrollada al máximo. Porque esos son los hombres que hacen posible la victoria. Son los hombres que pueden resistir cualquier desproporción de fuerza. Son los hombres capaces de cualquier heroísmo.

Nosotros mencionábamos la Revolución Francesa. Cuando la burguesía era clase revolucionaria, y dirigía al pueblo, recordarán también cómo se repitió la historia: cómo ese país, invadido por numerosas naciones, resistió y derrotó a sus agresores. Es que en las revoluciones los pueblos se unen

cuando desaparecen las injusticias seculares y surgen fuerzas que nada ni nadie puede aplastar.

Alguien dijo una vez, un historiador de aquella revolución dijo que «cuando un pueblo entra en revolución no hay fuerza en el mundo que pueda detenerlo». Por eso nosotros decimos que nuestro país es fuerte y unido. Hemos avanzado, y nos sentimos satisfechos.

Pero si me permiten expresarles con toda sinceridad una de nuestras conclusiones y una de nuestras inpresiones a ustedes, los chilenos —que son tan curiosos, que les interesan tanto las impresiones—, les digo una impresión que me nace de lo más profundo del alma: cuando veo la historia en acción, cuando veo estas luchas, cuando veo hasta qué punto los reaccionarios tratan de desarmar moralmente al pueblo, cómo se valen de tantos y tantos medios, desde el fondo de mi corazón sale una conclusión, ¡y es que regresaré a Cuba más revolucionario de lo que vine! ¡Regresaré a Cuba más radical de lo que vine! ¡Regresaré a Cuba más extremista de lo que vine!

Expreso palabras que quieren dar una idea. Cuando nosotros queremos expresar, tratamos de buscar una palabra que dé una idea. Las lecciones, las experiencias me hacen sentir más profundamente identificado con el proceso que ha vivido nuestra patria. Y me hacen sentir más profundo amor por nuestra Revolución. Y apreciar los logros y los avances que hemos alcanzado.

No quiero extender mucho más estas palabras.

Agradezco mucho la amabilidad y la paciencia de ustedes. Ustedes saben bien que tengo que irme. Ustedes saben, además, que no me necesitan aquí.

Les agradezco esas exclamaciones como un intento de desagravio por aquellos que trataron de agriar la visita, exigiendo la partida y poco más que promoviendo una ley para botarme.

Ayer nosotros decíamos en broma, y hasta ayer bromeábamos... Hoy no podíamos estar en ánimo de bromear leyendo las noticias de los sucesos, que no quiero comentar. Solo con relación al ánimo. Cuando se leen noticias de heridos, de incendios, cosas que ocurrieron precisamente cuando nosotros en la Embajada cubana celebrábamos una recepción, donde estaban presentes más de 600 personalidades chilenas. Y hasta aquellos momentos bromeábamos, y decíamos: ¿Cuáles son los requisitos para hacerse ciudadano chileno? Y habla un abogado por allí. Y le decíamos: ¿Cuántos días son? ¿Cuánto tiempo de residencia? ¿Dónde están las planillas?, que quiero llenar una planilla.

Frente a las frases, a los insultos y a todo eso se podía bromear. Y se bromeaba con eso. Y no me faltaron deseos de hacer la broma en grande. Porque al fin y al cabo no le negarían ustedes a un latinoamericano que cumpliendo todos los requisitos constitucionales se hiciera ciudadano chileno. ¿En 10 años, en 20 años? Yo no sé. Eso era absolutamente en broma.

Nosotros nos sentimos en cierto modo hijos de toda una comunidad, parte de un mundo que es mucho mayor que Cuba y que Chile: que es la América Latina.

Llegarán los tiempos en que todos tengamos la misma ciudadanía, sin perder por ello un ápice de amor a nuestra tierra, al rincón de este continente donde hayamos nacido, a nuestros símbolos: a nuestras banderas, que serán banderas hermanadas; a nuestros himnos, que serán himnos hermanados; a nuestras tradiciones, que serán tradiciones hermanadas; a nuestras culturas, que serán culturas hermanadas. Y cuando tengamos el poder suficiente entre todos los pueblos para ocupar un lugar digno en el mundo, para que los poderosos no nos insulten, para que no venga el imperio arrogante y orgulloso a anunciarnos tragedias y caídas, ni amenazarnos de ninguna manera... No es lo mismo amenazar a un pueblo pequeño que a una unión de pueblos hermanos que puede ser una grande y poderosa comunidad en el mundo de mañana.

Llegarán esos tiempos, llegarán esos tiempos cuando haya sido derrotada la ideología reaccionaria, cuando hayan sido derrotados los nacionalismos estrechos, los chovinismos ridículos, que son los recursos que los reaccionarios y los imperialistas utilizan para mantener la hostilidad y la división entre nuestros pueblos, entre pueblos que hablan el mismo idioma y que son capaces de entenderse, como nos entendemos nosotros. Las ideologías reaccionarias tienden a la división.

Para que un día América pueda unirse, la América nuestra que decía Martí, será necesario derrotar hasta el último vestigio de esos reaccionarios, que quieren pueblos débiles para mantenerlos en la opresión, para mantenerlos sometidos a los monopolios extranjeros. Porque en definitiva todo eso no es más que expresión de una filosofía: de la filosofía reaccionaria, de la filosofía de la explotación y de la opresión.

Permítanme no la prolongación de esta visita, sino expresar algunas ideas más, si se desea.

¿Qué queremos decir? Entre otras, una elemental expresión de agradecimiento a todos los que hemos tratado —y hemos tratado ampliamente con

el pueblo chileno. Hemos tratado y hablado ampliamente con los obreros, los estudiantes, los campesinos, el pueblo en general, que nos recibió en tantos sitios. Hemos conversado con periodistas, hemos conversado con trabajadores intelectuales, con economistas y técnicos como los de la CEPAL. Nos hemos reunido y hemos conversado con diputados, con los dirigentes de los partidos de la Unidad Popular y de las organizaciones de izquierda. Con todos...

No las he olvidado. Nos hemos reunido con las representaciones obreras. Nos hemos reunido con las mujeres chilenas. Hemos sostenido entrevistas con el Cardenal de Chile. Nos hemos reunido con más de cien sacerdotes progresistas, que constituyen un impresionante movimiento. Hemos dialogado con hombres del ejército, de la armada y de los carabineros. En todas partes con espíritu amistoso, con respeto. Hemos tratado de responder todas las preguntas y todas las cuestiones que hayan estado a nuestro alcance.

De estas reuniones, dos fueron las que produjeron más irritación y fueron más motivos de crítica: la reunión con el Cardenal, la reunión con los sacerdotes progresistas, y los diálogos con los hombres del ejército, la armada, la aviación y los carabineros.

Es preciso que nosotros digamos con franqueza cuáles fueron los fundamentos de esos diálogos, y por qué y cómo se produjeron.

¿Es que acaso nosotros hemos estado haciendo demagogia o contraviniendo nuestras convicciones? Porque hemos visto cómo se ha tratado de golpear sobre algunas de esas cuestiones.

Puede decirse realmente que si alguien compitió o emuló conmigo en materia de recibir insultos, fue precisamente el Cardenal. Teníamos muchas cosas que conversar con la izquierda cristiana y con los sacerdotes chilenos, amplias cosas, fundadas no en oportunismos sino en principios; no en ventajismos sino en razones profundas, en convicciones; en la convicción de la conveniencia, de la posibilidad y de la necesidad de unir en el ámbito de esta comunidad latinoamericana a los revolucionarios marxistas y a los cristianos, a los revolucionarios marxistas y a los revolucionarios cristianos.

Ampliamente conversamos esto con los sacerdotes, los fundamentos de esa convicción de hoy y de siempre. ¡Que no se confundan los problemas que crearon los oligarcas en nuestro país tratando de usar la Iglesia contra la Revolución!

Nosotros muchas veces nos hemos referido a la historia del cristianismo, al cristianismo aquel que engendró tantos mártires, tantos hombres sacrificados por la fe. Y siempre tendrán nuestro más profundo respeto los hombres que son capaces de dar su vida por su fe. Por los que no sentiremos ningún respeto jamás es por los hombres que como defienden bastardos intereses —sus egoísmos, su estómago repleto—, no son capaces de dar la vida por nada ni por nadie.

Examinamos los enormes puntos de coincidencia que puede haber entre los preceptos más puros del cristianismo y los objetivos del marxismo. Porque muchos han querido tomar la religión para defender, ¿qué? La explotación, la miseria, el privilegio. Para convertir la vida del pueblo en este mundo en un infierno, olvidándose que el cristianismo fue la religión de los humildes, de los esclavos de Roma, de los que por decenas de miles morían devorados por los leones en el Circo, y que tenía expresiones terminantes acerca de la solidaridad humana o amor al prójimo, condenatorias de la avaricia, la gula, los egoísmos.

Religión que llamó hace 2 000 años mercaderes a los mercaderes, fariseos a los fariseos. Que condenó a los ricos, y que dijo virtualmente que no entrarían en el reino de los cielos. Que multiplicó los peces y los panes, precisamente lo que el hombre revolucionario de hoy se propone con la técnica, con sus brazos, con el desarrollo racional y planificado de la economía.

Cuando se busquen las similitudes entre los objetivos del marxismo y los preceptos más bellos del cristianismo, se verá cuántos puntos de coincidencia, y se verá por qué un párroco humilde, que conoce el hambre —porque la ve de cerca—, la enfermedad y la muerte, que conoce el dolor humano... O como algunos de esos sacerdotes que trabajan en minas o trabajan entre humildes familias campesinas, y se identifican con ellos y luchan junto a ellos. O personas abnegadas que consagran su vida a atender enfermos que padecen las peores dolencias.

Cuando se busquen todas las similitudes se verá cómo es realmente posible la alianza estratégica entre marxistas revolucionarios y cristianos revolucionarios.

Los interesados en que tales alianzas no se produzcan son los imperialistas. Y son, por supuesto, los reaccionarios.

Con los militares —y cuando decimos militares comprendemos todas las armas, todos los institutos— dialogamos también ampliamente. Pero tales

diálogos se produjeron de manera absolutamente espontánea. Nadie los planificó. Fue el resultado de las atenciones oficiales, de las extraordinarias atenciones con que el presidente, los ministros, y las autoridades del gobierno quisieron rodear la visita. Y en todas partes, en todos los aeropuertos, en todos los sitios, estaban presentes también los hombres de uniforme y sus representantes. Y espontáneamente surgieron en muchas ocasiones los diálogos: en las recepciones, en los encuentros con las autoridades. Y entre los hombres de uniforme de Chile y nuestra delegación se vio con toda claridad que había muchas cuestiones sobre las cuales se podía conversar.

En primer lugar, nuestro país ha tenido que vivir una experiencia tremenda. Los revolucionarios cubanos hemos tenido que pasar por singulares experiencias en diversas fases de la lucha. Primero, como combatientes irregulares en sus inicios; después, con el desarrollo de determinadas concepciones y tácticas de lucha. Los revolucionarios cubanos nos vimos obligados a participar en numerosas batallas en condiciones muy desiguales, en desproporciones muy grandes, a lo largo de nuestra guerra revolucionaria.

Pasamos por las más diversas fases: fases de adversidad, fases de éxito. Desde momentos sumamente difíciles hasta victorias completas, la victoria completa.

Vivimos después experiencias de todo tipo: de cuando nos invadieron el país con bandas mercenarias en todas las provincias y nos hicieron combatir contra ellas durante años. Estaban equipadas con las mejores armas de Estados Unidos, equipos de radio y todas sus técnicas.

Hemos vivido la experiencia de Girón y hemos vivido la experiencia de la Crisis de Octubre, en que nuestro país tuvo que atravesar momentos de suma tensión, de extraordinario peligro, en que nuestro país estaba virtualmente amenazado por decenas de proyectiles nucleares.

Hemos tenido que pasar por la experiencia de constituir nuestras unidades de combate para contemplar un peligro real y grande. Hemos tenido que desarrollar poderosas fuerzas armadas, crear escuelas, aprender la utilización de nuevos armamentos, de nuevas técnicas. Hemos tenido contacto con la experiencia más profunda de la última guerra, los informes y los documentos.

Es incuestionable que desde el punto de vista técnico, desde el punto de vista profesional había muchas cuestiones que podían ser objeto de diálogo. El interés de la experiencia de Cuba, del proceso de Cuba, la natural

curiosidad por los acontecimientos históricos que todos los hombres tenemos. También las cuestiones de carácter humano, la competencia, la eficiencia, las tradiciones, la historia de cada país, el presente y el futuro. Cuál será el destino de nuestros pueblos en el mañana, frente a los abismos tecnológicos que crecen, frente a las naciones desarrolladas y las que se han quedado rezagadas. Cuáles son las concepciones futuras de las armas, de los nuevos sistemas de armamento.

Es decir que tanto desde el punto de vista profesional como humano, como cosas que tienen que ver con el destino futuro de nuestros pueblos, había amplios temas de este género, sobre los cuales se desarrollaban los diálogos.

Y tuvimos oportunidad de conocer muchos hombres de gran talento, de carácter, de eficiencia. Hemos tenido oportunidad de conocer muchos hombres valiosos, gracias precisamente a esos diálogos. Hemos tenido oportunidad de referirnos a cuestiones relativas a nuestras tradiciones. Hemos aprendido, digamos, mutuamente, muchas cosas.

¿Era acaso una falta? ¿Era acaso una conspiración? ¿Era acaso un delito? ¿Había razón para que alguien se sintiera ofendido? ¿Y por qué si conversábamos con los sacerdotes, y con el Cardenal y con los técnicos de la CEPAL no podíamos dialogar con los hombres de uniforme de Chile? ¿Y por qué temían tanto esos diálogos? ¿A quién se ofende con eso?

Hemos dialogado incluso en la guerra. Cuando combatíamos dialogábamos con el adversario, discutíamos. Cuando combatíamos analizábamos razones: quién la tenía y quién no la tenía. Si hemos dialogado incluso con hombres combatiendo frente a nosotros, ¿por qué no íbamos a dialogar con hombres que nos atendieron con toda caballerosidad, con toda amabilidad, con toda consideración y con todo respeto?

Por eso en el día de hoy a ellos queremos expresarles también nuestro agradecimiento por sus atenciones, en este día precisamente, 2 de diciembre, que ha querido la casualidad —porque nadie lo organizó así— que coincidiera con el XV aniversario del desembarco del *Granma*, en que un grupo de 82 hombres arribamos a costas pantanosas de Cuba.

La correlación de fuerzas totales de Batista contra nuestras fuerzas era de mil a uno. En total tenían, entre las diversas armas, unos 80 000 hombres. Algunos días después la adversidad hizo mucho más difícil nuestra situación, y solo siete hombres con armas nos volvimos a reunir. Correlación de

fuerzas: diez mil a uno, por lo menos. Un poco más de diez mil. ¡Diez mil a uno! Y en aquellos instantes nosotros no nos desalentamos, ¡no nos desalentamos!

Tal vez esto les ayude a comprender por qué no tenemos temor de señalar cuáles pueden ser las debilidades de los revolucionarios o de un proceso en un momento dado.

¡Diez mil a uno! Y aquellos hombres no se desalentaron.

Siguieron adelante, atravesaron muy difíciles circunstancias, y lucharon siempre con una correlación de fuerzas muy adversas.

Cuando incluso finaliza la guerra, la correlación es de más de 20 a uno. Por esos períodos atravesó nuestro proceso. De manera que esto, revolucionarios chilenos, lo cito en relación con este día, que es para nosotros un deber recordar, para sacar la conclusión de que un pueblo revolucionario, un pueblo armado con una doctrina, con una idea, decidido a defender una causa, no habrá forma de aplastarlo, no habrá forma de derrotarlo.

¡Decimos esto para que jamás haya desaliento en las filas revolucionarias! ¡Para que jamás haya desaliento! ¡Para que jamás la moral baje un ápice! ¡No importa la acción del enemigo! ¡No importan incluso sus éxitos parciales! Hay que decir: ¡Adelante!

Los revolucionarios se mueven por motivaciones profundas, por grandes ideas. No incitan el temor. ¡No! Aunque, desde luego, los revolucionarios saben el destino de las revoluciones aplastadas. Para citar ejemplos, dos: la revolución de los esclavos de Roma, la revolución de Espartaco, aplastada por los oligarcas, costó la vida a cientos de miles de hombres que fueron crucificados a lo largo de los caminos que conducen a Roma; la revolución de los comuneros de París, ahogada ferozmente en sangre.

Y se pueden citar varios ejemplos modernos. Cuando un proceso revolucionario se desata, por un lado surge el fascismo, con todos sus trucos y todas sus artes, todas sus técnicas de lucha, todas sus hipocresías, sus fariseismos, sus tácticas de despertar el miedo, de usar la mentira, sus ruines e inescrupulosos métodos. ¡No hay que temer! ¡Luchar con argumentos! ¡Luchar con la razón! ¡Luchar con la verdad! ¡Luchar con convicción! ¡Y luchar no por temor a las consecuencias de la derrota! Saber, sí, lo caro que cuestan las derrotas a los pueblos. ¡Luchar por el ideal! ¡Luchar por la causa justa! ¡Luchar sabiendo que la razón está de su parte! ¡Luchar sabiendo que las leyes inexorables de la historia están de su parte! ¡Luchar sabiendo

que el futuro les pertenece! ¡Avanzar con las masas! ¡Avanzar con el pueblo! ¡Avanzar con las ideas! ¡Avanzar sumando! ¡Avanzar creciendo!

Y esto que digo hoy, en que he hablado ampliamente —gracias a la paciencia y consideración de ustedes—, esto a que nos hemos referido sobre tácticas, sobre unión, sobre posibilidades de participación de todos en esta gran cruzada por la América de mañana, esto no lo he inventado al venir aquí a Chile, estas no son ideas de ocasión, porque aquí tenemos nosotros este documento, proclamado hace 10 años, que se llama «Segunda Declaración de La Habana», y que nosotros consideramos conveniente referir leyendo unos párrafos, y que resumen la concepción estratégica revolucionaria desde entonces. Y tal vez estos párrafos puedan ser de utilidad para ustedes.

Al despedirnos, ¿qué podemos darles? Si tan siquiera pudieran ser de utilidad algunas ideas, algunos conceptos, nos sentiríamos satisfechos, si al menos espiritualmente hemos reciprocado de alguna manera el afecto de ustedes.

Los párrafos son estos, y están a continuación uno de otro.

> El imperialismo, utilizando los grandes monopolios cinematográficos, sus agencias cablegráficas, sus revistas, libros y periódicos reaccionarios, acude a las mentiras más sutiles para sembrar el divisionismo e inculcar entre la gente más ignorante el miedo y la superstición a las ideas revolucionarias, que solo a los intereses de los poderosos explotadores y a sus seculares privilegios pueden y deben asustar.
>
> El divisionismo, producto de toda clase de prejuicios, ideas falsas y mentiras; el sectarismo, el dogmatismo, la falta de amplitud para analizar el papel que corresponde a cada capa social, a sus partidos, organizaciones y dirigentes, dificultan la unidad de acción imprescindible entre las fuerzas democráticas y progresistas de nuestros pueblos. Son vicios de crecimiento, enfermedades de la infancia del movimiento revolucionario que deben quedar atrás. En la lucha antimperialista y antifeudal es posible vertebrar la inmensa mayoría del pueblo tras metas de liberación que unan el esfuerzo de la clase obrera, los campesinos, los trabajadores intelectuales, la pequeña burguesía y las capas más progresistas de la burguesía nacional. Estos sectores comprenden la inmensa mayoría de la población y aglutinan grandes fuerzas sociales capaces de barrer el dominio imperialista y la reacción feudal. En ese amplio movimiento pueden

> y deben luchar juntos por el bien de sus naciones, por el bien de sus pueblos y por el bien de América, desde el viejo militante marxista hasta el católico sincero que no tenga nada que ver con los monopolios yanquis y los señores feudales de la tierra.
>
> Ese movimiento podría arrastrar consigo a los elementos progresistas de las fuerzas armadas, humilladas también por las misiones militares yanquis, la traición a los intereses nacionales de las oligarquías feudales y la inmolación de la soberanía nacional a los dictados de Washington.

Estas ideas fueron expresadas hace 10 años y no se apartan un ápice de las ideas de hoy.

Nuestra Revolución ha sido consecuente con sus posiciones. No ha sido dogmática. Progresa, avanza. En un momento dado puede tener algunas fases y algunos desarrollos superiores a los de atrás. Pero sigue una línea, sigue un principio, sigue un camino. Se ha caracterizado por su confianza en el pueblo, por su confianza en las masas, por su confianza en las ideas, por la seguridad en la victoria. Se ha caracterizado por su firmeza y por su intransigencia. ¡Amplitud y suma por un lado, intransigencia con los principios por otro lado!

Hemos hablado con muchos chilenos. Hemos dialogado ampliamente. Con los únicos que no hemos dialogado ni dialogaremos jamás es con los explotadores, con los reaccionarios, con los oligarcas y los fascistas.

¡Con los fascistas no hemos dialogado ni dialogaremos jamás!

Con todos los demás chilenos hemos sentido el inmenso honor de haberlos tratado, de haberlos conocido, de haber cambiado impresiones, de haber dialogado con ellos.

Querido compañero Salvador Allende: pronto ya partiremos de este hermoso y magnífico país. Pronto nos despediremos de este pueblo acogedor, hospitalario, magnífico y caluroso. Una cosa nos llevamos: el recuerdo imborrable de esta visita, de los afectos, de las atenciones, de los honores que a nuestra delegación ustedes hicieron como representante del pueblo cubano y de la Revolución Cubana.

Solo queremos decirle, querido presidente, a usted y a los chilenos, que con Cuba pueden contar, con su solidaridad desinteresada e incondicional, con lo que esa bandera significa, con lo que esa patria significa. ¡No la patria de los explotados, sino la patria de los hombres libres! ¡La patria donde una

Revolución ha llevado la igualdad y la justicia! ¡La patria donde se ha reivindicado al hombre y se le ha dado un contenido inmenso de dignidad!

A los que pretenden impugnar la legitimidad de esa Revolución, que vean su fuerza y que expliquen cómo si no tenemos un pueblo consciente y unido —un pueblo que sabe lo que es la dignidad y la libertad—, cómo hemos podido resistir culturalmente, políticamente y militarmente al poderoso imperio yanqui.

¡Ahí está nuestra patria sólida y firme! ¡Ahí está su bandera! ¡Bandera que significa la dignidad de Cuba, que significa la nación en su sentido más amplio, que significa el patriotismo en su sentido más solidario como hijos de Cuba, como hijos de América!

En esos símbolos que hoy flotan en este sitio, en esa proximidad física está también el símbolo de la proximidad de nuestros pueblos, de nuestra idea, de nuestra causa y de nuestra razón.

Y por ser hoy 2 de diciembre, permítaseme terminar estas palabras como las terminamos siempre en Cuba!

¡Patria o Muerte!
¡Venceremos!

13. EN NOMBRE DEL MOVIMIENTO DE PAÍSES NO ALINEADOS

ASAMBLEA GENERAL DE LA ONU, NUEVA YORK, 12 DE OCTUBRE DE 1979

El 12 de octubre de 1979, Fidel Castro se dirigió a la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York, en nombre de los 95 miembros del Movimiento de Países No Alineados. A pesar de la presión de los Estados Unidos, la sexta cumbre del Movimiento de Países No Alineados se había efectuado, en La Habana el mes anterior, y había elegido a Fidel Castro como su presidente.

Muy estimado Señor presidente;
Distinguidos representantes de la comunidad mundial:

No he venido a hablar de Cuba. No vengo a exponer en el seno de esta Asamblea la denuncia de las agresiones de que ha sido víctima nuestro pequeño pero digno país durante 20 años. No vengo tampoco a herir con adjetivos innecesarios al vecino poderoso en su propia casa.

Traemos el mandato de la sexta Conferencia de jefes de Estado o de Gobierno del Movimiento de los Países No Alineados, para presentar ante las Naciones Unidas el resultado de sus deliberaciones y las posiciones que de ellas se derivan.

Somos 95 países de todos los continentes, que representan la inmensa mayoría de la humanidad. Nos une la determinación de defender la colaboración entre nuestros países, el libre desarrollo nacional y social, la sobe-

ranía, la seguridad, la igualdad y la libre determinación. Estamos asociados en el empeño por cambiar el actual sistema de relaciones internacionales, basado en la injusticia, la desigualdad y la opresión. Actuamos en política internacional como un factor global independiente.

Reunido en La Habana, el Movimiento acaba de reafirmar sus principios y confirmar sus objetivos.

Los Países No Alineados insistimos en que es necesario eliminar la abismal desigualdad que separa a los países desarrollados y a los países en vías de desarrollo. Luchamos por ello para suprimir la pobreza, el hambre, la enfermedad y el analfabetismo que padecen todavía cientos de millones de seres humanos. Aspiramos a un nuevo orden mundial, basado en la justicia, la equidad y la paz, que sustituya al sistema injusto y desigual que hoy prevalece, en el que, según se proclamó en la Declaración de La Habana, «la riqueza sigue concentrada en las manos de unas cuantas potencias cuyas economías, fundadas en el despilfarro, son mantenidas gracias a la explotación de los trabajadores y a la transferencia y el saqueo de los recursos naturales y otros recursos de los pueblos de África, América Latina, Asia y demás regiones del mundo».

Entre los problemas que ha de debatir en este período de sesiones la Asamblea General, la paz figura en el primer orden de preocupaciones. La búsqueda de la paz constituye también una aspiración del Movimiento de Países No Alineados y ha sido objeto de su atención en la sexta conferencia. Pero la paz, para nuestros países, resulta indivisible. Queremos una paz que beneficie por igual a los grandes y a los pequeños, a los poderosos y a los débiles, que abarque todos los ámbitos del mundo y llegue a todos sus ciudadanos.

Desde su fundación misma, los Países No Alineados consideran que los principios de la coexistencia pacífica deben ser la piedra angular de las relaciones internacionales, constituyen la base del fortalecimiento de la paz y la seguridad internacional, de la reducción de la tirantez y de la extensión de ese proceso a todas las regiones del mundo y a todos los aspectos de las relaciones, y deben ser aplicados universalmente en las relaciones entre los Estados. Pero, al mismo tiempo, la sexta cumbre consideró que esos principios de la coexistencia pacífica incluyen también el derecho de los pueblos bajo dominación foránea y colonial a la libre determinación, a la independencia, la soberanía, la integridad territorial de los Estados, el derecho de

cada país a poner fin a la ocupación extranjera, a la adquisición de territorios por la fuerza y a escoger su propio sistema social, político y económico.

Solo así la coexistencia pacífica podrá ser la base de todas las relaciones internacionales.

No es posible negarlo. Cuando se analiza la estructura del mundo contemporáneo se comprueba que esos derechos de nuestros pueblos no están todavía garantizados. Los Países No Alineados sabemos bien cuáles son nuestros enemigos históricos, de dónde vienen las amenazas y cómo debemos combatirlas. Por eso, hemos acordado en La Habana reafirmar que:

> La quinta esencia de la política de no alineamiento, de acuerdo con sus principios originales y carácter fundamental, lleva aparejada la lucha contra el imperialismo, el colonialismo, el neocolonialismo, el *apartheid*, el racismo incluido el sionismo y cualquier forma de agresión, ocupación, dominación, injerencia o hegemonía extranjeras, así como la lucha contra las políticas de gran potencia o de bloques.

Se comprende así que también la Declaración de La Habana asoció la lucha por la paz con «el apoyo político, moral y material a los movimientos de liberación nacional y la realización de acciones conjuntas para liquidar la dominación colonial y la discriminación racial».

Los Países No Alineados hemos concedido siempre gran importancia a la posibilidad y a la necesidad de la distensión entre las grandes potencias. De ahí que la sexta conferencia señalara, con gran preocupación, el hecho de que después de la Cumbre de Colombo se haya producido un cierto estancamiento en el proceso de esta distensión, que ha seguido también siendo limitado, «tanto en su alcance como geográficamente».

Partiendo de esa preocupación, los Países No Alineados —que han hecho del desarme y de la desnuclearización uno de los objetivos permanentes y más destacados de su lucha, y tuvieron la iniciativa en la convocatoria del décimo período extraordinario de sesiones de la Asamblea General sobre el Desarme— examinaron en su conferencia los resultados de las negociaciones sobre las armas estratégicas y los acuerdos denominados SALT-II. Consideran que esos acuerdos constituyen un paso importante en las negociaciones entre las dos principales potencias nucleares y que podrían allanar el camino para las negociaciones más amplias que condujeran al desarme general y a la disminución de las tensiones. Pero para los No Alineados

esos tratados no son más que una parte del avance hacia la paz. Aunque las negociaciones entre las grandes potencias constituyen un elemento decisivo en el proceso, los No Alineados reiteraron una vez más que el empeño por consolidar la distensión, por extenderla a todas partes del mundo y por evitar la amenaza nuclear, la acumulación de armamentos y, en definitiva, la guerra es una tarea en la que todos los pueblos deben participar y ejercer su responsabilidad.

Señor presidente:

Basándonos en la concepción de la universalidad de la paz, y la necesidad de asociar la búsqueda de la paz, extendida a todos los países, con la lucha por la independencia nacional, la plena soberanía y la igualdad entre los Estados, los jefes de Estado o de Gobierno que nos reunimos en la sexta conferencia de La Habana dedicamos nuestra atención a los problemas más presionantes en África, Asia, América Latina y otras regiones. Es importante subrayar que partíamos de una posición independiente y no vinculada a políticas que puedan derivar de la contradicción entre las grandes potencias. Si a pesar de ese enfoque, objetivo y no comprometido, la revisión de los acontecimientos internacionales se transforma en un anatema contra los sustentadores del imperialismo y del colonialismo, ello no hace más que reflejar la esencial realidad del mundo contemporáneo.

Así, al iniciar su análisis de la situación en África, y después de apreciar el avance registrado en la lucha de los pueblos africanos por su emancipación, los jefes de Estado o de Gobierno subrayaron, como problema fundamental de la región, la necesidad de erradicar del continente, y en especial del África Meridional, el colonialismo, el racismo, la discriminación racial y el *apartheid*.

Fue indispensable resaltar que las potencias colonialistas e imperialistas continuaban en sus políticas agresivas con el propósito de perpetuar, recuperar o ampliar su dominación y explotación de las naciones africanas.

No es otra la dramática situación del África. Los Países No Alineados no podían dejar de condenar los ataques a Mozambique, Zambia, Angola, Botswana, las amenazas a Lesotho, los intentos de desestabilización permanentes en aquella zona, el papel de los regímenes racistas de Rhodesia y de Sudáfrica. La necesidad de lograr, en plazo perentorio, la plena liberación de Zimbabwe y de Namibia, no es solo una causa de los Países No Alineados o de las fuerzas más progresistas de nuestra época sino constituye

ya acuerdos de la comunidad internacional, a través de las Naciones Unidas, e implica deberes que son insoslayables y cuya infracción supone también la necesidad de una denuncia internacional. Por eso, cuando los jefes de Estado o de Gobierno aprobaron en la Declaración Final condenar por sus nombres a un grupo de países occidentales, y en primer término a los Estados Unidos, por su colaboración directa e indirecta en el mantenimiento de la opresión racista y de la criminal política de África del Sur y, en cambio, reconocieron el papel jugado por los Países No Alineados, las Naciones Unidas, la Organización de la Unidad Africana, los países socialistas y los países escandinavos y otras fuerzas democráticas y progresistas en apoyo a la lucha de los pueblos de África, no hay en esto la menor manifestación de inclinación ideológica, es simplemente la expresión fiel de la realidad objetiva. Condenar a Sudáfrica sin mencionar a aquellos que hacen posible su criminal política habría sido incomprensible.

De la sexta conferencia cumbre surge, con más fuerza y más urgencia que nunca, la necesidad de terminar con una situación en la cual no solo está envuelto el derecho de los pueblos de Zimbabwe y Namibia a su independencia y el requerimiento inaplazable de que los hombres y mujeres negros de Sudáfrica logren un status en que se les considere como seres humanos iguales y respetados, sino que también se aseguren las condiciones de respeto y paz para todos los países de la región.

El apoyo continuado a los movimientos de liberación nacional, al Frente Patriótico y al SWAPO, fue una decisión tan unánime como prevista. Y no se trata aquí —digámoslo bien— de expresar una preferencia unilateral por las soluciones a través de la lucha armada. Es cierto que la conferencia encomió al pueblo de Namibia y al SWAPO, su auténtica y única representación, por haber intensificado la lucha armada y avanzar en ella, y pidió un apoyo total y eficaz para esa forma de combate. Pero ello se debe a que los racistas sudafricanos han cerrado todo camino de verdadera negociación y a que los intentos de soluciones negociadas no pasaron de ser meras estratagemas.

La actitud ante las decisiones del Commonwealth en sus reuniones de Lusaka, en el pasado agosto, orientadas a convocar una conferencia por el Gobierno británico como autoridad en Rhodesia del Sur, para discutir los problemas de Zimbabwe, sirvió para confirmar que los Países No Alineados no se oponen a soluciones que puedan ser logradas sin la lucha armada, siempre que de ellas pueda surgir un auténtico gobierno de la mayoría y en ellas se logre la independencia en forma que satisfaga a los pueblos

combatientes, y que esto se haga conforme a las resoluciones de organismos como la OUA, las Naciones Unidas y nuestros Países No Alineados.

Señor presidente:

La sexta cumbre tuvo que lamentar nuevamente que la Resolución 1514 de la Asamblea General de las Naciones Unidas, sobre la concesión de independencia a los países y pueblos coloniales, no se haya aplicado en el Sahara Occidental. Debemos recordar que las decisiones de los Países No Alineados y Resoluciones de las Naciones Unidas, como especialmente la 3331 de la Asamblea General, han reafirmado el derecho inalienable del pueblo del Sahara Occidental a la libre determinación y a la independencia. En este problema Cuba siente una especial responsabilidad por el hecho de haber sido miembro de la Comisión de Naciones Unidas que realizó las investigaciones sobre el Sahara Occidental, lo que permitió a nuestra representación comprobar la total decision del pueblo saharaui en favor de la autodeterminación y la independencia. Reiteramos aquí, que la posición de los Países No Alineados no es una posición de antagonismo hacia ningún país. En el saludo al acuerdo entre la República Mauritana y el Frente POLISARIO y a la decisión mauritana de retirar sus fuerzas del territorio del Sahara Occidental, y en el hecho de deplorar la extensión de la ocupación armada por Marruecos de la parte meridional del Sahara Occidental, anteriormente administrada por Mauritania, no debe verse otra cosa que la aplicación de nuestros principios y de los acuerdos de las Naciones Unidas. Por eso la conferencia expresó su esperanza de que el Comité *ad hoc* de la OUA, constituido en la XVI Reunión de la Cumbre de la Organización Africana, permitiría asegurar que el pueblo del Sahara ejerciera su derecho a la libre determinación y a la independencia en el término más breve posible.

El mismo principio y la misma posición determinaron los acuerdos sobre Mayotte y las islas del Archipiélago Malgache y su necesario reintegro respectivo a Comores y a Madagascar.

Señor presidente:

No hay dudas de que el problema del Oriente Medio se ha convertido en una de las situaciones más preocupantes en la actualidad contemporánea. La sexta cumbre lo examinó en su doble dimensión.

De una parte, la conferencia reafirmó que la determinación de Israel de continuar su política de agresión, expansionismo y asentamiento colonial en los territorios que ha ocupado, con el apoyo de los Estados Unidos, constituye una seria amenaza a la paz y a la seguridad mundiales.

A la vez, la conferencia examinó el problema desde el ángulo de los derechos de los países árabes y de la cuestión palestina.

Para los Países No Alineados, la cuestión de Palestina es la médula del problema del Oriente Medio. Ambos forman un todo integral, que no puede solucionarse separadamente.

La base de la paz justa en la región comienza por la retirada total e incondicional de Israel de todos los territorios árabes ocupados y supone para el pueblo palestino la devolución de todos sus territorios ocupados y la recuperación de sus derechos nacionales inalienables, incluido el derecho del retorno a su patria, a la libre determinación y al establecimiento de un Estado independiente en Palestina, de conformidad con la Resolución 3236 de la Asamblea General. Ello implica la ilegalidad y nulidad de las medidas adoptadas por Israel en los territorios palestinos y árabes ocupados, así como del establecimiento de colonias o asentamientos en tierras palestinas y en los demás territorios árabes, cuyo desmantelamiento inmediato es un requisito para la solución del problema.

Como dije en mi discurso a la sexta cumbre:

> …no somos fanáticos. El movimiento revolucionario se educó siempre en el odio a la discriminación racial y los pogromos de cualquier tipo, y desde el fondo de nuestras almas, repudiamos con todas nuestras fuerzas la despiadada persecución y el genocidio que en su tiempo desató el nazismo contra el pueblo hebreo. Pero no puedo recordar nada más parecido en nuestra historia contemporánea que el desalojo, persecución y genocidio que hoy realizan el imperialismo y el sionismo contra el pueblo palestino. Despojados de sus tierras, expulsados de su propia patria, dispersados por el mundo, perseguidos y asesinados, los heroicos palestinos constituyen un ejemplo impresionante de abnegación y patriotismo, y son el símbolo vivo del crimen más grande de nuestra época.

¿Puede alguien extrañarse de que la conferencia se viera obligada, por razones que no surgen de ningún prejuicio político sino del análisis objetivo de los hechos, a señalar que la política de los Estados Unidos desempeña un papel fundamental para impedir el establecimiento de una paz justa y completa en la región al alinearse con Israel, apoyarlo y trabajar por obtener soluciones parciales favorables a los objetivos sionistas y garantizar los frutos de la agresión israelí a costa del pueblo árabe de Palestina y de toda la nación árabe?

Los hechos y solo los hechos condujeron a la conferencia a condenar la política y las maniobras estadounidenses en la region.

Cuando los jefes de Estado o de Gobierno llegaron al consenso en que se condenó los acuerdos de Camp David y el Tratado Egipto-Israel de marzo de 1979, detrás de esas formulaciones estaban largas horas de examen atento y de provechosos intercambios que le permitieron a la conferencia considerar esos tratados, no solo como un abandono total de la causa de los países árabes sino también como un acto de complicidad con la ocupación continuada de los territorios árabes. Los calificativos son duros, pero veraces y justos. No es el pueblo de Egipto el que ha quedado sometido al juicio de los órganos del Movimiento. El pueblo egipcio tiene el respeto de cada uno de nuestros países y la solidaridad de todos nuestros pueblos. Las mismas voces que se levantaron para denunciar los acuerdos de Camp David y el Tratado egipcio-israelí hicieron el elogio de Gamal Abdel Nasser, fundador del Movimiento y portador de las tradiciones combativas de la nación árabe. Nadie ha desconocido ni desconocerá el papel histórico de Egipto en la cultura y en el desarrollo árabe, ni sus méritos como fundador e impulsor de los Países No Alineados.

Los problemas del Sudeste Asiático ocuparon, igualmente, la atención de la conferencia. Los crecientes conflictos y las tensiones que han tenido allí lugar constituyen una amenaza a la paz que es necesario evitar.

Preocupaciones similares expresó la sexta cumbre en torno a la situación del Océano Índico. La Declaración, aprobada hace ya ocho años por la Asamblea General de las Naciones Unidas, de esta área como zona de paz, no ha logrado sus objetivos. La presencia militar no se reduce en esa zona, sino que se incrementa. Las bases militares se extienden ahora hasta Sudáfrica y sirven adicionalmente para la vigilancia contra los movimientos africanos de liberación. Las conversaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética siguen en suspenso, a pesar de los acuerdos recientes entre ambos países para discutir su reanudación. De todo ello surgió la invitación de la sexta cumbre a todos los Estados interesados, a trabajar de manera efectiva por los objetivos de la Declaración del Océano Índico como zona de paz.

La sexta conferencia analizó otros problemas de interés regional y mundial, como los que atañen a la seguridad y la cooperación en Europa; el problema del Mediterráneo, las tensiones que allí subsisten, incrementadas

ahora, como consecuencia de la política agresiva de Israel y el apoyo que prestan a la misma ciertas potencias imperialistas.

Se detuvo a examinar la situación de Chipre, ocupada todavía parcialmente por tropas extranjeras, y Corea, aún dividida, pese a los deseos del pueblo coreano de una reunificación pacífica de su patria, lo que llevó a los Países No Alineados a reafirmar y ampliar resoluciones solidarias dirigidas a la realización de las aspiraciones de ambos pueblos.

Sería imposible hacer referencia a todas las decisiones políticas de la sexta cumbre. Realizarlo nos impediría abordar lo que consideramos uno de los aspectos más fundamentales de nuestra sexta cumbre: su proyección económica, el clamor de los pueblos en vías de desarrollo, hartos ya de su retraso y del padecimiento que ese retraso origina. Cuba, como país sede, entregará a todos los países miembros de la comunidad internacional la Declaración Final y las resoluciones adicionales de la conferencia. Pero se me permitirá que, antes de pasar a trasmitirles cómo ven los Países No Alineados la situación económica mundial, cuáles son sus demandas y cuáles sus esperanzas, emplee todavía unos instantes para poner en conocimiento de ustedes el enfoque de la Declaración Final respecto a las cuestiones latinoamericanas del momento.

El hecho de que la sexta cumbre tuviera lugar en un país latinoamericano dio oportunidad a los jefes de Estado o de Gobierno allí reunidos para recordar que los pueblos de aquella región iniciaron sus esfuerzos por la independencia en los comienzos mismos del siglo XIX. No olvidaron, asimismo, que, como se dice en la Declaración: «América Latina era una de las regiones del mundo que históricamente había sufrido más por la agresión del imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo de los Estados Unidos y Europa». A los participantes de la conferencia les fue necesario resaltar que quedan todavía remanentes de colonialismo, neocolonialismo y opresión nacional en aquella tierra de lucha. La conferencia, por ello, se pronunció por la erradicación del colonialismo en todas sus formas y manifestaciones, condenó la existencia de bases militares en América Latina y el Caribe, como las de Cuba y Puerto Rico y exigió, una vez más, que la parte de sus territorios ocupada por aquellas bases contra la voluntad de sus pueblos, les fuera devuelta por el gobierno de los Estados Unidos y las demás potencias coloniales.

La experiencia de otras áreas condujo a que los jefes de Estado o de Gobierno rechazaran y condenaran el intento de crear en el Caribe una

llamada «Fuerza de Seguridad», mecanismo neocolonial incompatible con la soberanía, la paz y la seguridad de los países.

Al pedir la restitución a la República Argentina de las islas Malvinas, al reiterar su apoyo al derecho inalienable del pueblo de Belice a su libre determinación, independencia e integridad territorial, la conferencia corroboró de nuevo aquello que su Declaración definió como la quintaesencia del no alineamiento. Comprobó, complacida, el hecho de que a partir del 1ro. de octubre entrarían en vigor los tratados sobre el Canal de Panamá suscritos entre la República de Panamá y los Estados Unidos, dio pleno apoyo a esos tratados, exigió que los mismos fueran respetados en su letra y en su espíritu, y llamó a todos los Estados del mundo para que se adhieran al protocolo del tratado concerniente a la neutralidad permanente del Canal de Panamá.

Los jefes de Estado o de Gobierno, a pesar de las presiones que se ejercieron, de las amenazas y de los halagos, de la obstinación del gobierno norteamericano al exigir que los problemas de Puerto Rico sean considerados problemas internos de los Estados Unidos, reiteraron su solidaridad con la lucha del pueblo de Puerto Rico y con su inalienable derecho a la libre determinación de independencia e integridad territorial y exhortaron al Gobierno de Estados Unidos de América a que se abstuviera de toda maniobra política o represiva tendiente a perpetuar la situación colonial de aquel país.

Ningún homenaje más digno que este a las tradiciones libertadoras de la América Latina y al heroico pueblo puertorriqueño, que en estos propios días ha celebrado el «Grito de Lares» con que hace casi 100 años expresó su indomable vocación de libertad.

Al referirse a la realidad latinoamericana, los jefes de Estado o de Gobierno, que ya habían analizado la significación del proceso liberador ocurrido en Irán, no podían dejar de referirse al vuelco revolucionario de Granada y a la extraordinaria victoria del pueblo de Nicaragua y de su vanguardia, el Frente Sandinista de Liberación Nacional, y destacar la enorme significación histórica que para los pueblos de la América Latina y del mundo tiene este hecho. Subrayaron además los jefes de Estado o de Gobierno algo que viene a constituir un hecho nuevo en las relaciones latinoamericanas y que sirve de ejemplo para otras regiones del mundo: la forma solidaria y mancomunada en que actuaron los gobiernos de Panamá, Costa Rica y México, y los países del Pacto subregional Andino: Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela, para lograr la justa solución del problema nicaragüense, así

como la solidaridad que Cuba brindó históricamente a la causa de aquel pueblo.

Confieso que esos enfoques sobre la América Latina le habrían bastado al pueblo cubano para justificar todos los esfuerzos y desvelos que realizaron cientos de miles de hombres y mujeres de nuestro país, en el empeño de hacer posible que Cuba acogiera dignamente a los países hermanos del Movimiento No Alineado en la cumbre de La Habana. Pero hubo para Cuba mucho más. Algo que queremos agradecer aquí, en la tribuna de las Naciones Unidas, en nombre de nuestro pueblo. En La Habana, el pueblo cubano recibió el apoyo a su derecho de escoger el sistema político y social que ha decidido, en su reclamación del territorio que ocupa la Base de Guantánamo y en la condena al bloqueo con que todavía el gobierno estadounidense pretende aislar y sueña con destruir a la Revolución Cubana.

Apreciamos en su profundo sentido y en su resonancia universal la denuncia que acaba de hacer el Movimiento en La Habana contra los actos de hostilidad, presiones y amenazas de los Estados Unidos hacia Cuba, calificándolos como una flagrante violación de la Carta de las Naciones Unidas y de los principios del derecho internacional, como una amenaza a la paz mundial. Una vez más respondemos a nuestros hermanos y aseguramos a la comunidad universal que Cuba seguirá siendo fiel a los principios de la solidaridad internacional.

Señor presidente:

La historia nos ha enseñado que el acceso a la independencia para un pueblo que se libera del sistema colonial o neocolonial es, a la vez, el último acto de una larga lucha y el primero de una nueva y difícil batalla. Porque la independencia, la soberanía y la libertad de nuestros pueblos, aparentemente libres, están de continuo amenazadas por el control externo de sus recursos naturales, por la imposición financiera de organismos internacionales oficiales y por la precaria situación de sus economías que les merma la plenitud soberana.

Por ello, en el inicio mismo de sus análisis de los problemas económicos mundiales, los jefes de Estado o de Gobierno, de una parte:

> Subrayaron solemnemente una vez más la importancia suprema que tenía el consolidar la independencia política mediante la emancipación económica… y reiteraron que el sistema económico internacional exis-

> tente iba en contra de los intereses básicos de los países en desarrollo, era profundamente injusto e incompatible con el desarrollo de los Países No Alineados y otros países en desarrollo y no contribuía a la eliminación de los males económicos y sociales que afligían a esos países...

Y, por la otra, enfatizaron:

> La misión histórica que el Movimiento de Países No Alineados debiera desempeñar en la lucha por lograr la independencia económica y política de todos los países en desarrollo y de los pueblos; por ejercer la soberanía plena y permanente y el control sobre sus recursos naturales y de todo tipo sobre sus actividades económicas; y por promover una reestructuración a fondo mediante el establecimiento del Nuevo Orden Económico Internacional.

Para concluir con estas palabras:

> La lucha por eliminar la injusticia del sistema económico internacional existente y establecer el Nuevo Orden Económico Internacional es parte integrante de la lucha del pueblo por la liberación política, económica, cultural y social.

No es necesario demostrar aquí hasta qué punto el sistema económico internacional existente, es profundamente injusto e incompatible con el desarrollo de los países subdesarrollados. Las cifras están ya tan popularizadas que son innecesarias para nosotros. Se discute si el número de los seres desnutridos de nuestro planeta es solo de 400 millones o ha vuelto a ser de 450, según se consigna en ciertos documentos internacionales. 400 millones de hombres y mujeres hambrientos es ya una cantidad demasiado acusatoria.

Lo que nadie duda es que todas las esperanzas que se habían desplegado ante los países en vías de desarrollo aparecen fracasadas y canceladas al terminar este segundo decenio del desarrollo.

Se ha reconocido por el Director General del Consejo de la FAO que:

> los progresos continúan siendo decepcionantemente lentos en relación con los objetivos de desarrollo a más largo plazo acordados en la Estrategia Internacional del Desarrollo, en la Declaración y el Programa de Acción sobre el Establecimiento del Nuevo Orden Económico Internacional y en la Resolución de la Conferencia Mundial de la Alimentación y en varias conferencias posteriores.

Está lejos de haberse logrado en la producción agrícola y alimentaria de los países en desarrollo, en estos últimos diez años, el modesto aumento medio anual del 4% que se planteó para resolver algunos de los problemas más perentorios del hambre mundial y acercarnos a niveles todavía reducidos de consumo. Como consecuencia de ello, las importaciones de alimentos de los países en desarrollo, que constituyen ahora mismo un elemento agravante de sus balanzas de pago deficitarias, alcanzarán muy pronto, según la FAO, proporciones tales que serán inmanejables. Frente a eso, disminuyen los compromisos oficiales de ayuda exterior para la agricultura de los países en vías de desarrollo.

Este panorama no puede ser embellecido. A veces en ciertos documentos oficiales se reflejan los aumentos circunstanciales de la producción agrícola en ciertas áreas del mundo subdesarrollado, o se destacan las elevaciones coyunturales de los precios de algunos artículos de la agricultura. Pero se trata de avances transitorios y de ventajas efímeras. Los ingresos por concepto de exportaciones agrícolas de los países en desarrollo continúan siendo inestables e insuficientes en relación con sus necesidades de importación de alimentos, fertilizantes y otros insumos para elevar la propia producción. La producción de alimentos por habitante en África durante 1977 fue un 11% menor que diez años atrás.

Si en la agricultura se perpetúa el retraso, el proceso de industrialización tampoco avanza. Y no puede avanzar, porque para la mayoría de los países desarrollados la industrialización de los países en desarrollo es vista como una amenaza.

En Lima, en 1975, la Conferencia Mundial para la Industrialización nos propuso a los países en desarrollo la meta de llegar al año 2000 aportando el 25% de todas las manufacturas producidas en el mundo. Pero los progresos desde Lima hasta hoy son tan insignificantes, que si no se aceptan las medidas propuestas por la sexta conferencia cumbre y si no se lleva a la práctica un programa urgente de rectificaciones en la política económica de la mayoría de los países desarrollados, esa meta quedará también incumplida. No llegamos todavía a producir el 9% de la manufactura del mundo.

Nuestra dependencia se expresa, una vez más, en el hecho de que los países de Asia, África y América Latina importamos el 26,1% de los productos manufacturados que entran en el comercio internacional y exportamos solo el 6,3%.

Se dirá que hay un cierto proceso de expansión industrial, pero no se produce ni al ritmo necesario ni en las industrias claves de la economía industrial. La conferencia de La Habana lo ha señalado. La redistribución mundial de la industria, el llamado redespliegue industrial, no puede consistir en una nueva confirmación de las profundas desigualdades económicas originadas en la época colonial del siglo XIX. Entonces se nos condenó a ser productores de materias primas y productos agrícolas baratos. Ahora se quiere utilizar la mano de obra abundante y los salarios de miseria de los países en vías de desarrollo para transferirles las industrias de menor tecnología, de más baja productividad y que más polucionan el ambiente. Eso lo rechazamos terminantemente.

Los países desarrollados de economía de mercado absorben hoy más del 85% de la producción manufacturera mundial, entre ella la producción industrial de más alta tecnología. Controlan también más del 83% de las exportaciones industriales. El 26% de esas exportaciones va hacia los países en vías de desarrollo, cuyos mercados monopolizan. Lo más grave de esa estructura dependiente es que aquello que importamos, es decir, no solo los bienes de capital sino también los artículos de consumo, está elaborado según las exigencias, las necesidades y la tecnología de los países de mayor desarrollo industrial y los patrones de la sociedad de consumo, que de ese modo se introduce por los resquicios de nuestro comercio, infecta nuestras propias sociedades y añade así un nuevo elemento a la ya permanente crisis estructural.

Como resultado de todo esto, según lo constataron los jefes de Estado o de Gobierno en La Habana, la brecha existente entre los países desarrollados y los países en desarrollo no solo subsisten sino se ha ampliado sustancialmente. La participación relativa de los países en desarrollo en la producción mundial descendió considerablemente durante las dos últimas décadas, lo que tiene consecuencias aun más desastrosas en fenómenos como la malnutrición, el analfabetismo y la insalubridad.

Algunos quisieran resolver el trágico problema de la humanidad con drásticas medidas para reducir la población. Recuerdan que la guerra y las epidemias ayudaron a reducirla en otras épocas. Pretenden más aun, quieren atribuir el subdesarrollo a la explosión demográfica.

Pero la explosión demográfica no es la causa, sino la consecuencia del subdesarrollo. El desarrollo actuará a la vez trayendo soluciones para la

pobreza y contribuyendo, a través de la educación y la cultura, a que nuestros países logren tasas de crecimiento racionales y adecuadas.

En un reciente informe del Banco Mundial se señala una más grave perspectiva. Es posible —se dice— que al llegar el año 2000 haya 600 millones de habitantes de esta Tierra que continúen en absoluta pobreza.

Señor presidente, señores representantes:

La situación de retraso agrícola e industrial, de la cual no acaban de desprenderse los países en vías de desarrollo es, sin duda, como lo señala la sexta cumbre, el resultado dé relaciones internacionales injustas y desiguales. Pero a estas se añade ahora, como también se señala en la «Declaración de La Habana», la crisis prolongada de la economía internacional.

No voy a detenerme demasiado en este aspecto. Precisemos ahora que los jefes de Estado o de Gobierno hemos considerado que la crisis del sistema económico internacional no es coyuntural sino que constituye un síntoma de desajustes estructurales y de un desequilibrio que están en su propia naturaleza; que ese desequilibrio ha sido agravado por la negativa de los países desarrollados de economía de mercado a controlar sus desequilibrios externos y sus altos niveles de inflación y desempleo; que la inflación se ha generado precisamente en esos países desarrollados que ahora se resisten a aplicar las únicas medidas que podían eliminarla. Y señalemos además, porque es algo a lo cual hemos de referirnos después y que también está registrado en la Declaración de La Habana, que esta crisis es asimismo el resultado de la persistente falta de equidad en las relaciones económicas internacionales, de manera que resolver esa desigualdad, como lo proponemos, contribuirá a atenuar y alejar la propia crisis.

¿Cuáles son los señalamientos principales que los representantes del Movimiento de Países No Alineados se vieron obligados a formular en La Habana?

Condenamos allí la persistente desviación de recursos humanos y materiales hacia una carrera de armamentos improductiva, derrochadora y peligrosa para la humanidad. Y exigimos que parte considerable de los recursos que ahora se emplean en armamentos, en particular por las principales potencias, sean destinados al desarrollo económico y social.

Hemos expresado nuestra grave preocupación por el insignificante progreso en las negociaciones dirigidas a la aplicación de la Declaración y del Programa de Acción sobre el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional. Apuntamos que ello se debía a la falta de voluntad po-

lítica de la mayoría de los países desarrollados y censuramos expresamente las tácticas dilatorias, diversionistas y divisorias adoptadas por esos países. El fracaso del V Período de Sesiones de la UNCTAD sirvió para poner en evidencia esa situación.

Comprobamos que el intercambio desigual en las relaciones económicas internacionales, enunciado como característica esencial del sistema, se ha hecho, si cabe, aun más desigual. Mientras los precios de la manufactura, los bienes de capital, los productos alimenticios y los servicios que importamos de los países desarrollados se incrementan de continuo, se estancan en cambio y están sometidos a fluctuaciones incesantes los precios de los productos primarios que exportamos. La relación de intercambio se ha empeorado. Hicimos hincapié en que el proteccionismo, que fue uno de los elementos agravantes de la Gran Depresión de los años 30, ha vuelto a ser introducido por ciertos países desarrollados. La conferencia lamentó que en las negociaciones del GATT los países desarrollados que pertenecen al mismo no tuvieran en cuenta los intereses y las preocupaciones de los países en desarrollo, y en particular de los menos desarrollados.

La conferencia denunció, asimismo, cómo ciertos países desarrollados intensifican el uso de subsidios internos a determinados productos, en detrimento de producciones que son de interés para los países en desarrollo.

La conferencia deploró las deficiencias en el alcance y funcionamiento del Sistema Generalizado de Preferencias, y en ese espíritu condenó las restricciones discriminatorias contenidas en la Ley sobre Comercio Exterior de los Estados Unidos, así como la posición inflexible de ciertos países desarrollados, que impidieron que sobre estos problemas se llegara a un acuerdo en el V Período de Sesiones de la UNCTAD.

Expresamos nuestra preocupación por el constante deterioro de la situación monetaria internacional. La inestabilidad en los tipos de cambio de las principales monedas de reserva y la inflación, que acentúan el desequilibrio de la situación económica mundial, crean dificultades adicionales a los países en desarrollo, disminuyen el valor real de sus ingresos de exportación y reducen el de sus reservas de divisas. Señalamos como un factor negativo el crecimiento desordenado de los recursos monetarios internacionales, básicamente mediante el empleo de dólares devaluados de los Estados Unidos y otras monedas de reserva. Notamos que, mientras la desigualdad de las relaciones económicas internacionales hace incrementar la deuda externa

acumulada de los países en desarrollo hasta más de $300 000 millones de dólares, los organismos financieros internacionales y la banca privada elevan las tasas de intereses, hacen más cortos los plazos de amortización de los préstamos y ahogan con ello financieramente a los países en desarrollo, constituyendo todo esto, como se denunció por la conferencia, un elemento coercitivo en las negociaciones, lo que les permite obtener ventajas políticas y económicas adicionales a expensas de nuestros países.

La conferencia tuvo en cuenta el empeño neocolonialista de impedir a los países en desarrollo ejercer de manera permanente y efectiva su plena soberanía sobre los recursos naturales, y reafirmó ese derecho. Por ello mismo, apoyó los esfuerzos de los países en desarrollo productores de materias primas por obtener precios justos y remuneradores para sus exportaciones y mejorar en términos reales sus ingresos de exportación.

Por otra parte, la conferencia puso más atención que nunca al fortalecimiento de las relaciones económicas y a la transferencia científico-técnica y tecnológica de los países en vías de desarrollo entre sí. El concepto de lo que podríamos definir como «autosustentación colectiva», o sea, el apoyo mutuo y la colaboración entre los países en vías de desarrollo de modo que estos dependen, en primer término, de sus propias fuerzas colectivas, cobra en la Declaración de La Habana una fuerza que no tuvo nunca antes. Cuba, como presidente del Movimiento y país coordinador, se propone realizar, en unión del Grupo de los 77, todos los esfuerzos necesarios para impulsar el programa de acción delineado por la conferencia en materia de cooperación económica.

No concebimos esa «autosustentación colectiva», sin embargo, como algo siquiera parecido a la autarquía, la vemos como un factor de las relaciones internacionales que ponga en juego todas las posibilidades y recursos de esta parte considerable e importante de la humanidad, que somos los países en desarrollo, para incorporarla a la corriente general de los recursos y de la economía que por su parte puedan movilizar tanto en el campo capitalista como en los países socialistas.

Señor presidente:

La sexta cumbre rechazó los intentos de algunos países desarrollados que pretenden utilizar la cuestión de la energía para dividir a los países en desarrollo.

El problema de la energía, solo puede ser examinado en su contexto histórico, tomando en cuenta, de una parte, cómo los modelos consumistas de algunos países desarrollados llevaron a la dilapidación de los hidrocarburos y advirtiendo a la vez el papel expoliador de las empresas transnacionales, beneficiarias hasta fecha reciente de los suministros de energía barata, los que usaron de manera irresponsable. Las transnacionales explotan simultáneamente a los productores y a los consumidores, obteniendo beneficios extraordinarios e injustificados de unos y de otros, a la vez que pretenden culpar a los países en desarrollo exportadores de petróleo de la situación actual.

Permítaseme recordar que en mis palabras inaugurales a la conferencia señalé la situación angustiosa de los países en desarrollo no productores de petróleo, en particular los menos adelantados, y expresé la certeza de que los Países No Alineados productores de petróleo encontrarían fórmulas para contribuir a mitigar la situación desfavorable de aquellos países golpeados ya por la inflación mundial y por la desigualdad del intercambio, que sufren serios déficit de sus balanzas de pago y un aumento considerable de su deuda externa. Pero ello no excluye la responsabilidad central de los países desarrollados, sus monopolios y sus empresas transnacionales.

Los jefes de Estado o de Gobierno, al considerar el problema de la energía con ese enfoque, pusieron de relieve que el mismo debería ser objeto de discusiones en el contexto de las negociaciones mundiales que se llevan a cabo en las Naciones Unidas, con la participación de todos los países y relacionando el problema energético con todos los problemas del desarrollo, con la reforma financiera y monetaria, el comercio mundial y las materias primas, de modo que se realice un análisis global de los aspectos vinculados al establecimiento de un nuevo orden económico internacional.

En la revisión de los principales problemas que afectan a los países en vías de desarrollo en el ámbito económico mundial, no podía faltar el examen del funcionamiento de las empresas transnacionales. Una vez más se declararon inaceptables sus políticas y sus prácticas. Se imputó que en busca de beneficios agotan los recursos, trastornan la economía y violan la soberanía de los países en desarrollo, menoscaban los derechos de los pueblos a la libre determinación, interfieren los principios de no injerencia en los asuntos de los Estados y recurren con frecuencia al soborno, a la corrupción y a otras prácticas indeseables, a través de las cuales pretenden subordinar, y subordinan los países en desarrollo a los países industrializados.

Ante los progresos insuficientes en la tarea de preparar en Naciones Unidas el Código de Conducta que regule las actividades de las empresas transnacionales, la conferencia reafirmó la urgencia de que esa labor concluya rápidamente, con el propósito de brindar a la comunidad internacional un instrumento jurídico que le sirva al menos para controlar y reglamentar las actividades de las transnacionales, de acuerdo con los objetivos y aspiraciones de los países en desarrollo.

Al consignar todos los abrumadores aspectos negativos en la situación económica de los países en vías de desarrollo, la sexta cumbre llamó muy especialmente la atención hacia los problemas que se acumulan sobre los países en desarrollo menos adelantados en condiciones desventajosas, sin litoral y aquellos otros mediterráneos aislados, y pidió que se adoptaran medidas urgentes y especiales para mitigarlos.

Ese es, Señor presidente y señores representantes, el panorama poco optimista, y más bien sombrío y desestimulante, que tuvieron ante sí los países miembros del Movimiento No Alineado al reunirse en La Habana.

Pero los Países No Alineados no se dejaron arrastrar hacia posiciones de frustración o exasperación, que resultarían explicables. Al mismo tiempo que elaboraron concepciones estratégicas que les permitan llevar adelante su lucha, los jefes de Estado o de Gobierno reiteraron sus demandas y definieron sus posiciones.

El primer objetivo fundamental de nuestra lucha consiste en reducir, hasta eliminarlo, el intercambio desigual que hoy prevalece y que convierte al comercio internacional en un vehículo provechoso para la expoliación adicional de nuestras riquezas. Hoy se cambia una hora de trabajo de los países desarrollados por diez horas de trabajo de los países subdesarrollados.

Los Países No Alineados demandan que se le preste una seria atención al Programa Integrado para los Productos Básicos, que ha sido hasta ahora manipulado y escamoteado en las negociaciones llamadas «Norte-Sur». De la misma manera piden que el Fondo Común, proyectado como un instrumento de estabilización de manera que se establezca una permanente correspondencia entre los precios que reciben por sus productos y los de sus importaciones, y que apenas ha podido comenzar a integrarse, reciba un real impulso. Para los Países No Alineados esta correspondencia que vincule de manera permanente los precios de sus mercancías exportadas a los precios de los equipos básicos, productos industriales y materias primas

tecnológicas, que importa de los países desarrollados, constituye un pivote esencial de todas las negociaciones económicas futuras.

Los países en vías de desarrollo exigen que los países que han generado la inflación y la estimulan con su política adopten las medidas necesarias para controlarla, cesando así la agravación de los resultados del intercambio no equitativo.

Los países en vías de desarrollo exigen —y mantendrán su lucha por obtenerlo— que los artículos industriales de sus incipientes economías tengan el acceso a los mercados de los países desarrollados; que se elimine el vicioso proteccionismo reintroducido en la economía internacional y que amenaza conducirnos nuevamente a una guerra económica nefasta; que se apliquen de manera general y sin ficciones engañosas las Preferencias Arancelarias Generalizadas y no Recíprocas, como manera de permitir el desenvolvimiento de sus industrias jóvenes, sin que las aplasten en el mercado mundial los recursos tecnológicos superiores de las economías desarrolladas.

Los Países No Alineados consideran que las negociaciones que están a punto de culminar sobre el Derecho del Mar no pueden, como lo pretenden ciertos países desarrollados, servir para ratificar el desequilibrio existente en cuanto a los recursos marinos, sino que han de ser un vehículo para su rectificación equitativa. La Conferencia de Derecho del Mar ha servido una vez más para poner de relieve la arrogancia y la decisión imperialista de algunos países que, poniendo sus posibilidades tecnológicas por encima del espíritu de comprensión y de avenencia que los países en desarrollo solicitan, amenazan con proceder unilateralmente a realizar operaciones mineras en los fondos marinos.

La deuda de los países en vías de desarrollo ha alcanzado ya la cifra de $335 000 millones de dólares. Se calcula que el pago total por concepto de servicios de la deuda externa asciende a más de 40 000 millones cada año, lo que representa más del 20% de sus exportaciones anuales. Por otro lado, el ingreso per cápita promedio de los países desarrollados es ahora catorce veces superior al de los países subdesarrollados. Esta situación es ya insostenible.

Los países en vías de desarrollo necesitan que se establezcan nuevos sistemas de financiamiento, mediante los cuales reciban los recursos financieros necesarios para el desarrollo continuo e independiente de sus economías. Estos financiamientos deben ser a largo plazo y a bajo interés. El uso

de esos recursos financieros debe estar a la plena disposición de los países en desarrollo, para que estos puedan establecer en sus economías el sistema de prioridades que corresponda con sus planes de desarrollo industrial y no sean absorbidos esos fondos financieros, como hoy ocurre, por las empresas transnacionales, que se benefician adicionalmente, aprovechando la supuesta contribución financiera al desarrollo para agravar la deformación de sus economías y obtener de la explotación de los recursos de los países máximas ganancias.

Los países en vías de desarrollo y, en su nombre, el Movimiento de Países No Alineados, demandan que una parte importante de los inmensos recursos que la humanidad hoy dilapida en la carrera armamentista sean dedicados al desarrollo, lo que contribuirá, simultáneamente, a alejar el peligro de guerra y facilitar el mejoramiento de la situación internacional.

Los Países No Alineados, expresando las posiciones de todos los países en vías de desarrollo, demandan un nuevo sistema monetario internacional, que impida las fluctuaciones desastrosas que hoy sufren las monedas que prevalecen en la economía internacional, en particular el dólar norteamericano. El desorden financiero golpea adicionalmente sobre los países en vías de desarrollo, los cuales aspiran a que en la elaboración del nuevo sistema monetario mundial ellos tengan palabra y decisión como representantes del mayor número de países de la comunidad internacional y de más de 1 500 millones de hombres y mujeres.

En resumen, señor presidente y señores representantes:

El intercambio desigual, arruina a nuestros pueblos. ¡Y debe cesar!

La inflación que se nos exporta, arruina a nuestros pueblos. ¡Y debe cesar!

El proteccionismo, arruina a nuestros pueblos. ¡Y debe cesar!

El desequilibrio que existe en cuanto a la explotación de los recursos marinos, es abusivo. ¡Y debe ser abolido!

Los recursos financieros que reciben los países en desarrollo, son insuficientes. ¡Y deben ser aumentados!

Los gastos en armamentos, son irracionales. ¡Deben cesar y sus fondos empleados en financiar el desarrollo!

El sistema monetario internacional que hoy predomina, está en bancarrota. ¡Y debe ser sustituido!

Las deudas de los países de menor desarrollo relativo y en situación desventajosa, son insoportables y no tienen solución. ¡Deben ser canceladas!

El endeudamiento abruma económicamente al resto de los países en desarrollo. ¡Y debe ser aliviado!

El abismo económico entre los países desarrollados y los países que quieren desarrollarse, en vez de disminuir se agranda. ¡Y debe desaparecer!

Tales son las demandas de los países subdesarrollados.

Señor presidente, señores representantes:

La atención a esas demandas, algunas de las cuales han sido presentadas sistemáticamente por los países en vías de desarrollo, en los foros internacionales, a través del Grupo de los 77 y del Movimiento de Países No Alineados, permitiría un cambio de rumbo en la situación económica internacional, que ofrecería a los países en vías de desarrollo las condiciones institucionales para organizar los programas que los situarían definitivamente en el camino al desarrollo.

Pero aunque todas estas medidas fueran llevadas a la práctica, aunque se rectificaran los errores y vicios del presente sistema de relaciones internacionales, los países subdesarrollados carecerían de un elemento decisivo: el financiamiento externo.

Todos los esfuerzos internos, todos los sacrificios que hacen y están dispuestos a hacer los pueblos de los países en vías de desarrollo, todas las oportunidades de incrementar su potencial económico que se lograrían al eliminar la desigualdad entre los precios de exportación y los de importación y mejorar las condiciones en que se realiza su comercio exterior no serán, sin embargo, suficientes. A la luz de su situación financiera real y actual, necesitan además recursos en tal cantidad que les permitan, a la vez, pagar sus deudas y emprender los enormes gastos que a nivel mundial exige el salto al desarrollo.

Aquí también las cifras son demasiado conocidas para que necesitemos repetirlas. La sexta cumbre se preocupó ante el hecho de que no solo la deuda de los países subdesarrollados es prácticamente insoportable, sino también que esta deuda creciera cada año a un ritmo que podríamos considerar galopante. Y los datos que acaba de suministrar el reciente informe del Banco Mundial, emitido en los mismos días en que celebrábamos la conferencia de La Habana, confirman que la situación es cada día más grave. Solo en el año 1978 la deuda pública externa de 96 países en desarrollo aumentó en unos $51 millones de dólares. Este ritmo eleva la deuda a las cifras astronómicas mencionadas.

¡No podemos, señor presidente, resignarnos a este panorama sombrío!

Los más reputados economistas, tanto los occidentales como aquellos que se adscriben a las concepciones del marxismo, admiten que la forma en que funciona el sistema de endeudamiento internacional de los países en vías de desarrollo es completamente irracional y que su mantenimiento amenaza con una súbita interrupción, que pondrá en peligro todo el precario e inestable equilibrio económico mundial.

Algunos tratan de explicar el sorprendente hecho económico de que los centros bancarios internacionales continúen suministrándoles fondos a países que están técnicamente en bancarrota, aduciendo que se trata de una contribución generosa para ayudar a esos países a soportar las dificultades económicas. Pero no es así. Es, en realidad, una operación de salvamento del propio orden internacional capitalista. En octubre de 1978 la Comisión de las Comunidades Europeas admitía en forma esclarecedora:

> El equilibrio actual de la economía mundial depende en grado considerable de que continúe la corriente de prestamos privados a los países en desarrollo no productores de petróleo… en una escala sin precedentes antes de 1974, y cualquier impedimento a esa corriente pondrá en peligro dicho equilibrio.

La quiebra financiera mundial sería muy dura, en primer lugar, para los países subdesarrollados y para los trabajadores de los países capitalistas desarrollados. Afectaría también a las más estables economías socialistas. Pero el sistema capitalista dudosamente podría sobrevivir a semejante catástrofe. Y sería difícil que la terrible situación económica resultante no engendrara, inevitablemente, una conflagración mundial. Ya se habla de fuerzas militares especiales para ocupar los campos petrolíferos y las fuentes de materias primas.

Pero si es deber de todos la preocupación por este panorama sombrío, es deber, primero, de los que poseen una mayor suma de riqueza y bienestar material.

A los revolucionarios, al fin y al cabo, la perspectiva de un mundo sin capitalismo no nos asusta demasiado.

Se ha propuesto que en lugar del espíritu de enfrentamiento utilicemos el sentido de la interdependencia económica mundial que permita conjugar las fuerzas de todas las economías para obtener beneficios comunes, pero el

concepto de la interdependencia solo es aceptable cuando se parte de admitir la injusticia intrínseca y brutal de la actual interdependencia. Los países en vías de desarrollo rechazan el que se les proponga como «interdependencia» la aceptación de la injusta y arbitraria división internacional del trabajo, que el colonialismo moderno les impuso a partir de la revolución industrial inglesa y que el imperialismo profundizó.

Si se quiere impedir la confrontación y la lucha, que es el único camino que aparece abierto para los países en vías de desarrollo —un camino que ofrece largos y difíciles combates cuyas proporciones nadie podría ahora predecir—, es necesario que todos busquemos y encontremos fórmulas de colaboración para resolver los grandes problemas que, si bien afectan a nuestros pueblos, no pueden resolverse sin afectar de alguna forma a los países más desarrollados.

No hace muchos años expresamos que el derroche irracional de bienes materiales y el consiguiente despilfarro de recursos económicos de la sociedad capitalista desarrollada era ya insostenible. ¿Cuál ha sido si no la causa de la dramática crisis energética que estamos viviendo? ¿Y quiénes tienen que soportar las peores consecuencias, sino, los países subdesarrollados no petroleros?

Estos criterios sobre la necesidad de poner fin al despilfarro de las sociedades de consumo son hoy una opinión generalizada.

En un reciente documento de la Organización de Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial se afirma que:

«Las modalidades de vida actuales, especialmente en los países industrializados, tal vez tengan que experimentar un cambio radical y doloroso».

Claro está que los países en vías de desarrollo no pueden esperar, ni esperan, que las transformaciones a que aspiran y los financiamientos que requieren puedan llegarles como una dádiva derivada de meros análisis sobre los problemas económicos internacionales. En este proceso, que implica contradicciones, lucha y negociaciones, los países No Alineados tienen que depender, en primer término, de sus propias decisiones y esfuerzos.

Esa convicción emerge con claridad de la sexta cumbre. En la parte económica de la Declaración Final, los jefes de Estado o de Gobierno reconocen la necesidad de realizar en sus países los cambios estructurales necesarios de índole económica y social, considerando que es esta la única forma de eliminar la vulnerabilidad actual de sus economías y de convertir el simple

crecimiento estadístico en un verdadero desarrollo. Solo así —lo reconocen los jefes de Estado—, los pueblos estarían dispuestos a pagar el precio que les exigiría ser los protagonistas principales del proceso. Como dijimos en aquella oportunidad: «Si el sistema es socialmente justo, las posibilidades de supervivencia, y desarrollo económico y social son incomparablemente mayores».

La historia de mi país es un ejemplo irrefutable de ello.

La necesidad emergente e impostergable de dar solución al subdesarrollo, nos hace volver, Señor presidente, al problema que hace un momento abordáramos, y que quisiera que fuese el último presentado por mí ante esta XXXIV Asamblea General de las Naciones Unidas. Me refiero al financiamiento internacional.

Uno de los fenómenos más graves que acompaña al endeudamiento acelerado de los países en vías de desarrollo lo constituye, según dijéramos, el hecho de que la mayor parte del dinero que reciben del exterior esos países se ven forzados a emplearlo para cubrir sus balances comerciales y de cuenta corriente negativos, renovar deudas y pagar intereses.

Si tomamos el ejemplo de los países en vías de desarrollo no exportadores de petróleo, a cuya situación me referí en la conferencia de La Habana, solo en los últimos seis años han acumulado déficits en sus balanzas de pagos que sobrepasan los $200 000 millones de dólares.

Frente a eso, las inversiones que realmente necesitan los países en vías de desarrollo son enormes. Y las necesitan, precisamente y en primer término, casi sin excepción, en ramas y producciones de escasa rentabilidad, que no atraen a los inversionistas y prestamistas privados extranjeros.

Para aumentar la producción de alimentos, con el objeto de eliminar la desnutrición de esos 450 millones de personas que hemos mencionado, habrá que habilitar nuevos recursos de tierras y de agua. Según cálculos especializados, la superficie total de tierra cultivada de los países en desarrollo tendría que aumentarse en los próximos diez años en 76 millones de hectáreas, y las tierras de regadío en más de diez millones.

La rehabilitación de las obras de riego exigen atender 45 millones de hectáreas. Es por ello que los cálculos más modestos admiten que la ayuda financiera internacional —y nos referimos a la ayuda y no al flujo total de los recursos— tiene que llegar anualmente a $8 000 ó $9 000 millones de

dólares, para conseguir el objetivo de que la agricultura crezca a ritmos entre 3,5 y 4% en los países en desarrollo.

Si examinamos la industrialización, los cálculos exceden con mucho esos parámetros. La Conferencia de la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial, al trazar las metas que mencionamos en su reunión de Lima, determinó que en el centro de la política internacional del desarrollo tendría que estar el financiamiento y que este deberá llegar hacia el año 2000 a niveles de $450 000 a $500 000 millones de dólares anuales, de los cuales un tercio —es decir, de $150 000 a $160 000 millones—, tendrán que ser financiamientos de corrientes externas.

Pero el desarrollo, Señor presidente y señores representantes, no es solo agricultura e industrialización. Desarrollo es, principalmente, la atención al ser humano, que ha de ser el protagonista y el fin de cualquier esfuerzo por el desarrollo. Para tomar el ejemplo de Cuba, señalaré que en los últimos cinco años nuestro país ha empleado en inversiones constructivas para la educación un promedio de casi $200 millones de dólares anuales. Las inversiones de construcción y equipos para la salud pública se desarrollan a un promedio anual de más de $40 millones. Y Cuba es solo uno de los casi cien países en desarrollo y uno de los más pequeños geográfica y poblacionalmente. Puede estimarse, por ello, que en las inversiones, en los servicios educacionales y de salud pública, los países en desarrollo necesitarán algunas otras decenas de miles de millones de dólares anuales para vencer los resultados del retraso.

Ese es el gran problema que tenemos ante nosotros.

Y ese no es, señores, solo nuestro problema, el problema de los países víctimas del subdesarrollo y del desarrollo insuficiente. Es un problema de toda la comunidad internacional.

Más de una vez se ha dicho que nosotros hemos sido forzados al subdesarrollo por la colonización y la neocolonización imperialista. La tarea de ayudarnos a salir del subdesarrollo es, pues, en primer término, una obligación histórica y moral de aquellos que se beneficiaron con el saqueo de nuestras riquezas y la explotación de nuestros hombres y mujeres durante décadas y siglos. Pero, es, a la vez, tarea de la humanidad en su conjunto, y así lo ha hecho constar la sexta cumbre.

Los países socialistas no participaron en el saqueo del mundo ni son responsables del fenómeno del subdesarrollo. Pero la obligación, sin embargo,

de ayudar a superarlo, la comprenden y la asumen partiendo de la naturaleza de su sistema social, en el cual la solidaridad internacionalista es una premisa.

De la misma manera, cuando el mundo aguarda que los países en desarrollo productores de petróleo contribuyan también a la corriente universal de recursos que ha de nutrir el financiamiento externo para el desarrollo, no lo hace en función de obligaciones y deberes históricos que nadie podría imponerles, sino como una esperanza y un deber de solidaridad entre países subdesarrollados. Los grandes países exportadores de petróleo deben estar conscientes de su responsabilidad.

Incluso los países en desarrollo con mayor nivel deben hacer su aporte. Cuba, que no habla aquí en nombre de sus intereses y no defiende un objetivo nacional, está dispuesta a contribuir en la medida de sus fuerzas con miles o decenas de miles de técnicos: médicos, educadores, ingenieros agrónomos, ingenieros hidráulicos, ingenieros mecánicos, economistas, técnicos medios, obreros calificados, etcétera.

Es, por ello, la hora de que todos nos unamos en la tarea de sacar a pueblos enteros y a cientos de millones de seres humanos del retraso, la miseria, la desnutrición, la enfermedad, el analfabetismo, que les hace imposible disfrutar a plenitud de la dignidad y el orgullo de llamarse hombres.

Hay que organizar, pues, los recursos para el desarrollo, y esa es nuestra obligación conjunta.

Existen, señor presidente, tal número de fondos especiales, multilaterales, públicos y privados, cuyo objetivo es contribuir a uno u otro aspecto del desarrollo, ya sea agrícola, ya sea industrial, ya se trate de compensar los déficits en los balances de pagos, que no me resulta fácil, al traer ante la XXXIV Asamblea los problemas económicos discutidos en la sexta cumbre, formular una proposición concreta para el establecimiento de un nuevo fondo.

Pero no hay duda de que el problema del financiamiento debe ser discutido profunda y plenamente, para encontrarle una solución. Además de los recursos que ya están organizados, por los distintos canales bancarios, por las organizaciones concesionarias, los organismos internacionales y los órganos de las finanzas privadas, necesitamos discutir y decidir la manera de que, al comenzar el próximo decenio para el desarrollo, en su estrategia se incluya el aporte adicional de no menos de $300 000 millones de dólares, a

los valores reales de 1977, distribuidos en cantidades anuales que no deben ser menores a los vienticinco mil millones ya desde los primeros años, para ser invertidos en los países subdesarrollados. Esta ayuda debe ser en forma de donaciones y de créditos blandos a largo plazo y mínimo interés.

Es imprescindible movilizar estos fondos adicionales como aporte del mundo desarrollado y de los países con recursos, al mundo subdesarrollado en los próximos 10 años. Si queremos paz, harán falta estos recursos. Si no hay recursos para el desarrollo no habrá paz. Algunos pensarán que estamos pidiendo mucho; yo pienso que la cifra es todavía modesta. Según datos estadísticos, como expresé en el acto inaugural de la sexta cumbre de los Países No Alineados, el mundo invierte cada año en gastos militares más de $300 000 millones de dólares. Con $300 000 millones de dólares se podrían construir en un año 600 000 escuelas con capacidad para 400 millones de niños; o 60 millones de viviendas confortables con capacidad para 300 millones de personas; o 30 000 hospitales con 18 millones de camas; o 20 000 fábricas capaces de generar empleo a más de 20 millones de trabajadores; o habilitar para el regadío 150 millones de hectáreas de tierra, que con un nivel técnico adecuado pueden alimentar a mil millones de personas. Esto despilfarra la humanidad cada año en la esfera militar. Considérese, además, la enorme cantidad de recursos humanos en plena juventud, recursos científicos, técnicos, combustible, materias primas y otros bienes. Este es el precio fabuloso de que no exista un verdadero clima de confianza y de paz en el mundo.

Solo Estados Unidos gastará en el decenio 1980-1990 seis veces esta cifra en actividades militares.

Pedimos para diez años de desarrollo menos de lo que hoy se gasta en un año en los ministerios de Guerra y mucho menos de la décima parte de lo que se gastará en diez años con fines militares.

Para algunos puede parecer irracional la demanda: lo verdaderamente irracional es la locura del mundo de nuestra época y los riesgos que amenazan a la humanidad.

La enorme responsabilidad de estudiar, organizar y distribuir esta suma de recursos debe corresponder enteramente a la Organización de las Naciones Unidas. La administración de esos fondos debe hacerla la propia comunidad internacional, en condiciones de absoluta igualdad para cada uno de los países, ya sean contribuyentes o beneficiarios, sin condiciones

políticas y sin que la cuantía de los donativos tenga nada que ver con el poder de voto para decidir la oportunidad de los prestamos y el destino de los fondos.

Aunque el flujo de recursos debe ser válorado en términos financieros, no debe consistir solo en ellos. Puede estar formado también por equipos, fertilizantes, materias primas, combustible y plantas completas, valoradas en los términos del comercio internacional. También la asistencia de personal técnico y la formación de técnicos debe ser contabilizada como una contribución.

Estamos seguros, estimado Señor presidente y señores representantes, que si el secretario general de Naciones Unidas —asistido por el presidente de la Asamblea, con todo el prestigio y el peso de esta organización, apoyada además, de inicio, por la influencia que los países en vías de desarrollo y, más aun, el Grupo de los 77, le prestarían a esa iniciativa—, convocara a los distintos factores que hemos mencionado para iniciar discusiones en las cuales no habría lugar para el antagonismo llamado Norte-Sur ni para el denominado antagonismo Este-Oeste, sino que allí concurrirían todas las fuerzas como una tarea común, como un deber común y una esperanza común, esta idea que presentamos ahora a la Asamblea General puede ser coronada por el éxito.

Porque no se trata de un proyecto que beneficie solo a los países en vías de desarrollo, beneficiaría a todas las naciones.

Como revolucionarios, la confrontación no nos asusta. Tenemos fe en la historia y en los pueblos. Pero como voceros e intérpretes del sentimiento de 95 países, tenemos la responsabilidad de luchar por la colaboración entre los pueblos. Y esa colaboración, si ella se logra sobre bases nuevas y justas, beneficiará a todos los países que constituyen hoy la comunidad internacional. Y beneficiará en especial a la paz mundial.

El desarrollo puede ser, a corto plazo, una tarea que entrañe aparentes sacrificios y hasta donativos que parezcan irrecuperables. Pero el vasto mundo que hoy vive en el retraso, desprovisto de poder adquisitivo, limitado hasta el extremo en su capacidad de consumir, incorporará con su desarrollo un torrente de cientos de millones de consumidores y productores, el único capaz de rehabilitar la economía internacional, incluyendo la de los países desarrollados que hoy generan y padecen la crisis económica.

La historia del comercio internacional ha demostrado que el desarrollo es el factor más dinámico del comercio mundial. La mayor parte del comercio de nuestros días se realiza entre países plenamente industrializados. Podemos asegurar que mientras más se extienda la industrialización y el progreso en el mundo, más se extenderá también el intercambio comercial, beneficioso para todos.

Es por ello, que pedimos en nombre de los países en vías de desarrollo y abogamos por la causa de nuestros países. Pero no es una dádiva lo que estamos reclamando. Si no encontramos soluciones adecuadas, todos seremos víctimas de la catástrofe.

Señor presidente, distinguidos representantes:

Se habla con frecuencia de los derechos humanos, pero hay que hablar también de los derechos de la humanidad.

¿Por qué unos pueblos han de andar descalzos para que otros viajen en lujosos automóviles? ¿Por qué unos han de vivir 35 años para que otros vivan 70? ¿Por qué unos han de ser míseramente pobres para que otros sean exageradamente ricos?

Hablo en nombre de los niños que en el mundo no tienen un pedazo de pan; hablo en nombre de los enfermos que no tienen medicinas; hablo en nombre de aquellos a los que se les ha negado el derecho a la vida y la dignidad humana.

Unos países tienen mar, otros no; unos tienen recursos energéticos, otros no; unos poseen tierras abundantes para producir alimentos, otros no; unos tan saturados de máquinas y fábricas están, que ni respirar se puede el aire de sus atmósferas envenenadas, otros no poseen más que sus escuálidos brazos para ganarse el pan.

Unos países poseen, en fin, abundantes recursos, otros no poseen nada. ¿Cuál es el destino de estos? ¿Morirse de hambre? ¿Ser eternamente pobres? ¿Para qué sirve entonces la civilización? ¿Para qué sirve la conciencia del hombre? ¿Para qué sirven las Naciones Unidas? ¿Para qué sirve el mundo? No se puede hablar de paz en nombre de las decenas de millones de seres humanos que mueren cada año de hambre o enfermedades curables en todo el mundo. No se puede hablar de paz en nombre de 900 millones de analfabetos.

¡La explotación de los países pobres por los países ricos debe cesar!

Sé que en muchos países pobres hay también explotadores y explotados.

Me dirijo a las naciones ricas para que contribuyan. Me dirijo a los países pobres para que distribuyan.

¡Basta ya de palabras! ¡Hacen falta hechos! ¡Basta ya de abstracciones, hacen falta acciones concretas! ¡Basta ya de hablar de un Nuevo Orden Económico Internacional especulativo que nadie entiende; hay que hablar de un orden real y objetivo que todos comprendan!

No he venido aquí como profeta de la Revolución; no he venido a pedir o desear que el mundo se convúlsione violentamente. Hemos venido a hablar de paz y colaboración entre los pueblos, y hemos venido a advertir que si no resolvemos pacífica y sabiamente las injusticias y desigualdades actuales el futuro será apocalíptico.

El ruido de las armas, del lenguaje amenazante, de la prepotencia en la escena internacional debe cesar. Basta ya de la ilusión de que los problemas del mundo se puedan resolver con armas nucleares. Las bombas podrán matar a los hambrientos, a los enfermos, a los ignorantes, pero no pueden matar el hambre, las enfermedades, la ignorancia. No pueden tampoco matar la justa rebeldía de los pueblos y en el holocausto morirán también los ricos, que son los que más tienen que perder en este mundo.

Digamos adiós a las armas y consagrémonos civilizadamente a los problemas más agobiantes de nuestra era. Esa es la responsabilidad y el deber más sagrado de todos los estadistas del mundo. Esa es, además, la premisa indispensable de la supervivencia humana.

¡Muchas gracias!

14. EL PROCESO DE RECTIFICACIÓN DE ERRORES

LA HABANA, 19 DE ABRIL DE 1986

En la última parte de su discurso por el XXV aniversario de la invasión a Playa Girón, Fidel Castro habló sobre actitudes y prácticas, vestigios del capitalismo, que atentaban contra la Revolución Cubana. Este tema fue posteriormente tratado en una sesión especial del Partido Comunista de Cuba en diciembre de 1986 y más tarde se conoció como el Proceso de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas.

[…] Compañeras y compañeros:

En nuestro país actualmente se discute el Programa del Partido entre todo el pueblo. A fines de año, en una reunión especial, los delegados al III Congreso analizarán y aprobarán ese Programa. Las condiciones en que ese gran Programa tendrá que cumplirse no son fáciles; incluso, las condiciones en que tenemos que cumplir nuestros planes económicos: el plan del año 1986, el plan del quinquenio y los planes perspectivos, no son nada fáciles. Un día como hoy también tenemos que meditar en estas cosas. Hay circunstancias, algunas surgidas incluso después del congreso, que hacen más difícil la tarea, aunque no irrealizable.

Nuestro país, a fines del pasado año, recibió el golpe de la naturaleza, el huracán que acostó el 70% de nuestras cañas, que hizo mucho más dura y difícil la zafra. A pesar del gran esfuerzo realizado por nuestros trabajadores, sin duda que, en los resultados finales, nuestros planes azucareros se verán afectados en no menos de medio millón de toneladas como mínimo; y

sí no se eleva a un millón o un millón y medio, se debe al esfuerzo de nuestros obreros azucareros.

Mas, no tuvimos solo el huracán, cosa paradójica, e incluso, increíble: la baja del dólar nos afectó.

Muchos se preguntarán: ¿Cómo es posible que la baja del dólar afecte a Cuba? Precisamente los imperialistas querían ahora bajar el dólar y lo querían bajar porque tienen un déficit comercial enorme, y para poder competir con japoneses y europeos —entre los grandes países capitalistas se pusieron de acuerdo— tuvieron lugar medidas que bajaron la cotización del dólar.

Es que para nosotros, que vendemos el azúcar y todos nuestros productos de exportación como es práctica universal tasados en dólares —si es a cuatro centavos el azúcar, son cuatro centavos de dólar—, cuando el dólar baja de cotización, bajan también los precios de esas exportaciones; pero fundamentalmente aumentan los precios de lo que importamos del área convertible, puesto que no podemos importar de Estados Unidos, importamos de Japón o importamos de Europa, entonces se adquieren menos marcos alemanes, menos francos franceses, menos libras esterlinas inglesas y menos yenes japoneses por un dólar. Con una tonelada de azúcar adquirimos menos productos en esos países. Si importáramos de Estados Unidos, esta coyuntura sería favorable, ya que se pone más barato el dólar. Para nuestro país bloqueado ocurren estas paradojas, que sufrimos algunas consecuencias, junto a otros países del Tercer Mundo, cuando el dólar está caro, como las altas tasas de interés, y las malas consecuencias cuando el dólar está bajo.

Pero no solo eso, otra cosa asombrosa: la baja de los precios del petróleo nos está afectando considerablemente. Bien sencillo: nosotros también exportamos petróleo, una parte de nuestra producción; y todo el que ahorramos del que importamos de la URSS, lo exportamos.

Sobre eso tuve ocasión de hablar a raíz del Foro de Energía, lo que significaba en divisas convertibles ahorrar un galón de combustible, un barril, una tonelada, centavo a centavo. En estos años, y gracias a los enormes esfuerzos de ahorro, mientras los precios del azúcar se mantenían extraordinariamente bajos, uno de los ingresos fundamentales en divisas nuestros eran las exportaciones de petróleo, cientos de millones de dólares. Con la reducción del precio hemos sido afectados prácticamente en los dos tercios del valor del petróleo, dejando de percibir cientos de millones de dólares;

así, ¡cientos de millones de dólares en divisas convertibles!, lo que echó por tierra en gran parte el enorme esfuerzo de ahorro que veníamos haciendo y debemos, aun más todavía, continuar haciendo.

Todo esto que estoy mencionando del petróleo ocurre en unas cuantas semanas después de nuestro congreso. Esto incrementa las dificultades del país. Esto nos obliga a un esfuerzo mayor todavía.

¿Por qué menciono aquí, en ocasión del XXV aniversario, estas cuestiones? Porque ahora no estamos luchando contra los mercenarios, no tenemos invasiones mercenarias; sin embargo, tenemos otro tipo de mercenarios, o gente que hace el papel de mercenarios, incluso a veces gente que se suele llamar buena, gente dispuesta a combatir por la Revolución si hay guerra, pero que hace cosas que van contra los intereses de la Revolución, que van contra la Revolución, y muchos porque ni siquiera tienen una profunda conciencia revolucionaria. Todo esto nos obliga a un esfuerzo.

En el congreso del Partido se trazaron líneas muy precisas. Se hicieron críticas duras, agudas, a los problemas que subsisten; y nos hicimos el compromiso de luchar contra esos problemas, detectarlos uno por uno y combatirlos. Estamos discutiendo el Programa, como decíamos anteriormente. Sin estos problemas a que me refiero, habría que cumplir esa línea trazada por el congreso, pero hoy con las dificultades mayores que tendremos es mucho más importante y más decisivo cumplir esa línea. Tenemos que ser mucho más intransigentes contra todo lo mal hecho, contra todo lo incorrecto; tenemos que llevar una lucha mucho más consecuente contra problemas que subsisten, o nuevos problemas que se desarrollan. De esto estuve hablando con los pioneros a raíz de su XXV aniversario. Con mucha más razón hay que abordar este problema ante toda nuestra población.

No tenemos hoy los problemas —repito— que teníamos hace 25 años; pero tenemos gente indolente, gente negligente, esa gente de la que yo les decía a los pioneros que no quiere coger lucha; gente irresponsable, gente que no es suficientemente exigente dentro de la esfera de sus responsabilidades, gente tolerante. Tenemos gente que busca privilegios; gente que busca dinero fácil, no proveniente de su trabajo, sino del chanchullo, de la especulación, del comercio ilícito. No quisiera, un día como hoy, tener que mencionar muchos, que los hay, algunos bochornosos, que de forma aparentemente lícita han ganado en un año cien mil pesos, y hasta más —díganme, señores, en el socialismo—, pues sé que algunos pintando y

vendiendo cuadros o haciendo trabajos decorativos, fundamentalmente a organismos del Estado, han ganado hasta más de 200 000 pesos en un año. Esto para citar un ejemplo de ingresos exagerados que no me parecen fruto realmente del trabajo, porque tampoco, compañeras y compañeros, son los cuadros de Picasso o de Miguel Ángel.

Eso demuestra la irresponsabilidad de muchos funcionarios, porque es dinero del pueblo el que se invierte de esa forma. Por otro lado, algunos han confundido el trabajo por cuenta propia con el capitalismo, o con el derecho a ejercer el comercio capitalista, ¡algunos lo han confundido! Sí, de esos problemas tenemos. Ya ustedes se imaginan, ese que gana cien mil pesos gana 20 veces en un año lo que ganan los médicos que hacen el trasplante del corazón, ¡20 veces! Yo he visto a esos médicos abnegados, modestos, con su salario, que pueden ser 5 000, incluso hasta 6 000 pesos en un año; y algunos individuos, haciendo chanchullos, o cosas parecidas, se han ganado 100 000 y más.

Saben bien ustedes también lo crítico que fui con las prácticas del mercado libre campesino, cuando ciertos individuos vendían una cabeza de ajo en un peso para embolsárselo personalmente sin ningún beneficio para el pueblo, no era el campesino trabajando honestamente, sudando, que recibe, por otro lado, todas las facilidades que le da la Revolución de educación para los hijos, de asistencia médica, todas las posibilidades, sin que le falte ninguna; sino gentes que lejos de obtener ingresos honrados cultivando la tierra, se enriquecían comerciando, robando, vendiendo caro, carísimo. Eso unido a otras prácticas como mercancías que deben entregar a acopio según compromisos por créditos, insumos y otros beneficios y garantías recibidos, y no se entregan para venderlas entonces en el otro mercado. Esa fue una práctica, una experiencia.

Algunas de las cosas que han originado estos problemas las hemos creado nosotros mismos y debemos también saberlas rectificar oportunamente, porque hay gente que confunden, lamentablemente, los ingresos del trabajo y los de la especulación y el chanchullo, que lindan con el robo o constituyen verdaderos robos. Igual que hay algunos de nuestros directores de empresas que se nos han convertido en unos empresarios de pacotilla, tipo capitalista. Porque lo primero que tiene que preguntarse un cuadro revolucionario, un cuadro socialista, un cuadro comunista, no es si su empresa

gana más, sino cómo gana más el país. Desde el momento en que tengamos supuestos empresarios que se preocupen más de la empresa que de los intereses del país, tenemos un capitalista de cuerpo entero. Para eso no se hizo el Sistema de Dirección y de Planificación de la Economía, para empezar a jugar al capitalismo; y algunos juegan bochornosamente al capitalismo, lo sabemos, lo vemos. Esas cosas tienen que ser rectificadas.

Lo mismo que algunos aumentando precios quieren ser rentables y repartir primas cobrando cualquier precio por cualquier cosa, así cualquiera es rentable, ¿verdad? No hace muchos días visitaba el hospital Ameijeiras y vi que tenían unos elevadores muy bien mantenidos, reforzados con unas planchas de acero inoxidable —fui a ver un equipo nuevo que hemos adquirido, muy sofisticado, muy útil, muy humano, que ya está trabajando; uno se admira verdaderamente de ver el esfuerzo que realizan en ese hospital los médicos, los especialistas, todos sus trabajadores— y me decían: «¿Sabe cuánto nos pidieron por colocar esas planchas de acero inoxidable? 10 000 pesos, ¡diez mil!» Al final transigieron por 5 000. Digo: «¿Cuántos trabajadores?» «No, dos». «¿Cuántos días?» «15 días». Bueno, el gasto en salarios debe ser unos 300 pesos. Las planchas eran del hospital y la empresa que cobraba esos precios una empresa del Estado.

Hay que ser descarados realmente —no digo los trabajadores, sino los que organizan esos negocios— para cobrar 30 veces el salario por un trabajo de 15 días. Así usted puede ser rentable. Ese nefasto espíritu lo hemos visto.

Por arreglar un piso, no sé qué trabajo allí de pulir, 40 000 pesos le cobraban al hospital.

De esto ya hablamos en el congreso entre los problemas contra los que tenemos que combatir. Sabemos también los problemas de las desviaciones de recursos, los vemos. No hace mucho me encontré una grúa —estaba recorriendo una zona, viendo algunos problemas de interés para la economía— que estaba allí. El individuo para realmente fundir el techo de la casa había reunido una grúa de 16 toneladas, grúa Kato japonesa, una concretera también japonesa, un camión para llevar la concretera, un carro pipa, todo del Estado. Había comprado un cochinito para los que lo ayudaran ese día ahí, cervezas y demás cosas; los tres camiones venían de tres centros diferentes: uno, la grúa, de la brigada que construye la Termoeléctrica del Este en Santa Cruz —yo lo vi personalmente, eso no me lo contó nadie—; el otro

camión, con la concretera, venía de la empresa de petróleo que está frente a la Ciudad de los niños José Martí, y la pipa, de una cantera de la Autopista.

Este solo individuo, en virtud de sus amigos y sus relaciones, había reunido en el mismo día la grúa, la concretera, el camión para transportarla y un camión pipa, todo. ¡Vaya usted a saber ahora todos los materiales cómo y de dónde salieron! Estaba haciendo una casa, nos alegramos, desde luego, de que la gente haga casas, pero que las haga honradamente. Se trata de una casa de 150 metros cuadrados, aunque el sueldo de este ciudadano es de 199 pesos mensuales, trabajando como jefe de almacén de un centro de gastronomía. Si le da por venderla, le pagan hasta 40 000 pesos; aparece comprador, porque esos que roban de una forma o de otra, esos que reciben ingresos abundantes no provenientes del trabajo, lo mismo compran una casa ya construida que compran el Capitolio si se lo venden.

Entonces, ese tipo de problema ¿De dónde salen esos miles de pesos? No salen del trabajo.

El Estado facilita recursos, créditos para reparar o construir viviendas, brinda todas las posibilidades, acaba de aprobar una generosa ley que hace posible la propiedad de las viviendas entregadas o por entregar, con un módico precio y sin ganancia alguna. ¿Qué necesidad hay de desviar recursos, qué necesidad hay de andar con chanchullos, cualesquiera que sean las necesidades que existen en este terreno, que son grandes?

Cuando le estoy contando al compañero presidente de la Junta de Planificación la experiencia, me dice: «El domingo yo me encontré una grúa haciendo lo mismo, pero esta era una grúa de 40 toneladas».

Ustedes se imaginan, lo que nosotros hacemos en las grandes obras en construcción para fundir hormigón, que lo alzamos en cubos con grúas, lo más sofisticado de la construcción; hay gente aquí que tiene tales habilidades y tales amistades, y hay tanta gente tan faltos de control que pueden utilizar esta técnica del Estado para fundir los techos de sus casas. Valdría la pena preguntarles a la brigada y a la empresa que construyen la Termoeléctrica del Este, ¿cómo no se enteraron de que una grúa camión de 16 toneladas, comprada con divisas convertibles les faltó tres días? Porque la llevaron el viernes y regresó el lunes. Hubo alguien que dio un conduce allí para justificar y cosas por el estilo, apañamiento, todas esas cosas que sabemos que existen, como sabemos de gente que busca privilegios a toda costa, que desvía recursos.

Y, desde luego, esta es una lucha. Cuando hablamos del Programa del Partido, cuando hablamos del congreso y de las medidas, significa no que vamos a hacer una campaña hoy, y olvidarnos después, no. Nosotros no queremos hacer una revolución cultural aquí, no queremos resolver los problemas mediante métodos extremistas y lanzar las masas contra los responsables de tales hechos irritantes. Estoy, sin embargo, convencido de que las masas organizadas y disciplinadamente son las que pueden ayudar a ganar esta batalla, y entre las masas, la masa de nuestro Partido y de nuestra juventud comunista. Esto requiere también más vigilancia de los comités, porque el comité sabe lo que pasa, si de repente un tipo empieza a hacer una supercasa, y si después, además, la vende por cualquier cantidad de dinero.

No podemos adaptarnos a lo mal hecho. No podemos entrar en esas confusiones. ¿Puede alguien aquí estar haciendo un chanchullo sin que lo vea el pueblo, sin que lo vean las masas? No queremos lanzar a las masas, repito, contra los responsables para que ellas por sí mismas pongan fin a estas actividades, porque tenemos el Partido, tenemos la Juventud, tenemos las organizaciones; lo que debemos es llevar a cabo una lucha sistemática, seria y tenaz, presionando de arriba hacia abajo, ¡y de abajo hacia arriba!, con mucha fuerza.

Nuestro Partido tiene que estar alerta, ¡muy alerta! Tenemos medio millón de militantes del Partido, entre militantes y aspirantes, una fuerza tremenda —¡si nosotros, cuando empezamos la lucha contra la tiranía, hubiéramos tenido una organización de medio millón de militantes!—; más otro medio millón de militantes en la Juventud, qué fuerza increíble; las organizaciones de masa, los millones de hombres y mujeres organizados en los sindicatos, los Comités de Defensa, la Federación, los Pioneros, ¡una fuerza tremenda, increíble!, con ella realmente bien utilizada podemos ir poniéndole fin a todas esas cosas sin extremismos; no tenemos que caer en ningún extremismo, ni en campañas de unos meses, ¡no!, esta tiene que ser una lucha sostenida. Como les decía a los pioneros, hay que seguir luchando contra la reminiscencia del viejo sistema, contra la reminiscencia del capitalismo, de la ideología del capitalismo, contra el parasitismo, contra los privilegios, contra esa tendencia a recibir bienes sin proporción al trabajo que se aporta a la sociedad. Hemos hablado de la fórmula socialista: ¡De cada cual según su capacidad, a cada cual según su trabajo!; es bien clara esa fórmula, no es, desde luego, igualitarista.

Quisiera saber en virtud de qué milagros, o de qué diabólicos mecanismos, un individuo puede ganar diez veces en un año lo que ganó un médico eminente, consagrado a salvar vidas. Cosas que andan mal y conciencias que andan mal. Hay que decirlo, ¡conciencias que andan mal!, y funcionarios que andan mal, que no sacan la cuenta del dinero y los recursos que administran.

Hay algunos que se creen que el socialismo se puede hacer sin trabajo político; bueno, algunos incluso creen que sin trabajo físico, los hay.

Nosotros estamos haciendo un trabajo con los hospitales de la capital, por dificultades que tenían; nos reunimos con todos los directores de todos los hospitales, los del Partido, los de la Juventud, los jefes de enfermeras, los del sindicato; venimos haciendo ese trabajo con apoyo del Partido. El Partido en Ciudad de La Habana viene realizando un trabajo muy serio en esto y los resultados se ven, se aprecia ya un entusiasmo nuevo, un espíritu en los hospitales. No es cuestión de un día, el Partido se reúne todos los meses —el Partido en Ciudad de La Habana— con los secretarios de los comités de los hospitales. Eso es trabajo político, y con trabajo político podemos resolver muchas cosas, pensamos en algunas medidas de tipo económico, medidas Justas, como es tomar en cuenta las condiciones anormales para los trabajadores auxiliares. Estamos estudiando también el multioficio, mejores salarios en general para los auxiliares, como se hizo anteriormente con los médicos y enfermeras —todo eso está dentro de la fórmula socialista, desde luego; buscando también cómo se racionaliza y se utiliza mejor la fuerza de trabajo, porque no podría desarrollarse el país si la desorganización, la ineficacia, la improductividad se quieren resolver a base de más gente. Eso es trabajo fundamentalmente político.

En los hospitales como en las escuelas no podemos estar hablando de rentabilidad, porque no son empresas económicas, ni de primas; si se habla en exceso de primas, se estará corrompiendo a los obreros y se les estará diciendo que solo con primas se pueden hacer las cosas. Admitido que dentro de la fórmula socialista caben las primas —y hasta los primos caben en la fórmula socialista— que signifiquen el resultado de un buen trabajo, pero un real buen trabajo, y no primas porque hubo una rentabilidad falsa ya sea porque se inflaron los precios, porque se cobró cuarenta mil por un piso y diez mil por un trabajo que podía haber costado quinientos; así cualquiera es rentable, así es fácil encubrir la desorganización y la ineficiencia, elevando precios.

También algunas importantes brigadas constructoras como la de Cienfuegos, la de la CEN, tienen que alcanzar el máximo de productividad. Allí enviamos a un compañero, porque empezamos a oír hablar de cifras de hasta 16 000 trabajadores necesarios en la construcción, y les envié un mensaje de que no, que tenían que arreglárselas con lo que se había hablado, 12 000; porque otra forma de encubrir la desorganización y la ineficiencia es no llevando el control de lo que hace cada hombre, no controlar y medir su trabajo con rigor, pidiendo siempre más hombres. Y esa es una buena brigada, ¡se lo advierto!, con muy buenos cuadros. Allí a los obreros se les han dado facilidades: uniformes especiales, botas especiales de trabajo, alimentación especial. Cuando supe de 16 000, dije: No, se las tienen que arreglar con 12 000, ¡con 12 000! Si, además, los obreros de la construcción están trabajando más de ocho horas. No se puede encubrir la ineficiencia y la desorganización con más hombres y más hombres, porque después son 20 000 y después 25 000, cuando llegan los momentos picos.

Estoy mencionando algunos tipos de problemas, y estoy hablando de una buena brigada y de magníficos constructores, con los cuales tengo ciertos compromisos —yo los tengo con ellos y ellos los tienen conmigo—, por los esfuerzos que hemos hecho de mejorar sus condiciones de vida en general.

Hay muchas veces la tendencia, en vez de ir a pedirle al trabajador: «Haga un esfuerzo mayor, cumpla con su deber» —es decir trabajo político y organizativo—, de andar inventando cosas, solicitar más gente; es más fácil, pero mucho más costoso para el país. Se nos acaban los recursos, no podríamos darles entonces el uniforme especial y los zapatos especiales si ocurriera eso en este caso que mencioné.

Hay cosas de estas sobre las que medito. No hace mucho leí en un periódico los problemas de la textilera de Santiago de Cuba —de lo cual hablé ya en el Congreso—, una gran textilera, con capacidad de producción de 80 millones de metros cuadrados. Recientemente hubo una reunión allí en la textilera, se reunieron distintas partes, del Partido, del Estado, y lo que leí en el periódico un poco me asombraba, porque decían: Hay que resolver tales y más cuales problemas para lograr tenerla a plena capacidad, porque no hay suficiente estabilidad en la fuerza de trabajo; hay que garantizar más recreación, qué sé yo, cosas culturales; construir muchas más viviendas, garantizar las posibilidades de estudios superiores. No sé cuántas cosas garantizaban; y al final, un compañero declaró —lo vi en el periódico—: «Es

muy difícil alcanzar esta meta para 1990, vamos a tratar de alcanzarla, pero es muy difícil».

Me pregunto yo: si esta textilera estuviera en Brasil, ¿qué pasaría?, allí donde hay tantos desempleados, tanta gente pasando hambre, tantos problemas sociales. ¿Harían falta allí tantas cosas y tantas promesas para que produjera la textilera al 100%? ¿Así se construye el socialismo? ¿Creemos que así se puede construir el socialismo? ¿Y no hay ninguna apelación al deber de los trabajadores, no hay ninguna apelación a la obligación de los jóvenes?, decirles: Este es un país subdesarrollado que tiene que desarrollarse; no puede ser a base de ofrecerles pajarito volando, todo, para que funcione una fábrica. Hay que saber llamar a los jóvenes y a los trabajadores a su deber, y decirles: ¡Produzcan!; y decirles a los trabajadores: ¡Estabilícense, alcancen los parámetros de producción, trabajen, que primero tiene que venir la producción y después las maravillas!, que la Revolución ha hecho grandes esfuerzos por garantizarles empleo a todos los jóvenes, pero somos un país subdesarrollado, frente al imperialismo y bloqueado por el imperialismo. No es solo a base de promesas, hay que llamar al deber, ¡a todos!

Creo que un día como hoy también tenemos que mencionar estas cuestiones; porque para tener muchas cosas que hoy están a nuestro alcance, se ha luchado, se ha derramado la sangre y se han hecho muchos sacrificios, y, al parecer, algunos ni lo saben, o no se han dado por enterado y no saben en qué mundo están viviendo.

No se trata de venir aquí solo a exaltar nuestras glorias pasadas, a rendir tributo a los caídos; a los caídos no se les rinde tributo en una o dos horas, en un minuto o un segundo, o en un día cada 25 años, o cada año. ¡A los caídos, a los que se sacrificaron por la Revolución, generación tras generación, hay que rendirles tributo todos los días, cada hora, cada minuto y cada segundo!

¿Qué les vamos a decir a las madres que han perdido a sus hijos, qué les vamos a decir a las mujeres que han perdido a sus esposos, qué les vamos a decir a los hijos que han perdido a sus padres o a sus abuelos en la lucha revolucionaria —porque aquí veo a niños de 6, 8 y 10 años, familiares de los caídos? ¿Les vamos a decir acaso que si no tengo una casa al lado de la fábrica no voy, no trabajo en la fábrica?

Mientras no se puedan hacer las casas —y aunque sea muy justo hacer las casas al lado de la fábrica—, si necesitamos tela y tenemos, por ejemplo, en La Habana la Hilandería de Balance, que puede hacer hasta 15 000 toneladas de hilaza para nuestras textileras, ¡ah!, no hay suficiente estabilidad en la fuerza de trabajo; hay que hacer casas, esperaremos a que tengamos todas las casas allí en la esquina. Con casas solo no se resuelve, porque después pueden tener la casa y se van para otro trabajo.

Creo que los problemas hay que resolverlos también con moral, con honor, con principios, y es necesario apelar —y sería demagógico no hacerlo— al sentido del deber de nuestros compatriotas y de nuestros trabajadores.

Claro está que fue una mala planificación el hacer la textilera y no hacer un número de viviendas mayor, próximas a la fábrica, conociendo estos problemas; pero tampoco la Revolución tiene recursos para resolverlo todo de una sola vez.

Creo que estas son debilidades —a las que me estoy refiriendo—, todas las que he mencionado aquí. Ese es nuestro enemigo ahora, esos son los que están haciendo el trabajo de los mercenarios, todos esos que buscan privilegios, prebendas, desvían recursos, que quieren embolsillarse dinero que no han ganado con el sudor de su frente, haciendo chanchullos y haciendo especulaciones. De todo eso hay en la viña del Señor. No son mayoría ni mucho menos; pero tenemos el deber de combatirlos, porque esas minorías pueden hacer esas cosas solo cuando la mayoría fuera pasiva, indolente y no tuviera un espíritu crítico. Y conozco el espíritu crítico de nuestro pueblo, conozco las cualidades de nuestro pueblo.

Esta lucha va ser larga, y no va a ser de un quinquenio, toda la vida tenemos que estar luchando contra esta tendencia, porque siempre hay dos bandos, lo dijo Martí: los que construyen y los que destruyen. Hay un gran bando numeroso, que construye; pero están los del otro bando, donde se ubican los inconscientes, los indolentes, los irresponsables. Y no tiene que ser un contrarrevolucionario, ¡hay algunos que no se dan cuenta de que esa es una forma de hacer el papel de mercenarios!

Nosotros tenemos que apelar al honor y a la dignidad de nuestros compatriotas, de lo cual han dado prueba tan elevada en la historia.

Creo que esto es algo muy propio de un día como hoy. Todo lo que hemos dicho, todo lo que hemos recordado, nos refleja también el mundo en

que vivimos; todo lo que hablé de los métodos hitlerianos del señor Reagan nos está enseñando, por ejemplo, que no son inútiles los esfuerzos que lleva a cabo nuestro país para su defensa.

Sabemos que en medio de las necesidades de escuelas —que hay escuelas viejas, algunas en condiciones malas, sobre todo primarias—, que faltan viviendas, que nos faltan centros deportivos y culturales, que nos faltan muchas cosas de todas esas cosas que queremos, tenemos que invertir todos los años cientos de millones en fortificaciones, en medidas defensivas; tenemos que dedicar decenas de millones de horas de trabajo en preparar al pueblo. Todo eso cuesta energía, esfuerzo; son esfuerzos que tenemos que quitárselo al trabajo productivo para dedicarlos a la preparación militar; cientos de miles de toneladas de cemento, de acero, de materiales de todas clases, y el esfuerzo de incontables trabajadores, tenemos que invertir todos los años en eso, en defendernos. ¡Es otro precio que nos cobra el imperialismo!

Hoy, con motivo de esta efemérides y relacionada con estas meditaciones, vemos cuánta razón tenemos en preparar al pueblo para la lucha. Porque fuimos fuertes, nos liberamos de una guerra terrible, hace 25 años. Luego, otra lección de Girón: ¡Hay que ser fuertes para librarnos, tal vez, de una guerra terrible! ¡En la medida en que seamos fuertes, en que seamos eficientes, en que seamos trabajadores, en que sepamos cumplir con todos nuestros deberes, ayudaremos a evitar la agresión imperialista! Porque los imperialistas saben, son oportunistas: allí donde hay debilidad, atacan; allí donde hay fortaleza, se moderan. Y un pueblo no es solo fuerte por su patriotismo, por las armas que tenga, sino por su comportamiento en general.

Ya quisieran los imperialistas que estos problemas y vicios a que nos hemos referido se multipliquen, porque saben que nos debilitamos, porque saben que seríamos menos fuertes para resistir.

Luego, el patriotismo nos obliga no solo a entrenarnos, a formar parte de una unidad de combate y a manejar las armas, sino a cumplir con todos nuestros deberes todos los días de nuestras vidas.

La Revolución ha marchado, ha avanzado mucho, ha alcanzado grandes éxitos; pero se equivocan los que crean que las nuevas generaciones no tienen tareas iguales o mayores que las que tuvo la generación de Girón, o las que le precedieron. ¡Se equivocan!, la lucha será larga, dura y durante mucho tiempo. Estos 25 años nos lo enseñan, la relación de crímenes impe-

rialistas nos lo demuestra, porque tenemos un imperialismo cada vez más agresivo, más arrogante, más prepotente.

Este es un desafío para el mundo entero, para todas las fuerzas revolucionarias, para todos los países socialistas, para todas las fuerzas democráticas y progresistas del mundo: esfuerzo grande, lucha grande. Nadie crea que ya una generación lo hizo todo; una generación hizo una parte, y si cabe, una pequeña parte. Las nuevas generaciones tienen que hacer mucho, y las que vengan detrás tendrán también que hacer mucho. Esas son las realidades.

A estas realidades son a las que yo quiero traer la conciencia de nuestros compatriotas, un día como hoy, que meditemos y que podamos decirles a nuestros héroes, a nuestros mártires, a los que tuvieron que sufrir por el sacrificio más que otros, que no permitiremos jamás que el fruto de sus esfuerzos sea mancillado, que el fruto de su sacrificio se malverse o se despilfarre; que lucharemos con la misma valentía, con el mismo tesón, con la misma firmeza que en Girón; que lucharemos tenazmente y sin tregua contra todo lo que todavía debilite la Revolución.

Y frente a los enemigos externos y al peligro que nos aceche desde el exterior, decirles también a nuestros héroes y mártires, a los que dieron todo por la Revolución o a los que por su sacrificio llevaron el dolor a sus seres más queridos, que la Revolución no solo sabrá defenderse de las debilidades, de sus propias debilidades, sabrá defenderse también de sus enemigos exteriores; que a este país jamás regresará el capitalismo, que este país jamás volverá a ser propiedad imperialista. Decirles, en fin, como ya expresara en frase inmortal Antonio Maceo, que quien intente apropiarse de Cuba recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre, si es que no perece en la contienda.

¡Patria o Muerte!

¡Venceremos!

15. EL INTERNACIONALISMO CUBANO Y EL DERRUMBE DEL CAMPO SOCIALISTA

LA HABANA, 7 DE DICIEMBRE DE 1989

En el acto de duelo por los internacionalistas cubanos caídos durante el cumplimiento de misiones civiles y militares en África y en otras partes del mundo, celebrado en El Cacahual, Fidel Castro habló sobre el inminente derrumbe de la Unión Soviética y el impacto que tendría en Cuba.

Compañero presidente José Eduardo Dos Santos y demás invitados;
Familiares de los caídos;
Combatientes;
Compatriotas:

Fue siempre de profunda significación para todos los cubanos la fecha memorable en que cayó, junto a su joven ayudante, el más ilustre de nuestros soldados, Antonio Maceo. Sus restos yacen aquí, en este sagrado rincón de la patria.

Al escoger esta fecha para dar sepultura a los restos de nuestros heroicos combatientes internacionalistas caídos en diversas partes del mundo, fundamentalmente en África, de donde vinieron los antepasados de Maceo y una parte sustancial de nuestra sangre, el 7 de diciembre se convertirá en día de recordación para todos los cubanos que dieron su vida no solo en defensa de su patria, sino también de la humanidad. De este modo, el patriotismo y el internacionalismo, dos de los más hermosos valores que ha sido capaz de crear el hombre, se unirán para siempre en la historia de Cuba.

Quizás no lejos de este mismo sitio se levante un día un monumento en honor a todos.

A esta hora, simultáneamente en todos los rincones de Cuba de donde procedían, se da sepultura a los restos de los internacionalistas que cayeron en el cumplimiento de su noble y gloriosa misión.

Creía el enemigo imperialista que ocultaríamos las bajas en Angola, la misión más prolongada y compleja que cumplió ya 14 años, como si fuera una deshonra o una mancha para la Revolución. Soñaron durante mucho tiempo que fuera inútil la sangre derramada, como si pudiera morir en vano quien muere por una causa justa. Mas si solo la victoria fuese el vulgar rasero para medir el valor del sacrificio de los hombres en sus justas luchas, ellos regresaron además con la victoria.

Los espartanos decían: Con el escudo o sobre el escudo. Nuestras tropas victoriosas regresaron con el escudo.

Mas no es nuestra intención en este solemne instante vanagloriarnos de nuestros éxitos, ni humillar a nadie, ni siquiera a los que fueron nuestros adversarios. Nuestro país no buscaba glorias ni prestigios militares. Siempre se aplicó rigurosamente el principio de alcanzar los objetivos con el menor sacrificio de vidas posibles; para ello se requería ser fuertes, actuar con el máximo de sangre fría y estar siempre, como siempre estuvimos, dispuestos a todo.

Cada combatiente sabía que detrás de él estaba el país entero; sabía también que la vida y la salud de cada uno de ellos era preocupación constante de todos nosotros.

Cuando la política y la diplomacia fueron factores asequibles para alcanzar los objetivos finales, no se dudó un instante en utilizar las vías políticas y diplomáticas, y, aunque se actuó siempre con toda la firmeza necesaria, en ningún instante durante el proceso negociador se nos escuchó una palabra de arrogancia, prepotencia o alarde. Supimos ser flexibles cuando la flexibilidad era conveniente y justa.

La última etapa de la guerra en Angola fue la más difícil. Ella requirió de toda la determinación, la tenacidad y el espíritu de lucha de nuestro país en apoyo a nuestros hermanos angolanos.

En el cumplimiento de ese deber de solidaridad no solo con Angola, sino con nuestros propios combatientes que allí luchaban en condiciones difíciles, la Revolución no vaciló en arriesgarlo todo. Cuando las amenazas

imperialistas contra nuestra propia patria eran muy grandes, no vacilamos en enviar al Frente Sur de la República Popular de Angola muchos de nuestros más modernos y mejores medios de combate. Más de cincuenta mil combatientes cubanos se reunieron entonces en aquella nación hermana, cifra verdaderamente impresionante si se tiene en cuenta la distancia a recorrer, el tamaño y los recursos de nuestro país. Fue una verdadera hazaña de nuestras gloriosas Fuerzas Armadas Revolucionarias y de nuestro pueblo. Pocas veces se ha escrito una página igual de altruismo y solidaridad internacional.

Por eso apreciamos tanto la presencia de José Eduardo Dos Santos en este acto. Fue un gesto absolutamente espontáneo. «Quiero estar con ustedes en ese momento», nos dijo. Del mismo modo espontáneo, Etiopía, la SWAPO y otros países y organizaciones revolucionarias quisieron estar con nosotros tan pronto tuvieron noticias, hace apenas unos días, de que hoy daríamos sepultura en nuestra patria a los internacionalistas caídos en África y en otras tierras del mundo.

Hay acontecimientos históricos que nada ni nadie podrá borrar. Hay ejemplos revolucionarios que los mejores hombres y mujeres de las futuras generaciones, dentro y fuera de nuestra patria, no podrán olvidar. Este es uno de ellos, mas no nos corresponde a nosotros evaluarlo, de ello se encargará la historia.

No podemos olvidar ni por un instante que nuestros camaradas de armas fueron los heroicos combatientes de las Fuerzas Armadas Angolanas. Ellos ofrendaron la vida de decenas de miles de los mejores hijos de ese extraordinario pueblo. La unidad y la cooperación más estrecha entre ellos y nosotros hicieron posible la victoria.

También tuvimos el honor de combatir junto a los valerosos hijos de Namibia, a los patriotas de Guinea Bissau y a los insuperables soldados etíopes. Años antes, en los días difíciles de Argelia, recién conquistada la independencia, nuestros combatientes internacionalistas estuvieron a su lado, como estuvieron también más tarde junto a Siria, otro hermano país árabe víctima de la agresión exterior, que solicitó nuestra cooperación.

No hubo causa justa del África que no contara con el apoyo de nuestro pueblo. Che Guevara, acompañado de un grupo numeroso de revolucionarios cubanos, combatió contra mercenarios blancos al este del actual Zaire, y hoy, en la República Saharauí, médicos y maestros prestan sus generosos y desinteresados servicios a ese pueblo en combate por su libertad.

Todos los países mencionados eran ya o son hoy independientes, y los que aún no lo son lo serán más tarde o más temprano.

En breves años se escribió una brillante página de solidaridad, de la cual nuestro pueblo se siente orgulloso. También en nuestras luchas por la independencia, hombres de muy diversos países combatieron junto a nosotros. El más ilustre de todos, Máximo Gómez, nacido en Santo Domingo, llegó por sus méritos extraordinarios a ser el jefe de nuestro Ejército Libertador. En los años previos a nuestra Revolución, mil cubanos organizados por el primer Partido Comunista combatieron en España defendiendo la República. Ellos escribieron páginas imborrables de heroísmo, que la pluma de Pablo de la Torriente Brau recogió para la historia, hasta que la muerte en combate tronchó la vida del brillante periodista revolucionario.

Así se forjó nuestro gallardo espíritu internacionalista que, con la Revolución socialista, alcanzó sus más altas cumbres.

En todas partes donde estuvieron los internacionalistas cubanos fueron ejemplo de respeto a la dignidad y la soberanía del país. La confianza ganada en el corazón de esos pueblos no es casual, fue fruto de su intachable conducta. Por ello, en todas partes quedó el recuerdo de nuestro ejemplar desinterés y altruismo.

Un destacado dirigente africano expresó un día en una reunión de líderes de la región: «Los combatientes cubanos están dispuestos a sacrificar sus vidas por la liberación de nuestros países y, a cambio de esa ayuda a nuestra libertad y el progreso de nuestra población, lo único que se llevarán de nosotros son los combatientes que cayeron luchando por la libertad». Un continente que conoció siglos de explotación y saqueo, supo apreciar en toda su magnitud el desinterés de nuestro gesto internacionalista.

Hoy regresan victoriosas nuestras tropas aguerridas. Caras alegres, felices, orgullosas, de madres, esposas, hermanos, hijos y de todo el pueblo, los reciben con calor y emoción. Se alcanzó la paz con honor y se alcanzaron con creces los frutos del sacrificio y el esfuerzo. Hoy no perturba nuestros sueños la constante inquietud por la suerte de nuestros hombres en combate a miles de kilómetros de su tierra.

Creía el enemigo que el regreso de los combatientes constituiría un problema social por la imposibilidad de asignarles empleo. Gran parte de estos hombres, además de los cuadros militares, tenían en su patria un empleo y a ellos regresan o a otros mejores. Ni uno solo ha quedado en el olvido; muchas veces antes de regresar a la patria conocían ya cuál sería su tarea.

De aquellos jóvenes del Servicio Militar que recién salidos de las escuelas de enseñanza media solicitaron voluntariamente el honor de cumplir misión internacionalista en Angola, ni uno solo ha tenido que esperar para ocupar un lugar digno en las aulas de estudio o entre las filas de nuestro pueblo trabajador.

Nuestra patria trabaja intensamente en ambiciosos programas de desarrollo económico y social, no se guía por las leyes irracionales del capitalismo y tiene un sitio en el estudio, la producción o los servicios para cada hijo del país.

Ningún familiar allegado de los que cayeron en cumplimiento de la misión, o sufrieron lesiones graves, quedó en el olvido. Ellos recibieron, reciben y recibirán toda la atención y la consideración a que los hizo acreedores el noble sacrificio de sus seres queridos y su propia conducta abnegada, desinteresada y generosa hasta el heroísmo.

Los cientos de miles de cubanos que cumplieron misiones internacionalistas militares o civiles, contarán siempre con el respeto de las presentes y futuras generaciones. Ellos multiplicaron muchas veces las gloriosas tradiciones combativas e internacionalistas de nuestro pueblo.

La patria que encuentran a su regreso está enfrascada en una titánica lucha por el desarrollo, a la vez que continúa enfrentándose con ejemplar dignidad al criminal bloqueo del imperialismo, a lo que se viene a sumar ahora la crisis surgida en el campo socialista, de la que solo podemos esperar consecuencias negativas en el terreno económico para nuestro país.

No es precisamente sobre la lucha antimperialista ni sobre los principios del internacionalismo que se habla hoy en la mayoría de esos países. Ni siquiera esas palabras se mencionan en su prensa. Tales conceptos están virtualmente borrados allí del diccionario político. En cambio, los valores del capitalismo están cobrando inusitada fuerza en esas sociedades.

Capitalismo significa intercambio desigual con los pueblos del Tercer Mundo, exacerbación del egoísmo individual y del chovinismo nacional, el imperio de la irracionalidad y la anarquía en la inversión y la producción, sacrificio despiadado de los pueblos a leyes ciegas en la economía, el imperio del más fuerte, la explotación del hombre por el hombre, el sálvese quien pueda. El capitalismo en el orden social implica muchas cosas más: prostitución, droga, juego, mendicidad, desempleo, desigualdades abismales entre los ciudadanos, agotamiento de los recursos naturales, envene-

namiento de la atmósfera, de los mares, de los ríos, de los bosques y, de modo especial, saqueo de las naciones subdesarrolladas por los países capitalistas industrializados. En el pasado significó colonialismo y en el presente la neocolonización de miles de millones de seres humanos mediante métodos económicos y políticos más sofisticados, pero también menos costosos, más efectivos y despiadados.

El capitalismo, su economía de mercado, sus valores, sus categorías y sus métodos no pueden ser jamás los instrumentos para sacar al socialismo de sus actuales dificultades y rectificar los errores que hubieran podido cometerse. Buena parte de esas dificultades surgieron no solo de los errores, sino también del bloqueo riguroso y del aislamiento a que fueron sometidos los países socialistas por parte del imperialismo y las grandes potencias capitalistas que monopolizaban casi todas las riquezas y las tecnologías más avanzadas del mundo, producto del saqueo de las colonias, la explotación de su clase obrera y el robo masivo de cerebros a países que estaban por desarrollarse.

Guerras devastadoras, que costaron millones de vidas y la destrucción de la inmensa mayoría de los medios productivos acumulados, fueron desatadas contra el primer Estado socialista. Como ave fénix, este tuvo que surgir más de una vez de sus cenizas y prestó servicios tales a la humanidad como derrocar al fascismo e impulsar decisivamente el movimiento de liberación de los países todavía colonizados. Todo eso se quiere olvidar hoy.

Es repugnante que muchos se dediquen ahora, en la propia URSS, a negar y destruir la hazaña histórica y los méritos extraordinarios de ese heroico pueblo. Esa no es forma de rectificar y superar los incuestionables errores cometidos en una revolución que nació de las entrañas del autoritarismo zarista, en un país inmenso, atrasado y pobre. No es posible tratar de cobrarle ahora a Lenin el precio de haber hecho la revolución más grande de la historia en la vieja Rusia de los zares.

Por ello nosotros no hemos vacilado en impedir la circulación de ciertas publicaciones soviéticas que están cargadas de veneno contra la propia URSS y el socialismo. Se percibe que detrás de ellas está la mano del imperialismo, la reacción y la contrarrevolución. Ya algunas de esas publicaciones han comenzado a demandar el cese del tipo de relaciones comerciales equitativas y justas que se han creado entre la URSS y Cuba en el transcurso del proceso revolucionario cubano. En dos palabras: que la URSS comience

a practicar con Cuba el intercambio desigual, vendiendo cada vez más caro y comprando cada vez más barato nuestros productos agrícolas y materias primas, lo mismo que Estados Unidos hace con los países del Tercer Mundo o, en último término, que la URSS se sume al bloqueo yanqui contra Cuba.

La destrucción sistemática de los valores del socialismo, el trabajo de zapa llevado a cabo por el imperialismo, unido a los errores cometidos, han acelerado el proceso de desestabilización de los países socialistas en Europa oriental. La política diferenciada con cada país y la idea de minar desde dentro al socialismo, fue la estrategia largo tiempo elaborada y aplicada por Estados Unidos.

El imperialismo y las potencias capitalistas no pueden disimular su euforia ante los acontecimientos. Están persuadidos, no sin fundamento, de que a estas horas el campo socialista virtualmente ya no existe. En algunos de esos países de Europa oriental hay actualmente equipos completos de norteamericanos, incluyendo asesores del presidente de Estados Unidos, programando el desarrollo capitalista. En días recientes, un cable trajo la noticia de que estaban fascinados por la excitante experiencia. Uno de ellos, funcionario, por cierto, del gobierno norteamericano, se mostraba partidario de aplicar en Polonia un plan similar al del *New Deal*, con el que Roosevelt trató de mitigar la gran crisis del capitalismo, para socorrer a los 600 000 trabajadores polacos que se quedarán sin trabajo en 1990, y a la mitad de los 17,8 millones de trabajadores con que cuenta el país, que deberá recalificarse y cambiar de empleo, como consecuencia del desarrollo de una economía de mercado.

El imperialismo y las potencias capitalistas de la OTAN están persuadidos, y no sin fundamento, de que a estas horas el Pacto de Varsovia ya tampoco existe y no es más que una ficción; que sociedades corroídas y minadas desde dentro serían incapaces de resistir.

Se ha proclamado que el socialismo debía perfeccionarse. Nadie puede oponerse a este principio que es inherente y de constante aplicación a toda obra humana. ¿Pero es acaso abandonando los más elementales principios del marxismo-leninismo que puede perfeccionarse el socialismo? ¿Por qué las llamadas reformas tienen que marchar en un sentido capitalista? Si tales ideas tuviesen un carácter revolucionario, como algunos pretenden, ¿por qué reciben el apoyo unánime y exaltado de los dirigentes del imperialismo?

En insólita declaración, el presidente de Estados Unidos se calificó a sí mismo como defensor número uno de las doctrinas que actualmente se aplican en muchos países del campo socialista.

Jamás en la historia una idea verdaderamente revolucionaria habría recibido el apoyo entusiasta del jefe del imperio mas poderoso, agresivo y voraz que ha conocido la humanidad.

Nosotros, a raíz de la visita del compañero Gorbachov a Cuba en abril de este año, ocasión en que sostuvimos profundos y sinceros intercambios, expresamos públicamente ante la Asamblea Nacional nuestro criterio de que debía respetarse el derecho de cualquier país socialista a construir el capitalismo si así lo deseaba, del mismo modo que exigimos el más estricto respeto al derecho de cualquier país capitalista a construir el socialismo.

Consideramos que la revolución no se puede importar ni exportar; un Estado socialista no se puede fundar por inseminación artificial o simple trasplante de embriones. La revolución necesita las condiciones propicias para ello en el seno de la propia sociedad, y solo cada pueblo puede ser su propio creador. Estas ideas no están reñidas con la solidaridad que los revolucionarios pueden y deben brindarse entre sí. La revolución es, igualmente, un proceso en que se puede avanzar o retroceder; que, incluso, se puede frustrar. Pero un comunista, ante todo, tiene que ser valiente y revolucionario. El deber de los comunistas es luchar en cualquier circunstancia, por adversa que sea. Los comuneros de París supieron luchar y morir defendiendo sus ideas. Las banderas de la revolución y el socialismo no se entregan sin combatir. Rendirse es de cobardes y de gente desmoralizada, no de comunistas ni de revolucionarios.

El imperialismo hoy invita a los países socialistas de Europa a convertirse en receptores de sus excedentes de capital, desarrollar el capitalismo y participar en el saqueo de los países del Tercer Mundo.

Es sabido que una gran parte de las riquezas del mundo capitalista desarrollado proviene del intercambio desigual con esos países. Durante siglos los saquearon como simples colonias, esclavizaron a cientos de millones de sus hijos, y en muchas ocasiones agotaron sus reservas de oro, plata y otros minerales, los explotaron despiadadamente y les impusieron el subdesarrollo. Esta fue la consecuencia más directa y patente del colonialismo. Hoy los esquilman mediante los intereses de una deuda infinita e impagable, les arrancan sus productos básicos a precios miserables, les

exportan sus productos industriales cada vez a mayores precios, les sustraen constantemente los recursos financieros y humanos mediante la fuga de capitales y cerebros, les bloquean el comercio mediante *dumping*, tarifas arancelarias, cuotas de importación, productos sintéticos sustitutivos salidos de su alta tecnología y subsidian a las propias producciones cuando no son competitivas.

Ahora el imperialismo quiere que los países socialistas de Europa se sumen a ese colosal saqueo, lo que parece no disgustar en absoluto a los teóricos de las reformas capitalistas. De ahí que en muchos de esos países nadie hable de la tragedia del Tercer Mundo y las multitudes descontentas sean orientadas hacia el capitalismo y el anticomunismo, y en uno de ellos hacia el pangermanismo. Tal evolución de los acontecimientos puede conducir incluso a corrientes fascistas. El premio que el imperialismo les promete es una cuota en el saqueo de nuestros pueblos, única forma de erigir sociedades capitalistas de consumo.

A Estados Unidos y a las potencias capitalistas les interesa ahora mucho más invertir en Europa oriental que en cualquier otra área del planeta. ¿Qué recursos puede esperar el Tercer Mundo, donde viven en condiciones infrahumanas miles de millones de personas, de tal evolución de los acontecimientos?

Se nos habla de paz. ¿Pero de qué paz se trata? ¿De la paz entre las grandes potencias, mientras el imperialismo se reserva el derecho a intervenir abiertamente y a agredir a los países del Tercer Mundo? Ejemplos tenemos de sobra.

El gobierno imperialista de Estados Unidos exige que nadie ayude a los revolucionarios salvadoreños y trata de chantajear a la URSS demandándole nada menos que cese todo suministro de ayuda económica y militar a Nicaragua y a Cuba, porque somos solidarios con los revolucionarios salvadoreños, aunque cumplimos estrictamente con nuestras obligaciones en relación con el armamento que suministra la URSS, de conformidad con los convenios suscritos entre naciones soberanas. Por su parte, ese mismo gobierno imperialista que exige el cese de toda solidaridad con los revolucionarios salvadoreños, ayuda al gobierno genocida y envía unidades especiales de combate a El Salvador, sostiene a la contrarrevolución en Nicaragua, organiza golpes de Estado en Panamá y el asesinato de dirigentes de ese país, ayuda militarmente a la UNITA en Angola, a pesar de los exitosos

acuerdos de paz en África sudoccidental, y continúa suministrando grandes cantidades de armas a los rebeldes de , sin tomar en cuenta para nada la retirada de las tropas soviéticas y los acuerdos de Ginebra.

Hace apenas unos días aviones de guerra de Estados Unidos intervinieron descaradamente en el conflicto interno de Filipinas. Independientemente de las motivaciones justas o injustas de los sublevados, que no nos corresponde a nosotros juzgar, la intervención de Estados Unidos en ese país adquiere extrema gravedad y es reflejo fiel de la situación actual del mundo. Ese es el papel de gendarme que Estados Unidos se reserva no ya solo para América Latina, a la que consideró siempre su patio trasero, sino para cualquier país del Tercer Mundo.

La consagración del principio de intervención universal por una gran potencia es el fin de la independencia y la soberanía en el mundo. ¿Qué paz y seguridad es la que espera a nuestros pueblos, como no sea la que nosotros mismos seamos capaces de conquistar con nuestro heroísmo?

Es magnífico que desaparezcan las armas nucleares. Si ello no fuera más que una utopía y lograra alcanzarse algún día, sería de incuestionable beneficio e incrementaría la seguridad, pero solo para una parte de la humanidad. Eso no le daría paz, ni seguridad, ni esperanza, a los países del Tercer Mundo.

El imperialismo no necesita armas nucleares para agredir a nuestros pueblos. Sus poderosas flotas distribuidas por el mundo, sus bases militares en todas partes y sus armas convencionales, cada vez más sofisticadas y mortíferas, son suficientes para cumplir su papel de dueño y gendarme del mundo.

Además, en nuestro mundo mueren cada día cuarenta mil niños que pudieran salvarse y no se salvan por el subdesarrollo y la pobreza. Como hemos dicho otras veces, y no está de más repetirlo hoy, es como si cada tres días estallara entre los niños pobres del mundo una bomba similar a las de Hiroshima y Nagasaki.

Si los acontecimientos siguen su actual curso, si no se exige a Estados Unidos la renuncia a estas concepciones, ¿de qué nuevo pensamiento puede hablarse? Por esa vía, el mundo bipolar que conocimos en la posguerra se transformará, inexorablemente, en un mundo unipolar bajo la hegemonía de Estados Unidos.

En Cuba llevamos a cabo nuestro proceso de rectificación. Sin un Partido fuerte, disciplinado y respetado, es imposible desarrollar una revolución o una rectificación verdaderamente socialista. No es posible llevar a cabo semejante proceso calumniando al socialismo, destruyendo sus valores, desprestigiando al Partido, desmoralizando la vanguardia, renunciando a su papel dirigente, liquidando la disciplina social, sembrando el caos y la anarquía en todas partes. Así se puede promover una contrarrevolución, pero no cambios revolucionarios.

El imperialismo yanqui piensa que Cuba no podrá resistir y que la nueva situación surgida en el campo socialista le permitirá doblegar inexorablemente a nuestra Revolución.

Cuba no es un país donde el socialismo llegó tras las divisiones victoriosas del Ejército Rojo. En Cuba, el socialismo lo forjamos los cubanos en auténtica y heroica lucha. Treinta años de resistencia al más poderoso imperio de la tierra que quiso destruir a nuestra Revolución, dan testimonio de nuestra fortaleza política y moral.

Los que estamos en la dirección del país no somos un grupo de advenedizos inexpertos, recién llegados a cargos de responsabilidad. Salimos de las filas de los viejos luchadores antimperialistas de la escuela de Mella y de Guiteras, de las filas del Moncada y del *Granma*, de la Sierra Maestra y de la lucha clandestina, de Girón y de la Crisis de Octubre, de 30 años de resistencia heroica a la agresión imperialista, de grandes hazañas laborales y de gloriosas misiones internacionalistas. Hombres y mujeres de tres generaciones cubanas se reúnen y asumen responsabilidades en nuestro aguerrido Partido, en la organización de nuestra maravillosa vanguardia juvenil, en nuestras poderosas organizaciones de masas, en nuestras gloriosas Fuerzas Armadas Revolucionarias y en nuestro Ministerio del Interior.

En Cuba, Revolución, socialismo e independencia nacional, están indisolublemente unidos.

A la Revolución y al socialismo, debemos hoy todo lo que somos. Si a Cuba regresara alguna vez el capitalismo, nuestra independencia y soberanía desaparecerían para siempre, seríamos una prolongación de Miami, un simple apéndice del imperio yanqui, el cumplimiento de aquella repugnante profecía de un presidente de Estados Unidos en el siglo pasado cuando pensaban anexar nuestra isla y dijo que esta caería en manos de ese país como una fruta madura. Para impedirlo hoy, mañana y siempre, habrá todo un

pueblo dispuesto a morir. De nuevo cabe repetir aquí ante su propia tumba la frase inmortal de Maceo: «quien intente apropiarse de Cuba recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre, si no perece en la lucha».

Los comunistas cubanos y los millones de combatientes revolucionarios que integran las filas de nuestro heroico y combativo pueblo, sabremos cumplir el papel que nos asigne la historia, no solo como primer Estado socialista en el hemisferio occidental, sino también como inclaudicables defensores en primera línea de la noble causa de los humildes y explotados de este mundo.

Nunca hemos aspirado a que nos entreguen la custodia de las gloriosas banderas y los principios que el movimiento revolucionario ha sabido defender a lo largo de su heroica y hermosa historia, pero si el destino nos asignara el papel de quedar un día entre los últimos defensores del socialismo, en un mundo donde el imperio yanqui lograra encarnar los sueños de Hitler de dominar el mundo, sabríamos defender hasta la última gota de sangre este baluarte.

Estos hombres y mujeres a los que hoy damos honrosa sepultura en la cálida tierra que los vio nacer, murieron por los más sagrados valores de nuestra historia y de nuestra Revolución.

Ellos murieron luchando contra el colonialismo y el neocolonialismo.

Ellos murieron luchando contra el racismo y el *apartheid*.

Ellos murieron luchando contra el saqueo y la explotación de los pueblos del Tercer Mundo.

Ellos murieron luchando por la independencia y la soberanía de esos pueblos.

Ellos murieron luchando por el derecho al bienestar desarrollo de todos los pueblos de la tierra.

Ellos murieron luchando para que no existan hambrientos, mendigos, enfermos sin médicos, niños sin escuelas, seres humanos sin trabajo, sin techo, sin alimento.

Ellos murieron para que no existan opresores y oprimidos; explotadores ni explotados.

Ellos murieron luchando por la dignidad y la libertad de todos los hombres.

Ellos murieron luchando por la verdadera paz y seguridad para todos los pueblos.

Ellos murieron por las ideas de Céspedes y Máximo Gómez.

Ellos murieron por las ideas de Martí y Maceo.

Ellos murieron por las ideas de Marx, Engels y Lenin.

Ellos murieron por las ideas y el ejemplo que la Revolución de Octubre expandió por el mundo.

Ellos murieron por el socialismo.

Ellos murieron por el internacionalismo.

Ellos murieron por la patria revolucionaria y digna que es hoy Cuba.

¡Sabremos ser capaces de seguir su ejemplo!

Para ellos: ¡Gloria eterna!

¡Socialismo o Muerte!

¡Patria o Muerte!

¡Venceremos!

16. LA LLEGADA A CUBA DE LOS RESTOS DEL CHE

SANTA CLARA, 17 DE OCTUBRE DE 1997

En julio de 1997, los restos del Che Guevara y de una parte de los compañeros muertos junto a él en Bolivia, fueron traídos a Cuba y depositados en un memorial construido para ese propósito en la ciudad de Santa Clara. En esa ocasión, justo cuando se celebraba el trigésimo aniversario del asesinato del Che, Fidel pronuncia este emotivo discurso.

Familiares de los compañeros caídos en combate;
Invitados;
Villaclareños;
Compatriotas:

Con emoción profunda vivimos uno de esos instantes que no suelen repetirse.

No venimos a despedir al Che y sus heroicos compañeros. Venimos a recibirlos.

Veo al Che y a sus hombres como un refuerzo, como un destacamento de combatientes invencibles, que esta vez incluye no solo cubanos sino también latinoamericanos que llegan a luchar junto a nosotros y a escribir nuevas páginas de historia y de gloria.

Veo además al Che como un gigante moral que crece cada día, cuya imagen, cuya fuerza, cuya influencia se han multiplicado por toda la tierra.

¿Cómo podría caber bajo una lápida?

¿Cómo podría caber en esta plaza?

¿Cómo podría caber únicamente en nuestra querida pero pequeña Isla?

Solo en el mundo con el cual soñó, para el cual vivió y por el cual luchó hay espacio suficiente para él.

Más grande será su figura cuanta más injusticia, más explotación, más desigualdad, más desempleo, más pobreza, hambre y miseria imperen en la sociedad humana.

Más se elevarán los valores que defendió cuanto más crezca el poder del imperialismo, el hegemonismo, la dominación y el intervencionismo, en detrimento de los derechos más sagrados de los pueblos, especialmente los pueblos débiles, atrasados y pobres que durante siglos fueron colonias de Occidente y fuentes de trabajo esclavo.

Más resaltará su profundo sentido humanista cuantos más abusos, más egoísmo, más enajenación; más discriminación de indios, minorías étnicas, mujeres, inmigrantes; cuantos más niños sean objeto de comercio sexual u obligados a trabajar en cifras que ascienden a cientos de millones; cuanta más ignorancia, más insalubridad, más inseguridad, más desamparo.

Más descollará su ejemplo de hombre puro, revolucionario y consecuente mientras más políticos corrompidos, demagogos e hipócritas existan en cualquier parte.

Más se admirará su valentía personal e integridad revolucionaria mientras más cobardes, oportunistas y traidores pueda haber sobre la tierra; más su voluntad de acero mientras más débiles sean otros para cumplir el deber; más su sentido del honor y la dignidad mientras más personas carezcan de un mínimo de pundonor humano; más su fe en el hombre mientras más escépticos; más su optimismo mientras más pesimistas; más su audacia mientras más vacilantes; más su austeridad, su espíritu de estudio y de trabajo, mientras más holgazanes despilfarren en lujos y ocios el producto del trabajo de los demás.

Che fue un verdadero comunista y hoy es ejemplo y paradigma de revolucionario y de comunista.

Che fue maestro y forjador de hombres como él. Consecuente con sus actos, nunca dejó de hacer lo que predicaba, ni de exigirse a sí mismo más de lo que exigía a los demás.

Siempre que fue necesario un voluntario para una misión difícil, se ofrecía el primero, tanto en la guerra como en la paz. Sus grandes sueños los

supeditó siempre a la disposición de entregar generosamente la vida. Nada para él era imposible, y lo imposible era capaz de hacerlo posible.

La invasión desde la Sierra Maestra a través de inmensos y desprotegidos llanos, y la toma de la ciudad de Santa Clara con unos pocos hombres, dan testimonio entre otras acciones de las proezas de que era capaz.

Sus ideas acerca de la revolución en su tierra de origen y en el resto de Suramérica, pese a enormes dificultades, eran posibles. De haberlas alcanzado, tal vez el mundo de hoy habría sido diferente. Vietnam demostró que podía lucharse contra las fuerzas intervencionistas del imperialismo y vencerlas. Los sandinistas vencieron contra uno de los más poderosos títeres de Estados Unidos. Los revolucionarios salvadoreños estuvieron a punto de alcanzar la victoria. En África el *apartheid*, a pesar de que poseía armas nucleares, fue derrotado. China, gracias a la lucha heroica de sus obreros y campesinos, es hoy uno de los países con más perspectivas en el mundo. Hong Kong tuvo que ser devuelto después de 150 años de ocupación, que se llevó a cabo para imponer a un inmenso país el comercio de drogas.

No todas las épocas ni todas las circunstancias requieren de los mismos métodos y las mismas tácticas. Pero nada podrá detener el curso de la historia, sus leyes objetivas tienen perenne validez. El Che se apoyó en esas leyes y tuvo una fe absoluta en el hombre. Muchas veces los grandes transformadores y revolucionarios de la humanidad no tuvieron el privilegio de ver realizados sus sueños tan pronto como lo esperaban o lo deseaban, pero más tarde o más temprano triunfaron.

Un combatiente puede morir, pero no sus ideas. ¿Qué hacía un hombre del gobierno de Estados Unidos allí donde estaba herido y prisionero el Che? ¿Por qué creyeron que matándolo dejaba de existir como combatiente? Ahora no está en La Higuera, pero está en todas partes, dondequiera que haya una causa justa que defender. Los interesados en eliminarlo y desaparecerlo no eran capaces de comprender que su huella imborrable estaba ya en la historia y su mirada luminosa de profeta se convertiría en un símbolo para todos los pobres de este mundo, que son miles de millones. Jóvenes, niños, ancianos, hombres y mujeres que supieron de él, las personas honestas de toda la tierra, independientemente de su origen social, lo admiran.

Che está librando y ganando más batallas que nunca.

¡Gracias, Che, por tu historia, tu vida y tu ejemplo!

¡Gracias por venir a reforzarnos en esta difícil lucha que estamos librando hoy para salvar las ideas por las cuales tanto luchaste, para salvar la Revolución, la patria y las conquistas del socialismo, que es parte realizada de los grandes sueños que albergaste!

Para llevar a cabo esta enorme proeza, para derrotar los planes imperialistas contra Cuba, para resistir el bloqueo, para alcanzar la victoria, contamos contigo.

Como ves, esta tierra que es tu tierra, este pueblo que es tu pueblo, esta revolución que es tu revolución, siguen enarbolando con honor y orgullo las banderas del socialismo.

¡Bienvenidos, compañeros heroicos del destacamento de refuerzo! ¡Las trincheras de ideas y de justicia que ustedes defenderán junto a nuestro pueblo, el enemigo no podrá conquistarlas jamás! ¡Y juntos seguiremos luchando por un mundo mejor!

¡Hasta la victoria siempre!

17. TOMA DE POSESIÓN DEL PRESIDENTE CHÁVEZ EN VENEZUELA: LA BATALLA DE IDEAS

UNIVERSIDAD DE VENEZUELA, CARACAS, 3 DE FEBRERO DE 1999

Durante la visita a Venezuela para la toma del posesión del presidente Hugo Chávez, Fidel Castro rememoró su visita a ese país, 40 años antes, a pocas semanas del derrocamiento de la dictadura de Batista en Cuba, en enero de 1959. En este discurso, con el que inicia la Batalla de Ideas, Fidel valoró la ofensiva ideológica llevada contra las ideas socialistas, a raíz del derrumbe del bloque socialista europeo.

[...] Iba a decirles que hoy 3 de febrero se cumplen 40 años y 10 días de mi visita a esta universidad, donde nos reunimos en este mismo sitio. Un poco de emoción, como ustedes comprenderán, y sin el melodramatismo de algunas novelas actuales, debo experimentar ante el hecho inimaginable en aquel tiempo de que algún día, después de tantos años, regresaría a este sitio.

Hace unas semanas, en Santiago de Cuba, el 1ro. de enero de 1999, conmemorando el cuarenta aniversario del triunfo de la Revolución, desde el mismo balcón, del mismo edificio donde hablé aquella vez, el 1ro. de enero de 1959, reflexionaba con el público reunido allí, que el pueblo de hoy no era el mismo pueblo de entonces, porque de los 11 millones de compatriotas que somos en la actualidad, 7 190 000 habían nacido después de aquel día.

Que eran dos pueblos diferentes, y, sin embargo, a la vez, el mismo pueblo eterno de Cuba.

Les recordaba igualmente que los que entonces tenían 50 años, en su inmensa mayoría ya no se encontraban entre nosotros, y los que eran niños tenían ya más de 40 años.

Vean cuántos cambios, cuántas diferencias, y qué particular sentido tenía para nosotros pensar que allí teníamos al pueblo que comenzó una revolución profunda cuando era prácticamente analfabeto, cuando un 30% de los adultos no sabían leer ni escribir y cuando quizás un 50% adicional no hubiese llegado al quinto grado. Tal vez menos; hicimos un cálculo de que entonces, con una población de casi siete millones de habitantes, aquellos que habían rebasado el quinto grado posiblemente no ascendían a más de 250 000 personas, y hoy solo los graduados universitarios ascendían a 600 000, y entre profesores y maestros la cifra alcanzaba casi 300 000.

Les decía a mis compatriotas, en honor del pueblo que había alcanzado su primer gran triunfo hacía 40 años, a pesar de su enorme retraso educacional, que había sido capaz de llevar a cabo y defender una extraordinaria proeza revolucionaria. Algo más: Es posible que por debajo del nivel de educación estuviera incluso su nivel de cultura política. Eran los tiempos del anticomunismo feroz, de los años finales del macartismo, en que por todos los medios posibles aquel vecino poderoso e imperial había tratado de inculcarle a nuestro noble pueblo todas las mentiras y prejuicios posibles, de modo tal que muchas veces me encontraba con un ciudadano común y le hacía una serie de preguntas: Si le parecía que debíamos hacer una reforma agraria; si no sería justo que las familias fueran un día dueñas de sus viviendas, por las cuales a veces pagaban a los grandes casatenientes hasta la mitad de sus salarios; si no le parecía correcto que todos aquellos bancos donde estaba depositado el dinero de los ciudadanos, en vez de ser propiedad de instituciones privadas, fueran propiedad del pueblo para financiar con aquellos recursos el desarrollo del país; si aquellas grandes fábricas, extranjeras en su gran mayoría y algunas también nacionales, fueran del pueblo y produjeran en beneficio del pueblo; así por el estilo, le podía preguntar diez cosas, 15 cosas similares y estaba absolutamente de acuerdo: «Sí, sería excelente».

En esencia, si todos aquellos grandes almacenes comerciales y todos los jugosos negocios que enriquecían únicamente a sus privilegiados dueños

fueran del pueblo y para enriquecer al pueblo, ¿estarías de acuerdo? «Sí, sí», respondía de inmediato. Estaba de acuerdo 100% con cada una de aquellas sencillas propuestas. Y de repente le preguntaba entonces: ¿Estarías de acuerdo con el socialismo? Respuesta: «¿Socialismo? No, no, no, con el socialismo no». Eran tales los prejuicios... Esto ya sin hablar del comunismo, que era una palabra mucho más aterrorizante.

Fueron las leyes revolucionarias las que más contribuyeron a crear en nuestro país una conciencia socialista, y fue ese mismo pueblo, inicialmente analfabeto o semianalfabeto, que tuvo que empezar por enseñar a leer y a escribir a muchos de sus hijos, el que por puros sentimientos de amor a la libertad y anhelo de justicia derrocó la tiranía y llevó a cabo y defendió con heroísmo la más profunda revolución social en este hemisferio.

Apenas dos años después del triunfo, en 1961, logramos alfabetizar alrededor de un millón de personas, con el apoyo de jóvenes estudiantes que se convirtieron en maestros; fueron a los campos, a las montañas, a los lugares más apartados, y allí enseñaron a leer y a escribir hasta a personas que tenían 80 años. Después se realizaron los cursos de seguimiento y se dieron los pasos necesarios, en incesante esfuerzo para alcanzar lo que tenemos hoy. Una revolución solo puede ser hija de la cultura y las ideas.

Ningún pueblo se hace revolucionario por la fuerza. Quienes siembran ideas no necesitan jamás reprimir al pueblo. Las armas, en manos de ese mismo pueblo, son para luchar contra los que desde el exterior intenten arrebatarle sus conquistas.

Perdónenme que haya hablado de este tema, porque no vine aquí a predicar sobre socialismo ni sobre comunismo —no quiero que nadie me malinterprete—, ni vine aquí a proponer leyes radicales ni cosas parecidas; simplemente reflexionaba sobre la experiencia vivida, que nos demostró cuánto valían las ideas, cuánto valía la fe en el hombre, cuánto valía la confianza en los pueblos, lo cual es sumamente importante en una época en que la humanidad se enfrenta a tiempos tan complicados y difíciles.

Desde luego que el día 1ro. de enero de este año en Santiago de Cuba fue justo reconocer, de manera muy especial, que aquella Revolución que había logrado resistir 40 años, que había logrado cumplir ese aniversario sin plegar sus banderas, sin rendirse, era obra fundamentalmente de aquel pueblo que estaba allí, de jóvenes y de hombres y mujeres maduros, que se educaron con la Revolución y fueron capaces de realizar la proeza, escribiendo

páginas de noble y merecida gloria para nuestra patria y nuestros hermanos de América.

Gracias al esfuerzo, podríamos decir, de tres generaciones de cubanos, se obró esa especie de milagro, frente a la potencia más poderosa, al imperio más grande que haya existido jamás en la historia humana, de que el pequeño país pasase una prueba tan dura y saliera victorioso.

Especial reconocimiento, aún mayor, lo tuvimos para aquellos compatriotas que en los últimos 10 años, si queremos con exactitud, en los últimos ocho años, habían sido capaces de resistir el doble bloqueo cuando el campo socialista se derrumba, la URSS se desintegra y aquel vecino quedó como única superpotencia en un mundo unipolar, sin rival en el terreno político, económico, militar, tecnológico y cultural. No estoy calificando la cultura, estoy calificando el poder inmenso con que quieren imponer su cultura al resto del mundo.

No pudo vencer a un pueblo unido, a un pueblo armado de ideas justas, a un pueblo poseedor de una gran conciencia política, porque a eso le damos nosotros la mayor importancia. Resistimos todo lo que hemos resistido y estamos dispuestos a resistir todo el tiempo que haga falta resistir, por las semillas que se habían sembrado a lo largo de aquellas décadas, por las ideas y las conciencias que se desarrollaron en ese tiempo.

Fue nuestra mejor arma y nuestra principal arma, y lo será siempre, aun en la época nuclear. Y ya que la menciono, hasta experiencias relacionadas con armas de ese tipo tuvimos, porque en determinado momento quién sabe cuántas bombas y cuántos cohetes nucleares estaban apuntando contra nuestra pequeña isla en la famosa Crisis de Octubre de 1962. Aun en la época de las armas inteligentes, a pesar de que de vez en cuando se equivoquen y den a 100 ó a 200 kilómetros del blanco hacia donde estaban dirigidas, pero con un determinado nivel de precisión, siempre la inteligencia del hombre será superior a cualquiera de esas armas sofisticadas.

Se convierte en una cuestión de conceptos cómo hay que luchar, la doctrina de la defensa de nuestro país que hoy se siente más fuerte, porque ha tenido que perfeccionar esos conceptos y hemos llegado a la idea de que al final, un final para los invasores, la lucha sería cuerpo a cuerpo, de hombre a hombre y de mujer a invasor, sea hombre o mujer.

Una batalla más difícil ha sido necesario librar y habrá que seguir librando contra ese poderosísimo imperio, es la lucha ideológica que incesantemente

ha tenido lugar y que ellos arreciaron con todos sus recursos mucho más después del derrumbe del campo socialista cuando nosotros decidimos, firmemente confiados en nuestras ideas, seguir adelante; algo más, seguir solos adelante; y cuando digo solos pienso en entidades estatales, sin olvidar nunca el inmenso e invencible apoyo solidario de los pueblos que siempre nos acompañó, y por ello nos sentimos más obligados a luchar.

Hemos cumplido honrosas misiones internacionalistas. Más de 500 000 compatriotas nuestros han participado en duras y difíciles misiones de ese carácter, hijos de aquel pueblo que no sabía leer ni escribir y alcanzó ese grado tan alto de conciencia como para ser capaz de derramar sudor y hasta su propia sangre por otros pueblos; en dos palabras, por cualquier pueblo del mundo.

A partir de la etapa de período especial que se iniciaba, dijimos: «Nuestro primer deber internacionalista en este momento es defender esta trinchera», la trinchera de la que habló Martí, en las últimas palabras que escribió la víspera de su muerte, cuando dijo que en silencio había tenido que ser el objetivo fundamental de su lucha, porque Martí no solo era muy martiano, sino que era aún más bolivariano que martiano, y ese objetivo que se trazó, según sus palabras textuales, era «impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso».

Fue su testamento político, cuando confiesa el anhelo de su vida: evitar la caída de aquella primera trinchera que tantas veces quisieron ocupar los vecinos del Norte y que aún está y estará allí, con un pueblo dispuesto a luchar hasta la muerte para impedir que caiga esa trinchera de América; un pueblo que sería capaz de defender, incluso, la última, porque quien defiende la última trinchera y no permite que nadie se apodere de ella, desde ese mismo instante ha comenzado a obtener la victoria.

Compañeras y compañeros —permítanme que les llame así—, aquí en este momento somos eso, y creo que también aquí, en este momento, estamos defendiendo una trinchera, y trincheras de ideas, excúsenme por acudir una vez más a Martí, como dijo él, valen más que trincheras de piedra.

De ideas hay que hablar aquí, y vuelvo a lo que decía, que muchas cosas han pasado en estos 40 años; pero lo más trascendental es que un mundo ha cambiado. No es este mundo de hoy en el que me dirijo a ustedes, los que

aquel día no habían nacido y muchos estaban muy lejos de nacer, en nada parecido al de entonces.

Traté de buscar un periódico para ver si había alguna nota de aquel acto en la universidad. Afortunadamente sí conservamos el discurso completo de la Plaza del Silencio. Con aquella fiebre revolucionaria con que bajamos de las montañas, hacía apenas unos días, estábamos hablando de los procesos de liberación en América Latina y poniendo el acento principal en la liberación del pueblo dominicano de las garras de Trujillo. Creo que aquel tema ocupó casi todo el tiempo, o una parte del tiempo de aquel encuentro, con un enorme entusiasmo por parte de todos.

Hoy aquí no se podría hablar de un tema como ese. Es que hoy no existe un pueblo por liberar, hoy no existe un pueblo por salvar; hoy hay un mundo, hoy hay una humanidad por liberar y por salvar, y esa no es la tarea nuestra, es la tarea de ustedes. [...]

Sí, todos tenemos esperanzas de vivir, ¡todos!, en las ideas por las que luchamos y con la convicción de que los que vienen detrás de nosotros serán capaces de llevarlas a cabo; aunque ha de ser —no debe ocultarse— más difícil la tarea de ustedes que la que a nosotros correspondió.

Les decía que estamos viviendo en un mundo muy diferente. Es lo primero que tenemos el deber de comprender; ya explicaba determinadas características políticas. Además, se trata de un mundo globalizado, realmente globalizado, un mundo dominado por la ideología, las normas y los principios de la globalización neoliberal.

La globalización no es, a nuestro juicio, un capricho de nadie, no es, siquiera, un invento de alguien. La globalización es una ley histórica, es una consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas —y excúsenme por emplear esa frase, que todavía quizás asuste a algunos por su autor—, un producto del desarrollo de la ciencia y de la técnica en grado tal, que aun el autor de la frase, Carlos Marx, que tenía una gran confianza en el talento humano, posiblemente no fue capaz de imaginar.

Hay algunas otras cosas que me recuerdan ideas básicas de aquel pensador entre los grandes pensadores. Es que a la mente le viene a uno la idea de que, incluso, lo que concibió como ideal para la sociedad humana, no podría ser realidad jamás —y se ve cada vez con mayor claridad— si no tuviera lugar en un mundo globalizado. Ni por un segundo se le ocurrió pensar que en la pequeñísima islita de Cuba —para citar un ejemplo— pudiera in-

tentarse una sociedad socialista, o la construcción del socialismo, mucho menos al lado de tan poderoso vecino capitalista.

Bueno, sí, lo hemos intentado; algo más, lo hemos hecho y lo hemos podido defender. Y hemos conocido también 40 años de bloqueo, amenazas, agresiones, sufrimientos. [...]

Hemos resistido esa guerra, y, como en toda batalla, lo mismo sea militar que política o ideológica, hay bajas. Existen los que pueden ser confundidos, y lo son, o reblandecidos, o debilitados con la mezcla de las dificultades económicas, las privaciones materiales, la exhibición del lujo de las sociedades de consumo y las podridas ideas bien edulcoradas sobre las fabulosas ventajas de su sistema económico, a partir del mezquino criterio de que el hombre es un animalito que solo se mueve cuando le ponen delante una zanahoria o lo golpean con un látigo. Sobre esa base ellos apoyan toda su estrategia ideológica, podríamos decir.

Hay bajas, pero también, como en todas las batallas y en todas las luchas, en otros se desarrolla la experiencia, se hacen más veteranos los combatientes, multiplican sus cualidades y permiten mantener y elevar la moral y la fuerza necesaria para seguir luchando.

La batalla de las ideas la estamos ganando; sin embargo, el campo de batalla no es nuestra sola islita, aunque en la islita hay que luchar. El campo de batalla hoy es el mundo, está en todas partes, en todos los continentes, en todas las instituciones, en todas las tribunas. Eso es lo bueno que tiene la batalla globalizada. Hay que defender la pequeña islita, y a la vez combatir a todo lo largo y ancho del inmenso mundo que ellos dominan o pretenden dominar. En muchos campos lo dominan casi de manera total; pero no en todos los campos, ni de forma igual, ni en absolutamente todos los países.

Ellos descubrieron armas muy inteligentes; pero los revolucionarios descubrimos un arma más poderosa, ¡mucho más poderosa!: que el hombre piensa y siente. Nos lo enseña el mundo, nos lo enseñan las innumerables misiones internacionalistas que en un terreno u otro hemos cumplido en el mundo.

Bastaría señalar una sola cifra: 26 000 médicos cubanos han participado en ellas [...]

La vida nos ha enseñado, les decía, muchas cosas, y eso es lo que alimenta nuestra fe en los pueblos, nuestra fe en los hombres. No lo leímos en un pequeño libro; lo hemos vivido, hemos tenido el privilegio de vivirlo.

Yo me he extendido un poco en estas primeras ideas, al calor del folleto que se extravió y de los problemas del micrófono, por eso tendré que ser más breve en otros temas.

Sí, es mi deber ser más breve, entre otras cosas, por interés personal: después tengo que revisar qué fue lo que dije aquí, ver si me faltó una coma, un punto, si un dato estaba equivocado. Y les digo que realmente por cada hora de discurso hablado, que puede parecer muy fácil, hacen falta dos y tres horas de revisión, volver a ver. Puede faltar una palabra. Jamás suprimo una idea que haya expresado, pero sí a veces hay que completarla o añadir un concepto complementario, porque no es lo mismo el lenguaje hablado que el lenguaje escrito. Si yo señalo para mi vecino, el que lea eso en un periódico no entiende nada, o no se entiende casi nada; el lenguaje escrito nada más tiene los signos de admiración y las comillas, ni el tono, ni las manos, ni el alma que se pone en las cosas pueden transmitirse por escrito.

Yo he tenido necesidad de descubrir esa diferencia. Y ahora nos cuidamos mucho de transcribir las cosas y revisarlas, porque los temas que se discuten tienen trascendencia, objetivamente, tienen importancia, y, además, porque hay que tener un cuidado en infinidad de cosas que ustedes no se lo imaginan.

En determinado momento, cuando pensaba en el acto que iba a tener con ustedes a las cinco de la tarde, me preguntaba: ¿De qué les hablo a los estudiantes? No puedo mencionar nombres, salvo excepciones; no puedo apenas mencionar países, porque a veces, cuando señalo algo con la mejor buena fe del mundo y como ilustración de una idea, corro el riesgo de que inmediatamente saquen del contexto lo que dije, lo trasmitan por el mundo y crearnos un montón de problemas diplomáticos. Y como tenemos que trabajar unidos en esta lucha global, no se le puede facilitar al enemigo y a sus bien diseñados y eficientes mecanismos de propaganda la realización de su constante tarea de crear confusión y desinformación, que ya es bastante la que han creado, pero no suficiente, ¿comprenden?, no suficiente. Tiene uno que limitarse mucho por esas razones, y por ello les pido perdón.

No hará falta explicar aquí mucho lo que es neoliberalismo. ¿Cómo sintetizar? Bueno, yo diría, por ejemplo, algo: La globalización neoliberal quiere convertir a todos los países, especialmente a todos nuestros países, en propiedades privadas.

¿Qué nos dejarán a partir de sus enormes recursos financieros?, ya que ellos no solo han acumulado inmensas riquezas saqueando y explotando al mundo, sino, incluso, obrando el milagro al que aspiraron los alquimistas de la edad media, convertir el papel en oro, a la vez que fueron capaces de convertir el oro en papel. Y con eso lo compran todo, todo menos las almas, menos —para decirlo con más corrección— la inmensa mayoría de las almas. Compran recursos naturales, fábricas, sistemas completos de comunicaciones, servicios, etcétera, etcétera, etcétera. Hasta tierras están comprando por el mundo, pensando que como son más baratas que en sus propios países es una buena inversión para el futuro.

Me pregunto: ¿Qué nos quieren dejar después de convertirnos prácticamente en ciudadanos de segunda clase, parias —sería mejor decir— en nuestros propios países? Quieren convertir al mundo en una gigantesca zona franca —quizás se vea todavía más claro así—, porque, ¿qué es una zona franca? Un lugar con características especiales, donde no se pagan impuestos, se traen materias primas, partes, componentes, los ensamblan, o producen variadas mercancías, sobre todo en aquellas ramas que requieren abundante mano de obra barata, por la cual muchas veces pagan no más del 5% del salario que pagan en sus países, y lo único que nos dejan son esos menguados salarios.

Algo más triste: He visto cómo han puesto a competir a muchos de nuestros países, viendo quiénes les dan más facilidades y más exenciones de impuestos para invertir; han puesto a competir a los países del Tercer Mundo por las inversiones y las zonas francas.

Hay países —los conozco— en tal situación de pobreza y desempleo, que han tenido que establecer hasta decenas de zonas francas como opción preferible, dentro del orden mundial establecido, a la de no tener siquiera las fábricas de las zonas francas, que dan un empleo con determinada remuneración, aunque alcance solo el 7%, el 6%, el 5% o menos del salario que tendrían que pagar los propietarios de esas fábricas en sus países de origen [...].

Es el porvenir que nos está ofreciendo la globalización neoliberal, no vayan a creer que solo a los trabajadores, sino, incluso, a los empresarios nacionales, a los pequeños y medianos propietarios que tendrán que competir con las tecnologías de las transnacionales, sus equipos sofisticados, sus redes

mundiales de distribución y buscar mercados, sin contar con los abundantes créditos comerciales que sus poderosos competidores pueden utilizar para vender sus productos. […]

Estos ocho años —digamos, desde 1991, es decir, desde que se derrumbó la URSS hasta ahora— fueron para nosotros años duros en todos los sentidos, pero en este sentido también, en el orden de las ideas, de los conceptos; y ahora vemos como los superpoderosos que creían haber creado un sistema y hasta un imperio para mil años, comienzan a percatarse de que los cimientos de ese imperio y de ese sistema, de ese orden, se están derrumbando.

¿Qué nos han dejado, ese capitalismo global, o esa globalización capitalista neoliberal? No solo a partir de este que conocemos, sino desde la raíz misma, el capitalismo aquel del que nació el que actualmente impera, progresista ayer, reaccionario e insostenible hoy, a través de un proceso que muchos de ustedes, historiadores, y aun quienes no lo sean, como los estudiantes de economía, deben saberlo; con una historia de 250 a 300 años, cuyo teórico fundamental publica su libro en 1776, el mismo año de la Declaración de Independencia de Estados Unidos, Adam Smith, tan conocido por todos. Un gran talento, sin duda una gran inteligencia, no pienso que un gran pecador, un culpable, un bandido; era un estudioso de aquel sistema económico que había nacido en Europa y estaba en pleno auge, que reflexionó, investigó y expuso los cimientos teóricos del capitalismo; el capitalismo de aquella época, porque el de ahora ni siquiera lo podía imaginar Adam Smith.

En aquella época de diminutos talleres y pequeñas fábricas, él sostenía que la motivación fundamental en la actividad económica era el interés individual y que su búsqueda privada y competitiva constituía la fuente máxima del bien público. No había que apelar al humanitarismo del hombre, sino a su amor a sí mismo.

La propiedad y la dirección personal era la única forma compatible con aquel mundo de pequeñas industrias que Adam Smith conoció. No pudo siquiera ver las grandes fábricas y las impresionantes masas de trabajadores que surgieron después a fines del propio siglo XVIII. Mucho menos imaginar las gigantescas corporaciones y empresas transnacionales modernas con millones de acciones, donde los que administran son ejecutivos profesionales que nada tienen que ver con la propiedad de las mismas, limitándose de vez en cuando a rendir cuenta a los accionistas. Ellos son los que deciden qué dividendos se pagan, cuánto y dónde se invierte. Estas formas de propiedad,

dirección y disfrute de las riquezas nada tienen que ver con el mundo que él conoció.

Pero el sistema continuó desarrollándose y tomó considerable impulso con la Revolución Industrial inglesa, nació la clase obrera y surgió quien, a mi juicio, fue el más grande pensador —con respeto de cualquier criterio— en el terreno económico y también político, Carlos Marx. Nadie, incluso, llegó a conocer más sobre las leyes y los principios del sistema capitalista que Marx. Angustiados por la crisis actual, no son pocos los miembros de la élite capitalista que leen a Marx, buscando diagnósticos y posibles remedios a sus males de hoy. Con él había surgido la concepción socialista como antítesis del capitalismo. [...]

Permítanme señalar algunos hechos que deseo queden en la mente de ustedes, que responden a la pregunta que me hice cuando dije: ¿Qué nos ha dejado el capitalismo y la globalización neoliberal? Después de 300 años de capitalismo el mundo cuenta con 800 millones de hambrientos, ahora, en este momento; 1 000 millones de analfabetos; 4 000 millones de pobres; 250 millones de niños que trabajan regularmente, 130 millones sin acceso alguno a la educación, 100 millones que viven en la calle, 11 millones menores de cinco años, que mueren cada año por desnutrición, pobreza y enfermedades prevenibles o curables; crecimiento constante de las diferencias entre ricos y pobres, dentro de los países y entre los países; destrucción despiadada y casi irreversible de la naturaleza; despilfarro y agotamiento acelerado de importantes recursos no renovables; contaminación de la atmósfera, de los mantos freáticos, de los ríos y los mares; cambios de clima de impredecibles y ya visibles consecuencias. En el último siglo, más de 1 000 millones de hectáreas de bosques vírgenes han desaparecido y una superficie similar se ha convertido en desiertos o en tierras degradadas. [...]

Frente a esto, muchos se preguntan, ¿qué hacer? Bueno, los europeos han inventado su receta, se están uniendo, han hablado de una moneda única, la han aprobado, está ya en proceso de aplicación, con grandes simpatías de Estados Unidos, según declaran los voceros de este país, tan grandes como hipócritas, porque todos sabemos que lo que quieren es que se hunda totalmente el euro [...]

¿Qué hacemos nosotros? Es una pregunta que tenemos que hacernos, dentro de este cuadro, en un momento en que nos quieren tragar. No le quepa

duda a nadie de que nos quieren tragar, y no debemos esperar que haya otro milagro como aquel en que sacaron a un profeta del vientre de una ballena , porque si la ballena que tenemos al lado nos traga, nos va a digerir, realmente, completos, a toda velocidad.

Sí, este es nuestro hemisferio, y estamos hablando aquí, nada menos que en Venezuela, nada menos que en la tierra gloriosa donde nació Bolívar, donde soñó Bolívar, donde concibió la unidad de nuestros países y trabajó por ella, cuando un caballo tardaba tres meses en ir desde Caracas hasta Lima y no había teléfonos celulares, ni aviones, ni carreteras, ni computadoras, nada de eso, y, sin embargo, concibió, vio ya el peligro de lo que podían significar aquellos, que eran unas pocas colonias recién independizadas en el norte lejano; previó, fue profeta. «Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias en nombre de la libertad», dijo un día; lanzó la idea de la unidad de nuestros pueblos y luchó por ella hasta su muerte. Si entonces podía ser un sueño, hoy es una necesidad vital.

¿Cómo, a nuestro juicio, pueden ir saliendo las soluciones? Son difíciles, bien difíciles. Los europeos, como dije, han trazado sus pautas y están en fuerte competencia con nuestro vecino del Norte, eso es clarísimo, fortísima y creciente competencia; Estados Unidos no quiere que nadie interfiera sus intereses en este que considera su hemisferio, lo quieren absolutamente todo para ellos. China, por su parte, en el Lejano Oriente, constituye una inmensa nación; Japón, un poderoso país industrial.

Como pienso que la globalización es un proceso irreversible y que el problema no está en la globalización, sino en el tipo de globalización, es por lo que me parece que en este difícil y duro camino, para el cual no disponen los pueblos, realmente, de mucho tiempo, desde mi punto de vista, tendrán que producirse uniones, acuerdos, integraciones regionales, y los latinoamericanos casi casi son los que más tienen que apurarse en la lucha por la integración; pero ya no solo de América Latina, sino de América Latina y el Caribe. Ahí están nuestros hermanos de lengua anglófona del Caribe, los países del CARICOM, pequeñitos, llevan apenas unos años de independencia y se han portado con una dignidad impresionante. [...]

¿Qué les conviene? ¿A qué aspiran? A que un día no haya tarifas arancelarias, esto se añade al sueño de que sus inversiones no paguen impuestos al fisco nacional, o disfruten un montón de años libres de impuestos, mediante

concesiones leoninas arrancadas a un mundo subdesarrollado, sediento de inversiones: libre derecho de hacer lo que les dé la gana en nuestros países con sus inversiones sin restricción alguna; libre circulación de capitales y mercancías en todo el mundo, excluida, por supuesto, esa mercancía que se llama hombre del Tercer Mundo, el esclavo moderno, la mano de obra barata, que tanto abunda en nuestro planeta, que inunda las zonas francas en su propia tierra o barre calles, recoge productos hortícolas, y realiza los trabajos más penosos y peor pagados cuando es admitido legal o ilegalmente en antiguas metrópolis y sociedades de consumo.

Ese es el tipo de capitalismo global que nos quieren imponer. Nuestros países, repletos de zonas francas, no tendrían otro ingreso que el magro salario de los que tengan el privilegio de encontrar empleo, mientras un montón de multimillonarios acumulan fortunas y fortunas que no se sabe siquiera hasta adónde van a llegar. [...]

¿Qué año 2000 vamos a celebrar nosotros, y en qué clase de nuevo siglo vamos a vivir? [...]

El mundo esperará el siglo XXI con unos individuos viviendo bajo los puentes de Nueva York, envueltos en papeles mientras otros amasan fortunas gigantescas. Hay muchos megamillonarios en ese país, pero son incomparablemente más los que viven debajo de los puentes, en los umbrales de las edificaciones o en viviendas precarias; existe pobreza crítica para millones de personas en los propios Estados Unidos, que no puede enorgullecer a los fanáticos defensores del orden económico impuesto a la humanidad. [...]

Les hablo de esto, hay que razonarlo, para que conozcan qué es hoy Cuba, por qué es así Cuba y cuáles son las normas que prevalecen en Cuba, tan miserablemente calumniada en lo que se refiere a derechos humanos; el país donde en 40 años de Revolución no ha habido jamás un desaparecido, donde no ha habido jamás un torturado, donde no existen escuadrones de la muerte ni se ha producido un solo asesinato político o cosas parecidas; como no hay ancianos desamparados, niños abandonados por las calles o sin aulas ni maestros, ni persona alguna olvidada ni abandonada a su suerte.

Sabemos bien lo que ha ocurrido en algunos lugares donde llegaron nuestros vecinos del Norte, como los que organizaron en Centroamérica el derrocamiento del gobierno de uno de los países más importantes de

la región el año 1954, allí se instalaron sus asesores con sus manuales de torturas, de represión y de muerte; durante muchos años la categoría de presos no existía, no se conocía, solo muertos y desaparecidos. ¡Cien mil desaparecidos en un solo país!, más 50 000 muertos adicionales. Podríamos agregar lo ocurrido en otros numerosos países con las torturas, los asesinatos, los desaparecidos, las reiteradas intervenciones militares norteamericanas con cualquier pretexto o sin pretexto alguno. Ellos no se acuerdan, de eso no hablan, han perdido la memoria; nosotros ante la experiencia terrible vivida por los pueblos de nuestra América, les lanzamos el reto, vamos a demostrar con hechos, con realidades, quiénes tienen un sentido humano de la vida, quiénes tienen verdaderos sentimientos humanitarios, y quiénes son capaces de hacer algo por el hombre y no mentiras, consignas, desinformación, hipocresía, engaño y todo lo que han estado haciendo en nuestra región a lo largo de este siglo.

Sé que ustedes no necesitan que yo les aclare esto, pero ya que abordé el tema siento el deber de decirlo, porque cuántas veces se habrán encontrado con personas desinformadas, creyendo aunque sea una parte de las toneladas de mentiras y de calumnias que han lanzado contra nuestro país, para golpearnos, para reblandecernos, para aislarnos, para dividirnos. ¡No han logrado dividirnos ni lo lograrán!

Les he dicho estas cosas, así, con la mayor intimidad. No podía venir a hablarles como en 1959 de organizar una expedición para resolver los problemas en un país vecino; sabemos muy bien que hoy ningún país solo puede, por sí mismo, resolver sus problemas, es la realidad en este mundo globalizado. Aquí se puede decir: Nos salvamos todos o nos hundimos todos.

Martí dijo: «Patria es humanidad», una de las más extraordinarias frases que pronunció. Nosotros tenemos que pensar así, ¡patria es humanidad! [...]

Primero tenemos el deber de unirnos los pueblos latinoamericanos sin perder un minuto; los africanos tratan de lograrlo; los del sudeste asiático tienen la ASEAN y buscan formas de integración económica, y Europa lo hace aceleradamente. Es decir, en las distintas regiones del mundo habrá uniones subregionales y regionales.

Bolívar soñaba con una unión regional amplia, desde México hasta Argentina. Como ustedes saben, el Congreso Anfictiónico fue saboteado por los caballeros del Norte, que además se opusieron a la idea bolivariana

de enviar una expedición al mando de Sucre para liberar a la isla de Cuba, algo indispensable para eliminar todo riesgo de amenaza y contraataque de la temible y tenaz metrópoli española; así que no fuimos olvidados en la historia de Venezuela. Hoy, que alcanzamos liberarla del dominio de una potencia mucho más poderosa, nuestro deber más sagrado es defenderla en aras de los intereses y la propia seguridad de nuestros hermanos de este hemisferio.

Está claro que hay que trabajar en diversas formas de cooperación e integración posible, paso a paso, pero pasos rápidos, si es que queremos sobrevivir como entidad regional, que posee la misma cultura, idioma, tantas cosas en común, como no posee Europa; porque no sé cómo se entenderá un italiano con un austriaco o con un finlandés, un alemán con un belga o un portugués, y ya han creado, sin embargo, la Unión Europea y avanzan rápidamente hacia una mayor integración económica y la total unión monetaria. ¿Por qué considerarnos incapaces de ir pensando, por lo menos, en fórmulas de ese tipo? ¿Por qué no alentar todas las tendencias unitarias e integracionistas en todos los países de nuestro idioma, de nuestra cultura, de nuestras creencias, de nuestra sangre mestiza, que corre por las venas de la inmensa mayoría? Y cuando no existe el mestizaje en la sangre, tiene que existir el mestizaje en el alma.

¿Qué eran aquellos que libraron la batalla de Ayacucho? Llaneros y caraqueños, venezolanos de oriente y de occidente, colombianos, peruanos y ecuatorianos, unidos fueron capaces de hacer lo que hicieron. No faltó la inolvidable cooperación de argentinos y chilenos. Nuestro mayor pecado es haber perdido después casi 200 años.

Dentro de 11 años se cumple precisamente el aniversario 200 de la proclamación de la independencia de Venezuela y después, sucesivamente, la de los demás países. ¡Casi 200 años! ¿Qué hemos hecho en esos 200 años, divididos, fragmentados, balcanizados, sometidos? Es más fácil dominar a los siete enanitos que dominar a un boxeador, digamos, aunque sea de peso ligero. Ellos han querido conservarnos como vecinos enanos y divididos para mantenernos dominados. [...]

Les comenzaba a decir que era un país al que quería mucho, por ahí salió la historia de mi afición por la historia, por la Historia Universal, la Historia de las revoluciones y las guerras, la Historia de Cuba, la Historia de América

Latina y la de Venezuela en especial. Por ello llegué a identificarme mucho con la vida y las ideas de Bolívar.

La fortuna quiso que Venezuela fuera el país que más luchara por la independencia de este hemisferio. Comenzó por aquí, y contaron con un legendario precursor como Miranda, que llegó a dirigir hasta un ejército francés en campaña, librando batallas famosas que en determinado momento evitaron a la Revolución Francesa una invasión de su territorio. Antes estuvo en Estados Unidos combatiendo por la independencia de aquel país. Tengo una colección amplia de libros sobre la fabulosa vida de Miranda, aunque no haya podido leerlos todos. Tuvieron por tanto los venezolanos a Miranda, el precursor de la independencia de América Latina, y después a Bolívar, el Libertador, que fue siempre para mí el más grande entre los grandes hombres de la historia (Del público le dicen: «¡También Fidel!»).

Ubíquenme, por favor, en el lugar 40 000. Yo recuerdo siempre una frase de Martí que fue la que más quedó grabada en mi conciencia: «Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz». Muchos de los grandes hombres de la historia se preocuparon por la gloria, y no es razón para criticarlos. El concepto del tiempo, el sentido de la historia, del futuro, de la importancia y supervivencia de los hechos de su vida que pueda tener el hombre, y quizás sea eso lo que entendían por gloria, es natural y explicable. A Bolívar le gustaba hablar de la gloria y hablaba muy fuertemente de la gloria, y no puede criticársele, porque una gran aureola acompañará siempre su nombre.

El concepto martiano de la gloria, que enteramente comparto, es aquel que pueda asociarse a una vanidad personal y a la autoexaltación de sí mismo. El papel del individuo en importantes acontecimientos históricos ha sido muy debatido e incluso admitido. Lo que me agrada especialmente de la frase de Martí es la idea de la insignificancia del hombre en sí, ante la enorme trascendencia e importancia de la humanidad y la magnitud inabarcable del universo, la realidad de que somos realmente como un minúsculo fragmento de polvo que flota en el espacio. Mas esa realidad no disminuye un ápice la grandeza del hombre; por el contrario, la eleva cuando, como en el caso de Bolívar, llevaba en su mente todo un universo repleto de ideas justas y sentimientos nobles. Por eso admiro tanto a Bolívar. Por eso considero tan enorme su obra. No pertenece a la estirpe de los conquistadores de territorios y naciones, ni a la de fundadores de imperios que dio fama a otros; él creó naciones, liberó territorios y deshizo imperios. Fue, además,

brillante soldado, insigne pensador y profeta. Hoy tratamos de hacer lo que él quiso hacer y no se ha hecho todavía; unir a nuestros pueblos para que mañana, siguiendo el mismo hilo de aquel pensamiento unitario, el único que se corresponde con nuestra especie y nuestra época, los seres humanos puedan conocer y vivir en un mundo unido, hermanado, justo y libre, lo que él quiso hacer con los pueblos integrados por los blancos, negros, indios y mestizos de nuestra América. [...]

Me parece ver en este momento una situación excepcional en la historia de Venezuela. He visto dos momentos singulares: primeramente aquel de enero de 1959, y he visto 40 años después la extraordinaria efervescencia popular del 2 de febrero de 1999. He visto un pueblo que renace. Un pueblo como el que vi en la Plaza del Silencio, donde fui un poco más silencioso que aquí [...] Aquellas masas eran incuestionablemente revolucionarias.

Encontré de nuevo una imagen impresionante al ver al pueblo en un estado anímico extraordinario, pero en distintas circunstancias. Entonces las esperanzas habían quedado atrás. No deseo explicar por qué; dejo eso a los historiadores. Esta vez las esperanzas están por delante, veo en ellas un verdadero renacer de Venezuela, o al menos una excepcional gran oportunidad para Venezuela. Lo veo no solo en interés de los venezolanos; lo veo en interés de los latinoamericanos, y lo veo en interés de los demás pueblos del mundo, a medida que este mundo avance, porque no va a quedar otro remedio, hacia una globalización universal. No tiene escapatoria, ni tiene alternativas. Así que con esto no puedo estar pretendiendo halagarlos a ustedes, sino más bien recordándoles el deber de ustedes, de la nación, del pueblo, de todos los que nacieron después de aquella visita, de los más jóvenes, de los más maduros, que realmente tienen ante sí una enorme responsabilidad. Creo que oportunidades se han perdido algunas veces; pero ustedes no tendrían perdón si esta la pierden.

Les habla una persona que ha tenido el privilegio y la oportunidad de haber adquirido alguna experiencia política, de haber vivido todo un proceso revolucionario, incluso en un país donde, como les conté, la gente no quería oír hablar ni de socialismo. Cuando digo la gente, es la gran mayoría. Esa misma mayoría apoyaba a la Revolución, apoyaba a los dirigentes, apoyaba al Ejército Rebelde, pero había fantasmas que la atemorizaban. Lo que hizo Pavlov con los famosos perros, eso fue lo que hizo Estados Unidos con muchos de nosotros y quién sabe con cuántos millones de latinoamericanos: crearnos reflejos condicionados.

Hemos tenido que luchar mucho contra las escaseces y la pobreza; hemos tenido que aprender a hacer mucho con poco. Tuvimos momentos mejores y peores, sobre todo, cuando logramos establecer acuerdos comerciales con el campo socialista y la Unión Soviética y demandamos precios más justos para nuestros productos de exportación; porque veíamos que lo que ellos exportaban subía de precio y los nuestros, si hacíamos un convenio por cinco años, se quedaban con ese precio durante ese período, entonces, al final del quinquenio teníamos menos capacidad de compra. Propusimos la cláusula resbalante: cuando aumentaban los precios de los productos que ellos nos exportaban, aumentaban automáticamente los de los productos que nosotros les enviábamos. Acudimos a la diplomacia, a la doctrina y a la elocuencia que ha de suponerse en los revolucionarios de un país que tenía que vencer tantos obstáculos.

Realmente, los soviéticos tenían simpatía por Cuba y gran admiración por nuestra Revolución; porque a ellos, después de tantos años, ver que un paisito, allí, al lado de Estados Unidos, se sublevara contra la poderosa superpotencia les causaba asombro, lo que menos se imaginaban y lo que menos le habrían aconsejado a nadie, suerte que no le pedimos consejo a nadie, aunque ya habíamos leído casi la biblioteca entera de los libros de Marx, Engels, Lenin y otros teóricos; éramos convencidos marxistas y socialistas.

Con esa fiebre y ese sarampión que solemos tener los jóvenes, e incluso muchas veces los viejos, yo asumí los principios básicos que aprendí en aquella literatura y me ayudaron a comprender la sociedad en que vivía que hasta entonces era para mí una maraña intrincada que no tenía explicación convincente de ninguna índole. Y debo decir que el famoso *Manifiesto Comunista*, que tantos meses tardaron en redactar Marx y Engels —se ve que su autor principal trabajaba concienzudamente, frase que solía usar, y debe haberlo revisado más veces de lo que Balzac revisaba una hoja de cualquiera de sus novelas—, me hizo una gran impresión, porque por primera vez en mi vida vi unas cuantas verdades que no había visto nunca.

Antes de eso, yo era una especie de comunista utópico. Estudiando un libraco enorme, impreso en hojas de mimeógrafo, como 900 páginas, el primer curso de la economía política que nos enseñaban en la Escuela de Derecho, una economía política inspirada en las ideas del capitalismo, pero que mencionaba y analizaba escuetamente las distintas escuelas y criterios, y luego en el segundo curso, prestándole mucho interés al tema y meditando

a partir de puntos de vista racionales, fui sacando mis propias conclusiones y terminé siendo un comunista utópico. Lo califico así porque no se apoyaba en base científica e histórica alguna, sino en los buenos deseos de aquel recién graduado alumno de la escuela de los jesuitas, a los cuales les estoy muy agradecido porque me enseñaron algunas cosas que me ayudaron en la vida, sobre todo, a tener cierta fortaleza, un cierto sentido del honor y determinados principios éticos, que ellos, jesuitas españoles —aunque muy distantes de las ideas políticas y sociales que pueda tener yo ahora—, les inculcaban a sus alumnos.

Pero de allí salí deportista, explorador, escalador de montañas y entré políticamente analfabeto a la Universidad de La Habana, sin la suerte de un preceptor revolucionario, que tan útil habría sido para mí en aquella etapa de mi vida.

Por esos caminos llegué a mis ideas, que conservo y mantengo con lealtad y fervor creciente, quizás por tener un poco más de experiencia y conocimientos, y quizás también por haber tenido oportunidad de meditar sobre problemas nuevos que no existían siquiera en la época de Marx. [...]

Así que uso la misma camisa con que vine a esta universidad hace 40 años, con que atacamos el Cuartel Moncada, con que desembarcamos en el *Granma*. Me atrevería a decir, a pesar de las tantas páginas de aventuras que cualquiera puede encontrar en mi vida revolucionaria, que siempre traté de ser sabio pero prudente; aunque tal vez he sido más sabio que prudente.

En la concepción y desarrollo de la Revolución Cubana, actuamos como dijo Martí al hablar del gran objetivo antimperialista de sus luchas, próximo ya a morir en combate, que «En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin».

Fui discreto, no todo lo que debía, porque con cuanta gente me encontraba le empezaba a explicar las ideas de Marx y la sociedad de clases, de manera que en el movimiento de carácter popular, cuya consigna en su lucha contra la corrupción era «Vergüenza contra dinero», al que me había incorporado recién llegado a la universidad, me estaban asignando fama de comunista. Pero era ya en los años finales de mi carrera no un comunista utópico, sino esta vez un comunista atípico, que actuaba libremente. Partía

de un análisis realista de la situación de nuestro país. Era la época del macartismo, del aislamiento casi total del Partido Socialista Popular, nombre que ostentaba el partido marxista en Cuba, y había, en cambio, en el movimiento donde me había incorporado, convertido ya en Partido del Pueblo Cubano, una gran masa que, a mi juicio, tenía instinto de clase, pero no conciencia de clase, campesinos, trabajadores, profesionales, personas de capas medias, gente buena, honesta, potencialmente revolucionaria. Su fundador y líder, hombre de gran carisma, se había privado de la vida dramáticamente meses antes del golpe de Estado de 1952. De las jóvenes filas de aquel partido se nutrió después nuestro movimiento.

Militaba en aquella organización política, que ya realmente estaba cayendo, como ocurría con todas, en manos de gente rica, y me sabía de memoria todo lo que iba a pasar después del ya inevitable triunfo electoral; pero había elaborado algunas ideas, por mi cuenta también —imagínense que a un utopista se le puede ocurrir cualquier cosa—, sobre lo que había que hacer en Cuba y cómo hacerlo, a pesar de Estados Unidos. Había que llevar aquellas masas por un camino revolucionario. Quizás fue el mérito de la táctica que nosotros seguimos. Claro, andábamos con los libros de Marx, de Engels y de Lenin.

Cuando el ataque al Cuartel Moncada se nos quedó extraviado un libro de Lenin, y en el juicio lo primero que decía la propaganda del régimen batistiano, era que se trataba de una conspiración de «priistas» corrompidos, del gobierno recién derrocado, con el dinero de aquella gente, y además comunista. No se sabe cómo se podían conciliar las dos categorías.

En el juicio, lo que hice fue asumir mi propia defensa. No es que me considerara buen abogado, pero creía que el mejor que podía defenderme en aquel momento era yo mismo; me puse una toga y ocupé mi puesto donde estaban los abogados. El juicio era político, más que penal. No pretendía salir absuelto, sino divulgar ideas. Comienzo a interrogar a todos los criminales aquellos que habían asesinado a decenas y decenas de compañeros y actuaban como testigos; el juicio fue contra ellos. De tal manera que al siguiente día me sacaron de allí, me separaron, me declararon enfermo. Fue lo último que hicieron, porque tenían bastantes deseos de acabar conmigo de una sola vez; pero, bueno, conocía bien por qué se midieron. Conocía y conozco cuál era la psicología de toda aquella gente, el estado anímico, la situación popular, el rechazo y la enorme indignación que produjeron sus

asesinatos, y también tuve un poco de suerte; pero el hecho es que en las horas iniciales, mientras me interrogaban, aparece el libro de Lenin, alguien lo saca: «Ustedes tenían un libro de Lenin».

Nosotros explicando lo que éramos: martianos, era la verdad, que no teníamos nada que ver con aquel gobierno corrompido que habían desalojado del poder, que nos proponíamos tales y más cuales objetivos. Eso sí, de marxismo-leninismo no les hablamos ni una palabra, ni teníamos por qué decirles nada. Dijimos lo que les teníamos que decir, pero como en el juicio salió a relucir el libro, yo sentí verdadera irritación en ese instante, y dije: «Sí, ese libro de Lenin es nuestro; nosotros leemos los libros de Lenin y otros socialistas, y el que no los lea es un ignorante», así lo afirmé a jueces y a los demás en aquel mismo lugar.

Era insoportable aquello. No íbamos a decir: «Mire, ese librito, alguien lo puso ahí». No, no.

Después estaba nuestro programa expuesto cuando me defendí en el juicio. Quien no supo cómo pensábamos fue porque no quiso saber cómo pensábamos. Tal vez se quiso ignorar aquel discurso conocido como *La Historia me absolverá*, con el que me defendí solo allá, porque, como expliqué, me expulsaron, me declararon enfermo, juzgaron a todos los demás, y a mí me enviaron a un hospital para juzgarme, en una salita; no me ingresaron en el hospital propiamente, sino en una celda aislada de la prisión. En el hospital estaba la salita chiquitica convertida en audiencia, con el tribunal y unas pocas personas apretadas, casi todas militares, donde me juzgaron, y tuve el placer de poder decir allí todo lo que pensaba, completo, bastante desafiante.

Me pregunto, les decía, por qué no dedujeron cuál era nuestro pensamiento, porque ahí estaba todo. Contenía —se puede decir— los cimientos de un programa socialista de gobierno, aunque, convencido, desde luego, de que ese no era el momento de hacerlo, que eso iba a tener sus etapas y su tiempo. Es cuando hablamos ya de la reforma agraria, y hablamos, incluso, entre otras muchas cosas de carácter social y económico, de que toda la plusvalía —sin mencionar esa palabra, por supuesto—, las ganancias que obtenían todos aquellos señores que tenían tanto dinero, había que dedicarlas al desarrollo del país, y di a entender que el gobierno tenía que responsabilizarse con ese desarrollo y aquellos excedentes de dinero.

Hablé hasta del becerro de oro. Volví a recordar la Biblia y señalé: «a los que adoraban el becerro de oro», en clara referencia a quienes todo lo esperaban del capitalismo. Un número suficiente de cosas para deducir cómo pensábamos.

Después he meditado que es probable que muchos de los que podían ser afectados por una verdadera revolución no nos creyeran en absoluto, porque en 57 años de neocolonia yanqui, se había proclamado más de un programa progresista o revolucionario; las clases dominantes no creyeron nunca en el nuestro como algo posible o permisible por Estados Unidos ni le prestaron mayor atención, lo aceptaron, hasta les hacía gracia; al final todos los programas se abandonaban, la gente se corrompía, y posiblemente dijeron: «Está muy bonito, muy simpático; sí, las ilusiones de estos románticos muchachos, ¿para qué le vamos a hacer caso a eso?».

Sentían antipatía por Batista, admiraban el combate frontal contra su régimen abusivo y corrupto, y posiblemente subestimaron el pensamiento contenido en aquel alegato, donde estaban las bases de lo que después hicimos y lo que hoy pensamos, con la diferencia de que muchos años de experiencia han enriquecido más nuestros conocimientos y percepciones en torno a todos aquellos temas. De modo que ese es mi pensamiento, ya lo dije desde entonces.

Hemos vivido la dura experiencia de un largo período revolucionario, especialmente los últimos 10 años, enfrentados en circunstancias muy difíciles a fuerzas sumamente poderosas. Bueno, voy a decir la verdad: logramos lo que parecía imposible lograr. Yo diría que casi casi se hicieron milagros. Desde luego, las leyes fueron tal y como se habían prometido, surgió furiosa la oposición siempre soberbia y arrogante de Estados Unidos, que tenía mucha influencia en nuestro país, y el proceso se fue radicalizando ante cada golpe y agresión que recibíamos; así comenzó la larga lucha que ha durado hasta hoy. Se polarizaron las fuerzas en nuestro país, con la suerte de que la inmensa mayoría estaba con la Revolución, y una minoría, que sería el 10% o menos, estaba contra ella, de modo que hubo siempre un gran consenso y un gran apoyo en todo aquel proceso hasta hoy.

Uno sabe de qué cosas se puede preocupar, porque nosotros hicimos un gran esfuerzo por superar aquellos prejuicios que existían, por trasmitir ideas, por crear conciencia en la gente, y fue difícil.

Recuerdo la primera vez que hablé sobre la discriminación racial. Tuve

que ir como tres veces a la televisión. Me sorprendió hasta qué punto habían calado prejuicios que nos trajeron, más de lo que suponíamos, los vecinos del Norte: que tales clubes eran para blancos y los otros no podían ir allí, y tales playas, casi todas las playas, sobre todo en la capital, eran para blancos; hasta existían parques y paseos públicos segregados, donde unos iban en una dirección y otros en otra, de acuerdo al color de la piel. Lo que hicimos fue que abrimos todas las playas a todo el pueblo y desde los primeros días proscribimos la discriminación en todos los lugares de recreación, parques y paseos. Aquella humillante injusticia era absolutamente incompatible con la Revolución.

Un día hablé y expliqué estas cosas, ¡qué tremenda reacción, qué de rumores, qué de mentiras! Dijeron que íbamos a obligar a casarse a los blancos y las negras, y a las blancas y los negros. Bueno, como aquella barbaridad que inventaron un día de que le íbamos a quitar la patria potestad a la familia. Tuve que ir otra vez a la televisión sobre el tema de la discriminación para responder todos aquellos rumores e intrigas y volver a explicar. Aquel fenómeno, que no era más que una cultura racista impuesta, un humillante y cruel prejuicio, trabajo costó superarlo.

Es decir, dedicamos en aquellos años una gran parte del tiempo a formar conciencias y a defendernos de expediciones, amenazas de agresión exterior, guerra sucia, planes de atentados, sabotajes, etcétera. En nuestro país llegó a haber bandas mercenarias armadas en todas las provincias, promovidas y suministradas por el gobierno de Estados Unidos, pero les salimos al paso, no les dimos tiempo, no tuvieron el menor chance de prosperar, porque estaba muy reciente nuestra propia experiencia en la lucha irregular y prácticamente fuimos uno de los poquísimos países revolucionarios que derrotó totalmente las bandas a pesar de la ayuda logística que recibían desde el exterior. A eso dedicamos mucho el tiempo.

Un problema, una preocupación concreta que tengo, es que se ve, y es natural, que se han levantado muchas expectativas en Venezuela con motivo del extraordinario resultado de las elecciones. ¿A qué me refiero? A la tendencia, natural, lógica, en la población de soñar, desear que un gran número de problemas acumulados se resuelvan en cuestión de meses. Como amigo honesto de ustedes, y por mi propia cuenta, pienso que hay problemas que no se van a resolver ni en meses, ni en años. [...]

¿Cuál puede ser un temor? Eso, que lo digo aquí con toda franqueza y estoy dispuesto a decirlo en cualquier parte. Ustedes vivieron época de «vacas gordas», hace tiempo, de acuerdo. En 1972 el precio del barril de petróleo estaba a 1,90 dólares. Cuba, por ejemplo, al triunfo de la Revolución, con unos pocos cientos de miles de toneladas de azúcar, compraba los cuatro millones de toneladas de combustible que consumía, al precio mundial normal del azúcar en aquel momento. Nos salvó el precio resbalante mencionado, a raíz de la súbita elevación del costo del combustible; pero cuando vino la crisis, se acabó la URSS, y con ella nuestro principal mercado y todo tipo de precio conveniado, tuvimos que reducir a la mitad los 13 millones de toneladas de combustible que ya estábamos consumiendo; una gran parte de lo que exportábamos teníamos que invertirlo en combustible, y aprendimos a ahorrar. [...]

No son hoy tiempos de «vacas gordas» ni para Venezuela, ni para el mundo. Cumplo un deber honesto, un deber de amigo, un deber de hermano, al sugerirles a ustedes, que constituyen una poderosa vanguardia intelectual, meditar a fondo sobre estos temas, y expresarles a la vez nuestra preocupación de que esa lógica, natural y humana esperanza, nacida de una especie de milagro político que se ha producido en Venezuela, pueda traducirse a corto plazo en decepciones y en un debilitamiento de tan extraordinario proceso.

Me pregunto, debo hacerlo y lo hago: ¿Qué proezas, qué milagros económicos se pueden esperar de inmediato con los precios de los productos básicos de exportación venezolanos profundamente deprimidos y el petróleo a nueve dólares el barril, es decir, el precio más bajo en los últimos 25 años, un dólar que tiene mucho menos poder adquisitivo que entonces, una población mucho mayor, una enorme acumulación de problemas sociales, una crisis económica internacional y un mundo neoliberalmente globalizado?

No puedo ni debo decir una palabra de lo que haríamos nosotros en circunstancias como estas. No puedo, estoy aquí de visitante, no estoy de consejero, ni de opinante, ni cosa parecida. Medito simplemente.

Permítanme decirles que no quiero mencionar países, pero hay unos cuantos de ellos muy importantes, con una situación más difícil que la de ustedes, que ojalá puedan vencer las dificultades.

La situación de ustedes es difícil, pero no catastrófica. Así lo veríamos si estuviéramos en el lugar de ustedes. Les voy a decir algo más —con la misma franqueza—, ustedes no pueden hacer lo que hicimos nosotros en 1959. Ustedes tendrán que tener mucha más paciencia que nosotros, y me estoy refiriendo a aquella parte de la población que esté deseosa de cambios sociales y económicos radicales inmediatos en el país.

Si la Revolución Cubana hubiese triunfado en un momento como este, no habría podido sostenerse. La misma Revolución Cubana que ha hecho lo que ha hecho. Surgió, y no por cálculos, sino por una rara coincidencia histórica, 14 años después de la Segunda Guerra Mundial, en un mundo bipolar. Nosotros no conocíamos ni a un soviético, ni recibimos nunca una sola bala de un soviético para llevar a cabo nuestra lucha y nuestra Revolución, ni tampoco nos dejamos llevar por asesoramiento político alguno después del triunfo, ni lo intentó nadie nunca, porque éramos muy reacios a eso. A los latinoamericanos, en especial, no nos gusta que nos digan ni nos sugieran ideas o cosas.

En aquel momento, desde luego, había otro polo poderoso; tiramos un ancla en aquel polo nacido precisamente de una gran revolución social, ancla que nos sirvió de mucho frente al monstruo que teníamos delante, que apenas hicimos una reforma agraria nos cortó de inmediato el petróleo y otros suministros vitales y redujo, hasta llevarlas a cero, las importaciones de azúcar cubana, privándonos en un minuto de un mercado que se formó durante más de 100 años. Aquellos en cambio nos vendieron petróleo a precio mundial, sí; a pagar en azúcar, sí; al precio mundial del azúcar, sí. Pero se exportó el azúcar a la URSS y llegó el petróleo, materias primas, alimentos y muchas cosas más. Nos dio tiempo para formar una conciencia, nos dio tiempo para sembrar ideas, nos dio tiempo para crear una nueva cultura política, ¡nos dio tiempo!, suficiente tiempo para crear la fortaleza que nos permitió resistir después los tiempos más increíblemente difíciles.

Todo el internacionalismo que practicamos, ya mencionado, nos dio también fuerza. [...]

Ahora, podemos decir, como me dijo un teniente que me hizo prisionero en un bosque, al amanecer, en las inmediaciones de Santiago de Cuba, varios días después del asalto a la fortaleza del Moncada. Habíamos cometido el error —siempre hay un error—, cansados de tener que reposar sobre pie-

dras y raíces, de dormir en un pequeño varaentierra cubierto de hojas de palma que estaba por allí, y nos despertaron con los fusiles sobre el pecho, un teniente casualmente negro, por suerte, y unos soldados que tenían las arterias hinchadas, sedientos de sangre, y sin saber ni quiénes éramos. No habíamos sido identificados. En el primer momento no nos identificaron, nos preguntaron los nombres, yo di uno cualquiera: ¡prudencia, eh!, astucia, ¿no?, quizás intuición, instinto. Puedo asegurarles que temor no tuve, porque hay momentos de la vida en que es así, cuando uno se da ya por muerto, y entonces más bien reacciona el honor, el orgullo, la dignidad.

Si les doy mi nombre, aquello habría sido: ¡rá, rá, rá!, acaban de inmediato con el pequeño grupo. Unos minutos después encontraron en las proximidades varias armas dejadas allí por unos compañeros que no estaban en condiciones físicas de seguir la lucha, algunos de ellos heridos, que por acuerdo de todos estaban regresando a la ciudad para presentarse directamente a las autoridades judiciales. Quedamos tres, ¡solo tres compañeros armados!, que fuimos capturados de la forma que expliqué.

Pero aquel teniente, ¡qué cosa increíble! —esto nunca lo había contado en detalle públicamente—, está calmando a los soldados, y ya casi no podía. En el momento en que buscando por los alrededores encuentran las armas de los demás compañeros, se pusieron superfuriosos. Nos tenían amarrados y apuntándonos con los fusiles cargados; pero no, aquel teniente se movía de un lado a otro, calmándolos y repitiendo en voz baja: «Las ideas no se matan, las ideas no se matan». ¿Qué le dio a aquel hombre por decir aquello?

Era un hombre ya maduro, había estado estudiando algo en la universidad, algunos cursos; pero tenía aquella idea en la cabeza, y le dio por expresarla en voz baja, como hablando consigo mismo: «Las ideas no se matan». Bueno, cuando observo a aquel hombre y lo veo con aquella actitud, y en un momento crítico, cuando a duras penas pudo impedir que aquellos soldados furiosos dispararan, me levanto y le digo: «Teniente —a él solo, por supuesto—, yo soy fulano de tal, responsable principal de la acción; al ver su comportamiento caballeroso no puedo engañarlo, quiero que sepa a quién tiene prisionero». Y el hombre me dice: «¡No se lo diga a nadie!» «¡No se lo diga a nadie!» Aplaudo a aquel hombre porque me salvó tres veces la vida en unas horas.

Unos minutos después ya nos llevaban, y muy irritados todavía los soldados, unos tiros que suenan no lejos de allí, los ponen en zafarrancho de

combate, y nos dicen: «¡Tírense al suelo, tírense al suelo!» Yo me quedo de pie y digo: «¡No me tiro al suelo!» Me pareció como una estratagema para eliminarnos, y digo: «No». Se lo digo también al teniente, que insistía en que nos protegiéramos: «No me tiro al suelo, si quieren disparar que disparen». Entonces él me dice —fíjense lo que me dice—: «Ustedes son muy valientes, muchachos». ¡Qué increíble reacción!

No quiero decir que en ese momento me salvó la vida, en ese momento tuvo ese gesto. Después que llegamos a una carretera, nos monta en un camión y había un comandante cerca de allí que era muy sanguinario, había asesinado a numerosos compañeros y quería que le entregaran a los prisioneros; el teniente se niega, dice que son prisioneros de él y que no los entrega. Me monta delante en la cabina. El comandante quería que nos llevara para el Moncada, y él ni nos entrega al comandante —ahí nos salvó por segunda vez—, ni nos lleva para el Moncada; nos lleva para la prisión, en medio de la ciudad, por tercera vez me salvó la vida. Ya ven, y era un oficial de aquel ejército contra el cual estábamos combatiendo. Después, cuando la Revolución triunfa, lo ascendimos y fue Capitán, ayudante del primer presidente del país después del triunfo.

Como dijo aquel Teniente, las ideas no se matan , nuestras ideas no murieron, nadie pudo matarlas; y las ideas que sembramos y desarrollamos a lo largo de esos treinta y tantos años, hasta 1991, más o menos, cuando se inicia el período especial, fueron las que nos dieron la fuerza para resistir. Sin esos años que dispusimos para educar, sembrar ideas, conciencia, sentimientos de profunda solidaridad en el seno del pueblo y un generoso espíritu internacionalista, nuestro pueblo no habría tenido fuerzas para resistir.

Hablo de cosas que se relacionan un poco con cuestiones de estrategia política, muy complicadas, porque pueden ser interpretadas de una forma o de otra, y yo sé muy bien lo que quiero expresar. He planteado que ni siquiera una revolución como la nuestra, que triunfó con el apoyo de más del 90% de la población, respaldo unánime, entusiasta, gran unidad nacional, una fuerza política tremenda, habría podido resistir, no habríamos podido preservar la Revolución en las actuales circunstancias de este mundo globalizado.

Yo no le aconsejo a nadie que deje de luchar, por una vía o por otra, hay muchas, y entre ellas la acción de las masas, cuyo papel y creciente fuerza es siempre decisivo.

Hoy mismo nosotros estamos envueltos en una gran lucha de ideas, de trasmisión de ideas a todas partes, es nuestro trabajo. Hoy no se nos ocurriría decirle a alguien: Haz una revolución como la nuestra, porque no podríamos, en las circunstancias que conocemos, a nuestro juicio, bastante bien, sugerir: Hagan lo que nosotros hicimos. A lo mejor si estuviéramos en aquella epoca decíamos: Hagan lo que nosotros hicimos; pero en aquella época el mundo era otro y otras eran las experiencias. Nosotros tenemos mucho más conocimiento, mucha más conciencia de los problemas, y, desde luego, por encima de todo está el respeto y la preocupación por los demás.

Cuando los movimientos revolucionarios en Centroamérica, donde se les hizo muy difícil la situación porque ya existía el mundo unipolar y ni siquiera pudo mantener el poder la revolución en Nicaragua, y ellos estaban debatiendo sobre negociaciones de paz, nos visitaban mucho; con Cuba tenían una larga amistad, nos pedían opiniones, y les decíamos: «No nos pidan opiniones sobre eso. Si nosotros estuviéramos en el lugar de ustedes, sabríamos qué hacer, o podíamos pensar qué debíamos hacer; pero no se debe dar opiniones a otro, cuando otro es el que tiene que aplicar opiniones o criterios sobre cuestiones tan vitales como luchar hasta la muerte o negociar. Eso solo lo pueden decidir los propios revolucionarios en cualquier país. Nosotros apoyaremos la decisión que tomen».

Fue una experiencia singular, la cuento también por primera vez públicamente. Cada uno tiene sus opciones, pero nadie tiene derecho a trasmitir a otros su propia filosofía ante la vida o la muerte. Por eso digo que es tan delicado dar opiniones.

Otro es el caso de los criterios, puntos de vista y opiniones sobre cuestiones globales, que afectan al planeta, tácticas y estrategias de lucha recomendables. Como ciudadanos del mundo e integrantes de la especie humana, tenemos derecho a expresar con entera claridad nuestro pensamiento a todo el que quiera escucharnos, sea o no revolucionario.

Hace mucho tiempo que aprendimos cómo deben ser las relaciones con las fuerzas progresistas y revolucionarias. Aquí, ante ustedes, me limito a trasmitir ideas, reflexiones, conceptos que son compatibles con nuestra condición común de patriotas latinoamericanos, porque, repito, veo una hora nueva en Venezuela, pilar inconmovible e inseparable de la historia y el destino de nuestra América. Uno tiene derecho a confiar en la experiencia o en

su punto de vista; no porque seamos infalibles ni mucho menos o porque no hayamos cometido errores, sino porque hemos tenido la oportunidad de estudiar en el largo curso de una academia de 40 años de Revolución.

Por eso les expresé que ustedes no tienen una situación catastrófica ni mucho menos, aunque sí una situación económica difícil que entraña riesgos para esa oportunidad que a nosotros nos parece estar viendo.

Se han dado algunas casualidades que impresionan. Ha venido a producirse esta situación de Venezuela en el momento crítico de la integración de América Latina; un momento especial en que los que están más al sur, en su esfuerzo unitario, necesitan la ayuda de los del norte de Suramérica, es decir, necesitan la ayuda de ustedes. Ha llegado en el momento en que el Caribe necesita de ustedes. Ha llegado en el momento en que ustedes pueden ser el enlace, el puente, la bisagra —como quieran llamarlo—, o un puente de acero entre el Caribe, Centroamérica y Suramérica. Nadie está en las condiciones de ustedes para luchar por algo tan importante y prioritario en este instante difícil, por la unión, la integración, digamos, por la supervivencia si quieren, no solo de Venezuela, sino de todos los países de nuestra cultura, de nuestra lengua y de nuestra raza.

Hoy más que nunca hay que ser bolivariano; hoy más que nunca hay que levantar esa bandera de que patria es humanidad, conscientes de que solo podemos salvarnos si la humanidad se salva; de que solo podemos ser libres si logramos que la humanidad sea libre, y estamos muy muy lejos de serlo; si logramos realmente que haya un mundo justo, y un mundo justo es posible y es probable, aunque a fuerza de ver, meditar y leer, he llegado a la conclusión de que no es mucho el tiempo que a esta humanidad le queda para hacerlo.

No solo les doy mi criterio, sino el criterio de muchos que he recogido. [...]

Tenemos algunos recursos. El turismo, desarrollado con nuestros propios recursos, en lo fundamental, ha cobrado gran impulso en estos años, y hemos adoptado una serie de decisiones que han sido efectivas. No les voy a explicar cómo nos las hemos arreglado para lograr aquello que les expliqué sin políticas de choque, las famosas terapias que con tanta insensibilidad se aplicaron en otras partes, y con medidas de austeridad que fueron consultadas con todo el pueblo. Antes de ir al Parlamento fueron al pueblo y

se discutió con todos los sindicatos, con todos los trabajadores, con todos los campesinos, qué hacer con este precio, cuál aumentar y por qué, y cuál no aumentar y por qué, y con todos los estudiantes, en cientos de miles de asambleas. Fueron entonces a la Asamblea Nacional y después volvieron otra vez a la base. Fue discutiéndose cada decisión a tomar, porque lo que se aplica se logra por consenso. Eso no lo logra nadie por la fuerza. [...]

Así que hace falta unidad, cultura política y apoyo consciente y militante del pueblo. Nosotros pudimos crear eso en mucho tiempo de trabajo. Ustedes, los venezolanos, no podrán crearlo en unos días, ni en unos meses.

Si aquí en vez de ser un viejo amigo, alguien a quien ustedes le han hecho el honor tan grande de recibirlo con afecto y confianza; si en lugar de un viejo y modesto amigo —lo digo con toda franqueza—, estoy completamente convencido, estuviese alguno de los padres de la patria venezolana, me atrevo a decir más, si aquel hombre de tanta grandeza y tanto talento que soñó con la unidad de América Latina estuviera aquí hablando con ustedes en este instante, les estaría diciendo: «¡Salven este proceso! ¡Salven esta oportunidad!» Creo que ustedes pueden ser felices y se van a sentir felices con muchas de las cosas que pueden hacer, muchas que están al alcance de la mano, que dependen de factores subjetivos y de muy pocos recursos. Eso hemos hecho nosotros; pero no podría pensarse, realmente, en abundantes recursos: con un poco de sumas, de restas, es suficiente para comprender. Ustedes pueden encontrar recursos, y los pueden encontrar en muchas cosas para atender cuestiones prioritarias, fundamentales, esenciales; pero no se puede ni soñar de que por ahora pueda volver la sociedad venezolana a disponer de los recursos que en un momento tuvo y que llegaron en unas circunstancias muy diferentes. Hay un mundo en crisis, unos precios bajísimos para productos básicos, y eso el enemigo trataría de utilizarlo.

Tengan la seguridad de que nuestros vecinitos del Norte no se sienten nada felices con este proceso que está teniendo lugar en Venezuela, ni le desean éxito.

No vengo aquí a sembrar cizaña, ni mucho menos; al contrario, estaría planteando sabiduría con prudencia, con toda la prudencia necesaria, la necesaria y no más de la necesaria, pero tienen que ser ustedes hábiles políticos; tienen que ser, incluso, hábiles diplomáticos; no pueden asustar a mucha gente. Más por viejo que por diablo les sugiero que resten lo menos posible.

Una transformación, un cambio, una revolución en el sentido que hoy tiene esa palabra, cuando se mira mucho más allá del pedazo de tierra que nos vio nacer, cuando se piensa en el mundo, cuando se piensa en la humanidad, entonces hay que sumar. Sumen y no resten. Vean, aquel teniente que mandaba el pelotón que me hizo prisionero se sumó, no se restó. Yo fui capaz de comprender a aquel hombre cómo era. Y así he conocido a unos cuantos en mi vida, podría decir que a muchos.

Es verdad que la condición social, la situación social es lo que contribuye más a la formación de la conciencia de la gente; pero al fin y al cabo yo fui hijo de un terrateniente, que tenía bastante tierra para el tamaño de Cuba —en Venezuela tal vez no—; pero mi padre llegó a disponer de alrededor de mil hectáreas de tierras propias y 1 000 hectáreas de tierras arrendadas que él explotaba. Nacido en España, joven y pobre campesino, lo llevaron a luchar contra los cubanos. [...]

Era un sencillo recluta, es decir, lo trajeron para acá como a otros cientos de miles. Finalizada la guerra lo repatrian a España. Volvió a Cuba poco tiempo después a trabajar como peón.

Más tarde mi padre fue terrateniente, nací y viví en un latifundio y no me hizo daño, me permitió hacer contacto con mis primeros amigos, que eran los muchachos pobres del lugar, hijos de obreros asalariados y de modestos campesinos víctimas todos del sistema capitalista. Pasé más tarde por escuelas ya más de elite digamos, pero salí bien, por suerte. Digo realmente por suerte. Tuve la suerte de ser hijo y no nieto de terrateniente, porque si llego a serlo, posiblemente habría nacido, vivido y crecido en alguna ciudad, entre niños ricos, de un barrio muy distinguido, y más nunca adquiero mis ideas de comunista utópico o de comunista marxista ni nada parecido; en la vida nadie nace revolucionario, ni poeta, ni guerrero, ni mucho menos, son las circunstancias las que hacen al hombre o le dan la oportunidad de ser una cosa u otra.

Si Colón nace un siglo antes, nadie habría oído hablar de Colón. España todavía estaba ocupada en parte por los árabes. Si no llega a estar equivocado, y de verdad hubiese existido un camino por mar directo a China, sin tropezar con un imprevisto continente, habría durado unos 15 minutos en las costas de China; porque si a Cuba la conquistaron con 12 caballos, ya los

mongoles en aquella época tenían ejércitos de caballería de cientos de miles de soldados. Fíjense bien lo que son las cosas.

De Bolívar no digo nada, porque Bolívar nació donde tenía que nacer, el día que tenía que nacer y de la forma en que tenía que nacer, ¡se acabó! Dejo a un lado la hipótesis de lo que habría pasado si naciera 100 años antes ó 100 después, porque eso era imposible. [...]

Ahora sí concluyo. Hay unos industriales esperándome. ¿Cómo cambio yo de discurso? Pues, miren, les voy a decir lo mismo, con toda honestidad por encima de todo. Creo que hay un lugar para todas las personas honradas en este país, para todas las personas con sensibilidad, para todas las personas capaces de escuchar el mensaje de la patria y de la hora, yo diría que el mensaje de la humanidad, que es el que ustedes deben trasmitir a sus compatriotas. [...]

18. RESPUESTA A LA DECLARACIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS DE «GUERRA CONTRA EL TERRORISMO»

LA HABANA, 22 DE SEPTIEMBRE DE 2001

Fidel expresa su compasión por las víctimas del 11 de septiembre de 2001 y condena los ataques terroristas sobre Washington y Nueva York. Además, rechaza la beligerante declaración hecha por el presidente de los Estados Unidos, George W. Bush.

Cualesquiera que fuesen las causas profundas, los factores de orden económico y político y los grandes culpables que lo trajeron al mundo, nadie podría negar que el terrorismo constituye hoy un peligroso fenómeno, indefendible desde el punto de vista ético, que debe ser erradicado.

Es comprensible el estado de irritación unánime por el daño humano y psicológico causado al pueblo norteamericano por la muerte sorpresiva e insólita de miles de inocentes ciudadanos, cuyas imágenes estremecieron al mundo. ¿En beneficio de quiénes? De la extrema derecha, de las fuerzas más retrógradas y derechistas, de los partidarios de aplastar la creciente rebeldía mundial y arrasar con todo lo que quede de progresista en el mundo. Fue un enorme error, una colosal injusticia y un gran crimen, sean quienes fueren los organizadores y los responsables de tal acción.

Pero en nombre de la justicia y bajo el singular y extraño título de «Justicia Infinita», no se debe utilizar la tragedia para iniciar irresponsablemente una guerra que en realidad podría convertirse en una matanza infinita de personas también inocentes.

Las bases, la concepción, los propósitos verdaderos, los ánimos y las condiciones para tal guerra se han ido estableciendo precipitadamente en los últimos días. Nadie podría afirmar que era algo no pensado desde hace rato, que esperaba una oportunidad. Aquellos que después del llamado fin de la guerra fría continuaron armándose hasta los dientes y desarrollando los más sofisticados medios para matar y exterminar seres humanos, eran conscientes de que la inversión de fabulosas sumas en gastos militares les daría el privilegio de imponer un dominio completo y total sobre los demás pueblos del mundo. Los ideólogos del sistema imperialista sabían bien lo que hacían y para qué lo hacían.

Tras la conmoción y el dolor sincero de todos los pueblos de la Tierra ante el atroz y demencial ataque terrorista contra el pueblo de Estados Unidos, los ideólogos más extremistas y los halcones más belicosos, ya ubicados en posiciones privilegiadas de poder, han tomado el mando del país más poderoso del planeta, cuyas posibilidades militares y tecnológicas parecieran ser infinitas. Su capacidad para destruir y matar es enorme; sus hábitos de ecuanimidad, serenidad, reflexión y contención son, en cambio, mínimos.

La conjunción de factores —donde no están excluidos la complicidad y el disfrute común de privilegios de otros países poderosos y ricos—, el oportunismo, la confusión y el pánico reinantes, hacen ya casi inevitable un desenlace sangriento e imprevisible.

Sean cuales fueren las acciones militares que se desaten, las primeras víctimas serán los miles de millones de habitantes del mundo pobre y subdesarrollado con sus increíbles problemas económicos y sociales, sus deudas impagables y el precio ruinoso de sus productos básicos; sus crecientes catástrofes naturales y ecológicas, sus hambres y miserias, su desnutrición masiva de niños, adolescentes y adultos; su terrible epidemia de SIDA, su paludismo, su tuberculosis, sus enfermedades infecciosas, que amenazan con el exterminio de naciones enteras.

La grave crisis económica mundial era ya un hecho real e irrebatible que afectaba sin excepción alguna a todos los grandes polos de poder económico. Tal crisis se ahondará irremisiblemente en las nuevas circunstancias y,

al hacerse insoportable para la inmensa mayoría de los pueblos, traerá caos, rebelión e ingobernabilidad por todas partes.

El precio será también impagable para los países ricos. Durante años no podría hablarse con toda la fuerza necesaria de medio ambiente y ecología, ni de las ideas, investigaciones realizadas y comprobadas, ni de los proyectos para proteger la naturaleza, porque su espacio y posibilidades los ocuparían acciones militares, guerras y crímenes tan infinitos como la «Justicia Infinita» con cuyo título se pretende desatar la operación bélica.

¿Puede quedar alguna esperanza después de escuchar, hace apenas 36 horas, el discurso del presidente ante el Congreso de Estados Unidos?

No usaré adjetivos, enjuiciamientos ni palabras ofensivas para el autor del discurso, que serían totalmente innecesarias e inoportunas en instantes tensos y graves como estos que requieren reflexión y ecuanimidad. Me limitaré a subrayar unas breves frases que lo expresan todo:

> Vamos a utilizar cualquier arma de guerra que sea necesaria.
>
> El país no debe esperar una sola batalla, sino una campaña prolongada, una campaña sin paralelo en nuestra historia.
>
> Cualquier nación, en cualquier lugar, tiene ahora que tomar una decisión: o están con nosotros o están con el terrorismo.
>
> Les he pedido a las Fuerzas Armadas que estén en alerta, y hay una razón para ello: se acerca la hora de que entremos en acción, y ustedes nos van a hacer sentir orgullosos.
>
> Esta es una lucha de todo el mundo, esta es una lucha de la civilización.
>
> Les pido que tengan paciencia [...] en lo que va a ser una campaña larga.
>
> Los logros de nuestros tiempos y la esperanza de todos los tiempos dependen de nosotros.
>
> No sabemos cuál va a ser el derrotero de este conflicto, pero sí cuál va a ser el desenlace [...] Y sabemos que Dios no es neutral.

Pido a todos nuestros compatriotas que reflexionen con profundidad y serenidad sobre las ideas contenidas en varias de las frases mencionadas: «Están con nosotros o están con el terrorismo».

Ninguna nación del mundo ha sido excluida del dilema, ni siquiera grandes y poderosos Estados; ninguna ha dejado de ser amenazada con guerras o con ataques.

«Vamos a utilizar cualquier arma». Ningún procedimiento, sin importar cuál desde el punto de vista ético, ninguna amenaza por mortífera que sea —nuclear, química, biológica u otras— han sido excluidos.

No será un breve combate; «será una guerra prolongada, de muchos años, sin paralelo en la historia». «Es la lucha de todo el mundo, es la lucha de la civilización».

«Los logros de nuestros tiempos y la esperanza de todos los tiempos dependen de nosotros».

Por último, una confesión jamás escuchada en un discurso político, vísperas de una guerra, nada menos que en época de riesgos apocalípticos: «No sabemos cuál va a ser el derrotero de este conflicto, pero sí cuál va a ser el desenlace. Y sabemos que Dios no es neutral».

La afirmación es asombrosa. Al meditar sobre las partes reales o imaginarias de esa extraña guerra santa que está a punto de iniciarse, pienso que es imposible distinguir de qué lado hay más fanatismo.

El jueves, ante el Congreso de Estados Unidos, se diseñó la idea de una dictadura militar mundial bajo la égida exclusiva de la fuerza, sin leyes ni instituciones internacionales de ninguna índole. La Organización de Naciones Unidas, absolutamente desconocida en la actual crisis, no tendría autoridad ni prerrogativa alguna; habría un solo jefe, un solo juez, una sola ley.

Todos hemos recibido la orden de aliarnos con el gobierno de Estados Unidos o con el terrorismo.

Cuba, con la moral que le otorga haber sido el país que más ataques terroristas ha recibido durante más tiempo, cuyo pueblo no tiembla ante nada, ni hay amenaza o poder en el mundo capaz de intimidarlo, proclama que está contra el terrorismo y está contra la guerra. Aunque las posibilidades son ya remotas, reitera la necesidad de evitar una guerra de imprevisibles consecuencias, cuyos autores han confesado que no tienen siquiera idea de cómo se desenvolverán los acontecimientos. Reitera igualmente su disposición a cooperar con todos los demás países en la erradicación total del terrorismo.

Algún amigo objetivo y sereno debiera aconsejar al gobierno de Estados Unidos que no lance a los jóvenes soldados norteamericanos a una guerra incierta en remotos, recónditos e inaccesibles lugares, como una lucha contra fantasmas, de los cuales no saben dónde se encuentran, ni siquiera si existen o no, y si las personas que maten tienen o no responsabilidad alguna con la muerte de sus compatriotas inocentes caídos en Estados Unidos.

Cuba no se declarará nunca enemiga del pueblo norteamericano, sometido hoy a una campaña sin precedentes para sembrar odio y espíritu de venganza, a tal extremo que se llega a impedir hasta la música que se inspira en la paz. Cuba, en cambio, hará suya esa música, y sus canciones por la paz las cantarán hasta sus niños mientras dure la cruenta guerra que se anuncia.

Pase lo que pase, no se permitirá jamás que nuestro territorio sea utilizado para acciones terroristas contra el pueblo de Estados Unidos. Y todo cuanto esté a nuestro alcance lo haremos para evitar acciones de ese tipo contra él. Hoy le expresamos nuestra solidaridad con nuestra exhortación a la calma y a la paz. Algún día nos darán la razón.

¡Nuestra independencia, nuestros principios y nuestras conquistas sociales los defenderemos con honor hasta la última gota de sangre, si somos agredidos!

No será fácil instrumentar pretextos para hacerlo. Y ya que se habla de guerra con empleo de todas las armas, es bueno recordar que ni siquiera eso sería una experiencia nueva. Hace casi 40 años, cientos de armas nucleares, tácticas o estratégicas apuntaban contra Cuba, y nadie recuerda haber visto a un solo compatriota perder por ello el sueño.

Somos los mismos hijos de ese pueblo heroico, con una conciencia patriótica y revolucionaria más elevada que nunca. Es la hora de la serenidad y el coraje.

El mundo tomará conciencia y hará escuchar su voz ante el drama terrible que lo amenaza y está a punto de sufrir.

Para los cubanos, es el instante preciso de proclamar, con más orgullo y decisión que nunca:

¡Socialismo o Muerte!
¡Patria o Muerte!
¡Venceremos!

19. MEDIO SIGLO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

PLAZA DE LA REVOLUCIÓN, LA HABANA, 1RO. DE MAYO DE 2003

En la celebración del Primero de Mayo, en La Habana en el 2003, Fidel Castro resumió los logros alcanzados en cuarenta y cuatro años por la Revolución Cubana.

Ilustres invitados;
Queridos compatriotas:

Nuestro pueblo heroico ha luchado 44 años desde una pequeña isla del Caribe a pocas millas de la más poderosa potencia imperial que ha conocido la humanidad. Con ello ha escrito una página sin precedentes en la historia. Nunca el mundo vio tan desigual lucha.

Los que creían que el ascenso del imperio a la condición de única superpotencia, cuyo poder militar y tecnológico no tiene contrapeso alguno en el mundo, produciría miedo o desaliento en el pueblo cubano, no tienen otra alternativa que asombrarse ante el valor multiplicado de este valeroso pueblo. Un día como hoy, fecha gloriosa de los trabajadores, que conmemora la muerte de los cinco mártires de Chicago, declaro, en nombre del millón de cubanos aquí reunidos, que haremos frente a todas las amenazas, no cederemos ante presión alguna, y estamos dispuestos a defender la Patria y la Revolución, con las ideas y con las armas, hasta la última gota de sangre.

¿Cuál es la culpa de Cuba? ¿Qué hombre honesto tiene razón para atacarla?

Con su propia sangre y con las armas arrancadas al enemigo, su pueblo derrocó una cruel tiranía impuesta por el gobierno de Estados Unidos, que poseía 80 000 hombres sobre las armas.

Fue el primer territorio libre del dominio imperialista en América Latina y el Caribe, y el único país del hemisferio donde, a lo largo de la historia poscolonial, torturadores, asesinos y criminales de guerra, que arrancaron la vida a decenas de miles de personas, fueron ejemplarmente sancionados.

Recuperó y entregó totalmente la tierra a los campesinos y trabajadores agrícolas. Los recursos naturales y las industrias y servicios fundamentales fueron puestos en manos del único dueño verdadero: la nación cubana.

En menos de setenta y dos horas, luchando incesantemente día y noche, Cuba destrozó la invasión mercenaria de Girón organizada por un Gobierno de Estados Unidos, lo que evitó una intervención militar directa de ese país y una guerra de incalculables consecuencias. La Revolución contaba ya con el Ejército Rebelde, más de cuatrocientas mil armas y cientos de miles de milicianos.

Se enfrentó con honor, sin concesión alguna, al riesgo de ser atacada con decenas de armas nucleares en 1962.

Derrotó la guerra sucia extendida a todo el país, a un costo de vidas superior al que pagó por la guerra de liberación.

Soportó inconmovible miles de actos de sabotaje y ataques terroristas organizados por el gobierno de Estados Unidos.

Frustró cientos de planes de asesinato contra los líderes de la Revolución.

En medio de un riguroso bloqueo y guerra económica que han durado casi medio siglo, Cuba fue capaz de erradicar en un año el analfabetismo que no han podido vencer en más de cuatro décadas el resto de los países de América Latina, ni tampoco Estados Unidos.

Llevó la educación gratuita al 100% de los niños.

Posee el más alto índice de retención escolar —más del 99% entre el preescolar y noveno grado— de todas las naciones del hemisferio.

Sus alumnos de primaria ocupan el primer lugar del mundo en conocimientos de lenguaje y matemáticas.

Ocupa igualmente el primer lugar mundial en maestros per cápita y alumnos por aula.

La totalidad de los niños con dificultades físicas o mentales estudian en escuelas especiales.

La enseñanza de computación y el empleo de medios audiovisuales de forma intensiva se aplica hoy a la totalidad de los niños, adolescentes y jóvenes, en campos y ciudades.

El estudio con una remuneración económica del Estado se ha convertido, por primera vez en el mundo, en una oportunidad para todos los jóvenes de 17 a 30 años de edad que no estudiaban ni poseían empleo.

Cualquier ciudadano tiene la posibilidad de realizar estudios que lo conduzcan desde el preescolar hasta la obtención del título de Doctor en Ciencias sin gastar un solo centavo.

La nación cuenta hoy con más de 30 graduados universitarios, intelectuales y artistas profesionales, por cada uno de los que existían antes de la Revolución.

El nivel promedio de conocimientos de un ciudadano cubano alcanza ya no menos de nueve grados.

No existe en Cuba ni siquiera el analfabetismo funcional.

Escuelas de formación de artistas y de instructores de arte se han extendido a todas las provincias del país, donde cursan estudios y desarrollan su talento y vocación más de 20 000 jóvenes. Decenas de miles adicionales lo hacen en escuelas vocacionales, que son canteras de las escuelas profesionales.

Las sedes universitarias se extienden ya progresivamente a todos los municipios del país. Jamás se produjo en ninguna otra parte tan colosal revolución educativa y cultural, que convertirá a Cuba, por amplio margen, en el país con más conocimientos y más cultura del mundo, aferrada a la profunda convicción martiana de que «sin cultura no hay libertad posible».

La mortalidad infantil se ha reducido de 60 por mil nacidos vivos a una cifra que fluctúa entre 6 y 6,5. Es la más baja del hemisferio, desde Estados Unidos a la Patagonia.

Las perspectivas de vida se han elevado en 15 años.

Enfermedades infecciosas y transmisibles como la poliomielitis, el paludismo, el tétanos neonatal, la difteria, el sarampión, la rubéola, la parotiditis, la tos ferina y el dengue han sido eliminadas; otras como el tétanos, la meningitis meningocócica, la hepatitis B, la lepra, la meningitis por hemófilos y la tuberculosis, están totalmente controladas.

Hoy en nuestro país mueren las personas de iguales enfermedades que en los países más altamente desarrollados: cardiovasculares, tumorales, accidentes y otras, pero de mucho menor peso.

Una profunda revolución se lleva a cabo para acercar los servicios médicos a la población, a fin de facilitar su acceso a los centros de asistencia, preservar vidas y aliviar dolores.

Profundos estudios se realizan para romper la cadena, mitigar o reducir al mínimo los problemas de origen genético, prenatales o asociados al parto.

Cuba es hoy el país con el más alto índice de médicos per cápita; casi duplica el número de los que la siguen detrás.

Los centros científicos laboran sin cesar para buscar soluciones preventivas o terapéuticas contra las enfermedades más graves.

Los cubanos dispondrán del mejor sistema médico del mundo, cuyos servicios continuarán recibiendo de forma absolutamente gratuita.

La seguridad social abarca al 100% de los ciudadanos del país.

El 85% de la población es propietaria de la vivienda. Esta está libre de todo impuesto. El 15% restante paga un alquiler absolutamente simbólico, que apenas se eleva al 10% del salario.

El uso de drogas alcanza a un ínfimo número de personas, y se lucha resueltamente contra él.

La lotería y otras formas de juego lucrativo fueron prohibidos desde los primeros años de la Revolución para que nadie cifrara su esperanza de progreso en el azar.

Nuestra televisión, radio y prensa no practican la publicidad comercial. Cualquier promoción está dirigida a cuestiones de salud, educación, cultura, educación física, deporte, recreación sana, defensa del medio ambiente; a la lucha contra las drogas, contra los accidentes u otros problemas de carácter social. Nuestros medios de difusión masiva educan, no envenenan ni enajenan. No se rinde culto ni se exaltan los valores de las podridas sociedades de consumo.

Fue barrida la discriminación de la mujer, que hoy constituye el 64% de la fuerza técnica y científica del país.

Desde los primeros meses de la Revolución no quedó en pie una sola de las formas de expresión racistas copiadas del sur de Estados Unidos. En los últimos años, la Revolución se esmera especialmente en el esfuerzo por

desaparecer las huellas que la pobreza y la falta de acceso a los conocimientos dejaron en los descendientes de los que fueron esclavizados durante siglos, y que crearon diferencias objetivas que tienden a reproducirse. Pronto no quedará ni sombra de las consecuencias de aquella terrible injusticia.

No existe culto a ninguna personalidad revolucionaria viva, como estatuas, fotos oficiales, nombres de calles o instituciones. Los que dirigen son hombres y no dioses.

En nuestro país no existen fuerzas paramilitares ni escuadrones de la muerte, ni se ha usado nunca la violencia contra el pueblo, ni se realizan ejecuciones extrajudiciales, ni se aplica la tortura. El pueblo ha apoyado en masa siempre las actividades de la Revolución. Este acto lo demuestra.

Años luz separan nuestra sociedad de lo que ha prevalecido hasta hoy en el mundo. Se cultiva la fraternidad y la solidaridad entre los hombres y los pueblos dentro y fuera del país.

Se educa a las nuevas generaciones y a todo el pueblo en la protección del medio ambiente. Los medios masivos de difusión se emplean en la formación de una conciencia ecológica.

Nuestro país defiende con firmeza su identidad cultural, asimila lo mejor de las demás culturas y combate resueltamente contra todo lo que deforma, enajena y envilece.

El desarrollo del deporte sano y no profesional ha conducido a nuestro pueblo a los más altos índices de medallas y honores a nivel mundial.

Las investigaciones científicas, al servicio de nuestro pueblo y de la humanidad, se multiplicaron centenares de veces. Producto de este esfuerzo, importantes medicamentos salvan vidas en Cuba y en otros países.

Jamás se investigó ni elaboró arma biológica alguna, lo cual estaría en absoluta contradicción con la formación y la conciencia en que ha sido educado y se educa nuestro personal científico.

En ningún otro pueblo se enraizó tanto el espíritu de solidaridad internacional.

Nuestro país apoyó a los patriotas argelinos en su lucha contra el colonialismo francés, a costa de afectar las relaciones políticas y económicas con un país europeo tan importante como Francia.

Enviamos armas y combatientes para defender a Argelia contra el expansionismo marroquí cuando el rey de ese país quiso apoderarse de las minas de hierro de Gara Yebilet, en las proximidades de la ciudad de Tinduf, al sudoeste de Argelia.

El personal completo de una brigada de tanques montó guardia a solicitud de la nación árabe de Siria entre 1973 y 1975 frente a las Alturas del Golán, cuando esa parte del territorio fue injustamente arrebatada a aquel país.

El líder de la República del Congo recién alcanzada su independencia, Patricio Lumumba, acosado desde el exterior, recibió nuestro apoyo político. Asesinado este por las potencias coloniales en enero de 1961, prestamos ayuda a sus seguidores.

Cuatro años después, en 1965, sangre cubana se derramó en la zona occidental del lago Tanganyika, donde el Che, con más de cien instructores cubanos, apoyaron a los rebeldes congoleses que luchaban contra mercenarios blancos al servicio de Mobutu, el hombre de Occidente, cuyos $40 000 millones de dólares robados no se sabe en qué bancos europeos están guardados, ni en poder de quién.

Sangre de instructores cubanos se derramó entrenando y apoyando a los combatientes del Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde que, bajo el mando de Amílcar Cabral, luchaban por la independencia de estas antiguas colonias portuguesas.

Otro tanto ocurrió durante diez años ayudando al MPLA de Agostinho Neto en la lucha por la independencia de Angola. Alcanzada esta, y a lo largo de 15 años, cientos de miles de voluntarios cubanos participaron en la defensa de Angola frente al ataque de las tropas racistas sudafricanas que, en complicidad con Estados Unidos y utilizando la guerra sucia, sembraron millones de minas, arrasaron aldeas completas y asesinaron a más de medio millón de hombres, mujeres y niños angolanos.

En Cuito Cuanavale y en la frontera de Namibia, al sudoeste de Angola, fuerzas angolanas y namibias y 40 000 soldados cubanos asestaron un golpe definitivo a las tropas sudafricanas, que contaban entonces con siete bombas nucleares suministradas o ayudadas a producir por Israel con pleno conocimiento y complicidad del gobierno de Estados Unidos. Esto significó la inmediata liberación de Namibia, y aceleró tal vez en 20 ó 25 años el fin del *apartheid*.

A lo largo de casi 15 años, Cuba ocupó un lugar de honor en la solidaridad con el heroico pueblo de Vietnam, en una guerra bárbara y brutal de Estados Unidos, que mató a cuatro millones de vietnamitas, aparte de la cifra de heridos y mutilados de guerra; que inundó su suelo de productos químicos

que han causado incalculables daños aún presentes. Pretexto: Vietnam, un país pobre y subdesarrollado, situado a 20 000 kilómetros de Estados Unidos, constituía un peligro para la seguridad nacional de ese país.

Sangre cubana se derramó junto a la sangre de ciudadanos de varios países latinoamericanos, y junto a la sangre cubana y latinoamericana del Che, asesinado por instrucciones de los agentes de Estados Unidos en Bolivia, cuando se encontraba herido y prisionero y su arma había sido inutilizada por un balazo en el combate.

Sangre cubana de obreros de la construcción que estaban ya a punto de concluir un aeropuerto internacional que era vital para la economía de una pequeñísima isla que vivía del turismo, se derramó combatiendo en defensa de Granada, invadida por Estados Unidos con cínicos pretextos.

Sangre cubana se derramó en Nicaragua cuando instructores de nuestras Fuerzas Armadas entrenaban a los bravos soldados nicaragüenses que enfrentaban la guerra sucia organizada y armada por Estados Unidos contra la Revolución Sandinista.

Y no he citado todos los ejemplos.

Pasan de dos mil los heroicos combatientes internacionalistas cubanos que dieron su vida cumpliendo el sagrado deber de apoyar la lucha de liberación por la independencia de otros pueblos hermanos. En ninguno de esos países existe una propiedad cubana.

Ningún otro país en nuestra época cuenta con tan brillante página de solidaridad sincera y desinteresada.

Cuba predicó siempre con su ejemplo. Jamás claudicó. Jamás vendió la causa de otro pueblo. Jamás hizo concesiones. Jamás traicionó principios. Por algo hace solo 48 horas fue reelecta por aclamación, en el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, como miembro por tres años más de la Comisión de Derechos Humanos, integrando ese órgano de manera ininterrumpida durante 15 años.

Más de medio millón de cubanos cumplieron misiones internacionalistas como combatientes, como maestros, como técnicos o como médicos y trabajadores de la salud. Decenas de miles de estos últimos han prestado servicios y salvado millones de vidas a lo largo de más de 40 años. En la actualidad, 3 000 especialistas en Medicina General Integral y otros trabajadores de la salud laboran en los lugares más recónditos de 18 países del Tercer Mundo, donde mediante métodos preventivos y terapéuticos salvan cada

año cientos de miles de vidas, y preservan o devuelven la salud a millones de personas sin cobrar un solo centavo por sus servicios.

Sin los médicos cubanos ofrecidos a la Organización de Naciones Unidas en caso de obtener esta los fondos necesarios —sin los cuales naciones enteras y hasta regiones completas del África Subsahariana corren el riesgo de perecer—, los imprescindibles y urgentes programas de lucha contra el SIDA no podrían realizarse.

El mundo capitalista desarrollado creó abundante capital financiero, pero no ha creado el más mínimo capital humano que el Tercer Mundo desesperadamente necesita.

Cuba ha desarrollado técnicas para enseñar a leer y escribir por radio con textos hoy elaborados en cinco idiomas: creole, portugués, francés, inglés y español, que ya están siendo puestos en práctica en algunos países. Está a punto de concluir un programa similar en español, de excepcional calidad, para alfabetizar por televisión. Son programas ideados por Cuba y genuinamente cubanos. No nos interesa la exclusividad de la patente. Estamos en disposición de ofrecerlos a todos los países del Tercer Mundo, donde se concentra el mayor número de analfabetos, sin cobrar un solo centavo. En cinco años los 800 millones de analfabetos, a un costo mínimo, podrían reducirse en un 80%.

Cuando la URSS y el campo socialista desaparecieron, nadie apostaba un solo centavo por la supervivencia de la Revolución Cubana. Estados Unidos arreció el bloqueo. Surgieron las leyes Torricelli y Helms-Burton, ambas de carácter extraterritorial. Nuestros mercados y fuentes de suministros fundamentales desaparecieron abruptamente. El consumo de calorías y proteínas se redujo casi a la mitad. El país resistió y avanzó considerablemente en el campo social. Hoy ha recuperado gran parte de sus requerimientos nutritivos y avanza aceleradamente en otros campos. Aun en esas condiciones, la obra realizada y la conciencia creada durante años obraron el milagro. ¿Por qué resistimos? Porque la Revolución contó siempre, cuenta y contará cada vez más con el apoyo del pueblo, un pueblo inteligente, cada vez más unido, más culto y más combativo.

Cuba, que fue el primer país en solidarizarse con el pueblo norteamericano el 11 de septiembre del 2001, fue también el primero en advertir el carácter neofascista que la política de la extrema derecha de Estados Unidos, que asumió fraudulentamente el poder en noviembre del año 2000,

se proponía imponer al mundo. No surge esta política movida por el atroz ataque terrorista contra el pueblo de Estados Unidos, cometido por miembros de una organización fanática, que en tiempos pasados sirvió a otras administraciones norteamericanas. Era un pensamiento fríamente concebido y elaborado, que explica el rearme y los colosales gastos en armamento cuando ya la guerra fría no existía y lo que ocurrió en septiembre estaba lejos de producirse. Los hechos del día 11 de ese fatídico mes del año 2001 sirvieron de pretexto ideal para ponerlo en marcha.

El 20 de septiembre de ese año, el presidente Bush lo expresó abiertamente ante un Congreso conmocionado por los trágicos sucesos ocurridos nueve días antes. Utilizando extraños términos habló de «justicia infinita» como objetivo de una guerra al parecer también infinita:

> El país no debe esperar una sola batalla, sino una campaña prolongada, una campaña sin paralelo en nuestra historia.
>
> Vamos a utilizar cualquier arma de guerra que sea necesaria.
>
> Cualquier nación, en cualquier lugar, tiene ahora que tomar una decisión: o están con nosotros o están con el terrorismo.
>
> Les he pedido a las Fuerzas Armadas que estén en alerta, y hay una razón para ello: se acerca la hora de que entremos en acción.
>
> Esta es una lucha de la civilización.
>
> Los logros de nuestros tiempos y las esperanzas de todos los tiempos dependen de nosotros.
>
> No sabemos cuál va a ser el derrotero de este conflicto, pero sí cuál va a ser el desenlace [...] Y sabemos que Dios no es neutral.

¿Hablaba un estadista o un fanático incontenible?

Dos días después, el 22 de septiembre, Cuba denunció este discurso como el diseño de la idea de una dictadura militar mundial bajo la égida de la fuerza bruta, sin leyes ni instituciones internacionales de ninguna índole.

«...La Organización de Naciones Unidas, absolutamente desconocida en la actual crisis, no tendría autoridad ni prerrogativa alguna; habría un solo jefe, un solo juez, una sola ley».

Meses más tarde, al cumplirse el aniversario 200 de la Academia de West Point, en el acto de graduación de 958 cadetes celebrado el 3 de junio del 2002, el presidente Bush profundizó en su pensamiento a través de una encendida arenga a los jóvenes militares que se graduaban ese día, en la que están contenidas sus ideas fijas esenciales:

> Nuestra seguridad requerirá que transformemos a la fuerza militar que ustedes dirigirán, en una fuerza que debe estar lista para atacar inmediatamente en cualquier oscuro rincón del mundo. Y nuestra seguridad requerirá que estemos listos para el ataque preventivo cuando sea necesario defender nuestra libertad y defender nuestras vidas.
>
> Debemos descubrir células terroristas en 60 países o más…
>
> Los enviaremos a ustedes, a nuestros soldados, a donde ustedes sean necesarios.
>
> No dejaremos la seguridad de América y la paz del planeta a merced de un puñado de terroristas y tiranos locos. Eliminaremos esta sombría amenaza de nuestro país y del mundo.
>
> A algunos les preocupa que sea poco diplomático o descortés hablar en términos del bien y el mal: No estoy de acuerdo. [...] Estamos ante un conflicto entre el bien y el mal, y América siempre llamará al mal por su nombre. Al enfrentarnos al mal y a regímenes anárquicos, no creamos un problema, sino que revelamos un problema. Y dirigiremos al mundo en la lucha contra el problema.

En el discurso que pronuncié en la Tribuna Abierta que tuvo lugar en la Plaza de la Revolución Antonio Maceo de Santiago de Cuba el 8 de junio del 2002, ante medio millón de santiagueros, expresé:

> Como puede apreciarse, en el discurso (de West Point) no aparece una sola mención a la Organización de las Naciones, ni una frase referida al derecho de los pueblos a la seguridad y a la paz, a la necesidad de un mundo regido por normas y principios.
>
> La humanidad conoció, hace apenas dos tercios de siglo, la amarga experiencia del nazismo. Hitler tuvo como aliado inseparable el miedo que fue capaz de imponer a sus adversarios. [...] Ya poseedor de una temible fuerza militar, estalló una guerra que incendió el mundo. La

falta de visión y la cobardía de los estadistas de las más fuertes potencias europeas de aquella época dieron lugar a una gran tragedia.

No creo que en Estados Unidos pueda instaurarse un régimen fascista. Dentro de su sistema político se han cometido graves errores e injusticias —muchas de las cuales perduran—, pero el pueblo norteamericano cuenta con determinadas instituciones, tradiciones, valores educativos, culturales y éticos que lo harían casi imposible. El riesgo está en la esfera internacional. Son tales las facultades y prerrogativas de un presidente y tan inmensa la red de poder militar, económico y tecnológico de ese Estado que, de hecho, en virtud de circunstancias ajenas por completo a la voluntad del pueblo norteamericano, el mundo está comenzando a ser regido por métodos y concepciones nazis.

Los miserables insectos que habitan en sesenta o más naciones del mundo, seleccionadas por él, sus íntimos colaboradores, y en el caso de Cuba por sus amigos de Miami, no importan para nada. Constituyen los «oscuros rincones del mundo» que pueden ser objeto de sus «sorpresivos y preventivos» ataques. Entre ellos se encuentra Cuba que, además, ha sido incluida entre los que propician el terrorismo.

Mencioné por primera vez la idea de una tiranía mundial un año, tres meses y 19 días antes del ataque a Iraq.

En los días previos al inicio de la guerra, el presidente Bush volvió a repetir que utilizaría, si fuese necesario, cualquier medio del arsenal norteamericano, es decir, armas nucleares, armas químicas y armas biológicas.

Antes se había producido ya el ataque y ocupación de Afganistán.

Hoy los llamados «disidentes», mercenarios a sueldo pagados por el gobierno hitleriano de Bush, traicionan no solo a su patria sino también a la humanidad.

Ante los planes siniestros contra nuestra patria por parte de esa extrema derecha neofascista y sus aliados de la mafia terrorista de Miami que le dieron la victoria con el fraude electoral, nos gustaría saber cuántos de los que desde supuestas posiciones de izquierda y humanistas han atacado a nuestro pueblo por las medidas legales que en acto de legítima defensa nos vimos obligados a adoptar frente a los planes agresivos de la superpotencia, a pocas millas de nuestras costas y con una base militar en nuestro propio territorio, han podido leer esas palabras, tomar conciencia, denunciar y condenar la política anunciada en los discursos pronunciados por el señor Bush

a los que hice referencia en los que se proclama una siniestra política internacional nazi-fascista por parte del jefe del país que posee la más poderosa fuerza militar que fue concebida jamás, cuyas armas pueden destruir diez veces a la humanidad indefensa.

El mundo entero se ha movilizado frente a las espantosas imágenes de ciudades destruidas e incendiadas por atroces bombardeos, niños mutilados y cadáveres destrozados de personas inocentes.

Dejando a un lado a los grupos políticos oportunistas, demagogos y politiqueros de sobra conocidos, me refiero ahora fundamentalmente a los que fueron amistosos con Cuba y luchadores apreciados. No deseamos que los que la atacaron, de forma a nuestro juicio injusta, por desinformación o falta de análisis meditado y profundo, tengan que pasar por un dolor infinito si un día nuestras ciudades están siendo destruidas y nuestros niños y sus madres, mujeres y hombres, jóvenes y ancianos destrozados por las bombas del nazi-fascismo, y conocen que sus declaraciones fueron cínicamente manipuladas por los agresores para justificar un ataque militar contra Cuba.

El daño humano no puede medirse solo por las cifras de niños muertos y mutilados, sino también por los millones de niños y madres, mujeres y hombres, jóvenes y ancianos que quedarán traumatizados por el resto de la vida.

Respetamos totalmente las opiniones de los que por razones religiosas, filosóficas o humanitarias se oponen a la pena capital, que los revolucionarios cubanos también aborrecemos por razones más profundas que las que han sido abordadas por las ciencias sociales sobre el delito, hoy en proceso de estudio en nuestro país. Llegará el día, en que podamos acceder a los deseos tan noblemente expresados aquí en su brillante discurso por el pastor y hermano entrañable Lucius Walker, de abolir esta pena. Se comprende la especial preocupación sobre el tema, cuando se sabe que la mayoría de las personas ejecutadas en Estados Unidos son afronorteamericanas y latinas, no pocas veces inocentes, especialmente en Texas, campeona de la pena capital, donde fuera Gobernador el presidente Bush y donde nunca se ha perdonado una sola vida.

La Revolución Cubana fue puesta en el dilema de proteger la vida de millones de compatriotas sancionando con la pena capital legalmente establecida a los tres principales secuestradores de una embarcación de pasajeros —estimulados por el gobierno de Estados Unidos, que trata

de alentar el potencial delictivo de carácter común para asaltar barcos o aeronaves con pasajeros a bordo, poniendo en grave peligro la vida de estos, creando condiciones propicias para una agresión a Cuba, desatando una ola de secuestros ya en pleno desarrolló que había que parar en seco—, o cruzarnos de brazos. No podemos vacilar jamás, cuando se trata de proteger la vida de los hijos de un pueblo decidido a luchar hasta el final, en arrestar mercenarios que sirven a los agresores y aplicar los castigos más severos, aunque nos desagraden, a terroristas que secuestren naves o embarcaciones de pasajeros, o que cometan hechos de similar gravedad, que sean sancionados por los tribunales de acuerdo con leyes previas.

Ni siquiera Cristo, que expulsó a latigazos a los mercaderes del templo, dejaría de optar por la defensa del pueblo.

Hacia su santidad, el Papa Juan Pablo II, siento un sincero y profundo respeto. Comprendo y admiro su noble lucha por la vida y por la paz. Nadie se opuso tanto y tan tenazmente como él a la guerra contra Iraq. Estoy absolutamente seguro de que nunca habría aconsejado a los chiítas y sunnitas dejarse matar sin defenderse; tampoco aconsejaría algo parecido a los cubanos. Él sabe perfectamente bien que este no es un problema entre cubanos; es un problema entre el pueblo de Cuba y el gobierno de Estados Unidos.

Es tan provocadora y desvergonzada la política del gobierno de Estados Unidos, que el pasado día 25 de abril el señor Kevin Whitaker, jefe del Buró Cuba del Departamento de Estado, le dijo al jefe de nuestra Sección de Intereses en Washington, que la Oficina de Seguridad Doméstica, adscrita al Consejo de Seguridad Nacional, consideraba que los continuados secuestros desde Cuba constituían una seria amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos, y solicitaba al gobierno cubano tomar todas las medidas necesarias para evitar hechos de esta naturaleza, cual si no fueran ellos quienes provocaron y estimularon esos secuestros y no fuéramos nosotros los que, para proteger la vida y la seguridad de los pasajeros y conociendo desde hace rato los criminales planes de la extrema derecha fascista contra Cuba, tomamos medidas drásticas para impedirlo. Filtrado por ellos ese contacto del día 25, ha creado gran alboroto en la mafia terrorista de Miami. Todavía no comprenden que sus amenazas directas o indirectas contra Cuba no le quitan el sueño a nadie en nuestro país.

La hipocresía de la política occidental y de un numeroso grupo de líderes mediocres es tan grande, que no cabría en el lecho del Océano Atlántico.

Cualquier medida que Cuba adopte en aras de su legítima defensa, es publicada entre las primeras noticias de casi todos los medios de difusión masiva. Sin embargo, cuando denunciamos que bajo el mandato de un jefe de gobierno español decenas de etarras fueron ejecutados extrajudicialmente sin que nadie protestara ni lo denunciara ante la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas, y otro jefe de gobierno, en un momento difícil de la guerra de Kosovo, aconsejó al presidente de Estados Unidos arreciar la guerra, multiplicar los bombardeos y atacar los objetivos civiles, que causarían la muerte de centenares de inocentes e inmenso sacrificio a millones de personas, la prensa solo dice: «Castro arremetió contra Felipe y Aznar». Del contenido real, ni una palabra.

En Miami y en Washington se discute hoy dónde, cómo y cuándo se atacará a Cuba o se resolverá el problema de la Revolución.

En lo inmediato se habla de medidas económicas que endurezcan el brutal bloqueo, pero no saben todavía cuál escoger, con quiénes se resignan a pelearse y qué efectividad puedan tener. Les quedan muy pocas. Las han gastado casi todas.

Un cínico rufián mal llamado Lincoln, y Díaz-Balart como apellido, íntimo amigo y consejero del presidente Bush, declaró a una cadena televisiva de Miami las enigmáticas palabras siguientes: «No puedo entrar en detalles, pero estamos tratando de romper este círculo vicioso».

¿A cuál de los métodos para manejar el círculo vicioso se refiere? ¿Eliminarme físicamente a partir de los sofisticados medios modernos que han desarrollado, tal como el señor Bush les prometió en Texas antes de las elecciones? ¿O atacar a Cuba al estilo de Iraq?

Si fuese el primero, no me preocupa en absoluto. Las ideas por las cuales he luchado toda la vida no podrán morir y vivirán durante mucho tiempo.

Si la fórmula fuese atacar a Cuba como a Iraq, me dolería mucho por el costo en vidas y la enorme destrucción que para Cuba significaría. Pero tal vez sea ese el último de los ataques fascistas de esta administración, porque la lucha duraría mucho tiempo, enfrentándose los agresores no solo a un ejército sino a miles de ejércitos que constantemente se reproducirían y harían pagar al adversario un costo en bajas tan alto, que estaría muy por encima del presupuesto de vidas de sus hijos que el pueblo norteamericano estaría dispuesto a pagar por las aventuras y las ideas del presidente Bush, hoy con apoyo mayoritario pero decreciente, mañana reducido a cero.

El propio pueblo norteamericano, los millones de personas con elevada cultura que allí razonan y piensan, sus principios éticos básicos, decenas de millones de computadoras para comunicarse, cientos de veces más que al final de la guerra de Vietnam, demostrarán que no se puede engañar a todo el pueblo, y quizás ni siquiera a una parte del pueblo, todo el tiempo. Un día pondrá camisa de fuerza a quienes sea necesario antes de que puedan poner fin a la vida en el planeta.

En nombre del millón de personas aquí reunidas este 1ro. de mayo, deseo enviar un mensaje al mundo y al pueblo norteamericano:

No deseamos que la sangre de cubanos y norteamericanos sea derramada en una guerra; no deseamos que un incalculable número de vidas de personas que pueden ser amistosas se pierdan en una contienda. Pero jamás un pueblo tuvo cosas tan sagradas que defender, ni convicciones tan profundas por las cuales luchar, de tal modo que prefiere desaparecer de la faz de la Tierra antes que renunciar a la obra noble y generosa por la cual muchas generaciones de cubanos han pagado el elevado costo de muchas vidas de sus mejores hijos.

Nos acompaña la convicción más profunda de que las ideas pueden más que las armas por sofisticadas y poderosas que estas sean.

Digamos como el Che cuando se despidió de nosotros:

¡Hasta la victoria siempre!

20. EN RESPUESTA AL IMPERIO: CARTAS AL PRESIDENTE GEORGE W. BUSH

La Comisión de Ayuda para una Cuba Libre (Commission for Assistance to a Free Cuba-CAFC) fue creada por el presidente Bush en octubre de 2003, para recomendar modos de apresurar el derrocamiento de la Revolución Cubana. Después que la CAFC presentó su informe, una manifestación fue convocada frente a la Sección de Intereses de los Estados Unidos en La Habana, Cuba, el 14 de mayo de 2004. En ella, Fidel Castro lee su «Proclama de un adversario al gobierno de Estados Unidos». De nuevo, el 21 de junio, Fidel dirige otra carta al presidente Bush. La CAFC, presidida por la ministra de Asuntos Exteriores Condoleezza Rice, realizó un segundo informe en julio de 2006.

PROCLAMA DE UN ADVERSARIO AL GOBIERNO DE ESTADOS UNIDOS. LA HABANA, 14 DE MAYO 2004

Señor George W. Bush:

El millón de cubanos que nos reunimos hoy para marchar frente a su Oficina de Intereses, es solo una pequeña parte de todo un pueblo valiente y heroico que quisiera estar aquí junto a nosotros si físicamente fuese posible.

No se reúne en gesto hostil contra el pueblo de Estados Unidos, cuyas raíces éticas, originarias de la época cuando emigraron a este hemisferio los primeros peregrinos, conocemos bien. No deseamos tampoco molestar a

los funcionarios, empleados y guardianes de esa instalación que, en el cumplimiento de sus misiones, gozan de toda la seguridad y garantías que un pueblo culto y civilizado como el nuestro es capaz de ofrecer. Es un acto de indignada protesta y una denuncia contra las brutales, despiadadas y crueles medidas que su gobierno acaba de adoptar contra nuestro país.

De antemano conocemos lo que usted piensa o pretende hacer creer de los que por aquí marcharán. En su opinión se trata de masas oprimidas y ansiosas de libertad lanzadas a la calle por el gobierno de Cuba. Ignora por completo que al pueblo digno y altivo que ha resistido 45 años la hostilidad, el bloqueo y las agresiones de la potencia más poderosa de la Tierra, ninguna fuerza del mundo podría arrastrarlo como un rebaño, atado cada uno de ellos con una cuerda en el cuello.

Un estadista, o alguien con la pretensión de serlo, debiera saber que las ideas justas y realmente humanas a lo largo de la historia han demostrado ser mucho más poderosas que la fuerza; de esta van quedando polvorosas y despreciables ruinas; de aquellas, rasgos luminosos que nadie podrá apagar. A cada época le han correspondido las suyas, tanto buenas como malas, y todas se han ido acumulando. Pero a esta etapa que vivimos, en un mundo bárbaro, incivilizado y globalizado, le han correspondido las peores y más tenebrosas e inciertas.

No existe en el mundo que usted quiere hoy imponer la menor noción de ética, credibilidad, normas de justicia, sentimientos humanitarios ni los más elementales principios de solidaridad y generosidad.

Todo lo que se escribe sobre derechos humanos en su mundo, y en el de sus aliados que comparten el saqueo del planeta, es una colosal mentira. Miles de millones de seres humanos viven con hambre, sin alimentos suficientes, medicinas, ropa, zapatos, viviendas, en condiciones infrahumanas, sin los más mínimos conocimientos y suficiente información para comprender su tragedia y la del mundo en que viven.

A usted seguramente nadie le ha informado cuántas decenas de millones de niños, adolescentes, jóvenes, madres, personas de mediana o mayor edad que podrían salvarse, mueren cada año en este «idílico edén de sueños» que es la Tierra, ni a qué ritmo se destruyen las condiciones naturales de vida y se está despilfarrando en un siglo y medio, con terribles efectos nocivos, los hidrocarburos que el planeta tardó 300 millones de años en crear.

A usted le bastaría pedir a sus ayudantes los datos precisos de las decenas de miles de armas nucleares, químicas, biológicas, aviones de bombardeo, misiles de certera puntería, gran alcance y precisión, acorazados, portaaviones, armas convencionales y no convencionales con que cuentan sus arsenales, suficientes para poner fin a la vida en el planeta.

Ni usted ni nadie podría conciliar el sueño nunca. Tampoco sus aliados, que tratan de emular el desarrollo de sus arsenales. Si se toma en cuenta el bajo coeficiente de responsabilidad, el talento político, los desequilibrios entre sus respectivos estados y el poquísimo ánimo de reflexionar, entre protocolos, reuniones y asesores, los que tienen en sus manos el destino de la humanidad, pocas son las esperanzas que puedan albergar cuando contemplan, entre perplejos e indiferentes, este manicomio real en que se ha convertido la política mundial.

El objetivo de estas líneas no es ofenderlo ni insultarlo; pero como usted se ha propuesto intimidar, atemorizar a este país, y finalmente destruir su sistema económico-social y su independencia, y de ser necesario su propia existencia física, considero un deber elemental recordarle algunas verdades.

Usted no tiene moral ni derecho alguno a hablar de libertad, democracia y derechos humanos, cuando ostenta el poder suficiente para destruir la humanidad y con él intenta imponer una tiranía mundial, ignorando y destruyendo la Organización de Naciones Unidas, violando los derechos de cualquier país, llevando a cabo guerras de conquista para apoderarse de los mercados y los recursos del mundo, imponiendo sistemas políticos y sociales decadentes y anacrónicos que conducen a la especie humana al abismo.

Usted, por otras razones, no puede mencionar la palabra democracia: porque, entre ellas, su ascenso a la presidencia de Estados Unidos todo el mundo sabe que fue fraudulento. No puede hablar de libertad, porque no concibe otro mundo que el regido bajo el imperio del terror de las mortíferas armas que sus manos inexpertas pueden lanzar sobre la humanidad.

No puede hablar de medio ambiente porque ignora por completo que la especie humana corre el riesgo de desaparecer.

Usted acusa de tiranía al sistema económico y político que ha conducido al pueblo de Cuba a los más altos niveles de alfabetización, conocimientos y cultura, entre los países más desarrollados del mundo; que ha reducido la mortalidad infantil a un índice menor que el de Estados Unidos, y cuya po-

blación recibe gratuitamente todos los servicios de salud, educación y otros de gran trascendencia social y humana.

Suena hueco y risible escucharlo a usted hablar de derechos humanos en Cuba. Este es, señor Bush, uno de los pocos países de este hemisferio donde jamás en 45 años hubo una sola tortura, un solo escuadrón de la muerte, una sola ejecución extrajudicial, ni un solo gobernante que se haya hecho millonario en el ejercicio del poder.

Usted carece de autoridad moral para hablar de Cuba, un país digno que ha resistido 45 años de brutal bloqueo, guerra económica y ataques terroristas que han costado miles de vidas y decenas de miles de millones de dólares en pérdidas económicas.

Usted agrede a Cuba por razones políticas mezquinas, en busca del apoyo electoral de un grupo decreciente de renegados y mercenarios, sin ética ni principio alguno. Usted no tiene moral para hablar de terrorismo, porque lo rodean un grupo de asesinos que mediante actos de ese tipo han causado la muerte de miles de cubanos.

Usted no disimula su desprecio por la vida humana, porque no ha vacilado en ordenar la muerte extrajudicial de un número desconocido y secreto de personas en el mundo.

Usted no tiene derecho alguno, que no sea el de la fuerza bruta, a intervenir en los asuntos de Cuba y proclamar a su antojo el tránsito de un sistema a otro, y adoptar medidas para llevarlo a cabo.

Este pueblo puede ser exterminado —bien vale la pena que lo sepa—, barrido de la faz de la Tierra, pero no sojuzgado ni sometido de nuevo a la condición humillante de neocolonia de Estados Unidos.

Cuba lucha por la vida en el mundo; usted lucha por la muerte. Mientras usted mata a incontables personas con sus ataques indiscriminados preventivos y sorpresivos, Cuba salva cientos de miles de vidas de niños, madres, enfermos y ancianos en el mundo.

Usted lo único que conoce sobre Cuba son las mentiras que emanan de las bocas voraces de la mafia corrompida e insaciable de antiguos batistianos y sus descendientes, expertos en fraudes electorales y capaces de elegir presidente en Estados Unidos a alguien que no obtuvo los votos suficientes para alcanzar la victoria.

Los seres humanos no conocen ni pueden conocer libertad en un régimen de desigualdad como el que usted representa. Ninguno nace igual en

Estados Unidos. En los *guetos* de personas de origen africano y latino, y en las reservas de indios que poblaron esa tierra y fueron exterminados, no existe otra igualdad que la de ser pobres y excluidos.

Nuestro pueblo, educado en la solidaridad y el internacionalismo, no odia al pueblo norteamericano ni desea ver morir a jóvenes soldados de su país, blancos, negros, indios, mestizos, latinoamericanos muchas veces, a quienes el desempleo los arrastró a enrolarse en unidades militares para ser enviados a cualquier rincón del mundo en ataques traicioneros y preventivos o en guerras de conquista.

Las increíbles torturas aplicadas a los prisioneros en Iraq han dejado estupefacto al mundo.

No pretendo ofenderlo con estas líneas —ya lo dije. Solo aspiro a que en cualquier instante de ocio algún ayudante suyo ponga delante de usted estas verdades, aunque realmente no sean en absoluto de su agrado.

Puesto que usted ha decidido que nuestra suerte está echada, tengo el placer de despedirme como los gladiadores romanos que iban a combatir en el Circo: Salve, César, los que van a morir te saludan.

Solo lamento que no podría siquiera verle la cara, porque en ese caso usted estaría a miles de kilómetros de distancia, y yo estaré en la primera línea para morir combatiendo en defensa de mi patria.

En nombre del pueblo de Cuba,

Fidel Castro Ruz

14 de mayo de 2004

SEGUNDA EPÍSTOLA. LA HABANA, 21 DE JUNIO DE 2004

Señor Bush:

Debo ser sereno pero muy sincero, aunque sin ánimo alguno de insultos u ofensas personales. Incluir a Cuba en una lista de países que practican el tráfico ilegal de personas es cínico. Algo aún más infame y repugnante, en ese prepotente informe que el Departamento de Estado se ve obligado a suscribir cada año; es afirmar que Cuba promueve el turismo sexual, incluso con niños.

Usted está en condiciones de informarse de que, en aras de la reunificación familiar, Cuba ha suscrito dos acuerdos migratorios con Estados Unidos. El primero, en el año 1984, no fue cumplido por las administraciones norteamericanas. Diez años después, en lugar de las 20 000 visas ofrecidas, se otorgaron solamente alrededor de mil cada año, un 5%. A raíz de la crisis migratoria desatada el año 1994, nuestro país suscribe un nuevo acuerdo con el gobierno de Estados Unidos, ampliado el año siguiente y actualmente vigente, a pesar de que, aunque se ha cumplido en lo esencial en cuanto al número de visas, no ha sido así en cuanto a la obligación ineludible y fundamental de evitar todo aliento a la emigración ilegal.

La Ley asesina de Ajuste Cubano se mantuvo inconmovible sin justificación alguna, e incluso nuevos estímulos fueron añadidos a la misma. Esa ley absurda e inmoral ha costado un número incalculable de vidas, entre ellas las de muchos niños cubanos. A partir de la misma surgió después el odioso tráfico de migrantes a través de lanchas rápidas, que procedentes de la Florida arribaban a cualquier punto de nuestras costas. Cuba sanciona con severidad tales hechos, mientras las administraciones de Estados Unidos, por razones políticas asociadas con el estado de la Florida, harto conocidas, se cruzan de brazos.

Ningún país del mundo ha proporcionado tanta protección física y moral, salud y educación a sus niños como Cuba. Usted debiera saber que muere una proporción mayor de niños en Estados Unidos el primer año de vida que en Cuba. El 100% de los niños y adolescentes en nuestro país, incluidos los que sufren alguna forma de discapacidad mental o física, asisten a las escuelas correspondientes y estudian.

¿Cómo pretende ignorar que mientras en Estados Unidos hay en las aulas un promedio de más de 30 alumnos por maestro y aula, en Cuba hay menos de 20 y los resultados escolares superan ya los de cualquier país desarrollado?

Nuestros servicios de salud han elevado las perspectivas de vida de cada niño que nace, de 60 años o menos en 1959, según estimados, a 76,13 años en la actualidad.

A pesar del bloqueo de los Estados Unidos y el derrumbe del campo socialista, el desempleo en Cuba alcanza solo el 2,3%, varias veces por debajo de su propio país, el más rico e industrializado del mundo.

Usted debiera experimentar vergüenza por intentar asfixiar económica-

mente al pueblo que, bloqueado y sometido a más de cuatro décadas de guerra económica, agresiones armadas y acciones terroristas, ha sido capaz de realizar tales proezas. En su propio país usted no podría mostrar nada parecido.

Usted trata de estrangular la economía y amenaza con la guerra al país que ha sido capaz de alcanzar ya la cifra de veinte mil médicos prestando actualmente servicios en sesenta y cuatro países del Tercer Mundo. Su administración, a pesar de disponer de los recursos de la potencia más rica de la Tierra, no ha enviado uno solo a los más apartados rincones de esos países, como lo hace Cuba.

Sobre su conciencia, al igual que sobre la de los líderes de los estados más ricos, pesa el genocidio que significa la muerte, cada año, de más de diez millones de niños y otras decenas de millones de personas que podrían salvarse, como consecuencia de las más variadas formas de saqueo y robo a que son sometidos los países del Tercer Mundo a través del orden económico mundial injusto y ya insostenible que los países ricos han impuesto en detrimento del 80% de los habitantes del planeta.

Alguien debiera informarle a usted de estos problemas y estas verdades, en lugar de sembrar intrigas y mentiras todo el tiempo.

Con relación a Cuba, usted se deja llevar por la fanática creencia de que su reelección en noviembre depende del apoyo de una mafia conocidamente terrorista de viejos emigrados y sus descendientes, parte importante de los cuales proceden del grupo de malversadores y criminales de guerra batistianos que se refugiaron con su botín a cuestas y sus crímenes impunes en Estados Unidos. Otros se enriquecieron por los servicios prestados durante mucho tiempo en actos de terrorismo y agresiones que costaron mucha sangre a nuestro pueblo. Esos grupos están cada vez más desprestigiados y son cada vez menos influyentes. Todo el mundo recuerda lo ocurrido en la Florida, donde ellos cometieron numerosos fraudes electorales en los que son verdaderos expertos, y usted obtuvo la victoria por solo 518 votos. No quiero humillarlo hurgando sobre este sórdido y desagradable tema. Prefiero limitarme a expresarle con franqueza que los errores a que sus compromisos con esa mafia lo conducen, pueden ser decisivos a la inversa en las próximas elecciones.

El pueblo norteamericano está ya aburrido de la bochornosa influencia que esos grupos ejercen sobre la política exterior e interior de un país tan

importante. La dependencia suya de esos grupos terminará restándole muchos votos, y no solo en la Florida sino en todo el país.

Al prohibir a los norteamericanos viajar a Cuba con brutales amenazas de represión, usted viola un principio constitucional y un derecho del cual se sintieron siempre orgullosos los ciudadanos de su país. Muestra, además, miedo político.

Cuando Cuba sin vacilación ni temor abrió sus puertas, con muy pocas excepciones, a la gran masa de emigrados para que visitaran su país de origen; cuando incluso en fecha reciente se autorizó a realizarlo con el simple trámite de la habilitación del pasaporte cada dos años, para viajar cuantas veces lo deseen, usted aplica medidas despiadadas e inhumanas contra las familias cubanas, que ultrajan su cultura y sus tradiciones ancestrales. Prohibir a los cubanos residentes, nacionalizados o no, visitar a sus familiares más allegados en un lapso no menor de tres años, aunque estos estén al borde de la muerte, es de una crueldad incalificable. No pocos cubano-americanos están pensando ya en promover un voto de castigo.

Usted, por razones estrictamente electorales, pasando por encima de las Resoluciones aprobadas por la casi totalidad de los miembros de las Naciones Unidas, acaba de adoptar nuevas y más duras medidas económicas contra el pueblo cubano, que repugnan a la opinión pública mundial y a la inmensa mayoría de la propia opinión pública de Estados Unidos.

Lo peor de su descabellada y torpe política contra Cuba es que usted y su grupo de cercanos asesores han declarado impúdicamente su propósito de imponer por la fuerza lo que califican de transición política en Cuba, si ostentando mi actual cargo se produce mi muerte; transición que por supuesto no vacilan en confesar tratarán de acelerar lo más posible. Usted sabe muy bien lo que en el lenguaje mafioso eso significa.

Sin embargo, tal vez la mayor desvergüenza fue anunciar que las primeras horas son decisivas, puesto que la idea es impedir después a toda costa, en cualquier circunstancia, que una nueva dirección política y administrativa se hiciera cargo de la conducción de nuestro país, ignorando en absoluto la Constitución cubana, las facultades de la Asamblea Nacional y de la dirección de nuestro Partido, y las funciones que la Ley fundamental y las más altas instituciones del pueblo han concedido —como en todas partes del mundo— a los que tienen las responsabilidades pertinentes para asumir de inmediato esa tarea.

Como esto solo puede hacerse enviando tropas a ocupar puntos claves del país, se está proclamando el propósito de intervenir militarmente en nuestra patria. Por ello el 14 de mayo le envié de antemano mis saludos al papel de César asumido por usted, que tomé de los gladiadores obligados a combatir hasta la muerte en el Circo de la antigua Roma.

Hoy estimo conveniente añadirle unas cuantas cosas más.

Usted debe saber que su marcha contra Cuba no será nada fácil. Nuestro pueblo resistirá sus medidas económicas, sean las que fueren. Cuarenta y cinco años de lucha heroica frente al bloqueo y la guerra económica, amenazas, agresiones, planes de asesinato a sus líderes, sabotajes y terrorismo, no debilitaron sino fortalecieron a la Revolución.

Hace 43 años la invasión traicionera por Girón fue destrozada en menos de 66 horas de combate sin tregua, frente a todos los cálculos de brillantes expertos.

Algunos de los que dirigimos esta Revolución, vivimos aquella singular experiencia en la que un puñado de hombres, partiendo de siete fusiles, logró derrotar, con las armas ocupadas al enemigo en combate, a las fuerzas armadas de Batista, equipadas, entrenadas y asesoradas por Estados Unidos, que ascendían a 85 000 hombres.

Un año y seis meses después de Girón, en octubre de 1962, la amenaza real de un ataque nuclear no hizo pestañear a un solo combatiente cubano. Ninguna inspección se autorizó en nuestro territorio, pese a lo acordado por las dos superpotencias.

Decenas de años de guerra sucia, sabotajes y terrorismo, en el que tanto se destacaron muchos de sus actuales amigos de Miami, no pudieron doblegar a Cuba.

El derrumbe del campo socialista europeo y de la propia URSS, que nos privó de mercado, combustible, alimentos y materias primas, frente a un bloqueo reforzado con las leyes Torricelli, Helms-Burton y otras medidas, no quebrantaron al pueblo cubano, y ocurrió lo que parecía imposible: ¡resistimos! Algo que está ya en la sangre y las tradiciones de los patriotas cubanos que, en la última guerra contra el colonialismo español, se enfrentaron, desgastaron y virtualmente derrotaron a 300 000 soldados de España, es ese espíritu de luchar contra lo imposible y vencer.

No es mi propósito, Señor presidente de Estados Unidos, mortificarlo ni amargarle la vida con estos recuerdos. Cumplo simplemente el deseo de

ilustrarlo sobre lo que es Cuba, lo que significa un proceso revolucionario verdadero y profundo, y cómo es el pueblo que usted pretende mirar con desprecio.

Hoy Cuba cuenta con la población de más cultura y conciencia política entre todos los países del mundo. No es un pueblo de fanáticos; es un pueblo de ideas. No es un pueblo de analfabetos o semianalfabetos; es un pueblo donde los estudios de nivel superior se masifican y universalizan, junto a su valentía y su patriotismo. A sus sueños de una sociedad verdaderamente justa y humana, se suma la experiencia y el conocimiento, algo que a usted con su fundamentalismo y sus hábitos mesiánicos de actuar le será muy difícil comprender.

Hoy no somos un puñado de hombres decididos a vencer o morir. Somos millones de hombres y mujeres que contamos con las armas suficientes, más de 200 000 oficiales y jefes bien preparados, que conocen cómo deben emplearlas en condiciones de guerra moderna y sofisticada, y una enorme masa de combatientes que conocen igualmente bien los puntos fuertes y los puntos débiles de los que nos amenazan, a pesar de los enormes recursos bélicos y la superioridad tecnológica de sus armas.

En las condiciones actuales de Cuba, ante una invasión al país, mi ausencia física —por causas naturales o de otra índole— no haría el menor daño a nuestra capacidad de lucha y resistencia. En cada jefe político y militar de cualquier nivel, en cada soldado individual, hay un comandante en jefe potencial que sabe lo que debe hacer, y en determinada situación cada hombre puede llegar a ser su propio comandante en jefe.

Ustedes no podrán disponer de un día, una hora, un minuto ni un segundo para impedir que la conducción política y militar del país sea asumida de inmediato. Las órdenes de lo que debe hacerse están dadas de antemano. Cada hombre y mujer estarán en su puesto de combate sin perder un segundo.

Le dije a usted bien claro el 14 de mayo, ante más de un millón de cubanos que desfilaron frente a su Oficina de Intereses, lo que yo debía hacer y haría. Es lo que me corresponde. Hoy lo reitero, y les sugiero a usted y a sus asesores que no inventen venganzas viles contra nuestro pueblo. No intenten aventuras locas como operaciones quirúrgicas o guerras de desgaste con el empleo de técnicas sofisticadas, porque los acontecimientos se les pueden escapar de las manos. Podrían ocurrir cosas indeseables, que no son bue-

nas para el pueblo de Cuba ni para el pueblo de Estados Unidos. Podrían destrozar el acuerdo migratorio, podrían provocar éxodos masivos que no estaríamos en condiciones de impedir, podrían provocar una guerra total entre jóvenes soldados norteamericanos y el pueblo de Cuba, algo que sería sumamente triste.

Puedo asegurarle que usted jamás ganaría esa guerra. Aquí no encontrará un pueblo dividido, etnias opuestas o profundas diferencias religiosas, ni habrá generales traidores al mando de nuestras tropas; se encontrará con un pueblo sólidamente unido por una cultura, un sentimiento solidario y una obra social y humana que no tiene precedente en la historia. Usted no se va a llenar de gloria con una acción militar contra Cuba.

Nuestro pueblo jamás renunciará a su independencia, ni renunciará jamás a sus ideales políticos, sociales y económicos.

Cuba fue totalmente solidaria con el pueblo de Estados Unidos a raíz del doloroso e injustificable ataque a las Torres Gemelas. Ese mismo día expusimos nuestros puntos de vista, que hoy se van confirmando con precisión casi matemática. La guerra no es el camino para poner fin al terrorismo y la violencia en el mundo. Aquel trágico episodio ha sido utilizado como pretexto para imponer al planeta una política de terror y fuerza.

Sus medidas contra el pueblo de Cuba constituyen una acción atroz e inhumana. Cuba puede demostrar que usted desea destruir un país que ha salvado con sus servicios médicos y continúa salvando cientos de miles de vidas en los países pobres del mundo, que podría incluso ser capaz de salvar tantos ciudadanos pobres de Estados Unidos como las 3 000 personas que murieron en las Torres Gemelas.

Usted seguramente sabe que en Estados Unidos hay 44 millones de ciudadanos que no disfrutan de seguro médico, que en dos años 82 millones de norteamericanos carecieron en algún momento de ese seguro y no podían pagar el colosal precio que se cobra en su país por servicios de salud que son vitales. Un cálculo muy conservador indica que muchas decenas de miles de vidas se pierden cada año en Estados Unidos por esa causa, tal vez 30 ó 40 veces los que murieron en las Torres Gemelas. Alguien debiera hacer los cálculos precisos.

En un breve período de cinco años, Cuba está dispuesta a salvar la vida a 3 000 ciudadanos norteamericanos pobres. Hoy es perfectamente posible prever y evitar un infarto que puede ser mortal, y resolver enfermedades

que conducen inevitablemente a la muerte. Esos 3 000 norteamericanos podrían viajar a nuestro país con un familiar acompañante y recibir tratamiento de forma absolutamente gratuita.

Deseo hacerle una pregunta, señor Bush. Se trata de una cuestión ética y de principios. ¿Estaría usted dispuesto a conceder a esos ciudadanos permiso para viajar a Cuba en un programa destinado a salvar una vida por cada uno de los que murieron en el atroz ataque a las Torres Gemelas? Si ellos aceptaran esos servicios y deciden venir, ¿serían sancionados?

¡Demuéstrese al mundo que hay alternativa a la arrogancia, la guerra, el genocidio, el odio, el egoísmo, la hipocresía y la mentira!

En nombre del pueblo de Cuba,

Fidel Castro Ruz

21 de junio de 2004

EPÍLOGO: FIDEL CASTRO Y LA REVOLUCIÓN CUBANA DESPUÉS DE FIDEL

El 17 de noviembre de 2005, Fidel Castro realizó una extensa intervención ante estudiantes y profesores, en el Aula Magna de la Universidad de La Habana. En este discurso, Fidel comentó sobre la amarga experiencia de la pérdida del primer estado socialista, la Unión Soviética, y sobre la corrupción, ineficiencia y desigualdad existentes en Cuba. Fidel declaró que las mayores amenazas que acechaban a la Revolución provenían desde dentro y no desde fuera de Cuba, y lanzó a la audiencia provocativas preguntas.

[…] ¿Es que las revoluciones están llamadas a derrumbarse, o es que los hombres pueden hacer que las revoluciones se derrumben? ¿Pueden o no impedir los hombres, puede o no impedir la sociedad que las revoluciones se derrumben? Podía añadirles una pregunta de inmediato. ¿Creen ustedes que este proceso revolucionario, socialista, puede o no derrumbarse? ¿Lo han pensado alguna vez? ¿Lo pensaron en profundidad?

¿Conocían todas estas desigualdades de las que estoy hablando? ¿Conocían ciertos hábitos generalizados? ¿Conocían que algunos ganaban en el mes 40 ó 50 veces lo que gana uno de esos médicos que está allá en las montañas de Guatemala, miembro del contingente Henry Reeve? Puede estar en otros lugares distantes de África, o estar a miles de metros de altura, en las cordilleras del Himalaya salvando vidas y gana el 5%, el 10%, de lo que gana un ladronzuelo de estos que vende gasolina a los nuevos ricos, que desvía recursos de los puertos en camiones y por toneladas, que roba en las tiendas en divisa, que roba en un hotel cinco estrellas, a lo mejor cambiando la botellita de ron por una que se buscó, la pone en lugar de la

otra y recauda todas las divisas con las que vendió los tragos que pueden salir de una botella de un ron, más o menos bueno.

¿Cuántas formas de robo hay en este país? [...]

Les hice una pregunta, compañeros estudiantes, que no he olvidado, ni mucho menos, y pretendo que ustedes no la olviden nunca, pero es la pregunta que dejo ahí ante las experiencias históricas que se han conocido, y les pido a todos, sin excepción, que reflexionen: ¿Puede ser o no irreversible un proceso revolucionario?, ¿cuáles serían las ideas o el grado de conciencia que harían imposible la reversión de un proceso revolucionario? Cuando los que fueron de los primeros, los veteranos, vayan desapareciendo y dando lugar a nuevas generaciones de líderes, ¿qué hacer y cómo hacerlo? Si nosotros, al fin y al cabo, hemos sido testigos de muchos errores, y ni cuenta nos dimos.

Es tremendo el poder que tiene un dirigente cuando goza de la confianza de las masas, cuando confían en su capacidad. Son terribles las consecuencias de un error de los que más autoridad tienen, y eso ha pasado más de una vez en los procesos revolucionarios.

Son cosas que uno medita. Estudia la historia, qué pasó aquí, qué pasó allí, qué pasó allá, medita lo que ocurrió hoy y lo que ocurrirá mañana, hacia dónde conducen los procesos de cada país, por dónde marchará el nuestro, cómo marchará, qué papel jugará Cuba en ese proceso.

El país ha tenido limitaciones de recursos, muchísimas; pero este país no ha hecho más que despilfarrar recursos, tranquilamente, [...]

Hubo quienes creyeron que con métodos capitalistas iban a construir el socialismo. Es uno de los grandes errores históricos. No quiero hablar de eso, no quiero teorizar; pero tengo infinidad de ejemplos de que no se dio pie con bola en muchas cosas que se hicieron, quienes se suponían teóricos, que se habían empanfletado hasta el tuétano de los huesos en los libros de Marx, Engels, Lenin y todos los demás.

Fue por eso que dije aquella palabra de que uno de nuestros mayores errores al principio, y muchas veces a lo largo de la Revolución, fue creer que alguien sabía cómo se construía el socialismo.

Hoy tenemos ideas, a mi juicio, bastante claras, de cómo se debe construir el socialismo, pero necesitamos muchas ideas bien claras y muchas preguntas dirigidas a ustedes, que son los responsables, acerca de cómo se puede preservar o se preservará en el futuro el socialismo.

¿Qué sociedad sería esta, o qué digna de alegría cuando nos reunimos en

un lugar como este, un día como este, si no supiéramos un mínimo de lo que debe saberse, para que en esta isla heroica, este pueblo heroico, este pueblo que ha escrito páginas no escritas por ningún otro en la historia de la humanidad preserve la Revolución? No piensen ustedes que quien les habla es un vanidoso, un charlatán, alguien que le gusta el *bluff*.

Han pasado 46 años y la historia de este país se conoce, los habitantes de este país la conocen; la de aquel imperio vecino también, su tamaño, su poder, su fuerza, su riqueza, su tecnología, su dominio sobre el Banco Mundial, su dominio sobre el Fondo Monetario, su dominio sobre las finanzas mundiales, ese país que nos ha impuesto el más férreo e increíble bloqueo, del cual se habló allá en las Naciones Unidas y Cuba recibió el apoyo de 182 países que pasaron y votaron libremente por encima de los riesgos de votar abiertamente contra ese imperio. Eso lo logra la Isla, y no cuando tenía el apoyo del campo socialista de Europa, cuando ese campo socialista desapareció, y cuando la URSS también se derrumbó. No solo hicimos esta Revolución con nuestro propio riesgo durante un montón de años, en determinado momento, habíamos llegado a la convicción de que jamás si éramos atacados directamente por Estados Unidos lucharían por nosotros, ni podíamos pedirlo. [...]

Les sobran a ellos todos los tanques, y a nosotros no nos sobra ninguno, ¡ninguno! Toda su tecnología se derrumba, es hielo al mediodía en medio de un parque caluroso. Y otra vez, como cuando teníamos siete fusilitos y pocas balas. Hoy tenemos mucho más que siete fusiles, tenemos todo un pueblo que ha aprendido a manejar las armas; todo un pueblo que, a pesar de nuestros errores, posee tal nivel de cultura, conocimiento y conciencia que jamás permitiría que este país vuelva a ser una colonia de ellos.

Este país puede autodestruirse por sí mismo; esta Revolución puede destruirse, los que no pueden destruirla hoy son ellos; nosotros sí, nosotros podemos destruirla, y sería culpa nuestra. [...]

¡Que no haya URSS jamás aquí, ni campos socialistas disueltos, dispersos! ¡Que no venga el imperio aquí a tener cárceles secretas para torturar a los hombres y mujeres progresistas del resto de este continente que hoy se levanta decidido a la segunda y definitiva independencia!

Más vale que no quede ni la sombra del recuerdo de ninguno de nosotros y de ninguno de nuestros descendientes antes de que tengamos que volver a vivir tan repugnante y miserable vida.

Yo decía que éramos cada vez más revolucionarios y es por algo, porque cada vez conocemos mejor al imperio, cada vez conocemos mejor de lo que son capaces y antes éramos escépticos incluso frente a algunas cosas, nos parecían imposible. [...]

Debemos estar decididos: o derrotamos todas esas desviaciones y hacemos más fuerte la Revolución destruyendo las ilusiones que puedan quedar al imperio, o podríamos decir: o vencemos radicalmente esos problemas o moriremos. Habría que reiterar en este campo la consigna de: ¡Patria o Muerte! [...]

Debe acabarse en el mundo la zoquetería, los abusos, el imperio de la fuerza y del terror. Este desaparece ante la ausencia total de miedo y cada vez son más los pueblos que tienen menos miedo, cada vez serán más los que se rebelen y el imperio no podrá sostener el infame sistema que aún sostiene.

Un día Salvador Allende habló de más temprano que tarde, pues pienso que más temprano que tarde ese imperio se desintegrará y el pueblo de Estados Unidos tendrá más libertad que nunca, podrá aspirar a más justicia que nunca, podrá usar la ciencia y la técnica en beneficio propio y de la humanidad, podrá sumarse a los que luchan por la supervivencia de la especie, podrá sumarse a los que luchan por una oportunidad para la especie humana a la cual pertenece.

Es muy justo luchar por eso, y por eso debemos emplear todas nuestras energías, todos nuestros esfuerzos, todo nuestro tiempo para poder decir en la voz de millones o de cientos o de miles de millones: ¡Vale la pena haber nacido! ¡Vale la pena haber vivido!

* * *

Luego de una operación quirúrgica intestinal, el 31 de julio de 2006, Fidel Castro delega temporalmente sus responsabilidades como jefe de Estado y primer secretario del Partido Comunista de Cuba a su hermano Raúl Castro, ministro de defensa y primer vicepresidente del Consejo de Estado. Fidel envía, desde el Hospital, el siguiente mensaje al pueblo de Cuba, publicado el 1ro. de agosto de 2006.

Yo no puedo inventar noticias buenas, porque no sería ético, y si las noticias fueran malas, el único que va a sacar provecho es el enemigo. En la

situación específica de Cuba, debido a los planes del imperio, mi estado de salud se convierte en un secreto de Estado que no puede estar divulgándose constantemente; y los compatriotas deben comprender eso. No puedo caer en el círculo vicioso de los parámetros de salud que constantemente, a lo largo del día, se mueven.

Puedo decir que es una situación estable, pero una evolución real del estado de salud necesita el transcurso del tiempo.

Lo más que podría decir es que la situación se mantendrá estable durante muchos días, antes de poder dar un veredicto.

Estoy muy agradecido por todos los mensajes de nuestros compatriotas y de muchas personas en el mundo.

Lamento haberles causado tanta preocupación y molestia a los amigos en el mundo.

De ánimo me encuentro perfectamente bien.

Lo importante es que en el país todo marcha y marchará perfectamente bien.

El país está preparado para su defensa por las Fuerzas Armadas Revolucionarias y el pueblo.

Nuestros compatriotas lo conocerán todo a su debido tiempo, como pasó cuando mi caída en Villa Clara.

Hay que luchar y trabajar.

* * *

Sin retomar sus tareas gubernamentales, desde marzo de 2007, Fidel Castro comienza a escribir regulares columnas en el periódico *Granma*. El 23 de junio de 2007, en respuesta a una carta de la Unión de Jóvenes Comunistas, escribe:

[…] ¿Para qué sirve la vida sin ideas? Martí dijo: «Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra». ¿Acaso nacen las ideas con un hombre? ¿Acaso mueren con este? Surgieron a lo largo de la vida de la especie humana. Durarán lo que dure nuestra especie. Nunca antes esta se vio tan amenazada por la combinación del subdesarrollo político de la sociedad y las creaciones de la tecnología, que parecen no tener límites y se van más allá de toda racionalidad en su capacidad de autodestrucción. Guerras de

exterminio, cambios de clima, hambre, sed, desigualdades, nos rodean por todas partes.

El ser humano necesita aferrarse a una esperanza, buscar en la propia ciencia una oportunidad de supervivencia, y es justo buscarla y ofrecérsela. En ese futuro no tendrían espacio posible las horribles injusticias que el sistema capitalista desarrollado ofrece hoy junto a una tiranía mundial.

«Ser o no ser» —creo que dijo Shakespeare en uno de sus dramas. Esa es la alternativa de los jóvenes. Cualquier otra cosa sería vivir en el más idílico de los mundos algunas decenas de años, que en la historia del tiempo no serían más que unos segundos.

Si los jóvenes fallan, todo fallará. Es mi más profunda convicción que la juventud cubana luchará por impedirlo. Creo en ustedes.

* * *

Un año después de la temporal cesión de sus cargos, el 31 de julio de 2007, Fidel publica una reflexión titulada «La llama eterna».

Esta es una reflexión política. Para decirlo más exactamente: es otra proclama. Hoy se cumple un año exacto de la primera, el 31 de julio del 2006. Pero el año transcurrido vale por diez en cuanto a la posibilidad de vivir una experiencia única que me aportó información y conocimientos sobre cuestiones vitales para la humanidad, que he transmitido con toda honradez al pueblo de Cuba.

Ahora me acosan con preguntas sobre el momento en que volveré a ocupar lo que algunos llaman el poder, como si tal poder fuera posible sin independencia. Hay un poder real y destructivo en el mundo, emanado de un imperio decadente que a todos amenaza.

El propio Raúl se ha encargado de responder que cada decisión importante a medida que me iba recuperando era consultada conmigo. ¿Qué haré? Luchar sin descanso como lo hice toda la vida.

Al cumplirse un aniversario de la Proclama, comparto con el pueblo la satisfacción de observar que lo prometido se ajusta a la inconmovible realidad: Raúl, el Partido, el Gobierno, la Asamblea Nacional, la Juventud Comunista y las organizaciones de masas y sociales, encabezadas por los trabajadores, marchan adelante guiados por el principio inviolable de la unidad.

Con la misma convicción, seguimos batallando sin tregua por liberar de cruel y despiadada prisión a los Cinco Héroes que brindaban información sobre los planes terroristas anticubanos de Estados Unidos.

La lucha debe ser implacable, contra nuestras propias deficiencias y contra el enemigo insolente que intenta apoderarse de Cuba.

Este punto me obliga a insistir en algo que no puede ser jamás olvidado por los dirigentes de la Revolución: es deber sagrado reforzar sin tregua nuestra capacidad y preparación defensiva, preservando el principio de cobrar a los invasores en cualquier circunstancia un precio impagable.

Nadie se haga la menor ilusión de que el imperio, que lleva en sí los genes de su propia destrucción, negociará con Cuba. Por mucho que le digamos al pueblo de Estados Unidos que nuestra lucha no es contra él —algo muy correcto—, este no está en condiciones de frenar el espíritu apocalíptico de su gobierno ni la turbia y maniática idea de lo que llaman «una Cuba democrática», como si aquí cada dirigente se postulara y eligiera a sí mismo, sin pasar por el riguroso tamiz de la abrumadora mayoría de un pueblo educado y culto que lo apoye.

En reflexión anterior mencioné nombres históricos: Martí, Maceo, Agramonte, Céspedes. Para el recuerdo permanente de la interminable lista de caídos en combate, o de los que lucharon y se sacrificaron por la Patria, Raúl encendió una llama que arderá eternamente, al cumplirse 50 años de la caída de Frank País, el joven héroe de 22 años cuyo ejemplo nos conmovió a todos. La vida sin ideas de nada vale. No hay felicidad mayor que la de luchar por ellas.

* * *

El 18 de febrero de 2008 todos los medios de prensa de la Isla difunden un mensaje de Fidel al pueblo cubano, con el título «No aspiraré, ni aceptaré el cargo de presidente del Consejo de Estado y comandante en jefe».

Queridos compatriotas:

Les prometí el pasado viernes 15 de febrero que en la próxima reflexión abordaría un tema de interés para muchos compatriotas. La misma adquiere esta vez forma de mensaje.

Ha llegado el momento de postular y elegir al Consejo de Estado, su presidente, Vicepresidentes y Secretario.

Desempeñé el honroso cargo de presidente a lo largo de muchos años. El 15 de febrero de 1976 se aprobó la Constitución Socialista por voto libre, directo y secreto de más del 95% de los ciudadanos con derecho a votar. La primera Asamblea Nacional se constituyó el 2 de diciembre de ese año y eligió el Consejo de Estado y su Presidencia. Antes había ejercido el cargo de primer ministro durante casi 18 años. Siempre dispuse de las prerrogativas necesarias para llevar adelante la obra revolucionaria con el apoyo de la inmensa mayoría del pueblo.

Conociendo mi estado crítico de salud, muchos en el exterior pensaban que la renuncia provisional al cargo de presidente del Consejo de Estado el 31 de julio de 2006, que dejé en manos del primer vicepresidente, Raúl Castro Ruz, era definitiva. El propio Raúl, quien adicionalmente ocupa el cargo de ministro de las FAR. por méritos personales, y los demás compañeros de la dirección del Partido y el Estado, fueron renuentes a considerarme apartado de mis cargos a pesar de mi estado precario de salud.

Era incómoda mi posición frente a un adversario que hizo todo lo imaginable por deshacerse de mí y en nada me agradaba complacerlo.

Más adelante pude alcanzar de nuevo el dominio total de mi mente, la posibilidad de leer y meditar mucho, obligado por el reposo. Me acompañaban las fuerzas físicas suficientes para escribir largas horas, las que compartía con la rehabilitación y los programas pertinentes de recuperación. Un elemental sentido común me indicaba que esa actividad estaba a mi alcance. Por otro lado me preocupó siempre, al hablar de mi salud, evitar ilusiones que en el caso de un desenlace adverso, traerían noticias traumáticas a nuestro pueblo en medio de la batalla. Prepararlo para mi ausencia, sicológica y políticamente, era mi primera obligación después de tantos años de lucha. Nunca dejé de señalar que se trataba de una recuperación «no exenta de riesgos».

Mi deseo fue siempre cumplir el deber hasta el último aliento. Es lo que puedo ofrecer.

A mis entrañables compatriotas, que me hicieron el inmenso honor de elegirme en días recientes como miembro del Parlamento, en cuyo seno se deben adoptar acuerdos importantes para el destino de nuestra Revolución,

les comunico que no aspiraré ni aceptaré —repito— no aspiraré ni aceptaré, el cargo de presidente del Consejo de Estado y comandante en jefe.

En breves cartas dirigidas a Randy Alonso, director del programa Mesa Redonda de la Televisión Nacional, que a solicitud mía fueron divulgadas, se incluían discretamente elementos de este mensaje que hoy escribo, y ni siquiera el destinatario de las misivas conocía mi propósito. Tenía confianza en Randy porque lo conocí bien cuando era estudiante universitario de Periodismo, y me reunía casi todas las semanas con los representantes principales de los estudiantes universitarios, de lo que ya era conocido como el interior del país, en la biblioteca de la amplia casa de Kohly, donde se albergaban. Hoy todo el país es una inmensa Universidad.

Párrafos seleccionados de la carta enviada a Randy el 17 de diciembre de 2007:

> Mi más profunda convicción es que las respuestas a los problemas actuales de la sociedad cubana, que posee un promedio educacional cercano a doce grados, casi un millón de graduados universitarios y la posibilidad real de estudio para sus ciudadanos sin discriminación alguna, requieren más variantes de respuesta para cada problema concreto que las contenidas en un tablero de ajedrez. Ni un solo detalle se puede ignorar, y no se trata de un camino fácil, si es que la inteligencia del ser humano en una sociedad revolucionaria ha de prevalecer sobre sus instintos.
>
> Mi deber elemental no es aferrarme a cargos, ni mucho menos obstruir el paso a personas más jóvenes, sino aportar experiencias e ideas cuyo modesto valor proviene de la época excepcional que me tocó vivir.
>
> Pienso como Niemeyer que hay que ser consecuente hasta el final.

Carta del 8 de enero de 2008:

> ...Soy decidido partidario del voto unido (un principio que preserva el mérito ignorado). Fue lo que nos permitió evitar las tendencias a copiar lo que venía de los países del antiguo campo socialista, entre ellas el retrato de un candidato único, tan solitario como a la vez tan solidario con Cuba. Respeto mucho aquel primer intento de construir el socialismo, gracias al cual pudimos continuar el camino escogido.

«Tenía muy presente que toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz», reiteraba en aquella carta.

Traicionaría por tanto mi conciencia ocupar una responsabilidad que requiere movilidad y entrega total que no estoy en condiciones físicas de ofrecer. Lo explico sin dramatismo.

Afortunadamente nuestro proceso cuenta todavía con cuadros de la vieja guardia, junto a otros que eran muy jóvenes cuando se inició la primera etapa de la Revolución. Algunos casi niños se incorporaron a los combatientes de las montañas y después, con su heroísmo y sus misiones internacionalistas, llenaron de gloria al país. Cuentan con la autoridad y la experiencia para garantizar el reemplazo. Dispone igualmente nuestro proceso de la generación intermedia que aprendió junto a nosotros los elementos del complejo y casi inaccesible arte de organizar y dirigir una revolución.

El camino siempre será difícil y requerirá el esfuerzo inteligente de todos. Desconfío de las sendas aparentemente fáciles de la apologética, o la autoflagelación como antítesis. Prepararse siempre para la peor de las variantes. Ser tan prudentes en el éxito como firmes en la adversidad es un principio que no puede olvidarse. El adversario a derrotar es sumamente fuerte, pero lo hemos mantenido a raya durante medio siglo.

No me despido de ustedes. Deseo solo combatir como un soldado de las ideas. Seguiré escribiendo bajo el título «Reflexiones del compañero Fidel». Será un arma más del arsenal con la cual se podrá contar. Tal vez mi voz se escuche. Seré cuidadoso.

Gracias.

OTRAS LECTURAS

La más importante, completa y autorizada fuente de todos los escritos y discursos de Fidel Castro se encuentra en el sitio web oficial del Consejo de Estado de Cuba (http://www.cuba.cu/gobierno/discursos). En fecha próxima, este sitio contará con todos los documentos elaborados y los discursos pronunciados por el líder cubano.

Otra fuente confiable son los archivos de *Granma* y de *Granma Internacional*, publicaciones oficiales del Partido Comunista de Cuba.

Ocean Sur se encuentra inmersa en la producción de varias antologías temáticas sobre la obra de Fidel Castro. Para mayor información, puede visitar el sitio web de Ocean Sur (http://www.oceansur.com).

Ocean Press también cuenta con numerosos títulos de Fidel Castro traducidos al inglés. Puede encontrar información y referencias en su sitio oficial (http://www.oceanbooks.com.au).

ÍNDICE TEMÁTICO

F

G

H

I

J

K

L

M

N

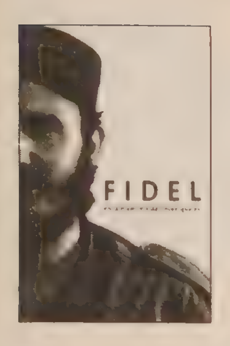
O

V

W

Z

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN FIDEL CASTRO



FIDEL EN LA MEMORIA DEL JOVEN QUE ES

Una selección que compila, por primera vez en un solo volumen, los excepcionales testimonios que en contadas ocasiones el propio Fidel ha dado sobre su niñez y juventud. Fidel Castro habla de su infancia, su formación universitaria, sus primeros momentos como líder estudiantil, hasta los momentos en que se preparaba para el ataque al cuartel Moncada en 1953. Esta edición incluye fotografías del joven Fidel.

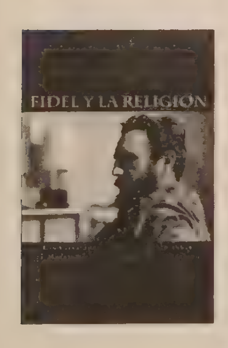
183 páginas + 14 páginas de fotografías, ISBN 978-1-920888-19-0



VENEZUELA Y CHÁVEZ

Este libro compila, en un solo volumen, las palabras pronunciadas por Fidel Castro en diversas ocasiones en discursos, cartas y actos públicos, entre 1959 y 2006, dedicados al pueblo venezolano, reforzando los lazos históricos y de solidaridad que existen entre ambas naciones desde su misma formación. Analiza como esta amistad entre los pueblos contribuye a la resistencia continental contra el neoliberalismo.

318 páginas, ISBN 978-1-921235-04-7



FIDEL Y LA RELIGIÓN

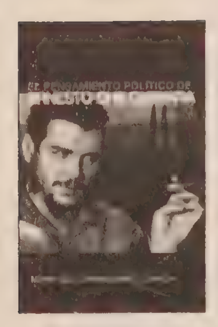
Conversaciones con Frei Betto sobre el marxismo y la teología de la liberación

En un íntimo diálogo de 23 horas con el teólogo de la liberación brasileño Frei Betto, Fidel ofrece revelaciones sobre su formación personal y discute con sinceridad su visión sobre la religión. El resultado fue una extraordinaria reconciliación entre religión y revolución. Esta nueva edición, que ha vendido un millón de copias a nivel mundial, preparó el terreno para la histórica visita del Papa Juan Pablo II a Cuba en 1998 y la decisión del Partido Comunista de Cuba de aceptar entre sus miembros a aquéllos que practican una fe religiosa.

320 páginas, ISBN 978-1-920888-77-0

TAMBIÉN EN ESTA COLECCIÓN:

- Fidel y la cultura
- Chile y Allende
- Guerra fría
- Retratos políticos
- Reflexiones
- La historia me absolverá
- Diálogo de civilizaciones



EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE ERNESTO CHE GUEVARA

María del Carmen Ariet García

Ahondar en el pensamiento y acción de Che, más allá del mito y la descontextualización de su vida, contribuye a resaltar el papel de los valores morales y de la intransigencia revolucionaria en la política, y a no olvidar que el mundo neoconservador y neoliberal de hoy aspira a imponer la plena subordinación de la humanidad a la economía, en un vacío moral y de destrucción global, en contraste con la posibilidad real de construir un proyecto humanista.

215 páginas, ISBN 978-1-921235-56-6

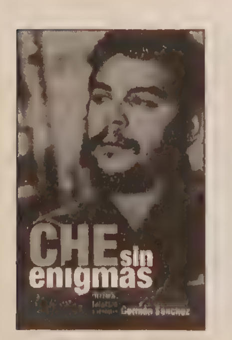


CHE EN LA MEMORIA DE FIDEL CASTRO

Fidel Castro

Una biografía clásica. Fidel escribe con emoción acerca de su histórico compañerismo revolucionario. Fidel crea un vivo retrato de Che Guevara —el hombre, el revolucionario, el intelectual—, revelando diversos aspectos sobre su inimitable determinación y carácter. En estas memorias políticas se incluye el discurso de Fidel a la llegada, en 1997, de los restos del Che a Cuba, en que ofrece una franca evaluación de la misión boliviana.

232 páginas + 16 páginas de fotos, ISBN 978-1-921235-02-3



CHE SIN ENIGMAS

Mitos, falacias y verdades

Germán Sánchez

Un aporte a una visión objetiva del Che Guevara. Analiza las diversas biografías sobre el Che, la imagen que la prensa ofrece al público y aborda temas que han sido tergiversado en los medios de comunicación y los textos académicos burgueses. El autor nos da a conocer importantes propuestas de análisis y evaluaciones sobre la extensa obra y la intensa vida del Che, con el ánimo de mostrarlo sin enigmas ni distorsiones.

178 páginas, ISBN 978-1-921235-77-1



CHE GUEVARA Y LA REVOLUCIÓN LATINOAMERICANA

Manuel «Barbarroja» Piñeiro

Como encargado de la política internacionalista cubana de apoyo a los movimientos de liberación en América Latina y África, Manuel Piñeiro colaboró de manera muy cercana con Che Guevara en las misiones del Congo y Bolivia.

Este libro incluye informaciones poco conocidas acerca del papel de Cuba en América Latina, así como profundas valoraciones sobre la vida y el legado de Che Guevara.

320 páginas, ISBN 978-1-920888-85-5



CHE GUEVARA PRESENTE
Una antología mínima

Una antología de escritos y discursos que recorre la vida y obra de una de las más importantes personalidades contemporáneas: Ernesto Che Guevara. Nos muestra al Che por el Che, recoge trabajos cumbres de su pensamiento y obra, desde su participación en la Revolución cubana, y permite al lector acercarse a un Che culto e incisivo, irónico y apasionado, terrenal y teórico revolucionario.

452 páginas, ISBN 978-1-876175-93-1



EL GRAN DEBATE
Sobre la economía en Cuba
Ernesto Che Guevara, et. al.

Una antología de textos de varios autores sobre la fraternal polémica de 1963-1964 acerca de las diferencias de criterios en la conducción de la economía. El centro de esta discusión, en que Che Guevara tuvo un papel fundamental, apuntaba a la elección de una política económica y a las decisiones profundas que debían asumirse durante la transición socialista en Cuba.

370 páginas, ISBN 978-1-876175-68-9



PUNTA DEL ESTE
Proyecto alternativo de desarrollo para América Latina

En Punta del Este, Uruguay (1961), Che Guevara enfrentó la Alianza para el Progreso (ALPRO) de John F. Kennedy, que pretendía lograr el desarrollo de las Américas a partir del libre comercio. Che presentó una alternativa que tenía como base la absoluta igualdad de todas las naciones.

160 páginas, ISBN 978-1-920888-86-2



CHE DESDE LA MEMORIA
Los dejo ahora conmigo mismo: el que fui

Una visión intimista y humana del hombre más allá del icono; es una extraordinaria fuente histórica que conjuga fotografías y textos de Che Guevara convertidos en testimonio y memoria de su reflexiva mirada sobre la vida y el mundo. Contiene cartas, poemas, narraciones, páginas de sus diarios, artículos de prensa y fotos tomadas por él mismo.

320 páginas, 200 fotos duotono, ISBN 978-1-876175-89-4



NOTAS DE VIAJE

Diario en motocicleta

Prólogo de Aleida Guevara March

El libro de la película *Diarios de motocicleta*. Vívido y entretenido diario de viaje del joven Ernesto Guevara. Esta edición incluye fotografías inéditas tomadas por Ernesto a los 23 años, durante su travesía por el continente, y está presentada con un tierno prólogo de Aleida Guevara, quien ofrece una perspectiva distinta de su padre, el hombre y el icono de millones de personas.

168 páginas + 24 páginas de fotos, ISBN 978-1-920888-12-1



OTRA VEZ

Prólogo de Alberto Granado

Graduado ya de medicina, Ernesto Guevara emprende un segundo viaje por Latinoamérica, que cambió su vida para siempre. Texto sugerente y lleno de claves que nos permiten entender la vida y obra del Che, al mostrarnos la búsqueda de un camino que lo conduce a la revolución, donde se perfila ese gran amor por la humanidad y una estatura moral de inmensas dimensiones.

200 páginas + 32 páginas de fotos, ISBN 978-1-920888-78-7



PASAJES DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA: CONGO

Prólogo de Aleida Guevara March

La participación del Che en la guerrilla congolesa en 1965, resulta expresión de una práctica internacionalista consecuente con sus tesis libertadoras tercermundistas. En este escrito de madurez, entrelaza la descripción de esta experiencia local, con el análisis de perspectiva mundial.

288 páginas + 48 páginas de fotos, ISBN 978-1-920888-79-4



AMÉRICA LATINA

Despertar de un continente

Antología que conduce al lector, a través de un ordenamiento cronológico y de diversos estilos, por tres etapas que conforman la mayor parte del ideario y el pensamiento de Che sobre América Latina, desde sus viajes de juventud, su activa participación internacionalista, el análisis teórico de la realidad del continente, hasta la gesta boliviana. Este libro reúne por primera vez en un solo volumen textos de sus diarios y cartas, e incluye numerosos materiales inéditos y facsímiles.

495 páginas, ISBN 978-1-876175-71-9

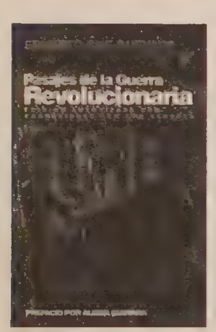


MARX Y ENGELS
Una síntesis biográfica

Texto hasta ahora inédito, escrito por Che Guevara después de la contienda internacionalista del Congo. Es una biografía en la que se refleja la esencia humanista de los fundadores del marxismo, así como el contexto y las reflexiones que sobre sus obras hiciera el Che.

Este libro incluye una lista de lecturas sugeridas por Che, imágenes y facsímiles de los manuscritos originales del Che.

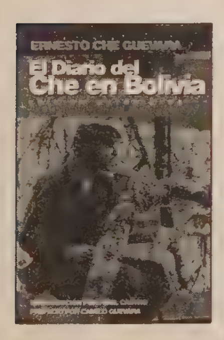
74 páginas, ISBN 978-1-921235-25-2



PASAJES DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA
Prefacio de Aleida Guevara March

Texto clásico que narra la guerra popular de Revolución en Cuba que transformó un pueblo entero, y transformó al mismo Che de médico de las tropas guerrilleras a revolucionario reconocido a través del mundo. Nueva edición que incluye correcciones que hiciera el autor en vida y un prefacio de su hija Aleida Guevara.

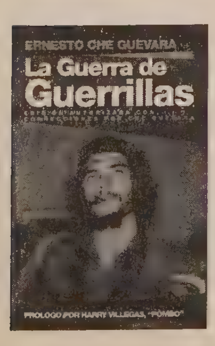
320 páginas, ISBN 978-1-920888-36-7



DIARIO DEL CHE EN BOLIVIA
Edición autorizada
Introducción de Fidel Castro, prólogo de Camilo Guevara

El último de los diarios del Che, encontrado en su mochila en octubre de 1967, se convirtió de forma instantánea en uno de sus libros más célebres. La edición que se le entrega al lector ha sido revisada e incluye un prefacio de su hijo, Camilo Guevara, así como algunas fotos inéditas de la misión boliviana.

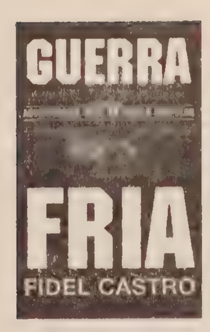
320 páginas + 32 páginas de fotos, ISBN 978-1-920888-30-5



LA GUERRA DE GUERRILLAS
Edición autorizada
Prefacio de Harry Villegas «Pombo»

Texto escrito por el Che Guevara, que se ha convertido en objeto de estudio por admiradores y adversarios. Narra los sucesos de la lucha guerrillera en Cuba y cómo un pequeño grupo rebelde logró el apoyo de todo un pueblo, venciendo sus limitaciones y derrocando el ejército de la dictadura.

160 páginas, ISBN 978-1-920888-29-9



GUERRA FRÍA
Advertencias para un mundo unipolar
Fidel Castro

Las reflexiones de Fidel Castro sobre el potencial ataque nuclear por parte de los Estados Unidos durante la crisis de los misiles en 1962 resuenan como una alarma para el mundo actual. Con asombrosa franqueza, Fidel revela hechos increíbles acerca del conflicto que llevó el mundo al borde de la aniquilación. Lejos de actuar bajo la égida de Moscú, explica como el apoyo que Cuba brindó a los movimientos de liberación en América Latina fue «una acción que chocaba en ese momento con los intereses soviéticos».

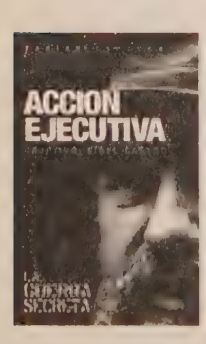
90 páginas, ISBN 978-1-876175-91-7



1963: EL COMPLOT
Objetivos: JFK y Fidel
Fabián Escalante

En 1963, los oficiales cubanos neutralizaron planes de espionaje estadounidense, y penetraron las organizaciones contrarrevolucionarias internas y a las mismas estructuras de la CIA. Con un estilo informativo y claro, esta publicación muestra el reporte desclasificado que Cuba realizó, a petición del gobierno estadounidense, sobre el asesinato de J.F. Kennedy.

248 páginas, ISBN 978-1-920888-07-7



ACCIÓN EJECUTIVA
Objetivo: Fidel Castro
Fabián Escalante

La historia de los más de 600 planes de asesinato contra Fidel Castro en las pasadas cuatro décadas. El autor, oficial y jefe de la contrainteligencia cubana, expone las intrigas y acciones ilegales que los Servicios Especiales de E.U. financiaron para la ejecución del magnicidio y el cual neutralizó y desenmascaró la Seguridad Cubana de manera inteligente.

275 páginas, ISBN 978-1-920888-55-8



REBELIÓN TRICONTINENTAL
Las voces de los condenados de la tierra de Asia, África y América Latina
Editado por Luis Suárez y Ulises Estrada

Una amplia selección que reúne importantes trabajos sobre el movimiento anticolonial y de liberación de los años sesenta hasta principios del siglo XXI, publicados en la revista *Tricontinental*. Agrupa por primera vez lo mejor del pensamiento radical sobre las luchas y problemas más significativos del movimiento revolucionario del Tercer Mundo.

512 páginas, ISBN 978-1-920888-58-9



INTRODUCCIÓN AL PENSAMIENTO SOCIALISTA
El socialismo como ética revolucionaria y teoría de la rebelión
Néstor Kohan

El actual movimiento de resistencia global pone de manifiesto la necesidad de comprender y debatir la teoría socialista. Este texto ofrece una síntesis de la historia del pensamiento socialista mundial, desde una perspectiva latinoamericana. Incluye textos claves de la obra de Carlos Marx, Che Guevara, Fidel Castro, Rosa Luxemburgo, José Carlos Mariátegui, Julio Antonio Mella, Flora Tristán, entre otros.

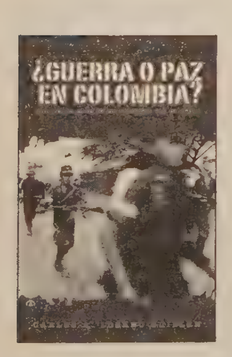
263 páginas, ISBN 978-1-921235-52-8



LAS GUERRILLAS CONTEMPORÁNEAS EN AMÉRICA LATINA
Alberto Prieto

Las guerrillas latinoamericanas son portadoras de una larga tradición. Desde la conquista hasta nuestros días, ha sido una de las formas de lucha más recurrentes en el continente americano. El autor nos introduce en los movimientos guerrilleros contemporáneos, desde la epopeya de Sandino hasta la actualidad, profundizando en acontecimientos relevantes y figuras significativas como Fidel Castro y Ernesto Che Guevara.

280 páginas, ISBN 978-1-921235-54-2



¿GUERRA O PAZ EN COLOMBIA?
Cincuenta años de un conflicto sin solución
Carlos A. Lozano Guillén

Un significativo aporte a la discusión del largo conflicto interno, político y armado, que ha azotado Colombia durante los últimos cincuenta años, y la constante búsqueda del pueblo colombiano y la insurgencia por conseguir una solución política al conflicto que lleve a la paz con justicia social.

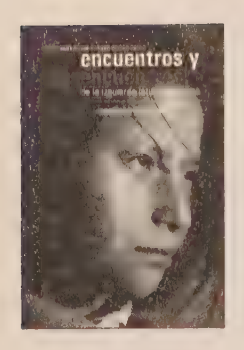
184 páginas, ISBN 978-1-921235-14-6



TANIA LA GUERRILLERA
Y la epopeya suramericana del Che
Ulises Estrada

Tania, la mujer que luchó y murió por sus ideales junto al Che Guevara en Bolivia, deviene en paradigma de rebeldía y combate por la justicia social. Su compañero en Cuba, Ulises Estrada, es testigo excepcional para ofrecernos una apasionada biografía de la mujer que dedicó su vida a la liberación de América Latina. Contiene fotografías y amplios anexos.

334 páginas, ISBN 978-1-920888-21-3



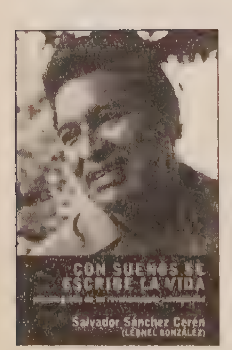
ENCUENTROS Y DESENCUENTROS DE LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA

Una mirada desde el foro de São Paulo

Roberto Regalado

En este texto el autor examina el impacto del fin de la era bipolar en la izquierda latinoamericana, el cierre de la etapa de la historia de América Latina caracterizada por el choque entre las fuerzas de la revolución y la contrarrevolución, el inicio de otra etapa en la cual predominan la movilización social y la competencia electoral, y los retos que enfrentan los gobiernos de izquierda y progresistas electos entre 1998 y 2006 en Venezuela, Brasil, Uruguay, Bolivia, Nicaragua y Ecuador.

301 páginas, ISBN 978-1-921438-07-3



CON SUEÑOS SE ESCRIBE LA VIDA

Autobiografía de un revolucionario salvadoreño

Salvador Sánchez Cerén (Comandante Leonel González)

Recoge la ejemplar trayectoria de Salvador Sánchez Cerén, «Comandante Leonel González», quien a través de su memoria describe sus pasos por las luchas sociales y por la guerrilla salvadoreña, guiado por ideales humanistas y revolucionarios. Su vida es como una gran fotografía llena de detalles que muestra a lectoras y lectores como la razón y la pasión, cuando caminan unidas, pueden hacer de las personas conductoras de pueblos, líderes para una mayor humanidad.

235 páginas + 20 páginas de fotos, ISBN 978-1-921235-85-6



EN EL BORDE DE TODO

El hoy y el mañana de la revolución en Cuba

Julio César Guanche

Partiendo del discurso de Fidel Castro en noviembre de 2005, en que alertaba sobre la posible reversibilidad del socialismo en Cuba a manos de «errores propios» de la construcción revolucionaria, surge este abierto debate.

Quienes participan en este libro construyen un diálogo complejo sobre cuestiones propias de las revoluciones en general y en particular de la cubana. Es una afirmación de cómo las soluciones revolucionarias solo pueden encontrarse en la discusión colectiva y la participación ciudadana.

368 páginas | ISBN 978-1-921235-50-4

NUEVOS TÍTULOS DE OCEAN SUR



OPERACIÓN CALIPSO

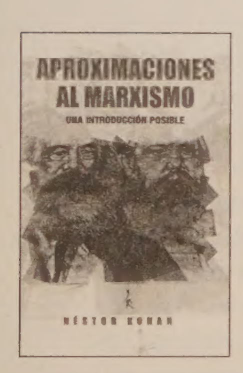
La guerra Sucia de los Estados Unidos contra Nicaragua 1979-1983

Fabián Escalante

Poco o nada se ha escrito sobre la Guerra Sucia desarrollada por parte de los Estados Unidos y sus aliados del área contra la Revolución nicaragüense desde el mismo momento de su victoria.

El libro narra la guerra sucia desarrollada por el gobierno de Estados Unidos contra Nicaragua de 1979 a 1983, verdadero terrorismo de Estado que enfrentó un pequeño país al imperio más poderoso que ha existido.

163 páginas, ISBN 978-1-921235-57-2



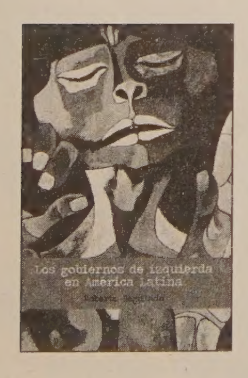
APROXIMACIONES AL MARXISMO

Una introducción posible

Néstor Kohan

Una síntesis que ayuda a acercarse al marxismo y su metodología de estudio. Este texto es fundamental para los jóvenes y estudiantes que buscan entender por qué es hoy debe considerarse al socialismo como una realidad posible. Incluye un diccionario básico de categorías marxistas, cronología del socialismo, un breve análisis de las principales biografías de Marx y Engels, y sugerencias de lecturas.

211 páginas, ISBN 978-1-921235-82-5



LOS GOBIERNOS DE IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA

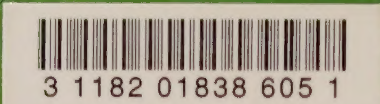
Roberto Regalado

De la serie de folletos «Contexto Latinoamericano»

Este breve folleto analiza los gobiernos progresistas y de izquierda electos en América Latina entre 1998 y 2006. ¿En qué contexto se produce la elección de los nuevos presidentes de izquierda y progresistas? ¿Qué relación tienen sus gobiernos con las dos vertientes históricas del movimiento obrero y socialista: la que optó por la *reforma* y la que optó por la *revolución*?

Esta serie ofrece a los lectores una colección de folletos sobre política, historia, sociedad, economía, cultura, medioambiente, género y otros temas de interés. Valiosas reflexiones en ensayos, artículos, entrevistas y testimonios, dan vida a esta nueva serie de Ocean Sur.

52 páginas, ISBN 978-1-921235-72-6



... de los más grandes ...s de la historia

«Su devoción por la palabra es casi mágica»
—Gabriel García Márquez

«No encuentro, en este siglo y en toda la extensión de nuestra América, una figura política que, como él, haya puesto su conocimiento, su experiencia, su vitalidad, su resistencia y su propia vida, al servicio de “los de abajo»
—Mario Benedetti

La voz de uno de los más grandes políticos y oradores de nuestros tiempos, Fidel Castro, vibra en esta antología de sus discursos más representativos, que abarca desde los años cincuenta hasta la actualidad.

Con la ola de transformaciones políticas y sociales que ocurren hoy en América Latina, el ideario de Fidel adquiere mayor vigencia.

Este libro incluye su alegato *La historia me absolverá*, sus discursos ante la Asamblea General de la ONU, las palabras pronunciadas con motivo del asesinato del Che Guevara, textos sobre la «Batalla de ideas», el mensaje al pueblo de Cuba, de febrero de 2008, en el que hace pública su decisión de no ser reelecto como presidente del Consejo de Estado y una selección de sus más recientes reflexiones sobre la Revolución cubana y diversos temas internacionales.

US$19.95


ISBN 978-1-921438-01-1
51995
9 781921 438011

ocean sur

www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au